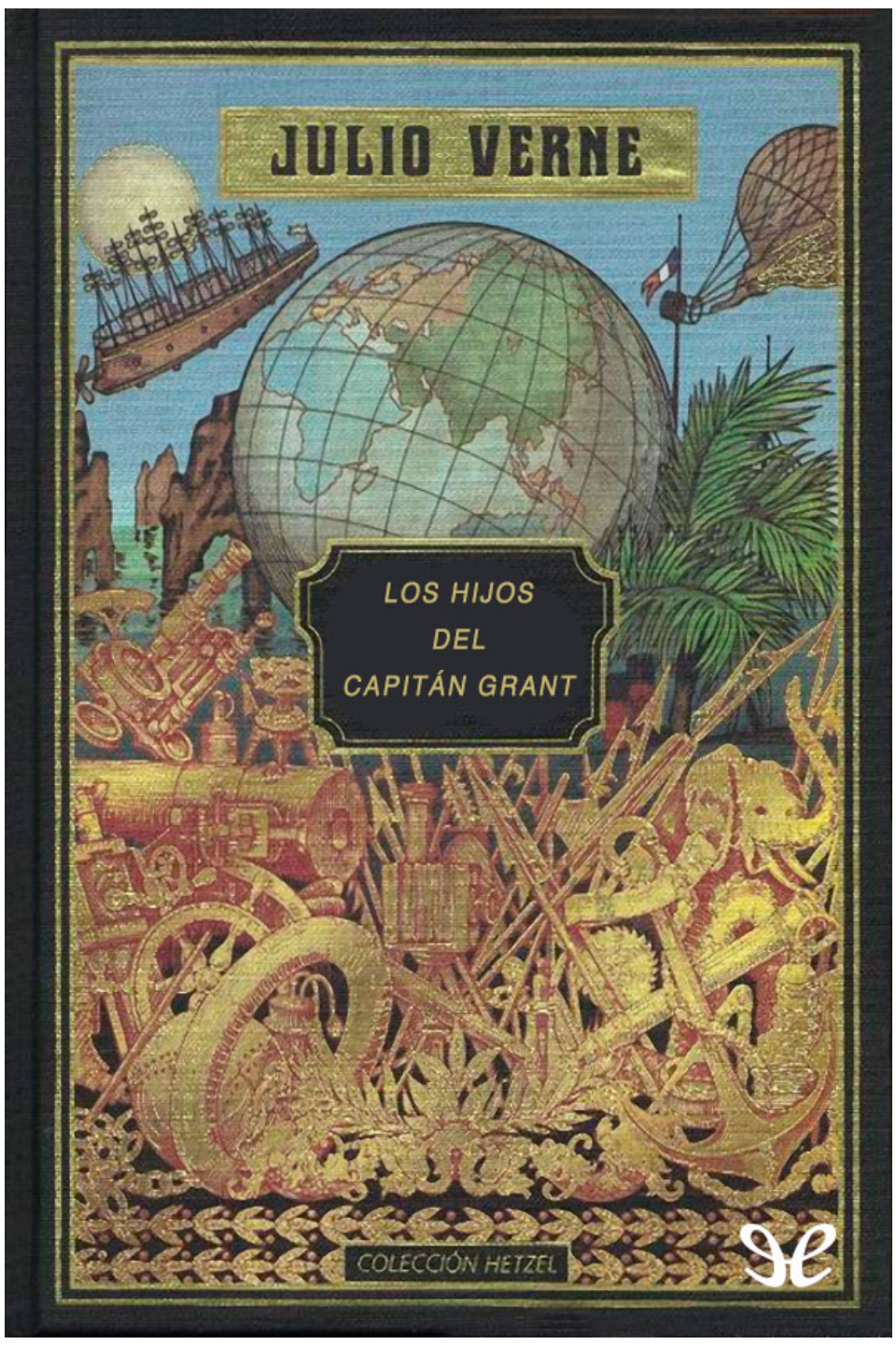




JULIO VERNE

**LOS HIJOS
DEL
CAPITÁN GRANT**

COLECCIÓN HETZEL

se

El aristócrata escocés *Lord* Edward Glenarvan descubre, durante un viaje de recreo en la costa escocesa, un mensaje dentro de una botella lanzada por Harry Grant, capitán del bergantín *Britannia*, que ha naufragado dos años antes (1862) junto a dos miembros de su tripulación. A petición de Roberto y María, los hijos del capitán, decide lanzar una expedición de rescate, cuya principal dificultad consiste en que los datos del mensaje lanzado por los náufragos son ilegibles, excepto la latitud: 37° S.

Lord Glenarvan, junto con su esposa, *Lady* Helena, los hijos del capitán y la tripulación de su yate, el *Duncan*, parten para Sudamérica, puesto que el mensaje incompleto sugiere la Patagonia como sitio del desastre. En mitad de la travesía, descubren a un inesperado pasajero: el geógrafo francés Santiago Paganel, que ha subido a bordo por equivocación y que decide unirse a la expedición, abandonando el viaje que tenía pensado realizar debido a su profesión.

La expedición circunnavega el paralelo 37° sur, atraviesa Suramérica explorando la Patagonia y gran parte de la región Pampeana y, posteriormente, las islas Tristán de Acuña, Ámsterdam, Australia y Nueva Zelanda, con resultados negativos.

Al llegar a Australia, debido a una nueva interpretación del mensaje sugerida por el geógrafo Paganel, los expedicionarios encuentran por casualidad a un miembro de la tripulación del *Britannia* llamado Ayrton, quien les propone llevarlos al lugar del naufragio. Pero ellos no saben que Ayrton está siendo buscado por las autoridades inglesas por pertenecer a una banda de ladrones en la que toma el sobrenombre de Ben Joyce. Ayrton traiciona la confianza que depositan en él los integrantes de la expedición y trata de tomar el control del yate *Duncan*, pero la suerte le es esquiva y su golpe falla, gracias a la lealtad de la tripulación y a un despiste de Santiago Paganel.

Tomado prisionero en el *Duncan*, Ayrton ofrece a *Lord* Glenarvan dar datos sobre el capitán Grant a cambio de ser abandonado en una isla desierta en lugar de ser entregado a las autoridades inglesas, que podrían ejecutarlo. Entonces, el *Duncan* pone proa a

la isla Tabor (o arrecife María Teresa), que casualmente resulta ser el refugio del capitán Grant y los dos marinos sobrevivientes del naufragio. El grupo regresa a Inglaterra, dejando a Ayrton en la isla para vivir entre las bestias y así recobrar su humanidad. El personaje de Ayrton reaparece en la novela de Julio Verne «La isla misteriosa», publicada en 1874.



Jules Verne

Los hijos del capitán Grant

Viajes extraordinarios - 5

ePub r1.6

Titivillus 25.05.16

Título original: *Les enfants du Capitaine Grant*

Jules Verne, 1868

Traducción: Estrella Miró

Ilustraciones: Édouard Riou

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



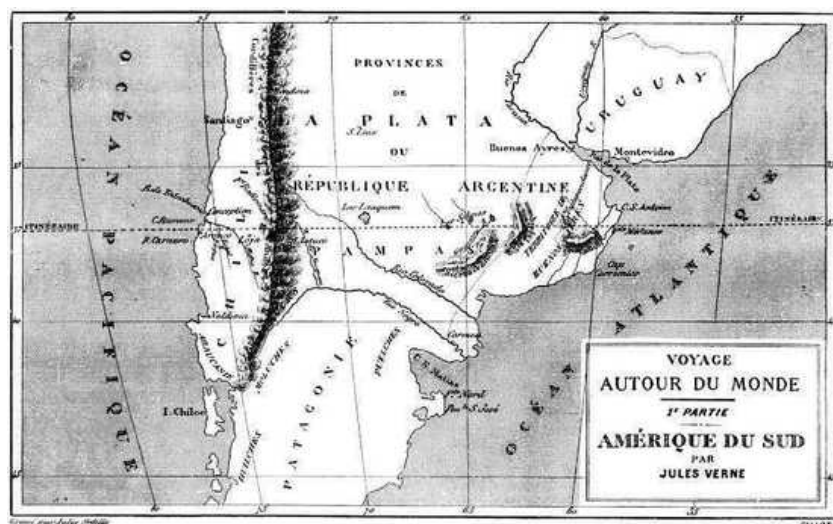
LES ENFANTS
DU
CAPITAINE GRANT

VOYAGE AUTOUR DU MONDE



VOYAGES EXTRAORDINAIRES

Los hijos del capitán Grant en América del Sur



Capítulo I

Balance-fish

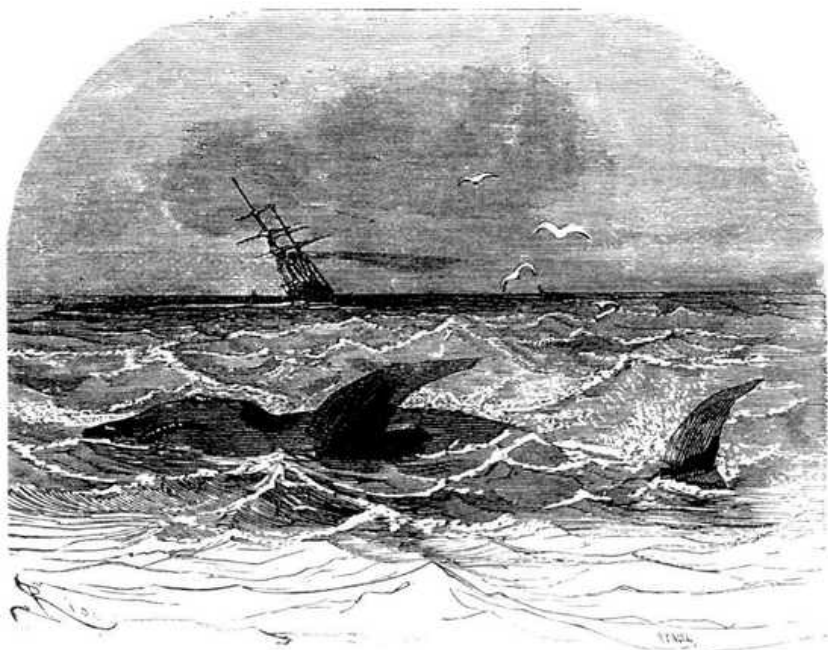
El 26 de julio de 1894, un magnífico yate, favorecido por un nordeste bastante fresco, surcaba a todo vapor las aguas del canal del norte. En su palo de mesana flotaba el pabellón de Inglaterra, y en el tope del palo mayor una grímpola azul con las iniciales E. G., bordadas en oro debajo de una corona ducal. El yate, que se llamaba el *Duncan*, era propiedad de Lord Glenarvan, uno de los dieciséis pares escoceses que tienen asiento en la cámara alta, y el miembro más distinguido del *Royal Thames Yacht Club*, tan célebre en todo el Reino Unido.

Lord Edward Glenarvan se hallaba a bordo con Lady Elena, su joven esposa, y con el Mayor Mac Nabbs, uno de sus primos.

El *Duncan*, recién salido del astillero, maniobraba para regresar a Glasgow, no habiendo hecho más que dar un paseo por vía de ensayo a algunas millas fuera del golfo del Clyde.

Cuando ya la isla de Arren se bosquejaba en el horizonte, el vigía señaló un pez enorme que seguía el curso del buque. El capitán, John Mangles, puso inmediatamente en conocimiento de Lord Edward el aviso del vigía. El Lord subió a la toldilla acompañado del Mayor Mac Nabbs, y preguntó al capitán cuál era su opinión acerca de aquel animalazo.

—Creo, Milord —respondió John Mangles—, que es un marrajo de buen tamaño.



—¡Un marrajo en estos sitios! —exclamó Glenarvan.

—Nada tiene de particular —replicó el capitán. El marrajo pertenece a una especie de tiburones que se encuentran en todos los mares y en todas las latitudes, y mucho me engaño si no vamos a tener que bregar con un *balance-fish*^[1]. Si Vuestro Honor consiente en ello y *Lady Glenarvan* tiene gusto en presenciar una pesca curiosa, pronto sabremos a qué atenernos.

—¿Qué os parece, Mac Nabbs? —dijo *Lord Glenarvan* al Mayor. ¿Intentamos la aventura?

—Me parece lo que a vos os parezca —respondió flemáticamente el Mayor.

—Además —repuso John Mangles—, siempre conviene disminuir el número de tan terribles animales. Aprovechemos la ocasión, y si place a Vuestro Honor, haremos una buena acción al mismo tiempo que nos proporcionaremos un espectáculo.

—Manos a la obra, John —dijo *Lord Glenarvan*.

Mandó avisar a *Lady Elena*, que subió también a la toldilla, con mucho afán de ser testigo de aquella pesca conmovedora.

El mar estaba magnífico, pudiendo fácilmente seguirse con la

vista las rápidas evoluciones del escualo, que tan pronto se sumergía como subía a la superficie con un vigor sorprendente. John Mangles dio sus órdenes. Los marineros echaron por la borda de estribor un volantín compuesto de un cordel muy recio, y un pedazo de grueso alambre de latón quemado que es lo que constituía el codal, del que estaba atado un anzuelo sumamente grande y fuerte que se cebó con un enorme trozo de tocino. El tiburón, no obstante hallarse a una distancia de 50 yardas, sintió caer y olió el cebo que a su voracidad se ofrecía. Se acercó rápidamente al yate. Se veía su aleta dorsal sobrenadar en el agua como una vela latina, mientras sus aletas natatorias, cenicientas en su punta y negras en su base, hendían las olas con violencia, manteniendo su rumbo, por medio de su apéndice caudal, en una línea rigurosamente recta. A medida que se acercaba al cebo, sus ojos grandes y saltones parecían inflamados por el ansia, y cuando se volvía, sus mandíbulas abiertas descubrían una cuádruple hilera de dientes triangulares como los de una sierra. Su cabeza era ancha y estaba dispuesta como un martillo doble en el extremo de un mango. No se había engañado John Mangles; aquel tiburón pertenecía a una de las variedades más voraces de la familia de los escualos; era el pez-balanza de los ingleses, el pez-judío de los provenzales.

Los pasajeros y marineros del Duncan seguían con la más viva atención los movimientos del marrajo. Muy pronto llegó éste al alcance del cebo, se volvió en posición supina para cogerlo, pues de otro modo le hubiera sido imposible por la disposición especial de sus quijadas y se lo tragó entero. Él mismo se clavó, sacudiendo violentamente el aparejo, pasado con prevención por una candaliza en un extremo de una de las vergas del palo mayor.

El animal se defendió con energía viendo que se le arrancaba de su natural elemento. Pero se le sorteó, se le fatigó y, hallándose ya rendido, se le pasó por la cola una cuerda con un nudo corredizo, se le subió hasta la borda y cayó desplomado sobre la cubierta. Un marinero, acercándose a él no sin precaución, le cortó de un hachazo la formidable cola.

Después de este golpe de gracia, quedó la pesca concluida. El monstruo no inspiraba ya ningún recelo; pero la curiosidad de los marineros no quedaba satisfecha, aunque lo estaba ya su venganza.

A bordo es costumbre registrar cuidadosamente el bandullo de los tiburones. La gente de mar, que conoce su voracidad poco delicada, espera siempre de la autopsia alguna sorpresa, y no siempre resulta burlada su esperanza.

Lady Glenarvan no quiso presenciar aquella inspección cadavérica, y se volvió a la toldilla. El tiburón estaba aún en las convulsiones de la agonía. Tenía una longitud de 40 pies y pesaba más de 600 libras. No eran una dimensión y un peso extraordinarios y aunque el marrajo no está clasificado entre los gigantes de su especie, es empero, uno de los más temibles.

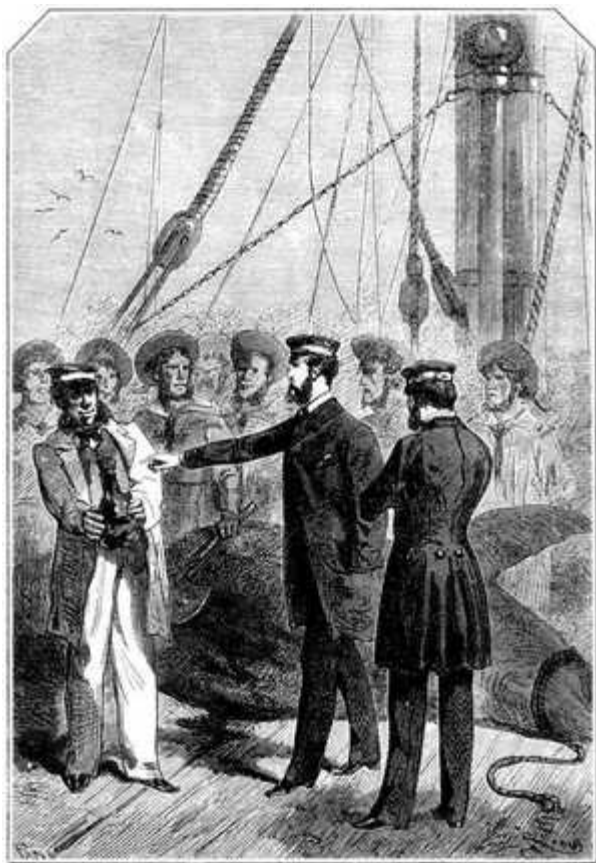
El enorme escualo fue abierto a hachazos, sin más ceremonias. Tenía hincado el anzuelo en el estómago, y éste estaba enteramente vacío. Se conoce que el animal ayunaba desde hacía mucho tiempo. Iban ya los marineros a echar al mar sus despojos, cuando llamó la atención del contramaestre una especie de infarto, un objeto sólidamente atascado en los intestinos.

—¿Qué diablo será eso? —exclamó.

—Un pedazo de roca —respondió el marinero—, que se habría tragado el picaro para lastrarse.

—Yo creo —dijo otro— que es una bala que el tunante recibió en el vientre, y no habrá podido digerirla.

—Callad todos —replicó Tom Austin, segundo del yate—, ¿no veis que el tunante era un borracho perdido, y que en su ansia de beber no sólo apuró el vino sino que se tragó la botella?



—¡Cómo! —exclamó *Lord Glenarvan*. ¿Es una botella lo que tiene en la tripa?

—Una verdadera botella —respondió el contramaestre. Pero bien se conoce que no acaba de salir de la bodega.

—Pues bien, Tom —repuso *Lord Edward*—, sáquela con precaución, procurando que no se rompa, pues las botellas que se encuentran en el mar suelen contener documentos preciosos.

—¿Creéis...? —dijo el Mayor *Mac Nabbs*.

—Creo, por lo menos, que puede contenerlos.

—No digo lo contrario —respondió el Mayor—, acaso sorprendamos un secreto.

—Pronto saldremos de dudas —dijo *Glenarvan*. ¿La has sacado ya, Tom?

—Sí, Milord —respondió el segundo, mostrando un objeto

informe que, no sin bastante trabajo, acababa de extraer de las entrañas del marrajo.

—Bueno —dijo Glenarvan—, haced que la laven y la lleven a la cámara de popa.

Así se hizo, y aquella botella, que fue hallada de una manera tan singular, se puso encima de una mesa a cuyo alrededor se sentaron *Lord* Glenarvan, el Mayor Mac Nabbs, el capitán John Mangles y *Lady* Elena, que, a fuer de mujer, era un poco curiosa.

En el mar, lo más insignificante es un acontecimiento. Hubo un momento de silencio, durante el cual todos interrogaban aquel frágil resto de naufragio. ¿Había en él todo el secreto de un gran desastre, o no había más que un mensaje insignificante confiado al capricho de las olas por algún navegante desocupado?

Preciso era saber a qué atenerse, y Glenarvan, sin aguardar más, procedió al examen de la botella, tomando todas las precauciones apetecibles en semejante circunstancia. Se hubiera dicho que era un coroner^[2] que desentrañaba todas las particularidades de un gravísimo asunto. Y la escrupulosidad de Glenarvan era racional y justa, porque el indicio más insignificante en apariencia podía ponerle en camino de un importante descubrimiento.

Antes de proceder al examen interior de la botella, se la examinó exteriormente. Tenía el cuello delgado, en cuyo extremo o gollete sumamente reforzado había aún un pedazo de alambre completamente oxidado y muy quebradizo. Sus paredes, muy gruesas, capaces de resistir la presión de muchas atmósferas, denunciaban su procedencia, sin que se pudiese poner en duda que había sido una botella de champaña. Con botellas como aquélla, los viñadores de Aix y de Epernay rompen palos de sillas sin que ellas se quiebren. Así, pues, la que se sacó de las vísceras del marrajo había podido soportar impunemente los azares de una larga travesía.

—Una botella de «Clicquot» —dijo sencillamente el Mayor.

Y como debía conocerlas bien por las muchas que había vaciado, su afirmación fue aceptada sin discusión.

—Mí querido Mayor —respondió *Lady* Elena—, poco importa de dónde sea esta botella, si no sabemos de dónde viene.

—Todo se andará, mi querida Elena —dijo *Lord* Edward—, y por de pronto ya podemos afirmar que viene de lejos. ¡Mirad las

materias petrificadas que la cubren, estas sustancias mineralizadas, si así puede decirse, por la acción del agua del mar! ¡Este resto de naufragio había permanecido mucho tiempo en el océano antes de sepultarse en el vientre de un tiburón!

—No puedo dejar de opinar lo mismo —respondió el Mayor—; ese vaso, tan frágil como es, protegido por la capa pétreo que lo cubre, ha podido estar viajando mucho tiempo.

—Pero, ¿de dónde viene? —preguntó *Lady Glenarvan*.

—Esperad, mi querida Elena, esperad; las botellas requieren paciencia. O mucho me engaño o ésta va a responder ella misma a todas nuestras preguntas.

Y diciendo esto, Glenarvan empezó a raspar las materias duras que protegían el gollete, apareciendo luego el tapón, aunque muy deteriorado por el agua del mar.

—¡Circunstancia fatal! —dijo Glenarvan—, porque si encontramos dentro algún papel, lo encontraremos en muy mal estado.

—Es de temer —replicó el Mayor.

—Añadiré —repuso Glenarvan— que esta botella, mal tapada como está, no podía tardar mucho en irse a fondo, por lo que ha sido una suerte que un tiburón la haya tragado para traerla a bordo del Duncan.

—Sin duda —respondió John Mangles—, y, sin embargo, mejor hubiera sido pescarla en alta mar, en una longitud y latitud bien determinadas. Entonces, estudiando retrospectivamente a *posteriori* las corrientes atmosféricas y marítimas, hubiéramos podido reconocer el camino recorrido; pero con un cartero como éste, con esos tiburones que marchan contra viento y marea, no podemos saber a qué atenernos.

—La botella misma nos lo dirá —respondió Glenarvan.

En aquel momento sacaba el tapón con la mayor delicadeza, y se esparció por la cámara de popa un fuerte olor salino.

—¿Y qué? —preguntó con femenil impaciencia *Lady Elena*.

—¡Sí! —dijo Glenarvan. ¡No me engañaba! ¡Contiene papeles!

—¡Documentos! ¡Documentos! —exclamó *Lady Elena*.

—Sólo que —respondió Glenarvan— parecen muy deteriorados por la humedad y es imposible sacarlos por lo muy pegados que están a las paredes de la botella.

—Rompámosla —dijo Mac Nabbs.

—Preferiría conservarla intacta —replicó Glenarvan.

—Lo mismo digo —replicó el Mayor.

—Sin duda —dijo *Lady* Elena—, pero el contenido vale más que el continente y éste debe sacrificarse a aquél.

—Con que Vuestro Honor rompa nada más que el gollete —dijo John Mangles—, se podrá sacar el documento sin echarlo a perder.

—¡Veamos! ¡Veamos, mi querido Edward! —exclamó *Lady* Glenarvan.

Diffícil era proceder de otro modo, por lo que *Lord* Glenarvan se decidió a romper el gollete de la preciosa botella. Tuvo al efecto que valerse de un martillo, porque la capa pétrea había adquirido la dureza del pedernal. No tardaron los pedazos en caer sobre la mesa, y entonces se vieron muchos fragmentos de papel adheridos entre sí. Glenarvan los sacó con precaución, los separó, y los fue colocando uno al lado de otro, mientras *Lady* Elena, el Mayor y el capitán se agrupaban en torno suyo.

Capítulo II

Los tres documentos

Aquellos pedazos de papel, medio destruidos por el agua, no permitían distinguir más que algunas palabras sueltas, restos indescifrables de líneas casi enteramente borradas. *Lord* Glenarvan los examinó durante algunos minutos con la mayor atención; les dio vueltas en todos sentidos; los miró a la más viva luz del día; observó los más insignificantes vestigios de palabras respetadas por el mar, y luego miró a sus amigos que le contemplaban con ansiedad e impaciencia.



—Hay aquí —dijo— tres documentos distintos, y es verosímil que sean los tres copias del mismo documento, traducido en tres lenguas diferentes, en inglés, francés y alemán. Acerca del particular ninguna duda me dejan las pocas palabras que han resistido a la acción del agua.

—¿Pero, estas palabras tienen siquiera sentido? —preguntó *Lady Glenarvan*.

—Difícil es decirlo, mi querida Elena; las palabras trazadas en estos documentos son muy incompletas.

—Tal vez se completen unas con otras —dijo el Mayor.

—Así debe ser —respondió John Mangles. Es imposible que el agua del mar haya roído los tres documentos precisamente en el mismo punto. Uniendo esos restos de frases encontraremos un sentido inteligible.

—He aquí lo que vamos a hacer —dijo *Lord* Glenarvan—, pero procedamos con método. Veamos primero el documento inglés.

Este documento presentaba la siguiente disposición de líneas y palabras:

_____62_____Bri_____gow
sink_____tra
____aland
_skipp_____Gr
_____that monit _____of long
____and_____ssistance
_____lost

—Eso no significa gran cosa —dijo el Mayor con desaliento.

—Como quiera que sea —respondió el capitán—, está en buen inglés.

—En muy buen inglés —dijo *Lord* Glenarvan—; las palabras sink, aland, that, and, lost, están intactas; skipp forma evidentemente la palabra skipper, y se trata de un señor Gr..., que es probablemente el capitán de un buque naufragado[3].

—Añádanse —dijo John Mangles— las palabras monit y ssistance, cuya interpretación es evidente.

—Eso ya es algo —dijo *Lady* Elena.

—Desgraciadamente —respondió el Mayor— nos faltan líneas enteras. ¿Cómo encontrar el nombre del buque y el lugar del naufragio?

—Lo encontraremos —dijo *Lord* Edward.

—Sin duda —replicó el Mayor, que era invariablemente del parecer de todo el mundo—; pero, ¿de qué manera?

—Completando un documento con otro.

—¡Procurémoslo, pues! —exclamó *Lady* Elena.

El segundo trozo de papel, más deteriorado aún que el precedente, no ofrecía más que palabras aisladas, dispuestas como sigue:

_____7 Juni_____Glas
_____zwei_____atrossen
_____graus

_____bring ihnen

—Esto está escrito en alemán —dijo John Mangles, apenas miró el papel.

—¿Conocéis esa lengua, John? —preguntó Glenarvan.

—A la perfección, Milord,

—Decidnos, pues, lo que estas palabras significan.

El capitán examinó el documento con atención, y se expresó en los siguientes términos:

—Por de pronto tenemos ya la fecha del acontecimiento: 7 juni quiere decir 7 de junio, y aproximando esta cifra al 62 que nos ha suministrado el documento inglés, tenemos la fecha completa: 7 de junio de 1862.

—Muy bien —exclamó *Lady Elena*—; proseguid, John.

—En la misma línea —repuso el joven capitán—, encuentro la palabra Glas, que acercándola a la palabra gow, suministrada por el primer documento, nos da Glasgow. Se trata, pues, de un buque de Glasgow.

—Opino lo mismo —respondió el Mayor.

—La segunda línea del documento falta enteramente —prosiguió John Mangles. Pero en la tercera encuentro dos palabras importantes: zwei, que quiere decir dos, y atrossen o matrossen, que significa en alemán marineros.

—Así, pues —dijo *Lady Elena*—, ¿se trata de un capitán y dos marineros?

—Probablemente —respondió *Lord Glenarvan*.

—Confieso francamente a Vuestro Honor —repuso el capitán—, que la siguiente palabra graus es para mí ininteligible. No sé cómo traducirla. Acaso nos la haga comprender el tercer documento. En cuanto a las dos últimas palabras se explican sin dificultad alguna. Bring ihnen significa prestadles, y si estos dos vocablos se acercan al inglés que se encuentra como ellos en la séptima línea del primer documento, es decir, a la palabra assistance, la frase prestadles socorro se comprende naturalmente.

—¡Sí, prestadles socorro! —dijo Glenarvan. ¿Pero dónde se hallan esos desgraciados? Hasta ahora no tenemos una sola indicación de lugar, y el teatro de la catástrofe es absolutamente desconocido.

—Es de creer que el documento francés sea más explícito —dijo *Lady Elena*.

—Veamos el documento francés —respondió *Glenarvan*—, y como se trata de una lengua que todos conocemos, nuestras investigaciones serán más fáciles.

He aquí el facsímil exacto del tercer documento.

____trois____ats____tannia
____gonie____austral
____abor
____contin____pr____cruel indi
____jete____ongit
____et 37° 11____lat.

—¡Hay cifras! —exclamó *Lady Elena*. ¡Mirad, señores! ¡Mirad!

—Procedamos con orden —dijo *Lord Glenarvan*—, y empecemos por el principio. Permitidme analizar una a una estas palabras dispersas e incompletas. Lo primero que veo es que se trata de un buque de tres palos, cuyo nombre, gracias a los documentos inglés y francés, sabemos que es *Britannia*. La última de las dos palabras siguientes, *gonie* y *austral*, es la única que tiene una significación que comprendemos todos.

—Pues es un dato precioso —respondió *John Mangles*—; el naufragio ha ocurrido en el hemisferio austral.

—Lo que es muy vago —dijo el Mayor.

—Prosigo —añadió *Glenarvan*. ¡Ah! La palabra *abor*, radical del verbo *abordar*. Los desgraciados han abordado en alguna parte. ¿Pero dónde? ¿*contin*! ¿En un continente? ¿*cruel*!

—¡Cruel! —exclamó *John Mangles*. Ya tenemos explicada la palabra alemana *graus...*, *grausam...*, *cruel*.

—¡Adelante! —dijo *Glenarvan*, cuya ansiedad aumentaba a medida que iba encontrando el sentido de las palabras incompletas. *Indi...* ¿Será la *India* el país a que han sido arrojados los desventurados naufragos? ¿Qué significa la palabra *ongit*? ¡Ah! ¡Longitud! Y he aquí la latitud: *treinta y siete grados once minutos*. En fin, tenemos ya una indicación preciosa.

—Pero desconocemos la longitud —dijo *Mac Nabbs*.

—No se puede tener todo, mi querido Mayor —respondió

Glenarvan—, y algo tenemos conociendo el grado exacto de latitud. Decididamente, el más completo de los tres documentos es el francés. Es evidente que el uno era la traducción literal del otro, pues contienen todos el mismo número de líneas. Ahora es, pues, preciso reunir los tres, traducirlos a una sola lengua y buscar el sentido más probable, más lógico y explícito.

—¿Vais —preguntó el Mayor— a hacer la traducción en francés, en inglés o en alemán?

—En francés —respondió Glenarvan—, ya que en francés están la mayor parte de las palabras interesantes que se han conservado.

—Vuestro Honor tiene razón —dijo John Mangles—, y además, con el francés estamos familiarizados todos.

—Convenido. Voy a escribir el documento reuniendo estos restos de palabras y frases truncadas, respetando los intervalos que las separan y empleando aquellas cuyo sentido no puede ser dudoso. Después compararemos y juzgaremos.

Glenarvan tomó la pluma, y poco después presentó a sus amigos un papel en que había trazado las siguientes líneas:

7 juin 1862_trois-mats

Britannia__Glasgow

__sombre__gonie____austral

____a terre____deux matelots

capitaine Gr____abor

contin__pr____cruel__indi

__jeté ce avis____de longitude

et 37° 11' de latitud_Portez leur secours

__perdus.

7 junio 1862__tres palos

Britannia__Glasgow

__zozobrado__gonia____austral

__a tierra____dos marineros

capitán Gr____abor

contin__pr____cruel__indi

__arrojado este aviso____de longitud

y 37° 11' de latitud____Socorredlos

__perdidos.

En aquel momento un marinero manifestó al capitán que el *Duncan* entraba en el golfo de Clyde, y que esperaba sus órdenes.

—¿Cuáles son los deseos de Vuestro Honor? —preguntó John Mangles a Glenarvan.

—Llegar a Dumbarton cuanto antes, John, y mientras *Lady Elena* vuelve a Malcolm Castle, me trasladaré yo a Londres para presentar este documento al Almirantazgo.

John Mangles dio las órdenes oportunas, y el marinero las transmitió al segundo.

—Ahora, amigos —dijo Glenarvan—, continuemos nuestras investigaciones. Estamos siguiendo las huellas a una gran catástrofe. De nuestra sagacidad depende la vida de algunos hombres. Empleemos toda nuestra inteligencia en encontrar la clave de este enigma.

—Estamos prontos, mi querido Edward —respondió *Lady Elena*.

—Tres cosas bien distintas —repuso Glenarvan— hay que considerar en este documento; 1.º, lo que se sabe; 2.º, lo que se puede conjeturar, y 3.º, lo que se ignora absolutamente. ¿Qué sabemos? Sabemos que el 7 de junio de 1862 un buque de tres palos, corbeta o fragata, la *Britannia*, de Glasgow, zozobró; que dos marineros y el capitán arrojaron este documento al mar a los 37° 11' de latitud, y que piden auxilio.

—Perfectamente —dijo el Mayor.

—¿Qué podemos conjeturar? —prosiguió Glenarvan. Que el naufragio ocurrió en los mares australes, y luego llamaré vuestra atención sobre la palabra *gonia* que parece indicar por sí sola el nombre del país a que pertenece.

—¡La Patagonia! —exclamó *Lady Elena*.

—Sin duda.

—¿Pero la Patagonia está atravesada por el 37° paralelo? —preguntó el Mayor.

—Vamos a verlo —respondió John Mangles sacando un mapa de América meridional. El paralelo 37° toca de refilón la Patagonia, corta la Araucania, sigue atravesando las pampas, el norte de las sierras patagónicas y se pierde en el Atlántico.

—Bien. Continuemos nuestras conjeturas. Los dos marineros y el capitán *abor...* ¿Abordan qué? *Contin...*, el continente; fijad bien vuestra atención, un continente, no es una isla. ¿Qué es de ellos?

Tenemos dos letras providenciales *pr...*, que os dicen cuál es su suerte. Los desgraciados están *presos o prisioneros*. ¿De quién? De *cruelles indios*. ¿Estáis convencidos? ¿En los espacios vacíos no parece que se colocan por sí solas las palabras con que los llenamos? ¿No veis ya disipadas en su mayor parte las tinieblas que oscurecían el documento? ¿No se ha derramado sobre él gran acopio de luz?

Glenarvan hablaba con convicción. Se leía en sus ojos una confianza absoluta, y su entusiasmo se comunicó a su auditorio.

—¡Es evidente! ¡Es evidente! —exclamaron todos.

Lord Edward, después de una pausa, dijo:

—Todas estas hipótesis, amigos míos, me parecen muy posibles. La catástrofe, en mi concepto, ha ocurrido en las costas de la Patagonia. Para mayor seguridad, haré averiguar en Glasgow cuál era el destino de la *Britannia*, y sabremos si pudo ser arrastrado a aquellas aguas.

—¡Oh! No tenemos necesidad de ir a preguntar tan lejos —respondió John Mangles. Tengo aquí la colección de la *Mercantile and Shipping Gazette*, que nos suministrará indicaciones precisas.

—¡Veamos! ¡Veamos! —dijo *Lady Glenarvan*.

John Mangles tomó un lío de periódicos del año 1862 y empezó a hojearlos rápidamente. No tuvo que estar buscando mucho rato, pues muy pronto dijo con acento de satisfacción:

—¡Treinta de mayo de 1862! ¡Perú! ¡El Callao, a la carga para Glasgow, la fragata *Britannia*, capitán Grant!

—¡Grant! —exclamó *Lord Glenarvan*. ¡El valiente escocés que quiso fundar una Nueva Escocia en los mares del Pacífico!

—Sí —respondió John Mangles. El mismo que en 1861 se embarcó en Glasgow en la *Britannia*, y del cual no se ha vuelto a tener noticia alguna.

—¡No cabe duda! ¡No cabe duda! —dijo *Glenarvan*. Él es. La *Britannia* salió de El Callao el 30 de mayo, y el 7 de junio, ocho días después de zarpar de aquel puerto, se perdió en las costas de la Patagonia. He aquí su historia toda entera en estas palabras truncadas que parecían indescifrables. Ya lo veis, amigos míos; nuestras conjeturas eran importantes. En cuanto a lo que no sabemos, se reduce únicamente al grado de longitud.

—No nos hace ninguna falta —respondió John Mangles—,

puesto que el país es conocido, con la latitud sola no tendría ningún inconveniente en encargarme de ir derecho al teatro del naufragio.

—¿Lo sabemos, pues, todo? —dijo *Lady Glenarvan*.

—Todo, mi querida Elena; y los espacios que el mar ha dejado en blanco entre las palabras del documento se llenarán sin dificultad, como voy a hacerlo, y con tanta exactitud como si el propio capitán Grant dictase.

El 7 de junio de 1862, la fragata Britannia de Glasgow zozobró en las costas de la Patagonia, en el hemisferio austral. Dirigiéndose a tierra, dos marineros y el capitán Grant van a intentar abordar el continente donde serán prisioneros de los crueles indios.

Han arrojado este aviso a los ____ grados de longitud y 37° 11' de latitud.

Socorredles o están perdidos.

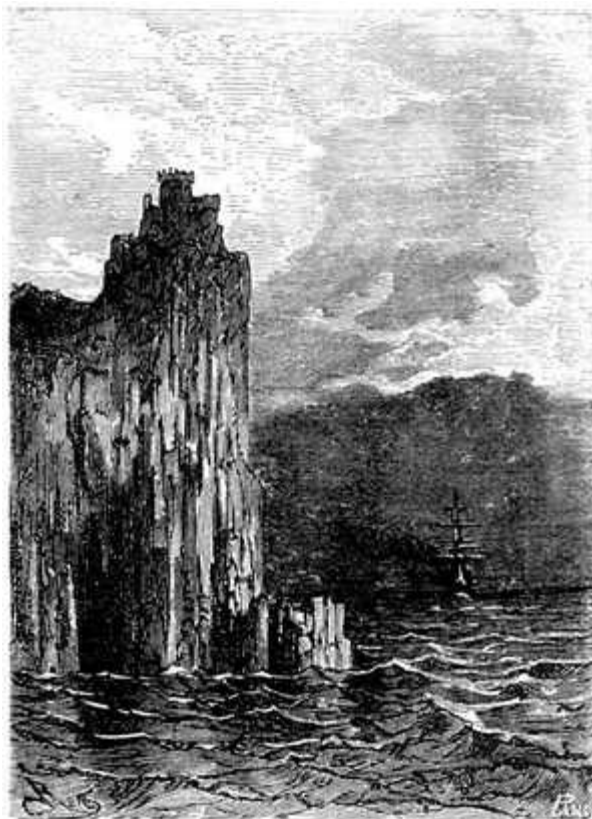
—¡Bien! ¡Bien, mi querido Edward! —dijo *Lady Elena*. Si esos desgraciados vuelven a su patria, a vos deberán esta inefable dicha.

—Volverán —exclamó Edward. Este documento es demasiado explícito, demasiado claro y demasiado cierto para que vacile Inglaterra en volar al socorro de tres de sus hijos abandonados en una costa desierta. Lo que ha hecho por Franklin y tantos otros, lo hará también por los náufragos de la *Britannia*.

—Pero esos desgraciados —repuso *Lady Elena*— tienen sin duda una familia que llora su desventura. Tal vez ese pobre capitán Grant tiene una mujer, tiene hijos...

—Tenéis razón, mi querida *Lady*, yo me encargo de hacer llegar a su conocimiento que no está aún perdida toda su esperanza. Ahora, amigos míos, subamos a la toldilla, porque debemos estar cerca del puerto.

En efecto, el *Duncan* había forzado el vapor, y en aquel momento costeaba la isla de Bute, dejando a estribor Rothesay, con su encantadora ciudad acostada en su fértil valle. Después entró en el golfo, evolucionó delante de Greenock, y a las seis de la tarde fondeó al pie de la roca basáltica de Dumbarton, coronada por el célebre castillo de Wallace, el héroe querido de Escocia.



Allí, un coche de camino aguardaba a *Lady Elena* para llevarla a Malcolm Castle, con el Mayor Mac Nabbs. Después de abrazar a su esposa, *Lord Glenarvan* partió hacia Londres en el tren directo de Glasgow.

Pero antes de marchar había confiado una nota importante a otro agente más rápido, y el telégrafo eléctrico, pocos momentos después, comunicaba al *Times* y al *Morning Chronicle* el siguiente anuncio que insertaron en sus columnas:

«Para adquirir algunos datos sobre el paradero de la fragata *Britannia*, de Glasgow, y su capitán Grant, dirigirse a *Lord Glenarvan*, Malcolm Castle, Luss, condado de Dumbarton, Escocia».

Capítulo III

Malcolm Castle

El castillo de Malcolm, uno de los más poéticos de las *Highlands*^[4], está situado cerca de la aldea de Luss, dominando una pintoresca vega. Las cristalinas aguas del lago Lomond bañan el granito de sus muros.



Desde tiempo inmemorial pertenecía a la familia de Glenarvan, la cual conservó en el país de Rob Roy y de Fergus Mac Gregor las costumbres hospitalarias de los antiguos héroes de Walter Scott. En la época en que se llevó a cabo en Escocia la revolución, fueron despedidos numerosos vasallos que no podían pagar crecidos arrendamientos a antiguos señores o jefes de clanes^[5], y unos murieron de hambre, otros se hicieron pescadores y otros emigraron. La desesperación era general. Los Glenarvan fueron los únicos que creyeron que los contratos ligaban lo mismo a los grandes que a los pequeños, y permanecieron fieles a sus arrendatarios, sin que ni uno solo de éstos tuviese que abandonar el techo que le vio nacer y la tierra en que reposaban las cenizas de sus antepasados. Todos permanecieron en el clan de los antiguos señores. Así es que en la misma época reciente a que se refiere la historia que estamos narrando, en este mismo siglo de desunión y desafecto, la familia Glenarvan, lo mismo en el castillo de Malcolm que a bordo del *Duncan*, no tenía a su servicio más que a escoceses, descendientes todos de los vasallos de Mac Gregor, de Mac Farlane, de Mac Nabbs, de Mac Neughtons, es decir, que eran hijos de los condados de Stirling y de Dumbarton, todos hombres honrados, adictos a su señor en cuerpo y alma, habiendo entre ellos algunos que hablaban aún el gaélico de la antigua Caledonia.

Lord Glenarvan poseía una fortuna inmensa, que empleaba en hacer el mayor bien posible. Su bondad era aún superior a su generosidad, porque ésta había necesariamente de tener algún límite, mientras que aquélla era infinita. El señor de Luss, el *laird* de Malcolm, representaba a su condado en la Cámara de los Lores. Pero con sus ideas jacobinas, cuidándose poco de captarse las sonrisas de la casa de Hannover, era mal visto por los hombres de estado de Inglaterra, que no podían perdonarle su adhesión a las tradiciones de sus abuelos y la enérgica resistencia que oponía a los abusos políticos de *los del sur*.

No era, sin embargo, *Lord* Edward Glenarvan un retrógrado, ni un pobre de espíritu, ni un hombre de escasa inteligencia; pero al mismo tiempo que tenía abiertas de par en par las puertas de su condado a todos los progresos, era escocés en el fondo de su alma, y por la gloria de Escocia iba a luchar con sus yates en los *matches* y regatas del *Royal Thames Yacht Club*.

Edward Glenarvan tenía 32 años. Era de elevada estatura y de facciones algo severas, pero había en su mirada una dulzura infinita, y llevaba en toda su persona el sello de la poesía irlandesa. Se sabía que era valiente hasta lo sumo, emprendedor, caballeresco, un Fergus del siglo XIX, pero sobre todo bondadoso, mejor que el mismo san Martín, porque él hubiera dado su capa toda entera a los pobres de las tierras altas.

Hacía apenas tres meses que *Lord* Glenarvan había contraído matrimonio. Dio la mano de esposo a *Miss* Elena Tuffnel, la hija del gran viajero William Tuffnel, otra de las numerosas víctimas de la ciencia geográfica y de la pasión de los descubrimientos.

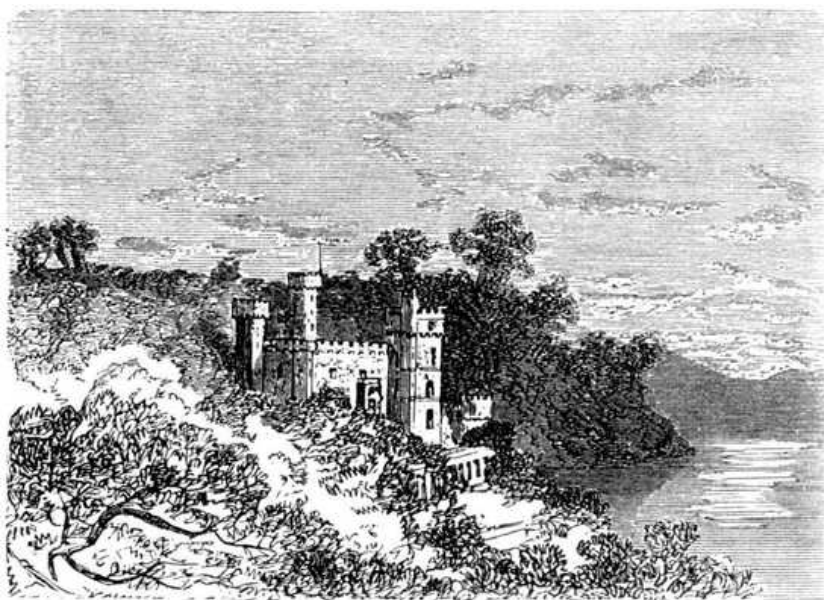
Miss Elena no pertenecía a una familia noble, pero era escocesa, lo que para *Lord* Glenarvan valía más que todas las noblezas del mundo. Era una joven encantadora, denodada, adicta, y el señor de Luss hizo de ella la compañera de su vida. La encontró un día viviendo sola, huérfana, casi sin fortuna, en la casa de su padre, en Kilpatrick; comprendió que sería una excelente esposa, y se casó con ella. *Miss* Elena tenía veintidós años; era una joven rubia, cuyos ojos habían tomado el azul sereno de los lagos escoceses en una hermosa mañana de primavera. Por reconocida que estuviese a su marido, su amor, que era una verdadera adoración, superaba a su reconocimiento. Lo amaba como si ella hubiese sido la opulenta heredera y él el huérfano abandonado. En cuanto a sus arrendatarios y servidores, estaban todos dispuestos a dar la vida por la que ellos llamaban nuestra buena señora de Luss.

Lord Glenarvan y *Lady* Elena vivían felices en Malcolm Castle en medio de aquella soberbia y salvaje naturaleza de las Highlands, paseándose bajo las sombrías arboledas de castaños y sicomoros, a orillas del lago en que resonaban aún los *pibrochs*^[6] de los antiguos tiempos, al fondo de aquellas gargantas baldías en que la historia de Escocia está escrita en runas seculares.



Un día se perdían por los bosques de abedules o de alerces, en medio de vastos campos de brezos amarillos; otro día trepaban hasta las escabrosas cimas de Bem Lomond, o atravesaban a caballo solitarios valles, estudiando, comprendiendo, admirando aquella poética comarca llamada aún *el país de Rob Roy*, y todos aquellos sitios célebres, tan magistralmente contados por el inmortal Walter Scott. A la caída de la tarde, cuando se encendía en el horizonte el faro de Mac Partene, vagaban por la antigua galería circular que formaba un collar de almenas alrededor del castillo de Malcolm, y allí, pensativos, abstraídos, olvidados, y como solos en el mundo, sentados en alguna piedra, en medio del silencio de la naturaleza, a la pálida luz de la luna, en tanto que la noche iba encapotando poco

a poco los picos de las montañas, permanecían sumidos en ese éxtasis delicioso, en este encanto íntimo cuyo secreto en la tierra poseen únicamente los corazones amantes.



Así pasaron los primeros meses de su matrimonio. Pero *Lord Glenarvan* no olvidaba que su esposa era hija de un gran navegante, y calculó que *Lady Elena* debía alimentar en su corazón las aspiraciones de su padre. No se engañaba. Se construyó el *Duncan* expresamente para llevar a *Lord* y *Lady Glenarvan* a los más hermosos países del mundo, a las costas del Mediterráneo, y hasta a las islas del Archipiélago. ¡Cuál no sería la alegría de *Lady Elena* cuando su marido puso el *Duncan* a su disposición! En efecto, ¿qué felicidad podía haber comparable a la de pasear su amor por las encantadoras comarcas de Grecia, y ver nacer la luna de miel en las pintorescas playas de Oriente?

Lord Glenarvan había, sin embargo, partido para Londres. Reconociendo, por causa de su momentánea ausencia, el deseo de salvar a unos desventurados náufragos, *Lady Elena* no se manifestó por ello más impaciente que afligida. Al día siguiente, recibió una carta de su marido anunciándole su próximo regreso, pero en otra

carta que recibió más tarde, dijo el noble *Lord* que tenía necesidad de una prórroga, porque sus gestiones tropezaban con algunas dificultades, y al otro día, en un telegrama, no ocultaba lo poco satisfecho que estaba del Almirantazgo.

Lady Elena empezó aquel día a inquietarse. Por la tarde, hallándose sola en su gabinete, vio entrar a *Monsieur* Halbest, intendente del castillo, el cual le preguntó si tendría a bien recibir a dos jóvenes que deseaban hablar a *Lord* Glenarvan.

—¿Son gentes del país? —preguntó *Lady* Elena.

—No, señora —respondió el intendente—, porque no les conozco. Acaban de llegar por el ferrocarril de Belloch, y de Belloch a Luss han hecho el viaje a pie.

—Decidles que tengan la bondad de subir, Halbest —dijo *Lady* Glenarvan.

El intendente salió. Pocos instantes después fueron introducidos en el gabinete de *Lady* Elena dos jóvenes de distinto sexo. Eran dos hermanos, como lo decía muy bien su parecido. La joven tenía dieciséis años. Su bellissimo rostro, algo fatigado; sus ojos, que sin duda habían llorado mucho; su fisonomía triste, pero resignada y valerosa; su traje muy limpio, aunque muy modesto; todo prevenía en su favor. Daba la mano a un niño de doce años, de continente decidido, que tan niño como era, parecía tomar a su hermana bajo su custodia, y la verdad es que cualquiera que hubiera faltado en lo más mínimo a la interesante joven habría tenido que habérselas con él.

La hermana quedó algo cortada al hallarse delante de *Lady* Elena. Ésta, al ver su turbación, se apresuró a tomar la palabra.

—¿Deseabais hablarme? —dijo alentando a la joven con su dulcísima mirada.

—No —respondió el niño resueltamente—, no a vos, sino al mismo *Lord* Glenarvan.

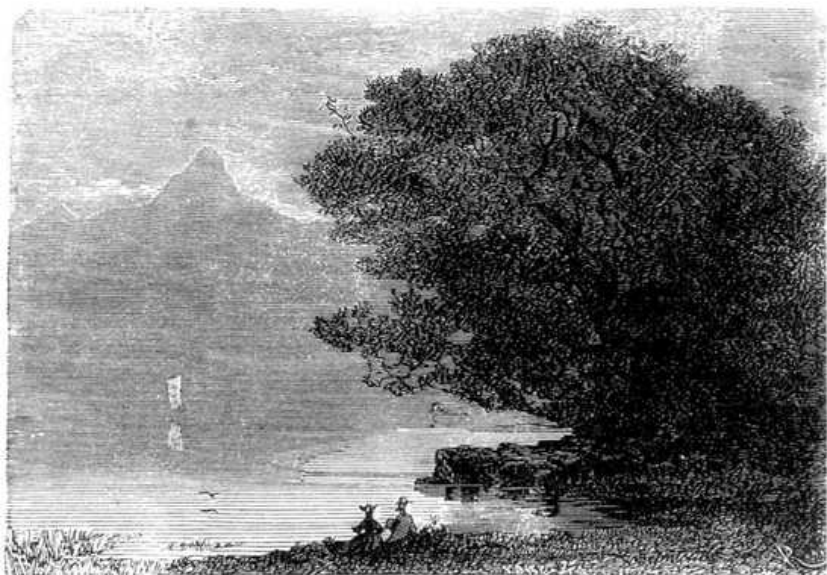
—*Lord* Glenarvan no está en el castillo —contestó *Lady* Elena—, pero yo soy su esposa, y si puedo remplazarle en el asunto que os trae...

—¿Sois *Lady* Glenarvan? —preguntó la joven.

—Sí, *Miss*.

—¿La esposa de *Lord* Glenarvan de Malcolm Castle, que ha publicado en el *Times* una nota relativa al naufragio de la *Britannia*?

—¡Sí, sí! —respondió *Lady* Elena apresuradamente. ¿Y ustedes?...



—Yo soy *Miss* Grant, señora; y ved aquí a mi hermano.

—¡*Miss* Grant! ¡*Miss* Grant! —exclamó *Lady* Elena, y atrayendo hacia sí a la joven la cogió de las manos y besó las frescas mejillas del niño.

—Señora —dijo la joven—, ¿qué sabéis del naufragio de mi padre? ¿Mi padre vive? ¿Le volveremos a ver? Hablad, os lo suplico.

—Hija mía —dijo *Lady* Elena—, líbreme Dios en semejantes circunstancias de responderos con ligereza, no quisiera daros una esperanza ilusoria...

—¡Hablad, señora, hablad! El hábito de sufrir me ha fortalecido contra el dolor y puedo oírlo todo.

—Hija mía —respondió *Lady* Elena—, la esperanza es muy débil; pero con la ayuda de Dios, que todo lo puede, es posible que volváis a ver un día a vuestro padre.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó *Miss* Grant sin poder reprimir sus lágrimas, mientras Roberto cubría de besos las manos de *Lady*

Glenarvan.

Pasado el primer arrebató de aquella dolorosa alegría, la joven empezó a hacer preguntas y más preguntas; *Lady Elena* le contó la historia del documento: cómo la *Britannia* se había perdido en las costas de la Patagonia; de qué manera, después del naufragio, el capitán y dos marineros, únicos que sobrevivieron, debían haber ganado el continente, y, por último, cómo aquellos desgraciados imploraban el auxilio del mundo entero en un documento escrito en tres lenguas y abandonado a los caprichos del océano.

Durante la narración, Roberto Grant devoraba con los ojos a *Lady Elena*, de cuyos labios estaba suspendida su vida; su imaginación infantil trazaba las terribles escenas de que su padre debió de ser víctima, le veía en la cubierta de la *Britannia*; le seguía en el regazo de las olas, se agarraba con él a las rocas de la costa, hincando en ellas las uñas, y se arrastraba jadeando por la arena y fuera del alcance de las olas. A pesar suyo, durante la narración escaparon muchas veces palabras de su boca.

—¡Oh, papá! ¡Mi pobre papá! —exclamó abrazando estrechamente a su hermana.

Miss Grant escuchaba juntando las manos, y no pronunció una sola palabra hasta que hubo terminado el relato. Entonces dijo:

—¡Oh, señora! ¡El documento, el documento!

—No lo tengo, hija mía —respondió *Lady Elena*.

—¿No lo tenéis ya?

—No; en interés de vuestro padre, *Lord Glenarvan* lo ha llevado a Londres, pero ya os he dicho palabra por palabra todo su contenido, y cómo hemos llegado a averiguar su sentido exacto. Las olas, que han truncado y borrado algunas frases, han respetado algunas letras, pero desgraciadamente la longitud...

—¡Nos pasaremos sin ella! —exclamó el niño.

—Sí, caballero Roberto —respondió *Lady Elena*, sonriéndose al verle tan resuelto. Así, pues, ya lo veis, *Miss Grant*, sabéis tanto del documento como yo, habiendo puesto en vuestro conocimiento todos sus pormenores.

—Sí, señora —respondió la joven—, pero hubiera querido ver la letra de mi padre.

—Pues bien, mañana, mañana tal vez esté aquí de vuelta *Lord Glenarvan*. Mi esposo, provisto del incontestable documento, ha

querido someterlo a la comisión permanente del Almirantazgo, para inducirle a enviar inmediatamente un buque en busca del capitán Grant.

—¿Es posible, señora? —exclamó la joven. ¿Todo eso habéis hecho por nosotros?

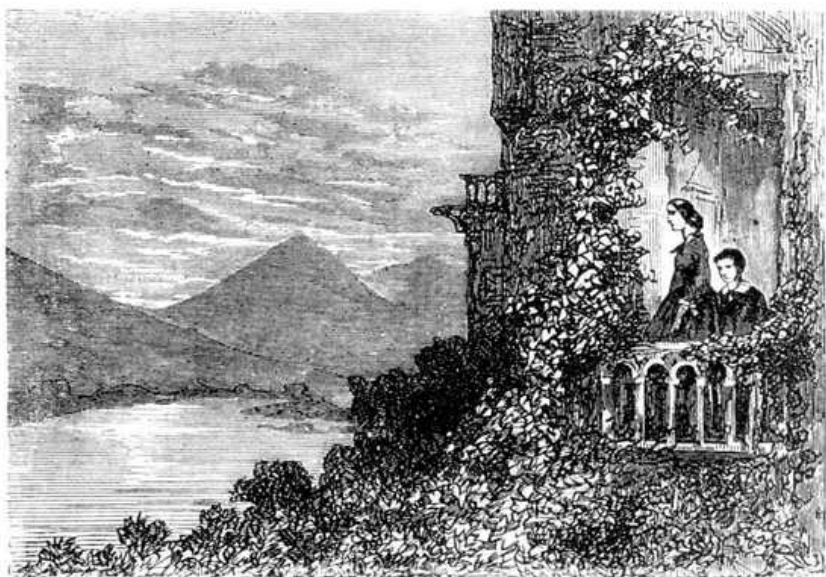
—Sí, mi querida Miss, y espero a *Lord Glenarvan* de un momento a otro.

—¡Señora! —dijo la joven con religioso fervor y un profundo acento de reconocimiento. ¡Que *Lord Glenarvan* y vos seáis benditos del cielo!

—Hija mía —respondió *Lady Elena*—, no merecemos nos deis las gracias; cualquier otro en nuestro lugar hubiera hecho lo mismo que nosotros. ¡Ojalá se realicen las esperanzas que os he dejado concebir! Hasta que vuelva *Lord Glenarvan*, permaneceréis en el castillo...

—Señora —respondió la joven—, no quisiera abusar de la simpatía que os inspiran unos extraños...

—¡Extraños, hija mía! Ni vuestro hermano ni vos sois extraños en esta casa, y quiero que *Lord Glenarvan*, apenas llegue, tenga el gusto de dar a conocer a los hijos del capitán Grant lo que se va a intentar para la salvación de su padre.



No era posible rehusar tan cordial ofrecimiento, por lo que *Miss* Grant y su hermano quedaron aguardando en Malcolm Castle que *Lord* Glenarvan estuviese de vuelta.

Capítulo IV

Una proposición de *Lady Glenarvan*

Durante la conversación precedente, *Lady Elena* no había hablado de los temores que en sus cartas o telegramas revelaba *Lord Glenarvan* respecto de la acogida que había merecido su petición a la comisión permanente del Almirantazgo. Ni una palabra dijo acerca del probable cautiverio del capitán Grant entre los indios de América meridional. ¿A qué hubiera conducido contristar a aquellas pobres criaturas con la situación de su padre y disminuir la esperanza que acababan de concebir? Esto en nada modificaba el estado de cosas. *Lady Glenarvan*, pues, guardaba silencio sobre el particular, y después de contestar a todas las preguntas de *Miss Grant*, la interrogó a su vez sobre su vida y su situación en el mundo en que parecía ser ella la única protectora de su hermano.

La historia de la joven era patética y sencilla, y aumentó la espontánea simpatía que a *Lady Glenarvan* había inspirado desde un principio la interesante huérfana.

Miss Mary y *Roberto Grant* eran los únicos hijos del capitán *Harry Grant*, el cual había perdido a su esposa al nacer *Roberto*, y durante sus largos viajes dejaba a sus hijos confiados a una buena anciana prima suya. El capitán *Grant* era un valiente marino, un hombre que sabía bien su oficio, buen navegante y buen negociante a la vez, reuniendo por consiguiente una doble aptitud que no tiene precio en los *skippers* de la marina mercante. Tenía su residencia en la ciudad de *Dundee*, condado de *Perth*, en *Escocia*. Era, pues, un hijo del país. Su padre, ministro de *Sainte Kathrine Church*, le había dado una educación completa, pensando que una buena educación no puede perjudicar a nadie, aunque sea un capitán de largas travesías.

Como segundo de a bordo, y después de su cualidad de *skipper*,

en sus primeros viajes de ultramar, tuvieron buen éxito sus negocios, y algunos años después del nacimiento de Roberto, era Harry poseedor de una modesta fortuna.

Entonces concibió una gran idea que dio a su nombre popularidad en Escocia. Lo mismo que *Lord Glenarvan* y algunas grandes familias de los Lowlands, estaba, ya que no de hecho, de corazón separado de la invasora Inglaterra. Los intereses de su país no podían en su concepto hermanarse con los de los anglosajones, y para darles un desarrollo personal resolvió fundar una gran colonia escocesa en uno de los continentes de Oceanía. ¿Soñaba para el porvenir con la independencia de que habían dado ejemplo los Estados Unidos, y que las Indias y Australia no pueden dejar de conquistar también tarde o temprano? Es posible, y posible es también que dejase traslucir sus proyectos y secretas esperanzas. Era, pues, natural que el Gobierno se negase a favorecer sus planes de colonización, y en efecto, no sólo se negó a prestarle apoyo, sino que le creó dificultades que en cualquier otro país hubieran acabado con un hombre. Pero Harry no se dejó abatir; hizo un llamamiento al patriotismo de sus compatriotas, puso su fortuna al servicio de su causa, construyó un buque, y con una tripulación arrojadísima, después de haber confiado sus hijos al cariño y bondad de su anciana prima, partió para explorar las grandes islas del Pacífico. Esto sucedió en 1861. No se tuvieron noticias de él hasta mayo de 1862, pero desde el mes de junio, en que salió de El Callao, nunca más se oyó hablar de la *Britannia*, y la *Gaceta Marítima* no hizo ni una sola mención de la suerte del capitán.

En estas circunstancias murió la anciana prima de Harry Grant, y los dos niños quedaron solos en el mundo.

Mary Grant tenía entonces catorce años. Su alma fuerte no retrocedió ante la situación que le había creado la adversidad, y se dedicó completamente a su tierno hermano. Era preciso educarle e instruirle. A fuerza de economías, de prudencia y de sagacidad, trabajando día y noche, dándose enteramente a él y negándose a sí misma, la hermana bastó al hermano, y cumplió valerosamente sus deberes maternos.

Los dos hermanos vivían en Dundee, en la patética situación de una miseria noblemente aceptada, pero valerosamente combatida. Mary no pensaba más que en su hermano, soñaba para él un

dichoso porvenir. Para ella no soñaba nunca. Para ella, ¡ay!, la *Britannia* se había perdido y su padre había muerto. Es imposible, pues, pintar la conmoción que experimentó cuando el anuncio del *Times*, que la casualidad puso a su vista, la arrancó súbitamente de su desesperación.

Tomó inmediatamente su partido sin vacilación alguna. Aunque le dijeran que se había encontrado el cuerpo del capitán Grant en una playa desierta o en el fondo de un buque abandonado, la noticia había de ser menos cruel que la incesante duda, el eterno tormento de la incertidumbre.

Se lo dijo todo a su hermano. Aquel mismo día, los dos jóvenes tomaron el ferrocarril de Perth, y llegaron por la tarde a Malcolm Castle, donde después de tantas angustias, empezó Mary a concebir algunas esperanzas.

Tal fue la dolorosa historia que refirió Mary Grant a *Lady* Glenarvan, y se la refirió con la mayor sencillez, sin pensar siquiera que en lo que había hecho; en sus largos años de prueba se había conducido como una verdadera heroína. Pero *Lady* Elena lo pensó por ella, y varias veces sin ocultar sus lágrimas estrechó en sus brazos a los dos hijos del capitán Grant.

Parecía que Roberto oía aquella historia por primera vez, abría desmesuradamente los ojos escuchando a su hermana; comprendió todo lo que por él había hecho, todo lo que por él había sufrido, y, por fin, abrazando a su hermana, dijo:

—¡Ah! ¡Mamá! ¡Mi querida mamá! —exclamó sin poder contener aquel grito que salía de lo más profundo de su corazón.

Durante esta conversación la noche había cerrado completamente. *Lady* Elena, teniendo en cuenta el cansancio de las dos pobres criaturas, no quiso prolongar más la conversación, y los mandó conducir a sus habitaciones, donde se durmieron y soñaron en un porvenir mejor.

Apenas salieron, *Lady* Elena llamó al Mayor, y le refirió todos los incidentes de aquella tarde.

—¡Virtuosa joven es Mary Grant! —dijo Mac Nabbs, después de oír a su prima.

—¡Quiera el cielo que mi esposo obtenga un buen resultado! —respondió *Lady* Elena. Si no lo obtuviese, la situación de esas dos criaturas sería horrible.

—Lo obtendrá —replicó Mac Nabbs—, como los Lores del Almirantazgo no tengan el corazón más duro que la piedra de Portland.

A pesar de las seguridades del Mayor, *Lady Elena* pasó la noche llena de desconfianza, sin poder conciliar el sueño un instante.

Al día siguiente Mary Grant y su hermano se levantaron al rayar el alba; se paseaban por el gran patio del castillo, cuando oyeron el ruido de un carruaje. *Lord Glenarvan* volvía a Malcolm Castle a todo escape. Inmediatamente *Lady Elena*, acompañada del Mayor, apareció en el patio y corrió a recibir a su esposo.

Éste pareció estar triste, desazonado, furioso. Abrazaba a su esposa y callaba.

—¿Y bien, Edward? —exclamó *Lady Elena*.

—¡Mi querida Elena! —respondió *Lord Glenarvan*. ¡Esos hombres no tienen corazón!

—¿Se han negado?

—¡Sí! Se han negado a enviar un buque. ¡Han hablado de los millones gastados inútilmente para descubrir el paradero de Franklin! ¡Han calificado el documento de oscuro e ininteligible! ¡Han dicho que la pérdida de esos desgraciados data ya de dos años, y que había pocas probabilidades de encontrarlos! ¡Han sostenido que prisioneros de los indios, habrán sido conducidos tierra adentro, y que no es cosa de registrar toda la Patagonia para buscar tres hombres —¡tres escoceses!—, y que las investigaciones serían vanas y peligrosas y que el número de víctimas que costarían sería mayor que el que se podría salvar con ellas! En fin, han dado todas las malas razones que sugiere la falta de voluntad de hacer algo. ¡Recuerdan los proyectos del capitán, y el desgraciado Grant está perdido para siempre!



—¡Mi padre! ¡Mi pobre padre! —exclamó Mary— echándose de rodillas a los pies de *Lord Glenarvan*.

—¡Vuestro padre! ¡Cómo! *Miss...* —dijo el *Lord* sorprendido—, viendo a sus pies a aquella joven.

—Sí, *Edward*; *Miss Mary* y su hermano —respondió *Lady Elena*. Los dos hijos del capitán *Grant*, a quienes el *Almirantazgo* condena a quedarse huérfanos.

—¡Ah! *Miss* —repuso *Lord Glenarvan*, levantando a la joven. Si hubiese sabido que estabais presente...

No dijo más. Un penoso silencio, que interrumpían los sollozos, reinaba en el patio. Nadie levantaba la voz, ni *Lord Glenarvan*, ni *Lady Elena*, ni el *Mayor* ni la servidumbre del castillo colocada silenciosamente alrededor de sus señores. Pero todos aquellos

escoceses protestaban con su actitud contra la conducta del Gobierno inglés.

Pasados algunos momentos, el Mayor tomó la palabra, y dirigiéndose a *Lord Glenarvan*, le dijo:

—¿No queda, pues, ninguna esperanza?

—Ninguna.

—Pues bien —exclamó el joven Roberto—, yo iré a buscar a esas gentes y..., veremos.

Roberto no acabó sus amenazas, porque su hermana le detuvo; pero sus puños cerrados revelaban intenciones poco pacíficas.

—¡No, Roberto, no! —dijo Mary Grant. Demos gracias a estos buenos señores por lo que han hecho por nosotros, les quedaremos eternamente reconocidos, y partamos.

—¡Mary! —exclamó *Lady Elena*.

—¿A dónde queréis ir? —dijo *Lord Glenarvan*.

—Voy a echarme a los pies de la reina —respondió la joven—, y veremos si es sorda a las súplicas de los hijos que le piden la vida de su padre.

Lord Glenarvan movió la cabeza, no porque dudara del buen corazón de Su Graciosa Majestad, sino porque sabía que Mary Grant no podría llegar hasta ella. Los que suplican llegan rara vez a las gradas de un trono, y parece que sobre la puerta de los palacios reales está escrita la advertencia que los ingleses ponen en la rueda de los timones de sus buques:

Passagers are requested not to speak the man at the wheel^[7].

Lady Elena había comprendido el pensamiento de su esposo. Sabía que la joven iba a practicar una gestión inútil, y que los dos pobres hermanos arrastrarían en lo sucesivo una existencia desesperada. Concibió entonces una idea grande y generosa.

—¡Mary Grant! —exclamó. Esperad, hija mía, y escuchad lo que voy a decir.

La joven, que tenía a Roberto cogido de la mano disponiéndose a partir, se detuvo.

Entonces *Lady Elena*, con los ojos llenos de lágrimas, pero con voz firme y facciones animadas, se acercó a su esposo.

—Edward —le dijo—, el capitán Grant al escribir y echar al mar su carta, la confiaba al cuidado del mismo Dios. Dios nos la ha enviado a nosotros. Sin duda Dios ha querido que nos encargásemos

nosotros de la salvación de esos desgraciados.

—¿Qué queréis decir, Elena? —preguntó *Lord Glenarvan*.

Reinaba un profundo silencio.

—Quiero decir —continuó *Lady Elena*— que debemos considerar como una gran dicha el poder empezar con una buena acción la vida de matrimonio. Vos, mi querido Edward, habéis proyectado para complacerme un viaje de recreo. ¿Pero qué más recreo, qué más placer que el de salvar a esos desventurados a quienes abandona su patria?

—¡Elena! —exclamó *Lord Glenarvan*.

—¡Sí, me comprendéis, Edward! El *Duncan* es un magnífico buque; puede arrostrar los mares del sur, puede dar la vuelta al mundo, y la dará en caso necesario. ¡Partamos, Edward! ¡Vamos a buscar al capitán Grant!

Al oír tan dignas palabras, *Lord Glenarvan* tendió los brazos a su esposa, y mientras él la estrechaba contra su corazón, Mary y Roberto le besaban las manos.

Y durante aquella patética escena, la servidumbre del castillo, conmovida y entusiasmada, lanzó este grito de reconocimiento, salido del corazón:

—¡Hurra por la señora de Luss! ¡Hurra! ¡Tres veces hurra por *Lord* y *Lady Glenarvan*!

Capítulo V

La partida del *Duncan*

Ya hemos dicho que *Lady* Elena estaba dotada de un alma fuerte y generosa, y en verdad que lo que acababa de hacer, era de ello una prueba incontestable. *Lord* Glenarvan estaba con razón orgulloso de aquella mujer tan capaz de comprenderle y seguirle. El propósito de ir a buscar al capitán Grant se había apoderado ya de su mente cuando vio en Londres rechazada su demanda, y si no se había anticipado a *Lady* Elena, fue sólo porque le repugnaba demasiado la idea de separarse de ella. Pero desde el momento en que *Lady* Elena deseaba partir, todas las vacilaciones cesaron. Los criados del castillo habían saludado con entusiasmo la proposición, pues se trataba de la salvación de hermanos, de escoceses como ellos, y *Lord* Glenarvan unió cordialmente su voz a las aclamaciones con que fue vitoreada la señora de Luss.

Habiendo resuelto marchar, no había que perder tiempo. Aquel mismo día, *Lord* Glenarvan mandó a John Mangles pasar con el *Duncan* a Glasgow, haciendo todos los preparativos para un viaje a los mares del sur que podía muy bien convertirse en un viaje de circunnavegación. Además, *Lady* Elena, cuando formuló su proposición, no había exagerado las cualidades marineras del *Duncan*, construido con notables condiciones de solidez y velocidad, que le permitían lanzarse con buen éxito a los más largos viajes.

Era el *Duncan* un yate de vapor de elegante planta y desplazaba 210 toneladas. Los primeros buques que llegaron al Nuevo Mundo, los de Colón, Vespucio, Pinzón, Magallanes, eran mucho menores^[8].

El *Duncan* tenía dos palos: mesana, con su cangreja y escandalosa, mayor, con gavia, velacho, juanete y sobrejuanete, y en el bauprés trinquetilla, foque, petifoque y velas de estay. Su velamen era suficiente, y le permitía aprovecharse del viento como

un simple *clipper*; pero su principal agente de locomoción era la potencia mecánica que encerraba en sus flancos. Su máquina, de una fuerza efectiva de 160 caballos, estaba construida según un nuevo sistema, poseía aparatos de recalentamiento que daban al vapor una temperatura mayor que la ordinaria, era de alta presión y ponía en movimiento una hélice doble. El *Duncan*, a todo vapor, podía adquirir una velocidad superior a todas las obtenidas hasta entonces. En sus ensayos en el golfo del Clyde había andado, según el *patent-log*^[9], 17 millas por hora^[10]. Tal como era podía, pues, hacerse a la mar y dar la vuelta alrededor del mundo. John Mangles no tuvo que ocuparse más que de los arreglos interiores.

Su primer cuidado fue convertir en carboneras algunos pañoles más, para poder llevar la mayor cantidad posible de carbón, pues era difícil en el camino renovar las provisiones de combustible. La misma precaución tomó respecto a las despensas, y así pudo almacenar víveres para dos años. Tenía bastantes fondos a su disposición que le permitieron comprar un cañón giratorio que se colocó en la proa. Nadie sabía lo que podía suceder, y siempre es bueno poder enviar una bala de 8 a cuatro millas de distancia.

John Mangles, dicho sea de paso, era hombre que sabía dónde tenía la mano derecha. Aunque no mandaba más que un yate de recreo, no era un marino de tres al cuarto. En Glasgow, donde los buenos *skippers* no escasean, se le contaba entre los más diestros, más inteligentes y más resueltos. Tenía 30 años, y sus facciones, aunque algo severas y rudas, denotaban valor y bondad. Había nacido en el castillo, y la familia Glenarvan, que tomó a su cargo su educación e instrucción, hizo de él un excelente marino. John Mangles dio repetidas pruebas de habilidad, firmeza de carácter y sangre fría en algunos viajes transatlánticos. Cuando Lord Glenarvan le ofreció el mando del *Duncan* lo aceptó con la mayor satisfacción porque quería como a un hermano al señor de Malcolm Castle, y buscaba una ocasión, que hasta entonces no había encontrado, de sacrificarse por él.

El segundo era Tom Austin, viejo marino digno de toda confianza. Incluyendo a éste y al capitán, la tripulación se componía de veinticinco hombres, pertenecientes todos al condado de Dumbarton, todos marineros consumados, hijos de arrendatarios de la familia que formaban a bordo un verdadero clan de honradas

gentes a las cuales no faltaba nada, ni tan siquiera el *piper-bag*^[11] tradicional. *Lord* Glenarvan tenía una tripulación compuesta de hombres honrados, satisfechos de su oficio, adictos, valientes, hábiles en el manejo de las armas y en las maniobras de un buque, y capaces de acompañarle a las más peligrosas expediciones. Cuando la tripulación del *Duncan* supo dónde tenía que ir, no pudo contener su alegría, y los ecos de los peñascos de Dumbarton repitieron sus hurras entusiastas.

John Mangles, mientras se ocupaba de la estiba y abastecimiento de su buque, no olvidó las cámaras de *Lord* y *Lady* Glenarvan, y las dispuso como correspondían a personas tan distinguidas y queridas en un viaje que podía ser muy largo. Preparó igualmente los camarotes de los hijos del capitán Grant, pues *Lady* Elena no pudo negar a Mary el permiso de seguirla a bordo del *Duncan*.

En cuanto a Roberto, si no le hubiesen dejado partir, se hubiera escondido en la sentina. Se hubiera embarcado aunque hubiese tenido, como Nelson y Franklin, que empezar a servir de grumete. No había medio de resistir a semejante hombrecito. Ni siquiera se pudo conseguir que se embarcase como pasajero, y se empeñó en servir de cualquier cosa, de grumete, aprendiz u hombre de proa. John Mangles se encargó de enseñarle el oficio.

—¡Bueno —dijo Roberto—, y no me escatime las disciplina^[12] si no ando derecho como Dios manda!

—Queda tranquilo, hijo mío —respondió Glenarvan, afectando hablar con formalidad, y sin decirle que las disciplinas estaban prohibidas a bordo del *Duncan*, donde, además, eran completamente inútiles.

Para completar el rol de pasajeros, bastará nombrar al Mayor Mac Nabbs. Era éste un hombre de cincuenta años, de facciones tranquilas y regulares que iba donde le decían que fuese, de excelente índole, modesto, silencioso, pacífico y amable. De acuerdo siempre con todo el mundo, no discutía, no disputaba, ni se incomodaba nunca. Lo mismo que subía por la escalera de su cuarto, hubiera subido por una muralla batida en brecha, sin que nada en el mundo le conmoviese ni turbase, ni siquiera una bala de cañón, y moriría probablemente sin haber encontrado en la vida una ocasión de encolerizarse. Mac Nabbs poseía en grado heroico, no sólo el valor físico, únicamente debido a la energía muscular,

sino el valor moral, que es el que más vale, es decir, la firmeza del alma. Su único defecto, si tenía alguno, consistía en ser absolutamente escocés hasta la médula de los huesos, caledonio de sangre pura, rígido observador de las añejas tradiciones y costumbres de su país. Nunca quiso servir a Inglaterra, y el grado de Mayor lo ganó en el regimiento 42 de los *Highland Black Watch*, guardia negra, cuyas compañías estaban únicamente formadas de nobles escoceses. Pero en su cualidad de primo de los Glenarvan, residía en el castillo de Malcolm, y en su calidad de Mayor creyó muy natural embarcarse como pasajero en el *Duncan*.

Tal era el personal de aquel yate, llamado por circunstancias imprevistas a llevar a cabo uno de los viajes más sorprendentes de los tiempos modernos. Desde su llegada al *Steamboat Quay* de Glasgow, había monopolizado en su provecho la curiosidad pública. Una multitud considerable lo visitaba todos los días; él era el único buque que inspiraba interés, y no se hablaba más que de él, con gran disgusto de los demás capitanes del puerto, entre otros el capitán Burton, que mandaba el *Scotia*, magnífico vapor anclado junto al *Duncan*, y próximo a zarpar para Calcuta. El *Scotia*, por sus dimensiones, tenía motivos para considerar al *Duncan* como un simple *fly-boat*^[13]. Eso no obstante, todo el interés se concentraba en el yate de Lord Glenarvan, e iba en incesante aumento.

Se acercaba el momento de partir. John Mangles se había manifestado hábil y expeditivo. Un mes después de haber hecho sus pruebas en el golfo del Clyde, el *Duncan*, tripulado, estibado y provisto de todo, podía hacerse a la mar. Se fijó la partida para el 25 de agosto, lo que permitiría al yate llegar a las latitudes australes a principios de primavera.

No dejó Lord Glenarvan, apenas fue conocido su proyecto, de recibir, para quitárselo de la cabeza, algunas observaciones muy sensatas acerca de las fatigas y peligros del viaje; pero no hizo caso de ellas y se dispuso a salir de Malcolm Castle. De advertir es que muchos le admiraban sinceramente, al mismo tiempo que no le aprobaban. Además, la opinión pública se le declaró francamente propicia, y todos los periódicos, exceptuando los *órganos del Gobierno*, censuraron unánimemente la conducta de los comisarios del Almirantazgo. Lord Glenarvan fue tan insensible a los elogios como a los vituperios, porque tenía la conciencia del deber, y

cumpliendo con éste, le importaba lo demás muy poco.

El 24 de agosto, Glenarvan, *Lady Elena*, el Mayor Mac Nabbs, Mary y Roberto Grant, *Monsieur Olbinett*, el *stewart* del yate y su mujer, *Madame Olbinett*, puesta al servicio de *Lady Glenarvan*, salieron de Malcolm Castle, después de haber recibido un tierno adiós de los asociados de la familia. A las pocas horas estaban todos a bordo. La población de Glasgow acogió con simpática admiración a *Lady Elena*, a la joven y valerosa señora que para volar al auxilio de unos infelices náufragos renunciaba a los tranquilos y fáciles goces de una vida opulenta.

Los camarotes de *Lord Glenarvan* y su esposa ocupaban en la toldilla toda la popa del *Duncan*, y se componían de dos dormitorios, un salón y dos gabinetes para tocador. Después había una sala común con seis camarotes, de los cuales cinco estaban ocupados por Mary y Roberto Grant, *Monsieur* y *Madame Olbinett*, y el Mayor Mac Nabbs. Los camarotes de John Mangles y Tom Austin estaban situados junto a la escotilla, muy cerca de la cubierta. La tripulación tenía sus coys en el entrepuente, y estaba muy cómodamente, porque el yate no tenía más cargamento que carbón, víveres y armas para su propio uso. No había, pues, John Mangles carecido de espacio para disponer los arreglos interiores, y se aprovechó de él de manera que no dejaba nada que desear.

El *Duncan* debía partir en la noche del 24 al 25 de agosto, con la marea descendente de las tres de la mañana. Pero antes la población de Glasgow fue testigo de una ceremonia conmovedora. A las ocho de la noche, *Lord Glenarvan* y sus huéspedes, con toda la tripulación, desde los fogoneros al capitán, todos los que debían formar parte de aquel viaje filantrópico, pasaron desde el yate a Saint-Mungo, la antigua catedral de Glasgow. Aquella vieja iglesia, que quedó intacta en medio de las ruinas causadas por la reforma y que tan maravillosamente describe Walter Scott, recibió bajo sus bóvedas macizas a los pasajeros y tripulantes del *Duncan*. Les acompañaba una inmensa muchedumbre. En la espaciosa nave, llena de tumbas como un cementerio, el reverendo Morton imploró las bendiciones del Cielo y colocó la expedición bajo la salvaguarda de la Providencia.



Hubo un momento en que resonó la voz de Mary Grant en la antigua iglesia. La joven rogaba por sus bienhechores y derramaba delante de Dios las dulces lágrimas del reconocimiento. Después se retiraron todos profundamente conmovidos.

A las once habían vuelto todos a bordo, donde John Mangles y la tripulación hicieron los últimos preparativos.

A medianoche se encendieron las calderas, y el capitán dio orden de activar mucho el fuego. Torrentes de humo negro condensaron los vapores de la noche. Las velas del *Duncan* fueron cuidadosamente envueltas en el estuche de tela que servía para resguardarlas del humo, porque el viento soplaba del Sudoeste y no podía favorecer la marcha del buque.

A las dos empezó el *Duncan* a estremecerse bajo la trepidación de sus calderas; el manómetro marcó una presión de cuatro atmósferas; el vapor empezó a silbar por las válvulas; la marea estaba acabando; el día permitía reconocer ya los pasos del Clyde entre las balizas y los *biggings*^[14] cuyos faros iban poco a poco cediendo su luz al alba naciente. Era el momento de partir.

John Mangles hizo prevenir a *Lord Glenarvan*, y éste subió en seguida a cubierta.

Muy pronto se empezó a percibir el reflujo; el *Duncan* lanzó vigorosos silbidos, largó sus amarras, y se separó de los demás buques, se puso la hélice en movimiento y empujó al yate por el canal. John conocía admirablemente los bajos del Clyde, y los sorteó sin necesidad de tomar práctico. El yate evolucionaba dócilmente a una señal suya; el hábil marino mandaba con una mano la máquina y con la otra el timón. Pronto se ofreció al buque un paisaje nuevo, siendo remplazadas las últimas fábricas de la costa por las lindas casas de recreo que coronan las colinas, y poco a poco se desvanecieron los últimos rumores de la ciudad.

Una hora después, el *Duncan* pasó cerca de las rocas de *Dumbarton*, y pasadas otras dos horas, se hallaba en el golfo del Clyde.



A las seis de la mañana dobló el promontorio de Cantry, salió del canal del norte, y navegó en pleno océano.

Capítulo VI

El pasajero del camarote número seis

Durante el primer día de navegación, el mar estuvo bastante picado, y al anochecer refrescó el viento. Con motivo de la marejada los balanceos del *Duncan* eran bastante fuertes, por lo que las señoras tuvieron el buen gusto de quedarse echadas en sus camarotes sin aparecer por la toldilla.

Pero al día siguiente una ligera variación del viento permitió izar la trinquetilla, la cangreja y la gavia, con lo que el buque, ciñendo más y apoyándose mejor en las olas, fue menos violento en sus arfadas y balanceos. Apenas rayó el alba, *Lady Elena* y *Mary Grant* pudieron reunirse en la cubierta con *Lord Glenarvan*, el Mayor y el capitán. La salida del sol fue magnífica. El astro del día semejante a un disco de metal, dorado por el procedimiento de Ruolz, salía del océano como de un inmenso baño galvánico. El *Duncan* se deslizaba en medio de una irradiación espléndida, y se hubiera dicho que se hinchaban sus velas al impulso de los rayos solares.

Los huéspedes del yate contemplaban silenciosos la aparición del astro radiante.

—¡Qué admirable espectáculo! —dijo al fin *Lady Elena*. Hermoso empieza el día. Dios quiera que el viento siga siéndonos propicio y favorezca la marcha del *Duncan*.

—Imposible sería desear un día mejor, mi querida Elena —respondió *Lord Glenarvan*—, y no podemos quejarnos del principio de nuestro viaje.

—¿Será larga la travesía, mi querido Edward?

—El capitán John nos lo dirá —respondió *Glenarvan*. ¿Andamos bien, John? ¿Estáis satisfecho de vuestro buque?

—Muy satisfecho, Milord —replicó John. Es un buque

maravilloso que llena de orgullo al marino que lo tiene bajo sus pies. El casco es digno de la máquina. Mirad cuán igual es el surco que deja en pos de sí y con qué facilidad el tajamar echa las olas a los lados. Andamos diecisiete millas por hora, y a este paso cortaremos la línea dentro de diez días, y antes de cinco semanas habremos doblado el cabo de Hornos.

—¿Oís, Mary? —repuso *Lady Elena*. ¡Antes de cinco semanas!

—Sí, lo oigo, señora —respondió la joven—, y las palabras del capitán han hecho latir mi corazón con extraordinaria violencia.

—¿Y qué tal os prueba la navegación, *Miss Mary*? —preguntó *Lord Glenarvan*.

—No del todo mal, Milord; los balanceos son muchos, y voy acostumbrándome a ellos.

—¿Y Roberto?

—¡Oh! Roberto —respondió John Mangles. Cuando no está en la máquina está en los topes. No sabe lo que es mareo. ¡Mirad! ¿Lo veis?

A una indicación del capitán, todas las miradas se dirigieron al palo mayor, donde estaba Roberto suspendido en una verga de juanete a cien pies de elevación. Mary se estremeció.

—Estad tranquila, *Miss* —dijo John Mangles—, os respondo de él, y me atrevo a aseguraros que cuando encontremos al capitán Grant, que sí lo encontraremos, le presentaré un marino hecho y derecho.

—El cielo os oiga, capitán John —respondió la joven.

—Hija mía —repuso *Lord Glenarvan*—, hay en todo esto algo providencial que debe darnos esperanzas. Nosotros no vamos, se nos lleva. No buscamos, se nos conduce. Y, además, ved a todas esas honradas gentes dedicadas al servicio de una causa tan bella. No solamente triunfaremos en nuestra empresa sino que la llevaremos a cabo sin dificultad. Prometí a *Lady Elena* un viaje de recreo, y me parece que cumpliré mi palabra.

—Sois, Edward, el mejor de los hombres —dijo *Lady Glenarvan*.

—No tal, pero tengo la mejor de las tripulaciones y el mejor de los buques. ¿No os causa admiración nuestro *Duncan*, *Miss Mary*?

—Lo admiro, Milord —respondió la joven—, y lo admiro como verdadera conocedora.

—¿De veras?

—Siendo aún muy niña, jugaba con los buques de mi padre, el cual hubiera hecho de mí todo un marino, y aun ahora no me vería muy apurada para trenzar un estrobo o tomar rizos.

—¿Qué estáis diciendo, *Miss*? —exclamó John Mangles.

—Si habláis de ese modo —dijo *Lord* Glenarvan a *Miss* Mary— vais a entusiasmar al capitán John y a hacer de él vuestro mejor amigo, porque él no concibe en el mundo más que un estado: el de marino. No concibe otro, ni aun para la mujer. ¿No es verdad, John?

—Verdad es, Milord —respondió el joven capitán. Sin embargo, confieso que *Miss* Grant está mejor hablando en la toldilla que aferrando un juanete, lo que no impide que me agrade mucho oírla expresarse como se expresa.

—Y sobre todo cuando mira al *Duncan* —replicó Glenarvan.

—Que bien lo merece —respondió John.

—Tan orgulloso estáis de vuestro yate —dijo *Lady* Elena— que con vuestros elogios me hacéis desear visitarlo hasta la sentina, y ver qué tal les va en el entrepuente a nuestros buenos marinos.

—Perfectamente —respondió John—, están en él como en su casa.

—Y en su casa están en realidad, mi querida Elena —respondió Glenarvan. Este yate es un pedazo desprendido del condado de Dumbarton que boga por gracia especial, de suerte que nosotros, de hecho, no hemos salido de nuestro país. El *Duncan* es el castillo de Malcolm, y el océano es el lago Lomond.

—Pues bien, mi querido Edward, hacednos los honores del castillo —respondió Elena.

—Estoy a vuestras órdenes, señora —dijo Glenarvan—, pero antes dejadme prevenir a Olbinett.

El *steward* era un escocés que merecía ser francés por su importancia. Excelente cocinero, desempeñaba sus importantes y elevadas funciones con celo e inteligencia. Acudió a recibir órdenes de su amo.

—Olbinett, vamos a dar un paseo para estimular el apetito antes del almuerzo —dijo Glenarvan, como si se tratase de un paseo a Tarbet o al lago Katrine—, y espero que a la vuelta encontraremos la mesa puesta.

Olbinett se inclinó gravemente.

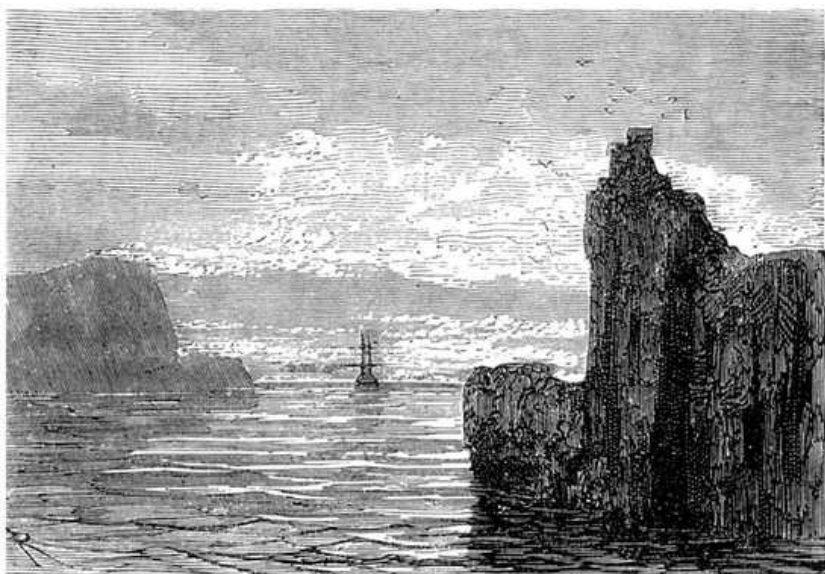
—¿Nos acompañáis, Mayor? —dijo *Lady Elena*.

—Si me lo ordenáis —respondió *Mac Nabbs*.

—¡Oh! —dijo *Lord Glenarvan*. Dejad al Mayor contemplando estático el humo de su cigarro. Ahí tenéis, *Miss Mary*, al más intrépido de los fumadores. Fuma incansablemente, hasta durmiendo.

El Mayor hizo un ademán de asentimiento, y los demás huéspedes de *Lord Glenarvan* bajaron al entrepuente.

Mac Nabbs se quedó solo, y conversando consigo mismo, según tenía por costumbre, pero sin contradecirse jamás, se envolvió en nubes más densas. Permanecía inmóvil y miraba hacia popa la estela del yate. Después de algunos minutos de muda contemplación, se volvió y se vio delante de un nuevo personaje. Este encuentro hubiera sorprendido al Mayor, si al Mayor hubiera podido sorprenderle algo, pues el nuevo pasajero le era absolutamente desconocido.



Era un hombre de unos cuarenta años, alto y enjuto de carnes. Tenía bastante semejanza con un clavo largo de cabeza grande, pues la suya era, en efecto, ancha y voluminosa, su frente alta, su

nariz prolongada, su boca grande y su barba muy prominente. Sus ojos se escondían detrás de unas gafas redondas, y su mirada parecía tener la indecisión particular que caracteriza a los nictálopes^[15]. Su fisonomía era la de un hombre inteligente y jovial, sin tener en manera alguna ese aspecto repulsivo de los personajes graves que hacen de la seriedad un principio, que por sistema no ríen nunca, ocultando bajo una máscara de formalidad una nulidad completa. La soltura, la amable franqueza del desconocido demostraban claramente que sabía tomar los hombres y las cosas por su buen lado. Se comprendía, antes de que hablase, que era hablador; y sobre todo distraído, a la manera de esos que no ven lo que miran, ni oyen lo que escuchan. Llevaba una gorra de viaje, botas amarillas y polainas de cuero, un pantalón de terciopelo castaño y una chaqueta de lo mismo, cuyos innumerables bolsillos estaban atestados de diccionarios, agendas, carteras, libros de memoria y otros mil objetos tan embarazosos como inútiles, sin hablar de anteojos que llevaba colgado en bandolera.

Su agitación contrastaba singularmente con la flema del Mayor, alrededor del cual giraba, mirándole, interrogándole con los ojos, sin que Mac Nabbs se cuidase de preguntarle de dónde venía, ni a dónde iba, ni por qué se hallaba a bordo del *Duncan*.



Cuando el enigmático personaje vio burladas sus tentativas por la indiferencia del Mayor, cogió su antejo, que en su mayor desarrollo medía cuatro pies de longitud, e inmóvil como el poste de una carretera, con las piernas abiertas, asestó su instrumento a la línea del horizonte en que el cielo y el agua se confunden, y después de cinco minutos de examen bajó su antejo, lo dejó descansar en la cubierta y se apoyó en él como si fuese un bastón. Los tubos del instrumento se metieron inmediatamente uno dentro del otro, y el nuevo pasajero, faltándole de improviso su punto de apoyo, estuvo próximo a caer cuan largo era, al pie del palo mayor.

Cualquier otro que no hubiera sido el Mayor, no hubiera podido contener la risa, pero el Mayor no pestañeó siquiera. El intruso tomó entonces una decisión.

—*Steward* —gritó con un acento extranjero.

Se quedó aguardando, y no apareció nadie.

—*Steward* —repitió con voz más fuerte.

Pasaba en aquel momento *Monsieur* Olbinett, que iba a la cocina situada en la proa. ¡Cuál fue su asombro al oírse llamar por aquel individuo larguirucho a quien no conocía!

«¿De dónde habrá salido ese personaje? —se preguntó. ¿Será un amigo de *Lord* Glenarvan? Imposible».

Sin embargo, subió a la toldilla y se acercó al extranjero.

—¿Sois vos el *steward* del buque? —le preguntó.

—Sí, señor —respondió Olbinett. Pero no tengo el honor...

—Soy el pasajero del camarote número seis.

—¿Número seis? —repitió el *steward*.

—Sin duda. Y vos os llamáis...

—Olbinett.

—Pues bien, Olbinett, amigo mío —respondió el extranjero del camarote número seis—, me parece que ya es hora de almorzar. Treinta y seis horas hace que no he probado bocado, o por mejor decir, treinta y seis horas hace que no he hecho más que dormir, lo que es muy perdonable a un hombre que ha venido de una tirada de París a Glasgow. ¿A qué hora se almuerza aquí?

—A las nueve —respondió maquinalmente Olbinett.

El extranjero quiso consultar su reloj, lo que no dejó de llevarle algún tiempo, pues no dio con él hasta que metió la mano en el noveno bolsillo.

—Bueno —dijo—, no han dado aún las ocho. Dadme, pues, Olbinett, una galleta y un vaso de *sherry* para aguantar la espera, porque me estoy cayendo.

Olbinett oía y callaba sin comprender nada. Además, el desconocido se lo decía todo él solo y pasaba de un asunto a otro con una volubilidad suma.

—Y bien —dijo. ¿Y el capitán? ¡No se ha levantado aún! ¿Y el segundo? ¿Qué hace el segundo? ¿Duerme también? Afortunadamente el tiempo es bueno, el viento favorable y el buque anda solo.

De este modo hablaba cuando apareció John Mangles en la escotilla de popa.

—Ved al capitán —dijo Olbinett.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó el desconocido. Celebro conoceros, capitán Burton.

John Mangles quedó como quien ve visiones oyéndose llamar

capitán Burton y encontrando a bordo a un desconocido.

El otro continuó como si tal cosa:

—Permitidme daros un apretón de manos —dijo—, ya que no os lo di anteanoche, porque en el momento de zarpar no se debe incomodar a los marinos. Pero hoy, capitán, os digo que tengo el mayor gusto en conoceros.

John Mangles abría desmesuradamente los ojos, mirando tan pronto a Olbinett como al recién venido.

—Ahora —repuso éste— que me he presentado ya a vos, mi querido capitán, somos como dos antiguos amigos. Hablemos, y decidme si estáis contento del *Scotia*.

—¿Qué entendéis vos por el *Scotia*? —dijo por fin John Mangles.

—El *Scotia* que nos lleva, un buen buque cuyas cualidades físicas me han ensalzado mucho, al mismo tiempo que las prendas morales de su comandante, el bravo capitán Burton. ¿Seréis acaso pariente del gran viajero africano del mismo apellido? Es un hombre audaz. Pero nada de cumplidos.

—Caballero —respondió John Mangles—, yo no soy pariente del gran viajero Burton, ni soy tampoco el capitán Burton.

—¡Ah! —exclamó el desconocido. ¿Es, pues, a *Monsieur* Burdness, el segundo del *Scotia*, a quien me dirijo en este momento?

—¿*Monsieur* Burdness? —respondió John Mangles, que empezaba a caer en la cuenta.

¿Tenía que habérselas con un loco o con un atolondrado?

Se hacía a sí mismo esta pregunta, e iba a explicarse categóricamente cuando volvieron a cubierta *Lord* Glenarvan, su esposa y *Miss* Grant. Al verles, el desconocido exclamó:

—¡Ah, pasajeros, pasajeros! Me alegro mucho.

Y adelantándose con perfecto aplomo, sin aguardar la intervención de John Mangles, añadió:

—Señora... —dijo a *Miss* Grant—. *Miss*... —dijo a *Lady* Elena—. Caballero... —dijo a *Lord* Glenarvan.

—*Lord* Glenarvan —dijo John Mangles.

—Milord —repuso entonces el desconocido—, os pido que disimuléis el que me presente yo mismo; pero en el mar es preciso no ceñirse demasiado a ciertas fórmulas, y espero que no tardaremos en conocernos, y que la compañía de estas señoras hará tan corta como agradable nuestra travesía en el *Scotia*.

Lady Elena y Miss Grant no supieron qué responder.

—Señor —dijo entonces *Lord Glenarvan*—, ¿con quién tengo el honor de hablar?

—Con Santiago Elías Francisco María Paganel, secretario de la Sociedad de Geografía de París, miembro corresponsal de las Sociedades de Berlín, Bombay, Darmstadt, Leipzig, Londres, San Petersburgo, Viena y Nueva York; miembro honorario del Real Instituto Geográfico y Etnográfico de las Indias Orientales, el cual, después de haber pasado veinte años de su vida estudiando Geografía en su gabinete, ha querido entrar en la ciencia militante, y se dirige a la India para coordinar los trabajos de los grandes viajeros.

Capítulo VII

¿De dónde viene y adónde va Santiago Paganel?

La gracia con que dijo todo esto, el secretario de la Sociedad de Geografía, probaba que era un hombre muy amable. Lord Glenarvan sabía, además, perfectamente con quién estaba hablando; conocía el nombre y el mérito de Santiago Paganel, cuyos trabajos geográficos, memorias sobre los descubrimientos modernos insertas en los boletines de la Sociedad y correspondencia con el mundo entero, le acreditaban como uno de los sabios más distinguidos de Francia. Así es que Glenarvan tendió cordialmente la mano a su huésped inesperado.

—Y ahora que están hechas nuestras presentaciones —añadió—, ¿me permitiréis, *Monsieur* Paganel haceros una pregunta?

—Cuantas queráis, Milord —respondió Santiago Paganel—; tendré siempre mucho gusto en conversar con vos.

—¿Llegasteis anteanoche a bordo de este buque?

—Sí, Milord, anteayer a las ocho. Pasé del *Cáledonian railway* a un carruaje, y del carruaje al *Scotia*, en el que había reservado desde París el camarote número seis. La noche estaba oscura. A nadie vi a bordo. Rendido por un viaje de treinta horas y sabiendo que es una buena precaución para evitar el mareo acostarse al llegar y no moverse durante los primeros días de travesía, me metí en la cama inmediatamente, donde he dormido como un lirón —no creáis que exagero— por espacio de treinta y seis horas.

Los que oían a Santiago Paganel sabían ya a qué atenerse acerca de su presencia a bordo. El viajero francés, equivocando el buque, se había embarcado mientras la tripulación del *Duncan* se hallaba en la ceremonia de Saint-Mungo. Todo estaba explicado. ¿Pero qué iba a decir el sabio geógrafo, luego que supiese el nombre y el destino del buque en que se encontraba?

—Así, pues, *Monsieur* Paganel —dijo Glenarvan—, ¿es Calcuta el punto de partida de vuestros viajes?

—Sí, Milord. Durante toda mi vida he acariciado la idea de ver la India. Voy, al fin, a realizar mi sueño dorado en la patria de los elefantes y de los *taugs*.

—¿No os sería indiferente, señor Paganel, visitar otro país?

—No, Milord, me sería hasta desagradable; porque tengo recomendaciones para Sommerset, el gobernador general de las Indias, y tengo que desempeñar una misión de la Sociedad Geográfica.

—¿Conque tenéis una misión?

—Sí; tengo que intentar un viaje útil y curioso, cuyo programa ha sido redactado por mi sabio amigo y colega *Monsieur* Vivian de Saint-Martin. Se trata de seguir las huellas de los hermanos Schlagintweit, del coronel Waugh, de Hodgson, de los misioneros Huc y Gabet, de Moorcroft, de Webb, de *Monsieur* Julio Remy y de otros varios viajeros célebres. Quiero triunfar donde pereció desgraciadamente, en 1846, el misionero Krick; quiero, en una palabra, reconocer el curso del Yurú-Dzangho-Tchú, que riega el Tíbet a lo largo de 1.500 kilómetros, rodeando la base septentrional del Himalaya, y saber, en fin, si este río no se junta con el Brahmaputra al nordeste de Assam. La medalla de oro, Milord, está asegurada al viajero que llegue a realizar este viaje, que es uno de los más vivos *desiderata* de la geografía de las Indias.



Paganel estaba magnífico. Hablaba con una animación soberbia, dejándose llevar rápidamente en alas de su imaginación, tan imposible de refrenar como el Rin en las cataratas del Schafouse.

—*Monsieur* Jacques Paganel —dijo Lord Glenarvan después de un breve silencio—, es seguramente un buen viaje el que vais a emprender, y por él os quedará la ciencia reconocida; pero no quiero prolongar por más tiempo vuestro error, y debo deciros que, al menos por ahora, tendréis que renunciar al placer de visitar las Indias.

—¡Renunciar! ¿Y por qué?

—Porque volvéis la espalda a la península india.

—¡Cómo! El capitán Burton...

—Yo no soy el capitán Burton —respondió John Mangles.

—¿Pero el *Scotia*?

—Este buque no es el *Scotia*.

No sería posible describir el asombro de Paganel. Miró sucesivamente a *Lord Glenarvan*, que permanecía serio, a *Lady Elena* y a *Mary Grant*, cuyas facciones expresaban un simpático sentimiento; a *John Mangles*, que se sonreía, y al Mayor, que no pestañeaba; después, encogiéndose de hombros y pasando las gafas de la frente a los ojos, dijo:

—¡Qué chasco!



Pero en aquel momento tropezó su mirada con la rueda del timón, en que se leían estas palabras:

«*Duncan-Glasgow*»

—¡El *Duncan*!, ¡el *Duncan*! —exclamó con verdadera desesperación.

Después, precipitándose por la escotilla de popa, entró en su camarote.

Así que desapareció el desventurado sabio, nadie a bordo, exceptuando el Mayor, pudo conservar su seriedad, y hasta los marineros se rieron. ¡Equivocarse de *railway*! ¡Se comprende! ¡Tomar el tren de Edimburgo por el de Dumbarton! ¡Pase también! Pero equivocarse de buque, y navegar hacia Chile, queriendo ir a las Indias, ya es un exceso de distracción inconcebible.

—Nada me asombra —dijo *Lord Glenarvan*— en Santiago Paganel, cuyas distracciones le han hecho célebre. Una vez metió el Japón en un célebre mapa, que publicó de América, lo que no le impide ser un sabio distinguido, y uno de los mejores geógrafos de Francia.

—¿Pero qué vamos a hacer de ese pobre señor? —dijo *Lady Elena*. No podemos llevárnoslo a la Patagonia.

—¿Por qué no? —respondió gravemente Mac Nabbs. Nosotros no tenemos la culpa de sus distracciones. Supongamos que se hallara en un tren. ¿Le haría detenerse?

—No, pero bajaría en la próxima estación —contestó *Lady Elena*.

—Pues bien —dijo *Glenarvan*—, eso mismo podrá hacer, si quiere, a nuestra primera arribada.

En aquel momento, Paganel, avergonzado y cariacontecido, volvió a subir a la toldilla, después de haberse asegurado de que tenía a bordo su equipaje. Repetía incesantemente estas palabras: ¡el *Duncan*!, ¡el *Duncan*! No hubiera podido encontrar otras en su vocabulario. Iba y venía, examinando la arboladura del yate, interrogando el mudo horizonte de alta mar. Volvió al fin a acercarse a *Lord Glenarvan*.

—¿Y este *Duncan* va...? —dijo.

—A América, señor Paganel.

—¿Y más especialmente...?

—A Concepción.

—¡A Chile! ¡A Chile! —exclamó el desventurado geógrafo. ¡Y mi misión de la India! ¿Qué van a decir *Monsieur* de Quatrefages, presidente de la comisión central, y *Monsieur* D'Avezaz, y *Monsieur* Cortambert, y *Monsieur* Vivian de Saint-Martin? ¿Cómo me he de volver a presentar dignamente a las sesiones de la Sociedad?

—Calma, señor Paganel —respondió *Glenarvan*—, no os desesperéis. Todo puede arreglarse, y no habréis sufrido más que un retraso relativamente de poca importancia. El Yarú-Dzangho-Tchú

os aguardará todo el tiempo que queráis en las montañas del Tibet. Pronto tocaremos en la isla de Madeira, y allí no faltará algún buque para volver a Europa.

—Os doy gracias, Milord, y no hay más que hacer que resignarse. Pero no se puede negar que la aventura es extraordinaria, y que sólo a mí suceden estas cosas. ¡Y mi camarote, que lo tengo tomado a bordo del *Scotia*!

—¡Ah! En cuanto al *Scotia*, podéis renunciar a él por ahora.

—Pero —dijo Paganel después de haber examinado de nuevo el buque—, ¿no es el *Duncan* un yate de recreo?

—Sí, señor —respondió John Mangles—, y pertenece a Su Honor Lord Glenarvan.

—Que os suplica que uséis ampliamente de su hospitalidad —dijo Glenarvan.

—Mil gracias, Milord —respondió Paganel. Os agradezco en el alma vuestra cortesía; pero permitidme una simple observación: la India es un hermoso país, ofrece a los viajeros sorpresas maravillosas, y sin duda estas señoras no lo conocen. Pues bien, bastaría que el timonel diese una vuelta a la rueda, para que el yate *Duncan* navegase con tanta facilidad hacia Calcuta como hacia Concepción, y puesto que se trata de un viaje de recreo...

Los movimientos de cabeza que acogieron la proposición de Paganel no permitieron a éste acabarla de expresar y quedó como cortado.

—*Monsieur* Paganel —dijo entonces Lady Elena—, si no se tratase más que de un viaje de recreo, os respondería: vamos todos a las Indias, y Lord Glenarvan no se opondría a ello. Pero el *Duncan* va a recoger, para devolverlos a su patria, algunos náufragos abandonados en las costas de la Patagonia y no puede desistir de un propósito tan humanitario.

En poco tiempo el viajero francés fue puesto al corriente de la situación, y no sin conmoverse, supo el providencial encuentro de los documentos, la historia del capitán Grant y la generosa protección de Lady Elena.

—Señora —dijo—, permitidme en cuanto habéis hecho admirar vuestra conducta, y admirarla sin reserva. Que vuestro yate continúe su rumbo, pues yo no podría perdonarme nunca el haberle ocasionado un solo día de retraso.

—¿Queréis asociaros a nuestras investigaciones? —preguntó *Lady Elena*.

—Es imposible, señora, tengo que cumplir mi misión. Desembarcaré en el primer punto en que toquéis...

—En Madeira, pues —dijo John Mangles.

—Sea. Me hallaré a 180 leguas de Lisboa, y aguardaré allí medios de transporte.

—De acuerdo, *Monsieur Paganel* —dijo Glenarvan—, todo se hará a medida de vuestro deseo, y entretanto me considero feliz pudiéndoos ofrecer algunos días de hospitalidad a bordo. ¡Ojalá no os fastidiéis mucho en nuestra compañía!

—¡Oh, Milord! —exclamó el sabio. En medio de todo ha sido para mí una dicha equivocarme de una manera tan agradable. Sin embargo, es una situación muy ridícula la de un hombre que se embarca para las Indias y se hace a la vela para América.

A pesar de esta reflexión melancólica, Paganel se conformó con un retraso que no podía evitar. Se manifestó amable, alegre y hasta distraído; encantó a las señoras con su buen humor, y antes de terminar el día era ya amigo de todo el mundo. A petición suya, le enseñaron el famoso documento, y lo estudió con cuidado y minuciosamente. No le pareció posible otra interpretación que la que se le había dado. Mary Grant y su hermano le interesaron vivamente, y les dio buenas esperanzas. Su manera de entrever los acontecimientos y el buen éxito infalible que predijo al *Duncan* arrancaron a la joven una sonrisa. La verdad es, que sin la misión especial que se lo impedía, él se hubiera lanzado también en busca del capitán Grant.

Respecto a *Lady Elena*, cuando él supo que era hija de William Tuffnel, prorrumpió en una explosión de interjecciones admirativas. Había conocido a su padre. ¡Qué sabio tan audaz! ¡Cuántas cartas se escribieron cuando William Tuffnel fue miembro corresponsal de la Sociedad! ¡Era él, él mismo quien le había presentado a Malte-Brun! ¡Qué encuentro tan feliz! ¡Qué gusto viajar con la hija de William Tuffnel!

Por último, pidió a *Lady Elena* permiso para abrazarla, en lo que consintió *Lady Glenarvan*, aunque fuese algo *improper*.

Capítulo VIII

Un buen hombre más a bordo del *Duncan*

El yate, favorecido por las corrientes del norte de África, avanzaba rápidamente hacia el ecuador. El 30 de agosto se reconoció el grupo de islas de Madeira, y Glenarvan, fiel a su promesa, ofreció a su nuevo huésped tocar allí para dejarle en tierra.

—Mi querido *Lord* —respondió Paganel—, con vos no gastaré ceremonias. ¿Antes de mi llegada a bordo, teníais intención de deteneros en Madeira?

—Francamente, no —dijo Glenarvan.

—Pues bien, permitidme aprovechar las consecuencias de mi desafortunada distracción. Madeira es una isla demasiado conocida, y nada interesante ofrece a un geógrafo. Se ha dicho y escrito acerca de este grupo cuanto se puede decir y escribir, y además es un país que se halla en plena decadencia bajo el punto de vista de la viticultura. ¡Ya no hay viñas en Madera! La cosecha de vino, que en 1813 ascendía a 22.000 pipas, en 1845 había descendido a 2.669, y en la actualidad no llega a 500. Es un espectáculo desconsolador. Así, pues, si os fuese indiferente hacer escala en Canarias...

—Hagamos escala en Canarias —respondió Glenarvan. Eso no nos separa de nuestro camino.

—Lo sé, mi querido *Lord*. En Canarias, ya lo sabéis, hay tres grupos dignos de estudio, sin hablar del pico del Teide, que he tenido siempre muchos deseos de ver con mis propios ojos. La ocasión se presenta, y me aprovecho de ella. Mientras esté aguardando la llegada de un buque que me vuelva a Europa, subiré a esa célebre montaña.

—Como gustéis, mi querido Paganel —respondió a esto *Lord* Glenarvan, sonriéndose sin poderlo remediar.

Y tenía razón en sonreírse.

Las Canarias distan poco de Madeira. 250 millas escasas separan los dos grupos, y esta distancia era insignificante para un buque tan veloz como el *Duncan*.

A las dos de la tarde del 31 de agosto, John Mangles y Paganel se paseaban por la toldilla. El francés hacía a su compañero mil preguntas acerca de Chile; pero de pronto el capitán le interrumpió, señalando al sur un punto en el horizonte.

—¡Señor Paganel! —dijo.

—Mi querido capitán —respondió el sabio.

—Mirad hacia allí. ¿No veis nada?

—Nada.

—No miráis donde debéis. No es en el horizonte, sino encima de él, en las nubes.

—¿En las nubes? Pues por más que miro...

—Mirad ahora, enfilando por el bauprés.

—No veo nada.

—Porque no queréis ver. Aunque estamos a cuarenta millas, el pico de Tenerife se nos presenta perfectamente visible encima del horizonte.

Que Paganel quisiera o no ver, no confesándose ciego, tuvo algunas horas después que rendirse a la evidencia.

—¿Lo distinguís al cabo? —le dijo John Mangles.

—Sí, sí, perfectamente —respondió Paganel—. ¿Y es eso —añadió con un tono desdeñoso— lo que se ha dado en llamar el pico del Teide?

—Eso mismo.

—Pues me parece que no es muy alto.

—Sin embargo, se eleva 11.000 pies sobre el nivel del mar.

—Más alto es el Mont Blanc.

—No diré que no. Pero acaso os parezca demasiado alto cuando tengáis que subir por él.

—¡Oh! ¡Subir! ¡Subir! ¿Por qué he de subir? Quisiera que me lo dijeseis. ¿No han subido ya al pico del Teide los señores de Humboldt y Beauplan? ¡Qué gran genio es Humboldt! Trepó por la montaña, dio de ella una descripción que nada deja que desear y reconoció sus cinco zonas: la de los vinos, la de los laureles, la de los pinos, la de los brezos alpinos y, por último, la de la esterilidad. Puso el pie en la cima del mismo pico, donde ni espacio tenía para

sentarse. Desde lo alto de la montaña, abarcó su vista un horizonte igual a una cuarta parte de España. Después visitó el volcán, registró sus entrañas y alcanzó el fondo del cráter apagado. ¿Qué queréis que haga yo, después de ese gran hombre? ¿Podéis decírmelo?

—En efecto —respondió John Mangles—, es un campo ya espigado. Lo siento, porque vais a fastidiaros mucho aguardando un buque en el puerto de Tenerife. No podéis esperar encontrar allí grandes distracciones.

—Como no sean las mías propias —dijo Paganel riendo. ¿Pero acaso, mi querido Mangles, no ofrecen las islas de Cabo Verde buenos puntos de escala?

—Sí, por cierto. Nada más fácil que embarcarse en Villa Praia.

—Sin hablar de una ventaja que no es de despreciar —replicó Paganel—, cual es que las islas de Cabo Verde no distan mucho de Senegal, donde encontraré compatriotas. Ya sé que se dice que ese grupo es poco interesante, salvaje e insalubre; pero todo es curioso para los ojos de un geógrafo. Ver es una ciencia. Muchos hay que no saben ver, y que viajan con tanta inteligencia como un crustáceo. No pertenezco a su escuela.

—Como gustéis, *Monsieur* Paganel —respondió John Mangles. Yo estoy seguro de que la ciencia geográfica ganará mucho con vuestra permanencia en las islas de Cabo Verde. Debemos, precisamente, hacer allí escala para cargar carbón y, por consiguiente, no nos causará ninguna extorsión vuestro desembarque.

Dicho esto, mandó el capitán pasar al oeste de las islas Canarias. Se dejó a babor el célebre pico, y el *Duncan*, continuando su marcha rápida, cortó el trópico de Cáncer el 2 de septiembre, a las cinco de la mañana. Hubo entonces variación del tiempo. Se sintió la atmósfera húmeda y pesada de la estación de las lluvias, *le tempo das aguas*^[16], según la expresión española; estación penosa para los viajeros, pero útil para los habitantes de las islas africanas, que carecen de árboles y, por consiguiente, de agua. El mar, muy picado y grueso, impidió a los pasajeros permanecer sobre cubierta, pero las conversaciones no por tenerse en el salón fueron menos animadas.

El 3 de septiembre, Paganel empezó a arreglar su equipaje para

su próximo desembarque. El *Duncan* evolucionaba entre las islas de Cabo Verde; pasó por delante de la isla de la Sal, verdadera tumba de arena árida y triste y después de haber costeadado los grandes bancos de coral, dejó a un lado la isla de Santiago, atravesada de norte a mediodía por una cordillera de montañas basálticas que terminan en dos erguidas crestas. Entró después en la bahía de Villa Praia, y ancló luego delante de la ciudad, en ocho brazas de fondo. El tiempo era espantoso y la resaca muy violenta, pero la bahía estaba resguardada del viento. La lluvia caía a torrentes y apenas permitía ver la ciudad, que se levanta sobre una llanura en forma de terraza, apoyándose en una escollera de rocas volcánicas de trescientos pies de altura. El aspecto de la isla, vista al trasluz de la densa cortina de lluvia, era muy triste.



Lady Elena no pudo realizar su propósito de visitar la ciudad, pues hasta el embarque del carbón se hizo difícilmente. Los pasajeros del *Duncan* tuvieron, pues, que guarecerse bajo la toldilla, mientras el mar y el cielo mezclaban sus aguas en una confusión indecible. El estado del tiempo fue el tema de las conversaciones de a bordo. Cada cual expuso su opinión, a excepción del Mayor, que hubiera presenciado el diluvio universal con una indiferencia completa. Paganel iba y venía moviendo la cabeza.

—Parece hecho expresamente —decía.

—Está visto —respondió Glenarvan— que están conjurados contra vos los elementos.

—Sin embargo, veremos quién puede más.

—No podéis arrostrar una lluvia semejante —dijo *Lady Elena*.

—¿No he de poder, señora? No la temo más que por mis equipajes e instrumentos, que van a ponerse perdidos.

—Lo único que hay que temer es el desembarque —repuso Glenarvan. Una vez en Villa Praia, no estaréis del todo mal alojado, aunque no con mucha limpieza, en compañía de monos y cerdos, cuyas relaciones no son siempre agradables. Pero un viajero no se para en barras. Además, es de esperar que dentro de siete u ocho meses se os proporcione algún medio de embarcaros para Europa.

—¡Siete u ocho meses! —exclamó Paganel.

—Por lo menos. Las islas de Cabo Verde son poco frecuentadas durante la estación de las lluvias. Pero podréis matar útilmente el tiempo. Este archipiélago es aún poco conocido, y queda mucho que hacer en topografía, climatología, etnografía e hipsometría.

—Tendréis ríos que reconocer —dijo *Lady Elena*.

—No los hay, señora —respondió Paganel.

—¡Pues habrá arroyos!

—Tampoco.

—¿Arroyuelos?

—Tampoco.

—Bien —dijo el Mayor—, recorreréis los bosques.

—¿Qué bosques ha de haber, si no hay árboles?

—¡Hermoso país! —replicó el Mayor.

—Consolaos, mi querido Paganel —dijo entonces Glenarvan. No os faltarán montañas.

—Poco elevadas y poco interesantes, Milord. Además, ese trabajo está ya hecho.

—¡Hecho! —exclamó Glenarvan.

—Sí, es mi percance habitual. ¡Si en las Canarias me veo delante de Humboldt, aquí me encuentro precedido por el geólogo *Monsieur Saint-Claire Deville*!

—¿Es posible?

—¡Y tanto! —respondió Paganel muy compungido. *Monsieur Saint-Claire Deville* se hallaba a bordo de la corbeta de guerra la *Décidée*, que hizo escala en las islas de Cabo Verde, y visitó la cima más interesante del grupo, el volcán de la isla Fogo. ¿Qué queréis que haga yo después de él?

—Es triste cosa —respondió *Lady Elena*. ¿Qué va a ser, pues, de vos, *Monsieur Paganel*?

Paganel guardó silencio.

—¡Decididamente —dijo Glenarvan—, lo mejor que podíais haber hecho era desembarcar en Madeira, aunque allí no hubiese vino!

El sabio secretario de la Sociedad de Geografía siguió silencioso.

—Yo aguardaría —dijo el Mayor, lo mismo que pudiera haber dicho: «Yo no aguardaría».

—Mi querido Glenarvan —preguntó entonces Paganel—, ¿dónde pensáis tocar después de aquí?

—¡Oh, nuestro primer punto de escala será Concepción!

—¡Diablo! ¡No me separa eso poco de las Indias!

—No tal; desde el momento en que paséis el cabo de Hornos os acercáis a ellas.

—Mucho lo dudo.

—Además —repuso Glenarvan, como si hablase con la mayor formalidad del mundo—, cuando se va a las Indias, importa poco que sean orientales u occidentales.

—¡Pues no ha de importar!

—Sin contar con que los habitantes de las pampas de la Patagonia son tan indios como los indígenas del Punjab.

—¡Por dios, Milord! —exclamó Paganel. ¡La razón que acabáis de esgrimir nunca se me hubiera ocurrido!

—Y, amén de todo, querido Paganel, se puede ganar la medalla de oro en todas partes, porque en todas partes hay mucho que hacer, mucho que investigar, mucho que descubrir, lo mismo en los cerros de las cordilleras andinas que en las montañas del Tibet.

—¿Pero el curso del Yarú-Dzangho-Tchú?

—¿Y qué? Lo remplazaréis por el río Colorado, que es también un río poco conocido, que corre en los mapas al arbitrio de los geógrafos.

—Así es la verdad, querido *Lord*, hay errores de muchos grados. ¡Oh! La Sociedad de Geografía, habiéndolo yo solicitado, me hubiera enviado a la Patagonia, lo mismo que a las Indias, pero no caí en ello.

—Efecto de vuestras distracciones de costumbre.

—Vamos, *Monsieur* Paganel, nos acompañáis, ¿no es verdad? —dijo *Lady* Elena, con un acento que comprometía.

—Señor, ¿y mi misión?

—Os prevengo que pasaremos el estrecho de Magallanes —añadió Glenarvan.

—Milord, sois un tentador.

—Y añadido que visitaremos el Puerto del Hambre.

—¡El Puerto del Hambre! —exclamó el francés, asaltado por todas partes. ¡Ese puerto tan célebre en los fastos geográficos!

—Considerad también, *Monsieur* Paganel —repuso *Lady* Elena—, que en esta empresa tendréis el derecho de asociar el nombre de Francia al de Escocia.

—¡Sí, sin duda!

—Un geógrafo puede ser muy útil a nuestra expedición, y ¿qué cosa puede hacerse mejor que poner la ciencia al servicio de la humanidad?

—Habláis perfectamente, señora.

—Creedme. Dejad obrar a la casualidad, o por mejor decir, a la providencia. Imitadnos. Ellos nos han enviado este documento y hemos partido. Ella os ha puesto a bordo del *Duncan*, no le abandonéis.

—¿Queréis que os diga lo que siento, mis buenos amigos? —respondió entonces Paganel. Pues bien, lo que vosotros deseáis es que me quede.

—Y vos, Paganel, lo que deseáis es quedaros —replicó Glenarvan.

—¡Toma! —exclamó el sabio geógrafo. Pero yo temía ser indiscreto.

Capítulo IX

El estrecho de Magallanes

La resolución de Paganel causó a bordo general alegría. Roberto expresó la suya, saltando al cuello del sabio con demasiado entusiasmo. El digno secretario estuvo a punto de caer de espaldas.

—¡Vaya un diablillo! —dijo. Le enseñaré geografía.

Y como John Mangles se encargaba de hacer de Roberto un marino, Glenarvan, un hombre leal, el Mayor, un mozo de sangre fría, *Lady Elena*, un ser bueno y generoso, y Mary Grant, un corazón agradecido a todos los beneficios, el niño debía llegar a ser, con el tiempo, un cumplido caballero.

El *Duncan* terminó rápidamente su cargamento de carbón, y luego, dejando aquellos tristes parajes, ganó hacia el oeste la corriente de la costa del Brasil, y el 7 de setiembre, después de pasar el ecuador a impulsos de un norte fresco, entró en el hemisferio austral.

Hasta entonces la travesía no había ofrecido dificultades, y todos se sentían alentados en sus esperanzas. La suma de probabilidades favorables al encuentro del capitán Grant parecía aumentarse diariamente. Uno de los más confiados era el capitán, pero su confianza procedía principalmente de su ardiente deseo de ver a *Miss Mary* feliz y consolada. Experimentaba por la joven un interés particular; pero supo ocultar tan hábilmente sus sentimientos, que de ellos se dieron cuenta todos los de a bordo, todos menos él mismo y Mary Grant.

El sabio geógrafo era, probablemente, el hombre más feliz del hemisferio austral. Pasaba los días estudiando los mapas, de que cubría la mesa del salón, lo que daba origen a altercados cotidianos con *Monsieur Olbinett*, que no podía tender los manteles. Pero Paganel tenía a su favor a todos los huéspedes, exceptuando el

Mayor, que miraba con la mayor indiferencia las cuestiones geográficas, especialmente a las horas de comer. Además, habiendo el digno secretario descubierto todo un cargamento de libros muy descabalados en los cofres del segundo, entre ellos cierto número de obras españolas, resolvió aprender la lengua de Cervantes, que ninguno de los de a bordo poseía. Esto debía facilitar sus investigaciones en el litoral de Chile. Gracias a sus buenas disposiciones para el poliglotismo, no desesperaba de hablar correctamente el nuevo idioma al llegar a Concepción. Así es que estudiaba con encarnizamiento y se le oía incesantemente balbucear sílabas heterogéneas.

En sus ratos desocupados no dejaba de dar una instrucción práctica a Roberto y le enseñaba la historia de aquellas costas, a que tan rápidamente se acercaba el *Duncan*.

El 10 de diciembre se encontraba el yate a los 5° 37' de latitud y 31° 15' de longitud, y aquel día Glenarvan supo una cosa, que ignoran probablemente muchos eruditos. Paganel contaba la historia de América, y para llegar a los grandes navegantes cuyo derrotero seguía entonces el yate, se remontó a Cristóbal Colón, de quien dijo que había muerto sin saber que hubiera descubierto un nuevo mundo.

Todo el auditorio protestó contra Paganel, pero éste sostuvo su afirmación.

—No hay nada más cierto —añadió—, sin que trate por eso de menoscabar la gloria del célebre genovés. Pero los hechos son hechos. A fines del siglo xv, la única preocupación dominante tendía a facilitar las comunicaciones con Asia, buscando el Oriente por el camino del Occidente; en una palabra, ir por la senda más corta *al país de las especias*. No otra cosa intentó Colón. Hizo cuatro viajes. Tocó América en las costas de Cumaná, de Honduras, de Mosquitos, de Nicaragua, de Veragua, de Costa Rica y de Panamá, que tomó por tierras de Japón y de China, y murió sin haberse dado cuenta de la existencia del gran continente al cual ni aun debía legar su nombre.

—Os creo, amigo Paganel —respondió Glenarvan. Pero no debe extrañaros mi sorpresa ni que os pregunte quiénes fueron los navegantes que reconocieron la verdad sobre los descubrimientos de Colón.

—Fueron sus sucesores: Ojeda, Vicente Pinzón, Vespuccio, Mendoza, Bastidas, Cabral, Solís, Balboa, que habían ya acompañado a Colón en sus viajes. Estos navegantes recorrieron las costas orientales de América, y fijaron sus límites al descender hacia el sur, arrastrados ellos también, 300 años antes que nosotros, por esta corriente que también nos arrastra. Hemos cortado el ecuador, amigos míos, en el mismo punto en que lo cortó Pinzón en el último año del siglo xv, y nos acercamos al 8° de latitud austral bajo el que arribó él, a las costas del Brasil. Un año después, el portugués Cabral bajó a Puerto Seguro. Luego Vessud. En 1508 se pusieron de acuerdo para reconocer las costas americanas Vicente Pinzón y Solís, y este último descubrió en 1514, la desembocadura del río de la Plata, donde fue devorado por los indígenas, dejando a Magallanes la gloria de doblar el continente. Este gran navegante partió en 1519 con cinco embarcaciones, siguió las costas de la Patagonia, descubrió el Puerto Deseado, el puerto de San Julián, donde hizo muchas veces escala; halló a los 52° de latitud el estrecho de las Once mil vírgenes, que debía llevar su nombre, y salió el 28 de noviembre de 1520 al océano Pacífico. ¡Qué alegría debió experimentar y con qué fuerza latiría su corazón cuando vio centellear en el horizonte bajo los rayos del sol un nuevo mar, un mar desconocido!

—¡Sí, *Monsieur* Paganel! —exclamó Roberto Grant, entusiasmado por las palabras del geógrafo. Yo hubiera querido estar allí.

—Yo también, muchacho, y no hubiera desperdiciado semejante ocasión, si el cielo me hubiese hecho nacer trescientos años antes.

—Lo que hubiera sido una fatalidad para nosotros, *Monsieur* Paganel —respondió *Lady* Elena—, porque no estaríais ahora en la toldilla del *Duncan* contándonos esa historia.

—Otro os la hubiera contado, señores, y hubiera añadido que el reconocimiento de la costa occidental se debe a los hermanos Pizarro. Estos intrépidos aventureros fueron grandes fundadores de ciudades. Obra suya son Cuzco, Quito, Lima, Santiago, Villa Rica, Valparaíso y Concepción, adonde el *Duncan* nos lleva. Los descubrimientos de Pizarro coincidieron con los de Magallanes, y las costas americanas figuraron en los mapas con gran satisfacción de los sabios del Viejo Mundo.

—Pues yo —dijo Roberto— no hubiera aún quedado satisfecho.

—¿Por qué? —respondió Mary, mirando a su hermano, entusiasmado con la historia de aquellos descubrimientos.

—Sí, muchacho, ¿por qué? —preguntó *Lord Glenarvan* con amable sonrisa.

—Porque yo hubiera querido saber lo que había más allá del estrecho de Magallanes.

—Bravo, amigo mío —respondió *Paganel*. Y yo también hubiera querido saber si el continente se prolongaba hasta el polo, o si existía un mar libre, *Milord*, como suponía *Drake*, uno de vuestros compatriotas. Es, pues, evidente que si *Roberto Grant* y *Santiago Paganel* hubiesen vivido en el siglo XVII, se hubieran embarcado siguiendo a *Shouten* y a *Lemaire*, dos holandeses muy deseosos de conocer la última palabra de aquel enigma geográfico.

—¿Eran sabios? —preguntó *Lady Elena*.

—No, eran comerciantes audaces que se cuidaban muy poco del lado científico de los descubrimientos. Había entonces la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, que tenía un derecho absoluto sobre todo el comercio que se hacía por el estrecho de Magallanes. Y como a la sazón no se conocía otro derrotero para pasar a Asia por la vía de Occidente, aquel privilegio constituía un verdadero monopolio. Contra éste quisieron luchar algunos comerciantes descubriendo otro estrecho, y se encontraba entre ellos *Isaac Lemaire*, hombre inteligente e instruido. Hizo los gastos de una expedición mandada por *Jacobo Lemaire*, sobrino suyo, y *Shouten*, buen marino, procedente de *Horn*. Aquellos atrevidos navegantes partieron en junio de 1615, cerca de un siglo después de Magallanes; descubrieron el estrecho de *Lemaire*, entre la Tierra de Fuego y la Tierra de los Estados, y el 12 de febrero de 1616 doblaron el famoso cabo de Hornos, que es más acreedor que su hermano, el cabo de Buena Esperanza, al título de cabo de las Tempestades.

—¡Sí, yo hubiera querido estar allí! —exclamó Roberto.

—Y habríais, hijo mío, bebido en el manantial de las más vivas emociones —replicó *Paganel* animándose—, porque ¿puede haber una satisfacción más verdadera, un placer más real que el del navegante que consigna sus descubrimientos en el mapa de a bordo? ¡Ve poco a poco formarse las tierras bajo sus miradas, isla

por isla, promontorio por promontorio, y si así puede decirse, las ve brotar del seno de las olas! En un principio, las líneas terminales son vagas, indecisas, interrumpidas. Aquí un cabo solitario, allí una bahía aislada, más adelante un golfo perdido en el espacio. Después, los descubrimientos se completan; las soluciones de continuidad de los contornos desaparecen, el punteado de los mapas se hace línea seguida, sin interrupción alguna; las bahías son escotaduras de determinadas costas; los cabos se apoyan en playas conocidas, y, por último, el nuevo continente, con sus lagos, sus riachuelos y sus ríos, con sus montañas, sus valles y sus llanuras, con sus aldeas, sus ciudades y sus capitales, se despliega en el Globo con todos sus magníficos esplendores. ¡Amigos míos, un descubridor de tierras es un verdadero inventor, y experimenta las mismas emociones y sorpresas! ¡Pero todo se ha visto, todo se ha reconocido en continentes o mundos nuevos, y nada tenemos que hacer nosotros, que somos los últimos venidos a la ciencia geográfica!

—Sí, querido Paganel —respondió Glenarvan.

—¿Qué podemos hacer?

—Lo que hacemos.

El *Duncan* seguía con maravillosa velocidad el rumbo de Vespucio y de Magallanes. El 13 de setiembre, cortó el trópico de Capricornio y encaró la proa la entrada del célebre estrecho. Distinguieron varias veces, como una línea medio borrada en el horizonte, las costas bajas de la Patagonia, de la que aún distaba el yate unas 10 millas, sin que el famoso anteojo de larga vista de Paganel diese a éste más que una idea muy vaga de aquellas costas americanas.



El 25 de setiembre, el *Duncan* se hallaba a la altura del estrecho de Magallanes, en el cual penetró resueltamente. Los buques de vapor que se dirigen al océano Pacífico, prefieren generalmente esta vía. Su longitud exacta no es más de 376 millas, y los buques de más calado y mayor porte encuentran en todas partes un fondeadero suficiente aunque sea tocando a la playa, un buen fondo, numerosos manantiales para la aguada, ríos abundantes en pesca, bosques ricos en caza, puntos de escala seguros y fáciles, y mil recursos que faltan en el estrecho de Lemaire y en las terribles rocas del cabo de Hornos, incesantemente visitadas por los huracanes y las tempestades.

Durante las primeras horas de navegación, es decir, en un espacio de 60 a 80 millas, hasta llegar al cabo Gregory, las costas son bajas y arenosas. Santiago Paganel no quería perder ni un punto de vista, ni el menor accidente del estrecho. La travesía debía durar

escasamente treinta y seis horas, y aquel panorama incesantemente variado de las dos orillas, bien merecía que el sabio se impusiese la molestia de admirarlo bajo los espléndidos resplandores del sol austral. No se mostró ningún habitante de las tierras del norte; solamente errando por las peladas rocas de la Tierra de Fuego algunos miserables fueguinos.

Paganel no vio patagones, lo que le produjo cierto mal humor, que sirvió de diversión a sus compañeros de viaje.

—Una Patagonia sin patagones —decía—, no es una Patagonia.

—Paciencia, mi digno geógrafo —respondió Glenarvan—, no nos faltarán patagones.

—No lo sabemos.

—Pero los hay —dijo *Lady Elena*.

—Lo dudo, señora, puesto que no los veo.

—No es de creer que ese nombre de *patagones*, que en español significa *pies grandes*, haya sido dado a seres imaginarios.

—¡Oh! El nombre importa poco —respondió Paganel, que se obstinaba en su tema para animar la conversación. Y, además, se ignora cómo se llaman.

—¿Cómo? —exclamó Glenarvan. ¿Lo sabéis vos. Mayor?

—No —respondió Mac Nabbs—, ni daría para saberlo una libra de Escocia.

—¡Pues lo sabréis aunque no deis nada, apático Mayor! —repuso Paganel. Si bien es verdad que Magallanes ha llamado patagones a los indígenas de estas comarcas, los fueguinos los llaman *tiremenem*, los chilenos *caucalhues*, los colonos del Carmen *tehuelches*, los araucanos *huiliches*, y Bougainville les da el nombre de *chaouha* y Falkner el de *teuhelhets*. Ellos mismos se designan bajo la denominación general de *inaken*. ¿Cómo quieren que se les reconozca? ¿Ni cómo ha de existir un pueblo que tiene tantos nombres?

—¡Magnífico argumento! —respondió *Lady Elena*.

—Admitámoslo —dijo Glenarvan—; pero nuestro amigo Paganel tendrá que confesar que si caben dudas respecto del verdadero nombre de los patagones, ninguna cabe acerca de su talla.

—No confesaré nunca enormidad semejante —respondió Paganel.

—Son altos —dijo Glenarvan.

—Lo ignoro.

—¿Son pequeños? —preguntó *Lady Elena*.

—Nadie puede afirmarlo.

—Deben ser de mediana estatura —dijo Mac Nabbs para conciliarlo todo.

—Tampoco lo sé.

—¡Cosa rara! —exclamó Glenarvan. Los viajeros que les han visto...

—Los viajeros que les han visto no están de acuerdo. Magallanes dice que apenas con la cabeza les llegaba a la cintura.

—¡Pues bien!

—Sí, pero Drake pretende que cualquier inglés es más alto que el más alto patagón.

—¡Oh! Un inglés, lo dudo —replicó desdeñosamente el Mayor—; pero si se tratase de escoceses...

—Cavendish asegura que son altos y robustos —prosiguió Paganel. Hawkins hace de ellos unos gigantes. Lemaire y Shouten les dan once pies de altura.

—Bien, he ahí gentes dignas de fe —dijo Glenarvan.

—Sí, la misma fe merecen que Wood, Narborough y Falkner, que los han encontrado de una estatura muy mediana. Verdad es que Byron, La Giraudais, Bougainville, Wallis y Carteret, afirman que los patagones no bajan de seis pies y seis pulgadas, al paso que *Monsieur D'Orbigny*, que es el sabio que mejor conoce estas comarcas, les atribuye, por término medio, una talla de cinco pies y cuatro pulgadas.

—¿Entonces —dijo *Lady Elena*—, dónde está la verdad en medio de tantas contradicciones?

—La verdad, señora —respondió Paganel—, es ésta: los patagones tienen las piernas cortas y el tronco largo. Se puede, pues, decir en tono de broma que tienen seis pies cuando están sentados y cinco solamente cuando están en pie.

—¡Bravo, mi querido sabio! —respondió Glenarvan. Habéis puesto el dedo en la llaga.

—A no ser —repuso Paganel— que no existan, en cuyo caso todos se pondrán de acuerdo. Pero para concluir, amigos míos, añadiré la siguiente consoladora observación: el estrecho de Magallanes es magnífico, aunque no tenga patagones.

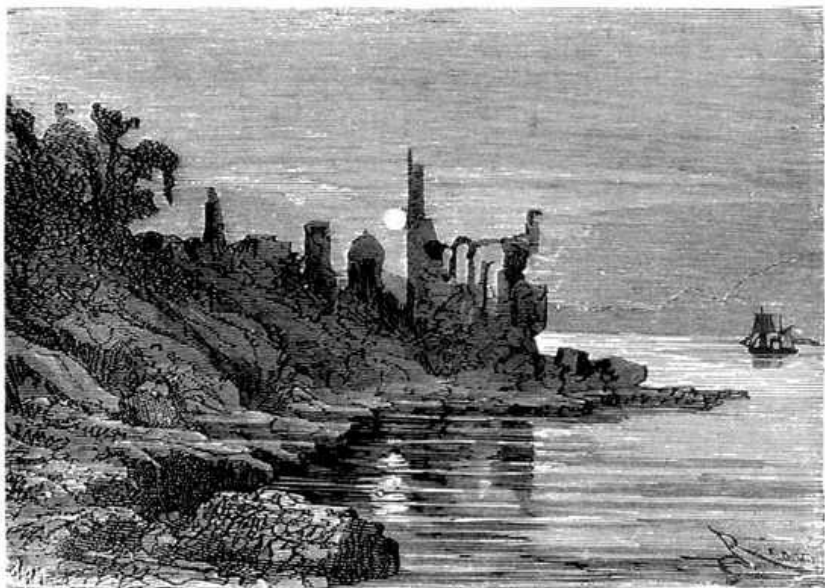
En aquel momento el *Duncan* costeara la península de Brunswick, entre dos panoramas espléndidos. Sesenta millas después de haber doblado el cabo Gregory dejó a estribor la penitenciaría de Punta Arenas. Aparecieron un instante entre los árboles el pabellón chileno y el campanario de la iglesia. Entonces se abrió el estrecho entre moles graníticas de imponente efecto; inmensos bosques ocultaban las faldas de las montañas, y éstas levantaban hasta las nubes su cabeza cubierta de nieves eternas; hacia el sudoeste, el monte Tarn alcanzaba los 6.500 pies.



La noche vino, precedida de un largo crepúsculo; la luz se deshizo insensiblemente en nuevos matices; el cielo se tachonó de

brillantes estrellas, y la Cruz del Sur enseñó a los navegantes el camino del polo austral. En medio de aquella oscuridad luminosa, al resplandor de aquellos astros que remplazan a los faros de las costas civilizadas, el yate siguió audazmente su rumbo sin echar el áncora en aquellas fáciles bahías, el extremo de sus vergas acariciaba las ramas de las hayas antárticas inclinadas sobre las olas, y con frecuencia su hélice azotaba las aguas de los grandes ríos, despertando los gansos, ánades, chochas, cercetas y otras aves propias de los lugares húmedos. Luego aparecieron ruinas y algunos derrumbamientos a los que daba la noche un grandioso aspecto, lamentables restos de una colonia abandonada, cuyo nombre protestará eternamente contra la fertilidad de aquellas costas y la riqueza de aquellas selvas tan pobladas de caza. El *Duncan* pasaba por delante del Puerto del Hambre.

En aquel mismo punto fue donde el español Sarmiento, en 1581, se estableció con cuatrocientos emigrados. Allí fundó la ciudad de San Felipe. Rigurosísimos fríos diezmaron la colonia; el hambre acabó con los que el invierno había perdonado, y en 1587, el corsario Cavendish encontró el último de los cuatrocientos desgraciados que estaba pereciendo extenuado entre las ruinas de una ciudad que había envejecido siglos en sólo seis años de existencia.



El *Duncan* costeó aquellas desiertas playas, y al rayar el alba, navegaba por pasos estrechos, entre bosques de hayas, fresnos y abedules, de cuyo seno brotaban verdes cúpulas, lomas tapizadas de vigorosos acebos y agudos pinos, entre los cuales se levantaba a gran altura el obelisco de Buckland. Pasó por delante de la bahía de San Nicolás, llamada por Bougainville *Bahía de los franceses*, y a lo lejos se vieron retozando rebaños de focas y ballenas que debían ser enormes a juzgar por el agua que arrojaban, que era visible a 4 millas de distancia. Dobló, por último, el cabo Frowar, que erizaban aún los últimos témpanos del invierno. Al otro lado del estrecho, en la Tierra del Fuego, se elevaba a 6.000 pies el monte Sarmiento, enorme agregación de peñascos separados por fajas de nubes, que formaban en el cielo la imagen de un archipiélago aéreo.

En el cabo Frowar termina verdaderamente el continente americano, pues el cabo de Hornos no es más que un peñasco perdido entre las olas a los 56° de latitud.

Pasado este punto, el estrecho se encoge entre la península de Brunswick y la Tierra de la Desolación, larga isla que se extiende entre mil islotes como un enorme cetáceo encallado entre guijarros. ¡Qué diferencia entre aquella desmenuzada extremidad de América

y los puntos francos y bien determinados de África, Australia o las Indias! ¿Qué desconocido cataclismo pudo pulverizar de tal manera aquel inmenso promontorio echado entre dos océanos?

Entonces sucedió a las playas fértiles una serie de costas desnudas, de salvaje aspecto, escotadas por las mil canalizas y boquetes de aquel inextricable laberinto.

El *Duncan* seguía todas aquellas vueltas y revueltas sin vacilar ni equivocarse nunca, mezclando los torbellinos de su humo con las brumas desgarradas por las rocas. Pasó sin menguar su velocidad, delante de algunas factorías españolas establecidas en aquellas playas abandonadas. En el cabo Tamar el estrecho se ensancha; y allí el yate pudo disponer de mayor espacio para rodear la escarpada costa de las islas de Narborough, y se acercó a las playas del sur. Treinta y seis horas después de haber entrado en el estrecho, vio destacarse el cabo Pílares en el extremo de la Tierra de la Desolación. Ante su roda se extendía un mar inmenso, libre, resplandeciente, y Santiago Paganel, saludándole con entusiasmo, se sintió no menos conmovido que el mismo Magallanes en el momento en que la *Trinidad*^[17] se inclinó bajo los vientos del océano Pacífico.

Capítulo X

El paralelo 37

Ocho días después de haber doblado el cabo Pilares, el *Duncan* entraba a todo vapor en la bahía de Talcahuano, magnífica ensenada que tiene 12 millas de longitud y 9 de anchura. El tiempo era admirable. El cielo de aquel país no ostenta una sola nube desde noviembre a marzo, y el viento del sur reina, invariablemente, a lo largo de aquellas costas abrigadas por la cordillera de los Andes. John Mangles, siguiendo las órdenes de Edward Glenarvan, había recalado muy cerca del archipiélago de Chiloé y los innumerables cayos de aquel continente americano. Cualquier resto de naufragio, una verga rota, un pedazo de palo labrado por la mano del hombre, podía poner al *Duncan* junto a las huellas del naufragio; pero nada se vio, y el yate, continuando su camino, ancló en el puerto de Talcahuano, cuarenta y dos días después de haber dejado las turbias aguas del Clyde.

Glenarvan hizo inmediatamente botar la lancha al agua, y desembarcó con Paganel al pie del pantalán. El sabio geógrafo, aprovechando las circunstancias, quiso servirse de la lengua española que tan concienzudamente había estudiado, pero con gran asombro suyo, no tardó en comprobar que los indígenas no le comprendían.

—El acento es lo que me falta —dijo.

—Vamos a la Aduana —respondió Glenarvan.

En la Aduana, por medio de algunas palabras inglesas acompañadas de expresivos ademanes, supo que el cónsul británico residía en Concepción. Todo se reducía a una hora de camino. Glenarvan se procuró fácilmente dos caballos de buena andadura, y poco tiempo después Paganel y él entraban en la gran ciudad debida al genio emprendedor de Valdivia, el denodado compañero

de los Pizarro.



¡Cuánto había perdido de su antiguo esplendor! Saqueada frecuentemente por los indígenas, incendiada en 1811, abatida, arruinada, eclipsada ya por Talcahuano, con los muros ennegrecidos aún por las llamas de las devastaciones, contaba apenas 8.000 almas. Bajo el perezoso pie de sus indolentes habitantes, sus calles se convertían en praderas. Nada de comercio, ninguna actividad, parálisis completa de negocios. Se tocaba la mandolina en todos los balcones, canciones lánguidas se escapaban de las celosías de las ventanas, y Concepción, la antigua ciudad de los hombres, no era ya más que una ciudad de mujeres y de niños.

Glenarvan manifestó pocos deseos de investigar las causas de

esta decadencia, aunque Santiago Paganel tenía cierto empeño en explicárselas, y, sin perder un instante, se fue a ver a J. R. Bentock, cónsul de Su Majestad Británica. Este señor le recibió muy atentamente, y luego que conoció la historia del capitán Grant, se encargó de tomar en todo el litoral los informes necesarios.

Se resolvió, desde luego negativamente, que el buque *Britannia* hubiese naufragado a lo largo de las orillas chilenas o americanas, hacia el paralelo 37. Acerca de semejante acontecimiento no había llegado la menor noticia al cónsul ni a sus colegas de las demás naciones. Glenarvan no se desanimó. Volvió a Talcahuano, y sin economizar gestiones ni dinero, mandó agentes a todas las costas. Las investigaciones fueron infructuosas. Las más minuciosas pesquisas practicadas en las poblaciones ribereñas no dieron resultado, de lo que cabía deducir que la fragata *Britannia* no había dejado ni siquiera el menor vestigio de su naufragio.

Glenarvan manifestó entonces a sus compañeros la esterilidad de sus investigaciones. Mary Grant y su hermano no pudieron contener la expresión de su dolor. Esto ocurrió seis días después de la llegada del *Duncan* a Talcahuano. Los pasajeros se hallaban reunidos en la toldilla. *Lady* Elena consolaba a los dos hijos del capitán, no con palabras, porque nada podía decir, sino con caricias. Santiago Paganel había vuelto a tomar el documento, y lo examinaba con profunda atención, como si quisiera arrancarle nuevos secretos. Hacía una hora que estaba ocupado en su examen, cuando Glenarvan le interpeló:

—Paganel, me confío a vuestra sagacidad. ¿Es errónea la interpretación que hemos dado a este documento? ¿Es ilógico el sentido de esas palabras?

Paganel no respondió. Reflexionaba.

—¿Nos habremos equivocado respecto del presunto teatro de la catástrofe? —prosiguió Glenarvan. ¿No salta a la vista de los menos perspicaces el nombre de *Patagonia*?

Siguió el geógrafo guardando silencio.

—Por último —dijo Glenarvan—, ¿la palabra indio no acaba de favorecer nuestras interpretaciones?

—Perfectamente —respondió Mac Nabbs.

—Y siendo así, ¿no es evidente que los náufragos, en el momento de escribir estas líneas, esperaban caer prisioneros de, los

indios?

—Alto aquí —respondió, al cabo, Paganel—; vuestras conclusiones son justas, pero ésta no me lo parece tanto.

—¿Qué queréis decir? —preguntó *Lady Elena*, y todas las miradas se fijaron en el geógrafo.

—Quiero decir —respondió Paganel acentuando sus palabras— que el capitán Grant *es actualmente prisionero de los indios*, y añadiré que el documento no deja duda alguna acerca de su situación.

—Explicaos —dijo *Miss Grant*.

—Nada más fácil, mi querida Mary; en lugar de leer en el documento *serán prisioneros*, leamos *son prisioneros*, y queda aclarado todo.

—¡Pero eso es imposible! —replicó Glenarvan.

—¡Imposible! ¿Por qué, mi noble amigo? —preguntó Paganel sonriéndose.

—Porque la botella no pudo echarse sino en el momento de estrellarse el buque contra las rocas, y, por consiguiente, los grados de longitud y latitud se aplican al lugar mismo del naufragio.

—Nada lo prueba —replicó al momento Paganel—, y no veo por qué razón los náufragos, después de haber sido arrastrados por los indios al interior del continente, no han de haber procurado, por medio de la botella, dar a conocer el lugar de su cautiverio.

—Muy sencillamente, amigo Paganel; para echar una botella al mar, es preciso que haya mar donde echarla.

—O a falta de mar —replicó Paganel—, ríos que desagüen en el mar.

Un silencio de admiración acogió esta respuesta, aunque inesperada, admisible. En los ojos de los que le oían descubrió Paganel el rayo de una nueva esperanza. *Lady Elena* fue quien primero tomó la palabra.

—¡Qué idea! —exclamó.

—¡Y qué buena! —añadió ingenuamente el geógrafo.

—¿Sois, pues, del parecer...? —preguntó Glenarvan.

—Mi parecer es buscar el paralelo 37 en el punto mismo en que encuentra la costa americana, y seguirlo, sin separarnos ni medio grado, hasta el punto en que se sumerge en el Atlántico. Acaso encontremos en el camino a los náufragos de la *Britannia*.

—¡Débil esperanza! —respondió el Mayor.

—Por débil que sea —replicó Paganel—, debemos asirnos a ella. Si por casualidad yo tengo razón, si la botella ha llegado al mar siguiendo el curso de un río de este continente, no podemos dejar de encontrar las huellas de los cautivos. Mirad, amigos míos, mirad el mapa de este país, y voy a convenceros hasta la evidencia.

Y diciendo esto, extendió sobre la mesa un mapa de Chile y de las provincias argentinas.

—Seguidme —dijo— en este paseo por el continente americano. Atravesemos la estrecha faja chilena.

Pasemos la cordillera de los Andes. Descendamos a las pampas. ¿Faltan en estas regiones ríos, arroyos y arroyuelos? No. He aquí el río Negro, he aquí el río Colorado, he aquí sus afluentes cortados por el 37° de latitud, que todos han podido servir para el transporte del documento. Quizás en este sitio, en el seno de una tribu, en poder de indios sedentarios, a orillas de estos ríos poco conocidos, en las gargantas de las sierras, los náufragos a quienes tengo el derecho de llamar nuestros amigos, esperan una intervención providencial. ¿Debemos engañar su esperanza? ¿No sois todos del parecer de que debemos seguir, atravesando estas comarcas, la línea rigurosa que en este momento traza mi dedo en el mapa? Y si contra toda previsión nos engañásemos, ¿no es nuestro deber llegar hasta el final del paralelo 37, y si es preciso, para encontrar a los náufragos, dar con él la vuelta alrededor del mundo?

Estas palabras, pronunciadas con generosa animación, produjeron una profunda impresión en los que las oyeron. Todos se levantaron y tendieron la mano a Paganel.

—¡Sí, allí está mi padre! —exclamó Roberto Grant, devorando el mapa con los ojos.

—Y donde esté —respondió Glenarvan—, sabremos encontrarle, hijo mío. Nada más lógico que la interpretación de nuestro amigo Paganel, y debemos, sin vacilar, seguir la vía que nos ha trazado. O el capitán Grant se halla en poder de indios numerosos, o es cautivo de una tribu débil. En este último caso, le rescataremos apenas conozcamos su paradero. En el otro, después de haber reconocido su situación, encontraremos al *Duncan* en la costa oriental, pasaremos a bordo, ganaremos Buenos Aires, y allí un destacamento organizado por el Mayor Mac Nabbs dará buena cuenta de todos los indios de las provincias argentinas.

—¡Bien, bien, Milord! —respondió John Mangles. Y yo añadiré que la travesía del continente americano se verificará sin peligros.

—Sin peligros y sin fatigas —repuso Paganel. ¡Cuántos la han hecho ya, sin tener nuestros medios de ejecución, y sin que su valor estuviese sostenido, como el nuestro, por la grandeza de la empresa! ¿Acaso en 1782 no fue Basilio Villarmo desde el Carmen a las cordilleras? ¿Acaso en 1806 un chileno, alcalde de la provincia de Concepción, don Luis de la Cruz, partiendo de Antuco, no siguió precisamente este paralelo 37, y después de salvar los Andes, no llegó a Buenos Aires en 47 días? ¿Y el coronel García, y *Monsieur* Alcide D'Orbigny, y mi distinguido colega el doctor Martin de Moussy, no han recorrido este país en todas direcciones, y hecho por la ciencia lo que nosotros vamos a hacer por la humanidad?

—¡Señor! ¡Señor! —dijo Mary Grant, con una voz entrecortada por la emoción. ¿Cómo he de poder pagar con mi reconocimiento eterno una abnegación que os expone a tantos peligros?

—¡Peligros! —exclamó Paganel. ¿Quién ha pronunciado la palabra *peligro*?

—¡No he sido yo! —respondió Roberto Grant, en cuyos ojos brillaba el entusiasmo.

—¡Peligros! —continuó Paganel. ¿Existen acaso peligros? Además, ¿de qué se trata? De un viaje de 350 leguas escasas, puesto que iremos en línea recta, de un viaje que se realizará bajo una latitud equivalente a la de España, Sicilia y Grecia en el otro hemisferio, y, por consiguiente, en un clima casi idéntico, de un viaje, en fin, en que se invertirá escasamente un mes, y que sólo merece el nombre de un paseo.

—Señor Paganel —preguntó entonces *Lady* Elena—, ¿sois de la opinión de que si los náufragos han caído en poder de los indios, su existencia ha sido respetada?

—Tal creo, señora. ¿Los indios son acaso antropófagos? Lejos de eso. Uno de mis compatriotas, *Monsieur* Guinnard, a quien he conocido en la Sociedad de Geografía, permaneció por espacio de tres años cautivo de los indios de las pampas. Sufrió muy malos tratos, pero se salvó al fin. Un europeo en estas comarcas es un ser útil cuyo valor conocen los indios y le cuidan como un animal precioso.

—Pues bien, no hay que vacilar —dijo Glenarvan—; es preciso

partir, y partir al momento. ¿Qué camino debemos seguir?

—Un camino fácil y agradable —respondió Paganel. Algunas montañas al principio, después una pendiente suave en la vertiente oriental de los Andes, y finalmente una llanura compacta, tapizada de hierba y arena, un verdadero jardín.

—Veamos el mapa —dijo el Mayor.

—Vedle, amigo Mac Nabbs. Iremos a tomar la extremidad del paralelo 37 de la costa chilena, entre la punta Rumena y la bahía de Carnero. Después de atravesar la capital de Araucanía, cortaremos la cordillera por el paso de Antuco, dejando el volcán al sur; luego, deslizándonos por los prolongados declives de las montañas, salvando el Neuquem, el río Colorado, alcanzaremos las pampas, el Salinas, el río Guamini y la sierra Tapalquen. Allí encontraremos las fronteras de la provincia de Buenos Aires. Las pasaremos, subiremos la sierra Tandil y prolongaremos nuestras pesquisas hasta la punta Médano, en las orillas del Atlántico.

Al hablar así, desenvolviendo el programa de la expedición, Paganel no se tomaba siquiera la molestia de mirar el mapa que tenía ante los ojos. No lo necesitaba para nada. Conocedor de los trabajos de Frézier, Molina, Humboldt, Miers, D'Orbigny, no podía engañarse ni ser sorprendida su imperturbable memoria. Después de terminar la precedente nomenclatura geográfica, añadió:

—Es camino recto, amigos míos. En 30 días lo recorreremos, y llegaremos antes que el *Duncan* a la costa oriental, por poco que retarden su marcha vientos contrarios.

—Así, pues —dijo John Mangles—, ¿el *Duncan* deberá cruzar entre el cabo Corrientes y el de San Antonio?

—Precisamente.

—¿Y cómo compondrías vos el personal de la expedición? —preguntó Glenarvan.

—Lo más sencillamente posible. Se trata únicamente de reconocer la situación del capitán Grant, y no de andar a tiros con los indios. Creo que *Lord* Glenarvan, nuestro jefe natural, el Mayor, que no querrá ceder su puesto a nadie, vuestro servidor Santiago Paganel...

—¡Y yo! —exclamó Roberto.

—¡Roberto! ¡Roberto! —dijo Mary.

—¿Y por qué no? —respondió Paganel. Los viajes forman la

juventud. Así, pues, nosotros cuatro y tres marineros del *Duncan*...

—¿Cómo? —dijo John Mangles. ¿Vuestro Honor no me reclama?

—Querido John —respondió Glenarvan—, dejamos a bordo a nuestras pasajeras, es decir, a lo que más queremos en el mundo. ¿Quién mejor que el capitán del *Duncan* velaría por ellas?

—Por lo visto, ¿no os acompañamos nosotras? —dijo *Lady* Elena, cuyos ojos veló una nube de singular tristeza.

—Mi querida Elena —respondió Glenarvan—, nuestro viaje debe realizarse en condiciones excepcionales de velocidad; nuestra separación será corta, y...

—Sí, amigo mío, os comprendo —respondió *Lady* Elena. Marchad, pues, y quiera el cielo que el éxito corone vuestra empresa.

—Además, que esto no es un viaje —dijo Paganel.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó *Lady* Elena.

—Un paseo y nada más. Pasaremos como el hombre honrado pasa por la tierra, haciendo todo el bien posible. *Transire benefaciendo*, es nuestra divisa.

Estas palabras de Paganel terminaron la discusión, si discusión puede llamarse una conversación en que todos estuvieron de acuerdo. Los preparativos empezaron aquel mismo día. Se resolvió guardar secreto acerca de la expedición para no poner sobre aviso a los indios.

La partida quedó fijada para el 14 de octubre. Cuando se trató de escoger los marineros que habían de formar parte de la expedición, todos ofrecieron sus servicios, de modo que Glenarvan no tenía que hacer más que elegir, pero prefirió que hablase la suerte, para no ofender a nadie con sus preferencias. Verificado el sorteo, salieron el segundo, Tom Austin, Wilson, mozo fornido, y Mulrady, que podía en boxeo tenérselas con el mismo Tom Sayers^[18].



Glenarvan había desplegado una extraordinaria actividad en sus preparativos. Quería estar en disposición de partir el día fijado y lo consiguió. Entretanto, John Mangles se abastecía de carbón para poder hacerse inmediatamente a la mar. Estaba empeñado en llegar antes que los viajeros a la costa argentina, resultando de este empeño una verdadera rivalidad entre Glenarvan y el joven capitán, la cual redundó en beneficio de todos.

El 14 de octubre, a la hora prefijada, todos tenían hechos sus preparativos particulares. En el momento de partir, los pasajeros del yate se reunieron en la cámara. El *Duncan* estaba aparejando, y ya las palas de su hélice removían las cristalinas aguas de Talcahuano. Glenarvan, Paganel, Mac Nabbs, Roberto Grant, Tom Austin, Wilson y Mulrady, armados con carabinas y revólveres, se disponían a dejar el buque. Guías y mulas les aguardaban junto al pantalán.

—Ya es tiempo —dijo *Lord Edward*.

—¡Id, pues, amigo mío! —respondió *Lady Elena*, reprimiendo su dolor.

Lord Glenarvan la estrechó en sus brazos, mientras Roberto se echaba a los pies de su hermana.

—¡Y ahora, queridos compañeros —dijo Santiago Paganel—, un último apretón de manos que nos dure hasta las costas del Atlántico!

Subieron todos a cubierta, y los siete viajeros, saltando del *Duncan* a la lancha, llegaron en un abrir y cerrar de ojos al muelle.

Lady Elena, desde lo alto de la toldilla, exclamó por última vez:

—¡Amigos míos, que Dios os ayude!

—¡Y nos ayudará, señora —respondió Santiago Paganel—, porque nos ayudaremos nosotros mismos!

—¡Avante! —gritó John Mangles al maquinista.

—¡En marcha! —dijo *Lord Glenarvan*.

Y al mismo tiempo que los viajeros echaron a andar sus cabalgaduras, siguiendo el camino de la orilla, el *Duncan*, bajo la acción de su hélice, tomaba a todo vapor su rumbo en el océano.

Capítulo XI

Travesía de Chile

La escolta indígena organizada por Glenarvan, se componía de tres hombres y un niño. El jefe de los mulateros era un inglés naturalizado en el país hacía veinte años. Tenía por oficio alquilar mulas a los viajeros y guiarles en la travesía de las cordilleras. Después era relevado por un *baqueano* o guía argentino, que conocía al dedillo el camino de las pampas. No había el conductor inglés olvidado de tal manera, en medio de las mulas y los indios, su idioma natural, que no pudiese sostener una conversación con los viajeros, de lo que resultaba, para la comunicación y ejecución de las órdenes, una facilidad de la que Glenarvan procuró sacar partido, pues Santiago Paganel no estaba aún bastante fuerte en español para hacerse comprender.

El jefe de los mulateros o capataz, según le llaman los chilenos, tenía a sus órdenes dos peones indígenas y un niño de doce años. Los peones cuidaban de los mulos cargados con el equipaje de los expedicionarios, y el niño conducía la *madrina*, yegua pequeña, que llena de cascabeles y campanillas, marchaba delante de la recua, compuesta de diez mulos. De éstos montaban siete los viajeros y uno el capataz, llevando los dos restantes las provisiones y algunas piezas de telas destinadas a captarse las simpatías de los caciques de la llanura. Los peones marchaban a pie, según costumbre.



Así, pues, la travesía de América debía verificarse en las mejores condiciones desde el punto de vista de seguridad y rapidez.

El paso por la cordillera de los Andes no es un viaje ordinario. No se puede emprender sin disponer de mulos vigorosos, de los cuales son los más estimados los de la provincia argentina. Estos híbridos han adquirido en el país un desarrollo superior al de la raza primitiva. Son fáciles de mantener, no beben más que una vez al día, andan, sin fatigarse, diez leguas en ocho horas y llevan sin gran trabajo una carga de catorce arrobas.

En la distancia que separa un océano de otro, no hay posadas. No se encuentra ni un mal ventorrillo. Se come carne seca o cecina, llamada en América tasajo, arroz sazonado con pimienta, y la caza que buenamente se presenta en el camino. Se bebe en la montaña el agua de los torrentes, en la llanura la de los arroyos, mezclándola con algunas gotas de ron o aguardiente de caña, de lo que cada cual lleva su provisión en un cuerno de buey llamado *chifle*. Conviene no abusar de bebidas alcohólicas en una región en que el sistema

nervioso está siempre excitado. Respecto a camas, no hay más que el aparato indígena llamado vulgarmente *recado*, que se reduce a los *pellones* o zaleas de carnero, pieles curtidas por un lado y sin trasquilar por el otro, que se sujetan con anchas cinchas o correas lujosamente bordadas. Envuelto en ellas el viajero, arrostra victoriosamente la humedad de la noche y duerme a las mil maravillas.

Glenarvan, como hombre que sabe viajar y conformarse con los usos de todos los países, había adoptado para sí y todos los de la comitiva el traje chileno. Paganel y Roberto, que eran dos niños, uno grande y otro pequeño, no cabían de gozo en su pellejo cuando metieron la cabeza por la abertura del poncho nacional, especie de capote de monte que tiene un agujero en el centro, y los pies en las botas de cuero hechas con la piel de los corvejones de un potro.



Eran de ver sus mulos ricamente enjaezados, con el freno árabe en la boca, la larga brida de cuero trenzado que servía al mismo tiempo de látigo, la cabeza cuajada de adornos de metal y las alforjas, de colores chillones, conteniendo la ración del día. Paganel, siempre distraído, estuvo a punto de recibir un par de coces de su excelente cabalgadura en el momento de poner el pie en el estribo; luego que estuvo montado con la inseparable bandolera de la que colgaba el antejo de larga vista, se confió enteramente al instinto del animal, y no tuvo motivos de arrepentirse de ello. Roberto mostró desde luego gran aptitud para la equitación, y si la ejercitaba, llegaría a ser un excelente jinete.

Se comenzó la marcha con un tiempo soberbio, estando el cielo puro, y a pesar de los ardores del sol, la brisa del mar refrescaba suficientemente la atmósfera. La caravana siguió a buen paso las

tortuosas playas de Talcahuano, para ganar a treinta millas al sur la extremidad del paralelo. La marcha fue rápida durante aquella primera jornada por entre la espadaña y las cañas de antiguos pantanos desecados, y se habló poco. Los adioses de despedida habían dejado cierta amargura en el corazón de los viajeros. Aún podían ver el humo del *Duncan* que se perdía en el horizonte. Todos callaban, a excepción de Paganel. El estudioso geógrafo se dirigía a sí mismo preguntas en español, y se contestaba satisfactoriamente en la misma lengua.

El capataz era también un hombre bastante taciturno, y no era su profesión la más adecuada para hacer de él un hablador. Hablaba apenas a sus mulateros. Éstos, prácticos en su oficio, sabían muy bien lo que hacer. Si algún mulo se detenía, lo arreaban con un grito gutural, y si esto no era suficiente, con un buen canto que arrojaban con mano certera, le sacaban de su apatía. Si se desataba una cincha, si se rompía una brida, el mulatero, quitándose el poncho, tapaba con él la cabeza del animal, y reparada la avería, seguía la marcha.

Es costumbre de los mulateros partir a las ocho, después de almorzar, y caminar hasta las cuatro de la tarde. Glenarvan se atuvo a ella. Precisamente, cuando dio el capataz la voz de alto, los viajeros llegaban a la villa de Arauco, situada en la extremidad de la bahía, sin haber abandonado la playa espumosa del océano. Para hallar el extremo del paralelo 37 hubiera sido preciso avanzar 20 millas al oeste hasta la bahía Carnero. Pero los agentes de Glenarvan habían ya recorrido aquella parte del litoral sin encontrar ningún vestigio del naufragio. Una nueva expedición hubiera sido inútil, y se resolvió por lo tanto tomar la ciudad de Arauco por punto de partida. Desde allí debía seguirse el camino hacia el este, siguiendo una línea rigurosamente recta.

La caravana entró en la ciudad para pernoctar en ella, y acampó en medio del patio de un ventorro, cuyas comodidades se hallaban aún en un estado rudimentario.

Arauco es la capital de Araucania, estado que tiene 50 leguas de largo y 40 de ancho, habitado por los molucas, los primogénitos de la raza chilena cantados por Ercilla. Es una raza altiva y fuerte, la única de las dos Américas que no se ha doblegado nunca a una dominación extranjera. Aunque Arauco perteneció en otro tiempo a

los españoles, las poblaciones no se sometieron, resistieron entonces como resisten en la actualidad las invasiones de Chile, y su bandera independiente, que es una estrella blanca en campo azul ondea aún en la cúspide de la colina fortificada que defiende la ciudad.

Mientras se preparaba la cena, Glenarvan, Paganel y el capataz se pasearon entre las casas cubiertas de guano. Arauco no ofrece más curiosidad arquitectónica que una iglesia y las ruinas de un convento de franciscanos. Glenarvan procuró inútilmente recoger algunos datos relativos al objeto de la expedición. Paganel estaba desesperado porque no podía hacerse comprender de los habitantes, pero hablando éstos el araucano, lengua madre cuyo uso es general hasta el estrecho de Magallanes, el español que hablaba Paganel le sirvió tanto como el hebreo. Hizo funcionar sus ojos, ya que nada tenía que hacer con los oídos, y experimentó una verdadera alegría de sabio al observar los varios tipos de la raza moluca que se le ponían delante. Los hombres tenían la estatura alta, la cara chata, la tez cobriza, la barba rala, la mirada recelosa y la cabeza ancha y perdida en una larga cabellera negra. Parecían entregados a la haraganería especial de las gentes de guerra que no saben qué hacer en tiempo de paz. Sus mujeres, miserables y animosas, se dedicaban a las más penosas faenas, echaban el pienso a los caballos, limpiaban las armas, araban, cazaban para sus señores, y aún les quedaba tiempo para invertirlo en sus ponchos de color azul turquesa, que requieren dos años de trabajo, valiendo cada uno de ellos por lo menos 100 pesos fuertes.

En resumen, los molucas forman un pueblo poco interesante y de costumbres bastante rudas. Tienen todos los vicios humanos contra una sola virtud, el amor a la independencia.

—Son unos verdaderos espartanos —decía Paganel, cuando, al terminar el paseo, se sentó a la mesa para cenar.

El digno sabio exageraba, y sus exageraciones cómicas provocaron cierta hilaridad colectiva cuando dijo que su corazón francés palpitaba con violencia durante su visita a la ciudad de Arauco. Al preguntarle el Mayor la causa de su inesperada *palpitación*, respondió que su emoción era natural, pues un compatriota suyo ocupó en otro tiempo el trono de Araucania. El Mayor le suplicó dijese el nombre de aquel soberano, y Santiago Paganel nombró con orgullo al buen *Monsieur* De Tonneins,

excelente sujeto, antiguo abogado de Périgueux, demasiado barbudo tal vez en aquel país de pocas barbas, que había experimentado lo que los reyes destronados han dado en llamar con enfático sentimentalismo *la ingratitud de sus súbditos*. Habiéndose sonreído ligeramente el Mayor ante la idea de un antiguo abogado derribado del trono, Paganel respondió con mucha gravedad que era tal vez más fácil a un abogado ser un buen rey que a un rey ser un buen abogado. Todos celebraron la ocurrencia y bebieron algunas gotas de *chichi*^[19] a la salud de Orelío Antonio I, ex rey de Araucania. Pocos minutos después los viajeros, envueltos en sus ponchos, dormían profundamente.

A las ocho de la mañana siguiente, los expedicionarios, con la *madrina* en vanguardia y los mulateros a retaguardia, prosiguieron al este el camino del paralelo trigésimo séptimo. Atravesaron el fértil territorio de Araucania, rico en viñas y rebaños. Pero poco a poco fueron quedando desiertos los campos, y apenas si de milla en milla se distinguía una choza de *rastreadores*, o indios domadores de caballos, célebres en toda América. Se veía también, de cuando en cuando, una casa de postas abandonada que servía de albergue al vagabundo indígena de las llanuras. Durante aquella jornada cortaron dos ríos el paso a los viajeros, el Raque y el Tubal.



Pero el capataz descubrió un vado que permitió pasar a la otra orilla. La cordillera de los Andes se destacaba en el horizonte, siendo hacia el norte mayores y más numerosos sus picos y colinas. Allí no eran aún más que las vértebras inferiores de la enorme espina dorsal en que se apoya todo el armazón del Nuevo Mundo.

A las cuatro de la tarde, después de andar 35 millas, se detuvo la caravana en medio del campo, debajo de un bosque de gigantescos mirtos. Se quitó la brida a los mulos, que fueron a pastar libremente la espesa hierba de las sabanas. Salieron de las alforjas el tasajo y el arroz acostumbrado. Las zaleas extendidas en el suelo sirvieron de colchones, los *recados* hicieron el papel de almohadas, y en aquellos improvisados lechos conciliaron todos un sueño reparador, mientras que los mulateros y el capataz velaban por turno.

Siendo el tiempo tan propicio, gozando de buena salud todos los viajeros, sin exceptuar a Roberto, y habiendo empezado el viaje bajo tan buenos auspicios, era preciso aprovechar las circunstancias y seguir adelante con el ardor de un jugador que está de suerte. Ésa era la opinión de todos. En la siguiente jornada se avanzó mucho, salvando sin el menor contratiempo la corriente del Bell, y por la tarde, acampando en las márgenes del río Biobio, que separa el Chile español del Chile independiente, Glenarvan pudo añadir al activo de la expedición 35 millas más sobre las ya recorridas. El paisaje seguía siendo fértil, abundando en él las amarilis, las violetas arborescentes, daturas y cactus de doradas flores. Algunos animales, se atisbaban entre los arbustos. Pero se veían muy pocos indígenas, y estos pocos eran casi todos *guasos*, hijos degenerados de indios y españoles, que galopaban en caballos ensangrentados por las gigantescas espuelas que calzaban sus pies desnudos, pasando como sombras. No había con quién hablar en el camino, y por lo tanto no era posible obtener ninguna noticia. Glenarvan se consolaba con la idea de que Grant, prisionero de los indios, había sido arrastrado por ellos más allá de la cordillera de los Andes. Más acá de las pampas, no podían ser fructuosas las pesquisas. Era, pues, preciso armarse de paciencia y seguir caminando con ligereza y sin descanso.

El 17, a la hora de costumbre, se volvió a emprender la marcha en el mismo orden que en los días anteriores, lo que no tenía de muy buen humor a Roberto, cuya impaciencia le inducía a ganar la

delantera a la *madrina* con gran desesperación de su mulo. Era preciso que Glenarvan le reconviniere severamente para que el mocito no se separase de su puesto.

El terreno se hacía entonces más accidentado. Algunas prominencias preludiaban próximas montañas, y los ríos se multiplicaban, sometiéndose, no sin murmurar, a los caprichos de las pendientes. Paganel consultaba frecuentemente sus mapas, y cuando en ellos no figuraba alguno de los ríos y arroyos que se encontraban a cada paso, su sangre de geógrafo hervía en sus venas y se incomodaba de la manera más encantadora del mundo.

—Un río que no tiene nombre —decía— es un río que no tiene estado civil. Es un río que no existe a los ojos de la ley geográfica.

Así es que bautizaba aquellos ríos sin nombre, los anotaba en el mapa y les daba las más retumbantes calificaciones de la lengua española.

—¡Qué lengua! —exclamaba. ¡Qué lengua tan rotunda y sonora! ¡Es una lengua de metal, y estoy seguro de que se compone de setenta y ocho partes de cobre y de veintidós de estaño, como el bronce de las campanas!

—¿Pero progresáis en ella? —le preguntó Glenarvan.

—¡Ciertamente, querido *Lord*! ¡Ah! ¡Si no fuera por el acento! ¡Pero me mata el acento!

Entretanto, Paganel hacía desesperados esfuerzos para enseñar a su gacazate a vencer las dificultades de la pronunciación, sin olvidar sus observaciones geográficas. En esto sí era extraordinariamente fuerte, y no tenía maestro. Cuando *Lord* Glenarvan interrogaba al capataz sobre una particularidad del país, su sabio compañero contestaba antes que el guía. Éste le miraba con asombro.

Aquel mismo día, a cosa de las dos de la tarde, se presentó una senda que cortaba la línea seguida hasta entonces. Glenarvan preguntó naturalmente su nombre, y naturalmente también Santiago Paganel se encargó de contestarle.

—Éste —le dijo— es el camino de Yumbel a Los Ángeles.

Glenarvan miró al capataz.

—Exactamente —dijo éste.

Y dirigiéndose en seguida al geógrafo, le preguntó:

—¿Habéis atravesado ya este país?

—Ya lo creo —respondió formalmente Paganel.

—¿En mulo?

—No, en butaca.

El capataz, que no le comprendió, se encogió de hombros, y volvió a colocarse a la cabeza de la caravana.

A las cinco de la tarde se detuvieron en un barranco poco profundo, a pocas millas de Loja, acampando los viajeros aquella noche al pie de las sierras, primeros escalones de la gran cordillera.

Capítulo XII

A doce mil pies de altura

Hasta entonces la travesía de Chile no había presentado ningún accidente grave. Pero en lo sucesivo se presentaban los obstáculos y peligros que lleva consigo una marcha por las montañas, empezando la verdadera lucha con las dificultades naturales.

Antes de partir fue preciso resolver una cuestión importante. ¿Por qué paso se podría atravesar la cordillera de los Andes, sin separarse de la dirección requerida? Acerca del particular se preguntó al capataz:

—No conozco —respondió éste— más que dos pasos practicables en esta parte de la cordillera.

—¿El paso de Arica, sin duda —dijo Paganel—, descubierto por Valdivia y Mendoza?

—Precisamente.

—¿Y el de Villarica, situado al sur del nevado del mismo nombre?

—Justo.

—Pues bien, amigo, esos dos pasos tienen el inconveniente de llevarnos más al norte o más al sur de lo que nos conviene.

—¿Tenéis —preguntó el Mayor— algún otro que proponemos?

—Naturalmente —respondió Paganel—; hay el paso de Antuco, situado en la pendiente volcánica, a 37° 30', es decir, a cerca de medio grado de nuestro derrotero. Se encuentra a mil toesas^[20] de altura escasamente, y fue reconocido por Zamudio de la Cruz.

—¿Y vos, capataz —preguntó Glenarvan—, conocéis este paso?

—Sí, Milord, lo he atravesado, y no os lo proponía porque es todo lo más, una vereda para el ganado de la que se aprovechan los pastores indios de las vertientes orientales.

—Pues bien, amigo —respondió Glenarvan—, por donde pasan

los caballos, carneros y bueyes de los *pehuenches*, pasaremos también nosotros, y puesto que nos mantiene en línea recta, iremos por el paso de Antuco.

Se dio inmediatamente la señal de marcha, y la comitiva penetró en el valle de las Lejas, entre grandes moles de caliza cristalizada. Subían los viajeros una cuesta casi insensible. A cosa de las once, tuvieron que rodear un lago de poca consideración, receptáculo natural y punto de cita pintoresco de todos los ríos de las cercanías, que llegaban a él murmurando y se confundían tranquilamente. Encima del lago se extendían espaciosos llanos cubiertos de gramíneas, donde pastaban los rebaños indios. Se encontró luego un pantano que se prolongaba de sur a norte, y del cual se salió bien por el instinto de los mulos. A la una apareció en la cresta de una roca, que coronaba con sus desmanteladas almenas, el fuerte Ballenero. Más adelante, las pendientes se hacían ásperas y pedregosas, y los gujarros, desprendidos por los cascos de los mulos, rodaban al pasar, formando ruidosas cascadas de piedras.

A cosa de las tres, se destacaron nuevas ruinas pintorescas de un fuerte destruido cuando el levantamiento en 1770.

—Decididamente, como si las montañas por sí solas —dijo Paganel— no bastaran a separar a los hombres, estos las fortifican.

Desde aquel punto el camino se hizo difícil y hasta peligroso. El ángulo de las pendientes se abrió más y más, se prolongaron los picos, y los precipicios se ahondaron de una manera espantosa. Los mulos avanzaban con prudencia, con la cabeza gacha, olfateando el camino. Se andaba en fila. Algunas veces, al volver un violento recodo, la *madrina* desaparecía, y la caravana se guiaba entonces por el lejano ruido de sus cascabeles. Con frecuencia también, las caprichosas revueltas del camino dividían la columna en dos líneas paralelas, y el capataz podía hablar a los mulateros, al paso que una grieta que tenía apenas 2 toesas de anchura, pero 200 de profundidad, interponía entre ellos un inaccesible abismo.



La vegetación herbácea luchaba aún contra la invasión de la piedra, pero iba ya de capa caída, como se dice vulgarmente, se batía en retirada, y el triunfo próximo del reino mineral sobre el vegetal no parecía ya dudoso. Algunos rastros de lava de un color ferruginoso, erizados de cristales amarillos en forma de agujas, permitían reconocer la proximidad del volcán de Antuco. Las rocas, acumuladas unas sobre otras y amenazando caer, se sostenían contra todas las leyes del equilibrio. Era evidente que los cataclismos habían de modificar fácilmente su aspecto, y al considerar aquellos picos sin aplomar, aquellas cúpulas torcidas, aquellas colinas mal sentadas, era fácil ver que aún no había llegado para aquella región montañosa la hora de la estabilidad definitiva.

En estas condiciones era difícil reconocer el camino. La agitación casi incesante de la armazón de los Andes altera con frecuencia el trazado, y los puntos que sirven de señal para orientarse dejan de estar donde estaban. Así es que el capataz vacilaba, se paraba, miraba alrededor, interrogaba la forma de las rocas, buscaba en las piedras quebradizas las huellas de los indios. La orientación era imposible.

Glenarvan seguía al conductor paso a paso sin desviarse de él una línea. Echaba de ver cuánto aumentaban sus perplejidades las dificultades del camino, y no se atrevía a preguntarle nada. Pensaba, tal vez sin razón, que el instinto de los mulateros es como el de los mulos, y que lo mejor que se puede hacer es confiarse a él ciegamente.

Durante una hora siguió el capataz errando a la ventura, pero ganando incesantemente las más elevadas zonas de la montaña. Tuvo al cabo que detenerse. En el fondo de un valle poco extenso, había una de esas gargantas estrechas que los indios llaman *quebradas*. Cerraba la salida un muro de pórfido cortado a pico. El capataz, después de buscar un paso inútilmente, se apeó, se cruzó de brazos y esperó. Se acercó a él Glenarvan.

—¿Os habéis extraviado? —preguntó.

—No, Milord —respondió el capataz.

—Sin embargo, no estamos en el paso de Antuco.

—En él estamos.

—¿No os engañáis?

—No. He aquí los restos de una hoguera que ha servido a los indios y las huellas que ha dejado su ganado.

—Pues bien, siendo así como decís, está claro que han pasado.

—Han pasado, pero ya no volverán a pasar. El último terremoto ha vuelto impracticable el camino que había.

—Ha vuelto impracticable el camino para los mulos —respondió el Mayor—, pero no para los hombres.

—Eso —respondió el capataz— ya es harina de otro costal, no es cuenta mía. Yo he hecho lo que he podido. Mis mulos y yo estamos dispuestos a retroceder si queréis que vayamos a buscar los otros pasos de la cordillera.

—¿Necesitaremos mucho tiempo?

—No bajará de tres días.

Glenarvan oía silencioso las palabras del capataz, el cual se hallaba evidentemente dentro de las condiciones del contrato. Sus mulos no podían ir más lejos. Sin embargo, cuando propuso retroceder, Glenarvan se volvió a sus compañeros y les dijo:

—¿Queréis pasar, no obstante los obstáculos?

—Queremos seguiros —respondió Tom Austin.

—Y hasta precederos —añadió Paganel. ¿De qué se trata en resumidas cuentas? De pasar una cordillera de montañas, cuyas opuestas vertientes ofrecen un descenso incomparablemente más fácil. Hecho esto, encontraremos a los *baqueanos* argentinos que nos guiarán por las pampas, y caballos ligeros como el viento, acostumbrados a galopar en las llanuras. Adelante, pues, sin vacilar.

—¡Adelante! —gritaron los compañeros de Glenarvan.

—¿Vos no nos acompañáis? —preguntó éste al capataz.

—Soy conductor de mulos —respondió el mulatero.

—Como queráis.

—Nos pasaremos sin él —dijo Paganel. Al otro lado de ese murallón, encontraremos los senderos de Antuco, y yo me comprometo a conducirlos a la falda de la montaña tan directamente como el guía más práctico de las cordilleras.

Glenarvan arregló la cuenta al capataz y le despidió con mulas y zagales. Entre los siete viajeros se repartieron las armas, los instrumentos y algunos víveres. Todos acordaron emprender inmediatamente la marcha, y viajar, si era preciso, una parte de la noche. En la escarpa de la izquierda serpenteaba un sendero escabroso por el cual no hubieran podido andar los mulos. Las dificultades del tránsito fueron considerables, pero después de dos horas de fatigas y revueltas, Glenarvan y sus compañeros se hallaron en el paso de Antuco.

Estaban entonces en la parte andina, propiamente dicha, que dista poco de la arista superior de las cordilleras, pero no distinguieron la menor apariencia de camino abierto ni de paso determinado. Toda aquella región acababa de ser trastornada por los últimos terremotos, y fue preciso elevarse cada vez más por las crestas de la cordillera. Paganel se puso de bastante mal humor al ver que el camino no estaba libre, y comprendió las rudas fatigas que había que arrostrar para ganar la cima de los Andes, cuya altura media está comprendida entre 11.000 y 12.000 pies.

Afortunadamente, el tiempo estaba tranquilo y el cielo sereno, y la estación era favorable. Pero en invierno, desde mayo a octubre, la ascensión hubiera sido impracticable, porque basta la intensidad del frío para acabar con los viajeros, y los que resisten el rigor de las temperaturas sucumben a la violencia de los *temporales*, que así se llaman ciertos huracanes particulares de aquellas regiones, que todos los años siembran de cadáveres las gargantas de las cordilleras.

Toda la noche se pasó subiendo, siempre subiendo. A fuerza de agarrarse con las uñas se pudo poner el pie en mesetas casi inaccesibles. Hubo que salvar de un salto despeñaderos anchos y profundos; dándose unos a otros la mano, con los brazos se remplazaba las cuerdas, y los hombros servían de escalones. Aquellos hombres intrépidos parecían una compañía de volatineros entregada a toda la locura de los juegos de Ícaro^[21]. Entonces tuvieron mil ocasiones de ejercitarse el vigor de Mulrady y la destreza de Wilson. Los dos bravos escoceses se multiplicaban, y más de una vez sin su abnegación y su valor no hubiera podido pasar la caravana. Glenarvan no perdía de vista al joven Roberto, cuya edad y natural viveza le volvían imprudente. Paganel avanzaba con todo el ardor de un verdadero francés. El Mayor no se movía más que lo estrictamente necesario y se elevaba de una manera insensible. ¿Había notado él mismo que hacía muchas horas que estaba subiendo? Es dudoso. Tal vez se figuraba estar bajando.



A las cinco de la mañana los viajeros habían alcanzado una altura de 7.500 pies, determinada por observación barométrica. Se hallaban entonces en las mesetas secundarias, último límite de la región arborescente. Allí saltaban algunos animales que hubieran labrado la dicha de un cazador, y ellos lo conocían porque desde muy lejos huían a la aproximación de los hombres. Entre ellos se veía la llama, animal precioso de las montañas, que remplaza sin desventaja al carnero, al buey y al caballo, y vive donde no viviría el mulo. Entre ellos se veía la chinchilla, pequeño roedor apacible y tímido, de magnífica y solicitada piel, que ocupa un término medio entre la liebre y el gerbo, dándole sus extremidades posteriores la apariencia de un canguro. No hay nada tan agradable como ver a ese ligero animal saltando de un árbol a otro a la manera de una ardilla.

—Ese animal no es todavía un pájaro —decía Paganel—, pero ya

no es un cuadrúpedo.

No eran, sin embargo, aquellos animales los únicos habitantes de la montaña. A la altura de 9.000 pies, en el límite de las nieves perpetuas, vivían rumiantes de incomparable belleza; la alpaca, de largo y sedoso pelo, y esa especie de cabra sin cuernos, elegante y altiva, llamada vicuña por los naturalistas, y célebre por la finura de su lana. Pero no había que pensar en aproximarse a ellas, que bastante hacían con dejarse ver, huyendo con tanta velocidad como si tuviesen alas y deslizándose sin ruido por alfombras de nieve que deslumbraban con su blancura.

El aspecto de las regiones se había metamorfoseado enteramente.

Grandes témpanos de hielo, azulados en algunas escarpas, se levantaban en todas direcciones y reflejaban los primeros rayos del sol. La ascensión fue entonces muy peligrosa. No se podía dar un paso sin sondear primero la nieve para reconocer los derrumbaderos. Wilson se había colocado a la cabeza de la fila y tanteaba con el pie los ventisqueros. Sus compañeros ponían exactamente el pie en sus huellas, y se abstenían de levantar la voz, porque el menor ruido, agitando las capas de aire, podía provocar la caída de moles de nieve suspendida a 700 u 800 pies de la cabeza de los viajeros.

Éstos habían llegado entonces a la región de los arbustos, los cuales, 250 toesas más arriba, cedieron su imperio a las gramíneas y a los cactus. A 11.000 pies estas plantas abandonaron también el suelo árido, y desapareció hasta el último vestigio de vegetación. Los viajeros no habían hecho más que un alto, que fue a las cuatro, para reparar sus fuerzas con un ligero almuerzo, y renovando su energía sobrehumana prosiguieron la ascensión y desafiaron peligros incesantemente mayores. Tuvieron que ganar agudas aristas y pasar por encima de precipicios que no se atrevía a medir la mirada. De trecho en trecho, cruces de madera eran indicios de multiplicadas catástrofes. A las dos de la tarde, una inmensa meseta sin apariencia alguna de vegetación, un verdadero desierto, se extendía entre picos descarnados. El aire era seco y el cielo tenía un azul transparente; en aquella altura no se conocen las lluvias y los vapores sólo se resuelven en nieve y en granizo. Algunos picos de pórvido o de basalto taladraban el blanco sudario como los huesos

de un esqueleto, y a cada instante fragmentos de cuarzo, descoyuntados por la acción del aire, rodaban con un ruido mate que la poca densidad de la atmósfera volvía casi imperceptible.



La caravana, a pesar de su valor, sentía agotarse sus fuerzas. Glenarvan, viendo el cansancio de sus compañeros, se arrepentía de haberse internado tanto en la montaña. Roberto luchaba desesperadamente contra la fatiga, pero ya no podía más.

A las tres, Glenarvan se detuvo.

—Es preciso descansar —dijo, conociendo que nadie haría semejante proposición.

—¿Descansar? —dijo Paganel. No tenemos aquí dónde guarecemos.

—Por mí no, Milord —respondió el valeroso niño. Aún puedo andar..., no os detengáis.

—Te llevaremos, hijo mío —respondió Paganel—, pero es preciso ganar a toda costa la vertiente oriental. Allí hallaremos también alguna choza donde refugiarnos. Pido otras dos horas de marcha.

—¿Sois todos del mismo parecer? —preguntó Glenarvan.

—Sí —respondieron sus compañeros.

Mulrady añadió:

—Yo me encargo del niño.

Y se volvió a tomar la dirección del este, continuando por espacio de otras dos horas aquella ascensión espantosa. Se subía incesantemente para llegar a las últimas cumbres de la montaña. La rarificación del aire producía esa opresión dolorosa conocida con el nombre de *puna*. La sangre brotaba de las encías y de los labios por falta de equilibrio, y tal vez también por la influencia de las nieves, que a una gran altura vician evidentemente la atmósfera. La falta de densidad tenía que suplirse con inspiraciones frecuentes, activando de este modo la circulación, lo que fatigaba tanto a los viajeros como la reverberación de los rayos del sol en las capas de nieve. Por mucha que fuese la fuerza de voluntad de aquellos hombres más que valientes, llegó un momento en que los más vigorosos desfallecieron, y el vértigo, ese terrible mal de las montañas, no sólo destruía su energía física, sino también su energía moral. No se lucha impunemente contra fatigas de ese género. Pronto empezaron a menudear los tropezones y las caídas, y los que caían no avanzaban ya más que a gatas, arrastrándose de rodillas.

La extenuación iba a poner término a aquella ascensión demasiado prolongada, y Glenarvan consideraba, no sin terror, la inmensidad de las nieves y el frío de aquella región funesta y la sombra que empezaba a rodear sus solitarias cumbres, cuando el Mayor se detuvo y dijo con su flema habitual:

—Una choza.

Capítulo XIII

Descenso de la cordillera

Otro cualquiera que no hubiera sido Mac Nabbs, hubiera pasado cien veces al lado, alrededor y hasta por encima de aquella choza, sin sospechar su existencia. Se presentaba como una intumescencia de la alfombra de nieve que se distinguía apenas de las rocas circundantes. Preciso fue quitar la nieve que la cubría, lo que costó media hora de arduo trabajo. Cuando Wilson y Mulrady consiguieron despejar la entrada de la *casucha*, se embutieron precipitadamente en ella todos los viajeros.



Aquella *casucha*, construida por los indios, estaba formada de

adobes o ladrillos cocidos al sol, y tenía la forma de una especie de cubo cuyos lados medirían 12 pies, coronando la cumbre de una roca basáltica. Se llegaba a la puerta, única abertura que tenía, por una escalera de piedra, y no obstante ser muy estrecha su entrada, bastaba para el paso de las nieves, los huracanes y el granizo, cuando en las montañas se desencadenaban los temporales.

En ella podían colocarse cómodamente diez personas, y si bien sus paredes en la estación de las lluvias no hubieran ofrecido una resistencia suficiente, bastaban para resguardar de un frío intenso que en el termómetro se marcaba con 10° bajo cero. Además, una especie de hogar, con chimenea de adobes muy mal unidos, permitía encender lumbre y combatir eficazmente la temperatura exterior.

—He aquí —dijo Glenarvan— un escondrijo que, aunque no cómodo, es suficiente. La providencia nos ha conducido a él y debemos darle las gracias.

—¡Pero si es un palacio! —respondió Paganel. No le faltan más que centinelas y cortesanos. Vamos a estar admirablemente.

—Sobre todo, cuando arda un buen fuego en el hogar —dijo Tom Austin—, porque me parece que no tenemos menos frío que hambre, y lo que es a mí, me complacería tanto una buena fogata como una buena chuleta.

—Pues bien, Tom —respondió Paganel—, procuraremos encontrar combustible.

—¡Combustible en la cumbre de las cordilleras! —dijo Mulrady, expresando su desconfianza con un movimiento de duda.

—Puesto que en esta cumbre —respondió el Mayor— han puesto una chimenea, es de creer que los que la pusieron contarían con algo que quemar.

—Nuestro amigo Mac Nabbs tiene razón —dijo Glenarvan. Disponed la cena mientras yo me voy a desempeñar las funciones de leñador.

—Os acompaño con Wilson —respondió Paganel.

—¿No me necesitáis? —dijo Roberto, levantándose.

—No, descansa, hijo mío —respondió Glenarvan. Tú serás un hombre a la edad en que otros son todavía niños.

Glenarvan, Paganel y Wilson, salieron de la casucha. Eran las seis de la tarde. El frío, a pesar de la absoluta calma de la

atmósfera, se dejaba sentir vivamente. El azul del cielo empezaba ya a oscurecerse, y el sol, con sus últimos rayos, se despedía de los enhiestos picos de los cerros andinos. Paganel, que se había llevado el barómetro, lo consultó y vio que el mercurio se mantenía a 0,423 milímetros. La depresión de la columna barométrica correspondía a una elevación de 11.700 pies. Aquella región de las cordilleras tenía, por consiguiente, una altura a la cual la del Mont Blanc sólo excedía en 910 metros. Si aquellas montañas hubiesen presentado las dificultades de las que está erizado el gigante de Suiza, si contra ellas se hubiesen desencadenado los huracanes y torbellinos, ni uno solo de los viajeros hubiera atravesado la gran cordillera del Nuevo Mundo.

Glenarvan y Paganel llegaron a una loma de pórvido desde la cual pasearon sus miradas por todo el horizonte. Ocupaban entonces la cima de los *nevados* de la cordillera, y dominaban un espacio de 40 millas cuadradas. Al este, las vertientes se convertían en rampas suaves por las que era posible deslizarse y salvar un espacio de muchas toesas. A lo lejos, las piedras y los cantos rodados, impelidos por el deslizamiento de los ventisqueros, formaban inmensas líneas longitudinales. Ya el valle del Colorado se sumergía en una sombra ascendente producida por la puesta del sol; los relieves del terreno, las eminencias, las crestas, los picos, iluminados por los últimos resplandores del día, se extinguían gradualmente, y poco a poco la sombra se extendía por toda la vertiente oriental de los Andes. Al oeste, el sol iluminaba aún las colinas en que se apoya la inmensa mole cortada a pico de los flancos occidentales. Deslumbraban las rocas y ventisqueros sumergidos en aquella irradiación del astro del día. Hacia el norte, ondeaban colinas eslabonadas que se confundían insensiblemente y formaban como una línea trazada con lápiz por una mano inhábil y temblorosa. Por aquel lado las miradas se extraviaban y se perdían. Pero al sur, al contrario, el espectáculo era espléndido, y con la noche que se acercaba debía tomar sublimes proporciones. En efecto, el rayo visual, abismándose en el valle salvaje del Torbido, dominaba el Antuco, cuyo cráter abierto respiraba a dos millas de distancia. El volcán rugía como un monstruo enorme, semejante a los leviatanes de los días apocalípticos, y vomitaba ardientes humaredas mezcladas con torrentes de oscuras llamas. El circo de

montañas que lo rodeaba parecía incendiado; granizadas de piedras candentes, nubes de vapores rojizos, cohetes de lava, se reunían formando haces centelleantes. Un resplandor inmenso, que por instantes adquiría intensidad; una deflagración deslumbrante llenaba aquel vasto círculo con sus intensas reverberaciones, en tanto que el sol, desprendiéndose poco a poco de sus fulgores crepusculares, desaparecía como un astro apagado en las sombras del horizonte.

Paganel y Glenarvan, leñadores convertidos en artistas, hubieran pasado mucho tiempo contemplando aquella magnífica lucha de los fuegos de la tierra con los del cielo, si Wilson, menos entusiasta, no les hubiese llamado. Afortunadamente, a falta de leña había un líquen enjuto y seco que cubría las rocas, y se hizo de él abundante provisión, al mismo tiempo que de cierta planta llamada *ilaretta*, cuya raíz podía arder suficientemente. Llevado a la casucha este precioso combustible, se hacinó en el hogar. Algo costó encender el fuego, y sobre todo conservarlo. El aire, muy enrarecido, no suministraba, para alimentarlo, la suficiente cantidad de oxígeno, al menos ésta fue la razón que dio el Mayor.

—En cambio —añadió—, el agua no necesitará para hervir 100° de calor, y los aficionados al café hecho con agua a 100° tendrán que pasarse sin él, porque a esta altura la ebullición se manifestará antes de los noventa grados^[22].

Mac Nabbs sabía lo que se decía. El termómetro, sumergido en el agua de la cazuela desde que empezó a hervir, no marcó más que 87°. Con verdadera voluptuosidad bebieron todos algunos sorbos de café, pero encontraron insuficiente la carne salada, lo que provocó una reflexión tan sensata como inútil de Paganel.

—¡Por dios! —dijo. Hay que confesar que no vendría del todo mal un pedazo de llama asado. Se dice que la llama remplaza al buey y al carnero, y quisiera saber si esto es así desde el punto de vista gastronómico.

—¡Cómo! —dijo el Mayor. ¿No estáis contento de nuestra cena, sabio Paganel?

—Contentísimo, mi valiente Mayor. Sin embargo, confieso que un plato de caza sería dignamente recibido.

—Sois un sibarita —contestó Mac Nabbs.

—Acepto la calificación, Mayor; pero me parece que vos

también, a pesar de lo que estáis hablando, no le haríais ascos a un bistec cualquiera.

—Es probable —dijo el Mayor.

—Y, a pesar del frío de la noche, si se os pidiese por favor que fuerais a ponerlos al acecho, iríais sin murmurar.

—Evidentemente, y no me haría rogar mucho. Por poco que os empenéis...

Los compañeros de Mac Nabbs no habían tenido aún tiempo de darle las gracias por su condescendencia, cuando se oyeron lejanos y prolongados aullidos. No eran gritos de animales aislados, sino de un rebaño que se acercaba rápidamente. La providencia quería acaso suministrar la cena después de haber dado la choza. Tal fue la reflexión del geógrafo. Pero Glenarvan agitó un poco su alegría, haciéndole observar que los cuadrúpedos de la cordillera no se encuentran jamás en una zona tan elevada.

—¿De dónde viene, pues, el ruido? —dijo Tom Austin. ¿No oís cómo se acerca?

—¿Será una avalancha? —dijo Mulrady.

—¡Imposible! Son verdaderos aullidos —replicó Paganel.

—Veamos —dijo Glenarvan.

—Y oigamos como cazadores —añadió el Mayor tomando su carabina.

Todos se lanzaron fuera de la casucha. La noche había cerrado completamente, y era estrellada y oscura. La Luna no ostentaba aún el disco medio corroído de su última fase. Las cimas del norte y del este desaparecían en las tinieblas, y no se percibía más que la fantástica silueta de algunos peñascos dominantes. Los aullidos, que parecían de bestias asustadas, eran cada vez más numerosos y fuertes. Venían de la parte tenebrosa de las cordilleras. ¿Qué sucedía? Llegó, en efecto, súbitamente, una avalancha furiosa, pero una avalancha formada de seres animados y locos de espanto. Se agitaba, al parecer, toda la meseta. Llegaban centenares, tal vez millares, de animales que, no obstante el enrarecimiento del aire, producían un estrépito espantoso. ¿Eran fieras de las pampas o simplemente una manada de llamas y vicuñas? Glenarvan, Mac Nabbs, Roberto, Austin y los dos marineros, no tuvieron tiempo más que para echarse al suelo, mientras aquel torbellino vivo pasaba a algunos pies encima de ellos. Paganel, que en su cualidad de

nictálope permanecía en pie para ver mejor, fue derribado en un abrir y cerrar de ojos.

En aquel momento sonó el estampido de un arma de fuego. El Mayor había tirado al bulto, y le parecía que un animal había caído a pocos pasos de distancia, mientras toda la manada, impelida por su irresistible arranque y redoblando sus clamores, desaparecía por las vertientes que iluminaba la reverberación del volcán.

—¡Ah! Ya lo tengo —dijo una voz, la voz de Paganel.

—¿Qué? —preguntó Glenarvan.

—¡Mis anteojos, por dios! Lo peor que en semejante confusión puede uno perder son los anteojos.

—¿No estáis herido?

—No, pero algo pisoteado. ¿Pero por quién?

—Por éste —replicó el Mayor, arrastrando el animal que había matado.

Todos volvieron inmediatamente a la choza, y al resplandor del hogar examinaron la víctima de Mac Nabbs.

Era un hermoso animal parecido a un camello pequeño y sin giba. Tenía la cabeza pequeña, el cuerpo achatado, las patas largas y delgadas, el pelo fino de color café y el vientre manchado de blanco. No bien Paganel lo vio, exclamó:

—¡Un guanaco!

—¿Y qué es un guanaco? —preguntó Glenarvan.

—Una bestia que se come —respondió Paganel.

—¿Y es buena?

—Sabrosísima. Un manjar del Olimpo. Ya sabía yo que tendríamos para cenar carne fresca. ¡Y qué carne! ¿Pero quién va a desollar y hacer pedazos al excelente animal?

—Yo —dijo Wilson.

—Pues entonces yo me encargo de asarlo —replicó el geógrafo.

—¿Entendéis también de cocina, *Monsieur* Paganel? —dijo Roberto.

—¡Toma, como que soy francés! En un francés hay siempre un cocinero.

Cinco minutos después, Paganel colocó buenas magras de venado sobre las ascuas producidas por la raíz de *ilaretta*, y pasados otros diez minutos, sirvió a sus compañeros aquel apetitoso plato bajo el nombre de *filete de guanaco*. Cada cual se apoderó de un

pedazo, sin ninguna ceremonia.

Pero, con mucho asombro del geógrafo, un gesto de repugnancia general, acompañado de un ¡puaf! unánime, acogió el primer bocado.

—¡Es horrible! —dijo uno.

—¡Esto no es comestible! —exclamó otro.

El pobre sabio tuvo que convenir, a pesar suyo, en que aquel asado era inaceptable, aun entre famélicos. Empezaba, pues, un fuego graneado de pullas que él comprendía perfectamente, siendo objeto de ellas su tan cacareado *manjar del Olimpo*. Él mismo buscaba la razón que podía haber para que la carne de guanaco, que es verdaderamente buena y muy estimada, degenerase en sus manos hasta el extremo de hacerse detestable. Se le ocurrió muy pronto una reflexión.

—Yo sé lo que es —exclamó. ¡Por dios! ¡No cabe la menor duda!

—¿Era acaso el animal demasiado viejo? —preguntó Mac Nabbs con su tranquila sorna.

—No, intolerante Mayor; el animal había corrido mucho. ¿Cómo no lo tuve presente?

—¿Qué queréis decir, señor Paganel? —preguntó Tom Austin.

—Quiero decir, que el guanaco no es comestible sino cuando ha sido muerto estando descansado. Si se le persigue mucho tiempo, si ha tenido que dar una larga carrera, su carne es insoportable. Puedo, pues, afirmar que esa res venía de muy lejos, y por consiguiente, de muy lejos venía también toda la manada.

—¿Estáis seguro del hecho? —preguntó Glenarvan.

—Absolutamente.

—¿Pero qué acontecimiento, qué fenómeno ha podido azotar de tal modo a esos animales y les ha obligado a correr desesperadamente a la hora en que debían estar tranquilamente dormidos en su guarida?

—Me es imposible contestar a esa pregunta, querido Glenarvan —dijo el geógrafo. Si queréis creerme, vámonos a dormir sin profundizar más. Lo que es yo, me muero de sueño. Durmamos, Mayor.

—Durmamos, Paganel.

Dicho esto, cada cual se envolvió en su poncho, se atizó el fuego y en seguida se elevaron en todos los tonos y en todos los ritmos

ronquidos formidables, armonizados por el bajo profundo del sabio geógrafo.

Glenarvan era el único que no dormía, manteniéndole secretas inquietudes en un estado de penoso insomnio. Pensaba involuntariamente, sin podérselo quitar de la cabeza, en aquella manada de animales que huían todos en una misma dirección con un azoramiento inexplicable. Los guanacos no podían ser perseguidos por fieras, porque en aquellas alturas no las hay, y menos aún cazadores. ¿Qué terror, pues, los precipitó hacia los abismos del Antuco y cuál era la causa? Glenarvan tenía el presentimiento de un peligro próximo.

Sin embargo, bajo el influjo de una semisomnolencia, sus ideas se modificaron poco a poco, y a las zozobras sucedió la esperanza. Se veía ya en la llanura de los Andes, donde debían empezar verdaderamente sus investigaciones, y tal vez no estaba lejos el buen éxito apetecido. Soñó en el capitán Grant y en sus dos marineros sometidos a dura servidumbre. Estas imágenes pasaban rápidamente por su espíritu, distraído a cada instante por un chisporroteo del fuego, por una chispa que saltaba, por la llama vivamente oxigenada que iluminaba el semblante de sus compañeros dormidos, y agitaba alguna sombra fugitiva en las paredes de la choza. Después, sus presentimientos volvían a la carga con mayor ímpetu. Oía vagamente los ruidos exteriores, de difícil explicación en aquellas cumbres solitarias.

Hubo un momento en que le pareció sorprender rugidos lejanos, sordos, amenazadores, como el estruendo de un trueno que no viniera del cielo. Y aquellos rugidos no podían proceder más que de una tempestad desencadenada en los flancos de la montaña, a algunos miles de pies más abajo de la cumbre.

Glenarvan quiso comprobar el hecho y salió al aire libre.

Se elevaba entonces la Luna. La atmósfera estaba serena y tranquila. Ni la más tenue nube se descubría por ningún lado. Aquí y allá, algunos movedizos reflejos de las llamas del Antuco. No surcaba la atmósfera ningún relámpago. Centelleaban en la bóveda celeste millares de estrellas. Los rugidos, sin embargo, no cesaban, y, al parecer, se iban aproximando y recorrían la cordillera de los Andes. Glenarvan volvió a la choza inquieto, preguntándose qué relación existiría entre aquellos rugidos subterráneos y la fuga de

los guanacos. ¿Habría allí un efecto sin causa? Vio en su reloj que eran las dos de la madrugada.

No teniendo la certeza de un peligro inmediato, no despertó a sus compañeros que, rendidos de fatiga, dormían profundamente, y él mismo se sintió dominado por una pesada somnolencia que duró algunas horas.

De pronto le obligó a ponerse en pie un violento fragor, un estrépito terrible, sólo comparable al entrecortado ruido de innumerables carros de artillería rodando sobre un pavimento empedrado. Luego sintió Glenarvan que el suelo se hundía bajo sus pies, y vio oscilar la choza y cuartearse.

—¡Alerta! —gritó.

Sus compañeros, despiertos y confusamente revueltos, eran arrastrados por una pendiente rápida. El día comenzaba a despuntar, y la escena era espantosa. Las montañas se transformaban súbitamente, se truncaban los conos, desaparecían los vacilantes riscos como si bajo su base se abriese alguna trampa, y a consecuencia de un fenómeno particular de las cordilleras, un cerro, que tenía algunas millas de extensión, se desplomó entero y se deslizó hasta la llanura^[23].

—¡Un terremoto! —gritó a su vez Paganel.



No se engañaba. Era uno de los frecuentes cataclismos que sobrevienen en la parte montañosa de Chile; precisamente en esta región en que Copiapó ha sido dos veces destruido y Santiago derribado cuatro veces en catorce años. Aquella parte del globo está minada por fuegos subterráneos, y los volcanes de la cordillera, que son de origen reciente, no ofrecen suficientes válvulas de seguridad para la salida de los vapores subterráneos. Tal es la causa de las incesantes sacudidas conocidas con el nombre de *temblores*.

Aquel cerro al que se agarraban los siete hombres asiéndose a los líquenes, aturdidos, espantados, se deslizaba con la rapidez de un tren expreso, es decir, a una velocidad de 50 millas por hora. No se podía dar un grito, y hubiera sido inútil hacer ningún esfuerzo para huir o para detenerse. Los rugidos interiores, el estrépito de los

aludes, el choque de las moles de granito y de basalto, los torbellinos de una nieve pulverizada, volvían imposibles todas las comunicaciones.

Tan pronto se deslizaba el cerro sin choques ni saltos, como era arrastrado por un movimiento de oscilación parecido al del buque que navega en un mar agitado, pasando por la orilla de abismos en donde se precipitaban peñascos y se desarraigaban árboles seculares; y se nivelaban, como segados por una inmensa hoz, todos los picos de la vertiente oriental.

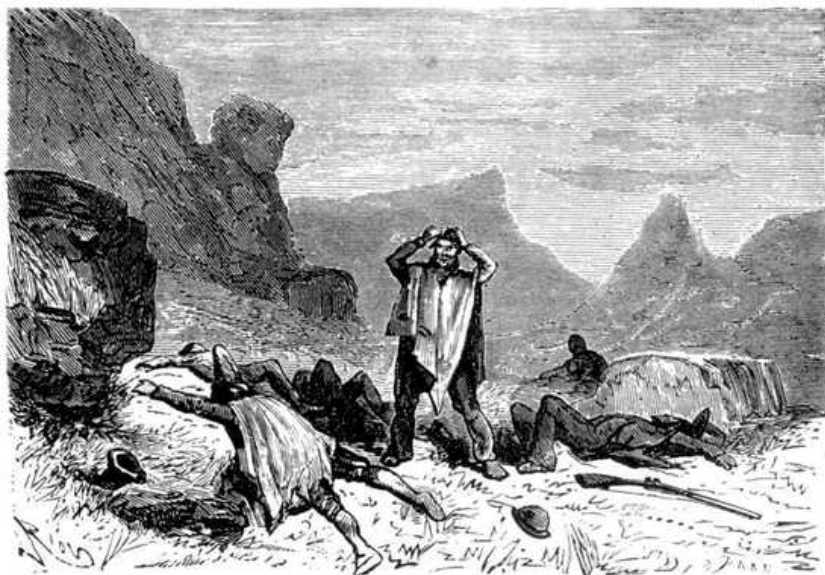
Imaginémonos el poder de una mole que pesa varios miles de millones de toneladas, lanzada con una velocidad creciente por una pendiente de 50°.

Nadie era capaz de calcular lo que duró aquella caída indescriptible, ni era posible prever a qué abismo conduciría. Nadie tampoco podía afirmar si estaban allí todos vivos o si alguno yacía en el fondo de un derrumbadero. Ahogados por la velocidad de la marcha, helados por el aire frío que les penetraba, cegados por los torbellinos de nieve, jadeaban anonadados, casi exánimes, asiéndose automáticamente a las rocas por un supremo instinto de conservación.

De repente, les arrojó fuera de su rápido vehículo un choque de incomparable violencia, que les precipitó hacia delante y les hizo rodar hasta los últimos escalones de la cordillera. El cerro se había detenido.

Durante algunos minutos, nadie se movió. Uno de ellos, aturdido por el golpe, pero firme aún, se levantó, sacudió el polvo que lo cubría y miró en torno suyo.

Era el Mayor, que vio a sus compañeros tendidos a su alrededor, amontonados unos sobre otros.



El Mayor los contó. Faltaba uno, y era Roberto Grant.

Capítulo XIV

Un tiro providencial

Forman la vertiente oriental de la cordillera de los Andes, largas pendientes que insensiblemente se van perdiendo hasta llegar a la llanura, en la que se detuvo súbitamente el cerro que arrastraba a los viajeros. En aquella nueva comarca, tapizada de abundantes pastos y poblada de árboles magníficos, hacían brillar sus dorados frutos un número incalculable de manzanos, plantados en tiempos de la conquista, que formaban verdaderos bosques. Parecía un rincón de la opulenta Normandía trasladada a aquellas regiones, y en cualquier otra circunstancia hubiera sorprendido a los viajeros aquella transición súbita del desierto al oasis, de las nevadas cumbres a las verdes praderas, del invierno al verano.

El terreno había recobrado su inmovilidad absoluta. El terremoto había terminado, y sin duda las fuerzas subterráneas ejercían más lejos su acción devastadora, porque la cordillera de los Andes se halla siempre en algún punto agitada y conmovida. La conmoción última había sido sumamente violenta, tanto que modificó enteramente la línea de las montañas. Se destacaba del fondo azul del cielo un nuevo panorama de cumbres, crestas y picos, y el guía de las pampas hubiera buscado inútilmente sus puntos de orientación acostumbrados.

Se preparaba un admirable día. Los rayos del sol que se acababan de levantar de su húmedo lecho del Atlántico se deslizaban por las llanuras argentinas, y se sumergían ya en las aguas del otro océano. Eran las ocho de la mañana.

Lord Glenarvan y sus compañeros, reanimados por los cuidados del Mayor, volvieron poco a poco a la vida. Habían sufrido un espantoso aturdimiento, pero nada más. Se hallaban ya al pie de la cordillera, y motivos hubieran tenido para congratularse de un

medio de locomoción en que nada pusieron de su parte, si uno de ellos, el más débil, un niño, Roberto Grant, no hubiera desaparecido.

Todos simpatizaban con aquella intrépida criatura. Paganel le profesaba un afecto particular, y lo mismo el Mayor, no obstante su frialdad característica, y principalmente Glenarvan. Éste, cuando supo la desaparición de Roberto, se sintió desesperado. Se representaba al pobre niño sepultado en un abismo, llamando inútilmente a aquel a quien daba el nombre de segundo padre.

—¡Amigos míos! ¡Amigos míos! —dijo sin poder contener las lágrimas. ¡Le hemos de buscar, le hemos de encontrar a toda costa! ¡No podemos abandonarle! Me ataréis a una cuerda y me bajaréis. Quiero que se haga, ¿lo oís? El cielo haga que aún no haya expirado. ¿Cómo, sin él, habíamos de atrevernos a buscar a su padre? ¿Con qué derecho salvaríamos al capitán Grant habiendo su salvación costado la vida a su hijo?

Los compañeros de Glenarvan le escuchaban silenciosos; comprendían que el noble *Lord* buscaba una esperanza a que asirse, y bajaban los ojos.

—¡Conque —exclamó Glenarvan— ya me habéis oído! ¡Calláis! ¡No tenéis ninguna esperanza!

Hubo una pausa, después de la cual Mac Nabbs tomó la palabra y dijo:

—¿Cuál de vosotros, amigos míos, recuerda el instante en que desapareció Roberto?

Nadie respondió.

—¿Al menos —añadió el Mayor—, me diréis junto a quién se hallaba Roberto durante el descenso?

—Junto a mí —respondió Wilson.

—Pues bien, ¿hasta qué momento le has visto junto a ti? Haz memoria. Habla.

—He aquí todo lo que yo recuerdo —respondió Wilson. Roberto Grant se hallaba a mi lado, con las manos convulsivamente asidas a una mata de liquen, menos de dos minutos antes del choque que puso fin a nuestro descenso.

—¡Menos de dos minutos! ¡Recuerda bien, Wilson! ¡Los minutos han debido parecerte siglos! ¿No te engañas?

—No creo engañarme... Sí, eso es..., menos de dos minutos.

—Bien —dijo Mac Nabbs. ¿Se encontraba Roberto a tu izquierda o a tu derecha?

—A mi izquierda. Recuerdo que su poncho azotaba mi cara.

—¿Y tú, respecto a nosotros, cómo te encontrabas?

—También a la izquierda.

—Roberto no ha podido, por consiguiente, desaparecer más que por aquel lado, y teniendo en cuenta el tiempo transcurrido desde su desaparición, debe haber caído en la parte de la montaña, comprendida entre el llano y dos millas más arriba. Esta extensión es la que debemos reconocer, dividiéndonos en grupos que recorran las diferentes zonas y le encontraremos.

Nadie añadió una palabra. Los seis hombres, trepando por las pendientes de la cordillera, se escalonaron en diferentes alturas y empezaron su exploración. Se mantenían constantemente a la derecha de la línea del descenso, registrando las más pequeñas quebraduras, bajando al fondo de precipicios cegados en parte por las piedras, de las cuales salieron algunos con las ropas destrozadas y los pies y las manos ensangrentados, después de haber expuesto su vida. Toda aquella porción de los Andes, exceptuando algunas mesetas inaccesibles, fue escrupulosamente examinada durante largas horas, sin que nadie pensase en descansar. ¡Infructuosas pesquisas! El niño había encontrado en la montaña, no sólo la muerte, sino también una tumba, cuya losa, que era tal vez un enorme peñasco, se habría cerrado sobre él para siempre.

A la una, Glenarvan y sus compañeros se hallaban en el fondo del valle quebrantados y anonadados. Glenarvan se hallaba poseído del más violento dolor, sin hablar apenas, sin que saliesen de sus labios más que estas palabras entrecortadas por los suspiros:

—¡No me marcharé! ¡No me marcharé!

Todos comprendieron que aquella obstinación se había convertido en una idea fija, y la respetaron.

—Aguardemos —dijo Paganel al Mayor y a Tom Austin. Descansemos un rato y reparemos nuestras fuerzas, de lo cual tenemos mucha necesidad, ya sea para volver a empezar nuestras pesquisas, ya sea para continuar nuestro camino.

—Sí —respondió Mac Nabbs—, quedémonos, ya que Edward quiere quedarse. Aún espera; pero ¿qué espera?

—Dios lo sabe —dijo Tom Austin.

—¡Pobre Roberto! —exclamó Paganel enjugándose los ojos.

Numerosos árboles se levantaban en el valle. El Mayor escogió un grupo de frondosos algarrobos para establecer un campamento provisional. Algunas mantas, las armas y un poco de tasajo y arroz era todo lo que quedaba a los viajeros. Corría no lejos un río, cuyas aguas estaban aún turbias a consecuencia del alud. Mulrady encendió un poco de lumbre sobre la hierba y luego ofreció a su amo una bebida caliente y confortante. Glenarvan la rehusó y continuó tendido sobre su poncho y profundamente abatido.

Así pasó todo el día. Llegó la noche, serena y tranquila como la anterior, y mientras sus compañeros permanecían inmóviles, aunque no dormidos, él volvió a subir las cuestas de la cordillera, buscando, esperando siempre una voz que le llamase. Se aventuró a lo lejos, solo, escuchando y comprimiendo los latidos de su corazón, llamando a Roberto Grant.

El pobre *Lord* permaneció toda la noche vagando por la montaña. Paganel y el Mayor le seguían para prestarle auxilio en aquellas peligrosas cuestas y en las márgenes de los abismos a las que le arrastraba su inútil imprudencia. Pero sus últimos esfuerzos fueron estériles, y a sus gritos de ¡Roberto, Roberto!, mil veces repetidos, no respondió más que el eco de aquel nombre tan querido.

Llegó el día. Preciso fue ir a buscar a Glenarvan a los lejanos cerros, y a pesar suyo traerle al campamento. Su desesperación era horrible. ¿Quién había de atreverse a hablar de marchar y proponerle que abandonase aquel valle funesto? Los víveres escaseaban, y no lejos debían encontrarse los guías argentinos de los que había hablado el mulatero, y los caballos necesarios para atravesar las pampas. Retroceder era más difícil que seguir adelante, y, además, el océano Atlántico era el punto de cita que se había dado al *Duncan*. Estas graves razones no permitían un largo retraso, y en interés de todos era necesario partir en seguida.

Mac Nabbs intentó arrancar a Glenarvan de su dolor. Habló mucho rato, sin que al parecer su amigo le oyese. Glenarvan movía la cabeza. Algunas palabras, sin embargo, entreabrieron sus labios.

—¿Partir? —dijo.

—¡Sí!, partir.

—¡Aguardemos una hora!

—Sí, una hora —respondió el digno Mayor.

Y pasada la hora, Glenarvan pidió por Dios que le concediesen otra. Parecía un sentenciado a muerte implorando la prolongación de su existencia. Así permanecieron hasta cerca del mediodía. Entonces Mac Nabbs, siguiendo el parecer de todos, dijo sin vacilar a Glenarvan que era preciso partir, dependiendo de una pronta resolución, la vida de sus compañeros.

—¡Sí, sí! —respondió Glenarvan. ¡Partamos, partamos!

Pero al hablar así, sus miradas evitaban las de Mac Nabbs, y se fijaron en un punto negro que aparecía como una mancha en el aire. De repente, levantó la mano y permaneció inmóvil, como si estuviese petrificado.

—¡Allí —dijo—, allí! ¡Mirad, mirad!

Todas las miradas se volvieron al cielo, siguiendo la dirección tan imperiosamente indicada. El punto negro crecía visiblemente. Era un ave que se cernía a una altura inconmensurable.

—Un cóndor —dijo Paganel.

—Sí, un cóndor —respondió Glenarvan. ¿Quién sabe? ¡Viene, baja! ¡Aguardemos!

¿Qué esperaba Glenarvan? ¿Se había extraviado su razón? ¿Quién sabe?, había dicho. Paganel no se había engañado. El cóndor se hacía a cada instante más visible. Esta ave magnífica, adorada en otro tiempo por los incas, es el rey de los Andes meridionales, en cuyas regiones alcanza un desarrollo extraordinario. Su fuerza es tan prodigiosa, que con frecuencia precipita bueyes en los abismos. Acomete a los carneros, cabras y becerros errantes por las llanuras, y los eleva a grandes alturas suspendiéndolos de sus garras. No es raro verle cernerse a 20.000 pies del suelo, es decir, más allá de un límite que el hombre no puede traspasar. Desde allí, invisible a los ojos más perspicaces, pasea sus penetrantes miradas por las regiones terrestres y distingue los objetos más diminutos con un poder de visión que asombra a los naturalistas.

¿Qué había visto, pues, aquel cóndor? ¡Un cadáver! ¡El cadáver de Roberto Grant!

—¿Quién sabe? —repitió Glenarvan sin perderle de vista.

La enorme ave se acercaba, ya cerniéndose sin batir las alas, ya cayendo con la velocidad de los cuerpos inertes abandonados en el

espacio. Luego describió anchos círculos a menos de 100 toesas del suelo, y entonces se le vio perfectamente. Medía más de 15 pies de un extremo a otro de las alas. Éstas, que eran muy poderosas, lo sostenían en el fluido aéreo casi sin moverse, porque es propio de las grandes aves volar con una calma majestuosa, al paso que los insectos, para sostenerse en el aire, tienen necesidad de mil movimientos de alas por segundo.



El Mayor y Wilson habían cogido sus carabinas, pero Glenarvan les detuvo con un gesto. El cóndor daba vueltas alrededor de una meseta inaccesible situada a un cuarto de milla en los flancos de la cordillera. Giraba con una rapidez vertiginosa, abriendo y cerrando sus formidables garras y sacudiendo su cartilaginosa cresta.

—¡Allí, allí! —exclamó Glenarvan.

Le asaltó de repente un presentimiento.

—¡Si Roberto viviera aún! —exclamó con un acento terrible. Esa ave... ¡Fuego, amigos, fuego!

Pero demasiado tarde. El cóndor se había ocultado detrás de las eminencias del cerro. ¡Pasó un segundo, un segundo que la aguja debió tardar un siglo en recorrer! En seguida apareció otra vez la enorme ave con un pesado cuerpo en las garras que le obligaba a levantarse más pausadamente.

Todos exhalaban un grito de horror. El cuerpo inanimado que aparecía suspendido de las garras del cóndor, era el de Roberto Grant. El ave le había asido por las ropas, y se balanceaba en el aire a menos de 150 pies del campamento. Había visto a los viajeros, y procurando huir con su pesada presa, sacudía violentamente con las alas las capas atmosféricas.



—¡Ah! —exclamó Glenarvan. Que el cadáver de Roberto se estrelle contra los peñascos, antes que servir de pasto...

Sin terminar la frase cogió la carabina de Wilson y se la echó a la cara. Pero su brazo temblaba y no podía fijar la puntería. Se turbaban sus ojos.

—Dejadme a mí —dijo el Mayor.

Y tranquilamente, con la mano segura y con el cuerpo inmóvil, apuntó al ave que se hallaba ya a 300 pies de distancia.

Pero no había aún puesto el dedo en el gatillo de su carabina, cuando sonó un tiro en el fondo del valle; salió una blanca humareda entre dos rocas de basalto, y el cóndor, herido en la cabeza, cayó poco a poco dando vueltas, sostenido por sus grandes alas desplegadas que formaban un verdadero paracaídas. No había

soltado su presa, y cayó con cierta lentitud a diez pasos de las márgenes del riachuelo.

—¡A él, a él! —exclamó Glenarvan.

Y sin cuidarse de averiguar por de pronto de dónde había salido aquel disparo providencial, se precipitó hacia el cóndor. Sus compañeros le siguieron corriendo.



Cuando llegaron, el ave había muerto, y el cuerpo de Roberto desaparecía bajo sus enormes alas. Glenarvan se arrojó sobre el cuerpo del niño, lo arrancó de las garras del cóndor, lo depositó sobre la hierba y aplicó el oído al pecho de aquel cuerpo inanimado.

Nunca de labios humanos ha brotado un grito más penetrante de alegría que el que sucedió a estas palabras de Glenarvan:

—¡Vive, vive aún!

Roberto fue al momento desnudado y se le roció el rostro con agua fresca. Hizo un movimiento, abrió los ojos, miró y pronunció algunas palabras.

—¡Ah, vos, Milord...! ¡Padre mío...!

Glenarvan no pudo responder, le ahogaba la conmoción que

agitaba su alma, y lloró al lado de aquel niño tan milagrosamente salvado.

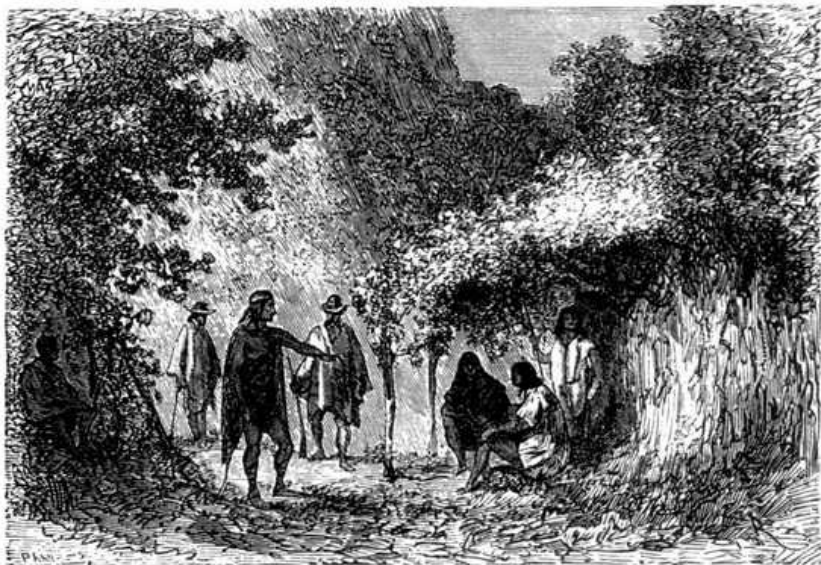
Capítulo XV

El español de Santiago Paganel

Roberto, después del inmenso peligro del que acababa de librarse, corrió otro no menor, el de ser comido a caricias. Aunque muy débil, ni uno solo de sus honrados compañeros pudo resistir el deseo de abrazarle. Fuerza es creer que no hay demostraciones de afecto capaces de matar a los enfermos, puesto que Roberto no murió. Todo lo contrario.

Pero salvado el valeroso niño, todos pensaron en el salvador, siendo el Mayor el que primero tuvo la idea de mirar en torno suyo. A 50 pasos del río permanecía en la falda de la montaña un hombre de elevada estatura, a cuyos pies se veía un largo fusil a manera de espingarda. Aquel hombre, súbitamente aparecido, tenía anchos los hombros y los cabellos largos y recogidos con tiras de cuero. Su talla pasaba de seis pies. Su rostro bronceado estaba pintado de rojo entre los ojos y la boca, de negro en el párpado inferior y de blanco en la frente. Vestido a la manera de los patagones fronterizos, llevaba una espléndida capa adornada con arabescos colorados, formada con la piel de la parte inferior del cuello y de las patas de un guanaco, cosida con tendones de avestruz, estando vuelta hacia el exterior su sedosa lana. Debajo de la capa se veía un vestido de piel de zorra ajustado a la cintura, que por la parte anterior terminaba en punta. De su cinto colgaba un taleguillo que contenía los colores de que se servía para pintar su rostro. Sus botas eran de piel de toro y estaban sujetas a los tobillos por medio de correas regularmente cruzadas.

La figura del patagón era soberbia y su cara muy inteligente, no obstante estar tan pintarrajeada.



Aguardaba con una actitud llena de dignidad, y al verle tan inmóvil y grave en su pedestal de roca, se le hubiera podido tomar por la estatua de la sangre fría.

El Mayor, en cuanto le distinguió, lo mostró a Glenarvan, que corrió hacia él. El patagón dio dos pasos hacia delante. Glenarvan le cogió la mano, y se la estrechó afectuosamente. Había en la mirada del *Lord* y en la alegría de su semblante risueño un sentimiento tal de gratitud, una expresión tan viva de reconocimiento, que el indígena no pudo engañarse. Inclino suavemente la cabeza y pronunció algunas palabras que ni el Mayor ni su amigo pudieron comprender.

Entonces el patagón, después de haber contemplado atentamente a los extranjeros, recurrió a otro idioma, pero por más que hizo no pudo hacerse comprender tampoco, y todos, como vulgarmente se dice, se quedaron en ayunas. Sin embargo, llamaron la atención de Glenarvan algunas expresiones de que se sirvió el indígena, pareciéndole que pertenecían a la lengua española, de que él poseía algunas palabras.

—¿Español? —dijo.

El patagón meneó la cabeza de arriba abajo, movimiento que tiene la misma significación afirmativa en todas partes.

—Bueno —dijo el Mayor—, ya ha llegado la vez a nuestro amigo Paganel. Se considerará feliz por habérsele ocurrido estudiar el español.

Llamaron a Paganel, el cual acudió inmediatamente, y saludó al patagón con una gracia enteramente francesa, que el indígena no se hallaba probablemente en actitud de apreciar. El sabio geógrafo fue puesto al corriente de la situación.

—Perfectamente —dijo.

Y abrió mucho la boca para articular mejor:

—*Vos sois un homem de ben.*

El indígena escuchó con atención, pero no respondió.

—No comprende —dijo el geógrafo.

—Acaso no acentuéis bien —replicó el Mayor.

—Es posible. ¡Maldito acento!

Y Paganel repitió su cumplimento, pero con el mismo infeliz éxito.

—Variemos de frase —dijo, y pronunciando con una lentitud magistral, dejó oír estas palabras:

—*Sem duvida um patagão.*

El interpelado permaneció tan mudo como antes.

—*¡Dizeime!* —añadió Paganel.

El patagón no respondió tampoco.

—*¿Vos compreideis?* —gritó Paganel con tanta fuerza que estuvo a punto de romperse las cuerdas vocales.

Era evidente que el indio no comprendía, pues respondió en español:

—*No comprendo.*

Paganel quedó asombrado a su vez, y no hacía más que levantar y bajar sus anteojos de la nariz a la frente y de la frente a la nariz.

—Que me ahorquen —dijo— si entiendo una palabra de esta jerga infernal. Habla araucano, estoy seguro.

—No —respondió Glenarvan—, este hombre ha contestado seguramente en español.

Y volviéndose al patagón:

—*¿Español?* —repitió.

—*¡Sí, si!* —respondió el indígena.

Paganel no sabía lo que le pasaba. El Mayor y Glenarvan se miraban con el rabillo del ojo.

—¡Ésas tenemos, mi buen amigo! —dijo el Mayor, dibujándose en sus labios una ligera sonrisa. ¿Habréis cometido una de esas distracciones de las que tenéis el monopolio? Es evidente que el patagón habla en español.

—¿Él? —dijo el geógrafo.

—¡Sí, él! ¡Habréis aprendido alguna otra lengua creyendo que estudiabais...!

Un ¡oh! vigoroso del sabio, acompañado de encogimiento de hombros, no permitió a Mac Nabbs concluir su frase.

—Mayor, exageráis demasiado mis distracciones —dijo Paganel en un tono bastante seco.

—¡Pero es que no lo entendéis! —respondió Mac Nabbs.

—¡No lo comprendo porque habla mal! —replicó el geógrafo, que empezaba a impacientarse.

—Es decir, que habla mal porque vos no le comprendéis —replicó tranquilamente el Mayor.

—Mac Nabbs —dijo entonces Glenarvan—, aventuráis una suposición inadmisible. Por distraído que sea nuestro amigo Paganel, no podemos suponer que haya, por distracción, aprendido un idioma en lugar de otro.

—En este caso, mi querido Edward, o vos, mi querido Paganel, explicadme lo que pasa aquí.

—No explico —dijo Paganel—, demuestro. He aquí el libro en que me ejercito diariamente para soltarme en la pronunciación de la lengua española y vencer sus dificultades. Examinadlo, Mayor, y veréis si me equivoco.

Registró Paganel sus numerosos bolsillos, y después de algunos momentos de estar buscando, sacó un volumen bastante deteriorado, y lo presentó con ademán de triunfo. El Mayor cogió el libro y le miró.

—¿Qué obra es ésta? —preguntó.

—Son *Os lusíadas* —respondió Paganel. Una gran epopeya, que...

—¡*Os lusíadas*! —exclamó Glenarvan.

—¡Sí, amigo mío, *Os lusíadas* del gran Camões, ni más ni menos!

—¡Camões! —repitió Glenarvan. ¡Pero, desgraciado amigo, Camões es portugués! ¡Hace seis meses que estáis aprendiendo este idioma!

—¡Camões! ¡*Os lusíadas*! ¡Portugués!

Paganel no pudo decir más, se veía la turbación de sus ojos al trasluz de sus gafas, y resonó en sus oídos una carcajada homérica, porque estaba rodeado de todos sus camaradas.

El patagón no pestañeaba. Aguardaba con paciencia la explicación de un accidente absolutamente incomprensible para él.

—¡Ah! ¡Insensato! ¡Loco! —dijo al fin Paganel. ¿Cómo? ¿Eso ha sucedido realmente? ¿Es mi cerebro otra Babel con toda su confusión de lenguas? ¿O todo es una broma? ¡Ah! ¡Amigos míos! ¡Amigos míos! ¡Partir para las Indias y llegar a Chile! ¡Aprender español y hablar portugués! ¡Eso es ya demasiado! ¡Si no me corrijo, día ha de llegar en que distraídamente me tire por la ventana creyendo tirar la colilla de mi cigarro!

Era imposible dejar de reír oyendo los sentidos lamentos de Paganel, acompañados de cómicos ademanes. Bien pronto dio él mismo el ejemplo.

—¡Reíd, amigos míos! —decía. ¡Motivos os he dado para desternillaros de risa! ¡Por mucho que os riáis de mí, no os reiréis tanto como me río yo mismo!

Y soltó la carcajada más formidable que salió jamás de la boca de un sabio.

—Lo cierto es —dijo el Mayor— que nos encontramos sin intérprete.

—¡Oh! ¡No os aflijáis por tan poca cosa! —respondió Paganel. El portugués y el español guardan tantas analogías, que no es extraño que yo los haya confundido; pero su semejanza me servirá para reparar el error en que ello me ha hecho incurrir, y no tardaré mucho en poder dar gracias al digno patagón en el idioma que tan bien habla.

Paganel tenía razón, pues muy pronto hizo una provisión suficiente de vocablos para hacerse comprender del indígena, y hasta supo por este medio que su interlocutor se llamaba Thalcave, palabra que en lengua araucana significa *el Tonante*.

Debía, sin duda, este nombre a su destreza en el manejo de las armas de fuego.

Pero lo que agradó particularmente a Glenarvan fue saber que el patagón era guía de oficio, y guía de las pampas. Lo que había de providencial en aquel encuentro inspiró a todos la mayor confianza

en el éxito de su empresa, y ya nadie ponía en duda la salvación del capitán Grant.

Los viajeros y el patagón volvieron juntos a donde estaba Roberto. Éste tendió los brazos al indígena, el cual, sin pronunciar una palabra, le puso la mano en la cabeza, le examinó y le tocó sus doloridos miembros. Después se fue corriendo a las márgenes del río, donde cogió algunos puñados de apio silvestre con el que dio friegas al enfermo. Esta fricción, practicada con la mayor delicadeza, devolvió al niño sus fuerzas, y era evidente que bastarían para su restablecimiento completo algunas horas de reposo.

Se decidió, pues, pasar en el campamento todo aquel día y la noche siguiente. Había, además, que resolver dos graves cuestiones: la de los víveres y la del transporte. Faltaban igualmente municiones de boca y caballerías. Afortunadamente, estaba allí Thalcave. Este guía, acostumbrado a conducir a los viajeros a lo largo de las fronteras patagónicas, era uno de los *baqueanos* más inteligentes del país, y se encargó de suministrar a Glenarvan todo lo que faltaba a su comitiva. Le ofreció conducirlo a una *toldería* de indios, que distaba de allí cuatro millas escasas, donde encontraría todo lo que su expedición requiriese. Esta proposición se hizo mitad por gestos y mitad por palabras españolas, que Paganel llegó a comprender al cabo, y fue inmediatamente aceptada. Glenarvan y su sabio amigo, después de despedirse de sus compañeros, remontaron el río bajo la dirección de Thalcave.

Anduvieron a buen paso durante hora y media, teniendo que dar largas zancadas para seguir al gigante patagón. Toda aquella región andina era encantadora y de una fertilidad sorprendente. Se sucedían sin interrupción abundantes pastos, que sin dificultad hubieran podido alimentar un ejército de 100.000 rumiantes. Espaciosas charcas, unidas por el intrincado lazo de arroyos perennes, procuraban a aquellas llanuras una humedad constante. Cisnes de cabeza negra exhibían vanidosamente sus golas y disputaban el imperio de las aguas a los numerosos avestruces que recorrían los *llanos*. El mundo de las aves era muy brillante y bullicioso, graciosas tórtolas de color de ceniza listadas de blanco, y los cardenales amarillos, se mecían en las ramas de los árboles como aladas flores; las palomas de paso o migradoras, atravesaban

el espacio, y los gorriones, los *chingolos*, los jilgueros y las *monjitas*, se perseguían al vuelo llenando el aire con sus brillantes gorjeos.



Santiago Paganel caminaba de admiración en admiración, causando con interjecciones continuas que salían de sus labios la mayor extrañeza al patagón, a quien parecía muy natural que hubiera pájaros en el aire, cisnes en los estanques y hierba en las praderas. El sabio no pudo quejarse de su paseo, ni sentir su duración. Creía que no había hecho más que partir cuando se ofreció a su vista el campamento de los indios.

La *toldería* ocupaba el fondo de un valle que estaba como estrangulado entre dos cerros de los Andes. Allí, en cabañas formadas de ramas, vivían unos 30 indígenas nómadas que

apacentaban grandes rebaños de carneros, vacas lecheras, bueyes y caballos. Iban de prado en prado, y hallaban la mesa siempre servida para los convidados de cuatro patas.

Tipo híbrido de la raza de araucanos, pehuenches y oucas, estos indo-peruanos, de color aceitunado, mediana estatura, formas atléticas, frente deprimida, cara casi circular, labios delgados, pómulos salientes, facciones afeminadas, de fisonomía fría, no hubieran ofrecido a los ojos de un antropólogo los caracteres de las razas puras. Eran, en suma, indígenas poco interesantes.

Pero Glenarvan no se cuidaba de ellos, sino de su ganado. Teniendo bueyes y caballos, no quería otra cosa.



Thalcave se encargó del negocio, y despachó muy pronto. A cambio, de siete caballitos de raza argentina completamente enjaezados, de un centenar de libras de *charqui* o tasajo, cierta cantidad de arroz y de algunos odres de cuero para el agua, los indios, aunque hubieran preferido vino o ron, aceptaron veinte onzas de oro cuyo valor conocían perfectamente. Glenarvan quería comprar un caballo más para el patagón, pero éste le dio a entender que no lo necesitaba.

Terminado el contrato, Glenarvan se despidió de sus nuevos *abastecedores*, según la expresión de Paganel, y regresó al campamento en menos de media hora.

Fue saludado a su llegada con entusiastas aclamaciones, que él consideró, correspondían por derecho a los víveres y a las cabalgaduras. Todos comieron con apetito, y Roberto tomó también algún alimento, pues se hallaba ya casi completamente restablecido.

El resto del día se pasó en absoluto reposo. Se habló un poco de todo, de los queridos ausentes del *Duncan*, del capitán John Mangles, de su buena tripulación y de Harry Grant, que tal vez no estaba lejos.

En cuanto a Paganel, no se separaba del indio un solo instante; era la sombra de Thalcave. No se cansaba de ver un verdadero patagón, junto al cual él parecía un enano, un patagón que podía casi rivalizar con el emperador Maximiliano y con aquel negro del Congo visto por el sabio Van der Brock, ambos de 8 pies de estatura. Abrumaba al grave indio con frases españolas, que su interlocutor no contestaba.

El geógrafo estudiaba sin libros, y se le oía articular palabras retumbantes con grandes esfuerzos de la garganta, la lengua y las mandíbulas.

—Si no consigo el acento —decía al Mayor—, no será porque no haga todo lo posible para hacerme con él. ¿Quién me había de decir que llegaría un día en que un patagón sería mi maestro de español?

Capítulo XVI

El río Colorado

A las ocho, de la mañana, del día siguiente, 22 de octubre, Thalcave dio la señal de marcha. Entre los 22 y 42 grados, el suelo argentino se inclina de oeste a este, y por consiguiente los viajeros no tenían más que hacer, que descender hasta llegar al mar por una pendiente suave.

Glenarvan, cuando el patagón rehusó el caballo que le ofrecía, creyó que prefería ir a pie, según tienen algunos guías por costumbre, y en verdad que sus largas piernas debían hacerle muy fácil el camino.

Pero Glenarvan se engañaba.

En el momento de partir, Thalcave silbó de un modo particular, y al momento salió de una espesura próxima, acudiendo al llamamiento de su amo, un magnífico caballo argentino, de soberbia alzada. Aquel animal era de una belleza perfecta. Su color castaño oscuro indicaba que era de gran poder y resistencia, altivo, animoso y veloz; tenía la cabeza ligera y descarnada, las ventanas de la nariz muy abiertas, los ojos ardientes, los corvejones anchos, el crucero bien pronunciado, el pecho alto, las ranillas largas, todas las cualidades, en fin, que constituyen la fuerza y ligereza. El Mayor, muy inteligente en la materia, admiró sin reservas aquel modelo de la raza de las pampas, hallando en él ciertas analogías con el *hunter* inglés. Aquel gallardo animal se llamaba *Thaouka*, que quiere decir pájaro en lengua patagónica, y era muy acreedor a este título.

Apenas Thalcave estuvo montado, su caballo dio un bote. El patagón, consumado jinete, estaba magnífico. Llevaba sujetos al arnés los instrumentos de caza usados en la llanura argentina, las *bolas* y el *lazo*. El primero consiste en tres bolas reunidas por medio

de una correa que se lleva atada a la parte anterior de la silla. El indio, aunque tenga el animal o el enemigo que persigue a cien pasos de distancia, tira las bolas con tal precisión que las arrolla a sus piernas y le derriba. Es, por consiguiente, en sus manos un arma formidable, porque la maneja con una destreza sorprendente. El lazo no abandona como las bolas la mano que lo maneja. Se compone únicamente de dos tiras de cuero trenzadas, cuyo largo no suele exceder de 30 pies, y termina en un nudo corredizo que se desliza por una argolla de hierro. La mano derecha arroja el nudo corredizo, y la izquierda tiene asido el resto de la cuerda, cuya extremidad está sólidamente sujeta a la silla. Una larga carabina, terciada en bandolera, completaba las armas ofensivas del patagón.

Thalcave, sin cuidarse de la admiración que producía con su gracia natural, su continente y su soltura, se puso a la cabeza de los viajeros, cuyos caballos marcharon al galope o al paso, pues el trote les era desconocido. Roberto montaba con valor y seguridad, y Glenarvan se tranquilizó muy pronto respecto de su firmeza para mantenerse en la silla.

La llanura de las pampas empieza al pie mismo de la cordillera. Se puede dividir en tres partes. La primera, desde la cordillera de los Andes, comprende una extensión de 250 millas, cubierta de maleza y arbustos. La segunda, que tiene de ancho 450 millas, está tapizada de una hierba magnífica, y se detiene a 180 millas de Buenos Aires. Desde este punto hasta el mar, el viajero no encuentra más que una serie de inmensas praderas de alfalfa y cardos. Ésta es la tercera parte de las pampas.

Al salir de las gargantas de la cordillera, los viajeros se encontraron con un gran número de dunas de arena llamadas *médanos*, verdaderas olas incesantemente agitadas por el viento cuando no las encadena al suelo las raíces de los vegetales. Esta arena es sumamente fina, y así es que se levanta al menor soplo y forma verdaderas trombas que suben a una altura considerable. Aquel espectáculo causaba a la vez placer e incomodidad, porque si bien no hay nada tan curioso como aquellas mangas que vagan por la llanura, luchando, confundiéndose, derribándose, levantándose en un espantoso desorden, tampoco hay nada más molesto que el impalpable polvo que se desprende de aquellos innumerables torbellinos y penetra en los ojos por más que se cierran los

párpados.



Este fenómeno, sostenido por los vientos del norte, duró una gran parte del día. Los expedicionarios marcharon, sin embargo, rápidamente, de suerte que a las seis de la tarde las cordilleras, a la distancia ya de 40 millas, se presentaban como una mole oscura perdida en la bruma del crepúsculo.

Los viajeros habían andado 38 millas y se sentían bastante fatigados. Con placer vieron llegar la hora de acostarse. Acamparon a orillas del rápido Neuquén, río turbio y de avenidas, encauzado por altas márgenes rojizas. Algunos geógrafos llaman al Neuquén,

Ramid o Comoe, y nace en medio de lagos que únicamente conocen los indios.

La noche y día siguientes no ofrecieron incidente alguno digno de ser reseñado. Se caminaba de prisa y sin dificultades, en un terreno compacto y bajo una temperatura muy soportable. A cosa del mediodía el sol calentó mucho, y a la caída de la tarde se presentó en el horizonte del sudoeste una barrera de nubes, que era un síntoma seguro de variación del tiempo. El patagón no podía equivocarse acerca del particular, y con el dedo indicó al geógrafo la zona occidental del cielo.

—Comprendo —dijo Paganel, y añadió, dirigiéndose a sus compañeros—: El tiempo va a variar, no tardará en soplar el pampero.

Y explicó que el pampero es un viento del sudoeste muy seco, frecuente en las llanuras argentinas. Thalcave no se había engañado. Durante la noche, bastante penosa para gentes que no tenían más abrigo que un simple poncho, el pampero sopló con mucha fuerza. Los caballos se echaron al suelo, y los hombres se tendieron junto a ellos formando un apretado grupo. Glenarvan temía algún grave retraso si el huracán se prolongaba; pero Paganel le tranquilizó después de haber consultado su barómetro.

—Ordinariamente —le dijo— el pampero engendra tempestades de tres días que la bajada del mercurio indica de una manera segura. Pero al contrario, cuando, como ahora, el barómetro sube, toda la tempestad se reduce a unas cuantas horas de furiosas ráfagas. Tranquilizaos, pues, querido amigo; al rayar el alba habrá recobrado el cielo su acostumbrada pureza.

—Habláis como un libro, Paganel —respondió Glenarvan.

—Soy un libro, en efecto —replicó Paganel—, y os dejo que me hojeéis cuanto queráis.

El libro no se engañaba. A la una de la mañana cesó repentinamente el viento, y todos pudieron hallar en el sueño un reposo reparador. Al amanecer, se levantaron ágiles y dispuestos para todo, especialmente Paganel, que hacía chascar sus articulaciones desperezándose como un cachorro.

Era aquel día el 24 de octubre. Diez días habían transcurrido desde que los expedicionarios salieron de Talcahuano. Noventa y tres millas separaban aún a los viajeros del punto en que el río

Colorado corta el paralelo 37, y por consiguiente, para llegar a éste se necesitaban tres días de viaje. Durante aquella travesía del continente americano, *Lord Glenarvan* acechaba con escrupulosa atención la aproximación de los indígenas. Quería interrogarles acerca del capitán Grant por medio de *Thalcave*, con el cual, además, empezaba *Paganel* a entenderse suficientemente. Pero se seguía una línea poco frecuentada por los indios, porque los caminos de las pampas que van de la República Argentina a las cordilleras están situados más al norte. No se encontraban indios errantes ni tribus sedentarias de las que viven sometidas a la autoridad de un cacique. Si acaso aparecía a lo lejos algún jinete nómada, huía rápidamente, no teniendo ningún interés en ponerse en comunicación con desconocidos. Aquel grupo debía parecer sospechoso a cualquiera que se aventurase por la llanura, lo mismo al bandido, cuya prudencia se alarmaba a la vista de ocho hombres bien armados y bien montados, que al viajero honrado que en aquellas comarcas solitarias estaba siempre receloso contra algún malintencionado. Así, pues, había una imposibilidad absoluta de establecer relación alguna con malos ni con buenos. De lamentar era no encontrarse delante de una cuadrilla de *rastreadores*^[24], aunque con ellos la conversación tuviese que empezar a tiros.

Sin embargo, si bien *Glenarvan*, por interés de sus investigaciones, tenía motivos para quejarse de la falta de indios, sobrevino un incidente que justificó mucho la interpretación dada al documento.

La ruta seguida por la expedición cortó varios senderos de la pampa, entre otros uno muy importante, el del Carmen a Mendoza, fácil de reconocer por las osamentas de animales domésticos, mulos, caballos, carneros y bueyes, destrozados por el pico y las garras de las aves de rapiña y blanqueadas por la acción de la atmósfera. Había millares de ellos y sin duda más de un carcomido esqueleto humano confundía su polvo con el de los más humildes animales.



Hasta entonces Thalcave no había hecho ninguna observación respecto de la ruta rigurosamente seguida. Comprendía, sin embargo, que no siendo ninguna de las conocidas en las pampas, no le conduciría a ciudades ni aldeas, ni a los establecimientos de las provincias argentinas. Todas las mañanas se avanzaba hacia levante, sin separarse de la línea recta, y todas las tardes el sol poniente se encontraba en la extremidad opuesta de esta línea. En su calidad de guía, Thalcave debía extrañar que no sólo no era él quien guiaba, sino que era guiado. Con todo, en medio de su asombro, se condujo con la reserva característica de los indios, y no hizo la menor observación respecto de los simples senderos desdeñados hasta entonces. Pero al llegar a la expresada vía de comunicación, detuvo su caballo y se volvió a Paganel.

—El camino del Carmen —dijo.

—Lo sé, bravo patagón —respondió el geógrafo, en su español más puro—, el camino del Carmen a Mendoza.

—¿No lo tomamos? —repuso Thalcave.

—No —respondió Paganel.

—Y ¿a dónde vamos?

—Siempre al este.

—Eso no es ir a ninguna parte.

—¿Quién sabe?

Thalcave calló y miró al sabio con profunda sorpresa. Sin embargo, no podía creer que se chanceara el geógrafo. Un indio, siempre grave, no concibe que se pueda hablar nunca en broma.

—¿No vais, pues, al Carmen? —añadió después de un instante de silencio.

—No —respondió Paganel.

—¿Ni a Mendoza?

—Tampoco.

En aquel momento Glenarvan, reuniéndose a Paganel, preguntó a éste lo que decía Thalcave, y por qué se había parado.

—Me ha preguntado si íbamos al Carmen o a Mendoza —respondió Paganel—, y le ha causado extrañeza mi respuesta negativa a su doble pregunta.

—Nuestra ruta debe necesariamente parecerle muy extraña —dijo Glenarvan.

—Ya lo creo. Dice que no vamos a ninguna parte.

—Pues bien, Paganel, ¿no podríais vos explicarle el objeto de nuestra expedición, y el interés que tenemos en dirigirnos siempre hacia el este?

—Muy difícil será —respondió Paganel—, porque un indio no entiende una palabra de grados terrestres, y la historia del documento será para él una historia fantástica.

—¿Pero —dijo con seriedad el Mayor— será la historia lo que él no comprenda o será al historiador?

—¡Ah, Mac Nabbs! —replicó Paganel. ¡Veo que aún dudáis de mi español!

—Pues bien, probad, mi digno amigo.

—Probemos, nada se pierde.

Paganel se dirigió al patagón y empezó un discurso frecuentemente interrumpido por falta de vocablos, y por la dificultad de traducir ciertas particularidades y de explicar a un salvaje medio ignorante pormenores muy poco comprensibles para él. El sabio era digno de verse. Gesticulaba, articulaba, hacía mil contorsiones, y caían gotas de sudor de su frente a su pecho como una cascada. Cuando no bastaba la lengua, el brazo procuraba ayudarle. Paganel se apeó y trazó en la arena una carta geográfica

en que se cruzaban latitudes y longitudes, en que figuraban los dos océanos y en que se prolongaba el camino del Carmen. Nunca profesor alguno se había visto tan apurado.

Thalcave lo miraba todo tranquilamente, sin dejar traslucir si comprendía o no algo.

La lección del geógrafo duró más de media hora. Después calló, se limpió el rostro inundado de sudor, y miró al patagón.

—¿Qué, comprende? —preguntó Glenarvan.

—Veremos —respondió Paganel—, pero si no ha comprendido, renuncio a hacerme comprender.

Thalcave no se movía, ni hablaba. Sus miradas permanecían fijas en las líneas trazadas en la arena, que el viento borraba poco a poco.

—¿Y bien? —le preguntó Paganel.

No pareció que Thalcave le oyese. Paganel veía ya asomar a los labios del Mayor una sonrisa irónica, y queriendo defender su honor, iba a empezar con nuevas energías sus demostraciones geográficas, cuando el patagón le detuvo con un gesto.

—¿Buscáis un prisionero? —preguntó.

—Sí —respondió Paganel.

—¿Y precisamente en esta línea comprendida entre el sol que se pone y el sol que nace? —añadió Thalcave, precisando con una comparación al estilo indio la ruta del oeste al este.

—Sí, sí, eso es.

—¿Y es vuestro Dios —dijo el patagón— quien ha confiado a las olas del mar los secretos del prisionero?

—Dios mismo.

—¡Que su voluntad se cumpla, pues! —respondió Thalcave con cierta solemnidad. Marchemos hacia el este, y si es preciso, hasta llegar al sol.

Paganel, triunfante en la persona de su discípulo tradujo inmediatamente a sus compañeros las respuestas del indio.

—¡Qué raza tan inteligente! —añadió. De veinte campesinos de mi país, diecinueve no hubieran comprendido una palabra de mis explicaciones.

Glenarvan suplicó a Paganel que preguntase al patagón si había oído decir que hubiesen caído algunos extranjeros en manos de los indios de las pampas.

Paganel hizo la pregunta a Thalcave y aguardó la respuesta.

—Tal vez —respondió el patagón.

Apenas Paganel tradujo esta respuesta de Thalcave, los siete viajeros rodearon a éste, y todos le interrogaron ansiosamente con la mirada.

Paganel, conmovido y casi sin encontrar palabras, prosiguió el interesante interrogatorio, procurando con sus miradas, fijas en el grave indio, sorprender su respuesta antes que saliese de sus labios.

Repetía en inglés uno tras otro todos los vocablos españoles del patagón, de suerte que sus compañeros le oían hablar, por decirlo así, en su idioma patrio.

—¿Quién era ese prisionero? —preguntó Paganel.

—Un extranjero —respondió Thalcave. Un europeo.

—¿Le habéis visto?

—No, pero han hablado de él los indios, ¡era un valiente! ¡Tenía un corazón de toro!

—¡Un corazón de toro! —dijo Paganel. ¡Ah! ¡Magnífica lengua patagóna! ¿Comprendéis, amigos? ¡Era un valiente!

—¡Era mi padre! —exclamó Roberto Grant.

Y dirigiéndose en seguida a Paganel, le preguntó cómo se decía esta frase en español. El profesor se lo dijo, y entonces Roberto cogió las manos de Thalcave, y le dijo con voz dulce:

—¡Es mi padre!

—¡Su padre! —respondió el patagón, cuyos ojos brillaron súbitamente.

Cogió al niño en sus brazos, lo sacó de la silla y le contempló con la más curiosa simpatía. Una emoción pacífica se reflejó en su semblante inteligente.

Pero Paganel no había terminado aún su interrogatorio. ¿Dónde estaba, qué hacía aquel prisionero? ¿Cuándo había oído hablar de él Thalcave? Todas estas preguntas se acumulaban a la vez en su mente.

Por las respuestas del indio, que no se hicieron esperar, supo que el europeo era esclavo de una de las tribus indias que recorren el país entre el río Colorado y el río Negro.

—¿Pero dónde se hallaba últimamente? —preguntó Paganel.

—Bajo el poder del cacique Calfucura —respondió Thalcave.

—¿En la línea que hemos seguido hasta ahora? —Sí.

—¿Y quién es ese cacique?

—¡El jefe de los indios poyuches; un hombre de dos lenguas y de dos corazones!

—Es decir, falso en las palabras y en las acciones —dijo Paganel, después de traducir a sus compañeros esta bella imagen de la lengua patagónica.

—¿Y podremos rescatar a nuestro amigo? —añadió.

—Tal vez, si se halla aún en manos de los indios.

—¿Y cuándo habéis oído hablar de él?

—Hace ya mucho tiempo y desde entonces el sol ha traído dos veranos al cielo de las pampas.

La alegría de Glenarvan era indescriptible. Esta respuesta concordaba exactamente con la fecha del documento. Pero quedaba que hacer aún una pregunta a Thalcave. Paganel la formuló al momento.

—Habláis de un prisionero —dijo—, ¿no había tres?

—No lo sé —respondió Thalcave.

—¿Y nada sabéis acerca de su actual situación?

—Nada.

Esta última palabra puso fin a la conversación. Era posible que los tres prisioneros se hallasen separados desde mucho tiempo. Pero de los datos suministrados por el patagón resultaba que los indios hacían mención de un europeo que se hallaba en su poder. La fecha de su cautiverio, el punto mismo en que debía encontrarse, todo, hasta la frase patagónica empleada para expresar su valor, se refería evidentemente al capitán Harry Grant.

Al día siguiente, 25 de octubre, los viajeros emprendieron de nuevo la marcha hacia el este con multiplicado ardor. La llanura, siempre triste y monótona, formaba uno de esos espacios interminables que en el país se llaman *travesías*. El terreno arcilloso, entregado a la acción de los vientos, era perfectamente horizontal, sin una piedra, sin un guijarro, no siendo en algunos barrancos áridos y secos o en las márgenes de pantanos artificiales abiertos por las manos de los indios. A trechos muy dilatados aparecían selvas bajas y oscuras en que descollaban algunos Algarrobos blancos, cuyas vainas contienen una pulpa azucarada, agradable y refrescante, y algunos grupos de terebintos, juncos, retamas silvestres y arbustos espinosos, cuya falta de lozanía demostraba la

esterilidad de la tierra.

La jornada del 26 fue penosa. Se trataba de llegar al río Colorado, y en efecto, los caballos, hostigados incesantemente, apretaron tanto el paso, que aquella misma tarde alcanzaron el magnífico río de las regiones de las pampas, a los 69° 45' de longitud. Su nombre indio, *Cobu Leubu*, significa gran río. El Cobu Leubu, después de un largo rodeo, desagua en el Atlántico, produciéndose en su desembocadura una particularidad curiosa. Sea efecto de filtración o de evaporación, el volumen de sus aguas disminuye a medida que se acerca al mar, y la causa de este fenómeno no se ha determinado aún completamente.



El primer cuidado de Paganel al llegar al Colorado, fue bañarse

geográficamente en sus aguas teñidas por una arcilla rojiza. Le sorprendió su profundidad, exclusivamente debida a la licuación de las nieves por los primeros calores del verano. Además, la anchura del río era tal, que los caballos no pudieron atravesarlo a nado. Afortunadamente, subiendo río arriba a algunos centenares de toesas, se encontró un puente de cáñamo, sostenido por correas de cuero, que era un puente colgante a la manera india, y la caravana pudo acampar en la orilla izquierda.

Paganel, antes de entregarse al sueño, quiso determinar con exactitud la posición del Colorado, y lo dibujó cuidadosamente en su mapa, sintiendo no poder hacer otro tanto con el Yarú-Dzangho-Tchú, que corría lejos de él, en las montañas del Tíbet.

En los dos siguientes días, el 27 y el 28 de octubre, el viaje no ofreció notables incidencias. La misma monotonía y la misma esterilidad del terreno. Era imposible un paisaje menos variado, un panorama más insignificante. El suelo, sin embargo, era cada vez más húmedo. Hubo que pasar *cañadas* y *esteros*, lagunas permanentes cubiertas de hierbas acuáticas. Al anochecer se detuvieron los caballos a orillas de un espacioso lago, cuyas aguas muy mineralizadas le han valido, tal vez, el nombre de *Ure lanquem*, lago amargo, que le han dado los indios. Este lago fue testigo en 1862 de las crueles represalias de las tropas argentinas. La caravana acampó como de costumbre, y la noche hubiera sido tranquila, sin la presencia de los monos, titíes y perros salvajes, que, sin duda en honor de los viajeros, pero con gran molestia para su aparato acústico, ejecutaron una sinfonía natural que no hubiera desaprobado un compositor del porvenir.

Capítulo XVII

Las pampas

Las pampas argentinas se extienden desde el 34 al 40° de latitud austral. La palabra pampa se aplica muy justamente a esta región porque es un vocablo de origen araucano, que significa llanura de hierbas. Le dan un singular aspecto las mimosas arborescentes de su parte occidental, y las sustanciosas hierbas de su parte oriental. Esta vegetación está arraigada en una capa de tierra de aluvión que cubre la arenosa arcilla, amarilla o roja. Si el geólogo inspeccionase estos terrenos de la época terciaria, encontraría riquezas abundantes. Allí yacen infinidad de osamentas antediluvianas que atribuyen los indios a extinguidas razas de grandes armadillos, quedando sepultada bajo aquel polvo la historia primitiva de aquellas comarcas.

Las pampas americanas son una especialidad geográfica, como las sabanas de los Grandes Lagos o las estepas de Siberia. Su clima, siendo más continental que el de la provincia de Buenos Aires, es más extremado en sus calores y en sus fríos, lo que es debido, según la explicación de Paganel, a que el calor del verano, almacenado en el océano que lo absorbe, es restituido lentamente por éste durante el invierno, por cuya razón las islas gozan de una temperatura más uniforme que el interior de los continentes. Así es que el clima de las pampas occidentales carece de la igualdad que presenta en las costas, gracias a la proximidad del Atlántico. Está sometido a excesos repentinos y a modificaciones rápidas que hacen saltar incesantemente de un grado a otro las columnas termométricas. Allí en otoño, es decir, en abril y mayo, las lluvias son frecuentes y tempestuosas. Pero en la época del año en que atravesaban las pampas Glenarvan y sus compañeros, el tiempo era muy seco y la temperatura muy elevada.

Determinada la ruta que habían de seguir, partieron los expedicionarios al rayar el alba. El terreno, contenido por los arbolillos y arbustos, ofrecía una consistencia suficiente, no encontrando, ya, dunas ni la arena con que se forman, ni por consiguiente tampoco el polvo que el viento suspende en la atmósfera.



Los caballos marchaban a buen paso entre la *paja brava*, que es la hierba por excelencia de las pampas, y sirve de abrigo a los indios durante las tempestades. A grandes distancias, cada vez mayores, en algunos terrenos bajos y húmedos, brotaban sauces y cierta planta, el *gygneirum argenteum*, que se cría en las inmediaciones de las aguas dulces. Allí los caballos se aprovechaban de la ocasión, bebiendo tan copiosamente como si quisieran apagar no sólo la sed actual, sino también la sed venidera. Thalcave iba delante, batiendo la maleza para espantar las *cholin*as, víboras de la especie más peligrosa, a cuya mordedura ningún animal sobrevive más de una hora. El ágil *Thaouka* saltaba las matas y ayudaba a su amo a abrir paso a los caballos que le seguían.

En aquellas llanuras compactas y bien niveladas se andaba con

facilidad y rapidez. No se producía en la naturaleza de la pradera modificación alguna, no habiendo en 100 millas a la redonda ni una piedra, ni un guijarro. Imposible sería encontrar otra monotonía semejante y tan obstinadamente prolongada. No había ni sombra de paisajes, de incidentes, de sorpresas naturales. Era preciso para interesarse en los pormenores del camino, ser un Paganel, uno de esos sabios entusiastas que ven siempre algo donde los demás no ven nada.

¿Y él qué veía? Ni él mismo hubiera podido decirlo. Todo lo más una mata, un tallo de hierba y le bastaba para sacar a relucir su inagotable facundia, y dar lecciones a Roberto que le escuchaba con agrado.

Durante la jornada del 29 de octubre, la llanura se desenvolvió delante de los viajeros con su uniformidad infinita. A cosa de las dos, pisaron los cascos de los caballos osamentas innumerables de bueyes, amontonadas y blanqueadas. Aquellos despojos no formaban una línea tortuosa como la que dejan a su paso los animales extenuados que caen uno tras el otro en el camino. Así es que nadie podía explicarse aquella reunión de esqueletos en un espacio relativamente limitado, ni el mismo Paganel, por más que se devanaba los sesos. Recurrió a Thal cave, el cual le respondió sin dificultad alguna.

Un *¡imposible!* del sabio y un ademán muy afirmativo del patagón excitaron la curiosidad de sus compañeros.

—¿A qué atribuye este osario? —preguntaron.

—Al fuego del cielo —respondió el geógrafo.

—¡Cómo! ¿Puede un rayo haber producido tan gran desastre? —dijo Tom Austin. ¿Puede haber exterminado un rebaño de quinientas cabezas?

—Thal cave lo asegura, y debe de ser cierto. Yo, por mi parte, lo creo a pies juntillas, porque sé que por su violencia, las tempestades de las pampas son infinitamente más terribles que las de las demás regiones del globo. ¡Ojalá no tengamos nosotros que experimentarlas!

—Mucho calor hace —dijo Wilson.

—El termómetro —respondió Paganel— debe señalar treinta grados a la sombra.

—No me extrañaría —dijo Glenarvan—, porque me siento

cargado de electricidad. No creo que esta temperatura se sostenga.

—Pues yo —dijo Paganel— opino lo contrario, y me fundo en que no empaña el horizonte ni la más ligera nube.

—Tanto peor —respondió Glenarvan—, porque nuestros caballos están cansados. Y tú, muchacho, ¿no sientes demasiado calor? —añadió, dirigiéndose a Roberto.

—No, Milord —respondió el joven—; el calor me gusta; es una cosa muy buena.

—Sobre todo en invierno —hizo observar juiciosamente el Mayor, echando al aire una bocanada de humo de su cigarro.

A la caída de la tarde se detuvieron los viajeros cerca de un rancho abandonado, que consistía en una cabaña de ramas entrelazadas, cubiertas de bálago y consolidadas con barro. Esta cabaña estaba cerca de un estacada, que si bien medio podrida, era, sin embargo, suficiente para poner a los caballos fuera del alcance de las zorras, las cuales, durante la noche no atacan a los caballos directamente, pero roen los ronzales con que se les sujeta, y ellos al verse sueltos, aprovechan la ocasión para escaparse.



A algunos pasos del rancho había un hoyo abierto que servía de

hornillo y contenía frías cenizas. Dentro de la cabaña se encontró una mala cama de cuero de buey, una marmita, un asador y una vasija para cocer el mate. El mate es una bebida fuerte, muy usada en América del Sur; es el té de los indios. Consiste en una infusión de hojas secadas a la lumbre y se sorbe, como las bebidas americanas, por medio de un tubo de paja. A petición de Paganel, preparó Thalcave algunas tazas de aquel brebaje, que supo a todos muy bien, y dio cierto realce a la habitual comida.

El sol del día 30 de octubre apareció envuelto en un celaje ardiente, y lanzó a torrentes sus rayos más abrasadores. Se preparaba para aquella jornada una temperatura excesiva, y por desgracia la llanura no ofrecía ningún abrigo. Se emprendió, sin embargo, resueltamente la ruta del este. Se encontraron con alguna frecuencia inmensos rebaños, que abrumados por el calor, ni fuerza tenían para pastar y permanecían perezosamente echados. No se veía pastor alguno, estando todas aquellas aglomeraciones de vacas, toros y bueyes bajo la custodia de algunos perros acostumbrados a mamar de las ovejas, cuando la sed les acosa. Aquellos toros son de índole apacible, y no tienen la aversión instintiva al color rojo que distingue a sus congéneres europeos.

—¡Eso consiste sin duda en que pacen la hierba de una república! —dijo Paganel, muy satisfecho de su chiste, tal vez demasiado francés.

Cerca del mediodía se presentaron en las pampas algunas variaciones de escenario que no podían pasar inadvertidos a los que estaban cansados de su monotonía. Los gramíneas empezaron a ser más raras. Dejaron sitio a las delgadas bardanas y a gigantescos cardos de 9 pies de altura que hubieran sido la dicha de todos los asnos de la Tierra. Algunos escuálidos espinos de un verde oscuro, plantas características de los terrenos secos, brotaban pobremente en algunos puntos. Hasta entonces la humedad retenida por la arcilla había permitido a los pastos cubrir la pradera y formar una mullida alfombra, que era un verdadero lujo de vegetación, pero luego la hierba, impotente y débil, dejaba ver la tierra a trechos, y revelaba la miseria del suelo, como los harapos que no bastan para cubrir la carne del mendigo.

Thalcave hizo observar los síntomas de aquella sequedad creciente.

—No me disgusta esta variación de paisaje —dijo Tom Austin—; empezaba ya a fastidiarme tanta hierba, tanta hierba.

—Sí —respondió el Mayor—, pero mientras hay hierba hay agua.

—Agua por ahora no nos falta —dijo Wilson—, y algún río encontraremos en el camino.

Si Paganel hubiera oído semejante respuesta, no hubiera dejado de decir que los ríos son raros entre el Colorado y las sierras de la provincia argentina; pero en aquel momento explicaba a Glenarvan un hecho sobre el cual éste acababa de llamar su atención.

Hacía algún tiempo que la atmósfera estaba impregnada de un olor como de humo, y sin embargo no aparecía visible ningún fuego en el horizonte, ni la menor humareda revelaba un incendio, más o menos lejano. No se podía, pues, atribuir aquel fenómeno a una causa natural. Muy pronto llegó a ser tan fuerte aquel olor de hierba quemada, que causó sorpresa a todos, menos a Paganel y Thalcave. El geógrafo, que no se sentía nunca apurado para explicar un hecho, dio a sus amigos la siguiente respuesta:

—No vemos el fuego —dijo—, y, sin embargo, olemos el humo. Pero es el caso que no hay humo sin fuego, según dice el refrán, y este refrán es tan verdadero en América como en Europa. Hay, pues, fuego en alguna parte. Como las pampas están tan poco accidentadas, que no hay obstáculo alguno que se oponga a la circulación de las corrientes atmosféricas, se percibe con frecuencia el olor de las hierbas que se queman a una distancia de setenta y cinco millas.

—¿Setenta y cinco millas? —replicó el Mayor, que no parecía estar muy convencido.

—Sí —afirmó Paganel. Pero añadido que esos incendios se propagan en gran escala y llegan a tomar proporciones formidables.

—¿Quién prende fuego a las praderas? —preguntó Roberto.

—Algunas veces el rayo, cuando la hierba está agostada por los calores, y algunas veces también la mano de los indios.

—¿Con qué objeto?

—Creo, no sé si con fundamento o sin él, que las gramíneas brotan mejor en las pampas, después de un incendio. Éste, además, puede ser un medio de vivificar el suelo por la acción de las cenizas. Mas yo creo que estos incendios tienen principalmente por objeto

destruir miríadas de garrapatas, insectos parásitos que molestan mucho al ganado.

—Pero ése es un medio enérgico —dijo el Mayor— que debe costar la vida a algunas de las bestias que vagan por la llanura.

—Algunas se pierden; ¡pero hay tantas!

—No reclamo por ellas, ni me hago su abogado —respondió Mac Nabbs—; allá se las compongan. Pero, ¿y los viajeros que atraviesan las pampas? ¿No puede ocurrir que sean sorprendidos y queden envueltos en las llamas?

—Sin duda —exclamó Paganel, con visible satisfacción—; lo que decís sucede algunas veces, y por mi parte, no sentiría presenciar ese espectáculo.

—¡Oh, venerable sabio! —exclamó Glenarvan. Lleváis vuestro amor a la ciencia al extremo de haceros quemar vivo por ella.

—No tal, querido Glenarvan; pero he leído a Cooper, y *Media de Cuero* me ha enseñado la manera de detener el fuego, arrancando la hierba alrededor de sí, en un radio de muchas toesas. No hay nada más sencillo, y no temo, por lo mismo, la aproximación de un incendio y hasta lo deseo.

Pero los deseos de Paganel no se realizaron, y si quedó aquel día medio asado, lo debió únicamente al calor de los rayos del sol, que estaban despidiendo fuego. Los caballos jadeaban bajo la influencia de aquella temperatura tropical. No había que esperar más sombra que la que procediese de alguna ligera nube que pasase por delante del inflamado disco. Cuando esto sucedía, la sombra corría por la llanura, empujada por los vientos del oeste, y los jinetes procuraban mantenerse en ella, hasta que los caballos, fatigados, se quedaban atrás, y el astro del día bañaba de nuevo con una lluvia de fuego el terreno calcinado de las pampas.

Cuando Wilson dijo que no faltaría provisión de agua, pues todos llevaban la suficiente para ir tirando, no contaba con la sed inextinguible que devoró a sus compañeros durante aquella jornada, y cuando añadió que encontrarían algún riachuelo en el camino, no sabía lo que decía. En efecto, no sólo faltaban los ríos, porque la planicie del terreno no les ofrecía ningún lecho favorable, sino que hallaban cegados los pantanos artificiales, abiertos por los indios. Viendo que de milla en milla se multiplicaban los síntomas de sequedad, Paganel hizo algunas observaciones a Thalcave, y le

preguntó dónde esperaba encontrar agua.

—En el lago Salinas —respondió el indio.

—¿Y cuándo llegaremos a él?

—Mañana por la tarde.

Los argentinos, cuando viajan por las pampas, abren ordinariamente pozos, y encuentran agua a la profundidad de algunas toesas. Pero los viajeros, careciendo de las herramientas necesarias, no tenían este recurso. Fue, pues, preciso ponerse a ración, y si bien nadie sufría una sed insoportable, nadie tampoco la pudo apagar completamente.

Al anochecer se hizo alto, después de una marcha de 30 millas. Todos contaban con una buena noche para descansar de las fatigas del día, y precisamente pasaron la peor noche de todas, envueltos en una nube impertinente de mosquitos y otros cínifes. Su presencia anunciaba una variación del viento, y, en efecto, el viento pasó a otro cuadrante y saltó al norte. Con los vientos del sur o del sudoeste los molestos mosquitos desaparecen generalmente.

Paganel no era como el Mayor, que conservaba su calma en medio de las pequeñas miserias de la vida. Paganel se indignaba contra los reveses de la suerte. Dio al diablo todos los mosquitos habidos y por haber, y echó muy de menos el agua acidulada con que hubiera mitigado el escozor de sus picaduras. Por más que el Mayor procuró consolarle diciéndole que debía considerarse feliz por no tener que habérselas más que con dos especies de insectos de las tres mil que cuentan los naturalistas, se levantó con un humor de perros.

No se hizo, sin embargo, rogar para emprender la marcha al rayar el alba, pues se quería llegar aquel mismo día a Salinas. Los caballos estaban rendidos y muertos de sed, y aunque los viajeros les sacrificaron una parte de su ración de agua, la que les podían dar era muy insuficiente. La sequedad era mayor aún, y el calor no menos intolerable bajo el soplo del norte, que es el simún de las pampas y levanta nubes de polvo.

Durante aquella jornada, la monotonía del viaje fue momentáneamente interrumpida. Mulrady, que caminaba delante, retrocedió para decir a sus compañeros que se aproximaba una partida de indios. Aquel encuentro fue apreciado de distintas maneras. Glenarvan pensó en los datos que aquellos indígenas

podrían suministrarle acerca de los naufragos de la *Britannia*. A Thalcave no le agradó mucho tropezar en el camino con los indios nómadas de la pradera, a quienes trataba siempre de evitar por considerarles merodeadores y ladrones. Siguiendo sus instrucciones, los expedicionarios formaron un grupo compacto y prepararon sus armas. Era preciso estar muy prevenidos para lo que pudiera ocurrir.

Pronto divisaron todos el destacamento indio, que se componía únicamente de diez indígenas, lo que tranquilizó al patagón. Los indios se colocaron a unos cien pasos de distancia, pudiéndoles examinar muy fácilmente. Pertenecían todos a la raza pampera que barrió completamente, en 1833, el general Rosas. Su frente alta y combada, su elevada estatura, su color aceitunado, les hacían verdaderos tipos de la raza india. Iban vestidos con pieles de guanaco o de mofetas, y llevaban, además de una lanza, que tenía veinte pies de longitud, cuchillos, hondas, bolas y lazos. Manejaban el caballo con toda la destreza de los mejores jinetes.

Se detuvieron a cien pasos y al parecer conferenciaron, gritando y gesticulando. Glenarvan se adelantó hacia ellos, pero apenas anduvo unos cuantos pasos, echaron a correr dando media vuelta, y desaparecieron con una velocidad increíble. Los caballos de los viajeros estaban demasiado cansados para seguirles la pista.



—¡Cobardes! —exclamó Paganel.

—Huyen demasiado pronto para ser gentes honradas —dijo Mac Nabbs.

—¿Qué indios son éstos? —preguntó Paganel a Thalcave.

—Gauchos —respondió el patagón.

—Gauchos —repitió Paganel, volviéndose a sus compañeros. No temamos necesidad de tomar tantas precauciones. Nada había que temer.

—¿Por qué? —dijo el Mayor.

—Porque los gauchos son campesinos inofensivos.

—¿Lo creéis así, Paganel?

—Es indudable. Éstos nos han tomado por ladrones y han huido.

—Pues yo creo —respondió Glenarvan, muy contrariado por no haber podido comunicarse con aquellos indígenas, quienes quiera

que fuesen—, que han tenido miedo y no se han atrevido a atacarnos.

—Soy de la misma opinión —dijo el Mayor—, porque, si no me engaño, los gauchos, lejos de ser inofensivos, son ni más ni menos que unos bandoleros.

—¿De dónde habéis sacado eso? —exclamó Paganel.

Y empezó a discutir con calor aquella tesis etnológica, tanto que llegó a sacar al Mayor de su estado de cachaza habitual, y le arrancó esta respuesta impropia de Mac Nabbs en todas las discusiones:

—Creo que andáis equivocado, Paganel.

—¿Equivocado? —replicó el sabio.

—Sí. El mismo Thalcave, que sabe a que atenerse, ha tomado a esos indios por malhechores.

—Pues Thalcave ha estado en un error —respondió Paganel con cierta displicencia. Los gauchos son agricultores, pastores y nada más, y así lo hice constar yo mismo en una Memoria que publiqué sobre los indígenas de las pampas, que fue muy bien recibida del público.

—Pues en vuestra Memoria habéis dejado consignado un error, *Monsieur* Paganel.

—¿Un error, *Monsieur* Mac Nabbs?

—Por distracción, sin duda —replicó el Mayor con insistencia—, pero podréis subsanarlo en la fe de erratas de vuestra próxima edición.

Paganel, muy herido en su amor propio al oír discutir sus conocimientos geográficos y hasta chancearse con ellos, empezó a salirse de sus casillas.

—Sabed, *Monsieur* Mac Nabbs —dijo—, que mis libros no tienen necesidad de una fe de erratas de esa especie.

—En esta ocasión la tienen —respondió Mac Nabbs, que se obstinaba a su vez.

—¡Estáis hoy muy pendenciero! —replicó Paganel.

—¡Y vos muy áspero! —contestó el Mayor.

La discusión, como se ve, tomaba un mal giro inesperado, no obstante versar sobre una bagatela, y Glenarvan juzgó conveniente intervenir.

—Indudablemente —dijo— hay algo de espíritu de

contradicción en el uno y de excesiva susceptibilidad en el otro, lo que extraña mucho en los dos.

El patagón, sin comprender de qué se trataba, había adivinado fácilmente que los dos amigos disputaban. Se sonrió, y dijo tranquilamente:

—Eso es efecto del viento norte.

—¡El viento norte! —exclamó Paganel. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—Mucho —respondió Glenarvan—; el viento norte es quien os pone de tan mal humor. He oído decir que exalta mucho el sistema nervioso en el sur de América.

—¡Por san Patricio! ¡Tenéis razón, Edward! —dijo el Mayor, y soltó una carcajada.

Pero Paganel, verdaderamente encolerizado, no quiso abandonar la discusión, y se volvió contra Glenarvan, cuya intervención no le hizo gracia.

—¿De veras, Milord, tengo exaltado el sistema nervioso?

—Sí, Paganel; por el viento norte, que hace cometer muchos crímenes en las pampas, como la tramontana en la campiña de Roma.

—¡Crímenes! —repitió el sabio. ¿Tengo yo la facha de un facineroso que quiere cometer crímenes?

—No digo eso precisamente.

—Decid de una vez que quiero asesinaros.

—Mucho lo temo —respondió Glenarvan sin poder contener la risa. Afortunadamente, el viento del norte no dura más que un día.

Todos aplaudieron la respuesta de Glenarvan, por lo que Paganel picó con ambas espuelas su caballo y se fue delante de todos para desahogar solo su mal humor. Un cuarto de hora después, no se acordaba ya de nada.

El buen carácter del sabio sufrió una alteración instantánea, pero debida, como había dicho muy bien Glenarvan, a una causa enteramente exterior.

A las ocho de la noche, Thalcave, que se había adelantado algo para explorar el terreno, distinguió las orillas del deseado lago. Un cuarto de hora después, la comitiva se apeaba en las márgenes del Salinas. Pero allí les aguardaba un desengaño horrible. El lago estaba seco.

Capítulo XVIII

En busca de agua

El lago Salinas es el punto de intersección y depósito general de las innumerables lagunas que provienen de las sierras Ventana y Guamini. En otras ocasiones hacían en él provisión de sal muchas expediciones procedentes de Buenos Aires, porque sus aguas contienen una cantidad considerable de cloruro sódico; pero a la llegada de Glenarvan y sus compañeros, el agua, volatilizada por un calor abrasador, había depositado toda la sal que contenía en suspensión y el lago no formaba más que un inmenso espejo resplandeciente.

Cuando Thalcave anunció la presencia de un líquido potable en el lago Salinas, no se refería precisamente al lago, sino a los ríos de agua dulce que en él se precipitaban. Pero en aquel momento estaban secos, lo mismo que él, todos sus afluentes. El ardiente sol había bebido toda su agua. La consternación fue general, cuando llegó la comitiva a las reseca márgenes del Salinas.

Preciso era tomar un partido. La poca agua que contenían los odres estaba medio corrompida, y no podía apagar la sed. Ésta empezaba a hacerse sentir intensamente. La sed es una necesidad tan imperiosa que hace olvidar el hambre y la fatiga. Una *ruca*, especie de tienda de cuero levantada en el barranco y abandonada de los indígenas, sirvió de guarida a los viajeros extenuados, en tanto que los caballos, tendidos en las cenagosas márgenes del lago, comían con repugnancia las plantas acuáticas y las cañas secas.

Cuando todos se hubieron colocado en la *ruca*, Paganel quiso que le dijese Thalcave lo que en su opinión debía hacerse. Entre el geógrafo y el indio se entabló una conversación de la que Glenarvan cogió al vuelo algunas palabras. Thalcave hablaba con calma. Paganel gesticulaba por dos. El diálogo duró algunos minutos y el

patagón se cruzó de brazos.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Glenarvan. Creo haber comprendido que aconseja que nos dividamos.

—Sí, en dos grupos —respondió Paganel. Los que montan caballos rendidos de fatiga y de sed, que apenas puedan dar un paso, continuarán como puedan, siguiendo siempre la dirección del paralelo 37. Los mejor montados les precederán en la misma línea e irán a reconocer el río Guamini, que desemboca a treinta y una millas de aquí, en el lago de San Lucas. Si allí encuentran agua suficiente, aguardarán a sus compañeros en las márgenes del Guamini. Si no la encuentran, retrocederán para salirles al paso y ahorrarles un viaje inútil.

—¿Y entonces? —preguntó Tom Austin.

—Entonces tendremos que descender setenta y cinco millas al sur, hasta llegar a las primeras ramificaciones de la sierra Ventana, donde los ríos son numerosos.

—El consejo es bueno —respondió Glenarvan—, y vamos a ponerlo en práctica cuanto antes. Mi caballo no se halla aún muy afectado por la falta de agua, y me ofrezco a acompañar a Thalcave.

—¡Oh! ¡Milord, llevadme! —dijo Roberto, como si se hubiera tratado de participar en una divertida jira campestre.

—Pero, ¿podrás seguirnos, hijo mío?

—¡Sí! Tengo un buen caballo que no desea más que andar. ¡Llevadme, Milord! ¡Os lo suplico!

—Ven, pues, Roberto —dijo Glenarvan, que deseaba no separarse de él—. Muy torpes seremos —añadió— si entre los tres no descubrimos algún manantial de agua cristalina y fresca.

—¿Y yo? —preguntó Paganel.

—¡Oh! Vos, querido Paganel —respondió el Mayor—, os quedaréis en el grupo de reserva. Conocéis demasiado bien el paralelo treinta y siete y el río Guamini, y todas las pampas, para abandonarnos. Ni Mulrady, ni Wilson, ni yo sabríamos encontrar a Thalcave en el punto en que nos cita, al paso que marcharemos con toda confianza en pos de la bandera del buen Santiago Paganel.

—Me resigno —respondió el geógrafo, muy satisfecho del mando superior que se le confería.

—¡Pero no más distracciones! —añadió el Mayor. ¡No vayáis a conducirnos a donde nada tengamos que hacer; no nos llevéis, por

ejemplo, a las costas del océano Pacífico!

—Bien lo mereceríais, insoportable Mayor —respondió Paganel, riendo—. Ahora, decidme, querido Glenarvan. ¿Cómo comprenderéis el lenguaje de Thalcave?

—Supongo —respondió Glenarvan— que el patagón y yo no tendremos necesidad de hablarnos. Además, con algunas palabras españolas que poseo, llegaré, si apremian las circunstancias, a expresarle mi pensamiento y a comprender el suyo.

—Marchad, pues, mi digno amigo —respondió Paganel.

—Cenemos antes —dijo Glenarvan—, y durmamos, si podemos, hasta la hora de partir.

Se cenó sin beber, lo que pareció poco refrigerante, y se durmió, a falta de otra cosa. Paganel soñó torrentes, ríos, cascadas, fuentes, estanques, arroyos, hasta botellas llenas, en una palabra, todo cuanto suele contener agua potable. Su sueño fue una verdadera pesadilla.

A las seis de la mañana del día siguiente se ensillaron los caballos de Thalcave, Glenarvan y Roberto Grant, y se les dio la última ración de agua. Después los tres jinetes pusieron el pie en el estribo.

—Hasta la vista —dijeron el Mayor, Austin, Wilson y Mulrady.

—Y, sobre todo, procurad no volver —añadió Paganel.

Muy pronto el patagón, Glenarvan y Roberto perdieron de vista, no sin oprimírseles el corazón, el destacamento confiado a la sagacidad del geógrafo.

El *Desierto de las salinas*, que atravesaban entonces, es una llanura arcillosa, cubierta de árboles retorcidos de unos 10 pies de altura, de pequeñas mimosas, que los indios llaman *curra-mammel*, y de *jumes*, achaparrados arbustos que contienen mucha sosa. Anchas placas de sal reflejaban a trechos con una intensidad asombrosa los rayos solares. La vista hubiera fácilmente confundido aquellos *barreros*^[25] con superficies heladas por un violento frío, si el ardor del sol no hubiera sido incompatible con toda idea de hielo. Sin embargo, el contraste de un suelo árido y abrasado con aquellos brillantes lienzos daban al desierto una fisonomía muy particular que causaba cierto asombro.

A 80 millas al sur, en la sierra Ventana, hacia la cual tenían que descender los viajeros en el caso posible de encontrar seco el río

Guamini, el panorama era distinto. Aquel país, reconocido en 1835 por el capitán Fitz Roy, que mandaba entonces la expedición del *Beagle*, es de una fertilidad exuberante. Allí brotan con un vigor incomparable los mejores pastos del territorio indio. Allí la vertiente noroeste de las sierras se reviste de una hierba lozana, y desciende hasta el fondo de los bosques, ricos en las más variadas esencias. Allí se ven el *algarrobo*, cuyo fruto seco y reducido a polvo, sirve para hacer un pan muy sabroso para los indios; el *quebracho blanco*, cuyas ramas largas y flexibles lloran a la manera del sauce europeo; el *quebracho colorado*, de indestructible madera: el *naudubay*, que se inflama con la mayor facilidad, y causa con frecuencia terribles incendios; el *viraro*, cuyas flores de color violeta se escalonan en forma de pirámide, y, por último, el *timbo*, que eleva a 80 pies del suelo su gigantesco parasol bajo el cual pueden guarecerse rebaños enteros. Los argentinos han intentado muchas veces colonizar aquel rico país, sin lograr vencer la hostilidad de los indios.

De creer era que ríos caudalosos bajasen de la sierra, para suministrar el agua que tanta fertilidad requería, y en efecto, las mayores sequías no los han evaporado jamás, pero para alcanzarlos era preciso descender 130 millas al sur. Thalcave procedía, pues, prudentemente, dirigiéndose primero al Guamini, el cual, sin separarle de su ruta, se encontraba a una distancia mucho menos considerable.

Los tres caballos galopaban con impaciencia, presintiendo sin duda por instinto a dónde les conducían sus amos. *Thaouka*, sobre todo, desplegaba un brío que ni las fatigas ni las necesidades podían disminuir, cruzaba como un pájaro las secas cañadas y los matorrales de *curra-mammel*, hendiendo los aires con relinchos de buen agüero. Los caballos de Glenarvan y de Roberto, alentados por su ejemplo, le seguían denodadamente, aunque no con un paso tan acelerado. Thalcave, inmóvil en su silla, daba a sus compañeros el ejemplo que daba *Thaouka* a los suyos. El patagón volvía con frecuencia la cabeza para contemplar a Roberto Grant.

Viendo al noble jinete firme y bien puesto, con la cintura suelta, el cuerpo derecho, las rodillas hincadas en la silla, le manifestaba su satisfacción con un grito estimulante. Roberto se iba haciendo en realidad un buen jinete y merecía la aprobación del indio.

—¡Bravo, Roberto! —decía Glenarvan. Parece que Thalcave te felicita y aplaude.

—¿Por qué, Milord?

—Por lo bien que montas a caballo.

—¡Oh! Monto con firmeza, y nada más —respondió Roberto sonrojado por el elogio.

—La firmeza es lo principal, Roberto —respondió Glenarvan—, pero eres demasiado modesto, y desde ahora te digo que vas a ser un deportista completo.

—Bien —dijo Roberto riendo—, ¿y qué dirá papá que quería hacer de mí un marino?

—No se opone una cosa a otra. Si bien no todos los jinetes son buenos marinos, todos los marinos pueden llegar a ser buenos jinetes. Cabalgando en las vergas se aprende a tenerse bien a caballo. En cuanto a saber manejar el animal, ejecutar los movimientos oblicuos o laterales, todo eso se aprende sin maestro y a fuerza de práctica, porque, en verdad, no hay nada más natural.

—¡Pobre padre mío! —respondió Roberto. ¡Ah! ¡Cuántas gracias os dará, Milord, cuando le hayáis salvado!

—¿Le amas mucho, Roberto?

—Sí, Milord. ¡Era tan bueno para mi hermana y para mí! ¡No pensaba más que en nosotros! No había viaje en que a la vuelta no nos trajera un recuerdo de los países que visitaba, y, lo que valía más aún, sus caricias y palabras. ¡Vos también le querréis cuando lo conozcáis! Mary se le parece. Él tiene la voz dulce como ella, lo que es raro en un marino, ¿no es verdad?

—Sí, muy raro, Roberto —respondió Glenarvan.

—Aún me parece verlo —continuó Roberto, hablando consigo mismo. ¡Oh! ¡Buen papá! Cuando yo era pequeño me dormía sobre sus rodillas, y tarareaba una tonada escocesa en que se canta a los lagos de nuestro país. Algunas veces recuerdo la música, pero confusamente. A Mary le sucede lo mismo. ¡Ah!, Milord. ¡Cuánto le amamos! ¡Mirad, creo que es preciso ser niño para amar mucho a un padre!

—Y hombre para venerarle, hijo mío —respondió Glenarvan muy conmovido por las palabras que brotaban de aquel tierno corazón.

Durante este diálogo los caballos habían aflojado la marcha y

caminaban al paso.

—Le encontraremos, ¿no es verdad? —dijo Roberto, después de algunos instantes de silencio.

—Sí, le encontraremos —respondió Glenarvan. Thalcave nos ha puesto en buen camino, y tengo confianza en él.

—Thalcave es un buen indio —dijo el niño.

—Sin duda.

—¿Sabéis una cosa, Milord?

—Habla, y te contestaré...

—¿Sabéis que con vos, no hay más que personas honradas? ¡*Lady Elena*, a la que tanto quiero, el Mayor, con su imperturbable calma, el capitán Mangles y *Monsieur Paganel*, y los marineros del *Duncan*, tan animosos y tan sufridos!

—Sí, lo sabía, hijo mío —respondió Glenarvan.

—¿Y sabéis que vos sois el mejor de todos?

—No, eso no lo sabía.

—Pues es preciso que lo sepáis, Milord —replicó Roberto, que cogió la mano del *Lord* y la llevó a sus labios.



Glenarvan movió lentamente la cabeza, y no continuó la

conversación porque un gesto de Thalcave indicó a los dos viajeros que debían darse prisa. Se habían quedado muy rezagados, e importaba mucho no perder tiempo y pensar en los que dejaban a la espalda.

Tomaron Glenarvan y Roberto un paso más rápido, pero se vio muy pronto que los caballos, exceptuando *Thaouka*, no podrían sostenerlo mucho tiempo. Fue preciso al mediodía concederles una hora de reposo. No podían ya más, y rehusaban comer los tallos de una especie de alfalfa seca y tostada por los rayos del sol.

Glenarvan empezó a inquietarse. Los síntomas de esterilidad no disminuían, y la falta de agua podía acarrear consecuencias desastrosas. Thalcave no decía una palabra, y pensaba probablemente que tiempo tendría de desesperarse en el caso de encontrar seco el Guamini, suponiendo que la hora de la desesperación haya sonado alguna vez para el corazón de un indio.

Volvieron a ponerse en marcha, y de grado o por fuerza, con la ayuda del látigo y de la espuela, los caballos fueron avanzando, aunque al paso, pues no se les podía pedir más en la situación deplorable en que se hallaban.

Bien hubiese podido Thalcave adelantarse mucho, pues en pocas horas *Thaouka* podía llevarle a las márgenes del río. En ello pensó sin duda; pero tampoco quiso dejar solos a sus dos compañeros en medio del desierto, y para no adelantarse demasiado obligó a *Thaouka* a moderar su marcha.

No sin antes resistirse, encabritarse y relinchar violentamente, el caballo de Thalcave se resignó a andar al paso, obligándole a ello no tanto el vigor de su amo como sus palabras. Thalcave conversaba verdaderamente con su caballo, y *Thaouka*, aunque no le respondía, le comprendía perfectamente. Es de creer que el patagón le daría excelentes razones, pues después de haber discutido durante algún tiempo, *Thaouka*, se dejó convencer por sus argumentos y obedeció, no sin tascar el freno.

Pero si *Thaouka* había comprendido a Thalcave, Thalcave no había comprendido menos a *Thaouka*. El inteligente animal, dotado por la naturaleza de ciertos órganos superiores a los del hombre, sentía alguna humedad en el aire, y lo aspiraba con frenética avidez, haciendo chascar su lengua como si la tuviese sumergida en un líquido benéfico.

El patagón conoció por las manifestaciones de su caballo que el agua no estaba lejos.

Animó, pues, a sus compañeros interpretando las impaciencias de *Thaouka*, que los otros dos caballos no tardaron en comprender. Hicieron éstos el último y desesperado esfuerzo, y galoparon en pos del indio.

A cosa de las tres de la tarde apareció, temblando a los rayos del sol, una línea blanca en una desigualdad del terreno.

—¡Agua! —gritó Glenarvan.

—¡Agua! ¡Sí, agua! —exclamó Roberto.

No tuvieron ya necesidad de arrear a los caballos. Los pobres animales, sintiendo reanimarse sus fuerzas se lanzaron al galope. En pocos minutos llegaron al río Guamini, y se metieron hasta el pecho en la codiciada agua.

Los jinetes se metieron también con ellos a pesar suyo, y tomaron un baño del que no pensaron en quejarse, aunque era involuntario.



—¡Qué buena es el agua! —decía Roberto, bebiendo de bruces en medio del río.

No se oía más que el ruido de ansiosos sorbos.

Thalcave bebió tranquilamente, sin apresurarse, a pequeños sorbos, pero *largo como un lazo*, según la expresión patagónica.

No acababa nunca, y de temer era que agotase el río.

—En fin —dijo Glenarvan—, nuestros amigos no verán burladas sus esperanzas. Al llegar a Guamini, hallarán un agua clara y abundante, si es que Thalcave no se la bebe toda.

—¿No podríamos —preguntó Roberto— volver a su encuentro para ahorrarles algunas horas de inquietud y padecimientos?

—Sin duda, pero ¿cómo llevar el agua? Los odres han quedado en poder de Wilson. Vale más aguardarles, como está convenido. Calculando el tiempo que necesitan, si han llevado al paso sus caballos, nuestros amigos llegarán aquí esta noche. Preparémosles buena cama y buena cena.

No había aguardado Thalcave la proposición de Glenarvan para buscar un buen sitio donde acampar todos.

Tuvo la fortuna de encontrar en las márgenes del río una *ramada*, especie de coto para encerrar ganado. No temiendo dormir a cielo raso, que es lo que menos importaba a los compañeros de Thalcave, el cercado era excelente. No buscaron, pues, otro mejor, y a pierna suelta se tendieron al sol para secar sus ropas empapadas de agua.

—Estupendo —dijo Glenarvan—, y puesto que ya tenemos cama, pensemos en la cena. Es preciso que nuestros amigos queden satisfechos de los aposentadores que han venido delante, y, si no me engaño, no tendrán motivo de queja. Creo que no sería tiempo perdido una hora que dedicásemos a la caza. ¿Estás preparado, Roberto?

—Sí, Milord —respondió el muchacho levantándose con la escopeta en la mano.

Sugirió a Glenarvan esta idea la abundancia de caza que se veía en las márgenes del Guamini, que parecen ser el punto de cita de todas las aves de las llanuras circundantes. Se levantaban grandes bandadas de *tinamus*, especie de perdices particulares de las pampas, urogallos negros, una variedad de chorlito llamado *teruteru*, codornices amarillas y pollas de agua de un magnífico color verde.

No se veían cuadrúpedos; pero Thalcave, indicando las altas hierbas y los espesos matorrales, dio a entender que permanecían

ocultos. Bastaba a los cazadores dar unos cuantos pasos, para hallarse en el país del mundo en el que más abunda la caza.

Se pusieron, pues, a cazar, y despreciando al principio la pluma por el pelo, dedicaron sus primeras horas a la caza mayor de las pampas. Muy pronto se levantaron delante de ellos centenares de corzos y guanacos, parecidos a los que con tanta violencia les arrollaron en las cumbres de la cordillera; pero aquellos tímidos animales huyeron con tal precipitación, que fue imposible tenerlos a tiro. Entonces los cazadores se dirigieron a otras piezas más asequibles, que, por otra parte, nada dejaban que desear bajo el punto de vista alimenticio. Fueron abatidas una docena de perdices y codornices, y Glenarvan mató con mucha destreza un pecarí, *tay-tetre*, paquidermo de erizado pelo y sabrosa carne, que bien valió el tiro que había costado.

En menos de media hora, los cazadores, sin cansarse, mataron toda la caza que necesitaban. Roberto se apoderó de un curioso animal perteneciente al orden de los desdentados, especie de armadillo cubierto de conchas óseas y movibles, que tenía pie y medio de largo.

Thalcave dio a sus compañeros el espectáculo de la caza del ñandú, el avestruz de las pampas, cuya rapidez es maravillosa. Lanzó el caballo al galope, en línea recta, para alcanzarlo cuanto antes, porque errando el primer golpe, el ñandú hubiera fatigado muy pronto al caballo y al cazador con sus rápidas y continuas vueltas y revueltas. Thalcave, al llegar a cierta distancia aún bastante considerable, lanzó las bolas con mano vigorosa y con tanta destreza, que con ellas envolvió las patas del avestruz y paralizó sus esfuerzos. A los pocos segundos, la voluminosa ave yacía en tierra.

El indio se apoderó del ñandú, no para satisfacer un placer vano de cazador, sino porque su carne es muy estimada y quería que figurase también en la cena un plato de su cosecha.

Llevaron, pues, los cazadores a la *ramada* una buena sarta de perdices y codornices, el avestruz muerto por Thalcave, el pecarí cazado por Glenarvan y el armadillo cogido por Roberto. El avestruz y el pecarí, cuya piel es coriácea, fueron desollados inmediatamente y cortados en pequeños trozos. El armadillo es un animal precioso, que lleva consigo la parrilla en que se ha de asar, y

fue, por consiguiente, colocado en su propia concha sobre las ascuas.

Los tres cazadores se contentaron, para su cena, con las perdices y codornices, guardando para sus compañeros los platos fuertes.

No se olvidaron de sus caballos los cazadores. Les sirvió a la vez de cena y lecho una abundante cantidad de forraje seco, hacinado en la *ramada*.



Hechos todos los preparativos, Glenarvan, Roberto y el indio se envolvieron en sus ponchos y se echaron sobre un edredón de alfalfa, que es la cama habitual de los cazadores de las pampas.

Capítulo XIX

Los lobos rojos

Cerró la noche, noche de Luna nueva, durante la cual este astro debía quedar invisible para todos los habitantes de la Tierra. Iluminaba únicamente la llanura la indecisa claridad de las estrellas. En el lejano horizonte, las constelaciones zodiacales se sumergían en una sombra más oscura. Las aguas del Guamini corrían sin murmurar, como un raudal de aceite que se deslizase sobre un plano de bruñido mármol. Aves, cuadrúpedos y reptiles descansaban de sus fatigas del día, y el silencio del desierto reinaba en el inmenso territorio de las pampas.

Glenarvan, Roberto y Thalcave se habían sometido a la ley común, durmiendo con profundo sueño tendidos en un colchón de alfalfa. Los caballos, rendidos de cansancio, se habían echado al suelo, y únicamente *Thaouka*, como verdadero pura sangre, dormía de pie, con las cuatro extremidades perfectamente apoyadas, altivo en el reposo como en la acción, y pronto a lanzarse a la carrera a la menor indicación de su amo.

Reinaba en el interior del recinto una calma completa, extinguiéndose poco a poco las ascuas de la hoguera que entregaban a la silenciosa oscuridad sus últimos resplandores.

Sin embargo, a las diez de la noche aproximadamente, después de un breve sueño, el indio se despertó. Sus ojos quedaron inmóviles bajo sus contraídas cejas, y acercó sus orejas al suelo; buscaba evidentemente sorprender algún sonido imperceptible. Una vaga inquietud se pintó luego en su semblante, ordinariamente tan impasible. ¿Había percibido la aproximación de indios merodeadores, o la proximidad de jaguares, tigres de agua u otros animales más feroces, que no son raros cerca de los ríos? Esta última hipótesis le pareció sin duda verosímil, pues dirigió una

rápida mirada al combustible acumulado en el recinto, y su inquietud subió de punto. Toda aquella cantidad de hierba seca tenía que consumirse muy pronto, y no podía por mucho tiempo contener la audacia de las fieras.

Thalcave, en tal conflicto, no podía hacer más que esperar los acontecimientos, y los esperó medio echado, con la cabeza en las manos y los codos apoyados en las rodillas, con la pupila inmóvil, en la actitud del hombre a quien arranca del sueño una ansiedad repentina.

Transcurrió una hora. Otro cualquiera que no hubiera sido Thalcave, tranquilizado por el silencio exterior, se hubiera vuelto a echar tranquilamente. Pero donde un extranjero nada ha sospechado, los sentidos sensibilizados y el instinto natural del indio presienten algún peligro próximo.

Mientras él escuchaba y vigilaba, *Thaouka* relinchó de una manera sorda, dirigiendo la nariz hacia la entrada de la *ramada*. El patagón se levantó de un salto.

—*Thaouka* ha olfateado algún enemigo —se dijo.

Salió y examinó atentamente la llanura.

El silencio reinaba aún en ella, pero no la tranquilidad. Thalcave entrevió sombras que se movían sin ruido por entre los tallos de *curra-mammel*. A trechos centelleaban puntos luminosos que se cruzaban en todas direcciones, y aparecían y desaparecían sucesivamente. Se hubiera dicho que eran aquellas luces una danza de fuegos fatuos vagando por el espejo de una laguna inmensa. Un extranjero hubiera tomado sin duda aquellas centellas volantes por luciérnagas que brillan en medio de la noche en muchos sitios de las pampas; pero Thalcave no sufría equivocaciones de este género; sabía con qué enemigos tenía que habérselas; amartilló su carabina y se puso en observación cerca del recinto.

No aguardó mucho tiempo. Un grito extraño, una mezcla de ladridos y aullidos resonó en las pampas. El estampido del fusil contestó a la gritería, y a este estampido sucedieron cien clamores espantosos.

Glenarvan y Roberto se despertaron de pronto y se levantaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó el joven Grant.

—¿Son indios? —inquirió Glenarvan.

—No —respondió Thalcave—, son *aguarás*.

Roberto miró a Glenarvan.

—¿*Aguarás* ha dicho?

—Sí —respondió Glenarvan—, los lobos rojos de las pampas.

Cogieron los dos sus armas y se reunieron al indio. Éste les señaló la llanura, de la cual salía un formidable concierto de aullidos.

Roberto dio involuntariamente un paso atrás.

—¿Tienes miedo a los lobos, muchacho? —le dijo Glenarvan.

—No, Milord —respondió Roberto con voz firme. Además, estando cerca de vos, no temo nada.

—Tanto mejor, los *aguarás* son poco temibles, y sólo me preocupa su número.

—¡Qué importa! —respondió Roberto—. Estamos bien armados, ¡que vengan!

—¡Y serán bien recibidos! —exclamó Glenarvan.

Glenarvan hablaba de este modo para tranquilizar a Roberto; pero no las tenía todas consigo, viendo desencadenada en la oscuridad de la noche aquella imponente legión de carnívoros. Había centenares de ellos, y tres hombres, por bien armados que estuviesen, no podían luchar con ventaja contra un número tan considerable de enemigos.

Cuando el patagón pronunció la palabra *aguarás*, Glenarvan reconoció en el acto el nombre dado al lobo rojo por los indios de las pampas. Este carnívoro, el *Canis jubatus* de los naturalistas, es del tamaño de un perro grande y tiene la cabeza de zorra, el pelo de color de canela, y una poblada melena negra que arranca a lo largo de todo su espinazo. Es animal astuto y vigoroso, que habita generalmente los sitios pantanosos y persigue a nado a los animales acuáticos. Sale por la noche de la madriguera en que duerme durante el día, y se le teme particularmente en los corrales donde se guarda ganado, porque, acosado por el hambre, acomete a las reses y causa grandes estragos. El *aguará* aislado es poco temible, pero cuando se juntan muchos y están hambrientos, dan más quehacer que un jaguar, al que se puede combatir frente a frente.

Los aullidos que resonaban en la llanura y las muchas sombras que en ella se agitaban no permitían a Glenarvan desconocer, que era muy considerable el número de lobos rojos que se habían reunido en las márgenes del Guamini, codiciando una presa que les

parecía segura, carne de caballo o carne de hombre, y no era de esperar que volviesen a su guarida sin haber realizado todos los esfuerzos para saciar su apetito. La situación era, por consiguiente, muy alarmante.

El círculo de los lobos se iba estrechando poco a poco. Los caballos, azorados, daban evidentes señales del terror que les dominaba. *Thaouka* era el único que hería la tierra con sus poderosos cascos, y se esforzaba en romper las trabas que le sujetaban, deseoso de lanzarse fuera del recinto. Necesidad tenía su amo, para apaciguarle, de estar silbando continuamente.

Glenarvan y Roberto se habían apostado para defender la entrada de la *ramada*. Con las carabinas amartilladas iban a hacer fuego para contener a los lobos que había en primera fila cuando Thalcave desvió con la mano las armas que se habían echado ya a la cara.

—¿Qué quiere Thalcave? —dijo Roberto.

—¡Nos prohíbe disparar! —respondió Glenarvan.

—¿Por qué?

—Tal vez porque cree que no ha llegado aún el momento oportuno.

No era ésta la razón que tenía el indio, sino otra más grave, y Glenarvan la comprendió cuando Thalcave, levantando su frasco de pólvora, lo volvió boca abajo para demostrar que estaba casi vacío.

—¿Qué se hace, pues? —dijo Roberto.

—Es preciso economizar las municiones. Cara nos ha costado nuestra caza de hoy, pues nos ha dejado casi sin plomo y sin pólvora. Sólo nos queda para veinte disparos.

Roberto no respondió.

—¿No tienes miedo, Roberto?

—No, Milord.

—Bien, hijo mío.

En aquel momento retumbó una nueva detonación. Thalcave acababa de dar su merecido a un agresor que se le subía a las barbas, y los demás lobos que avanzaban en columna cerrada, retrocedieron y se replegaron a cien pasos del recinto.

A una señal del indio, Glenarvan ocupó el puesto de éste. Thalcave reunió entonces las camas, las hierbas, en una palabra, todas las materias combustibles, las hacinó a la entrada de la

ramada y les prendió fuego con un ascua que aún quedaba en el suelo. Inmediatamente se destacó un velo de llamas sobre el negro fondo del cielo, e iluminaron la llanura grandes reflejos movedizos. Entonces pudo Glenarvan hacerse completamente cargo del numeroso ejército de animales a que había que oponer resistencia. Jamás se han visto reunidos tantos ni tan hambrientos lobos.

La barrera de fuego que acababa de levantar Thalcave exasperó su cólera, y aunque en su mayor parte se detuvieron, algunos, empujados por los que había detrás, llegaron a la misma hoguera y se quemaron las patas.

De cuando en cuando, para contener la horda aulladora, era preciso disparar un tiro, y al cabo de una hora había quince lobos muertos en la pradera.



Los sitiados se hallaban entonces en una situación relativamente menos peligrosa. Mientras durasen las municiones y no se extinguiese la hoguera en la entrada de la *ramada*, la invasión era poco peligrosa. ¿Pero qué harían cuando faltaran a la vez aquellos medios?

Glenarvan miró a Roberto, y sintió oprimírsele el corazón. Se olvidó de sí mismo, para no pensar más que en aquel pobre niño que tan heroicamente se conducía. Roberto estaba pálido, pero su mano no soltaba el arma, y aguardaba a pie firme el asalto de los lobos irritados.

Sin embargo, Glenarvan, después de examinar fríamente la situación, resolvió concluir de un modo u otro.

—Dentro de una hora —dijo— no tendremos pólvora ni plomo, ni fuego, y antes de llegar a ese extremo debemos tomar una decisión.

Se dirigió a Thalcave, y reuniendo las pocas palabras españolas que le vinieron a la memoria, inició con el indio una conversación interrumpida frecuentemente por algún disparo.

No sin trabajo llegaron a comprenderse los dos interlocutores. Afortunadamente Glenarvan conocía las costumbres del lobo rojo, sin cuya circunstancia no habría podido interpretar las palabras y gestos del patagón.

Aun así, transcurrió un cuarto de hora antes de poder transmitir a Roberto la respuesta de Thalcave. Glenarvan había interrogado al indio acerca de su situación casi desesperada.

—¿Y qué ha respondido? —preguntó Roberto Grant.

—Ha dicho que a toda costa hemos de defendernos hasta que raye el alba. El *aguará* no hace sus correrías más que de noche, y al llegar la mañana vuelve a su madriguera. Es el lobo de las tinieblas, animal cobarde que tiene miedo a la luz, un búho de cuatro patas.

—Pues bien, nos defenderemos hasta que sea de día.

—Sí, hijo mío, y cuando se concluyan las municiones lucharemos navaja en mano.

Ya Thalcave había dado el ejemplo, pues cuando un lobo se acercaba a la hoguera, el largo brazo armado del patagón pasaba por entre las llamas y se retiraba rojo de sangre.

Con todo, los medios de defensa iban a faltar. A las dos de la mañana, aproximadamente, Thalcave echó a la hoguera el último

combustible, y no quedaban a los sitiados más que cinco tiros.

Glenarvan dirigió alrededor una mirada dolorosa.

Pensó en aquel niño que estaba allí, en sus compañeros, en todos los que amaba. Roberto callaba. Tal vez el peligro no parecía inminente a su confiada imaginación de niño. Pero Glenarvan pensaba por él, y se representaba la perspectiva horrible, inevitable ya, de verle devorado vivo. No fue dueño de su imaginación, abrazó al niño, lo estrechó contra su corazón, le besó en la frente, y dos lágrimas involuntarias surcaron sus mejillas.

Roberto le miró sorprendido.

—¡No tengo miedo! —dijo.

—No, hijo mío —respondió Glenarvan—, no debes tenerlo. Dentro de dos horas, llegará el día, y estaremos salvados. ¡Bien, Thalcave! ¡Bien, valiente patagón! —exclamó viendo a éste que mataba a culatazos dos enormes bestias que intentaban salvar la ardiente valla.

Pero en aquel momento la moribunda llama de la hoguera le hizo ver el ejército sitiador que marchaba en masa al asalto del recinto.

El sangriento drama se acercaba a su desenlace. La hoguera se iba extinguiendo; la llanura, hasta entonces iluminada, volvía a sumergirse en las tinieblas, y en ésta reaparecían los ojos fosforescentes de los lobos rojos. Algunos minutos más, y toda la horda penetraría en el recinto.

Thalcave descargó por última vez su fusil, derribó otro enemigo, y, agotadas sus municiones, se cruzó de brazos. Inclino la cabeza sobre el pecho, y pareció que meditaba silenciosamente. ¿Buscaba algún medio atrevido, insensato, imposible, para rechazar aquella horda furiosa? Glenarvan no se atrevía a interrogarle.

En aquel momento adoptaron los lobos otro sistema de ataque. Se alejaron, y sus aullidos, tan ruidosos hasta entonces, cesaron súbitamente. Un triste silencio reinó entonces en la llanura.

—¡Se van! —dijo Roberto.

—Tal vez —respondió Glenarvan.

Pero Thalcave, adivinando su pensamiento, movió la cabeza. Sabía que los animales no abandonarían una presa que consideraban segura, mientras el día no les obligase a entrar en sus oscuras guaridas.

Era, sin embargo, evidente que habían modificado su táctica.

Renunciaron a su tenaz empeño de forzar la entrada de la *ramada*, pero sus nuevas maniobras iban a crear un peligro aún más apremiante.

No tratando ya los *aguarás* de penetrar por aquella abertura tan obstinadamente defendida por el hierro y por el fuego, dieron vuelta al recinto y trataron de asaltarlo todos a la vez por el lado opuesto.

No tardó en oírse el ruido de sus uñas hincándose en la madera medio podrida. Patas vigorosas y hocicos sangrientos pasaban ya por entre las estacas carcomidas.

Los caballos, azorados, rompieron su cabestro y echaron a correr por el recinto locos de espanto.

Glenarvan cogió en brazos a Roberto para defenderle. Y tal vez, intentando una evasión imposible, iba a lanzarse fuera, cuando sus miradas se fijaron en el indio.

Thalcave, después de dar vueltas en el interior del recinto como una fiera encerrada en una jaula, se acercó a su caballo, que se estremecía de impaciencia, y empezó a ensillarlo con el mayor cuidado, sin olvidar ni una correa, ni una hebilla; no parecía que hiciese el menor caso de los incesantes aullidos. Glenarvan le miraba con creciente inquietud.

—¡Nos abandona! —exclamó viéndole recoger las riendas como disponiéndose a montar.

—¡Él! ¡Jamás! —dijo Roberto.

Y, en efecto, el indio, lejos de pensar en abandonar a sus amigos, intentaba salvarles sacrificándose por ellos.

Thaouka estaba pronto; tascaba el freno, y se encabritaba, y sus ojos llenos de fuego despedían relámpagos. Había comprendido a su amo.

En el momento de asirse el indio a las crines del caballo, Glenarvan le cogió el brazo con mano convulsiva.

—¿Partes? —le dijo, señalando la llanura entonces despejada.

—Sí —respondió el indio, que comprendió a su compañero por sus ademanes.

Después añadió algunas palabras españolas que significaban:

—¡*Thaouka*! Buen caballo. Ligero. Arrastrará tras sí a los lobos.

—¡Ah! ¡Thalcave! —exclamó Glenarvan.

—¡Pronto! ¡Pronto! —respondió el indio, mientras Glenarvan decía a Roberto con una voz que la emoción entrecortaba;

—¡Roberto! ¡Hijo mío! ¿Lo oyes? ¡Quiere sacrificarse por nosotros! ¡Va a lanzarse a la llanura, y a desviar de nosotros el ataque de los lobos!

—¡Amigo Thalcave —respondió Roberto echándose a los pies del patagón—, amigo Thalcave, no nos abandones!

—¡No! —dijo Glenarvan. Thalcave no nos abandonará.

Y volviéndose hacia el indio;

—Partamos juntos —dijo, señalando los caballos espantados, que estaban como pegados a los postes.

—No —exclamó el indio, que comprendía el sentido de las palabras de Glenarvan. Malas bestias. Asustadas. *Thaouka*. Buen caballo,

—¡Aunque así sea! —dijo Glenarvan. ¡Thalcave no te abandonará, Roberto! ¡Él me enseña lo que he de hacer! ¡Yo debo partir! ¡Él permanecerá contigo!

Y cogiendo la brida de *Thaouka*, dijo:

—¡Yo partiré!

—No —respondió tranquilamente el patagón.

—¡Yo, te digo! —exclamó Glenarvan, arrancándole la brida de las manos. ¡Yo! ¡Salva tú a ese niño! ¡Te lo confío, Thalcave!

Glenarvan, en su exaltación, mezclaba palabras inglesas y españolas. ¿Pero qué importaba el lenguaje? En situaciones tan terribles, el gesto lo dice todo, y los hombres se comprenden al momento.

Thalcave resistía. La discusión se prolongaba y el peligro crecía incesantemente. Las carcomidas estacas de la empalizada cedían ya a los dientes y a las uñas de los lobos.

Ni Glenarvan ni Thalcave querían ceder. El indio había arrastrado a Glenarvan hacia la entrada de la *ramada*; le indicaba la llanura libre de lobos, con su mímico lenguaje le hacía comprender que era preciso no perder un instante; que el peligro, si el ardid no tenía buen éxito, sería mayor para los que quedasen, y por último, que nadie conocía como él las maravillosas cualidades de ligereza y arrojo de *Thaouka* para emplearlas en la salvación común. Cegado, Glenarvan se obstinaba en sacrificarse, cuando de repente fue rechazado con violencia. *Thaouka* se encabritó, se levantó de

manos, y en un impulso súbito saltó la valla de fuego y el montón de cadáveres, en tanto que una voz de niño gritaba:

—¡Dios os salve, Milord!

Y Glenarvan y Thalcave tuvieron apenas tiempo para ver a Roberto, que, fuertemente agarrado a las crines del caballo, desaparecía en las tinieblas.



—¡Roberto!, ¡desdichado! —exclamó Glenarvan.

Pero ni el mismo indio pudo oír estas palabras.

Se oyó él más espantoso coro de aullidos. Los lobos rojos, lanzados en pos del caballo, corrían hacia el oeste con una rapidez fantástica.

Thalcave y Glenarvan se precipitaron fuera de la *ramada*. La llanura había ya recobrado su tranquilidad, y apenas pudieron distinguir una línea movable que ondulaba a lo lejos en las sombras de la noche.

Glenarvan cayó al suelo angustiado, desesperado, cruzando las manos. El indio se sonreía con su calma acostumbrada.

—¡*Thaouka*! ¡Buen caballo! ¡Niño valiente! Se salvará —repetía con afirmativos movimientos de cabeza.

—¿Y si cae? —dijo Glenarvan.

—¡No caerá!

A pesar de la confianza de Thalcave, el pobre *lord* pasó el resto de la noche sufriendo las más terribles angustias. Ni siquiera tenía conciencia de la desaparición del peligro habiendo huido los lobos. Quería correr en busca de Roberto; pero el indio le detuvo, haciéndole comprender que los caballos no podrían alcanzarle, que *Thaouka* había probablemente corrido más que sus perseguidores, que no sería fácil encontrarle en las tinieblas, y que era preciso aguardar que fuese de día para seguir sus huellas.

A las cuatro de la mañana empezó a despuntar el alba.

Las brumas condensadas en el horizonte tomaron un tinte sonrosado y un resplandor pálido. Cayó sobre la llanura un rocío cristalino, y el céfiro de la mañana agitó con su primer aliento las crecidas hierbas.

Había llegado el momento de partir.

—En marcha —dijo el indio.

Glenarvan no respondió, pero montó en el caballo de Roberto. Salieron los dos jinetes galopando hacia el oeste, siguiendo la línea recta que tenían trazada sus compañeros.

Así avanzaron durante una hora, buscando a Roberto, cuyo cadáver ensangrentado temían encontrar a cada paso. Glenarvan destrozaba con las espuelas los ijares de su caballo. Al cabo se oyeron algunos disparos, que repetidos con regularidad, parecían ser señales de reconocimiento.

—Son ellos —exclamó Glenarvan.



Thalcave y él espolearon sus caballos para acelerar aún más su marcha, y no tardaron en reunirse al destacamento conducido por Paganel. Un grito se escapó del pecho de Glenarvan. Roberto estaba allí, vivo, muy vivo, montado en el soberbio *Thaouka* que relinchó de alegría al ver a su amo.

—¡Ah! ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —exclamó Glenarvan con un acento de ternura que no puede expresarse.

Y Roberto y él, echando pie a tierra, se precipitaron en brazos uno de otro. Llegó luego al indio el momento de estrechar contra su pecho al denodado hijo del capitán Grant.

—¡Vive! ¡Vive! —exclamaba Glenarvan.

—Sí —respondió Roberto—, gracias a *Thaouka*.

No había el indio esperado las palabras de reconocimiento de Roberto, para manifestar el suyo a su caballo, a quien hablaba en aquel momento y abrazaba, como si por las venas del noble animal corriese sangre humana.

Después, volviéndose hacia Paganel, le mostró a Roberto:

—¡Es un valiente! —dijo.

Y añadió, empleando la metáfora india con que se expresa el desnudo:

—¡Sus espuelas no han temblado!

Sin embargo, Glenarvan decía a Roberto reconviniéndole al mismo tiempo que le abrazaba:

—¿Por qué hijo mío, por qué no has dejado a Thalcave o a mí intentar el último medio de salvación?

—Milord —respondió el niño con el acento de la más viva gratitud—, ¿no era un deber mío sacrificarme? ¡Thalcave me había ya salvado la vida! ¡Y vos! ¡Vos vais a salvar la de mi padre!

Capítulo XX

Las llanuras argentinas

Después de haberse entregado a la alegría que les causó el volverse a encontrar reunidos, Paganel, Austin, Wilson, Mulrady, todos los que habían quedado a retaguardia, exceptuando tal vez el Mayor Mac Nabbs, se dieron cuenta de una cosa, y es de que se estaban muriendo de sed. Pero afortunadamente, el Guamini corría a poca distancia. Se pusieron, pues, en marcha, y a las siete de la mañana la caravana completa llegó a la empalizada.

Al ver el suelo sembrado de cadáveres de lobos, fue fácil comprender la violencia del ataque y el vigor de la defensa. Los viajeros, después de beber abundantemente, celebraron un sustancioso almuerzo dentro de la *ramada*. Los filetes de ñandú fueron declarados excelentes, y el armadillo, asado en su concha, mereció ser colocado entre los manjares más deliciosos.

—Comer razonablemente —decía Paganel— sería ofender a la providencia, es preciso comer mucho, comer demasiado.

Y demasiado comió, sin que le sentase mal, gracias a las claras aguas del Guamini, que, en su concepto, poseían cualidades digestivas de una superioridad incontestable.

A las diez de la mañana, Glenarvan, no queriendo caer en las faltas en que incurrió Aníbal, en Capua, dio la señal de marcha. Los viajeros llenaron de agua sus odres, y partieron. Los caballos, enteramente recobrados, caminaron con mucho ardor, conservando casi continuamente el corto galope de caza. El país iba siendo más húmedo, y por consiguiente más fértil, pero siempre desierto. No se produjo ningún incidente durante las jornadas del 2 y del 3 de noviembre, y al anochecer, los expedicionarios, avezados ya a las fatigas de las largas marchas, acamparon en el límite de las pampas, en las fronteras de la provincia de Buenos Aires. Habían salido el 14

de octubre de la bahía de Talcahuano, y por consiguiente en veintidós días habían andado felizmente 450 millas, es decir, cerca de dos terceras partes del camino.

A la mañana siguiente traspasaron la línea convencional que separa la llanura argentina de la región de las pampas.

Allí esperaba Thalcave encontrar a los caciques en cuyas manos creía que se hallaban Harry Grant y sus dos compañeros de infortunio.

Buenos Aires es la provincia más vasta y más poblada de las catorce que componen la República Argentina. Su frontera confina con los territorios indios del sur, entre los 64 y 65°. Su suelo es asombrosamente fértil. Un clima particularmente salubre caracteriza aquella llanura cubierta de gramíneas y de plantas arborescentes leguminosas, la cual presenta una horizontalidad casi perfecta hasta el pie de las sierras de Tandil y de Tapalquen.

Desde que se separaron de las márgenes del Guamini, los viajeros observaron con la mayor satisfacción una mejora muy notable en la temperatura. No pasaba ésta por término medio de 17 grados centígrados, gracias a los vientos fuertes y fríos de la Patagonia que agitan incesantemente las ondas atmosféricas. Ni hombres ni animales tenían, pues, motivos de queja, después de tanta sequedad y tanto calor como habían arrostrado. Así es que avanzaban con ardor y confianza. Pero a pesar de lo dicho por Thalcave, el país parecía enteramente inhabitado, o hablando con más propiedad, *deshabitado*.

Siguiendo la dirección este se cortaban algunas lagunas de poca extensión, cuya agua era dulce, y otras cuya agua era salobre. En sus orillas, al abrigo de los zarzales, saltaban pequeños reyezuelos y cantaban alegres alondrillas, en compañía de los *tangaras*, rivales en colores de los centelleantes colibríes. Tan preciosos pájaros batían alegremente sus alas, sin cuidarse de los soldadescos estorninos, que ostentaban en los ribazos sus charreteras y sus solapas rojas. En los espinosos breñales se mecía y columpiaba como una hamaca de criollo el movedizo nido de los *annubis*, y a la orilla de las lagunas marchaban acompasadamente magníficos flamencos, sin desplegar al viento sus alas de color de fuego. Se distinguían agrupados millares de sus nidos, en forma de conos truncados de un pie de elevación, que parecían una ciudad en miniatura. Los flamencos,

poco ariscos, no huían al acercarse los viajeros, lo que ponía de mal humor al sabio Paganel.

—Desde hace mucho tiempo —dijo al Mayor— tengo el capricho de ver volar a un flamenco.

—¡Buen capricho es! —dijo el otro.

—Y puesto que la ocasión se presenta, me aprovecho de ella.

—Aprovechadla, Paganel.

—Seguidme, Mayor. Y tú también, Roberto. Necesito testigos.

Y dejando Paganel seguir adelante a sus compañeros, se dirigió con Roberto Grant y el Mayor hacia donde estaban los fenicópteros.

Cuando los tuvo a tiro, disparó su carabina cargada con pólvora, porque no quería inútilmente derramar sangre, y todos los flamencos echaron a volar, mientras Paganel los observaba atentamente a través de sus anteojos.



—Y bien —dijo el Mayor cuando se perdieron de vista—, ¿les habéis visto volar?

—Si —respondió Paganel, a menos que fuera ciego, no podía hacer otra cosa.

—¿Y os han parecido flechas emplumadas?

—No, por cierto.

—Ni a mí tampoco —añadió Roberto.

—Me alegro —contestó el sabio con satisfacción. ¿Dónde tendría los ojos el más orgulloso de los hombres modestos, mi ilustre compatriota Chateaubriand, cuando comparó los flamencos con las flechas? ¡Ah, Roberto! La comparación es la más peligrosa de las figuras retóricas. Desconfía de ella siempre y no la emplees sino en último extremo.

—¿Estáis, por lo visto, muy satisfecho de vuestra observación? —dijo el Mayor.

—¡Mucho!

—Yo también, pero démonos prisa, porque vuestro Chateaubriand nos ha hecho quedar rezagados más de una milla.

Cuando se reunieron a sus compañeros, Paganel halló a Glenarvan en animada conversación con el indio, a quien al parecer no comprendía. Thalcave se paraba frecuentemente para observar el horizonte y en su rostro se pintaba su asombro cada vez más profundo.

Glenarvan, no viendo junto a él a su intérprete ordinario, había tratado, aunque infructuosamente, de interrogarle él mismo. Así es que, en cuanto vio a lo lejos al sabio, le gritó:

—¡Venid pronto, amigo Paganel, que Thalcave y yo no podemos entendernos!

Paganel conversó algunos minutos con el patagón, y volviéndose a Glenarvan, dijo a éste:

—Thalcave admira un hecho que es verdaderamente extraño.

—¿Cuál?

—No encontrar indios ni huellas de ellos en estas llanuras, en que se suelen encontrar siempre, bien ocupándose en cazar el ganado salido de las estancias, o bien marchando hacia los Andes para vender sus pieles de zorrillo y sus látigos de cuero trenzado.

—¿Y a qué atribuye Thalcave este abandono?

—No puede adivinar la causa, y por lo mismo se asombra.

—¿Pero qué indios esperaba encontrar en esta parte de las pampas?

—Precisamente los que han tenido en su poder cautivos extranjeros, los indígenas que mandan los caciques Calfucura, Catriel o Yanchetruz.

—¿Qué gentes son esas?

—Jefes de bandas que eran muy poderosas treinta años atrás, antes de ser arrojadas al otro lado de las sierras. Desde entonces se han sometido todo lo que puede un indio someterse, y lo mismo recorren las pampas que la provincia de Buenos Aires. Yo también, como Thalcave, me asombro de no encontrar sus huellas en un país en que ejercían generalmente el oficio de salteadores.

—En este caso —preguntó Glenarvan—, ¿qué partido vamos a tomar?

—Voy a preguntárselo —respondió Paganel.

Y después de una breve conversación con Thalcave, dijo:

—He aquí su parecer, que me parece muy discreto. Debemos continuar nuestra marcha hasta el Fuerte Independencia, lo que no nos separa de nuestro camino, y allí, si no tenemos noticias del capitán Grant, sabremos al menos qué se ha hecho de los indios de la llanura argentina.

—¿Dista mucho de aquí ese fuerte? —preguntó Glenarvan.

—No, está situado en la sierra de Tandil, a unas sesenta millas.

—¿Y cuándo llegaremos?

—Pasado mañana por la tarde.

Este incidente desconcertó no poco a Glenarvan, que lo que menos podía esperar era no hallar indios en las pampas, donde ordinariamente hay demasiados. Indudablemente les había arrojado de allí alguna circunstancia muy especial. Lo más grave de todo era no saber, en el caso de ser Harry Grant prisionero de alguna de aquellas tribus, si había sido conducido hacia el sur o hacia el norte. Esta duda inquietaba mucho a Glenarvan, pues lo que principalmente interesaba era no perder la pista del capitán. De todos modos, lo mejor era seguir el consejo de Thalcave y llegar a la aldea de Tandil. Allí al menos encontrarían con quién hablar.

A las cuatro de la tarde se distinguió en el horizonte una colina, que en un país tan llano podía pasar por una montaña. Era la sierra de Tapalquen, en cuya falda acamparon los viajeros aquella noche.

La sierra se pasó al día siguiente con la mayor facilidad del mundo, siguiendo las arenosas ondulaciones de un terreno de suaves pendientes. Risa causaba una sierra semejante a viajeros que habían salvado la cordillera de los Andes. Casi no fue necesario hacer acortar el paso a los caballos. Al mediodía dejaron atrás el abandonado Fuerte de Tapalquen, primer eslabón de la cadena de fortines que se extiende por el borde sur contra los bandidos indígenas. Pero para mayor sorpresa de Thalcave, tampoco allí se encontró ni la sombra de un indio. Sin embargo, al mediodía, tres corredores de las llanuras, bien montados y bien armados, observaron un momento la caravana, pero, sin dejar que se les acercase, huyeron con la rapidez de un relámpago.

Glenarvan estaba furioso.

—Gauchos —dijo el patagón, dando a aquellos indígenas el nombre que había provocado una discusión entre el Mayor y el geógrafo.

—¡Gauchos! —repitió Mac Nabbs. Pues bien, Paganel, hoy que no sopla el norte, ¿queréis decirnos lo que opináis de esos animales?

—Opino que parecen bandidos —respondió Paganel.

—¿Y de parecerlo a serlo, distinguidísimo sabio?

—No hay más que un paso, distinguidísimo Mayor.

A la contestación de Paganel sucedió una carcajada general que, no sólo no le desconcertó, sino que le sirvió de asidero para una observación muy curiosa referente a los indios.

—He leído no sé dónde —dijo— que el árabe tiene en la boca una rara expresión de ferocidad, al paso que sus ojos tienen una expresión dulce. En el salvaje americano sucede todo lo contrario. La expresión de sus ojos es maligna.

Ningún fisonomista de profesión hubiera caracterizado mejor la raza india.

Siguiendo las instrucciones de Thalcave, los viajeros marchaban formando un pelotón compacto. Aunque el país aparecía desierto, era siempre de temer una emboscada. La precaución fue, sin embargo, inútil, y aquel mismo día acamparon sin novedad en una espaciosa toltería abandonada, en que el cacique Catriel reunía ordinariamente sus bandas de indígenas. El patagón, inspeccionando el terreno, no encontró en él huellas recientes, y se convenció de que la toltería estaba desde hacía mucho tiempo

inhabitada.

Al día siguiente, Glenarvan y sus acompañantes se hallaban en la llanura, desde la cual distinguieron las primeras estancias próximas a la sierra de Tandil.

Pero Thalcave resolvió no detenerse en ellas y seguir adelante hasta llegar al «Fuerte Independencia», donde quería informarse sobre aquel singular abandono del territorio.

Reaparecieron entonces los árboles que faltaban casi completamente desde que los viajeros dejaron la cordillera. La mayor parte de ellos se plantaron al llegar los españoles al territorio americano. Había *acederaques* o cinamomos, melocotoneros, álamos, sauces, acacias, que brotaban espontáneamente y con una precocidad notable. Grandes vallados formados con estacas formaban los *corrales*, paciendo y cebándose en la llanura inmediata millares de bueyes, carneros, vacas y caballos, que llevaban impresa con un hierro candente la marca del dueño, mientras que enormes perros guardaban los alrededores con incansable vigilancia. El terreno algo salino que se extiende al pie de las montañas, conviene admirablemente al ganado y produce excelente forraje, por cuya razón es el preferido para las estancias, que son dirigidas por un mayordomo y un capataz que, por cada mil cabezas de ganado, tienen a sus órdenes cuatro dependientes.

Aquellas gentes viven como los pastores de la Biblia, siendo sus rebaños tanto o más numerosos que los que poblaban las llanuras de Mesopotamia. Pero el pastor de las pampas no tiene familia, los grandes *estancieros* son ricos mercaderes de bueyes, que en nada se parecen a los patriarcas de los tiempos bíblicos.

Todo esto explicó Paganel con la mayor precisión a sus compañeros, haciendo con tal motivo un discurso antropológico muy interesante en que comparaba las razas. Hasta consiguió llamar la atención del Mayor, que no ocultó la satisfacción con que le oía.

Paganel tuvo también ocasión de hacer observar un curioso efecto de espejismo muy común en las llanuras horizontales. Las estancias, vistas desde lejos, parecían grandes islas. Se hubiera dicho que un agua limpia, que se apartaba a medida que se iban acercando los viajeros, reflejaba los álamos y los sauces de los vallados, siendo tan completa la ilusión que costaba trabajo desprenderse de ella.



Durante la jornada del 6 de noviembre se encontraron varias estancias y también uno o dos *saladeros* en que las reses, después de haberse cebado con succulentos pastos, entregan la garganta al cuchillo del carnicero. El saladero, como su nombre indica, es el sitio en que se salan las carnes. Estos repugnantes trabajos comienzan al fin de la primavera, en cuya época van los saladores a apoderarse de los animales en el corral, echándoles el lazo, que manejan hábilmente, y los conducen al saladero. Centenares de bueyes, toros, vacas y cameros son muertos, desollados y descuartizados. Pero no siempre los toros se dejan coger sin resistencia. Entonces el matarife se convierte en torero, y ejerce este peligroso oficio con una destreza y también con una ferocidad poco comunes. La matanza ofrece un espectáculo de lo más repugnante. No hay nada que dé más asco que las cercanías de un saladero de

donde salen, al mismo tiempo que una atmósfera cargada de fétidas emanaciones, feroces gritos de matarifes, siniestros aullidos de perros, prolongados berridos y balidos de reses moribundas, que se mezclan con los estridentes graznidos de las auras, grandes buitres de la llanura argentina, que acuden a millares desde veinte leguas a la redonda, para disputar a los carniceros los despojos aún palpitantes de sus víctimas.

Pero a la sazón los saladeros permanecían mudos, pacíficos y desiertos, no habiendo llegado aún la época del terrible degüello.

Thalcave apresuraba la marcha, porque quería llegar aquella misma tarde al «Fuerte Independencia». Los caballos, estimulados por sus jinetes y por *Thaouka*, cuyo ejemplo seguían, cruzaban casi volando las altas gramíneas. Se encontraron muchas granjas almenadas y defendidas por profundos fosos. La casa principal tenía una terraza desde la cual sus moradores, militarmente organizados, podían contrarrestar a tiros los ataques de los bandoleros de la llanura. Glenarvan hubiera tal vez hallado allí los datos que buscaba, pero lo más seguro era llegar a la aldea de Tandil. No se detuvieron, pues, los expedicionarios. Vadearon el río de los Huesos, y, algunas millas más adelante, el Chapaleofú. Muy pronto la sierra de Tandil presentó a los pies de los caballos la escarpa alfombrada de césped de sus primeras pendientes, y una hora después la aldea se destacó al fondo de una estrecha garganta, dominada por los almenados muros del «Fuerte Independencia».

Capítulo XXI

El fuerte Independencia

La sierra de Tandil se eleva a mil pies sobre el nivel del mar, y es una cordillera primordial, es decir, anterior a toda creación orgánica y metamórfica, en el sentido de que su textura y composición se han modificado poco a poco bajo la influencia del calor interno. Está formada de una sucesión semicircular de colinas de gneis cubiertas de césped. El distrito de Tandil, a que da su nombre, abraza todo el sur de la provincia de Buenos Aires, terminando en una vertiente por la cual corren sus ríos hacia el norte.

La población de este distrito se compone de cuatro mil habitantes, y su cabeza es la aldea de Tandil, situada al pie de las laderas septentrionales de la sierra que protege el «Fuerte Independencia». Su posición en las márgenes del Chapaleofú, que es un río de importancia, es afortunada. La aldea está habitada muy especialmente por varios franceses y colonos italianos, porque Francia fue en efecto quien fundó los primeros establecimientos extranjeros en la parte inferior de La Plata. No podía Paganel ignorar este particular tan singular. En 1828, el «Fuerte Independencia» se levantó a instancias del francés Parchappe para proteger el país contra las repetidas invasiones de los indios, ayudándoles en la empresa un sabio de primer orden, Alcides D'Orbigny, que es el que mejor ha conocido, estudiado y descrito todos los países meridionales de América del Sur.

La aldea de Tandil es muy importante. Por medio de sus galeras, que es como llaman, lo mismo que en España, a unos grandes carros con cuatro ruedas y toldo arqueado que sirven para largos transportes, se comunica en doce días con Buenos Aires, a donde llegan arrastradas por bueyes, de lo que resulta un tráfico bastante

activo. La aldea envía a la ciudad el ganado de sus estancias, las salazones de sus saladeros, y los curiosísimos productos de la industria india, tales como género de algodón, tejidos de lana, los tan codiciados artículos de los trenzadores de cuero, etc. Así es que Tandil contiene, a más de cierto número de casas bastante cómodas, escuelas e iglesias para instruirse en las cosas de este mundo y del otro.

Después de haber dado estos pormenores, Paganel añadió que en la aldea de Tandil no podían dejar de adquirirse las noticias que se buscaban, y que el fuerte además está siempre guarnecido por un destacamento de tropas nacionales. Glenarvan hizo llevar los caballos a la cuadra de una fonda de bastante buen aspecto, y Paganel, el Mayor, Roberto y él, guiados por Thalcave, se dirigieron al «Fuerte Independencia».

Después de algunos minutos de trepar por una de las colinas de la sierra, llegaron a la poterna, guardada con bastante negligencia por un centinela argentino. Pasaron sin ningún inconveniente, lo que indicaba mucho abandono o una excesiva confianza.

Algunos soldados hacían entonces el ejercicio en la explanada del fuerte. El de más edad de todos tenía veinte años, y el menor no llegaba a siete. Eran, propiamente hablando, una docena de niños y jovencitos que evolucionaban muy regularmente. Su uniforme consistía en una camisa listada, ceñida sobre las caderas con un cinturón de cuero.



No llevaban pantalones ni calzones, ni *kilts* escoceses, ni cosa parecida. La benignidad del clima autorizaba la ligereza de su traje, y de pronto Paganel tuvo la buena idea de un Gobierno que no se arruinaba en galones. Su armamento consistía en un fusil de pistón, demasiado pesado, y sable demasiado largo. Tenían todos la tez morena, y cierto parecido de familia. Debían de ser, y eran efectivamente, doce hermanos a quienes enseñaba instrucción el decimotercero.

Paganel no se asombró porque conocía la estadística argentina, y sabía que en aquel país debían contarse por término medio nueve hijos por familia; pero lo que le sorprendió mucho fue ver que aquellos soldados maniobraban a la francesa, y ejecutaban con la mayor precisión los principales movimientos de la carga en doce tiempos. El cabo daba con frecuencia las voces de mando en la

lengua nativa del sabio geógrafo.

—Esto es curioso, dijo él.

Pero Glenarvan no se hallaba en el «Fuerte Independencia» para ver hacer instrucción a unos cuantos niños, y menos aún para ocuparse de su nacionalidad o de su origen. No dejó, pues, tiempo a Paganel para seguir asombrándose, y le suplicó hiciera llamar al jefe de la guarnición. Paganel así lo hizo y uno de los soldados argentinos se dirigió a una casita que servía de cuartel.

Pocos momentos después apareció el comandante en persona. Era un hombre de cincuenta años, vigoroso, de facha soldadesca, bigotes ásperos, pómulos salientes, cabellos grises y mirada imperiosa, era cuanto se podía juzgar al trasluz de los densos torbellinos de humo que se escapaban de su pipa de corto tubo. Su continente recordó a Paganel el empaque *sui generis* de los viejos sargentos de su país.

Thalcave se dirigió al comandante y le presentó a *Lord* Glenarvan y a sus compañeros. Mientras hablaba, el comandante no separaba la vista de Paganel, mirándole con una persistencia bastante embarazosa. El sabio no sabía lo que significaba aquella terca mirada, e iba a interpelar al comandante, cuando éste le cogió una mano sin ningún cumplimiento, y le dijo con voz alegre en su propio idioma:

—¿Sois francés?

—Sí, francés —respondió Paganel.

—¡Cuánto me alegro! ¡Bien venido seáis! Yo soy francés también —repitió sacudiendo el brazo del sabio con un vigor alarmante.



—¿Uno de vuestros amigos? —preguntó el Mayor a Paganel.

—¡Por supuesto! —respondió éste con cierto énfasis. Yo tengo amigos en las cinco partes del mundo.

Pudo por fin, no sin trabajo, sacar la mano del torno vivo que se la estaba magullando y siguió hablando vivamente con el vigoroso comandante. Glenarvan hizo esfuerzos desesperados para colocar en la conversación una palabra concerniente a sus asuntos; pero el militar contaba su historia y no dejaba a nadie meter baza. Hacía mucho tiempo que había salido de Francia, de suerte que su lengua nativa no le era ya familiar, habiendo olvidado, si no las palabras, la manera de construir las oraciones. Hablaba el francés casi como un negro de las colonias francesas.

En efecto, según dijo él mismo a sus visitantes, el comandante del «Fuerte Independencia» era un sargento francés antiguo

compañero de Parchappe.

Desde que en 1828 se erigió la fortaleza, no salió de ella, y a la sazón la mandaba con el beneplácito del gobierno argentino. Era un hombre de cincuenta años, un vasco, y se llamaba Manuel Iparraguirre. De su apellido se deduce que si no era español poco le faltaba. Un año después de llegar al país, el sargento Manuel se hizo naturalizar, entró al servicio del ejército argentino, y se casó con una valiente india, que estaba entonces dando de mamar a dos gemelos de seis meses. Eran varones los dos, claro está, pues la digna compañera del sargento no se hubiera permitido darle hijas. Para Manuel no había más estado que el estado militar, y esperaba, con el tiempo y la ayuda de Dios, ofrecer a la República una compañía completa de soldados jóvenes.

—¿Habéis visto? —decía. ¡Fenómenos!, buenos soldados. ¡José, Juan, Miguel, Pepe! ¡Pepe tiene siete años! ¡Muerde ya el cartucho!

Pepe, oyéndose elogiar, se cuadró y presentó armas con perfecta gracia.

—¡Marchará bien! —añadió el sargento. ¡Un día será coronel mayor o brigadier general!

El sargento Manuel estaba tan entusiasmado que le hubiera sacado de sus casillas la menor contradicción sobre la superioridad del oficio de las armas y el porvenir reservado a su belicosa prole. Era feliz, y como ha dicho Goethe: *Nada de lo que nos hace felices es ilusión.*

Más de un cuarto de hora invirtió el sargento en contar su historia, con gran asombro de Thalcave, que no podía comprender que saliesen tantas palabras de una sola boca. Nadie interrumpió al comandante. Pero como un sargento, aunque sea sargento francés, al fin y al cabo ha de callar, Manuel calló, no sin antes haber obligado a sus huéspedes a seguirle a su habitación. Los huéspedes se resignaron a ser presentados a *Madame* Iparraguirre, la cual les pareció una *buena persona*, en el supuesto de que pueda aplicarse a una india esta expresión del viejo mundo.

Después que hubieron accedido a todas sus exigencias, el sargento les preguntó a qué circunstancias debía el honor de tan inesperada visita. Había llegado el instante de explicarse. O entonces, o nunca.

Paganel, tomando la palabra en francés, refirió todo el viaje

atravesando las pampas, y terminó preguntándole por qué motivo los indios habían abandonado el país.

—¡Ah...! ¡Nadie! —respondió el sargento encogiéndose de hombros. ¡Efectivamente...! ¡Nadie! ¡Nosotros brazos cruzados..., nada que hacer!

—¿Pero por qué?

—Guerra.

—¿Guerra?

—Sí, guerra civil.

—¿Guerra civil? —replicó Paganel, que sin notarlo él mismo, empezaba a *hablar en negro*, suprimiendo los artículos.

—Sí, guerra entre paraguayos y argentinos —respondió el sargento.

—¿Y qué?

—Indios todos en el norte siguiendo la pista del general Flores. Indios ladrones, roban.

—¿Pero los caciques?

—Caciques con ellos.

—¡Cómo! ¿Catriel?

—Nada de Catriel.

—¿Y Calfucura?

—Nada de Calfucura.

—¿Y Yanchetruz?

—Nada de Yanchetruz.

Thalcave, a quien se tradujo esta respuesta, movió la cabeza en señal de aprobación. Él ignoraba o había olvidado que una guerra civil, que debía más adelante provocar la intervención de Brasil, diezmaba los dos partes de la República.

Los indios tienen todo a ganar con estas luchas intestinas, y no podían despreciar las bellas ocasiones de saqueo que se les presentaban. Así, pues, el sargento estaba en lo cierto, dando por razón del abandono de las pampas la guerra civil que ardía en el norte de las provincias argentinas.

Pero este acontecimiento trastornaba los proyectos de Glenarvan, y desbarataba todos sus planes. Si Harry Grant estaba prisionero de los caciques, éstos debieron arrastrarle hasta las fronteras del norte. ¿Dónde y cómo encontrarle? ¿Era conveniente intentar una pesquisa, peligrosa y casi inútil, en los límites

septentrionales de las pampas?

La resolución era grave y debía meditarse muy seriamente.

Sin embargo, aún se podía dirigir al sargento una pregunta importante, y fue el Mayor quien pensó en ella, mientras sus amigos se miraban silenciosos.

—¿Había el sargento oído decir que los caciques de las pampas tuviesen en su poder cautivos europeos?

—Sí —dijo Manuel después de algunos momentos de reflexión en que reunió sus recuerdos.

—¡Ah! —exclamó Glenarvan concibiendo nuevas esperanzas.

Y todos rodearon al sargento.

—¡Hablad! ¡Hablad! —decían a la vez, devorándole con sus miradas.

—Hace algunos años —respondió Manuel. Sí... eso es..., prisioneros europeos..., pero jamás visto...

—¿Algunos años? —replicó Glenarvan. Os engañáis. La fecha del naufragio nos es perfectamente conocida... La *Britannia* se perdió en junio de 1862... Hace, por consiguiente, menos de dos años.

—¡Oh! Más de dos años, Milord.

—Imposible —exclamó Paganel.

—¡Sí es, ciertamente! Fue cuando nació Pepe... Se hablaba de dos hombres.

—¡No, tres! —dijo Glenarvan.

—Dos —replicó el sargento con tono afirmativo.

—¡Dos! —exclamó Paganel muy sorprendido—. ¿Dos ingleses?

—No —respondió el sargento. ¿Quién habla de ingleses? No..., un francés y un italiano.

—¿Un italiano que fue degollado por los poyuches? —preguntó Paganel.

—¡Sí! Y supe después... francés salvado.

—¡Salvado! —exclamó Roberto, cuya vida estaba pendiente de los labios del sargento.

—Sí, salvado del poder de los indios —respondió Manuel.

Todos miraron al sabio, el cual se golpeó la frente con desesperación.

—¡Ahí ya caigo —dijo al fin—, todo está claro, todo se explica!

—¿Pero de qué se trata? —preguntó Glenarvan con curiosidad e impaciencia.

—Amigos míos —respondió Paganel asiendo de las manos a Roberto—, hemos incurrido en un grave error y tenemos que tener paciencia. Hemos seguido una falsa pista. No se trata del capitán, sino de un compatriota mío, cuyo compañero, Marco Vazello, fue efectivamente asesinado por los poyuches, de un francés que acompañó varias veces a los crueles indios hasta las orillas del Colorado y que, después de haberse felizmente escapado de sus manos, regresó a Francia. Creyendo seguir las huellas de Harry Grant hemos seguido las del joven Guinard^[26].

Un profundo silencio acogió la declaración del geógrafo. El error era evidente. Los pormenores dados por el sargento, la nacionalidad del prisionero, el asesinato de su compañero, su evasión de las manos de los indios, todo concordaba para demostrar su evidencia. Glenarvan miraba a Thalcave con desaliento. El indio tomó entonces la palabra.

—¿No habéis oído hablar nunca de tres ingleses cautivos? —preguntó al sargento francés.

—Jamás —respondió Manuel. Y en Tandil se hubiera dicho..., yo lo sabría... No, no ha ocurrido eso...

Esta categórica y terminante respuesta convenció a Glenarvan de que nada tenía ya que hacer en el «Fuerte Independencia», por lo que se retiró con sus amigos, no sin haber antes dado todas las gracias al sargento acompañadas de algunos apretones de manos.

Glenarvan estaba afligido por la completa pérdida de sus esperanzas. Roberto marchaba a su lado sin decir una palabra y con los ojos llenos de lágrimas. Glenarvan no hallaba para él una palabra de consuelo. Paganel gesticulaba hablando consigo mismo. El Mayor no despegab los labios. Thalcave parecía herido en su amor propio de indio por haberse extraviado sobre una falsa pista.

Nadie, sin embargo, pensaba en reconvenirle por un error tan excusable.

Todos entraron en la fonda.

La cena fue triste. Seguramente que ninguno de aquellos hombres valerosos y desprendidos sentía las fatigas que inútilmente habían soportado ni los peligros que infructuosamente habían corrido. Pero todos veían destruidas en un instante sus esperanzas de éxito. ¿Era, en efecto, posible encontrar al capitán Grant entre la sierra Tandil y el mar? No. Si algún prisionero hubiera caído en

manos de los indios en las costas del Atlántico, el sargento Manuel no lo hubiera ignorado. Un acontecimiento semejante no podía ser desconocido de los indígenas, que hacen un comercio incesante de Tandil a Carmen, en la desembocadura del río Negro. Entre los traficantes de la llanura argentina todo se sabe y todo se dice. No había, pues, que tomar más que un partido, el de acudir sin pérdida de tiempo a la cita dada al *Duncan* en la punta Médano.

Paganel había vuelto a pedir a Glenarvan el documento cuya interpretación les había tan lamentablemente extraviado. Lo volvió a leer con una cólera mal disimulada, procurando arrancarle una interpretación nueva.

—El documento no puede estar más claro —repetía Glenarvan. Se explica de la manera más terminante acerca del naufragio del capitán y el lugar de su cautiverio.

—¡No! —respondió el geógrafo dando un puñetazo en la mesa. ¡Mil veces no! Puesto que Harry Grant no está en las pampas, no está en América. Y este documento debe decirnos dónde está, y nos lo dirá, amigos míos, o yo no soy Santiago Paganel.

Capítulo XXII

La inundación

Una distancia de 150 millas separa el «Fuerte Independencia» de las playas del Atlántico. No presentándose obstáculos imprevistos, y seguramente improbables, Glenarvan debía en cuatro días haber vuelto a bordo del *Duncan*. Pero no podía acostumbrarse a la idea de volver a bordo sin el capitán Grant, después de haber fracasado en sus tentativas. Al día siguiente, ni siquiera se cuidó de dar la orden de marcha. El Mayor hizo ensillar los caballos, renovar las provisiones y trazó el camino que se debía seguir.

Gracias a su actividad, a las ocho de la mañana la caravana descendía por las verdes laderas de la sierra de Tandil.

Glenarvan galopaba al lado de Roberto sin decir una palabra. Su carácter audaz y resuelto no le permitía aceptar tranquilamente la derrota de sus esperanzas que acababa de sufrir, su corazón palpitaba y su cabeza ardía. Paganel, aguijoneado por la dificultad, daba mil vueltas a las palabras del documento para encontrar una interpretación nueva. Thalcave, silencioso, dejaba a *Thaouka* el cuidado de conducirlo. El Mayor, siempre confiado, permanecía imperturbablemente en su puesto, como si en él fuese imposible el desaliento. Tom Austin y sus dos marineros participaban del mal humor de su amo. Un medroso conejo atravesó junto a ellos los senderos de la sierra, y los supersticiosos escoceses se miraron unos a otros.

—Mal presagio —dijo Wilson.

—Sí, en las Highlands —respondió Mulrady.

—Lo que es malo en las Highlands no puede ser bueno aquí —replicó sentenciosamente Wilson.

Cerca del mediodía los viajeros habían pasado la sierra de Tandil, y se hallaban en las llanuras ondulantes que se extendían

hasta el mar. A cada paso, transparentes ríos regaban aquella fértil comarca e iban a perderse entre los altos pastos. El terreno recobraba su horizontalidad normal, y la pradera monótona ofrecía a los pasos de los caballos su inmenso tapiz de verdor.

El tiempo había sido bueno hasta entonces, pero el cielo tomó aquel día un aspecto poco agradable. Los vapores, engendrados por la elevada temperatura de los días anteriores y convertidos en densas nubes, amenazaban resolverse en lluvias tempestuosas. Además, la proximidad del Atlántico y el viento del este que reinaba en él como déspota absoluto, volvían el clima de aquella comarca sumamente húmedo. Bien lo decía su fertilidad, la exuberancia de sus pastos, su sombrío verdor. Sin embargo, aquel día no llovió, y al anochecer, los caballos, después de haber andado tranquilamente una distancia de 40 millas, se detuvieron en los bordes de profundas cañadas, inmensos fosos naturales llenos de agua. No había ningún albergue donde guarecerse. Los ponchos sirvieron a la vez de tiendas y de mantas, y todos se durmieron bajo un cielo amenazador.

Al día siguiente, a medida que la llanura declinaba, se hacía más sensible la presencia de las aguas subterráneas, y filtraba la humedad por todos los poros del terreno. Muy pronto dilatados estanques, algunos de ellos profundos ya y otros que empezaban a formarse, cortaron el camino del este. Mientras no hubo que atravesar más que lagunas, depósitos de agua bien delimitados y libres de plantas acuáticas, los caballos salieron bien del paso, pero el tránsito era más difícil teniendo que pasar pantanos obstruidos por altas hierbas que ocultaban el peligro.

A más de un ser viviente habían sido ya funestos aquellos tremedales. En efecto, Roberto, que se había adelantado una media milla, volvió al galope exclamando:

—¡*Monsieur* Paganel! ¡*Monsieur* Paganel! ¡Un bosque de cuernos!

—¡Cómo! —respondió el sabio. ¿Has encontrado un bosque de cuernos?

—Sí, por lo menos un bosquecillo.

—¡Un bosquecillo! Lo habrás soñado, muchacho —replicó Paganel, encogiéndose de hombros.

—No lo he soñado —dijo Roberto—, y vais a verlo vos mismo. ¡Qué país tan singular! Siembran en él cuernos y nacen como el

trigo. Quisiera ver la semilla.

—¿Pero hablas seriamente? —dijo el Mayor.

—Sí, señor Mayor, vos vais a verlo también.

Roberto no se había engañado. No tardaron los expedicionarios en hallarse delante de un inmenso campo de cuernos, regularmente plantados, que se extendía hasta perderse de vista. Era un verdadero bosque, bajo, pero poblado.

—¿Lo veis? —dijo Roberto.

—Es particular —respondió Paganel, que se volvió hacia el indio interrogándole.

—Los cuernos salen del suelo —dijo Thalcave—, pero los bueyes están debajo.

—¡Cómo! —exclamó Paganel. ¡Hay un rebaño sepultado en el cieno!

—Sí —respondió el patagón.

En efecto, un inmenso rebaño había hallado la muerte bajo aquel suelo conmovido por sus pasos, y centenares de bueyes perecieron a la vez ahogados en la inmensa charca. Este hecho, que se produce con alguna frecuencia en la llanura argentina, no podía ser desconocido del indio, y era una advertencia que convenía tener presente.

Los viajeros dejaron a un lado la inmensa hecatombe que hubiera satisfecho a los dioses más exigentes de la antigüedad, y una hora después quedaba el campo de cuernos a una distancia de dos millas.

Thalcave observaba con cierta ansiedad el estado de la llanura, que no le parecía normal. Se paraba con frecuencia y se levantaba sobre los estribos. Su gigantesca estatura le permitía abarcar de una mirada un vasto horizonte; pero no distinguiendo señal alguna que revelase algo, volvía a emprender su interrumpida marcha. Una milla más adelante se detuvo de nuevo, y después, separándose de la línea que se seguía, avanzaba algunas millas, ya al norte, ya al sur, y volvía a colocarse a la cabeza de la caravana, sin decir lo que esperaba ni lo que temía. Sus evoluciones, varias veces repetidas, llamaron la atención de Paganel e inquietaron a Glenarvan, el cual hizo que el sabio interrogase al indio, y le interrogó en efecto.

Thalcave le respondió que le extrañaba ver la llanura impregnada de agua. No recordaba haber pisado, desde que era

guía, un terreno tan húmedo, pues hasta en la estación de las grandes lluvias la campiña argentina ofrece siempre pasos practicables.

—¿Pero a qué podemos atribuir —preguntó Paganel— esta humedad creciente?

—No lo sé —respondió el indio—, y aun cuando lo supiera...

—¿Los ríos de las sierras no crecen algunas veces con las lluvias y se salen de madre?

—Algunas veces.

—Y ahora tal vez...

—¡Tal vez! —dijo Thalcave.

Paganel tuvo que contentarse con esta media respuesta, y dio a conocer a Glenarvan el resultado de su conversación.

—¿Y qué aconseja Thalcave? —preguntó Glenarvan.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Paganel al patagón.

—Darnos mucha prisa —contestó el indio.

Este consejo era más fácil de dar que de seguir. Los caballos se cansaban mucho pisando un suelo que se hundía bajo sus cascos. La depresión se acusaba cada vez más, y aquella parte de la llanura podía compararse a una inmensa hondonada en donde las invasoras aguas debían acumularse rápidamente. Era, pues, indispensable atravesar cuanto antes aquellos terrenos bajos, que una inundación hubiera convertido en un lago.

Se apresuró la marcha. Pero como si no bastase el agua que brotaba al parecer de las entrañas de la tierra bajo los cascos de los caballos, sobre las dos de la tarde las cataratas del cielo se abrieron, y torrentes de una lluvia tropical se precipitaron en la llanura. ¡Magnífica ocasión para manifestarse filósofo! No había medio de sustraerse a aquel diluvio, y lo mejor era recibirlo estoicamente. Los ponchos chorreaban, regados por los sombreros, que parecían techos llenos de goteras; las correas de las riendas se asemejaban a líquidas cintas, y los jinetes, salpicados por sus cabalgaduras, cuyos cascos hacían a cada paso saltar el agua de los charcos, caminaban entre un doble chaparrón que venía a la vez de la tierra y del cielo.

Empapados de agua hasta los huesos, molidos y quebrantados, llegaron los expedicionarios a un rancho muy miserable, al cual sólo personas muy acomodaticias y fáciles de contentar hubieran dado el nombre de abrigo, siendo necesario, para consentir

guarecerse en él, ser un viajero reducido al último extremo. Pero Glenarvan y sus compañeros no se hallaban en el caso de escoger, y entraron en la abandonada madriguera que hubiera rehusado el más miserable indio de las pampas. Se encendió no sin trabajo un mal fuego de hierbas que daban más humo que calor. Las ráfagas de lluvia azotaban el exterior de la choza, dentro de la cual penetraba el agua atravesando el bálago podrido. Veinte veces se hubiera apagado el fuego, si veinte veces no hubieran Wilson y Mulrady luchado contra la invasión del agua.

La cena, muy mediana y poco apetitosa, fue muy triste. No había ninguna gana de comer. El Mayor fue el único que no perdió bocado. Su imperturbabilidad era superior a los acontecimientos.

Paganel, como un buen francés, quiso bromear, pero sin éxito.

—Mis chistes —dijo— están mojados, no dan chispa.

Sin embargo, como lo mejor que podía hacerse era dormir, todos buscaron en el sueño el momentáneo olvido de sus fatigas. La noche fue pésima. La choza se ladeaba cediendo al empuje del viento, y a cada ráfaga su armazón crujía y amenazaba hundirse. Los desgraciados caballos habían quedado fuera expuestos a la intemperie, y sus amos no sufrían menos que ellos en el miserable tugurio. Sin embargo, lograron dormirse, siendo Roberto el primero que cerró los ojos apoyando la cabeza en el hombro de *Lord Glenarvan*. Todos conciliaron el sueño bajo el amparo de Dios.

Y este amparo les valió, pues concluyó la noche sin ningún incidente. A todos despertó *Thaouka* que, siempre vigilante, relinchaba y golpeaba con sus vigorosos cascos las paredes de la choza. Éste sabía dar, a falta de *Thalcave*, la señal de marcha, y como todos tenían en él la mayor confianza, le obedecieron y marcharon.

La lluvia había disminuido, pero aquel terreno no absorbía el agua. Sobre la impermeable arcilla, charcos, pantanos y lagunas se desbordaban formando inmensas piscinas de una traidora profundidad. Paganel consultó el mapa, y pensó acertadamente que los ríos Grande y Vivarota, que beben habitualmente las aguas de aquellas llanuras, debían haberse confundido en un solo lecho, de muchas millas de anchura.

Era por tanto necesario acelerar mucho la marcha. Se trataba de la salvación de todos. ¿Dónde podrían guarecerse en el caso de

crecer la inundación? El inmenso anfiteatro trazado por el horizonte no ofrecía ningún punto culminante, y en aquella llanura horizontal la invasión de las aguas debía de ser rápida.

Se lanzaron los caballos a todo galope. *Thaouka* marchaba a la cabeza, y mejor que ciertos anfibios de poderosas aletas natatorias merecía el nombre de caballo marino, porque saltaba como si se hallase en su elemento natural.

De repente, hacia las diez de la mañana, *Thaouka* dio señales de terrible agitación. Se volvía frecuentemente hacia la llanura inmensa del sur, se prolongaban sus relinchos, y aspiraba con avidez el aire. Se encabritaba con tanta violencia que *Thalcave*, a quien no podían descabalar sus saltos, se mantenía con mucho trabajo. Bajo la presión del freno, su boca echaba sangre manchada con la espuma, y, sin embargo, el fogoso animal no se calmaba. Bien conocía su amo que si le hubiera dejado en completa libertad hubiera huido hacia el norte con toda la rapidez de sus ágiles miembros.

—¿Qué tiene *Thaouka*? —preguntó *Paganel*. ¿Le han picado las voraces sanguijuelas de las aguas argentinas?

—No —respondió el indio.

—¿Le azora algún peligro?

—Sí, presiente un peligro.

—¿Cuál?

—No lo sé.

Si la vista no descubría el peligro que *Thaouka* adivinaba, el oído podía ya percibirlo. Un murmullo sordo, semejante al rumor de la marea que sube, venía de más allá de la línea del horizonte. Las ráfagas del viento eran húmedas y estaban como cargadas de un polvo acuoso; las aves, huyendo de un fenómeno desconocido, volaban con toda la rapidez de sus alas, y los caballos, sumergidos hasta los corvejones, experimentaban los primeros empujes de la corriente. Muy pronto resonó a media milla de distancia una formidable confusión de balidos, berridos y relinchos, apareciendo numerosas reses que caían y se levantaban, y huían espantadas, pudiendoseles apenas distinguir en medio de los líquidos torbellinos que levantaban en su carrera. Cien corpulentas ballenas no hubieran agitado con más violencia las olas del océano.

—¡Atención! —gritó *Thalcave* con voz sonora.

—¿Qué ocurre? —preguntó Paganel.

—¡La inundación, la inundación! —respondió Thalcave espoleando a su caballo, al cual lanzaba hacia el norte a galope tendido.

—¡La inundación! —exclamó Paganel, y a la cabeza de sus compañeros se precipitó en pos de *Thaouka*.

Ya era tiempo. A cinco millas al sur, un inmenso macareo invadía la campiña y la convertía en océano. Las altas hierbas desaparecían como segadas. Los tallos de las mimosas, arrancados de raíz por la corriente, derivaban y formaban islotes flotantes. La mole líquida formaba gruesas oleadas de un poder irresistible. Se habían puesto evidentemente en comunicación los grandes ríos de las pampas, y tal vez las aguas del Colorado, al norte, y las del río Negro, al sur, se reunían entonces en un mismo lecho.

La avenida de agua indicada por Thalcave llegaba con la velocidad de un caballo lanzado a toda velocidad. Ante ella huían los viajeros como una nube impelida por un viento tempestuoso. Sus miradas buscaban en vano un lugar donde refugiarse. El cielo y el agua se confundían en el horizonte. Los caballos, excitados por el peligro, corrían velozmente, y sus jinetes se sostenían con dificultad en la silla. Glenarvan volvía con frecuencia la cabeza.

—El agua nos alcanza —decía para sí.

—¡Anda, anda! —gritaba Thalcave.

Y todos espoleaban más y más a las pobres bestias, de cuyos ijares, cruelmente atormentados por las espuelas, brotaban chorros de sangre que dejaban en el agua prolongados hilos rojos. Tropezaban en las desigualdades del terreno. Se enredaban en las hierbas ocultas. Caían; se las levantaba. Volvían a caer; se las volvía a levantar.

El nivel de las aguas subía sensiblemente. Inmensas ondulaciones anunciaban el asalto de aquel inconmensurable monstruo que a menos de dos millas de distancia agitaba su espumosa cabeza.



Un cuarto de hora duró aquella lucha suprema contra el más terrible de los elementos. Los fugitivos no habían podido darse cuenta de la distancia que acababan de recorrer, pero juzgando por la rapidez de su carrera debía de ser considerable. Pero ya el agua llegaba al pecho de los caballos, y éstos no podían avanzar sino muy difícilmente. Glenarvan, Paganel, Austin, todos se creían perdidos y condenados a la horrible muerte de los desgraciados que naufragan en alta mar. Los caballos ya empezaban a no hacer pie.

Renunciamos a pintar las horribles angustias de aquellos ocho hombres luchando contra una marea ascendente. Se reconocían impotentes para hacer frente a los cataclismos de la naturaleza, superiores a las fuerzas humanas. Su salvación no estaba en sus manos.

Cinco minutos después, los caballos avanzaban a nado, arrastrándoles la corriente con incomparable violencia, y con una

velocidad igual a la del galope tendido, que debía pasar de veinte millas por hora.

Toda salvación parecía imposible, cuando se oyó al Mayor que gritaba con voz estentórea:

—¡Un árbol!

—¡Un árbol! —exclamó Glenarvan.

—¡A él, a él! —respondió Thalcave.

Y señaló con la mano, a 800 brazas al norte, una especie de nogal gigantesco que se elevaba solitario en medio de las aguas.

Sus compañeros no necesitaban estímulos. Fuerza era ganar a toda costa aquel árbol que tan inopinadamente se les presentaba. Los caballos se perderían indudablemente, pero podían salvarse los hombres. La corriente les arrastraba.

En aquel momento, el caballo de Tom Austin lanzó un ahogado relincho y desapareció. El jinete, desembarazándose de los estribos, echó a nadar vigorosamente.

—Agárrate a mi silla —le gritó Glenarvan.

—Gracias, señor —respondió Tom Austin—, tengo buenos brazos.

—¿Y tu caballo, Roberto? —preguntó Glenarvan volviéndose hacia el niño.

—Va bien, Milord, va bien. Nada como un pez.

—¡Atención! —dijo el Mayor con voz fuerte.

Apenas había pronunciado esta palabra, cuando llegó el enorme aluvión. Una ola monstruosa de cuarenta pies de altura envolvió a los fugitivos con espantoso estrépito. Hombres y animales desaparecieron en un torbellino de espuma. Una montaña líquida, que pesaba millones de toneladas, les sepultó bajo sus aguas furiosas.



La ola pasó, y los hombres volvieron a la superficie del agua. Pero los caballos, exceptuando a *Thaouka*, que llevaba a su amo, habían desaparecido para siempre.

—¡Animo, ánimo! —repetía Glenarvan, que sostenía con un brazo a Paganel y nadaba con el otro.

—¡Voy bien, voy bien...! —respondió el digno sabio. Y ni siquiera estoy enfadado...

¿De qué no estaba enfadado? No se sabe, porque el pobre hombre, antes de concluir la frase, tragó más de un cuartillo de agua cenagosa. El Mayor avanzaba tranquilamente, nadando con el compás y el ritmo de un nadador maestro. Los marineros jugaban como marsopas en el líquido elemento. Roberto, asido de las crines de *Thaouka*, se dejaba remolcar por él; *Thaouka* hendía las aguas

con soberbia energía, y se mantenía instintivamente en la línea del árbol, hacia el que llevaba la corriente.

El árbol no se hallaba ya más que a veinte brazas, y en pocos instantes llegaron a él. Fue una gran fortuna, porque sin aquel refugio, toda probabilidad de salvación desaparecía, y la muerte en el seno de las aguas era inevitable.

El agua subía hasta lo más elevado del tronco, en el sitio en que empieza la primera bifurcación de las ramas. Fácil fue, por lo tanto, encaramarse. Thalcave abandonó su caballo, y levantando a Roberto, fue el primero que se encaramó y con sus robustos brazos ayudó a que se encaramasen los otros.

Pero *Thaouka*, arrastrado por la corriente, se alejaba con rapidez. Volvía hacia su amo la inteligente cabeza, y sacudiendo sus largas crines, le llamaba con expresivos relinchos.



—¿Le abandonas? —preguntó Paganel a Thalcave.

—¡Yo! —exclamó el indio.

Y sumergiéndose en las embravecidas aguas, reapareció a diez brazas del árbol. Algunos instantes después, se apoyaba su brazo en el cuello de *Thaouka*, y caballo y jinete derivaron juntos hacia el brumoso horizonte del norte.

Capítulo XXIII

En donde llevan vida de pájaros

El árbol en que Glenarvan y sus compañeros acababan de hallar un refugio parecía un nogal, por sus hojas relucientes y redondeadas. Era el *ombú*, que se encuentra aisladamente en las llanuras argentinas. Su tronco retorcido se fija al suelo, no sólo por sus robustas raíces, sino también por vigorosos retoños que le sujetan tenazmente. Sólo así se comprende que pudiera contrarrestar la avenida.

El *ombú* que servía de asilo a los expedicionarios tenía cien pies de altura, y con la sombra de su copa podía cubrir una superficie de 60 toesas. Toda aquella andamiada descansaba sobre tres grandes ramas que arrancaban de la parte superior del tronco, cuyo diámetro era de 6 pies. Dos de las ramas subían casi perpendicularmente, y sostenían el inmenso parasol de follaje, cuyas ramas cruzadas, mezcladas, entretajadas como por la mano de un cesterero, formaban un abrigo impenetrable. La tercera rama se extendía casi horizontalmente encima de las aguas mugidoras, que acariciaba con sus últimas hojas. Figuraba una avanzada punta de aquella isla de verdor rodeada de un océano. No faltaba espacio en el interior de aquel árbol gigantesco. El follaje, desenvolviéndose lozano desde el centro de la circunferencia, dejaba grandes intervalos muy despejados, verdaderos rasos, aire abundante y mucho frescor. Al ver aquellas ramas que se perdían en las nubes, aquellas enredaderas y bejucos parásitos que entrelazaban sus tallos, aquellas aberturas del follaje por las que deslizaba el sol sus rayos, se hubiera dicho que el tronco del *ombú* sostenía él solo un buque entero.



Al llegar los fugitivos, todo un mundo alado huyó hacia las ramas superiores, protestando con sus chillidos contra tan flagrante usurpación de domicilio. Se contaban por centenares los pájaros que habían buscado un asilo en aquel ombú solitario. Había mirlos, estorninos, jilgueros y, sobre todo, picaflores, pájaros moscas de resplandecientes matices, que pareció, cuando volaron, que una bocanada de aire despojaba el árbol de todas sus flores.

Tal era el asilo en que hallaron acogida Glenarvan y sus compañeros. El joven Grant y el ágil Wilson, apenas llegaron al árbol, se encaramaron a lo más alto. Su cabeza se abrió paso entre las ramas que formaban su verde cúpula. Desde aquel punto culminante abarcaba su vista un dilatado horizonte. Les cercaba por todos lados el océano engendrado por la inundación, y por lejos que quisieron llevar sus miradas, no distinguieron el límite de las aguas.

Ningún árbol descollaba sobre la líquida llanura, siendo el ombú el único en medio del líquido elemento, que se estremecía a su embate. A lo lejos, derivando del sur al norte, pasaban, arrastrados por la impetuosa corriente, troncos desarraigados, ramas retorcidas, bálagos arrebatados de algún rancho demolido, vigas robadas por las aguas a los tejados de las estancias, cadáveres de animales ahogados, pieles ensangrentadas y en un árbol vacilante toda una familia de rugidores jaguares, que para sostenerse hincaban las zarpas en su frágil almadía. Más lejos aún, llamó la atención de Wilson un punto negro, ya casi invisible. Eran Thalcave y su fiel *Thaouka* que desaparecieron en lontananza.

—¡Thalcave! ¡Amigo Thalcave! —exclamó Roberto, tendiendo los brazos hacia el valeroso patagón.

—Se salvará —respondió Wilson—. Pero volvamos junto a Su Honor.

Un instante después, Roberto Grant y el marinero descendían los tres pisos de ramaje y se hallaban en la trifurcación del tronco, en que estaban sentados o cabalgando en las ramas o cogidos a ellas según la aptitud de cada cual, Glenarvan, el Mayor, Austin y Mulrady.

Wilson dio cuenta de la visita que acababa de hacer a la cima del árbol, participando todos de su opinión con respecto a Thalcave, cuya salvación y la de *Thaouka* a nadie parecieron dudosas, y lo único que no se sabía era si sería Thalcave quien salvase a *Thaouka* o si sería *Thaouka* quien salvase a Thalcave.

Mucho más alarmante era sin contradicción la situación de los huéspedes del ombú. No era de temer que el árbol cediese al empuje de la corriente, pero la creciente inundación podía ganar sus ramas altas, tanto más cuanto que la depresión del suelo hacía de aquella parte de la llanura un punto el más a propósito para la acumulación de las aguas. Por lo que pudiera suceder, mandó Glenarvan practicar algunas muescas, por las cuales era fácil guiarse para medir los diversos niveles del agua. La crecida, entonces estacionaria, había, al parecer, llegado a su mayor elevación, lo que tranquilizaba algo.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Glenarvan.

—¡Vamos a hacernos el nido, por supuesto! —respondió alegremente Paganel.

—¡El nido! —exclamó Roberto.

—Como lo oyes, muchacho; porque no pudiendo vivir como viven los peces, hemos de vivir como viven los pájaros.

—¡Bien! —replicó Glenarvan. ¿Pero quién nos dará la comida?

—Yo —respondió el Mayor.

Todas las miradas se dirigieron a Mac Nabbs, que cómodamente sentado en una poltrona natural, formada por dos ramas elásticas, tenía en una mano unas alforjas mojadas, pero repletas.

—¡Ah, Mac Nabbs! —exclamó Glenarvan. ¡Ya lo sabía! En todo pensáis, hasta en las circunstancias en que es natural olvidarlo todo.

—Desde el momento —respondió el Mayor— en que resolvimos no ahogarnos, supuse que no sería con la intención de morirnos de hambre.

—También a mí se me hubiera ocurrido la misma idea —dijo ingenuamente Paganel. ¡Pero soy tan distraído!

—¿Y qué contienen las alforjas? —preguntó Tom Austin.

—Comida para siete hombres durante dos días —respondió Mac Nabbs.

—De acuerdo —dijo Glenarvan—, espero que dentro de veinticuatro horas habrá la inundación bajado suficientemente.

—O que hallaremos un medio de volver a ganar la tierra firme —replicó Paganel.

—Nuestro primer deber es, pues, almorzar —dijo Glenarvan.

—Después de secarnos —observó el Mayor.

—¿Y el fuego? —dijo Wilson.

—Se encenderá —replicó Paganel.

—¿Dónde?

—Encima del tronco, ¡por supuesto!

—¿Con qué?

—Con leña seca que cortaremos del árbol.

—¿Pero cómo la encenderemos? —dijo Glenarvan. Nuestra yesca está lo mismo que una esponja mojada.

—Nos pasaremos sin ella —respondió Paganel. Con un poco de musgo seco, un rayo de sol y la lente de mi anteojito, vais a ver qué fuego enciendo. ¿Quién va al bosque a hacer leña?

—¡Yo! —exclamó Roberto.

Y seguido de su amigo Wilson, desapareció como un gato en las profundidades del árbol. Durante su excursión, Paganel encontró

suficiente cantidad de musgo seco; se procuró un rayo de sol, que encontró fácilmente, porque el astro del día brillaba entonces con un vivo resplandor, y con el auxilio de su lente, encendió sin trabajo el musgo que había cogido, que colocó sobre un lecho de hojas húmedas en la trifurcación de las grandes ramas del ombú. Preparado convenientemente aquel hornillo natural, que no ofrecía peligro alguno de incendio, aguardó a Wilson y a Roberto, que no tardaron en llegar con haces de ramas secas que arrojaron sobre el musgo encendido. Paganel, para que el fuego no se apagase, se colocó encima de la hoguera, con sus largas piernas abiertas, a la usanza árabe, y bajándose y levantándose rápidamente, estableció por medio de su poncho, una fuerte corriente de aire. Se encendió la leña, y una hermosa llama se elevó chisporroteando del improvisado brasero. Todos se secaron a su gusto, dejando los ponchos colgados de las ramas, que se balanceaban al soplo del viento. Después almorzaron con racionamiento, porque era preciso pensar en el mañana, y tal vez la inmensa cuenca tardaría más tiempo en vaciarse de lo que Glenarvan esperaba. Además de que las provisiones eran escasas. El ombú no producía fruto alguno. Afortunadamente, podía suministrar un buen contingente de huevos frescos, gracias a los numerosos nidos que colgaban de sus ramas, sin contar con sus anfitriones emplumados. Estos recursos no eran de despreciar.

En la posibilidad de que se prolongase su permanencia forzada en el árbol, los viajeros trataron de establecerse en él cómodamente.

—Puesto que —dijo Paganel— la cocina y el comedor están en el entresuelo, nos acostaremos en el cuarto principal. La casa es grande y el alquiler no es crecido; no podemos quejarnos. Veo allá arriba hamacas naturales en donde, atándonos bien, dormiremos como en las mejores camas del mundo. Nada tenemos que temer, y, además, habrá siempre uno de centinela, para que no se nos sorprenda. No sorprendiéndonos, somos más que suficientes para rechazar cualquier agresión de indios o de animales salvajes.

—No nos faltan más que armas —dijo Tom Austin.

—Tengo mis revólveres —dijo Glenarvan.

—Y yo los míos —añadió Roberto.

—¿De qué sirven? —respondió Tom Austin— si *Monsieur* Paganel no encuentra algún medio para fabricar pólvora.

—No se necesita —dijo Mac Nabbs, enseñando un frasco en buen estado.

—¿De dónde lo habéis sacado, Mayor? —preguntó Paganel.

—De Thalcave. Comprendió que podría sernos útil y me lo entregó antes de arrojarlo al agua para auxiliar a *Thaouka*.

—¡Generoso y magnánimo indio! —exclamó Glenarvan.

—Sí —respondió Tom Austin. Si todos los patagones están cortados sobre el mismo patrón, ¡viva la Patagonia!

—Pido que no se olvide al caballo —dijo Paganel. Forma parte del patagón, y mucho me engaño o volveremos a ver a los dos.

—¿A qué distancia nos hallamos del Atlántico? —preguntó el Mayor.

—A cuarenta millas todo lo más —respondió Paganel. Y ahora, amigos míos, puesto que cada cual es libre de sus acciones, os pido permiso para retirarme. Me voy a buscar más arriba un observatorio, y con la ayuda de mis anteojos, os pondré al corriente de las cosas de este mundo.

Se accedió a los deseos del sabio, el cual trepó con mucha destreza de una a otra rama y desapareció detrás de la espesa cortina de follaje. Sus compañeros se ocuparon entonces de la organización de sus dormitorios y preparación de sus lechos, lo que no fue largo ni difícil. No había colchones que mullir, ni muebles que arreglar, y cada cual ocupó su puesto junto al fuego.

Entonces se trabó conversación, no sobre la situación presente, que era menester sobrellevar con paciencia, sino sobre el inagotable tema del paradero del capitán Grant. Si se retiraban las aguas, antes de tres días podían muy bien los expedicionarios hallarse a bordo del *Duncan*. Pero con ellos no iría Harry Grant ni sus dos marineros, náufragos desventurados. Después de haber atravesado infructuosamente América, parecía que toda esperanza de encontrarles estaba irrevocablemente perdida. ¿A dónde dirigir nuevas pesquisas? ¡Cuál no sería el dolor de *Lady Elena* y de Mary Grant al saber que el porvenir no les reservaba ya ni un átomo de esperanza!

—¡Pobre hermana! —dijo Roberto. ¡Todo ha concluido para nosotros!

Por primera vez no encontró Glenarvan, para contestar a Roberto, una palabra de consuelo. ¿Qué esperanza podía dar al

pobre niño? ¿No había seguido con rigurosa exactitud las indicaciones del documento?

—¡Y, sin embargo —dijo—, este 37° de latitud no es una cifra vana! Que se aplique al naufragio o que se aplique al cautiverio de Harry Grant, no ha sido supuesto, interpretado, adivinado. Lo hemos visto con nuestros propios ojos.

—Todo eso es cierto, Milord —respondió Tom Austin—, y, sin embargo, las investigaciones han sido infructuosas.

—Motivos hay para irritarse, para desesperarse —exclamó Glenarvan.

—Para irritarse, no diré que no —dijo Mac Nabbs con su tranquilidad acostumbrada—, ¿pero para desesperarse? De ninguna manera. Precisamente, porque poseemos una cifra indiscutible, debemos seguir hasta lo último sus indicaciones.

—¿Qué queréis decir? —preguntó vivamente Glenarvan. ¿Qué nos queda por hacer, en vuestro concepto?

—Una cosa muy sencilla y muy lógica, querido Edward. Hagamos rumbo al este cuando lleguemos a bordo del *Duncan*, y sigamos el paralelo 37, si es preciso, hasta volver a nuestro punto de partida.

—¿Creéis, Mac Nabbs, que no he pensado ya en ello? —respondió Glenarvan. No una, sino cien veces. ¿Pero qué probabilidad de éxito tenemos? ¿Dejar el continente americano, no es alejarnos del punto indicado por el mismo Harry Grant, de esa Patagonia tan claramente nombrada en el documento?

—¿Queréis, pues —respondió el Mayor—, volver a empezar vuestras investigaciones en las pampas, cuando tenéis la certeza de que el naufragio de la *Britannia* no ocurrió en las costas del Pacífico, ni en las del Atlántico?

Glenarvan no respondió.

—¿Y por débil que sea la probabilidad de encontrar a Harry Grant siguiendo al paralelo indicado por él, no debemos intentarlo?

—No digo que no... —respondió Glenarvan.

—¿Y vosotros, camaradas —añadió el Mayor dirigiéndose a los marinos—, no sois de mi misma opinión?

—De la misma —respondió Tom Austin—, cuya contestación Mulrady y Wilson aprobaron con un movimiento de cabeza.

—Oídmeme, amigos míos —dijo Glenarvan después de reflexionar

algunos instantes—; oídme todos, y particularmente tú, Roberto, porque la cuestión es grave. Yo haré cuanto es posible hacer en el mundo para encontrar al capitán Grant; me he comprometido a ello, y a ello, si es menester, dedicaré toda mi vida. Escocia entera me ayudará a salvar al hombre heroico que se ha sacrificado por ella. Creo, como el Mayor, que por débil que sea la probabilidad del buen éxito, debemos dar la vuelta al mundo siguiendo el paralelo 37, y yo la daré. Pero no es ésta la cuestión que hay que resolver, es otra más importante, es la siguiente: ¿Debemos abandonar definitivamente y desde este mismo momento nuestras investigaciones en el continente americano?

Esta pregunta, categóricamente formulada, no obtuvo respuesta. Nadie se atrevía a darla.

—¿Qué contestáis? —añadió Glenarvan, dirigiéndose más concretamente al Mayor.

—Mi querido Edward —respondió Mac Nabbs—, el que os respondiera *hic et nunc* incurriría en una grave responsabilidad. La cosa merece meditarse. Ante todo, deseo saber cuáles son las comarcas que atraviesa el 37° de latitud austral.

—Eso es cosa de Paganel —respondió Glenarvan.

—Preguntémosle, pues —replicó el Mayor.

Tan oculto estaba el sabio en el espeso follaje del ombú, que no se le veía. Fue necesario llamarle.

—¡Paganel! ¡Paganel! —exclamó Glenarvan.

—Presente —respondió una voz que bajaba del cielo.

—¿Dónde estáis?

—En mi torre.

—¿Podéis bajar un instante?

—¿Me necesitáis?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para saber qué países atraviesa el paralelo 37.

—Nada más fácil —respondió Paganel—, y si otra cosa no pedís, no tengo necesidad de moverme de mi observatorio.

—Pues bien, decid.

—Al dejar América, el paralelo 37 sur, atraviesa el océano Atlántico.

—Bueno.

—Encuentra la isla de Tristán da Cunha.

—De acuerdo.

—Pasa 2º debajo del cabo de Buena Esperanza.

—¿Después?

—Atraviesa el mar de las Indias.

—¿Luego?

—Roza la isla de San Pedro, del grupo de las islas Amsterdam.

—Adelante.

—Corta Australia por la provincia de Victoria.

—Proseguid.

—Saliendo de Australia...

Quedó sin concluir esta última frase. ¿Nada más sabía ya el sabio? No, pero un grito formidable partió de las alturas del ombú. Glenarvan y sus amigos se miraron unos a otros. ¿Acababa de sobrevenir una nueva catástrofe? ¿Había caído el desgraciado Paganel? Wilson y Mulrady volaban ya para socorrerle, cuando apareció un cuerpo largo. Paganel revoloteaba de rama en rama. Sus manos no podían agarrarse a nada. ¿Estaba vivo? ¿Estaba muerto? No se sabía, e iba ya a caer en las aguas mugidoras, cuando el Mayor le detuvo al pasar.



—Gracias, Mac Nabbs —exclamó Paganel.

—¿Qué tenéis? —dijo el Mayor. ¿Qué os ha sucedido? ¿Alguna de vuestras eternas distracciones?

—¡Sí! ¡Sí! —respondió Paganel muy sofocado. ¡Sí! ¡La más fenomenal de mis distracciones!

—¿Cuál?

—¡Nos hemos engañado! ¡Nos engañamos aún! ¡Seguimos incesantemente engañados!

—¡Explicaos!

—Glenarvan, Mayor, Roberto, amigos míos —exclamó Paganel —, cuantos me oís, sabed que buscamos al capitán Grant donde no está.

—¿Qué decís? —exclamó Glenarvan.

—¡Digo que no sólo le buscamos donde no está —añadió Paganel—, sino que le buscamos donde no ha estado nunca!

Capítulo XXIV

En donde siguen haciendo vida de pájaros

Un profundo silencio acogió estas palabras tan inesperadas. ¿Qué quería decir el geógrafo? Hablaba, sin embargo, con una convicción tal, que todas las miradas se dirigieron a Glenarvan. Aquella afirmación de Paganel era una respuesta directa a la pregunta que se acababa de formular. Pero Glenarvan se limitó a mover la cabeza de un lado a otro, para decir que no estaba conforme con la aseveración del geógrafo.

Éste, sin embargo, dueño de sí mismo en aquella ocasión, continuó:

—¡Sí! —dijo con acento convencido. ¡Sí! ¡Nos hemos extraviado en nuestras investigaciones, y hemos leído en el documento lo que no hay!

—Explicaos, Paganel —dijo el Mayor—, pero con más calma.

—Es muy sencillo, Mayor. Lo mismo que vos, estaba yo en un error; lo mismo que vos, había hecho una interpretación falsa; pero ahora mismo, cuando desde lo alto del árbol respondía a vuestras preguntas, al detenerme en la palabra *Australia*, un rayo de luz ha cruzado por mi cerebro, y he visto claro lo que antes no había visto.

—¡Cómo! —exclamó Glenarvan. ¿Pretendéis que Harry Grant...?

—Pretendo —respondió Paganel— que la palabra *austral* que se encuentra en el documento no es una palabra completa, como habíamos creído hasta ahora, sino el radical de la palabra *Australia*.

—¡Sería una cosa muy singular! —replicó el Mayor.

—¡Singularísima! —replicó Glenarvan encogiéndose de hombros. Es una cosa, pura y simplemente, imposible.

—¡Imposible! —repitió Paganel. Es un vocablo que en Francia no admitimos.

—¡Cómo! —exclamó Glenarvan con el acento de la más

profunda incredulidad. ¿Os atreveríais a demostrar, con el documento a la vista, que el naufragio de la *Britannia* ocurrió en las costas de Australia?

—Estoy seguro de ello —respondió Paganel.

—A fe mía, Paganel, vuestra interpretación me causa maravilla, procediendo nada menos que de todo un secretario de una sociedad geográfica.

—¿Por qué razón? —preguntó Paganel, herido en lo más vivo.

—Porque si admitís la palabra Australia, tenéis que admitir que en Australia hay *indios*, lo que hasta ahora a nadie se le había ocurrido.

El argumento no hizo mella en Paganel, el cual sin duda lo esperaba, pues le hizo sonreírse.

—Querido Glenarvan —dijo—, no cantéis victoria demasiado pronto. Voy a batiros en toda regla, como decimos nosotros los franceses, voy a batiros como no ha sido nunca batido ningún inglés. ¡Sera la revancha de Crécy y de Azincourt!

—No deseo otra cosa. Derrotadme, Paganel.

—Escuchad. No hay indios en el texto del documento que Patagonia. La palabra incompleta *indi...* no significa *indios*, sino *indígenas*, y convendréis conmigo en que hay *indígenas* en Australia.

Glenarvan miró fijamente a Paganel.

—¡Bravo, Paganel! —dijo el Mayor.

—¿Admitís mi interpretación, querido *Lord*?

—Sí —respondió Glenarvan—, si me probáis que el resto de la palabra *gonia* puede no aplicarse al país de los patagones.

—¡No! —exclamó Paganel. ¡No se trata en el documento de *Patagonia*! Leed en él cualquier cosa, menos *Patagonia*.

—Pero ¿qué se ha de leer?

—*Cosmogonía, teogonía, agonía*.

—¡*Agonía*! —dijo el Mayor.

—Me es indiferente —respondió Paganel—, la palabra no tiene ninguna importancia. Ni siquiera trataré de averiguar su significado. El punto principal es que *austral* indica *Australia*, y hace falta estar ciegamente metidos en una falsa vía, para no haber, desde un principio, descubierto una explicación tan evidente. Si yo hubiese encontrado el documento, si mi juicio no hubiera estado falseado por vuestra interpretación, ¡jamás lo hubiera comprendido

e interpretado de otro modo!

Estas palabras de Paganel fueron recibidas con hurras, aplausos y felicitaciones. Austin, los marineros, el Mayor y sobre todo Roberto, que encontraba un nuevo asidero a su esperanza que ya no tenía ninguno, aplaudieron al digno sabio. Glenarvan empezaba también a convencerse, y estaba próximo a confesarse vencido.

—Voy a haceros, querido Paganel, la última observación, y me inclinaré delante de vuestra perspicacia.

—Hablad, Glenarvan.

—¿Cómo completáis las palabras nuevamente interpretadas y de qué modo leéis el documento?

—Nada más fácil. El documento está aquí —dijo el geógrafo, sacando el precioso papel que tan concienzudamente estudiaba desde hacía algunos días.

Reinó un profundo silencio, mientras Paganel, tomándose tiempo para responder, coordinaba sus ideas. Con el dedo índice seguía en el documento líneas interrumpidas, en tanto que con seguro acento y subrayando ciertas palabras leyó como sigue:

«*El 7 de junio de 1862 la fragata Britannia, de Glasgow, ha zozobrado después de (poned si queréis) dos días, tres días o una larga agonía (poco importa, es de todo punto indiferente), en las costas de Australia. Dirigiéndose a tierra, dos marineros y el capitán Grant, van a tratar de abordar (o han abordado) el continente, en que serán (o son) prisioneros de crueles indígenas. Han arrojado este documento, etc.*».

—¿Está bien claro?

—Muy claro —respondió Glenarvan—, si el nombre de *continente* puede aplicarse a Australia, que no es más que una isla.

—Tranquilizaos, querido Glenarvan; los mejores geógrafos están conformes en llamar *Continente australiano* a la isla de Australia.

—Entonces, amigos míos —exclamó Glenarvan—, no puedo deciros más que una cosa: ¡A Australia, y que el cielo nos proteja!

—¡A Australia! —repitieron unánimemente sus compañeros.

—¿Sabéis, Paganel —añadió Glenarvan—, que vuestra presencia a bordo del *Duncan* es un hecho providencial?

—Bueno —respondió Paganel. Pongamos que soy un enviado de la providencia, y no hablemos más del asunto.

Así terminó aquella conversación que tan grandes consecuencias tuvo en el porvenir, y cuyo primer resultado fue modificar

completamente el estado moral de los viajeros. Habían vuelto a coger el hilo de Ariadna en el laberinto en que se creían perdidos para siempre. Sobre las ruinas de sus proyectos frustrados se levantaba una nueva esperanza. Podían sin miedo dejar a la espalda el continente americano, y todos sus pensamientos tendían el vuelo hacia la tierra australiana. Al volver a bordo del *Duncan*, no llevarían a él la desesperación, y *Lady Elena* y *Mary Grant* no tendrían que llorar la irrevocable pérdida del desventurado capitán. Olvidaron los peligros de su situación para entregarse a la alegría no teniendo más sentimiento que el de partir inmediatamente.

Eran las cuatro de la tarde, y se resolvió cenar a las seis. Paganel quiso celebrar aquella feliz jornada con un festín espléndido. Pero como los medios eran muy limitados, propuso a Roberto ir a cazar en el *bosque próximo*. Al oír la proposición, Roberto palmoteó con entusiasmo. Cogieron los cazadores el frasco de Thalcave, limpiaron los revólveres, los cargaron con munición menuda, y partieron.

—No os alejéis —dijo gravemente el Mayor a los dos cazadores.

Cuando hubieron partido, Glenarvan y Mac Nabbs consultaron las muescas practicadas en el árbol, mientras Wilson y Mulrad y reanimaban el fuego.

Glenarvan, al llegar a la superficie del inmenso lago, no vio ninguna señal de decrecimiento. Parecía, no obstante, que las aguas habían alcanzado su máximo de elevación, si bien la violencia con que corrían de sur a norte probaba que no se había restablecido aún el equilibrio entre los ríos argentinos. Antes de bajar aquella masa líquida, era preciso que permaneciese inmóvil y tendida, como el mar en el momento de concluir el flujo y empezar el refluo. No se podía, pues, contar con que estuviesen próximas a bajar las aguas mientras corrían hacia el norte con la rapidez de un torrente.

Mientras Glenarvan y el Mayor hacían sus observaciones, resonaron en el árbol algunos disparos, acompañados de gritos de alegría casi tan ruidosos como ellos. El soprano de Roberto hacía escalas sobre el bajo profundo de Paganel. No se podía decir cuál de los dos era más niño. La caza prometía, y dejaba presentir maravillas culinarias. Cuando el Mayor y Glenarvan estuvieron de vuelta en el hogar, tuvieron que felicitar a Wilson por una excelente idea que se le había ocurrido. El buen marino, con un alfiler torcido y un pedazo de hilo, improvisó un aparejo, y se dedicó a una pesca

milagrosa. Cogió algunas docenas de pececillos, llamados *mojarras*, tan delicados y sabrosos como los eperlanes, que saltaban metidos en un pliegue de su poncho y prometían formar un plato exquisito.



En aquel momento bajaron los cazadores de la cima del árbol. Paganel llevaba con mucho cuidado para que no se rompiesen, huevos de golondrina negra, y una sarta de gorriones que bautizó con el nombre de peleles. Roberto había cazado diestramente algunos pares de jilgueros, pajaritos verdes y amarillos, muy sabrosos, y muy buscados en los mercados de Montevideo.

Paganel, que conocía cincuenta y una maneras de preparar los huevos, tuvo que limitarse a cocerlos en las cenizas calientes.

Sin embargo la cena fue tan variada como agradable. El tasajo, los huevos duros, las mojarras asadas, los gorriones y los jilgueros

muy doraditos al fuego, compusieron uno de esos banquetes cuyo recuerdo se consigna en los fastos culinarios.

La conversación fue alegre. Todos felicitaron a Paganel como cazador y cocinero. El sabio aceptó los parabienes con la modestia que tan bien sienta al verdadero mérito, y luego se entregó a consideraciones curiosas acerca de aquel magnífico ombú que les abrigaba con su sombra, y cuyas raíces, según él, alcanzaban profundidades inmensas.

—Roberto y yo —dijo chanceándose— nos creíamos en medio de un bosque mientras cazábamos. Hubo un momento en que temimos perdersos. ¡Yo no acertaba a hallar el camino que había seguido! El sol declinaba en el horizonte. Buscaba en vano la huella de mis pasos. El hambre se hacía sentir cruelmente. Resonaban en la espesura rugidos de fieras... ¡Pero no, no hay fieras, y lo siento mucho!

—¡Cómo! —exclamó Glenarvan. ¿Sentís que no haya fieras?

—Sí, por cierto.

—Cuando sobre todo son de temer por su ferocidad...

—La ferocidad no existe... científicamente hablando —respondió el sabio.

—¡Buenas salidas tenéis! —respondió el Mayor. Paganel, no me haréis admitir jamás la utilidad de las fieras. ¿De qué sirven? ¿Queréis decírmelo?

—Mayor —exclamó Paganel—, sirven para hacer clasificaciones, órdenes, familias, géneros, subgéneros, especies.

—¡Vaya una ventaja! —dijo Mac Nabbs. ¡Como si todas esas cosas que habéis dicho sirviesen de algo! Si yo durante el diluvio hubiera sido compañero de Noé, hubiera impedido al imprudente patriarca meter en el arca parejas de leones, tigres, panteras, osos y otros animales tan dañinos como inútiles.

—¿Eso hubierais hecho? —preguntó Paganel escandalizado.

—Lo hubiera hecho.

—Pues bien, habríais hecho una barbaridad, habríais cometido un crimen bajo el punto de vista zoológico

—Pero no bajo el punto de vista humanitario —respondió el Mayor.

—¡Blasfemias! —respondió Paganel. Yo, todo lo contrario, habría conservado los megaterios, los pterodáctilos, y todos los

seres antediluvianos de los que, desgraciadamente, estamos privados...

—Pues yo digo —replicó Mac Nabbs—, que Noé hizo lo que debía, dejándoles abandonados a su suerte, en la hipótesis de que viviesen en su tiempo.

—Pues yo os digo que Noé obró mal —respondió Paganel—, y que se hizo acreedor a la maldición de los sabios hasta la consumación de los siglos.

Los oyentes de Paganel y del Mayor no podían contener la risa viendo disputar a los dos amigos sobre la conducta del viejo Noé. El Mayor, que en su vida había discutido con nadie, andaba todos los días a la greña con Paganel, faltando a todos sus principios. Verdad es que el sabio, le provocaba continuamente.

Glenarvan intervino en el debate, como tenía por costumbre, y dijo:

—Sea o no deplorable, bajo el punto de vista científico o bajo el punto de vista humanitario, estar privados de fieras, hoy por hoy tenemos que pasarnos sin ellas. Paganel no podía esperar encontrar ninguna en este bosque aéreo.

—¿Por qué no? —preguntó el sabio.

—¿Fieras en un árbol? —preguntó Tom Austin.

—Sin duda. El tigre de América, el jaguar, cuando le acosan muy de cerca los cazadores, se refugia en los árboles. Cualquiera de ellos, sorprendido por la inundación, hubiera aceptado el asilo que ofrecen las ramas del ombú.

—Pero, en fin, ¿supongo que no habéis encontrado ninguno? —dijo el Mayor.

—No —respondió Paganel—, a pesar de que hemos batido bien todo el bosque. Es de lamentar, porque hubiera sido una caza soberbia. El jaguar es uno de los carniceros más feroces. De un zarpazo mata un caballo, y cuando ha probado una vez carne humana, la prefiere a todas las otras. Lo que más le gusta es la del indio, después la del negro, luego la del mulato, y finalmente la del blanco.

—Me alegro de ocupar el cuarto lugar —respondió Mac Nabbs.

—Lo que prueba que sois insípido —respondió Paganel con acento de desdén.

—Me alegro de ser insípido —replicó el Mayor.

—¡Pero es humillante! —respondió el intratable Paganel. El blanco se proclama el primero de los hombres, y parece que los jaguares no son de su misma opinión.

—Sea lo que quiera, amigo Paganel —dijo Glenarvan—, atendiendo a que entre nosotros no hay indios, ni negros, ni mulatos, bueno es que no haya tampoco jaguares. Nuestra situación no es realmente agradable...

—¡No es agradable! —exclamó Paganel, asiéndose a aquella palabra que podía dar un nuevo giro a la conversación. ¿Os quejáis de vuestra suerte, Glenarvan?

—Pero, ¿podría no quejarme? —respondió el noble *Lord*. ¿Estáis acaso bien aposentado entre ramas incómodas?

—En ninguna parte he estado nunca mejor, ni aun en mi gabinete. ¿Qué nos falta? Hacemos vida de pájaro, cantamos y revoloteamos. Empiezo a creer que los hombres han sido creados para vivir en los árboles.

—Como lo prueban sus alas —dijo el Mayor irónicamente.

—Un día u otro se las harán.

—Pero entretanto —respondió Glenarvan—, permitidme, querido amigo, preferir a esta morada aérea la arena de un parque, el pavimento de una casa o la cubierta de un buque.

—Glenarvan —respondió Paganel—, es preciso aceptar las cosas como vienen. Si son buenas, tanto mejor. Si son malas, paciencia. Veo que echáis de menos las comodidades de Malcolm Castle.

—No, pero...

—Estoy seguro de que Roberto es perfectamente feliz —dijo Paganel para asegurar al menos un partidario a sus teorías.

—Sí, señor Paganel —exclamó Roberto con alegría.

—Gracias a su edad —respondió Glenarvan.

—Y a la mía —replicó Paganel. Cuanto menor es el número de las comodidades, menor es también el de las necesidades, y éstas y la felicidad se hallan en razón inversa.

—Paganel —dijo el Mayor—, ¿vais a pronunciar un discurso contra las riquezas?

—No, Mac Nabbs —respondió el sabio—; pero si me lo permitís, os contaré una historia árabe, que me ha venido ahora a la memoria y que viene aquí como anillo al dedo.

—¡Sí, sí, señor Paganel! —exclamó Roberto.

—¿Y qué probará vuestra historia? —preguntó el Mayor.

—Lo que prueban todas las historias, amigo mío.

—Muy poca cosa —respondió Mac Nabbs. En fin, contad la anécdota Sheherezade, vos que sabéis contar con tanta gracia.



—Había —dijo Paganel— un hijo del gran Harún al Raschid, que no era feliz. Fue entonces a consultar a un viejo derviche. El anciano sabio le dijo que la felicidad era muy difícil de hallar en este mundo. «Sin embargo —añadió—, conozco un medio infalible de procurárosela». «¿Cuál es?», preguntó el joven príncipe. «Poneos —respondió el derviche— la camisa de un hombre dichoso». El príncipe abrazó al sabio anciano, y partió en busca de su talismán. Visitó todas las capitales de la Tierra... Se puso camisas de reyes, de

emperadores, de príncipes, de magnates. No le sirvieron de nada. No era feliz. Se puso camisas de artistas, de guerreros, de comerciantes. Lo mismo. Anduvo mucho, sin encontrar la felicidad. Después de haber probado tantas camisas, se volvía desesperado y cariacontecido a su patria, cuando vio a un pobre labrador, que alegre y cantando, iba detrás del arado. «He aquí —dijo— un hombre que posee la felicidad, o no hay felicidad en la Tierra». Se dirigió a él. «Buen hombre —le dijo—, ¿eres feliz?». «Sí», respondió el labrador. «¿No deseas nada?». «Nada». «¿No cambiarías tu suerte por la de un rey?». «¡Jamás!». «Pues bien, véndeme la camisa». «¡Mi camisa! No tengo camisa».

Capítulo XXV

Entre el fuego y el agua

La anécdota de Santiago Paganel obtuvo gran éxito e hizo reír mucho. Fue muy aplaudido, pero cada cual se reservó su opinión, y el sabio consiguió el resultado ordinario de todas las discusiones, el de no convencer a nadie. Sin embargo, todos estuvieron de acuerdo en que ante la desgracia es preciso un corazón fuerte, y contentarse con un árbol, cuando no hay ni un palacio ni una choza.

Entre discursos y cuentos se pasó el día y llegó la noche. Sólo un buen sueño podía terminar dignamente aquella jornada accidentada. Los huéspedes del ombú se sentían fatigados de las peripecias de la inundación, y angustiados por el calor del día, que había sido excesivo. Sus alados compañeros daban ya el ejemplo del reposo; los jilgueros, que son los ruiñesores de las pampas, suspendieron sus melodiosos gorjeos, y todos los pájaros del árbol desaparecieron en lo más hondo de la sombría enramada. Lo mejor era imitarles.

Si embargo, antes de *meterse en el nido*, como decía Paganel, Glenarvan, Roberto y él subieron al observatorio para contemplar por última vez la líquida llanura.



Eran alrededor de las nueve. El sol acababa de ponerse entre las centelleantes brumas del horizonte occidental. Toda aquella mitad de la celeste esfera, hasta el cenit, estaba como sumergida en un vapor tibio. Las brillantes constelaciones del hemisferio austral aparecían veladas por una liviana gasa y se veían confusamente. Sin embargo, se las distinguía lo bastante para reconocerlas, y Paganel hizo observar a su amigo Roberto, con provecho para su amigo Glenarvan, aquella zona circumpolar en que las estrellas son espléndidas. Le mostró, entre otras, la Cruz del Sur, grupo de cuatro estrellas de primera y segunda magnitud, dispuestas en figura de rombo casi a la altura del polo; el Centauro, en que brilla la estrella que más cerca está de la Tierra, pues no dista de ella más que ocho mil millones de leguas; las nubes de Magallanes, dos grandes nebulosas de las cuales la mayor cubre un espacio doscientas veces

mayor que la superficie aparente de la Luna, y por último, el *agujero negro*, en que parece faltar completamente la sustancia estelar.

Con mucho sentimiento del sabio, Orión, que es visible desde los dos hemisferios, no aparecía aún, pero Paganel dio a conocer a sus discípulos una particularidad curiosa de la cosmografía patagónica. A los ojos de los poéticos indios, Orión representa un inmenso lazo y tres bolas lanzadas por la mano del cazador que recorre las celestiales praderas. Todas aquellas constelaciones, reflejadas en el espejo de las aguas, provocaban el encanto de las miradas creando en torno a ellas un doble cielo.

Mientras así discurría el sabio Paganel, todo el horizonte del este tomaba un aspecto tempestuoso. Un nubarrón denso y oscuro, perfectamente determinado, subía poco a poco apagando las estrellas. Aquella nube, de apariencia siniestra, invadió muy pronto la mitad de la bóveda que tendía a encapotar completamente. Su fuerza motriz debía residir en ella misma, pues no se percibía ni un soplo de aire. Las capas atmosféricas conservaban una calma absoluta. Ni una hoja se movía en el árbol, ni una arruga aparecía en la superficie de las aguas. Parecía que faltaba hasta el aire, como si una inmensa máquina neumática lo hubiera enrarecido. Saturaba la atmósfera una electricidad de alta tensión, que todos los seres vivos sentían correr a lo largo de sus nervios.

Los efluvios eléctricos impresionaron vivamente a Glenarvan, Paganel y Roberto.

—Va a haber tempestad —dijo Paganel.

—¿Tienes miedo a los truenos? —preguntó Glenarvan a Roberto.

—Ninguno, Milord —respondió el joven.

—Tanto mejor, porque la tormenta no está lejos.

—Y será fuerte —añadió Paganel—, si hemos de juzgar por el estado de la atmósfera.

—No es la tormenta lo que temo —dijo Glenarvan—, sino los torrentes de agua de que vendrá acompañada. Nos vamos a calar hasta la médula. Decid lo que se os antoje, Paganel, pero a un hombre no le basta un nido, y bien a pesar vuestro, vais a convencerlos por experiencia propia.

—¡Pero con filosofía! —respondió el sabio.

—La filosofía no impedirá que nos mojemos.

—Pero nos armará de resignación.

—En fin —dijo Glenarvan—, reunámonos con nuestros amigos y aconsejémosles que se envuelvan lo mejor que puedan en su filosofía y en sus ponchos, y sobre todo que hagan buena provisión de paciencia porque van a necesitarla toda.

Glenarvan dirigió la última mirada a aquel cielo amenazador, ya entonces enteramente encapotado. Sólo hacia poniente una faja indecisa se iluminaba con los resplandores crepusculares. Tomó el agua un matiz sombrío, y parecía una nube inferior próxima a confundirse con los pesados vapores. Ni siquiera era visible la sombra. No llegaba a los ojos ni a los oídos sensaciones de luz, ni rumor alguno. El silencio era tan profundo como la oscuridad.

—Bajemos —dijo Glenarvan—, no tardará en estallar el rayo.

Él y sus amigos se deslizaron por las ramas, quedando muy sorprendidos viéndose en medio de una semiclaridad producida por una miríada de puntos luminosos que se cruzaban zumbando sobre la superficie del agua.

—¿Fosforescencia? —preguntó Glenarvan.

—No —respondió Paganel—; son insectos fosforescentes, verdaderas luciérnagas, diamantes vivos y baratos, con que las damas elegantes de Buenos Aires se confeccionan magníficos aderezos.

—¡Cómo! —exclamó Roberto. ¿Son insectos esas centellas que vuelan?

—Sí, muchacho; son gusanos de luz.

Roberto cogió sin dificultad uno de aquellos brillantes insectos. Paganel no se había engañado. Era una especie de grueso abejorro de una pulgada de longitud, al que llaman los indios *tuco-tuco*. El curioso coleóptero tenía delante de su tórax dos manchas de las que procedía la luz, la cual era tan viva que permitía leer en medio de la oscuridad. Paganel, acercando el insecto a su reloj, pudo ver que señalaba las diez de la noche.

Glenarvan, que se había reunido con el Mayor y los tres marinos, previendo una violenta tempestad, les hizo algunas advertencias. Después de algunos truenos, era de prever que el viento se desencadenase y sacudiese el ombú con violencia, por lo que convenía atarse cada cual sólidamente al lecho de ramas que le estaba destinado. Ya que no era posible librarse del agua del cielo, se debían evitar a toda costa las aguas de la tierra, y no caer en

aquella rápida corriente que se estrellaba contra el tronco del árbol.

Todos se desearon una buena noche, sin que nadie la esperase. Después, cada cual se metió en su nido, se envolvió en el poncho y aguardó el sueño.

Pero la proximidad de los grandes fenómenos de la naturaleza llena el corazón de todos los seres sensibles de una vaga inquietud de que ni los más animosos consiguen librarse. Los huéspedes del ombú, agitados, oprimidos, no pudieron cerrar los ojos, y despiertos estaban todos, cuando retumbó el primer trueno. Éste se dejó oír poco antes de las once como un rumor lejano. Glenarvan avanzó hasta la extremidad de la rama horizontal, y se aventuró a sacar la cabeza fuera del follaje.

El fondo negro del cielo ostentaba ya incisiones vivas y brillantes que las aguas del lago reverberaban con nitidez. La nube se desgarró en varios puntos, pero como un tejido blando y algodonoso, sin producir ningún ruido estridente. Glenarvan, después de haber observado el cenit y el horizonte que se confundían en la misma oscuridad, volvió a colocarse en lo alto del tronco.

—¿Qué os parece, Glenarvan? —preguntó Paganel.

—Me parece que empieza bien, amigos míos, y si se porta como promete, la tormenta será terrible.

—Tanto mejor —respondió el entusiasta Paganel. Deseo que el espectáculo, ya que por fuerza he de presenciarlo, sea grandioso.

—¿Salís con otra de vuestras paradojas? —dijo el Mayor.

—Y es una de las mejores, Mac Nabbs. Opino, como Glenarvan, que la tempestad será soberbia. Ahora mismo, mientras procuraba dormirme, han asaltado mi memoria varios hechos que dan fundamento a mis pronósticos, pues nos hallamos en la región de las grandes tempestades eléctricas. He leído, no sé dónde, que en 1793, precisamente en la provincia de Buenos Aires, cayeron en una sola tormenta treinta y siete centellas, y mi colega *Monsieur* Martin de Monsey contó el tiempo que duró un trueno sin interrupción y fueron cincuenta y cinco minutos.

—¿Reloj en mano? —preguntó el Mayor.

—Reloj en mano. Sólo una cosa me alarmaría —añadió Paganel —, si de algo pudiera servir la alarma para evitar el peligro, y es que el único punto culminante de esta llanura es el ombú en que

nos hallamos. Un pararrayos vendría aquí a pedir de boca, tanto más cuanto que el ombú es de todos los árboles de las pampas el predilecto de los rayos. Y además, amigos míos, ninguno de vosotros ignora que los sabios aconsejan no cobijarse bajo los árboles durante las tempestades.

—¿Sabéis —dijo el Mayor— que en este momento la recomendación es oportuna?

—Preciso es confesar, Paganel —añadió Glenarvan—, que escogéis bien la ocasión para contarnos esas cosas tan tranquilizadoras.

—¡Bah! —replicó Paganel. Todas las ocasiones son buenas para instruirse. ¡Ah! ¡Ya apareció aquello!

Interrumpieron tan inoportuna conversación violentos truenos, cuya intensidad crecía adquiriendo tonos más altos, pasando de los graves a los medios, para tomar de la música una comparación más apropiada. Muy pronto llegaron a ser estridentes, haciendo vibrar con rápidas oscilaciones las cuerdas atmosféricas. El aire estaba en llamas, y el incendio era tal que no se podía reconocer a qué chispa eléctrica pertenecían los prolongados bramidos que los sucesivos ecos arrastraban hasta las últimas profundidades del cielo.

Los relámpagos eran incesantes y no todos tomaban la misma forma. Algunos, lanzados perpendicularmente a la tierra, se repetían cinco o seis veces en el mismo punto del espacio. Otros hubieran excitado hasta el más alto punto la curiosidad de un sabio, pues se reproducían por centenares los relámpagos ahorquillados de los que Arago no consigna más que dos ejemplos en sus curiosas estadísticas. Algunos, divididos en mil ramas distintas, formaban zigzags coraliformes, produciendo en el oscuro fondo de la bóveda celeste, asombrosos juegos de luz arborescente.

Poco después, del este al norte, se tendió en el cielo una banda fosforescente de resplandor muy intenso, la cual fue invadiendo lentamente todo el horizonte; inflamó las nubes como si fuesen un montón de combustible, y como las aguas reflejaban el incendio lo mismo que si fuesen un espejo, se formó una inmensa esfera de fuego cuyo punto central ocupaba el ombú.

Glenarvan y sus compañeros contemplaban silenciosamente aquel aterrador espectáculo. Se deslizaban hasta ellos oleadas de blanca luz, y en medio de sus rápidos resplandores aparecían y

desaparecían súbitamente el tranquilo semblante del Mayor, el rostro de Paganel animado por la curiosidad, las enérgicas facciones de Glenarvan, la desgredada cabeza de Roberto y la fisonomía indiferente de los marineros, que parecían espectros.

Sin embargo, no llovía aún, ni había el viento desplegado sus alas. Pero muy pronto se abrieron las cataratas del cielo, en cuyo fondo oscuro trazaron líneas verticales como los hilos colocados en el telar. Grandes gotas de agua, al caer a la superficie del lago, parecían millares de chispas reflejando el resplandor de los relámpagos.

¿Anunciaba aquella lluvia el fin de la tempestad?

¿No experimentarían Glenarvan y sus compañeros más percance que un chaparrón que les caería encima? No. En lo más fuerte de aquella lucha de fuegos aéreos, apareció súbitamente, en el extremo de la gran rama que se extendía horizontalmente, un globo inflamado del tamaño de una naranja, rodeado de un humo negro. Después de haber girado aquella esfera durante algunos segundos alrededor de sí misma, reventó como una bomba y con un estruendo que se dejó oír distintamente en medio del fragor general. Llenó la atmósfera un vapor sulfuroso. Reinó un instante de silencio, y se pudo oír la voz de Tom Austin que gritaba:

—¡Fuego en el árbol!



Tom Austin no se engañaba. En un momento la llama, como si se hubiese comunicado a un inmenso castillo de fuegos artificiales, se propagó al lado occidental del ombú, formando las ramas muertas, los nidos de hierba seca y la corteza misma del árbol, que era muy esponjosa, un alimento favorable a su devoradora actividad.

El viento comenzó a soplar activando el incendio. Era preciso huir. Glenarvan y sus compañeros se refugiaron rápidamente en la parte oriental del ombú respetada por las llamas, mudos, turbados, azorados, encaramándose, deslizándose, asiéndose de las ramas, que se doblaban bajo su peso. El ramaje, sin embargo, rechinaba, chascaba, se retorció en el fuego como serpientes quemadas vivas, y sus candentes restos caían a las agitadas aguas y eran arrastrados por la corriente despidiendo una luz siniestra. Tan pronto se

elevaban las llamas a una prodigiosa altura y se perdían en la misma hoguera de la atmósfera, como, abatidas por el huracán desencadenado, envolvían el ombú a la manera de la camisa de Neso^[27]. Glenarvan, Roberto, el Mayor, Paganel, los marineros, estaban aterrorizados; una densa humareda les sofocaba; les abrasaba un calor insoportable; el incendio avanzaba hacia ellos por las ramas inferiores del árbol, sin que nada pudiese apagarlo ni contrarrestar su avance.

La situación era insostenible y de dos muertes se eligió la menos cruel.

—¡Al agua! —gritó Glenarvan.

Wilson, alcanzado ya por las llamas, acababa de precipitarse al lago, cuando se le oyó exclamar con un acento de terror incomparable:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Austin se precipitó hacia él y le ayudó a subir a la trifurcación del tronco.

—¿Qué hay?

—¡Los caimanes! ¡Los caimanes! —respondió el aterrado Wilson.

Rodeaban el tronco del árbol los más terribles animales del orden de los saurios. Sus escamas brillaban al resplandor del incendio; su cola verticalmente aplastada, su cabeza en forma de lanza, sus ojos salientes, sus mandíbulas sumamente hendidas, no permitían a Paganel hacerse ilusiones acerca de la ferocidad de los enemigos con quienes había que luchar, reconociendo al momento a los aligátos feroces tan comunes en América, donde son generalmente conocidos con el nombre de caimanes que les dieron los españoles. Contaron hasta diez, que azotaban el agua con su formidable cola, y atacaban el ombú con los largos dientes de su mandíbula inferior.

Los expedicionarios vieron claramente que estaban irremisiblemente perdidos. Devorados por las llamas o triturados por los dientes de los caimanes, de todos modos era espantosa la muerte que les estaba reservada.

Tan desesperada era la situación, que hasta el mismo Mayor dijo, aunque con tranquilo acento:

—Pudiera muy bien suceder que éste fuese el final de la aventura.

Circunstancias hay en que el hombre es impotente para luchar, y en que los elementos desencadenados no pueden ser combatidos sino por otros elementos. Glenarvan dirigía al mismo tiempo sus miradas al agua y al fuego conjurados contra él, y no sabía qué socorro pedir al cielo.

La tormenta estaba entonces en su período descendente, pero había desarrollado en la atmósfera una cantidad considerable de vapores a la que los fenómenos eléctricos iban a comunicar una gran violencia. En el sur se formaba poco a poco una tromba enorme, un cono brumoso invertido, que enlazaba las aguas hirvientes con las tormentosas nubes. El formidable meteoro avanzó luego girando alrededor de sí mismo con una rapidez vertiginosa, atrayendo hacia su centro una columna líquida arrebatada al lago, y con una llamada enérgica, producida por su movimiento giratorio, atraía hacia sí todas las corrientes de aire.



En muy poco tiempo el gigantesco sifón llegó al ombú y lo envolvió en sus pliegues. El árbol fue sacudido hasta las raíces. Hubo un instante en que Glenarvan se figuró que los caimanes le atacaban con sus poderosas mandíbulas y le arrancaban del suelo, y él y sus compañeros, sosteniéndose unos a otros, notaron que el robusto árbol cedía y se derrumbaba, sumergiéndose con un silbido terrible sus inflamadas ramas en las aguas tumultuosas. Fue todo obra de un segundo. La tromba pasó para llevar a otra parte el desastre, y absorbiendo las aguas del lago, parecía que al pasar lo vaciaba.

El ombú cayó, y fue derivando bajo los esfuerzos combinados del viento y de la corriente. Habían desaparecido todos los caimanes, menos uno, que trepaba por las raíces y avanzaba con la boca abierta; pero Mulrady cogió una rama ya medio desprendida

del tronco por el fuego y dio al animal un golpe tan certero que lo dejó derrengado. Derribado el caimán se sumergió en los remolinos del torrente, azotando aún su temible cola con formidable violencia.

Glenarvan y sus compañeros, libres ya de aquellos voraces saurios, treparon a las ramas colocadas a barlovento del incendio, mientras el ombú, cuyas llamas tomaban del soplo del huracán la forma de velas candentes, se deslizaba como un brulote ardiente entre las sombras de la noche.

Capítulo XXVI

El Atlántico

El ombú navegó durante dos horas por el inmenso lago, sin llegar a tierra firme. Poco a poco se habían ido apagando las flamas que le devoraban. Había desaparecido el principal peligro de tan espantosa travesía. El Mayor se limitó a decir que no sería absolutamente imposible que se salvaran.

La corriente, conservando su dirección primitiva, iba siempre del sudoeste al nordeste. La oscuridad, tan sólo iluminada de vez en cuando por algún relámpago lejano, era profunda, y Paganel buscaba en vano en el horizonte puntos de mira. La tempestad tocaba a su término. Las gruesas gotas de lluvia fueron remplazadas por ligeras nubecillas que el viento dispersaba con su soplo, y los grandes nubarrones ya vaciados se dividían en fajas en las alturas del cielo.

Rápida era la marcha del ombú en el impetuoso torrente. Se deslizaba a una velocidad sorprendente, como si debajo de su corteza hubiese oculta una poderosa locomotora. Ningún motivo había para creer que no estuviese derivando por espacio de muchos días. Sin embargo, a eso de las tres de la madrugada, el Mayor hizo observar que sus raíces rozaban algunas veces el suelo. Tom Austin, por medio de una larga rama sondeó con mucho cuidado y vio que el terreno iba subiendo poco a poco. Veinte minutos después se produjo un choque, y el ombú se detuvo de repente.

—¡Tierra! ¡Tierra! —exclamó Paganel con voz sonora.

La extremidad de las ramas calcinadas había tropezado con una desigualdad del terreno. Los navegantes quedaron muy contentos de haber varado. El escollo era el puerto.

Roberto y Wilson, que habían puesto ya el pie en un punto sólido, lanzaron un grito de alegría cuando se oyó un silbido que

todos conocían. Resonó en la llanura el galope de un caballo, y la elevada estatura del indio se destacó en la sombra.

—¡Thalcave! —exclamó Roberto.

—¡Thalcave! —repitieron unánimemente sus compañeros.



—¡Amigos! —dijo el patagón, que había esperado a los viajeros en el punto a que debía conducirles la corriente, puesto que le había conducido a él.

Thalcave en aquel momento levantó a Roberto Grant en sus brazos sin advertir que estaba asido por Paganel, y le estrechó contra su pecho. Glenarvan, el Mayor y los marinos, muy contentos por haber vuelto a encontrar a su fiel guía, le dieron todos la mano afectuosamente. Después el patagón les condujo al sotechado de una estancia abandonada, en que ardía un buen fuego que les

reanimó, mientras en él se asaban succulentas magras de venado con que recrearon su paladar y complacieron su estómago. Y cuando poco después empezaron a reflexionar, ninguno de ellos podía creer que hubiese salido sano y salvo de una aventura compuesta de tan diferentes peligros, el agua, el fuego y los caimanes de los ríos argentinos.

Thalcave contó en pocas palabras su historia a Paganel, e hizo recaer sobre su intrépido caballo toda la gloria de su salvación milagrosa. Paganel procuró entonces explicarle la nueva interpretación del documento, que les permitía concebir nuevas esperanzas. ¿Comprendió el indio las ingeniosas hipótesis del sabio? Es muy dudoso, pero vio a sus amigos felices y confiados, y no necesitaba otra cosa.

Fácilmente se comprenderá que los intrépidos viajeros, después del forzoso descanso que habían tenido en el ombú, no se hicieron rogar para ponerse inmediatamente en marcha. En efecto, a las ocho de la mañana estaban todos en pie. Se hallaban demasiado al sur de las estancias y de los saladeros para procurarse medios de transporte, y por consiguiente, se vieron en la imprescindible necesidad de hacer su viaje a pie. En resumidas cuentas, no se trataba más que de unas 40 millas, y *Thaouka* no se negaría a llevar de vez en cuando a un peatón fatigado. En treinta y seis horas se podían alcanzar las playas del Atlántico.

Llegado el momento, el guía y sus compañeros dejaron a la espalda las tierras bajas aún inundadas, y empezaron a atravesar llanuras más elevadas. El territorio argentino recobraba su monótona fisonomía. Algunos arbolillos, plantados por manos europeas, descollaban a trechos sobre los pastos, tan escasos como en las inmediaciones de las sierras de Tandil y Tapalquen, no permitiéndose crecer los árboles indígenas sino en el límite de aquellos inmensos prados y en las cercanías del cabo Corrientes.

Así se pasó aquella jornada. Al día siguiente, se hizo sentir la proximidad del océano 15 millas antes de llegar a él. La *virazón*, viento singular que sopla regularmente durante la segunda mitad del día y de la noche, encorbaba las altas hierbas. Del árido suelo brotaban bosquecillos muy poco espesos, compuestos de pequeñas mimosas arborescentes, arbustos de acacias y ramos de *curramammel*.

Algunas lagunas salinas, que brillaban como pedazos de espejo, hicieron penosa la marcha, porque obligaban a dar muchos rodeos. Los viajeros aceleraban el paso para llegar aquel mismo día al lago Salado en las costas del océano, y estaban bastante fatigados, cuando a las ocho de la tarde divisaron las dunas de arena, de 20 toesas de altura, que delimitaban el borde espumoso, enseguida llegó a sus oídos el prolongado murmullo de la marea ascendente.

—¡El océano! —exclamó Paganel.

—¡Sí, el océano! —afirmó Thalcave.

Y aquellos peregrinos, a quienes parecía faltarles las fuerzas, escalaron las dunas con una agilidad sorprendente.

Pero la oscuridad era ya completa. En vano pasearon las miradas por la inmensa sombra, buscando el *Duncan*, que no distinguieron.

—Allí está, sin embargo —dijo Glenarvan—, esperándonos y corriendo bordo tras bordo.

—Mañana lo veremos —replicó Mac Nabbs.

Tom Austin llamó al invisible yate haciendo de su mano una bocina, pero no obtuvo respuesta. Verdad es que el viento era muy fuerte y la mar estaba gruesa. Las nubes corrían hacía el oeste, y la espumosa cresta de las olas se deshacía en polvo fino que llegaba hasta encima de las dunas. Así, pues, aunque el *Duncan* se hallase en el punto de la cita, era imposible al vigía oír ni ser oído. La costa no ofrecía ningún abrigo; ningún puerto, ninguna bahía, ninguna ensenada. Se componía de prolongados bancos de arena que se perdían en el mar, siendo su proximidad más peligrosa que la de las rocas a flor de agua. Como los bancos provocan el furor de las olas, en ellos suele haber muy mala mar, y se estrellan o embarrancan irremisiblemente los buques que durante la tempestad se extravían en aquel laberinto de bajíos.

Era, pues, muy natural que el *Duncan* juzgando aquella costa detestable y sin puerto de refugio, se mantuviera alejado. John Mangles con su acostumbrada prudencia, debía guardarse lo más posible. Tal fue la opinión de Tom Austin, el cual afirmó que el *Duncan* tendría que mantenerse al menos a cinco buenas millas de la insidiosa costa.

El Mayor aconsejó a su impaciente amigo que se resignase. No había medio alguno de disipar aquellas densas tinieblas. ¿A qué conducía cansar la vista, obligándola a otear un horizonte

profundamente oscuro?

En seguida organizó Mac Nabbs una especie de campamento abrigado por las dunas; se apuraron en la cena las últimas provisiones, y siguiendo el ejemplo del impertérito Mayor, cada cual hizo un hoyo que le sirviese de dormitorio, y se acurrucaron todos con la arena hasta la barbilla.

Todos, menos Glenarvan, durmieron profundamente. El viento era bastante fuerte, y el océano se resentía aún de la última tormenta. Sus olas, siempre tumultuosas, se estrellaban al pie de los bancos, rugiendo como truenos. A Glenarvan le parecía imposible tener el *Duncan* tan cerca. Era inadmisible la suposición de que no hubiera acudido a la cita. Glenarvan había dejado la bahía de Talcahuano el 14 de octubre, y el 12 de noviembre llegaba a las costas del Atlántico. Durante los treinta días invertidos en atravesar Chile, la cordillera, las pampas y la llanura argentina, tiempo sobrado había tenido el *Duncan* para doblar el cabo de Hornos y llegar a la playa opuesta. Para un buque de sus cualidades no había retrasos posibles, y aunque la tempestad había sido violenta y terribles sus furores en el gran campo de batalla del Atlántico, el yate era un buen buque y su capitán un buen marino. Allí, pues, debía estar.

Estas reflexiones que se hizo Glenarvan no llegaron a tranquilizarle completamente. Cuando luchan el corazón y la razón, no es ésta nunca la más fuerte. El *laird* de Malcolm Castle buscaba en aquella oscuridad a todos los que amaba, a su adorada Elena, a Mary Grant, a los tripulantes del yate. Vagaba por la desierta playa que cubrían las olas con sus brillantes fosforescencias.



Miraba, escuchaba y hasta hubo momentos en que le pareció sorprender en el mar un resplandor indeciso.

—No me engaño —dijo—, he visto la luz de un buque, la luz del *Duncan*. ¡Ah! ¿Por qué no han de poder mis miradas atravesar estas tinieblas?

Se le ocurrió entonces una idea. Paganel se tenía por nictálope, Paganel veía de noche. Fue a despertar a Paganel.

El sabio dormía en su agujero lo mismo que un topo, cuando un vigoroso brazo le arrancó de su lecho de arena.

—¿Quién va? —preguntó.

—Soy yo, Paganel.

—¿Quién sois vos?

—Glenarvan. Venid, tengo necesidad de vuestros ojos.

—¿De mis ojos? —respondió Paganel, restregándose los sin

misericordia.

—Sí, de vuestros ojos para distinguir nuestro *Duncan* en medio de las tinieblas. Vamos, pronto.

—¡Al diablo la nictalopía! —dijo Paganel, alegrándose, sin embargo, de ser útil a Glenarvan.

Y se levantó, se desperezó, y refunfuñando como todos los que se despiertan antes de haber satisfecho su sueño, siguió a su amigo a la playa.

Glenarvan le suplicó que examinase el horizonte del mar, y durante algunos minutos, Paganel lo contempló concienzudamente.

—¿Y qué, no distinguís nada? —preguntó Glenarvan con ansiedad.

—¡Nada! Un gato no vería un buey a dos pasos.

—Buscad una luz roja o una luz verde, es decir, una luz de babor o de estribor.

—No veo ninguna luz verde ni roja. ¡Todo lo veo negro! —respondió Paganel, cuyos ojos se cerraban involuntariamente.

Por espacio de media hora siguió maquinalmente a su impaciente amigo, dejando caer la cabeza sobre el pecho, y levantándola luego repentinamente. Sus pasos eran inseguros, y tropezaba incesantemente como un ebrio. No respondía, ni hablaba una sola palabra. Glenarvan lo miró, y vio que andaba dormido.

Entonces le cogió del brazo, y, sin despertarlo, le volvió a conducir a su agujero, donde le sepultó cómodamente.

Apenas rayó el alba, todos los expedicionarios se levantaron al oírle gritar:

—¡El *Duncan*! ¡El *Duncan*!

—¡Hurra! ¡Hurra! —contestaron a Glenarvan sus compañeros precipitándose a la playa.

En efecto, 5 millas mar adentro, el yate, con las mayores cargadas, se mantenía a poco vapor. Su humo se perdía confusamente en las brumas de la mañana. La marejada era fuerte, y un buque de tanto calado como el *Duncan* no podía sin mucho peligro acercarse a los bancos.

Glenarvan observaba con el anteojo de Paganel las evoluciones de su yate, de las cuales dedujo que John Mangles no había distinguido a los expedicionarios, pues el buque seguía bolineando con las gaviás rizadas.

Pero en aquel momento, Thalcave, después de atacar bien su carabina la descargó en dirección del yate.

Todos escucharon y miraron. Tres veces la carabina del indio despertó con su estampido los ecos de las dunas.

Al cabo se vio partir de un costado del yate una humareda blanca.

—¡Nos han visto! —exclamó Glenarvan. ¡El cañón del *Duncan* ha contestado!

Y algunos segundos después, una detonación sorda expiró en el límite de la playa. Inmediatamente el *Duncan* viró, y forzando el vapor, se acercó a la costa cuanto pudo.

Luego, con el auxilio del anteojo, se vio echar un bote al agua.

—*Lady* Elena no podrá venir —dijo Tom Austin— porque hay demasiado oleaje.

—Ni tampoco puede John Mangles dejar el buque —respondió Mac Nabbs.

—¡Hermana mía! ¡Hermana mía! —decía Roberto, tendiendo sus brazos hacia el yate que avanzaba rápidamente.

—¡Ah! ¡Cuánto tardamos en llegar a bordo! —exclamó Glenarvan.

—Paciencia, Edward —respondió el Mayor. Dentro de dos horas estaréis allí.

¡Dos horas! En efecto, la lancha, movida por seis remos, no podía en menos tiempo cubrir su trayecto de ida y vuelta por vigorosos y diestros que fuesen los remeros.

Entonces Glenarvan se acercó a Thalcave, el cual, con los brazos cruzados y al lado de *Thaouka*, miraba tranquilamente el agitado lomo de las olas.

Glenarvan le cogió la mano y le indicó el yate.

—Ven —le dijo.

El indio movió lentamente la cabeza.

—Ven, amigo —repitió Glenarvan.

—No —respondió tranquilamente Thalcave—. Aquí está *Thaouka* y allí las pampas —añadió abarcando con un ademán apasionado la inmensa extensión de las llanuras.

Glenarvan comprendió que el indio no querría abandonar jamás la pradera en donde blanqueaban los huesos de sus padres. Conocía el religioso lazo que unía a los hijos del desierto con su país natal.

Estrechó la mano de Thalcave, y no insistió. Ni insistió tampoco cuando el indio, que se sonrió a su manera, se negó a admitir la paga de sus servicios diciendo:

—Por amistad.

Glenarvan no pudo contestarle. Hubiera querido al menos dejar algo al indio que le recordase a sus amigos de Europa. Pero ¿qué le quedaba? Sus armas, sus caballos, todo se lo había arrebatado la desastrosa inundación.

En el mismo caso se hallaban sus amigos.

No sabía, pues, cómo manifestar su gratitud al generoso y valiente guía, cuando una idea asaltó su mente. Sacó de su cartera un medallón precioso que era un admirable retrato, una obra maestra de Lawrence, y lo ofreció al indio.

—Mi esposa —dijo.

Thalcave miró el retrato con ternura, y pronunció estas palabras:

—¡Buena y bella!

Después Roberto, Paganel, el Mayor, Tom Austin y los dos marineros, dirigieron al patagón las más patéticas frases de despedida. Todos se sentían profundamente conmovidos al separarse de aquel amigo tan intrépido y tan lleno de abnegación. Thalcave les estrechó a todos contra su ancho pecho. Paganel le hizo aceptar un mapa de la América meridional y de los dos océanos, que el indio había muchas veces mirado con interés. Era lo más precioso que el sabio poseía. En cuanto a Roberto, no podía dar más que sus caricias, y las ofreció a su salvador, reservándose algunas para *Thaouka*.

Entretanto, la lancha del *Duncan* se acercaba; se deslizó por un estrecho canal que formaban los bancos, y tocó en la playa donde quedó varada.

—¿Mi esposa? —preguntó Glenarvan.

—¿Mi hermana? —exclamó Roberto.

—*Lady Elena y Miss Grant os aguardan a bordo* —respondió el timonel de la lancha. Pero partamos, Milord, sin perder un instante, porque empieza el reflujo.

Se prodigaron al indio los últimos abrazos. Thalcave acompañó a sus amigos hasta la lancha, que fue puesta a flote. En el momento en que entraba Roberto en ella, el indio le cogió en sus brazos y le miró con ternura.

—¡Ahora vete! —dijo. ¡Ya eres un hombre!
—¡Adiós, amigo! —repitió Glenarvan.
—¡Nunca más nos volveremos a ver! —exclamó Paganel.
—¿*Quién sabe?* —respondió Thalcave, señalando al cielo.



Fueron las últimas palabras del indio, que se perdieron en el soplo del viento.

La lancha se alejó, ayudada por la marea descendente.

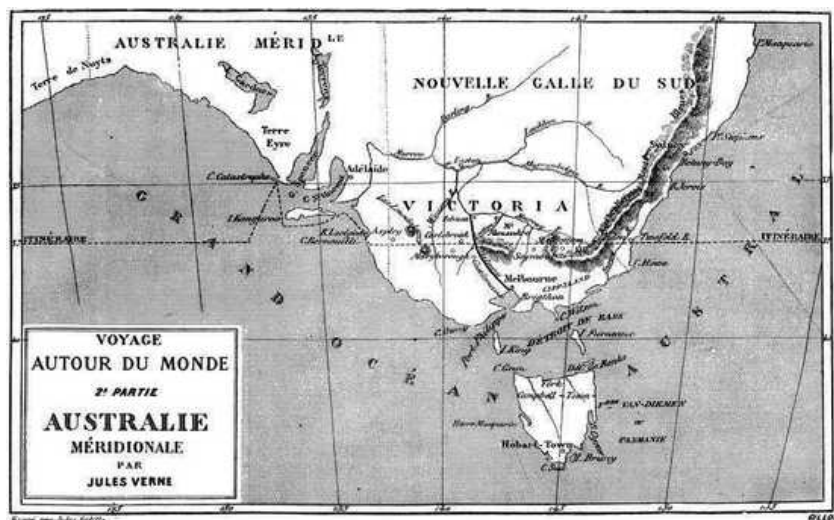
Durante mucho tiempo, la silueta inmóvil de Thalcave apareció por entre la espuma de las olas. Después su gigantesca estatura fue menguando, menguando incesantemente, hasta que desapareció de la vista de sus amigos de un día.

Una hora después, Roberto subía el primero a bordo del *Duncan* y se enlazaba al cuello de Mary, en tanto que la tripulación del yate

acogía a los expedicionarios con alegres y estrepitosos hurras.

De este modo se había llevado a cabo la travesía de la América del Sur, siguiendo una línea rigurosamente recta. Ni montañas, ni ríos, hicieron separarse a los viajeros de la imperturbable senda que se habían trazado, y si bien no tuvieron que combatir la mala voluntad de los hombres, los elementos, desencadenados frecuentemente contra ellos, sometieron a rudas pruebas su generosa intrepidez.

Los hijos del capitán Grant en Australia



Capítulo I

La vuelta a bordo

Los primeros instantes se dedicaron a expresar la alegría que a todos causaba el volverse a ver y hallarse nuevamente reunidos. Glenarvan no quiso disipar esta alegría en el corazón de sus amigos con la noticia del mal éxito de sus pesquisas, así es que sus primeras palabras fueron: «¡Confianza, amigos míos! ¡Confianza! El capitán Grant no está con nosotros, pero tenemos la seguridad de encontrarlo».

Necesario fue que lo afirmase con convicción para volver la esperanza a los pasajeros del *Duncan*.

En efecto, *Lady Elena* y *Mary Grant*, mientras la lancha se iba acercando al yate, sufrieron la más viva ansiedad y las más crueles angustias. Desde lo alto de la chupeta, procuraban contar los que veían a bordo.



Tan pronto Mary se desesperaba, como se figuraba ver a Harry Grant. Su corazón palpitaba, y no podía hablar ni casi sostenerse. Se apoyaba en los brazos de *Lady Elena*. John Mangles, que estaba junto a ella, observaba y callaba. Sus ojos de marino, tan acostumbrados a distinguir los objetos lejanos, no veían al capitán.

—¡Allí está! ¡Viene mi padre! —murmuraba la joven.

Pero la lancha se acercaba poco a poco, y la ilusión era ya imposible. Los viajeros se hallaban a menos de 100 brazas, y *Lady Elena*, John Mangles y hasta la misma Mary, con los ojos bañados de lágrimas, tuvieron que renunciar a su última esperanza.

Tiempo era ya de que *Lord Glenarvan* llegase e hiciese oír sus tranquilizadoras palabras.

Después de los primeros abrazos, *Lady Elena*, Mary Grant y John Mangles fueron puestos al corriente de los principales incidentes de

la expedición y lo primero que *Lord* Glenarvan dio a conocer fue la nueva interpretación del documento debida a la sagacidad de Santiago Paganel. Hizo también mil elogios de Roberto, que con razón llenaron a Mary de orgullo. Su valor, su abnegación, los peligros que había corrido, todo fue puesto en evidencia por Glenarvan de tal manera, que el joven se sonrojó, y no hubiera sabido dónde ocultarse si los brazos de su hermana no le hubiesen ofrecido un refugio.

—No te pongas colorado, Roberto —dijo John Mangles—, no has hecho más que conducirte como un digno hijo del capitán Grant.

Tendió sus brazos al hermano de Mary, y apoyó sus labios en sus mejillas humedecidas aún por las lágrimas de la joven.

Nada diremos de la acogida que recibieron el Mayor y el geógrafo, y del recuerdo con que fue honrado el generoso Thalcave. *Lady* Elena sintió en el alma no poder estrechar la mano del magnánimo indio. Mac Nabbs, pasadas las primeras efusiones de afecto, se fue a su camarote, donde se afeitó con mano tranquila y segura. Paganel revoloteaba de un lado a otro como una abeja, recogiendo un rico botín de cumplidos y sonrisas. Quiso abrazar a toda la tripulación del *Duncan*, y sosteniendo que *Lady* Elena formaba parte de ella lo mismo que Mary Grant, empezó su distribución por ellas para concluir en *Monsieur* Olbinett.

De ningún modo creyó el *steward* poder corresponder mejor a la cortesía del geógrafo, que anunciando el almuerzo.

—¡Santa palabra! —exclamó Paganel—. ¡El almuerzo!

—Sí, *Monsieur* Paganel —respondió *Monsieur* Olbinett.

—¿Un verdadero almuerzo, en una verdadera mesa, con verdaderos cubiertos y verdaderas servilletas?

—Claro, *Monsieur* Paganel.

—¿Y no comeremos charqui, ni huevos duros, ni filete de avestruz?

—¡Oh, *Monsieur* Paganel! —respondió el cocinero humillado en su arte.

—No he querido, amigo mío, herir vuestro amor propio —dijo el sabio sonriéndose—. Pero tal ha sido durante un mes nuestro ordinario y comíamos, no sentados a la mesa, sino echados en el suelo, cuando no montados a horcajadas en algún árbol. No debe,

pues, extrañaros que el almuerzo que acabáis de anunciarme me haya parecido un sueño, una ficción, una quimera.

—Pues bien, vamos a asegurarnos de que es una realidad, *Monsieur Paganel* —respondió *Lady Elena*, que reía regocijada.

—He aquí mi brazo —dijo el galante geógrafo.

—¿Vuestro Honor no tiene ninguna orden que darme para el *Duncan*? —preguntó John Mangles.

—Después de almorzar, querido John —respondió Glenarvan—, discutiremos en familia el programa de nuestra expedición.

Los pasajeros del yate y el joven capitán bajaron a la cámara común que servía de comedor y de cuarto de reunión. Se dio orden al maquinista de tenerlo dispuesto todo para partir a la primera señal. El Mayor recién afeitado, y los viajeros, después de haberse lavado y arreglado rápidamente, se sentaron a la mesa.

Nadie desdeñó el almuerzo de *Monsieur Olbinett*. Fue declarado excelente, y hasta superior a los espléndidos festines de la Pampa. Paganel comió de todos los platos, y repitió, por *distracción*, según él dijo.

Esta malhadada palabra indujo a *Lady Glenarvan* a preguntar si el amable francés había reincidido en su pecado habitual. El Mayor y *Lord Glenarvan* se miraron sonriéndose. Paganel soltó con toda franqueza una sonora carcajada, y se comprometió formalmente a no cometer una sola distracción durante todo el viaje. Después narró con mucho gracejo su *quid pro quo*, es decir, los profundos estudios que hizo de la lengua española en la obra portuguesa del gran Camoes.

—Pero —añadió al concluir— como no hay mal que por bien no venga, no siento haberme equivocado.

—¿Por qué, mi digno amigo? —preguntó el Mayor.

—Porque ahora, a más del español, poseo el portugués. Hablo dos lenguas en lugar de una.

—No había caído en ello —respondió Mac Nabbs—. Os felicito, Paganel, os doy mil parabienes.

Se aplaudió a Paganel, el cual no perdió bocado. Comía y hablaba a un mismo tiempo. Pero no notó una particularidad, que no dejó Glenarvan pasar inadvertida. A Glenarvan no se le escaparon las atenciones que mereció a John Mangles su vecina Mary Grant. Una leve señal de *Lady Elena* dijo claramente a su

esposo: *La cosa marcha*. Glenarvan miró a los dos jóvenes con afectuosa simpatía, e interpeló a John Mangles, pero no sobre el asunto.

—¿Y vuestro viaje, John? —le preguntó—. ¿Qué tal ha sido?

—Se ha verificado —respondió el capitán— en las mejores condiciones, si bien debo advertir a Vuestro Honor que hemos vuelto a tomar el derrotero del estrecho de Magallanes.

—¡Cómo! —exclamó Paganel—. ¡Habéis doblado el cabo de Hornos sin estar yo!

—¡Ahorcaos! —dijo el Mayor.

—¡Egoísta! ¡Quisierais que me ahorcase para utilizar mi cuerda! —respondió el geógrafo.

—Pero, querido Paganel —respondió Glenarvan—, no estando dotado del don de ubicuidad, no podéis estar en dos partes a la vez. ¿Cómo queríais doblar el cabo de Hornos, mientras recorríais la llanura de las Pampas?

—Es verdad, pero lo siento —replicó el sabio.

John Mangles prosiguió la narración de su travesía. Navegando a lo largo de la costa americana, había observado todos los archipiélagos occidentales sin hallar ningún rastro de la *Britannia*. Al llegar al cabo Pilares, a la entrada del estrecho, halló fuertes vientos y se dirigió hacia el sur; el *Duncan* pasó junto a las islas del Desconsuelo, se elevó hasta los 67 grados de latitud austral, dobló el cabo de Hornos, bordeó la Tierra del Fuego, y pasando el estrecho de Le Maire, siguió las costas de la Patagonia, donde a la altura del cabo Corrientes le asaltaron vientos terribles, los mismos que con tanta violencia hostilizaron a los viajeros durante la tormenta. Pero el yate se condujo bien, y hacía ya tres días que navegaba de vuelta y vuelta para no separarse mucho de la costa a la cual no podía, tampoco, acercarse demasiado, cuando los estampidos de la carabina le indicaron la llegada de los viajeros, a quienes con tanta impaciencia se aguardaba.

El capitán del *Duncan* hubiera sido injusto no haciendo mención de la extraordinaria intrepidez de *Lady* Glenarvan y de *Miss* Grant. La temperatura no las acobardó, y si algún temor manifestaron, se debió únicamente a la idea de los riesgos que debían correr los expedicionarios, errantes entonces por las llanuras de la República Argentina.

Así terminó John Mangles su relato, que fue seguido de las felicitaciones de *Lord Glenarvan*. Éste, dirigiéndose luego a Mary Grant, dijo:

—Querida *Miss*, veo con mucho gusto que el capitán John hace justicia a vuestras grandes cualidades y que vos no lo pasáis del todo mal a bordo de su buque.

—¿Es acaso posible pasarlo mal? —respondió Mary, mirando a *Lady Elena*, y tal vez también al joven capitán.

—¡Oh! Mi hermana os ama mucho, *Monsieur John* —exclamó Roberto—, y yo también.

—Y yo te correspondo, amiguito —respondió John Mangles, algo desconcertado por la salida de tono de Roberto, que hizo ruborizarse a Mary Grant.

Después, desviando la conversación hacia un terreno menos ardiente, John añadió:

—Puesto que nada más tengo que decir acerca del viaje del *Duncan*, ¿querrá Vuestro Honor darnos algunos pormenores relativos a su travesía de América y a las hazañas de nuestro joven héroe?

Ninguna relación podía ser más agradable a *Lady Elena* y a *Miss Grant*. *Lord Glenarvan*, conociendo cuán excitada estaba su curiosidad, la satisfizo al momento. Refirió con todos sus incidentes su viaje de un océano a otro. El paso de la cordillera de los Andes, el terremoto, la desaparición de Roberto, el rapto del cóndor, el disparo de *Thalcave*, el episodio de los lobos rojos, la abnegación del joven, el sargento Manuel, la inundación, el refugio en el ombú, el rayo, el incendio, los caimanes, el tifón, la noche al borde del Atlántico.

Tantas y tantas peripecias, tantas y tan variadas escenas, excitaron sucesivamente la alegría y el terror de sus oyentes. Más de un hecho se refirió que valió a Roberto las caricias de su hermana y de *Lady Elena*. Nunca el rostro de un niño ha sido tan pródigamente besado por amigos más entusiastas.

Cuando *Lord Glenarvan* hubo terminado su historia, añadió las siguientes palabras:

—Ahora, amigos míos, pensemos en el presente. El pretérito pasó, pero el porvenir nos pertenece. Volvamos al capitán Harry Grant.

Después de almorzar pasaron todos al gabinete particular de *Lady Elena* y se sentaron alrededor de una mesa llena de mapas y de planos, entablándose la conversación inmediatamente.

—Mi querida Elena —dijo *Lord Glenarvan*—, os he anunciado que si bien los náufragos de la *Britannia* no venían con nosotros, teníamos más que nunca esperanza de dar con ellos. De nuestra travesía por América ha resultado la convicción, o, por mejor decir, la seguridad de que la catástrofe no ocurrió en las costas del Pacífico, ni en las del Atlántico, y por consiguiente la interpretación que habíamos dado al documento es falsa por lo que atañe a la Patagonia. Muy felizmente, nuestro amigo Paganel, iluminado por una inspiración súbita, ha descubierto el error; ha demostrado que seguíamos una pista falsa, y ha interpretado el documento de manera que no permite al ánimo la menor vacilación. Se trata del documento escrito en francés, y suplico por lo mismo a Paganel que dé sus explicaciones, a fin de que nadie conserve acerca del particular la menor duda.

El sabio, que no necesitaba para hablar que le metiesen los dedos en la boca, no se hizo de rogar, y disertó de la manera más convincente sobre las palabras *gouse* e *indi*, haciendo salir rigurosamente del vocablo *austral* la palabra Australia.



Demostró que el capitán Grant, al dejar la costa del Perú para regresar a Europa, pudo en un buque desamparado ser arrastrado por las corrientes meridionales del Pacífico a las playas de Australia, y sus ingeniosas hipótesis, sus lógicas deducciones, obtuvieron la aprobación completa del mismo John Mangles, juez difícil de contentar, muy práctico en la materia, y que no se dejaba llevar de los vuelos de la imaginación.

Cuando Paganel hubo concluido su disertación, Glenarvan anunció que el *Duncan* iba inmediatamente a partir para Australia.

Sin embargo, antes de que se diese la orden de poner proa al este, el Mayor manifestó deseos de hacer una sencilla observación.

—Hablad, Mac Nabbs —respondió Glenarvan.

—No trato —dijo el Mayor— de debilitar, y menos aún de refutar los argumentos de mi amigo Paganel, que me parecen

fuertes, sagaces, valederos, dignos de toda nuestra atención, y que deben justamente formar la base de nuestras investigaciones futuras. Pero deseo que se sometan a un último examen, a fin de que su valor sea absolutamente incontestable.

Nadie sabía dónde quería ir a parar el prudente Mac Nabbs, y sus oyentes le escuchaban con cierta ansiedad.

—Continuad, Mayor —dijo Paganel—. Estoy pronto a responder a vuestras preguntas.

—Nada más sencillo —dijo el Mayor—. Cinco meses atrás, cuando en el golfo de Clyde estudiamos concienzudamente los tres documentos, su interpretación nos pareció evidente. Ninguna otra costa más que la costa occidental de la Patagonia podía haber sido el teatro del naufragio. Acerca del particular no nos quedaba ni sombra de duda.

—La reflexión es muy justa —respondió Glenarvan.

—Más adelante —prosiguió el Mayor—, cuando Paganel, en un momento de distracción providencial, se embarcó en el *Duncan*, sometimos a su juicio los documentos, y aprobó sin reserva nuestras pesquisas en la costa americana.

—Convengo en ello —respondió el geógrafo.

—Y sin embargo, todos andábamos desacertados —dijo el Mayor.

—Sí, estábamos engañados —repitió Paganel—. Para engañarse, Mac Nabbs, basta ser hombre, pero para persistir en el error es preciso ser loco.

—Escuchad, Paganel —respondió el Mayor—, y no os molestéis. Yo no quiero decir que nuestras investigaciones deban prolongarse en América.

—¿Qué queréis, pues? —dijo Glenarvan.

—Una confesión, nada más, la confesión de que Australia parece ser en la actualidad el teatro del naufragio de la *Britannia* tan evidentemente como antes parecía serlo América.

—Lo confesamos sin dificultad —respondió Paganel.

—Y yo tomo nota de la confesión —repuso el Mayor—, y me aprovecho de ella para obligar a vuestra imaginación a desconfiar de esas evidencias sucesivas y contradictorias. ¡Quién sabe si, después de Australia, no nos ofrecerá otro país las mismas seguridades, y si practicadas inútilmente las nuevas investigaciones

a que vamos a entregarnos, no nos parecerá *evidente* que deben intentarse en otra parte!

Glenarvan y Paganel se miraron. Las observaciones del Mayor eran muy justas.

—Deseo, pues —repuso Mac Nabbs—, que antes de hacer rumbo para Australia, se haga una última prueba. Aquí están los documentos y los mapas. Examinemos sucesivamente todos los puntos por donde pasa el paralelo 37, y veamos si se encuentra o no algún otro país de que nos dé el documento la indicación precisa.

—Nada más fácil ni más breve —respondió Paganel—, porque afortunadamente por dicha latitud no abundan las tierras.

—Veamos —dijo el Mayor, extendiendo sobre la mesa un planisferio inglés, levantado según la proyección de Mercator, que ofrecía todo el conjunto del globo terráqueo.

Se puso el mapa delante de *Lady Elena*, y todos se colocaron de modo que pudiesen seguir la demostración de Paganel.

—Como he indicado ya —dijo el geógrafo—, el 37° de latitud, después de haber atravesado América del sur, encuentra las islas de Tristán da Cunha. Pues bien, sostengo que no hay una sola palabra en el documento que pueda referirse a estas islas.

Examinados escrupulosamente los documentos, hubo que reconocer que Paganel tenía razón. Tristán da Cunha fue excluida por unanimidad.

—Continuemos —añadió el geógrafo—. Al salir del Atlántico, pasamos a 2° debajo del cabo de Buena Esperanza, y penetramos en el mar de las Indias. No encontramos en el camino más que un grupo de islas, el de las islas de Amsterdam. Sometámoslo al mismo examen que a Tristán da Cunha.

Después de una comprobación atenta, las islas de Amsterdam fueron a su vez excluidas. Ninguna palabra, mutilada ni entera, francesa, inglesa o alemana, se aplicaba a aquel grupo del océano Indico.

—Llegamos ahora a Australia —repuso Paganel—; el paralelo 37 encuentra este continente en el cabo de Bernouille, y sale de él por la bahía de Twofold. Convendréis conmigo, sin violentar los textos, que la palabra inglesa *stra* y la francesa *austral* pueden aplicarse a Australia. Acerca del particular no debo insistir.

Todos aprobaron la conclusión formulada por Paganel, cuyo

sistema reunía en su favor todas las probabilidades.

—Vamos más allá —dijo el Mayor.

—Vamos —respondió el geógrafo—. El viaje es fácil. Dejando la bahía de Twofold, se atraviesa el brazo de mar que se extiende al este de Australia y se encuentra Nueva Zelanda. Os recordaré ante todo que la palabra truncada *contin* del documento francés indica un *continente* de una manera incuestionable. El capitán Grant no puede, pues, haber encontrado refugio en Nueva Zelanda, que no es más que una isla. Como quiera que sea, examinad, comparad, forzad, combinad las palabras y ved si pueden convenir a esta nueva comarca. Imposible, de todo punto imposible.

—Imposible de todo punto —respondió John Mangles, observando minuciosamente los documentos y el planisferio.

—No —dijeron todos los oyentes de Paganel, incluso el Mayor—; no, no puede ser Nueva Zelanda.

—Ahora —repuso el geógrafo— debemos observar que en todo este inmenso espacio que separa la gran isla de la costa americana, el paralelo 37 no atraviesa más que un islote árido y desierto.

—¿Cómo se llama? —preguntó el Mayor.

—Mirad el mapa. Es María Teresa, nombre del que no se encuentra el menor indicio en ninguno de los tres documentos.

—Ninguno —respondió Glenarvan.

—Decid ahora, amigos míos, que no están en favor del continente australiano todas las probabilidades, por no decir todas las seguridades.

—Evidentemente —reconocieron unánimes los pasajeros y el capitán del *Duncan*.

—John —dijo entonces Glenarvan—, ¿tenéis bastantes víveres y carbón?

—Sí, Milord; me he provisto en grande en Talcahuano, y, además, la ciudad de El Cabo nos permitirá renovar muy fácilmente nuestro combustible.

—Pues bien, entonces trazad el derrotero...

—Una pequeña observación —dijo el Mayor, interrumpiendo a su amigo.

—Hablad, Mac Nabbs.

—Cualesquiera que sean las garantías de éxito que nos ofrezca Australia, ¿no sería conveniente hacer un día o dos de escala en las

islas de Tristán da Cunha y de Amsterdam? Están situadas en nuestro camino, y no nos desvían de nuestro rumbo. Sabremos entonces si la *Britannia* ha dejado allí alguna huella de su naufragio.

—¡El incrédulo Mayor —exclamó Paganel— sigue en sus trece!

—Lo que yo quiero —respondió Mac Nabbs— es no tener que retroceder, si Australia, por casualidad, no realizara las esperanzas que hace concebir.

—La precaución me parece bien —respondió Glenarvan.

—Y no seré yo quien os disuada de tomarla —replicó Paganel—. Todo lo contrario.

—Entonces, John —dijo Glenarvan—, la proa a Tristán da Cunha.

—Ahora mismo, Milord —respondió el capitán, y subió a cubierta, en tanto que Roberto y Mary Grant dirigían a Glenarvan las más sentidas palabras de reconocimiento.

Poco después, el *Duncan*, alejándose con rumbo al este de la costa americana, hendió con su cortante tajamar las olas del océano Atlántico.

Capítulo II

Tristán da Cunha

Si el yate hubiese seguido la línea del ecuador los 196° que separan Australia de América, o, por mejor decir, el cabo Bernouille, del cabo Corrientes, habrían equivalido a 11.760 millas geográficas. Pero en el paralelo 37 estos 196°, a consecuencia de la forma del Globo, no representan más que 9.480 millas. Desde la costa americana de Tristán da Cunha se cuentan 2.400 millas de distancia que John Mangles esperaba salvar en diez días, si no retardaban la marcha del yate los vientos del este. Pero no hubo vientos contrarios. Al anochecer la brisa decayó sensiblemente, después varió, y el *Duncan* pudo desplegar en un mar tranquilo todas sus incomparables cualidades.

Los pasajeros habían vuelto a sus costumbres de a bordo. No parecía que hubiesen permanecido un mes fuera del buque. Después de haber surcado las aguas del Pacífico se extendían bajo sus miradas las del Atlántico, y, salvo algunos matices, todas las olas se parecen. Los elementos, que a tan terribles pruebas les habían sometido, reunían sus esfuerzos para favorecerles. El océano estaba tranquilo, el viento venía de buena parte, y todo el velamen, hinchado por las brisas del oeste, ayudaba al infatigable vapor almacenado en la caldera.

Aquella rápida travesía se llevó a cabo sin accidentes ni incidentes. Se esperaba con confianza la costa australiana. Las probabilidades se convertían en certezas. Se hablaba del capitán Grant como si el yate fuese a buscarle en un punto determinado. Su camarote y los coys de sus dos compañeros se prepararon a bordo. Mary Grant se complacía en arreglarlos y embellecerlos con sus propias manos. Le había cedido su cámara *Monsieur* Olbinett, el cual se trasladó a la de *Madame* Olbinett, que confinaba con el famoso

número seis, retenido a bordo del *Scotia* por Santiago Paganel.

Casi de continuo permanecía encerrado en él el sabio geógrafo. Trabajaba desde el amanecer hasta que anochecía en una obra titulada: *Sublimes impresiones de un geógrafo en la Pampa argentina*. Se le oía articular y casi cantar con voz conmovida sus elegantes y redondeados períodos antes de fijarlos en las blancas páginas de su prontuario, y más de una vez, infiel a Clío, la musa de la Historia, invocó en sus transportes a la divina Calíope, que está al frente de la Epopeya.

Paganel no lo negaba. Por él las castas hijas de Apolo abandonaban voluntariamente las cumbres de Helicón y del Parnaso, por lo que *Lady Elena* le felicitaba sinceramente. El Mayor le felicitaba también por sus visitas mitológicas.

—Pero sobre todo —añadía— no más distracciones, querido Paganel, y si por casualidad os pasa por el magín aprender el australiano, no lo estudiéis en una gramática china.

Las cosas de a bordo iban, pues, viento en popa. *Lord* y *Lady Glenarvan* observaban con interés a John Mangles y Mary Grant, sobre cuyas relaciones nada tenían que decir, y puesto que John no les hablaba nunca de ellas, lo mejor era dejarlas pasar como inadvertidas.

—¿Qué pensará el capitán Grant? —dijo un día Glenarvan a *Lady Elena*.

—Pensará que John es digno de Mary, querido Edward, y no se engañará.

El yate marchaba rápidamente hacia su objetivo. Cinco días después de haber perdido de vista el cabo Corrientes, el 16 de noviembre, se hicieron sentir muy buenas brisas del este, tan codiciadas por los buques que doblan la punta africana combatidos por los vientos regulares del Sudoeste. El *Duncan* echó trapo y más trapo, y con su trinquete, su cangreja, sus gavias, sus juanetes, sus sobres, sus alas y arrastraderas, forzó su marcha con sin igual atrevimiento. Su hélice mordía apenas las aguas fugitivas que cortaba su entrave, y parecía entonces que luchaba con los yates de carrera del *Royal-Thames-Club*.

Al día siguiente el océano, cubierto de inmensas olas, parecía un estanque obstruido por las hierbas. Hubiérase dicho que era un mar de mimbres entretejidos, suministrados por los despojos de todas las

plantas y árboles arrancados de los continentes cercanos. El *Duncan* parecía deslizarse por una larga pradera que Paganel comparó justamente con las Pampas, y se demoró un poco su marcha.

Veinticuatro horas después, al rayar el alba, se oyó la voz del vigía.

—¡Tierra! —exclamó.

—¿En qué dirección? —preguntó Tom Austin, que estaba de cuarto^[1].

—A sotavento —respondió el vigía.

A este grito conmovedor, se pobló al momento la cubierta del yate. Muy pronto salió de la toldilla un inmenso anteojo de larga vista, seguido inmediatamente de Santiago Paganel.

El sabio asestó su instrumento en la dirección indicada, y nada vio que pareciese tierra.

—Mirad las nubes —le dijo John Mangles.

—En efecto —respondió Paganel—, parece una especie de pico, casi imperceptible aún.

—Es Tristán da Cunha —respondió John Mangles.

—Entonces, si no me es infiel la memoria —replicó el sabio—, debemos estar de él a la distancia de ochenta millas, que es la distancia a que es visible el pico de Tristán, que tiene ocho mil pies de altura.

—Precisamente —respondió el capitán John.

Algunas horas después fue perfectamente visible en el horizonte el grupo de islas muy altas y muy escarpadas. La cumbre cónica de Tristán se destacaba en negro sobre el fondo resplandeciente del cielo, listado por los rayos del sol naciente, y luego la isla principal se ostentó coronando una mole de rocas, en la cima de un triángulo inclinado hacia el Nordeste.



Tristán da Cunha está situado a los $37^{\circ} 8'$ de latitud austral, y $10^{\circ} 44'$ de longitud al oeste del meridiano de Greenwich. A 18 millas al Sudoeste está la isla Inaccesible, y a 10 millas al Sudeste la del Ruiseñor, las cuales completan aquel pequeño grupo aislado en aquella pequeña porción de Atlántico. Hacia el mediodía se distinguieron las dos principales señales que sirven a los navegantes de punto de reconocimiento, a saber, en un ángulo de la isla Inaccesible una roca que figura exactamente un buque a toda vela, y en la punta norte de la isla de Ruiseñor dos islotes que parecen un fuerte arruinado. A las tres, el *Duncan* entró en la bahía de Falmouth de Tristán da Cunha, abrigada de los vientos del oeste por la punta de Help o del Buen Socorro.

Allí estaban anclados algunos balleneros dedicados a la caza de focas y otros animales marinos, de los que en aquellas costas se

presentan innumerables variedades.

John Mangles buscó detenidamente un buen fondeadero, porque aquellas ensenadas de herradura son muy peligrosas cuando soplan vientos del noroeste y del norte, y en aquel sitio precisamente se perdió con todo su cargamento y tripulación en 1829 el bergantín inglés *Julia*. El *Duncan* atracó a media milla de la playa y ancló sobre un fondo de rocas de veinte brazas. Pasajeros y pasajeras se embarcaron inmediatamente en la lancha, y pusieron el pie en una arena fina y negra, impalpable residuo de las rocas calcinadas de la isla.

La capital de todo el grupo de Tristán da Cunha consiste en una aldea situada en el fondo de la bahía, a orillas de un gran arroyo muy murmurador. La componen unas cincuenta casas bastante limpias y dispuestas con la regularidad geométrica que parece ser la última palabra de la arquitectura inglesa. Detrás de aquella ciudad en miniatura se extiende una llanura de 1.500 hectáreas, limitada por un inmenso terraplén de lavas, y en aquella meseta descuella la cumbre cónica, que tiene 7.000 pies de altura.

Lord Glenarvan fue recibido por un gobernador que depende de la colonia inglesa de El Cabo. Preguntó inmediatamente por Harry Grant y la *Britannia*, cuyos nombres eran enteramente desconocidos. Las islas de Tristán da Cunha están fuera del derrotero de los buques, y son, por consiguiente, poco frecuentadas. Desde el célebre naufragio del *Blanden Hall*, que embarrancó en 1821 en las arenas de la isla Inaccesible, dos buques habían arribado desmantelados a la isla principal, el *Primauguet* en 1845, y la fragata americana *Philadelphia* en 1857. No consigna la estadística cunhiana de los siniestros otras catástrofes.

No esperaba Glenarvan encontrar datos más precisos y sólo preguntó al gobernador de la isla para tranquilidad de su conciencia. Hasta envió todas las lanchas de a bordo a dar una vuelta alrededor de la isla, cuya circunferencia es todo lo más de 17 millas. Aunque fuese tres veces mayor, Londres o París no cabrían en ella.

Durante este reconocimiento, los pasajeros del *Duncan* efectuaron un paseo por la aldea y las playas vecinas.

La población de Tristán da Cunha no llega a 150 habitantes. Éstos son ingleses y americanos casados con negras y hotentotas de

El Cabo, que nada dejan que desear bajo el punto de vista de la fealdad. Los hijos de esos enlaces heterogéneos presentan una mezcla muy desagradable de la rigidez sajona y de la negrura africana.

Aquel paseo de gentes que se sentían felices sólo al pensar que pisaban terreno firme se extendió hasta la playa con que confina la gran llanura cultivada que sólo existe en aquella parte de la isla. En todos los demás puntos la costa está formada por acantilados de lava escarpados y áridos. Allí se contaban millares de millares de enormes albatros y esos sorprendentes animales llamados pájaros bobos.

Los viajeros, después de examinar aquellas rocas de origen ígneo, se encaminaron a la llanura. Numerosos manantiales, alimentados por las perpetuas nieves del cono, murmuraban en distintas direcciones; verdes matorrales, en los que se contaban casi tantos pájaros como flores, amenizaban el escenario; un solo árbol de la especie de los filíperos, que tenía veinte pies de altura, y el *tusseh*, planta gigantesca de tallo leñoso, descollaban sobre los zarzales; una aceña sarmentosa, de grano picante, perteneciente, a la familia de las rosáceas, gruesos bejucos de entrelazados filamentos, ananás, cuyos perfumes balsámicos cargaban la atmósfera de penetrantes olores, musgos, apios salvajes y helechos formaban una flora escogida, aunque poco numerosa.

Una eterna primavera animaba con su benéfica influencia aquella isla privilegiada. Paganel sostuvo con su habitual entusiasmo que allí estaba la famosa Ogigia cantada por Fenelón, y propuso a *Lady Glenarvan* buscar una gruta y suceder ella a la amable Calipso, sin pedir él para sí mismo más misión que ser *una de las ninfas que la servían*.

Platicando y admirando, llegaron los paseantes al yate a la caída de la tarde. En las inmediaciones de la isla pacían muchos bueyes y rebaños de carneros y los campos de trigo, maíz y legumbres, importados allí cuarenta años atrás, ostentaban sus naturales riquezas hasta en las calles de la capital.

En el momento de regresar *Lord Glenarvan* a bordo, llegaban al yate las lanchas que en algunas horas habían dado la vuelta a la isla, sin encontrar en ninguna parte vestigio de la *Britannia*. Aquel viaje de circunvalación hizo borrar definitivamente la isla de

Tristán del programa de las investigaciones, y no dio ningún otro resultado.

El *Duncan* podía sin ningún reparo abandonar inmediatamente aquel grupo de islas africanas, y seguir su rumbo al este. Si no partió aquella misma noche se debió a que Glenarvan autorizó a la tripulación para ir a la caza de focas, que son allí numerosísimas, y, bajo el nombre de vacas, leones, osos y elefantes marinos, pueblan las orillas de la bahía de Falmouth. En otro tiempo las ballenas francas abundaban en las aguas de la isla, pero tanto las acosaron y arponearon los pescadores, que son ya muy contadas las que aparecen en aquellos mares. La tripulación del yate resolvió dedicar a la caza toda la noche, y proveerse abundantemente de aceite, por cuyo motivo quedó aplazada la partida para el día siguiente, veinte de noviembre.

Durante la cena, Paganel dio algunos curiosos pormenores sobre las islas de Tristán que interesaron a sus oyentes. Éstos supieron que aquel grupo, descubierto en 1506 por el portugués Tristán da Cunha, uno de los compañeros de Alburquerque, permaneció inexplorado por espacio de más de un siglo. Pasaba, no sin razón, por un nido de tempestades, siendo tan mala su reputación como la de las islas Bermudas. Muy pocos buques visitaban las islas de que se compone, y ninguno se acercaba a ellas como no fuese de arribada forzosa, arrojado a pesar suyo por los huracanes del Atlántico.

En 1697, tres buques holandeses de la «Compañía de Indias» arribaron a las islas de Tristán y determinaron su posición, dejando al gran astrónomo Halley el cuidado de revisar sus cálculos en 1700. Desde 1712 hasta 1761, algunos navegantes franceses tuvieron de ellas conocimiento, principalmente La Pérouse, que, en virtud de las instrucciones que llevaba, tocó en ellas durante su célebre viaje de 1783.

Estas islas, tan poco visitadas hasta entonces, habían permanecido desiertas, cuando en 1811 el americano Jonathan Lambert se propuso colonizarlas. Él y dos compañeros abordaron en ellas en enero, y desempeñaron resueltamente su oficio de colonos. El gobernador inglés de El Cabo de Buena Esperanza, sabiendo que prosperaban, les ofreció el protectorado de Inglaterra. Jonathan aceptó y enarboló en su cabaña el pabellón británico.

Parecía deber reinar pacíficamente sobre sus *pueblos*, compuestos de un viejo italiano y de un mulato portugués, cuando un día, en un reconocimiento de su imperio, se ahogó o le ahogaron, no se sabe cómo ni por qué. Llegó 1816. Napoleón fue cautivo a Santa Elena, y para asegurarle mejor, Inglaterra puso guarnición en la isla de la Ascensión y en Tristán da Cunha. La guarnición de Tristán consistía en una compañía de artillería de El Cabo y un destacamento de hotentotes, que permanecieron allí hasta 1821, y a la muerte del prisionero de Santa Elena volvieron a El Cabo.

—Un solo europeo —añadió Paganel—, un cabo, un escocés...

—¡Ah! ¡Un escocés! —dijo el Mayor, a quien sus compatriotas interesaban siempre muy especialmente.

—Se llamaba William Grass —respondió Paganel—, y permaneció en la isla con su mujer y dos hotentotes. Luego dos ingleses, un marinero y un pescador del Támesis, ex dragón en el ejército argentino se reunieron al escocés, y, por último, en 1712, uno de los naufragos del *Blendon Hall*, acompañado de su joven mujer, halló refugio en la isla de Tristán. Así, pues, la isla tenía, en 1712, seis hombres y dos mujeres. En 1721 tenía siete hombres, seis mujeres y catorce niños.

En 1815, el número se había elevado a cuarenta, y actualmente se ha triplicado.

—Así empiezan las naciones —dijo Glenarvan.

—Añadiré —repuso Paganel— para ampliar la historia de Tristán da Cunha, que esta isla no merece menos que la de Juan Fernández, el nombre de la isla de los Robinsones. Si dos marineros fueron sucesivamente abandonados en Juan Fernández, dos sabios estuvieron muy próximos a serlo en Tristán da Cunha. En 1793, uno de mis compatriotas, el naturalista Aubert Dupetit-Thonars, arrebatado por su entusiasmo por la flora, se perdió, y no llegó al buque sino en el acto mismo de mandar el capitán levar anclas. En 1824, un compatriota vuestro, amigo Glenarvan, un hábil dibujante, Augusto Earle, permaneció ocho meses abandonado en la isla. Su capitán, olvidando que estaba en tierra, se hizo a la vela para El Cabo.

—¡Vaya un capitán distraído! —respondió el Mayor—. ¿Era sin duda pariente vuestro, Paganel?

—Si no lo era, merecía serlo.

La respuesta del geógrafo puso fin a la conversación.

Durante la noche, la tripulación del *Duncan* hizo buena caza, pasando de la vida a la muerte a unas cincuenta grandes focas; después de haber autorizado la caza no podía Glenarvan oponerse a que se sacase partido de ella.



El día siguiente se invirtió en extraer el aceite y preparar las pieles de los lucrativos anfibios. Los pasajeros, como era natural, hicieron en este segundo día de descanso otra excursión por la isla. Glenarvan y el Mayor llevaron las escopetas para saber lo que era la caza cunhiana.

Llegaron los paseantes hasta la falda de la montaña, en un

terreno sembrado de restos descompuestos, escorias, lavas porosas y negras, y todos los detritos volcánicos. La falda del monte salía de un caos de rocas abrasadas. Era difícil desconocer la naturaleza volcánica del enorme cono, y no se equivocó el capitán inglés, Carmichael, que dijo que era un volcán apagado.

Los cazadores levantaron algunos jabalíes. Uno de ellos fue víctima de una bala del Mayor. Glenarvan se contentó con matar algunos pares de perdices negras, con las que el cocinero de a bordo debía hacer un delicioso salmorejo. Se distinguieron en los lomos de las mesetas altas, muchas cabezas montesas.

Pululaban, y prometían ser con el tiempo fieras muy distinguidas, gatos monteses muy atrevidos y robustos.

A las ocho, todos los pasajeros se hallaban a bordo, y durante la noche el *Duncan* dejaba la isla de Tristán da Cunha para nunca más volverla a ver.

Capítulo III

La isla de Amsterdam

La intención de John Mangles era proveerse de carbón en el cabo de Buena Esperanza. Tuvo, por tanto, que separarse un poco del paralelo 37 y subir 2° al norte. El *Duncan* se hallaba en la zona de los vientos alisios, y encontró fuertes brisas del oeste que favorecieron su marcha.^[2]

En menos de seis días salvó las 1.300 millas que separan a Tristán da Cunha de la punta africana. El 24 de noviembre, a las tres de la tarde, se reconoció la montaña de la Tabla, y poco después John distinguió la montaña de las señales, que indica la entrada de la bahía. Llegó a ella a las ocho, y ancló en el puerto de Cape-Town.

Paganel, en su calidad de miembro de la Sociedad de Geografía, no podía ignorar que la extremidad de África fue entrevista por primera vez en 1486 por el almirante portugués Bartolomé Díaz, y doblada en 1497 por el célebre Vasco da Gama. ¿Cómo había de ignorarlo Paganel, habiendo Camoes cantado en sus *Lusiadas* la gloria del gran navegante? Pero respecto del particular hizo una observación curiosa. Si Díaz en 1486, seis años antes del primer viaje de Cristóbal Colón, hubiese doblado el cabo de Buena Esperanza, el descubrimiento de América se habría retardado indefinidamente. El camino de El Cabo era el más corto y más directo para ir a las Indias orientales, y como engolfándose hacia el oeste, lo único que se proponía el gran marino genovés era abreviar los viajes al país de las especias, una vez doblado el cabo su expedición carecía de objeto, y es probable que no la hubiera intentado.

La ciudad de El Cabo, situada en el fondo de Cape Bay, fue fundada en 1652 por el holandés Van Riebeck. Era la capital de una

importante colonia, que se hizo decididamente inglesa después de los tratados de 1815. Los pasajeros del *Duncan* se aprovecharon de la detención del yate para visitarla. No podían disponer más que de doce horas, porque un día bastaba al capitán John para renovar sus provisiones, y quería zarpar al amanecer del 26.

No había tampoco necesidad de tomarse más tiempo para recorrer las casas regulares de aquel tablero de ajedrez que se llama Cape Town, en el cual treinta mil habitantes, unos blancos y otros negros, hacen el papel de reyes, reinas, alfiles, caballos, peones y tal vez de locos. Así al menos se expresó Paganel. Después de haber visto el castillo que se levanta al sudeste de la ciudad, la casa y el jardín del Gobierno, la Bolsa, el Museo, la cruz de piedra plantada por Bartolomé Díaz en la época del descubrimiento, y después de haber bebido un vaso de Pontai, el predilecto de los vinos de Constanza, los curiosos pueden partir con la seguridad de que lo han visto todo. Y así lo hicieron al amanecer del día siguiente los viajeros del *Duncan*. El yate aparejó izando su foque, su trinquete, su cangreja y su gavia, y algunas horas después doblaba el famoso cabo de las Tempestades, llamado muy torpemente por el optimista Juan II, rey de Portugal, el cabo de Buena Esperanza.

Unos diez días bastaban, con buen mar y buen viento, para salvar las 2.900 millas que separan El Cabo de la isla de Amsterdam. Los elementos no daban a los navegantes los motivos de queja que habían dado a los viajeros de las Pampas. El aire y el agua, que se habían coaligado contra ellos en tierra firme, se mancomunaban entonces para empujarles por su derrotero.

—¡Ah! ¡El mar! ¡El mar! —repetía Paganel—. ¡El mar es el campo por excelencia en que se desenvuelven las fuerzas humanas, y el barco es el verdadero vehículo de la civilización! Reflexionad, amigos míos. Si el Globo no hubiese sido más que un inmenso continente, ni la milésima parte de él se conocería en pleno siglo XIX. Ved lo que pasa en el interior de los grandes territorios. En los páramos de Siberia, en las llanuras del Asia central, en los desiertos de África, en las praderas de Armenia, en los vastos terrenos de Australia, en las soledades heladas de los polos, el hombre no se atreve a penetrar, y el más valiente y más fuerte retrocede, y el más resignado sucumbe. No se puede pasar. Los medios de transporte son insuficientes. El calor, las enfermedades, el salvajismo de los

indígenas, son otros tantos obstáculos insuperables. Veinte millas de desierto separan más a los hombres que quinientas millas de océano. Los que habitan una costa son vecinos de los que habitan la costa opuesta, y son extranjeros unos de otros, los que viven en los límites opuestos de un bosque. Inglaterra confina con Australia, al paso que Egipto, por ejemplo, parece hallarse a millones de leguas del Senegal, y Pekín en los antípodas de San Petersburgo. Se atraviesa hoy el mar más fácilmente que el más pequeño Sáhara, y, gracias a él, como con mucha razón ha hecho observar un sabio americano^[3], se ha establecido un parentesco universal entre todas las partes del mundo.

Paganel hablaba con calor, y el mismo Mayor no tuvo que rectificar una sola palabra de este himno cantado al Océano.

Si para hallar a Harry Grant hubiese sido preciso atravesar un continente por la línea del paralelo 37, la empresa hubiera sido imposible; pero el mar estaba allí para transportar de una a otra tierra a los denodados investigadores, y el 6 de diciembre, a los primeros resplandores del día, dejó brotar una nueva montaña del seno de sus olas.

Era la isla de Amsterdam, situada a los 37° 47' de latitud, y 77° 24'^[4] de longitud, cuyo elevado cono, en días serenos, resulta visible a una distancia de cincuenta millas.

A las ocho, su silueta aún indeterminada reproducía con bastante exactitud el aspecto del pico del Teide.

—Y por consiguiente —dijo Glenarvan— se parece a Tristán da Cunha.

—Sí —respondió Paganel—, según el axioma geométrico-geográfico, que nos enseña que dos islas parecidas a una tercera se parecen entre sí. Añadiré que la isla de Amsterdam es también, como Tristán da Cunha, abundante en focas y en Robinsones.

—¿Hay, pues, Robinsones en todas partes? —preguntó Elena.

—La verdad es, señora —respondió Paganel—, que conozco pocas islas que no tengan su aventura de este género; y antes de que naciese Daniel Defoe, la casualidad había ya realizado la novela de vuestro inmortal compatriota.

—*Monsieur* Paganel —dijo Mary Grant—, ¿me permitís haceros una pregunta?

—Aunque sean dos, querida *Miss*, y me obligo a contestarlas

todas.

—Pues bien —repuso la joven—, ¿os asustaría mucho la idea de quedar abandonado en una isla desierta?

—¡A mí! —exclamó Paganel.

—Vamos, amigo —dijo el Mayor—, no nos digáis ahora que es vuestro mayor deseo.

—No diré tanto —replicó el geógrafo—, pero, en fin, la aventura no me desagradaría enteramente. Me arreglaría una vida nueva. Cazaría y pescaría; elegiría domicilio en una gruta durante el invierno, y en un árbol durante el verano; tendría almacenes para mis cosechas; en fin, colonizaría mi isla.

—¿Vos solo?

—Yo solo, en caso necesario. Además, ¿quién se encuentra solo en el mundo? ¿No se pueden escoger amigos entre los animales, domesticar un cabritillo, un papagayo elocuente, un mono amable? Y si la casualidad os depara un compañero como el fiel Viernes, ¿qué más necesitáis para ser dichoso? Dos amigos en una roca, he aquí la felicidad. Figuraos al Mayor y a mí...

—Gracias —replicó el Mayor—, no tengo afición al papel de Robinsón, y lo desempeñaría muy mal.

—Estimado Paganel —terció *Lady Elena*—, vuestra imaginación os lleva a los campos de la fantasía. Pero creo que la realidad es muy diferente al sueño. Vos no os representáis más que a esos Robinsones imaginarios, cuidadosamente colocados en una isla bien escogida, a quienes trata la Naturaleza como niños mimados. No veis las cosas más que por su lado bueno.

—¡Cómo! ¿Creéis, *Lady Elena*, que no se puede ser feliz en una isla desierta?

—No, no se puede. El hombre está formado para la sociedad, no para el aislamiento. La soledad no puede engendrar más que desesperación. La cuestión es de tiempo. Es posible que en un principio los cuidados de la vida material, las necesidades de la existencia, distraigan al desgraciado que acaba de librarse del furor de las olas; es posible que las exigencias de la situación presente le hagan olvidar las amenazas del porvenir; pero después, cuando se encuentra solo, lejos de sus semejantes, sin esperanza de volver a su país y al lado de aquéllos a quienes ama, ¿cuánto debe su pensamiento minar su cerebro, cuánto debe sufrir? Su islote es el

mundo entero. Toda la Humanidad se encierra en él, y al llegar la muerte, muerte espantosa en el abandono en que se encuentra, está como estará el último hombre en el último día del mundo. Creedme, *Monsieur* Paganel, es preferible no ser el último hombre.

Paganel cedió, no sin resistencia, a los argumentos de *Lady* Elena, y la conversación sobre las ventajas y desventajas del aislamiento se prolongó hasta que el *Duncan* echó el ancla a una milla de la costa de la isla de Amsterdam.

Las dos islas fueron descubiertas en diciembre de 1876 por el holandés Vlaming, y reconocidas después por Entrecasteux, que con la *Esperance* y la *Recherche* iba al descubrimiento del paradero de La Pérouse. De aquel viaje procede la confusión de las dos islas. El marino Barrow, Beaumont-Beaupré en el atlas de Entrecasteux, después de Horsburg, Pinkerton y otros geógrafos han descrito constantemente la isla de San Pedro en el lugar de la de San Pablo, y viceversa. En 1859, los oficiales de la fragata austriaca *Novara*, en su viaje de circunnavegación, procuraron no incurrir en el mismo error que Paganel ponía gran empeño en rectificar.

La isla de San Pablo, situada al sur de la isla de Amsterdam, no es más que un islote inhabitado, formado por una montaña cónica que debe ser un volcán antiguo. No así la isla de Amsterdam, a la cual la lancha llevó a los pasajeros del *Duncan*.

La isla de Amsterdam tendrá unas doce millas de circunferencia. Está habitada por algunos desterrados voluntarios que se han acostumbrado a una existencia monótona. Son los guardas de la pesquería, perteneciente, lo mismo que la isla, a un tal *Monsieur* Otovan, negociante, de la isla de la Reunión. Este soberano, no reconocido aún por las grandes potencias europeas, se forma una lista civil de 75.000 a 80.000 francos, pescando, salando y despachando un *cheilodactylus*, conocido menos sabiamente con el nombre de bacalao.

La isla de Amsterdam está destinada a ser francesa. Por derecho de prioridad pertenece a *Monsieur* Camin, armador de San Dionisio, en Bourbon; que fue el primero que la ocupó, cediéndola en virtud de un contrato internacional cualquiera, a un polaco que la hizo cultivar por esclavos malgaches. Quien dice polaco dice francés, si bien la isla pasó de polaca a ser francesa en manos de *Monsieur* Otovan.

El 6 de diciembre de 1864, a la llegada del *Duncan*, su población ascendía a 3 habitantes, un francés, y dos mulatos, dependientes del negociante propietario. Paganel tuvo, pues, ocasión de estrechar la mano a un compatriota en la persona del respetable *Monsieur Viot*, de edad muy avanzada. Este *sabio anciano* recibió con mucha cortesía a los viajeros. Era para él feliz el día en que era visitado. No frecuentan San Pedro más que cazadores de focas y balleneros, que suelen ser gentes muy groseras, y que ninguna educación han adquirido en sus relaciones con los anfibios y cetáceos.

Monsieur Viot presentó a sus súbditos, los dos mulatos, que con algunos jabalíes refugiados en el interior y muchos millares de pájaros bobos, formaban toda la población de la isla. La casita en que vivían los tres isleños estaba situada en el fondo de un puerto natural al Sudoeste, formado por el derrumbamiento de una parte de la montaña.



Mucho antes del reinado de Otovan I, la isla de San Pedro sirvió de refugio a náufragos. Paganel interesó mucho a sus oyentes, empezando su primera narración con estas palabras: *Historia de dos escoceses abandonados en la isla de Amsterdam*.

Era 1827. El buque inglés *Palmira*, pasando a la vista de la isla, percibió una humareda que subía al cielo. El capitán se acercó a la costa y vio dos hombres que con sus señas pedían auxilio. Envío su lancha a tierra y recogió a Santiago Paine, joven de veintidós años, y a Roberto Proudoot, que tendría unos cuarenta. Los dos desventurados conservaban apenas aspecto humano. Habían pasado dieciocho meses casi sin alimentos, casi sin agua potable, viviendo de mariscos, pescando con un mal clavo retorcido, cogiendo de cuando en cuando algún jabato a la carrera, permaneciendo tres días sin probar bocado, velando como vestales junto a una hoguera

encendida con su última partícula de yesca, no dejándola apagar un instante y llevándosela en sus excursiones como un objeto de imponderable valor, llenos de miseria, de privaciones, de padecimientos. Paine y Proudoot habían sido desembarcados en la isla por un *schooner* cazador de focas. Según costumbre de los cazadores, debían durante un mes, mientras aguardaban la vuelta del *schooner*, hacer provisiones de pieles y de aceite. El *schooner* no reapareció. Cinco meses después, el *Hope*, dirigiéndose a Van Diemen, hizo escala en la isla; pero su capitán, por uno de esos bárbaros caprichos que carecen de explicación, no quiso recibir a los dos escoceses, y zarpó sin dejarles una galleta ni un eslabón, de suerte que los dos desgraciados hubieran muerto muy pronto si el *Palmira*, pasando a la vista de la isla de Amsterdam, no les hubiera recogido a bordo.

La segunda aventura de que hace mención la historia de la isla de Amsterdam, en el supuesto de que semejante peñasco pueda tener una historia, es la del capitán francés Perón. Esta aventura empieza como la de los dos escoceses, y concluye del mismo modo: un desembarco voluntario en la isla, un buque que no vuelve y otro buque extranjero que el viento arroja casualmente a aquellos mares y recibe a los infelices, después de cuarenta meses de abandono. Pero un sangriento drama señaló la permanencia del capitán Perón, y ofrece curiosos puntos de semejanza con los acontecimientos imaginarios que aguardaban a su vuelta al héroe de Daniel Defoe.

El capitán Perón se había hecho desembarcar con cuatro marineros, dos ingleses y dos franceses, que debían dedicarse durante quince meses a la caza de los leones marinos. La caza fue feliz, pero cuando pasados los quince meses no volvió a aparecer el buque y los víveres se fueron agotando poco a poco, las relaciones internacionales se hicieron difíciles. Los dos ingleses se rebelaron contra el capitán Perón, el cual hubiera muerto a sus manos sin el auxilio de sus compatriotas. Desde aquel momento los dos partidos, vigilándose día y noche, siempre sobre las armas, tan pronto vencedores como vencidos, arrastraron una espantosa existencia de miseria y de angustias. Y el uno hubiera acabado con el otro, si un buque inglés no hubiese conducido de nuevo a su respectiva patria a aquellos desgraciados a quienes una cuestión de nacionalidad dividía en una roca del océano Indico.

No se conocen otras aventuras en la isla de Amsterdam, la cual, como se ve, fue dos veces morada de marineros abandonados, que la Providencia arrancó de las garras de la muerte. Pero desde entonces ningún buque se había perdido en sus costas. Un naufragio hubiera arrojado sus restos a la arena, y algunos náufragos hubieran llegado a las pesquerías de *Monsieur Viot*. El viejo hacía muchos años que vivía en la isla, y nunca tuvo ocasión de demostrar su carácter hospitalario a ninguna víctima del mar. Nada sabía de la *Britannia* ni del capitán Grant. Ni la isla de Amsterdam, ni el islote de San Pablo, que los balleneros visitan con frecuencia, habían sido teatro del naufragio.

No sorprendió ni entristeció a Glenarvan esta respuesta. Lo mismo él que sus compañeros, en sus diversas escalas, buscaban no dónde estaba el capitán Grant sino dónde no estaba. Querían comprobar su no presencia en aquellos distintos puntos del paralelo, y nada más. Se resolvió, pues, que partiese el *Duncan* al día siguiente.

Hasta que anocheció, estuvieron los viajeros recorriendo la isla, que en verdad no tiene muchos atractivos. Su fauna y su flora no hubieran llenado media página de un tratado de historia natural del más difuso de los naturalistas. El orden de los cuadrúpedos, aves, peces y cetáceos, no contenía más que algunos jabalíes, petreles, albatros, pértigos y focas. De las negras lavas brotaban a trechos aguas termales y manantiales ferruginosos que paseaban por encima del terreno volcánico sus densos vapores.



La temperatura de algunos manantiales era muy elevada. John Mangles sumergió en ellos un termómetro Fahrenheit, que marcó 176° . Los peces que se cogían en el mar a alguna distancia de allí, estaban cocidos en cinco minutos en aquellas aguas hirvientes, lo que decidió a Paganel a no bañarse en ellas.

Al anoecer, después de un buen paseo, Glenarvan se despidió del honrado *Monsieur Viot*. Todos le desearon la mayor felicidad posible en su islote desierto, y él en cambio hizo votos por que su expedición alcanzase buen éxito. La lancha llevó en seguida a los pasajeros a bordo del yate.

Capítulo IV

Las apuestas de Santiago Paganel y del mayor Mac Nabbs

A las tres de la mañana del 7 de diciembre, zumbaban ya las calderas del *Duncan*; la maroma del áncora, arrancada de la fina arena en que yacía, se iba enroscando alrededor del cilindro del cabrestante; quedó el áncora suspendida de la serviola; se puso en movimiento la hélice y el yate se hizo a la mar. A las ocho, cuando subieron los pasajeros a cubierta, la isla de Amsterdam desaparecía en las brumas del horizonte.

Era aquél el último punto de escala en el derrotero del paralelo 37, y le separaban 3.000 millas de la costa australiana. Con doce días más que siguiese el viento del oeste y que se mostrara favorable el mar, el *Duncan* llegaría al término de su viaje.

Mary Grant y Roberto contemplaban conmovidos aquellas olas que la *Britannia* surcara sin duda algunos días antes del naufragio. Allí tal vez el capitán Grant, desmantelado ya su buque, diezmada su tripulación, luchaba contra los terribles huracanes del mar de las Indias, y se sentía arrastrado a la costa por una fuerza irresistible. John Mangles mostraba a la joven las corrientes indicadas en las cartas de marear, y le explicaba su dirección constante. Una corriente entre otras, la corriente transversal del océano Indico, lleva al continente australiano, y su acción del oeste al este se deja sentir lo mismo en el Pacífico que en el Atlántico, y por consiguiente la *Britannia*, desarbolada y desmontado el timón, es decir, desarmada contra las violencia del mar y del cielo, debió correr a la costa y estrellarse en ella.

Sin embargo, se presentaba una dificultad. Las últimas noticias del capitán Grant eran de El Callao, del 30 de mayo de 1862, según la *Mercantile and Shipping Gazette*. ¿Cómo el 7 de junio, ocho días después de haber dejado las costas del Perú, podía la *Britannia*

encontrarse en el mar de las Indias? Consultado Paganel acerca del particular, dio una respuesta muy plausible, que satisfizo completamente hasta a los más desconfiados y meticulosos.

Una tarde, el 12 de diciembre, seis días después de haber zarpado de la isla de Amsterdam, *Lord* y *Lady* Glenarvan, Roberto y Mary Grant, el capitán John, Mac Nabbs y Paganel, estaban de conversación en la toldilla. Como de costumbre, se hablaba de la *Britannia*, que era a bordo el pensamiento dominante. Incidentalmente, se hizo mención de la dificultad indicada, cuyo efecto inmediato fue menguar las esperanzas de los pasajeros.

A la inesperada observación que hizo Glenarvan, Paganel levantó la cabeza, y luego, sin responder, fue a buscar el documento. Cuando volvió se contentó con encogerse de hombros, como un hombre avergonzado de haber dejado imponer momentáneamente un argumento miserable.

—Bien, querido amigo —dijo Glenarvan—, pero al menos contestad algo.

—Nada tengo que contestar —respondió Paganel—, me limitaré a hacer una pregunta al capitán John.

—Hablad, *Monsieur* Paganel —dijo John Mangles.

—¿Un buque de primera marcha puede atravesar en un mes toda la parte del océano Pacífico comprendida entre América y Australia?

—Sí, recorriendo al día 200 millas.

—¿Y puede hacerlas?

—Indudablemente. Son muchos los buques de vela que andan más.

—Pues bien —repuso Paganel—, el documento dice *7 de junio*; suponed, lo que es muy posible, que el mar haya borrado una cifra de la fecha, y leed *17 de junio* o *27 de junio*, y todo queda explicado.

—En efecto —respondió *Lady* Elena—, del 31 de mayo al 27 de junio...

—El capitán Grant ha podido atravesar el Pacífico y encontrarse en el mar de las Indias.

Un vivo sentimiento de satisfacción acogió la conclusión de Paganel.

—Gracias a nuestro amigo —dijo Glenarvan—, se ha aclarado otro punto. No tenemos, pues, que pensar más que en llegar a

Australia, y buscar en su costa occidental las huellas de la *Britannia*.

—O en su costa oriental —dijo John Mangles.

—En efecto, tenéis razón, John. Nada indica en el documento que la catástrofe haya sobrevenido en las orillas del oeste y no en las del este. Nuestras pesquisas deben dirigirse a los dos puntos en que corta Australia el paralelo 37.

—¿Así, pues, Milord, hay dudas acerca del particular? —dijo Mary Grant.

—¡Oh, no, *Miss*! —respondió John Mangles al momento para tranquilizar a la joven—. Milord se habrá hecho cargo de que si el capitán Grant hubiese tocado en las costas del este de Australia, hubiera inmediatamente encontrado todo género de auxilios. La costa del este es inglesa, si así puede decirse, y está poblada de colonos. La tripulación de la *Britannia* hubiera encontrado compatriotas antes de recorrer diez millas.

—Bien, capitán John —replicó Paganel—, opino lo mismo. En la costa oriental, en la bahía de Twofold, en la ciudad de Edén, Harry Grant hubiera recibido asilo en una colonia inglesa, y no le hubieran faltado medios de transporte para regresar a Europa.

—¿Y no han podido hallar los náufragos —dijo *Lady* Elena— los mismos recursos en la parte de Australia a que el *Duncan* nos lleva?

—No, *Lady* —respondió Paganel—, la costa está desierta. No la une a Melbourne o Adelaida vía alguna de comunicación. Si el *Britannia* se ha perdido en los arrecifes de que está erizada, ha carecido de auxilio, como si se hubiese estrellado en las playas inhospitalarias de África.

—Pero entonces —preguntó Mary Grant—, ¿qué habrá sido en dos años de mi pobre padre?

—Querida Mary —respondió Paganel—, ¿no tenéis por seguro que el capitán Grant después de su naufragio ganó la tierra australiana?

—Sí, *Monsieur* Paganel —respondió la joven.

—Pues bien, una vez llegado al continente, ¿qué ha sido del capitán Grant? Las hipótesis no son numerosas, pues se reducen a tres todas las que pueden hacerse. O Harry Grant y sus compañeros han alcanzado las colonias inglesas, o han caído en manos de los indígenas, o se han perdido en las inmensas soledades de Australia.

Paganel se detuvo, y buscó en los ojos de sus oyentes una

aprobación de su sistema.

—Continuad, Paganel —dijo Glenarvan.

—Voy a hacerlo —respondió Paganel—. Desde luego rechazo la primera hipótesis. Harry Grant no ha podido llegar a las colonias inglesas, porque allí su salvación era segura, y hace ya mucho tiempo que estaría junto a sus hijos en su tranquila ciudad de Dundee.

—¡Pobre padre mío! —murmuró Mary Grant—. ¡Dos años separado de nosotros!

—Deja hablar a *Monsieur* Paganel, hermana mía —dijo Roberto—, y él nos dirá...

—¡Ay! ¡Nada, hijo mío! Todo lo que puedo afirmar es que el capitán Grant se halla cautivo de los australianos, o...

—¿Pero esos indígenas —preguntó al momento *Lady* Glenarvan— son...?

—Tranquilizaos, señora —respondió el sabio, que adivinó el pensamiento de *Lady* Elena—; esos indígenas son salvajes, embrutecidos, y ocupan el último eslabón de la inteligencia humana, pero sus instintos son apacibles, y no son sus costumbres sanguinarias como las de sus vecinos de Nueva Zelanda. Si han hecho cautivos a los náufragos de la *Britannia*, no han amenazado su existencia: estad de ello bien persuadida. Todos los viajeros, de acuerdo en este punto, afirman que los australianos miran con horror el derramamiento de sangre humana, y en ellos han encontrado algunas veces fieles aliados para rechazar los ataques de las cuadrillas de los desertores de presidio cuya crueldad no reconoce límites.

—¿Oís lo que dice *Monsieur* Paganel? —repuso *Lady* Elena dirigiéndose a Mary Grant—. Si vuestro padre se halla en manos de los indígenas, como lo hace presentir el documento, le encontraremos...

—¿Y si está extraviado, perdido en un país tan inmenso? —dijo la joven, interrogando a Paganel con sus miradas.

—¡Le encontraremos también! —exclamó el geógrafo, con un acento que revelaba su confianza—. ¿No es verdad, amigos?

—Sin duda —respondió Glenarvan, que quiso dar a la conversación un giro menos triste—. No admito que se pueda perder nadie...

—Ni yo tampoco —replicó Paganel.

—¿Es muy grande Australia? —preguntó Roberto.

—Tanto como las cuatro quintas partes de Europa, muchacho. Tiene una superficie de 775.000.000 de hectáreas.

—¿Tan extensa es? —dijo el Mayor.

—Sí, Mac Nabbs, yarda más o menos. ¿No creéis que un país tan vasto tiene algún derecho a que se le dé la calificación de continente que le confiere el documento?

—Indudablemente, Paganel.

—Añadiré —repuso el sabio— que se citan pocos viajeros que se hayan perdido en tan dilatada comarca. Creo que Leichhart es el único cuyo paradero se ignora, y aún de éste, según informes recibidos en la Sociedad de Geografía poco tiempo antes de mi partida, Mac Intyre creía haber hallado las huellas.

—¿No ha sido Australia recorrida en todas sus partes? —preguntó *Lady Glenarvan*.

—Mucho le falta, señora —respondió Paganel—. Este continente no es más conocido que el interior de África, y no porque hayan faltado viajeros emprendedores. Desde 1606 hasta 1862 más de cincuenta se han dedicado en el interior y en las costas al reconocimiento de Australia.

—¡Oh, cincuenta! —dijo el Mayor afectando duda.

—¡Sí, Mac Nabbs, más de cincuenta! Hablo de los marinos que han determinado la configuración de las costas australianas arrojando los peligros de una navegación desconocida, y de los viajeros que se han internado en este vasto continente.

—Sin embargo, es mucho decir cincuenta —replicó el Mayor.

—Aún diré más, Mac Nabbs —repuso el geógrafo, siempre excitado por la contradicción.

—¿Diréis aún más, Paganel?



—¿Queréis apostar algo a que os cito de memoria, sin titubear, esos cincuenta nombres?

—¡Oh! ¡Oh! —dijo tranquilamente el Mayor—. ¡Lo que son los sabios! De nada dudan.

—Mayor —dijo Paganel—, ¿apostáis vuestra carabina de «Purdey Moore y Dickson» contra mi anteojos de «Secretan»?

—¿Por qué no, Paganel, si os gusta mi carabina? —respondió Mac Nabbs.

—¡Me alegro, Mayor! —exclamó el sabio—. He aquí una carabina con la cual no mataréis ya más gamos ni zorros a no ser que yo os la preste, lo que haré siempre con mucho gusto.

—Paganel —respondió Mac Nabbs formalmente—, cuando tengáis necesidad de mi anteojos, disponed de él con toda franqueza.

—Empecemos, pues —replicó Paganel—. Señoras y señores,

vosotros componéis el tribunal que ha de dar su fallo. Roberto, tú eres el encargado del escrutinio.

Lord y *Lady* Glenarvan, Mary, Roberto, el Mayor y John Mangles, a quien complacía la discusión, prestaron al geógrafo atento oído. Se trataba, además, de Australia, a donde les llevaba el *Duncan*, y su historia no podía ser más oportuna. Paganel fue, pues, invitado a proceder sin demora a sus esfuerzos de mnemotecnia.

—¡Mnemosina! —exclamó—. ¡Diosa de la memoria! ¡Madre de las castas musas! ¡Inspira a tu fiel y ferviente adorador! Doscientos cincuenta años atrás, amigos míos, Australia era un país desconocido. Se sospechaba sin duda la existencia de un gran continente austral, como lo prueban dos mapas que se conservaban en la biblioteca de vuestro Museo Británico, querido Glenarvan, y que llevan la fecha de 1550, los cuales hacen mención de una tierra al sur de Asia, designada en ellos con el nombre de Gran Java de los portugueses. Pero estas cartas o mapas no son bastante auténticos. Paso pues, al siglo XVII, al año 1606, en que Quirós, navegante español, descubrió una tierra a que dio el nombre de Australia del Espíritu Santo. Algunos autores han pretendido que se trataba del grupo de las Nuevas Hébridas, y no de Australia. No discutiré la cuestión. Cuenta ese Quirós, Roberto, y vamos a otro.



—Uno —dijo Roberto.

—En el mismo año, Luis Vaz de Torres, que mandaba como segundo la flota de Quirós, prosiguió más al sur el reconocimiento de las nuevas tierras. Pero la gloria del gran descubrimiento corresponde de derecho al holandés Teodorico Hartoge, el cual tocó en la costa occidental de Australia a los 25° de latitud, y le dio el nombre de *Eeclrackt*, que era el de su buque. Después de él se multiplican los navegantes. En 1618, Zeachen reconoció en la costa septentrional las tierras de Arnhem y de Van Diemen. En 1619, Jan Edels navega y bautiza con su propio nombre una porción de la costa del oeste. En 1622, Leuwin desciende hasta el cabo que es hoy su homónimo. En 1627, Nuitz y Witt, el uno al oeste y el otro al sur, completan los descubrimientos de sus predecesores, y les sigue el comandante Carpenter, que penetra con sus buques en esa vasta

escotadura llamada aún actualmente golfo de Carpentaria. Por último, en 1642, el célebre marino Tasman da vuelta alrededor de la isla de Van Diemen, que cree unida al continente, y le da el nombre de Gobierno general de Batavia, nombre que la posteridad, más justa, ha trocado por el de Tasmania. Entonces se había ya recorrido toda la circunferencia del continente australiano; se sabía que los océanos Indico y Pacífico lo rodeaban con sus aguas, y en 1765 el nombre de Nueva Holanda, que no debía conservar, era impuesto a esa gran isla austral, precisamente en la época en que iba a concluir el papel de los navegantes holandeses. ¿A qué número hemos llegado?

—A diez —respondió Roberto.

—De acuerdo —repuso Paganel—; hago una cruz, y paso a los ingleses. En 1686, un jefe de bucaneros, hermano de La Cote, uno de los más célebres filibusteros de los mares del Sur, William Dampier, después de numerosas aventuras salpicadas de placeres y miserias, llegó en el buque *Cygnat* a la costa noroeste de Nueva Holanda, a los 16° 50' de latitud; se puso en comunicación con los naturales, e hizo una descripción muy completa de sus costumbres, de su pobreza y de su inteligencia. En 1699, volvió a la bahía misma en que Hartoge había desembarcado, no a guisa de filibustero, sino como comandante del *Roebuck*, buque de la marina real. Hasta entonces, sin embargo, el descubrimiento de Nueva Holanda no interesaba más que como hecho geográfico. No se pensaba en colonizarla, y por espacio de tres cuartos de siglo, desde 1699 hasta 1770, ningún navegante llegó a ella. Pero entonces apareció el más ilustre de los marinos del mundo entero, el capitán Cook, y no tardó el nuevo continente en abrirse a las emigraciones europeas. James Cook, durante sus tres célebres viajes, tocó en las tierras de Nueva Holanda, siendo la primera vez el 31 de marzo de 1770. Después de haber observado felizmente en Otahiti el paso de Venus por el Sol^[5], lanzó Cook su pequeño buque, el *Endeavour*, al oeste del océano Pacífico.

Después de recorrer Nueva Zelanda, llegó a una bahía de la costa oeste de Australia, y la encontró tan abundante en plantas nuevas que le dio el nombre de Bahía Botánica. Es *Botany Bay*, la actual. Sus relaciones con los naturales medio embrutecidos fueron poco interesantes. Subió hacia el norte, y a los 16° de latitud, cerca

del cabo Tribulación, el *Endeavour* tocó en un bajo de coral, a 8 leguas de la costa. El peligro de irse a pique era inminente. Se echaron al mar víveres y cañones y en la noche siguiente la marea puso a flote el buque aligerado; y no se sumergió porque un pedazo de coral que penetró en la brecha cegó suficientemente la vía de agua. Pudo Cook conducir su buque a un ancón en que desaguaba un río que tomó el nombre de *Endeavour*, donde por espacio de tres meses, que se invirtieron en reparar las averías, los ingleses procuraron establecer comunicaciones útiles con los indígenas; pero en vista de la esterilidad de sus esfuerzos, se hicieron de nuevo a la vela. El *Endeavour* continuó su rumbo hacia el norte. Cook quería saber si había un estrecho entre Nueva Guinea y Nueva Holanda, y después de correr peligros y haber sacrificado veinte veces su buque, percibió el mar que se abría extensamente hacia el Sudoeste. El estrecho existía, y se ancló. Cook desembarcó en una pequeña isla, y tomando posesión en nombre de Inglaterra de la larga extensión de las costas que había reconocido, les dio el nombre muy británico de Nueva Gales del Sur. Tres años después, el denodado marino que mandaba la *Aventure* y la *Resolution*, el capitán Fourneau, fue en el primero de estos buques a reconocer las costas de la tierra de Van Diemen, y regresó suponiendo que formaba parte de Nueva Holanda. No fue hasta 1777, cuando su tercer viaje, que Cook fondeó con sus buques la *Resolution* y la *Decouverte*, en la bahía de la *Aventure*, en la tierra de Van Diemen, de donde zarpó para ir, meses después, a morir en las islas Sandwich.

—Era un gran hombre —dijo Glenarvan.

—El más ilustre marino que ha existido. Su compañero Banks fue quien sugirió al Gobierno inglés la idea de formar una colonia penitenciaria en Botany Bay. Después de él, corrieron aventuras en aquellos mares navegantes de todas las naciones. En la última carta que se recibió de La Pérouse, escrita en Botany Bay, con fecha 7 de febrero de 1787, el desventurado marino anuncia su intención de visitar el golfo Carpentaria y toda la costa de Nueva Holanda hasta el territorio de Van Diemen. Parte, y no vuelve. En 1788 el capitán Philipp funda en Port Jackson la primera colonia inglesa. En 1791, Vancouver rodeó un número considerable de costas meridionales del nuevo continente. En 1792, Entrecasteaux, enviado a descubrir el paradero de La Pérouse, dio la vuelta alrededor de Nueva

Holanda, al oeste y al sur, descubriendo de paso islas desconocidas. En 1795 y 1797, Flinders y Bass, dos jóvenes, prosiguen valerosamente en una barquichuela, que no tenía más que ocho pies de largo, el reconocimiento de las costas del sur, y en 1797 Bass pasa entre la tierra de Van Diemen y Nueva Holanda, por el estrecho que lleva su nombre. En aquel mismo año, Vlaming, el descubridor de la isla de Amsterdam, reconoció en las costas orientales el Swan River, o *río de los Cisnes*, en que hacían ostentación de sus galas cisnes negros de la más bella especie. Flinders, en 1801, emprendió nuevamente sus curiosas exploraciones, y a los 138° 58' de longitud y 35° 40' de latitud, encontró en Encounter Bay el *Geographe* y el *Naturaliste*, dos buques franceses que mandaban, respectivamente, los capitanes Baudin y Hamelin.

—¡Ah! ¿El capitán Baudin? —dijo el Mayor.

—Sí. ¿Os causa extrañeza? —preguntó Paganel.

—No, ninguna; continuad, amigo Paganel.

—Continúo, pues, añadiendo a los nombres de los navegantes mencionados, el del capitán King, que desde 1817 hasta 1822 completó el reconocimiento de las costas intertropicales de Nueva Holanda.

—Tengo ya apuntados veinticuatro nombres —dijo Roberto.

—¡Bueno! —respondió Paganel—. Tengo ya la mitad de la carabina del Mayor. Y ahora que he concluido con los marinos, pasemos a los viajeros.

—Muy bien, *Monsieur* Paganel —dijo *Lady* Elena—. Preciso es confesar que tenéis una memoria asombrosa.

—Lo que es muy singular —añadió Glenarvan—, en un hombre tan...

—Tan distraído —dijo Paganel—. ¡Oh! No tengo memoria más que para fechas y hechos. He aquí todo.

—Veinticuatro —repitió Roberto.

—Pues bien, el teniente Daws hará veinticinco. En 1780, un año después del establecimiento de la colonia en Port Jackson, se había dado la vuelta alrededor del nuevo continente, pero nadie podía decir lo que contenía. Una larga cordillera de montañas paralelas a la costa oriental volvía, al parecer, su interior inaccesible. El teniente Daws, después de nueve días de marcha, tuvo que

retroceder y regresar a Port Jackson. En aquel mismo año, el capitán Tench quiso pasar al otro lado de la cordillera, y no pudo conseguirlo. Dos expediciones fracasadas hicieron desistir por espacio de tres años a los viajeros de acometer una empresa tan difícil. En 1792, el coronel Paterson, no obstante ser un audaz explorador africano, fracasó en la misma tentativa. Al año siguiente, el valeroso Hawkins, que no era más que un simple contraamaestre de la marina inglesa, pasó 20 millas más allá de la línea que no habían podido salvar sus predecesores. Durante dieciocho años no se consignan más que dos nombres, el del célebre marino Bass y el de *Monsieur* Bareiller, un ingeniero de la colonia, que no fueron más afortunados que los otros, y llegó el año 1813, en que se descubrió al fin un paso al oeste de Sydney. Por él se aventuró en 1815 el gobernador Macquari, y se fundó la ciudad de Bathurst más allá de las montañas Azules. A partir de aquella fecha, Throsby, en 1819; Orley, que atravesó 300 millas de país; Howel y Hume, cuyo punto de partida fue precisamente Twofold Bay, por donde pasa el paralelo 37, y el capitán Stuart, que, en 1829 y en 1830, reconoció el curso del Darling y del Murray, enriquecieron la geografía con nuevos hechos y coadyuvaron al desarrollo de las colonias.

—Treinta y seis —dijo Roberto.

—Perfectamente —respondió Paganel—, me va a sobrar gente. Citaré a Eyre y a Leichhardt, que recorrieron una porción del país en 1840 y en 1845; a Sturt, en 1845; a los germanos Gregory y Heipman, en 1846, en Australia occidental; a Kennedy, en 1847, en el río Victoria, y en 1848, en Australia del norte; a Gregory, en 1852; a Austin, en 1854; a los Gregory, desde 1855 hasta 1858, en el noroeste del continente; a Babage, desde el lago Torrens al lago Syre, y luego al fin a un viajero célebre en los fastos australianos, a Douglas Stuart, que trazó tres veces en el continente sus atrevidos itinerarios. Su primera expedición al interior fue en 1860. Más adelante os contaré, si queréis, cómo Australia fue cuatro veces atravesada de sur a norte. Ahora me limito a concluir esta larga nomenclatura, y desde 1860 hasta 1862 añadiré a los nombres de tantos denodados sacerdotes de la Ciencia los de los hermanos Dempster, los de Clarkson y Harper, los de Burke y Willis, los de Neilson, Walker, Landsborough, Mackinlay, Howit...

—¡Cincuenta y seis! —exclamó Roberto.

—¡Bueno, Mayor! —repuso Paganel—. Ya veis que me sobra tela, y eso que no os he citado ni a Duperrey, ni a Bougainville, ni a Fitz Roy, ni a Wickam, ni a Stokes...

—Basta —dijo el Mayor, rendido por el número.

—Ni a Perón, ni a Quoy —añadió Paganel, lanzado como un tren directo—, ni a Bennett, ni a Cuningham, ni a Nutchell, ni a Tiers...

—¡Misericordia!

—Ni a Dixon, ni a Stresley, ni a Reid, ni a Wikes, ni a Mitchell...

—Deteneos, Paganel —dijo Glenarvan, que se desternillaba de risa—; no aplastéis al infortunado Mac Nabbs. ¡Sed generoso! Se confiesa vencido.

—¿Y su carabina? —preguntó el geógrafo con ademán de triunfo.

—Vuestra es, Paganel —respondió el Mayor—; y lo siento mucho. Pero capaz sois con vuestra memoria de ganar todo un museo de artillería.

—Es en realidad imposible —dijo *Lady Elena*— que nadie conozca mejor Australia. Ni el nombre más enrevesado, ni el hecho más trivial...

—¡Oh! ¡En cuanto a hechos! —dijo el Mayor meneando la cabeza.

—¿Qué queréis decir, Mac Nabbs? —exclamó Paganel.

—Digo que no conocéis tal vez todos los accidentes relativos al descubrimiento de Australia.

—¿No los conozco? —dijo Paganel, con un supremo gesto de orgullo.

—¿Y si os cito uno que no conozcáis, me devolveréis mi carabina? —preguntó Mac Nabbs.

—En el acto, Mayor.

—¿Convenido?

—Convenido.

—Pues bien. ¿Sabéis, Paganel, por qué Australia no pertenece a Francia?

—Pero me parece que...

—Es decir, ¿sabéis la razón que dan los ingleses?

—No, Mayor —respondió Paganel muy compungido.

—Pues es pura y simplemente porque el capitán Baudin, que no

era sin embargo pusilánime, tuvo tal miedo, en 1802, al canto de las ranas australianas, que levó anclas a toda prisa y huyó para nunca más volver.

—¡Cómo! —exclamó el sabio—. ¿Eso se dice en Inglaterra? Pero es una chanza de mal género.

—De muy mal género, lo confieso —respondió el Mayor—, pero el hecho es histórico en el Reino Unido.

—¡Es una indignidad! —exclamó el patriótico geógrafo—. ¿Y eso se repite formalmente?

—Me veo obligado a deciros que muy formalmente, querido Paganel —respondió Glenarvan, en medio de una carcajada general—. ¡Cómo! ¿Ignorabais esa particularidad?

—Absolutamente. ¡Pero protesto! Además, los ingleses se contradicen: nos llaman *zamparranas*. Y, en general, lo que se come no se teme.

—Sin embargo, esas cosas se dicen, Paganel —respondió el Mayor con una modesta sonrisa.

Y he aquí cómo la famosa carabina de «Purdey Moore y Dickson» siguió siendo propiedad del Mayor Mac Nabbs.

Capítulo V

Las cóleras del océano Índico

Dos días después de esta conversación, John Mangles, que había hecho al mediodía sus observaciones, manifestó que el *Duncan* se hallaba a los 113° 37' de longitud, por lo que los pasajeros consultaron la carta de marear, y vieron con mucha satisfacción que no les separaban del cabo Bernouille más que unos cinco grados.

Entre dicho cabo y la punta de Entrecasteaux, la costa australiana describe un arco cuya cuerda es el paralelo 37. Si entonces el *Duncan* se hubiera remontado hacia el ecuador, hubiera distinguido muy pronto el cabo Chatan, que dejó a 120 millas al norte. Navegaba en la parte del mar de las Indias abrigada por el continente australiano, por lo que era de esperar que dentro de cuatro días vería destacarse en el horizonte el cabo Bernouille.

Hasta entonces el viento del oeste había favorecido la marcha del yate, pero hacía ya algunos días que manifestaba tendencia a disminuir, y fue en efecto cayendo, hasta que el 13 de diciembre sobrevino una calma chicha. Las velas, inertes, colgaban a lo largo de los palos. Sin su poderosa hélice, el *Duncan* hubiera permanecido como anclado en medio del océano.

Aquel estado de la atmósfera podía prolongarse indefinidamente. Al anochecer, Glenarvan hablaba sobre el particular con John Mangles, pues la falta de viento tenía muy preocupado al joven capitán, que veía vaciarse las carboneras. Echó trapo y más trapo, izó sobres y alas y arrastraderas para aprovechar hasta el menor soplo de aire, pero era éste tan escaso que, según la gráfica frase de la marinería, no hubiera bastado para hinchar una vejiga.

—Será lo que Dios quiera —dijo Glenarvan—; de nada sirven los lamentos, y mal por mal, la falta de viento es preferible al viento de

proa.

—Vuestro Honor tiene razón —respondió John Mangles—; pero precisamente estas calmas súbitas suelen preceder a una próxima variación de tiempo. Las temo mucho. Navegamos en la línea de los monzones^[6], que desde octubre hasta abril soplan del Nordeste, y por poco que nos cojan de proa, retardarán mucho nuestra marcha.

—¿Qué le vamos a hacer, John? Si sobreviene esa contrariedad, tendremos paciencia. Todo se reducirá a sufrir algún retraso.

—Sin duda, como no haya tempestad.

—¿Nos amenaza acaso? —dijo Glenarvan, que examinando el cielo no vio en toda su extensión, desde el cenit a los últimos límites del horizonte, la más ligera nube.

—Sí, nos amenaza —respondió el capitán—; a Vuestro Honor se lo digo, pero no quisiera asustar a *Lady* Glenarvan ni a *Miss* Grant.

—Hacéis bien. Pero ¿ocurre algo?

—Hay indicios seguros de temporal deshecho. No os fiéis de la apariencia del cielo, Milord. No hay nada más engañoso. De dos días a esta parte, baja el barómetro de una manera alarmante, y en este momento está a 27 pulgadas^[7]. Es una advertencia que no puedo echar en saco roto. Temo muy particularmente las cóleras del mar austral, porque alguna otra vez he tenido que arrostrarlas. Los vapores que van a condensarse en los inmensos ventisqueros del polo sur, producen una corriente de aire de una violencia suma, de la que nace una lucha de vientos polares y ecuatoriales que engendra los ciclones, los tornados y esas multiplicadas formas de tempestad contra las cuales no lucha un buque sino con grandes desventajas.

—John —respondió Glenarvan—, el *Duncan* es un buque sólido, y su capitán un hábil marino. ¡Que venga el temporal y nos veremos las caras!

John Mangles, expresando su temores, obedecía a su instinto de marino. Era un hábil *weather wise*, expresión inglesa que se aplica a los observadores del tiempo. El descenso persistente del barómetro le hizo tomar a bordo todas las medidas de prudencia. Esperaba una tempestad violenta que no indicaba aún el estado del cielo, pero su infalible instrumento no podía engañarle. Desde lugares en que está alta la columna de mercurio, las corrientes atmosféricas acuden a los lugares en que está baja, y cuanto más cerca están estos lugares

unos de otros, más rápidamente se restablece el nivel en las capas aéreas, y mayor es la velocidad del viento.

John permaneció toda la noche sobre cubierta. A las once aproximadamente, la cerrazón empezó por el lado del sur, y John hizo subir toda la tripulación para arriar los juanetes y velas secundarias, sin dejar más que las gavias, las mayores y los foques. A medianoche refrescó el viento. Las moléculas de aire eran impelidas con una velocidad de seis toesas por segundo. El crujido de la arboladura, los sacudimientos de la jarcia, el ruido seco de las velas que relingaban, los gemidos de todas las tablas, dieron a conocer a los viajeros lo que aún ignoraban. Paganel, Glenarvan, el Mayor y Roberto, subieron a cubierta a impulsos de su curiosidad y también de sus deseos de ayudar en algo. En aquel cielo que habían dejado limpio y estrellado, circulaban densas nubes, separadas por fajas manchadas, como una piel de leopardo.

—¿El huracán? —preguntó sencillamente Glenarvan a John Mangles.

—No todavía, pero muy pronto —respondió el capitán.

En aquel momento mandó rizar las gavias. Se lanzaron los marineros a los flechastes, y no sin trabajo cogieron rizados con que disminuyeron la superficie de las velas. John Mangles quería conservar cuanto trapo le fuese posible para que el yate ciñese el viento y se suavizasen algo sus balanceos.

Tomadas estas precauciones, dio órdenes a Austin y al contraamaestre para que se prepararan a recibir el huracán, que no podía tardar en desencadenarse. Se doblaron las trapas y amarras de respeto. Se reforzaron los palanquines del cañón. Se sujetaron los obenques y brandales. Se cerraron las escotillas. John, como un oficial en lo alto de una brecha, procuraba desde lo más elevado de la toldilla arrancar sus secretos a aquel cielo tempestuoso.

Era la una de la madrugada. *Lady* Elena y *Miss* Grant, violentamente sacudidas en su cámara, se arriesgaron a subir sobre cubierta. El viento corría entonces a una velocidad de 14 toesas por segundo. Silbaba en el cordaje con la mayor violencia. Los alambres de la chimenea, semejantes a las cuerdas de un instrumento, resonaban como si algún gigantesco arco de violín hubiese provocado sus rápidas oscilaciones; las roldanas chocaban unas con otras, corriendo por ellas las cuerdas con un ruido agudo; las velas

producían estampidos que parecían cañonazos, y monstruosas olas corrían al asalto del yate, que se agitaba como un halcón en su espumosa cresta.

El barómetro había bajado entonces a 26 pulgadas, descenso muy excepcional en la columna barométrica, y el *storm glass* ^[8] indicaba tempestad.

No bien reparó John en las pasajeras, se dirigió a ellas precipitadamente, y les suplicó que entrasen en la toldilla, pues empezaban ya a subir a bordo algunas oleadas, y la cubierta podía ser barrida de un momento a otro. Era entonces tan acentuado el ruido de los elementos que con dificultad *Lady Elena* oía al joven capitán.

—¿No hay ningún peligro? —pudo, sin embargo, preguntar durante una calma momentánea.

—Ninguno, señora —respondió John Mangles—; pero vos no podéis estar sobre cubierta, ni vos tampoco, *Miss Mary*.

Lady Glenarvan y *Miss Grant* no opusieron resistencia a una orden que parecía una súplica, y se metieron en la toldilla en el momento en que una ola, pasando por encima de la popa, se estrelló contra las vidrieras de la misma toldilla violentamente conmovida. El viento entretanto seguía arreciando, los palos se doblaban bajo la presión de las velas, y el yate se levantaba sobre las olas.

—¡Larga mayores! —gritó John Mangles—. ¡Aferra gavias! ¡Arría foques!

Los marineros obedecieron; largáronse las drizas, se tocaron los apagapenoles, se recogieron los foques con un ruido que dominaba el del viento, y el *Duncan*, cuya chimenea vomitaba torrentes de negro humo, azotó desigualmente el mar con las palas de su hélice, que salían algunas veces fuera del agua.

Glenarvan, el Mayor, Paganel y Roberto, contemplaban con una admiración mezclada de espanto aquella lucha del *Duncan* contra las olas, se agarraban con fuerza al filarete para sostenerse, sin poder pronunciar una palabra, y veían jugando con los vientos desenfrenados bandadas de petreles, pájaros fúnebres de las tempestades.

En aquel momento, un silbido estridente dominó los bramidos del huracán. Se escapó el vapor con fuerza, no por el tubo de la

chimenea, sino por las válvulas de seguridad; el silbido de alarma hendió los aires con una energía insólita; el yate se inclinó sobre un costado, y Wilson, que estaba en el timón, fue derribado por una sacudida inesperada de la rueda. El *Duncan* no gobernaba y estaba enteramente al arbitrio de la marejada.

—¿Qué ocurre? —gritó John Mangles tirándose de lo alto de la chupeta.

—¡El buque se acuesta! —respondió Tom Austin—. ¡Hemos perdido el timón!

—¡A la máquina! ¡A la máquina! —gritó el maquinista.

John se precipitó hacia la máquina. Una nube de vapor llenaba la cámara, los émbolos estaban inmóviles en los cilindros, las ruedas paralizadas no giraban alrededor de sus ejes. El maquinista, que veía la inutilidad de sus esfuerzos y temía que saltasen las calderas, cerró el conducto de introducción, y dejó escapar el vapor por el tubo de desahogo.

—¿Qué pasa? —preguntó el capitán.

—La hélice se ha torcido o atascado, y no funciona —respondió el maquinista.

—¡Cómo! ¿Y es imposible ponerla en movimiento?

—Imposible.

No era la ocasión oportuna para reparar semejante avería. Y lo cierto era que la hélice no podía girar y que el vapor, no obrando ya, se había escapado por las válvulas. John quedó por tanto atenido a sus velas, y tuvo que buscar un auxilio en aquel mismo viento que se había convertido en su enemigo más peligroso.

Volvió otra vez sobre cubierta, y en dos palabras, puso a *Lord Glenarvan* al corriente de la situación, dándole luego mucha prisa para que se metiese en la toldilla con los demás pasajeros. *Glenarvan* quería quedarse sobre cubierta.

—No, Milord —respondió John Mangles con voz firme—, es preciso que esté yo solo aquí con mi tripulación. ¡Entrad! El buque puede zozobrar, y las olas os arrastrarían sin misericordia.

—Pero podemos ser útiles...

—¡Entrad, entrad, Milord! ¡Es necesario! ¡Hay circunstancias en que a bordo nadie manda más que yo! ¡Retiraos! ¡Yo os lo digo!

Para que John Mangles se expresase con tanta autoridad, fuerza era que la situación fuese muy grave. *Glenarvan* comprendió que él

era el primero que debía dar ejemplo de obediencia. Abandonó la cubierta seguido de sus tres compañeros, y se reunió con los pasajeros que aguardaban con ansia el desenlace de aquella lucha con los elementos.

—¡Qué hombre tan enérgico es mi buen John! —dijo Glenarvan entrando en la sala común.

—Sí —respondió Paganel—, me ha recordado a aquel contraamaestre de vuestro gran Shakespeare, cuando, en el drama *La tempestad*, grita al rey que lleva a bordo: «¡Fuera de aquí! ¡Silencio! ¡A vuestros camarotes! ¡Si no podéis haceros obedecer de los elementos, callad! ¡No me estorbéis, os digo!».

John Mangles no había perdido un segundo para sacar al buque de la peligrosa situación en que le colocaba su hélice paralizada. Resolvió mantenerse al paio para separarse lo menos posible de su rumbo. Se trataba de bracear oblicuamente las velas para presentarse a la tempestad de costado, a cuyo efecto se izó un foque de trinquete en el estay del palo mayor, y se dejó el timón en banda.

El yate, dotado de grandes cualidades marineras, evolucionó como un brioso caballo que siente la espuela, y presentó el costado a las olas invasoras. ¿No se haría pedazos aquel reducido velamen? Era de la mejor lona de Dundee, pero ¿qué lona puede contrarrestar tan violentos esfuerzos?

El buque, estando a la capa, tenía la ventaja de presentar a las olas sus partes más sólidas y también la de conservarse en su primera dirección sin perder terreno. Sin embargo, no dejaba aquella maniobra de ser peligrosa, porque el buque podía zozobrar en los inmensos vacíos que quedan entre las olas, precipitándose para no volver a levantarse. Pero John Mangles no podía elegir entre maniobras distintas, y resolvió mantenerse a la capa mientras no cayesen las velas, ni hubiese necesidad de picar los palos. Su tripulación estaba pronta a acudir a donde fuera necesario, y él, con las manos crispadas en los obenques, examinaba las encrespadas olas.

En esta situación se pasó el resto de la noche. Había alguna esperanza de que al rayar el alba la tempestad se aplacase. Pero, lejos de eso, a las ocho de la mañana arreció más el viento, adquirió una velocidad de 10 toesas por segundo, y se convirtió en huracán

deshecho.

John no dijo nada, pero tembló por su buque y los pasajeros. El *Duncan* se ladeaba de una manera tan espantosa, que crujieron sus pies de carnero, y algunas veces los penoles bebían la espuma de las alborotadas olas. Hubo un instante en que la tripulación creyó que ya no volvía a levantarse el buque, y los marineros, con el hacha en la mano, ya iban a picar los obenques del palo mayor, cuando las velas, arrancadas de sus relingas, echaron a volar como albatros gigantescos.

El *Duncan* se levantó, pero sin apoyo en las olas y sin dirección, se balanceaba tan espantosamente, que amenazaron romperse los palos. No era posible que resistiese mucho tiempo tan furiosas sacudidas; la arboladura le fatigaba, y muy pronto, arrancados los tablones de sus costillas y abiertas sus juntas, las olas penetrarían en él libremente.

No había más que un recurso, poner un tormentín sobre la cabeza del bauprés, y huir delante del temporal. Así lo hizo John Mangles, lo que le costó algunas horas de trabajo, siendo ya las tres de la tarde cuando se pudo izar y marcar la sobrecabeza y entregarla a merced del viento.



Entonces, el *Duncan* se dejó llevar por aquel pedazo de trapo, y empezó a huir viento en popa con una rapidez incalculable. Se dirigía hacia el Nordeste empujado por la tempestad. Preciso era que volase con la mayor velocidad posible, dependiendo de esto su salvación. Algunas veces, pasando delante de las olas que cortaba con su afilado tajamar, se hundía en ellas como un enorme cetáceo, y dejaba barrer su cubierta de proa a popa. En otras ocasiones era igual su velocidad a la de las olas; su timón perdía completamente su acción, y declinaba entonces horribilmente, amenazando echarse de costado. Por último, sucedía también que, a impulsos del huracán, las olas corrían más que él, y entonces saltaban por encima del alcázar, y toda la cubierta era barrida de popa a proa con una violencia irresistible.

En esta alarmante situación, vacilando sin cesar entre

alternativas de esperanza y desesperación, se pasaron el 15 de setiembre y la siguiente noche. John Mangles no se movió un instante de su puesto, y no tomó alimento alguno. Le atormentaban temores que su impasible semblante no traslucía, y su mirada trataba de atravesar las nubes acumuladas en el norte.

En efecto, se podía temer todo. El *Duncan*, echado fuera de su rumbo, corría hacia la costa australiana a una velocidad que nada podía reprimir, y John Mangles sentía como por instinto y no de otra manera, que avanzaba con la velocidad de una corriente eléctrica. Temía sin cesar el choque con un escollo, en el que el yate se haría pedazos. Calculaba que la costa debía de encontrarse a menos de 12 millas a sotavento. Y la tierra es el naufragio, es la perdición del buque. Es cien veces preferible el inmenso océano, contra cuyos furores puede un buque defenderse, aunque sea cediendo, batiéndose en retirada. Pero cuando la tempestad le arroja contra las costas, está irremisiblemente perdido.

John Mangles fue a ver a *Lord* Glenarvan para hablarle acerca del particular, y le pintó la situación tal como era, sin ocultar su gravedad suma. La consideró con la sangre fría de un marino que está resuelto a todo, y terminó diciendo que se vería tal vez obligado a embarrancar el *Duncan* en la playa.

—Para salvar, si es posible, a los que lleva, Milord.

—Haced lo que mejor os parezca, John —respondió Glenarvan.

—¿Y *Lady* Elena? ¿Y *Miss* Grant?

—Nada les diré hasta el último momento, hasta que se haya perdido toda esperanza de permanecer en el mar. Me lo advertiréis.

—Os lo advertiré, Milord.

Glenarvan volvió al lado de las pasajeras, las cuales comprendían la inminencia del peligro, aunque no lo medían en toda su extensión. Manifestaban un gran valor, igual al menos al de sus compañeros. Paganel se entregaba a las teorías más importantes sobre la dirección de las corrientes atmosféricas, y hacía a Roberto, que le escuchaba con la boca abierta, interesantes comparaciones entre los tornados, los ciclones y las tempestades rectilíneas. El Mayor aguardaba el final de todo con el fatalismo de un musulmán.

A cosa de las once pareció que el huracán aflojaba algo, se disiparon las húmedas brumas y en una calma momentánea, sumamente rápida, John pudo ver una tierra baja a 6 millas a

sotavento. El *Duncan* corría hacia ella como llevado por un rayo. Olas monstruosas se estrellaban a una prodigiosa altura, que pasaba algunas veces de 50 pies. El capitán comprendió que para elevarse a tanta altura encontraban allí un punto de apoyo sólido.

—¿Hay allí bancos de arena? —dijo a Austin.

—Tal creo —respondió el segundo.

—Dios nos tenga en su mano —repuso John—. Si el mar no ofrece al *Duncan* un paso practicable y lo conduce él mismo, estamos perdidos.

—En este momento la marea sube, capitán, y tal vez podamos pasar por encima de los bancos.

—¿Pero no veis, Austin, qué furor el de las olas? ¿Qué buque podría resistirlas? ¡Roguemos a Dios que nos ayude, amigo mío!



Sin embargo el *Duncan*, sin más que la sobrecabezada de su tormentín, volaba hacia la costa con una velocidad aterradora. Bien pronto estuvo a menos de dos millas de los cantiles del banco. A cada instante los vapores ocultaban la tierra. Pero John creyó distinguir al otro lado de la espumosa barra un mar más tranquilo, en el que el *Duncan* se hallaría probablemente más seguro. Pero ¿cómo pasar?

John hizo subir a cubierta a todos los pasajeros, pues no quería que en el momento mismo del naufragio estuviesen encerrados en la toldilla. Glenarvan y sus compañeros miraron al espantoso mar. Mary Grant se puso pálida.

—John —dijo en voz baja Glenarvan al joven capitán—, procuraré salvar a mi esposa o pereceré con ella. Encárgate tú de Miss Grant.

—Sí, Milord —respondió John Mangles, llevando la mano del *Lord* a sus húmedos ojos.

Ya no se hallaba el *Duncan* más que a algunos cables de los bancos. El mar, alto entonces, hubiera sin duda dejado al yate bastante agua bajo su quilla, para permitir salvar aquellos peligrosos bajíos. Pero las olas enormes, levantándole y abandonándole sucesivamente, le hubieran en este último movimiento hecho tocar, sin duda alguna, en los arrecifes. Pero ¿había algún medio de suavizar el oleaje, de facilitar el deslizamiento de sus moléculas líquidas, en una palabra, de calmar aquel mar tumultuoso?

John Mangles tuvo una última idea.

—¡El aceite! —exclamó—. ¡Muchachos, aceite!

La tripulación toda comprendió al momento la intención del capitán. Tratábase de echar mano de un medio que ha dado algunas veces buenos resultados. Se puede aplacar el furor de las olas cubriéndolas con una capa de aceite. Esta capa sobrenada y destruye el choque de las aguas que lubrica. El efecto es inmediato, pero pasa pronto. Cuando un buque ha salvado aquella mar ficticia, las olas multiplican sus furores, y ¡desgraciado el buque que sigue al que ha pasado!^[9]

Fueron izados al castillo de proa, desfondados a hachazos y suspendidos encima de la borda de babor y estribor, los barriles que contenían la provisión de aceite comestible.

—¡Atención! —exclamó John Mangles, espiando el momento favorable.

En veinte segundos llegó el yate a la entrada del paso, cerrado por un reflujo mugidor. El instante era oportuno.

—¡Abajo! —gritó el joven capitán.

Se volvieron los barriles boca abajo, y de ellos salieron oleadas de aceite. En un instante, la capa untuosa niveló, por decirlo así, la espumosa superficie del mar. El *Duncan* surcó volando las tranquilizadas aguas, y se halló luego en una ensenada pacífica, al otro lado de los terribles bancos, en tanto que el océano, libre de sus ligaduras, saltaba detrás de él con furor indescriptible.

Capítulo VI

El cabo Bernouille

Lo primero que procuró John Mangles, fue anclar debidamente, y al efecto echó dos anclas en un fondeadero que tenía cinco brazas de agua, y cuyo fondo, de arena compacta, ofrecía la suficiente resistencia. Ningún peligro había de que derivase, ni embarrancase el buque. Después de tantos azares se hallaba en una especie de ancón, al abrigo de los vientos de tierra por un alto promontorio circular.

Lord Glenarvan estrechó la mano del joven capitán, y le dijo:

—Gracias, John.

¿Para qué quería John más recompensa que estas dos palabras?

Glenarvan encerró en el fondo de su alma el secreto de sus angustias, y ni *Lady Elena*, ni *Mary Grant*, ni *Roberto*, sospecharon la gravedad de los peligros de que acababan de librarse.

Había que dilucidar un punto importantísimo. ¿A qué punto de la costa había sido echado el *Duncan* por la formidable tempestad? ¿Dónde volvería a tomar el rumbo conveniente? ¿A qué distancia del Sudeste había dejado el cabo Bernouille? Tales fueron las primeras preguntas que se dirigieron a John Mangles. Éste hizo inmediatamente sus observaciones, y las apuntó en el Diario de a bordo.

En resumen, el *Duncan* no se había desviado de su rumbo más que 2°, aproximadamente. Se encontraba a los 136° 12' de longitud y 35° 67' de latitud, en el cabo Catástrofe, situado en una de las puntas de Australia meridional, a 300 millas del cabo Bernouille.

El cabo Catástrofe, nombre de funesto agüero, tiene por compañero el cabo Borda, formado por un promontorio de la isla de los Canguros. Entre los dos cabos se abre el estrecho del Investigador, que conduce a dos golfos bastante profundos, el golfo

Spencer al norte, y el golfo de San Vicente al sur. En la costa oriental de este último está el puerto de Adelaida, capital de la provincia llamada Australia meridional. Esta ciudad, fundada en 1836, cuenta 40.000 habitantes, y ofrece bastantes recursos. Pero se ocupa más en cultivar su fecundo suelo, y en explotar sus uvas, naranjas y todas sus riquezas agrícolas, que en crear grandes empresas industriales. Su población cuenta menos ingenieros que agricultores, y el instinto general se siente poco inclinado a las operaciones mercantiles y a las artes mecánicas.

¿Podía el *Duncan* reparar sus averías? He aquí la cuestión que había que resolver. John Mangles quiso saber a qué atenerse. Hizo examinar la popa del yate por debajo del agua, y los que bucearon le dijeron que una de las palas de la hélice se había torcido, y tropezaba con el codaste, lo que impedía todo movimiento de rotación. Esta avería era grave, y como tal fue considerada, pues su reparación requería herramientas que no era fácil encontrar en Adelaida.

Después de maduras reflexiones, Glenarvan y el capitán John resolvieron que el *Duncan* siguiese a la vela costeando las playas australianas para inquirir noticias de la *Britannia*, que se detuviese en el cabo Bernouille, donde se harían las últimas investigaciones, y que siguiese su rumbo al sur hasta Melbourne, en cuyo puerto habría posibilidad de reparar sus averías. Reparada la hélice, el *Duncan* iría a cruzar por delante de las costas orientales para terminar la serie de sus pesquisas.

Aprobadas estas proposiciones, John Mangles resolvió no desperdiciar el primer viento favorable para aparejar inmediatamente. No tuvo que aguardar mucho. Al anochecer, el huracán había amainado completamente, sucediéndole una brisa del Sudeste muy manejable. Se tomaron, para aparejar, las disposiciones convenientes. Se envergó un nuevo velamen, y a las cuatro de la madrugada los marineros dieron vueltas al cabrestante. Muy pronto el áncora que estaba encepada se puso a pique y abandonó el fondo, y el *Duncan*, con trinquete, gavia, foques, juanetes y sobrejuanetes fue navegando a bolina a lo largo de las costas australianas.

Dos horas después perdió de vista el cabo Catástrofe, y atravesó el estrecho del Investigador. Por la noche dobló el cabo Borda y

pasó a algunos cables de la isla de los Canguros, que es el mayor de los islotes australianos, y sirve de refugio a los deportados fugitivos. Su aspecto era encantador. Inmensos tapices de verdor cubrían las estratificadas rocas de sus playas. Lo mismo que en 1802, que fue la época de su descubrimiento, se veían numerosas bandas de canguros, que cruzaban a saltos los bosques y los llanos. Al día siguiente, mientras el *Duncan* navegaba de vuelta y vuelta, se enviaron sus lanchas a tierra para recorrer los acantilados de la costa. Se hallaba entonces el yate en el paralelo 36, y Glenarvan no quería dejar ningún punto inexplorado hasta que llegase el 38.



Durante la singladura del 18 de diciembre, el yate que bolineaba a trapo como un verdadero *clipper*, pasó rozando las orillas de la bahía Encounter. Allí es donde, en 1828, llegó el viajero Stuart

después de haber descubierto el Murray, que es el río más caudaloso de Australia meridional. No eran ya aquellas orillas las de la isla de los Canguros alfombradas de verdor, sino tristes páramos, que rompían a trechos la uniformidad de una costa baja y cortada por algún acantilado ceniciento y promontorios de arena, ofreciendo toda la aridez de un continente polar.

Durante aquella navegación trabajaron las lanchas rudamente, sin que de ello se quejasen los marineros. Casi siempre les acompañaban Glenarvan, su inseparable compañero Paganel y el joven Roberto, que querían con sus propios ojos descubrir vestigios de la *Britannia*. Pero aquella escrupulosa exploración no reveló nada del naufragio. Las playas australianas fueron acerca del particular tan mudas como las tierras patagonas. Sin embargo, no había motivos para perder todas las esperanzas mientras no se hubiese alcanzado el punto preciso indicado por el documento. Aquellos reconocimientos se practicaban únicamente para tranquilidad de la conciencia, por un exceso de celo y por no dejar nada a merced de la casualidad. Durante la noche, el *Duncan* se ponía al paio, para mantenerse en lo posible en el mismo sitio, y al llegar el día se examinaba la costa escrupulosamente.

Así llegaron los navegantes el 20 de diciembre al cabo Bernouille, que termina la bahía Lacepede, sin haber encontrado el menor rastro del naufragio. Pero esto nada probaba. Desde la época de la catástrofe, ocurrida dos años antes, el mar había podido dispersar y dispersado probablemente, para consumirlos poco a poco, los despojos de la *Britannia*, arrancados de los escollos. Además los indígenas, que huelen los naufragios como los buitres los cadáveres, debían haber recogido hasta las más insignificantes reliquias, y, por otra parte, Harry Grant y sus compañeros, capturados en el momento mismo en que las olas los arrojaron a la costa, habían sido sin duda alguna internados en el continente.

Pero siendo así, caía por su propio peso una de las ingeniosas hipótesis de Santiago Paganel. Mientras sólo se trataba del territorio argentino, el geógrafo podía pretender que las cifras del documento no se referían al teatro mismo del naufragio, sino al lugar mismo del cautiverio. En efecto, los grandes ríos de la Pampa y sus numerosos afluentes podían arrastrar al mar el precioso documento. Pero en esta parte de Australia las corrientes de agua que cortan el

paralelo 37 son poco abundantes, y, además, el río Colorado y el río Negro se dirigen al mar atravesando playas desiertas, inhabitadas e inhabitables, al paso que los principales ríos australianos, el Murray, el Yarra, el Torrens, el Darling, son afluentes unos de otros, o se precipitan en el océano por desembocaduras que se han convertido en radas frecuentes y en puertos en que la navegación es activa. ¿Qué probabilidad había de que una frágil botella hubiese podido bajar por la corriente de aquellas aguas incesantemente recorridas y llegar al océano Indico?

Esta casi imposibilidad no podía ocultarse a hombres dotados de alguna perspicacia. La hipótesis de Paganel, plausible en Patagonia y en las provincias argentinas, hubiera sido ilógica en Australia. El mismo Paganel lo reconoció en una discusión que acerca del particular suscitó el Mayor Mac Nabbs. Era evidente que los grados consignados en el documento no se aplicaban más que al lugar del naufragio, y por consiguiente la botella había sido arrojada al mar en el punto en que se estrelló la *Britannia* en la costa occidental de Australia.

Sin embargo, como hizo justamente observar Glenarvan, esta interpretación definitiva no excluía la hipótesis del cautiverio del capitán Grant. A más de que éste lo hacía presentir en su documento con estas palabras que debían tenerse en cuenta: *Donde serán prisioneros de crueles indígenas*. Pero ninguna otra razón había para buscar a los cautivos en el paralelo 37 con preferencia a todos los demás.

Esta cuestión, que tanto se discutió, recibió por tanto una solución definitiva, y produjo las siguientes consecuencias: si no se hallaban vestigios de la *Britannia* en el cabo Bernouille, Lord Glenarvan no podía hacer más que volver a Europa. Sus investigaciones habrían sido infructuosas, pero había cumplido su deber con valor y concienzudamente.

No dejó esto de entristecer particularmente a los pasajeros del yate, y de desesperar a Roberto y a Mary Grant. Los dos hijos del capitán, al volver de la playa con Lord y Lady Glenarvan, John Mangles, Mac Nabbs y Paganel, se decían que la cuestión de salvar a su padre se iba a decidir irrevocablemente. Sí, irrevocablemente, porque Paganel, en una discusión anterior, había demostrado juiciosamente que los naufragos de la *Britannia* habrían vuelto a su

patria hacía ya mucho tiempo, si hubiese naufragado su buque en los escollos de la costa oriental.

—¡Esperanza! ¡Esperanza! ¡Siempre esperanza! —decía *Lady Elena* a la joven, sentada junto a ella en el bote que los llevaba a tierra—. ¡La mano de Dios no nos abandonará!

—Sí, *Miss Mary* —dijo el capitán *John*—, cuando se han agotado los recursos humanos, el cielo interviene, y, por algún hecho imprevisto, abre otros caminos.

—¡Dios os oiga, *Monsieur John*! —respondió *Mary Grant*.

No se hallaba la playa más que a la distancia de un cable. Suaves pendientes terminaban la extremidad del cabo que se introducía dos millas en el mar. El bote entró en una ensenada natural entre bancos de coral en vía de formación, los cuales debían con el tiempo formar una barrera de arrecifes en la parte sur de Australia. Tales como eran, hubieran sido suficientes para destruir el casco de un buque, y bien podía la *Britannia* haberse perdido en ellos con toda su tripulación.

Los pasajeros del *Duncan* desembarcaron sin dificultad alguna en una playa absolutamente desierta. Acantilados de fajas estratificadas formaban una línea costera que tenía de 60 a 80 pies de altura. Difícil hubiera sido sin escalas ni cuerdas subir a aquella muralla natural. Afortunadamente, *John Mangles* descubrió con mucha oportunidad una brecha abierta a cosa de media milla al sur por un derrumbamiento parcial del acantilado. El mar azotaba sin duda aquella barrera de toba esponjosa y quebradiza durante sus grandes cóleras del equinoccio haciendo derrumbarse sus partes superiores.

Glenarvan y sus compañeros entraron por la brecha y llegaron a lo alto del acantilado por una pendiente bastante rápida. *Roberto* se encaramó como un gato por una escarpa cortada a pico, y fue el primero que llegó a la cresta superior, con gran desesperación de *Paganel*, que se sintió humillado, al ver sus grandes piernas de cuarenta años vencidas por unas piernecitas de doce. Sin embargo, dejó muy rezagado al flemático *Mayor*, que no tenía ningún empeño en llevar la delantera.

Los expedicionarios contemplaron con atención la llanura que se extendía a su vista. Era un vasto terreno inculto lleno de matorrales y maleza, una comarca estéril que *Glenarvan* comparó a los *glens* de

las tierras bajas de Escocia, y Paganel a los áridos eriales de Bretaña. Pero si bien aquella comarca parecía inhabitada a lo largo de la costa, la presencia, no del hombre salvaje, sino del hombre trabajador, se reveló a lo lejos por algunas construcciones de buen agüero.

—¡Un molino! —exclamó Roberto.

En efecto, a la distancia de tres millas daban vueltas las aspas de un molino de viento.

—Es realmente un molino —respondió Paganel, que acababa de asestar a él su consabido anteojo de larga vista—. He aquí un pequeño monumento tan modesto como útil, cuya aparición tiene el privilegio de encantar mis miradas.

—Es casi un campanario —dijo *Lady Elena*.

—Sí, señora, y si el uno muele el pan del cuerpo el otro muele el pan del alma. Desde este punto de vista también se parecen.

—Vamos al molino —replicó Glenarvan.



Pusiéronse en marcha. Después de media hora de andar, el terreno, trabajado por la mano del hombre, tomó otro aspecto. La transición de la comarca estéril a la campiña cultivada fue brusca. En lugar de malezas, un seto vivo rodeaba un campo recientemente desmotado, y algunos bueyes y media docena de caballos pacían en las praderas rodeadas de robustas acacias salidas de los vastos viveros de la isla de los Canguros. Poco a poco aparecieron campos cubiertos de cereales, algunas hanegadas de terreno erizadas de doradas espigas, silos de heno semejantes a gigantescas colmenas, árboles frutales, un hermoso jardín digno de Horacio en que lo útil se mezclaba a lo agradable, cobertizos, dependencias hábilmente distribuidas, y por fin una casita sencilla y cómoda que el alegre molino dominaba con su tejado terminado en punta y acariciaba con la inquieta sombra de sus aspas.

En aquel momento un hombre de unos cincuenta años, cuyas facciones prevenían en su favor, salió de la casa principal, a los ladridos de cuatro enormes perros que anunciaban la llegada de los forasteros. Cinco rollizos y hermosos mozos, hijos suyos, le siguieron con su madre, que era una mujer alta y robusta. No era posible equivocarse: aquel hombre rodeado de su interesante familia, en medio de aquellas construcciones, nuevas aún, en aquella campiña casi virgen, presentaba el tipo más perfecto del colono irlandés que, cansado de su país, va a buscar paz y fortuna al otro lado de los mares.

No se había aún presentado Glenarvan y los suyos, ni habían tenido tiempo de dar a conocer sus nombres y sus cualidades, cuando le saludaron estas cordiales palabras:

—Extranjeros, bien venidos seáis a la casa de Paddy O'Moore.

—¿Sois irlandés? —preguntó Glenarvan estrechando la mano que le tendía el colono.

—Lo he sido —respondió Paddy O'Moore—. Ahora soy australiano. Entrad, quienes quiera que seáis, señores; esta casa es vuestra.

No había más remedio que aceptar sin cumplidos un ofrecimiento tan cordial y franco. *Lady Elena* y *Mary Grant*, conducidas por *Mrs. O'Moore*, entraron en la casita, mientras los hijos del colono desembarazaban a los viajeros de sus armas.

Una espaciosa habitación, muy fresca y muy clara, ocupaba la planta baja de la casa, formada de tablas colocadas horizontalmente. Algunos bancos de madera pegados a las paredes, que estaban pintadas con colores alegres, diez escabeles, dos vasares de encina en que estaba de manifiesto una vajilla blanca y algunas cacerolas de estaño sumamente limpias, una mesa ancha y larga, más que suficiente para veinte cubiertos, formaban un mueblaje digno de aquella sólida vivienda y de sus robustos habitantes.

La sopa estaba en la mesa, humeante entre el *roast beef* y la pierna de carnero que descollaban en medio de algunas fuentes de aceitunas, uvas y naranjas. Se veía lo necesario, sin que faltase lo superfluo. Los huéspedes tenían una fisonomía tan abierta y era tan tentador el aspecto de la mesa abundantemente provista, que hasta falta de urbanidad hubiera sido no sentarse a ella. Ya los criados de

la alquería, iguales a su amo, acudían a participar de su comida. Paddy O'Moore indicó con la mano el sitio que estaba reservado a los forasteros.

—Os aguardaba —dijo sencillamente a *Lord Glenarvan*.

—¿Vos? —respondió éste muy sorprendido.

—Yo aguardo siempre a los que vienen —replicó el irlandés.

Y después con voz grave, mientras su familia y sus criados permanecían en pie respetuosamente, recitó el *Benedicite*. Esta perfecta sencillez de costumbres conmovió mucho a *Lady Elena*, a la cual una mirada de su marido dio a entender que estaba tan conmovido como ella.

Se comió alegremente, y muy pronto se rompió el fuego, es decir, la conversación en toda la línea. De un escocés a un irlandés no va nada. El Tweed^[10], que no tiene de ancho más que algunas toesas, abre entre Escocia e Inglaterra una brecha continua, más honda que las 20 leguas del canal de Irlanda que separan la vieja Caledonia de la verde Erin.

Paddy O'Moore contó su historia. Era la de todos los emigrados a quienes la miseria destierra de su país. Muchos van lejos a buscar fortuna, y no encuentran más que infortunios y contratiempos. Se quejan de la suerte, olvidándose de dirigir cargo alguno a su falta de inteligencia, a su haraganería y a sus vicios. El que es sobrio y trabajador, ahorrador y honrado, generalmente prospera.

Tal fue y tal era Paddy O'Moore. Huyó de Dundee, donde se moría de hambre, y llevó a su familia a las comarcas australianas. Desembarcó en Adelaida, y prefirió a los rudos trabajos del minero los menos lucrativos del agricultor, y dos meses después, empezó su explotación actualmente tan próspera.

Todo el territorio de Australia del sur se divide en porciones de 80 acres, cada uno. Aquellos varios lotes son adjudicados por el Gobierno a los colonos, y con cada lote un agricultor laborioso puede ganar lo suficiente para vivir y ahorrar una suma de 80 libras esterlinas.

Paddy O'Moore lo sabía. Le sirvieron de mucho sus conocimientos agrícolas. Trabajó, economizó y adquirió nuevos lotes con los productos del primero. Prosperó su familia a la par que su explotación. El labrador irlandés se hizo terrateniente, y aunque su establecimiento no contaba aún dos años de existencia, poseía

entonces quinientos acres de una tierra fecundada por el sudor, vivificada por su trabajo, y quinientas cabezas de ganado. Era dueño de sí mismo después de haber sido esclavo de los europeos, tan independiente como se puede ser en el país más libre del mundo.

Los huéspedes del irlandés acogieron su narración con sinceros y francos parabienes. Paddy O'Moore, después de haber referido su historia, esperaba sin duda confidencias por confidencias, pero sin provocarlas. Pertenecía al número de esas gentes discretas que dicen: «He aquí lo que soy, pero no os pregunto quiénes sois vosotros». Glenarvan tenía un interés inmediato en hablar del *Duncan*, de su presencia en el cabo Bernouille, de las pesquisas a que se dedicaban con una perseverancia infatigable. Pero como hombre acostumbrado a ir derecho a su objeto, lo primero que hizo fue interrogar a Paddy O'Moore sobre el naufragio de la *Britannia*.

La respuesta del irlandés no fue satisfactoria. Jamás había oído hablar de semejante buque. En dos años no se había perdido ningún barco en la isla ni encima ni debajo del cabo. Y no habían transcurrido más que dos años desde la catástrofe. Podía, pues, afirmar con la más completa seguridad que los náufragos no habían sido arrojados a aquella parte de las costas del oeste.

—Ahora, Milord —añadió—, permitidme preguntaros con qué objeto me habéis dirigido esa pregunta.

Glenarvan contó al colono la historia del documento, el viaje del yate y las gestiones practicadas para descubrir el paradero del capitán Grant, sin ocultar que sus mejores esperanzas eran destruidas por tan categóricas afirmaciones y que desesperaba de encontrar jamás a los náufragos de la *Britannia*.

Estas palabras debían producir una dolorosa impresión en los oyentes de Glenarvan. Roberto y Mary tenían los ojos llenos de lágrimas. Paganel no encontraba ninguna palabra de esperanza y de consuelo. John Mangles experimentaba una pena que no podía ocultar. La desesperación invadía ya el alma de aquellos hombres generosos a quienes el *Duncan* acababa de conducir inútilmente a remotas playas, cuando se oyeron estas palabras:

—Milord, alabad y dad gracias a Dios. ¡Si el capitán Grant vive, vive en la tierra australiana!

Capítulo VII

Ayrton

No es posible expresar la sorpresa que produjeron estas palabras. Glenarvan se levantó de un salto, y dejando caer su silla exclamó:

—¿Quién ha hablado?

—Yo —respondió uno de los criados de Paddy O'Moore, sentado a un extremo de la mesa.

—¡Tú, Ayrton! —dijo el colono, no menos asombrado que Glenarvan.

—¡Yo! —respondió Ayrton con voz conmovida pero firme—. ¡Yo, un escocés como vos, Milord! ¡Yo, uno de los náufragos de la *Britannia*!

Esta declaración produjo un efecto indescriptible. Mary Grant, atónita, casi loca de alegría, se arrojó en brazos de *Lady Elena*. John Mangles, Roberto y Paganel se levantaron de sus asientos y se acercaron precipitadamente a aquel individuo que Paddy O'Moore acababa de llamar Ayrton.



Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de fisonomía ruda, cuya mirada fulminante se perdía bajo un arco superciliar profundamente hundido. A pesar de su delgadez se adivinaba que debía de estar dotado de un vigor poco común. Era todo él hueso y músculos y según una expresión escocesa, no perdía el tiempo criando carne floja. Mediana estatura, anchas espaldas, continente decidido, enérgicas e inteligentes facciones, aunque muy duras, predisponían en su favor, aumentando la simpatía que inspiraba las huellas de una miseria reciente impresa en su semblante. Se veía que había padecido mucho, si bien parecía hombre capaz de arrostrar y vencer las mayores penalidades.

Así había parecido a primera vista a Glenarvan y a sus amigos. La personalidad de Ayrton se imponía al momento. Glenarvan, interpretando los deseos y sentimientos de todos, apremió a Ayrton

con preguntas a las que él respondió en el acto. El encuentro de Glenarvan y de Ayrton había evidentemente producido en los dos una emoción recíproca.

Así es que las primeras preguntas de Glenarvan carecían de método y como hechas a pesar suyo.

—¿Sois uno de los náufragos de la *Britannia*? —preguntó.

—Sí, Milord, el contraмаestre del capitán Grant —respondió Ayrton.

—¿Salvado con él después del naufragio?

—No, Milord, no. En aquel momento terrible, yo estaba separado, arrancado de sobre cubierta, arrojado a la costa.

—¿No sois, pues, ninguno de los dos marineros de que el documento hace mención?

—No. Yo no conocía la existencia de semejante documento. Cuando el capitán lo arrojó al mar yo no estaba ya a bordo.

—¿Pero el capitán? ¿El capitán?

—Le creía ahogado, desaparecido, abismado con toda la tripulación de la *Britannia*. Creía ser yo el único que se había salvado.

—¿Pero vos habéis dicho que el capitán Grant vive!

—No. He dicho si el capitán Grant vive...

—Habéis añadido: está en el continente australiano.

—En efecto, no puede estar en otra parte.

—¿No sabéis, pues, dónde está?

—No, Milord, os lo repito, le creía sepultado en las olas o hecho pedazos en las rocas. Por vos he sabido que tal vez vive aún.

—Pero entonces, ¿qué sabéis? —preguntó Glenarvan con impaciencia.

—Lo que he dicho. Si el capitán Grant vive, está en Australia.

—¿Dónde ocurrió el naufragio? —preguntó entonces el Mayor Mac Nabbs.

Ésta era la primera pregunta que había que hacer, pero en la turbación causada por tan inesperado incidente, Glenarvan, impaciente por saber ante todo dónde se hallaba el capitán Grant, no se informó del sitio en que la *Britannia* se había perdido. Desde aquel momento, la conversación, hasta entonces incoherente, pasaba de una idea a otra, en que se mezclaban los hechos y se invertían las fechas, tomó un giro más racional, y muy pronto los

pormenores de aquella oscura historia aparecieron ante todos muy claros y muy precisos.

Ayrton respondió a la pregunta de Mac Nabbs en los siguientes términos:

—Cuando fui arrebatado del castillo de proa donde estaba arriando los foques, la *Britannia* navegaba hacia la costa de Australia. Se hallaba a menos de dos cables. El naufragio ocurrió, pues, en aquel mismo punto.



—¿A los treinta y seis grados de latitud? —preguntó John Mangles.

—A los treinta y siete grados —respondió Ayrton.

—¿En la costa del oeste?

—No. En la del este —replicó al momento el contraмаestre.

—¿Y en qué época?

—En la noche del 27 de junio de 1862.

—¡Eso es! ¡Eso es! —exclamó Glenarvan.

—Ya veis, pues, Milord —añadió Ayrton—, que he podido justamente decir: si el capitán Grant vive aún se le debe buscar en el continente australiano, y no en otra parte.

—¡Y le buscaremos y le encontraremos y le salvaremos, amigo mío! —exclamó Paganel—. ¡Ah! Precioso documento —añadió con la mayor buena fe—, preciso es confesar que has caído en manos de personas muy perspicaces.

Es seguro que nadie oyó las vanidosas palabras de Paganel.

Glenarvan y *Lady* Elena, Mary y Roberto se habían congregado alrededor de Ayrton, y le estrechaban las manos. Parecía que la presencia de aquel hombre era una prueba segura de la salvación de Harry Grant. Puesto que el marinero había salido sano y salvo de los peligros del naufragio, ¿por qué el capitán no se había de haber librado también de la catástrofe? Ayrton repetía con convicción que el capitán Grant debía haberse salvado como él, y que probablemente vivía. No podía decir dónde; pero había de ser necesariamente en el continente. Respondía a las mil preguntas que se le dirigían, con una inteligencia y una precisión notables. *Miss* Mary, mientras él hablaba, tenía una de sus manos entre las suyas. ¡Era compañero de su padre, uno de los marinos de la *Britannia*! ¡Había vivido cerca de Harry Grant, corrido con él los mares, desafiado los mismos peligros! Mary no podía separar sus miradas de aquella ruda fisonomía, y lloraba de felicidad.

Hasta entonces nadie había pensado siquiera en poner en duda la veracidad e identidad del contraamaestre. Únicamente el Mayor, y tal vez también John Mangles, algo más recelosos, se preguntaban si las palabras de Ayrton merecían entera confianza. Su encuentro imprevisto podía excitar algunas sospechas. Verdad era que Ayrton había citado hechos y fechas ciertos, y algunas particularidades que daban mucho peso a lo que decía. Pero las minuciosidades, por exactas que sean, no constituyen una certeza, y se ha notado que generalmente la mentira se apoya en la precisión de los pormenores. Mac Nabbs reservó, pues, su opinión, y se abstuvo de pronunciarse en pro ni en contra.

En cuanto a John Mangles, sus dudas no resistieron mucho

tiempo a las palabras del marinero y se convenció de que era verdaderamente un compañero del capitán Grant, cuando le oyó hablar a la joven de su padre. Ayrton conocía perfectamente a Mary y a Roberto. Les había visto en Glasgow en el momento de zarpar la *Britannia*. Recordó su presencia en el almuerzo de despedida servido a bordo a los amigos del capitán, a cuyo almuerzo asistió el sheriff Mac Intyre. Roberto, que tenía apenas diez años, quedó a cargo del contraмаestre Dick Turner, y se le escapó para subir a los masteleros de juanete.

—Es verdad, es verdad —dijo Roberto Grant.

Y Ayrton recordaba mil bagatelas por el estilo, a las que no parecía dar la importancia que les daba John Mangles. Y cuando dejaba de hablar, Mary le decía con voz dulce:

—¡Habladnos, *Monsieur* Ayrton, habladnos más de nuestro padre!

El contraмаestre satisfizo lo mejor que pudo los deseos de la joven. Glenarvan no quería interrumpirle, a pesar de que se agolpaban en su mente veinte cuestiones más útiles; pero *Lady* Elena, mostrándole la alegría de Mary, detenía sus palabras.

En esta conversación Ayrton contó la historia de la *Britannia* y su viaje en los mares del Pacífico. Mary Grant conocía de él una gran parte, pues las noticias del buque alcanzaban a mayo de 1862. Durante aquel período de un año, Harry Grant tocó sucesivamente en las principales tierras de Oceanía, en las Hébridas, en Nueva Guinea, en Nueva Zelanda y en Nueva Caledonia, experimentando la mala voluntad de las autoridades inglesas, porque su buque era mal visto en las colonias británicas.

Sin embargo, había encontrado un punto importante en la costa occidental de la Papuasía, en que le pareció fácil el establecimiento de una colonia escocesa, y asegurada su prosperidad, porque, en efecto, un buen puerto de escala en el camino de las Molucas y Filipinas debía atraer numerosos buques, sobre todo cuando la apertura del canal de Suéz hubiese suprimido la ruta del cabo de Buena Esperanza. Harry Grant era de los que en Inglaterra preconizaban la obra de *Monsieur* De Lesseps y no oponían a un gran interés internacional rivalidades políticas.

Después del reconocimiento de la Papuasía, la *Britannia* fue a renovar sus víveres en El Callao, de cuyo puerto zarpó el 30 de

mayo de 1862, para regresar a Europa por el océano Indico y por el derrotero de El Cabo. Tres semanas después de su partida, desmanteló al buque una tempestad espantosa. Hubo que picar los palos. Se declaró en los fondos una vía de agua que no se pudo dominar, y la tripulación quedó muy pronto extenuada y sin fuerzas. Las bombas eran insuficientes para achicar el buque, que por espacio de ocho días fue juguete de los huracanes. Seis pies de agua tenía en la sentina. Poco a poco se iba a pique. Durante la tempestad habían perdido las lanchas, y fuerza era morir a bordo cuando en la noche del 22 de junio, como lo había perfectamente comprendido Paganel, se descubrió la costa oriental de Australia. El buque fue arrojado a ella. El choque fue terrible. En aquel momento Ayrton, arrebatado por una ola, fue arrojado en medio de las rompientes y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, se hallaba en poder de los indígenas, que le llevaron al interior del continente.



Desde entonces, nunca más oyó hablar de la *Britannia*, y supuso, no sin razón, que había sucumbido con todos sus tripulantes en los peligrosos arrecifes de Twofold Bay.

Aquí terminaba el relato concerniente al capitán Grant que arrancó más de una vez dolorosas exclamaciones. El Mayor no podía, sin cometer una injusticia, poner en duda su autenticidad. Pero después de la historia de la *Britannia*, la historia particular de Ayrton debía ofrecer un interés de actualidad aún más palpante.

En efecto, gracias al documento, no se podía dudar de que Grant, con dos de sus marineros, había, lo mismo que Ayrton, sobrevivido al naufragio. De la suerte del uno se podía racionalmente deducir la suerte del otro. Por lo mismo se suplicó a Ayrton que refiriese sus aventuras, y las refirió con mucha sencillez

y laconismo.

El marinero, náufrago, cautivo de una tribu indígena, fue conducido a las regiones interiores regadas por el Darling, a 400 millas al norte del paralelo 37. Allí vivió muy miserablemente, porque miserable era también la tribu, pero no le maltrataron. Pasó dos largos años de esclavitud penosa, pero sin abandonarle nunca la esperanza de recobrar la libertad. Estaba, para salvarse, al acecho de todas las ocasiones, aunque su evasión le obligase a arrostrar innumerables peligros.

Durante una noche del mes de octubre de 1864, burló la vigilancia de los indígenas y desapareció en la profundidad de inmensos bosques. Alimentándose de raíces, de helechos comestibles, de gomas de mimosas, anduvo errante un mes en medio de aquellas vastas soledades guiado por el sol durante el día, por las estrellas durante la noche, con frecuencia abatido por la desesperación. De esta manera atravesó pantanos, ríos, montañas, toda la parte inhabitada del continente muy rara vez hollada por la planta de los viajeros que han trazado los itinerarios más atrevidos. Moribundo, extenuado, llegó por fin a la granja hospitalaria de Paddy O'Moore, donde a cambio de su trabajo había encontrado una feliz existencia.



—Y si Ayrton está contento de mí —dijo el colono irlandés cuando éste terminó su narración—, yo también lo estoy de él. Es un hombre inteligente y honrado, un buen trabajador, y si él quiere, la morada de Paddy O'Moore será por mucho tiempo la suya.

Ayrton dio gracias al irlandés con un ademán, y esperó que le dirigieran nuevas preguntas, si bien comprendía que la legítima curiosidad de sus oyentes debía estar ya satisfecha. ¡A qué nueva pregunta habría de contestar a Glenarvan! Iba por lo tanto a ocuparse de la combinación del plan que se debía seguir aprovechándose del encuentro de Ayrton y de los datos por él suministrados, cuando el Mayor, dirigiéndose al marinero, le dijo:

—¿Erais contra maestre a bordo de la *Britannia*?

—Sí —respondió Ayrton sin titubear.

Pero comprendiendo que había dictado la pregunta del Mayor un sentimiento de desconfianza, una duda, aunque tal vez muy ligera, añadió:

—Salvé del naufragio mi asiento de plaza a bordo.

Y salió inmediatamente del comedor en que estaban reunidos todos para ir a buscar el documento oficial. No estuvo fuera un minuto, pero Paddy O'Moore tuvo tiempo de decir:

—Milord, os respondo de la honradez de Ayrton. En dos años que está en mi casa, no me ha dado motivo alguno de queja. Conozco la historia de su naufragio y de su cautiverio. Es un hombre leal, digno de toda vuestra confianza.

Glenarvan iba a responder que él no había dudado ni un solo instante de la buena fe de Ayrton, cuando éste volvió a entrar y presentó su asiento de plaza a bordo en toda regla. Era un papel firmado por los armadores de la *Britannia* y el capitán Grant, cuya letra y rúbrica reconoció Mary perfectamente. En él constaba que *Tom Ayrton, marinero de primera clase, estaba alistado como contramaestre a bordo de la fragata Britannia de Glasgow*. No cabía, pues, la menor duda acerca de la identidad de Ayrton, pues era difícil admitir que se hallase en su poder el documento sin pertenecerle.

—Ahora —dijo Glenarvan— apelo a los consejos de todos, y provocho una discusión inmediata sobre lo que conviene hacer. Vuestras opiniones, Ayrton, serán tenidas muy en cuenta, y os las agradeceré con toda mi alma.

Ayrton reflexionó breves instantes, y respondió en los siguientes términos:

—Os doy gracias, Milord, por la confianza que os merezco y de que espero hacerme digno. Tengo algún conocimiento de este país, de las costumbres de los indígenas, y si puedo seros útil...

—¡Quién lo duda! —respondió Glenarvan.

—Opino como vos —añadió Ayrton— que el capitán Grant y sus dos marineros salvaron la vida en el naufragio; pero atendiendo a que no han alcanzado las posesiones inglesas, pues si las hubiesen alcanzado habrían reaparecido, no dudo que les cupo la misma suerte que a mí, y que son cautivos de una tribu de naturales.

—Repetís, Ayrton, los argumentos que hice yo valer —dijo Paganel—. Es evidente que los náufragos, como ellos temían, están

en poder de los indígenas. ¿Pero debemos opinar que han sido, como vos, arrastrados al norte del paralelo 37?

—Es de suponer —respondió Ayrton—; las tribus enemigas no suelen permanecer en las inmediaciones de los distritos sometidos a los ingleses.

—Lo cual complicará mucho nuestras pesquisas —dijo Glenarvan bastante desconcertado—. ¿Cómo encontrar las huellas de los cautivos en el interior de un continente tan vasto?

Un prolongado silencio acogió esta observación. *Lady* Elena interrogaba frecuentemente con su mirada a todos sus compañeros, sin obtener respuesta. El mismo Paganel, contra su costumbre, estaba mudo. Le faltaba su ordinario ingenio. John Mangles iba a largos pasos de un lado a otro de la sala, como si estuviese sobre la cubierta de un buque en un gran apuro.

—¿Y vos, *Monsieur* Ayrton, qué haríais? —preguntó entonces *Lady* Elena al marinero.

—Yo, señora —respondió al momento Ayrton—, me embarcaría a bordo del *Duncan*, e iría derecho al lugar del naufragio. Allí tomaría consejo de las circunstancias y de los indicios que buenamente me ofreciese la casualidad.

—Bien —dijo Glenarvan—; pero tendremos que esperar a que se haya reparado el *Duncan*.

—¡Ah! ¿Habéis sufrido averías?

—Sí —respondió John Mangles.

—¿Graves?

—No, pero requieren para su reparación herramientas de que carecemos a bordo. Se ha torcido una de las palas de la hélice, y no se puede reparar más que en Melbourne.

—¿No podéis ir a la vela? —preguntó el contramaestre.

—Sin duda, pero por poco que deje el viento de favorecernos, el *Duncan* necesitará mucho tiempo para llegar a Twofold Bay, y de todos modos será preciso que vaya a Melbourne.

—Pues bien —exclamó Paganel—, que vaya a Melbourne, y nosotros iremos a la bahía Twofold.

—¿Y cómo? —preguntó John Mangles.

—Atravesando Australia como hemos atravesado América, siguiendo el paralelo 37.

—¿Pero y el *Duncan*? —repuso Ayrton, insistiendo de una

manera muy particular.

—El *Duncan* se nos reunirá o nosotros nos reuniremos al *Duncan* según el caso. Si en nuestra travesía encontramos al capitán Grant, volveremos juntos a Melbourne. Sí, por el contrario, proseguimos nuestras investigaciones hasta la costa, el *Duncan* nos tomará en ella. ¿Quién hace objeciones a este plan? ¿El Mayor acaso?

—No —respondió Mac Nabbs—, si la travesía de Australia es practicable.

—Tan practicable es —respondió Paganel— que propongo a *Lady Elena* y a *Miss Grant* que nos acompañen.

—¿Habláis formalmente, Paganel? —preguntó Glenarvan.

—Muy formalmente, querido *Lord*. Es un viaje de trescientas cincuenta millas únicamente. A doce millas por día, apenas durará un mes, es decir, el tiempo necesario para las reparaciones del *Duncan*. ¡Ah!, si se tratase de atravesar el continente australiano por una latitud más baja, si fuese menester cruzarlo en su mayor anchura, pasar esos inmensos desiertos en que falta el agua y el calor es abrasador, si quisiéramos, en fin, intentar lo que no han intentado aún los más audaces viajeros, la cosa variaría de aspecto. Pero el paralelo 37 corta la provincia de Victoria, país tan inglés como la misma Inglaterra, con carreteras y caminos de hierro, y poblado en la mayor parte de su extensión. Este viaje se puede hacer en coche, si se quiere, o en carreta, lo que es preferible. Es un paseo como de Londres a Edimburgo, y nada más.

—¿Pero y las fieras? —preguntó Glenarvan, que quería hacer todas las objeciones posibles.

—No hay fieras en Australia.

—¿Y los salvajes?

—Están en otra latitud, y además, no son crueles como los de Nueva Zelanda.

—Pero, ¿y los escapados de presidio?

—Los hay en las colonias del este, pero no en las provincias meridionales de Australia. La provincia de Victoria no se ha contentado con expulsarlos, sino que ha promulgado una ley excluyendo de su territorio a los penados de las demás provincias que han cumplido su condena. En este mismo año, el Gobierno Victoriano ha amenazado a la compañía peninsular con privarla de su subvención, si sus buques siguen tomando combustible en los

puertos de Australia occidental en que son admitidos los desertores de presidio. ¿Cómo no sabéis eso, vos, inglés?

—En primer lugar —respondió Glenarvan—, no soy inglés.

—Lo que ha dicho *Monsieur* Paganel es muy exacto —dijo entonces Paddy O'Moore—. No sólo la provincia de Victoria, sino que también Australia meridional, Queensland y la misma Tasmania están de acuerdo para expulsar de su territorio a los deportados fugitivos. En el tiempo que hace que habito yo esta granja, no he oído hablar de un solo desertor de presidio.

—Lo que es yo, nunca he encontrado ninguno —respondió Ayrton.

—Ya lo veis, amigos míos —repuso Paganel—, pocos salvajes, ninguna fiera, ningún presidiario fugado; no se puede decir otro tanto de muchas comarcas de Europa. ¿Conque es cosa convenida?

—¿Qué os parece, Elena? —preguntó Glenarvan.

—Lo que parece a todos, querido Edward —respondió *Lady* Elena volviéndose hacia sus compañeros—. ¡En marcha! ¡En marcha!

Capítulo VIII

La partida

Glenarvan, siempre ejecutivo, no solía perder tiempo entre la adopción de una idea y su realización. Una vez admitida la proposición de Paganel, dio orden de apresurar inmediatamente los preparativos de marcha, que fijó para el día siguiente, 22 de diciembre.

¿Qué resultados debía producir aquella travesía de Australia? La presencia de Harry Grant era ya un hecho indiscutible, y las consecuencias de la expedición podían ser muy grandes. Había aumentado la suma de las probabilidades favorables. Nadie podía asegurar que se encontrase al capitán precisamente en la línea del paralelo 37 que se iba a seguir rigurosamente; pero tal vez en esta línea se encontrarían sus huellas, y por ella se iba directamente al teatro del naufragio. Éste era el punto principal.

Además, si no se negaba Ayrton a acompañar a los viajeros, a guiarles por los enmarañados bosques de la provincia de Victoria, a conducirles hasta la costa oriental, había una nueva probabilidad de buen éxito. Glenarvan, que lo comprendía así, tenía un particular empeño en asegurarse el utilísimo concurso del compañero de Harry Grant, y preguntó a su huésped si se le causaría muy grande extorsión proponiendo a Ayrton que le acompañase.

Paddy O'Moore consintió en ello, aunque sintiendo mucho privarse de tan excelente criado.

—Y bien, Ayrton, ¿nos acompañaréis en nuestra expedición en busca de los naufragos de la *Britannia*?

Ayrton no respondió inmediatamente, y quedó perplejo algunos instantes, pero, después de haber reflexionado, dijo:

—Sí, Milord; os seguiré, y ya que no os puedo hacer encontrar las huellas del capitán Grant, os llevaré al menos al mismo sitio en

que se perdió el buque.

—Gracias, Ayrton —respondió Glenarvan.

—Una sola pregunta, Milord.

—Hablad, amigo mío.

—¿Dónde encontraréis el *Duncan*?

—En Melbourne, si no atravesamos Australia de una a otra playa. Pero si la atravesamos, lo encontraremos en la costa oriental.

—¿Pero entonces su capitán...?

—Su capitán esperará mis instrucciones en el puerto de Melbourne.

—Bien, Milord —dijo Ayrton—, contad conmigo.

—Muy bien, con vos cuento, Ayrton —respondió Glenarvan.

Los pasajeros del *Duncan* dieron las más expresivas gracias al contraмаestre de la *Britannia*. Los hijos de su capitán le prodigaron sus más afectuosas caricias. A todos complacía su decisión, menos al irlandés, que perdía un auxiliar fiel e inteligente. Pero Paddy comprendió la importancia que para Glenarvan tenía la presencia del contraмаestre, y se resignó. Glenarvan le encargó que proporcionase él mismo el medio de transporte para atravesar Australia, y concluido este asunto, los pasajeros regresaron a bordo, después de quedar citados con Ayrton.



El regreso fue alegre. Todo había variado. Habían desaparecido todas las vacilaciones. Los valerosos investigadores no debían ya seguir ciegamente la línea del paralelo 37. No era ya dudoso que Harry Grant había encontrado refugio en el continente, y llenaba el corazón de todos la satisfacción que ocasiona la seguridad después de la incertidumbre.

Dentro de dos meses, siendo propicias las circunstancias, el *Duncan* desembarcaría a Harry Grant en las playas de Escocia.

Cuando John Mangles apoyó la proposición de intentar con los pasajeros la travesía de Australia, contaba con que esta vez él sería uno de los expedicionarios. Conferenció sobre el particular con Glenarvan, haciendo valer en su favor toda especie de argumentos, su adhesión a *Lady Elena* y al mismo *Lord*, su utilidad como organizador de la caravana y su inutilidad como capitán a bordo del

Duncan. En fin, mil excelentes razones, exceptuando la mejor, de la cual Glenarvan no tenía necesidad para convencerse.

—Una sola pregunta, John —dijo Glenarvan—: ¿Tenéis en vuestro segundo una absoluta confianza?

—Absoluta —respondió John Mangles—. Tom Austin es un buen marino. Conducirá el *Duncan* a su destino, dispondrá hábilmente sus reparaciones y estará donde se le diga en el día que se fije. Tom es esclavo del deber y de la disciplina. Nunca se permitirá modificar ni retardar la ejecución de una orden. Vuestra Señoría, puede, pues, contar con él como conmigo mismo.

—Siendo así, John —respondió Glenarvan—, nos acompañaréis porque bueno será —añadió sonriéndose— que estéis allí cuando encontremos al padre de Mary Grant.

—¡Oh! ¡Vuestro Honor! —murmuró John Mangles.

No pudo decir más. Palideció un instante y cogió la mano que le tendía *Lord* Glenarvan.

Al día siguiente, John Mangles, acompañado del carpintero y de los marineros encargados de los víveres, regresó al establecimiento de Paddy O'Moore, donde, de acuerdo con el irlandés, debía organizar los medios de transporte.

Toda la familia le esperaba pronta a trabajar bajo sus órdenes. Ayrton estaba allí y no escatimó los consejos que le suministraba su experiencia.

Paddy y él estuvieron conformes en disponer para las viajeras una carreta tirada por bueyes. Los hombres realizarían el viaje a caballo. Paddy podía proporcionar las bestias y la carreta.

Ésta tenía de largo 20 pies, y estaba cubierta con un toldo, montado sobre cuatro ruedas, siendo cada una de éstas de una sola pieza, sin rayos, cubo ni aro de hierro. El juego delantero, muy separado del de atrás, consistía en un mecanismo rudimentario que no le permitía dar vueltas en corto espacio. De este juego arrancaba una lanza de 35 pies de longitud, a la que se uncían tres pares de bueyes, los cuales tiraban a la vez con los músculos de la cabeza y del cuello por la doble combinación de un yugo sujeto a la nuca y un collar fijo al yugo con una clavija de hierro. Mucha destreza se requería para conducir aquella máquina estrecha, larga, que se bamboleaba incesantemente, y que estaba siempre a punto de volcar, y para guiar el tiro por medio del aguijón. Pero Ayrton

había hecho su aprendizaje en la alquería del irlandés, y éste respondía de su habilidad, por lo que se le confirió el cargo de carretero.

La carreta no ofrecía comodidad alguna, pero había que aceptarla tal como era.



John Mangles no pudo modificar su grosera construcción, pero la hizo arreglar interiormente del mejor modo posible. Por medio de un tabique de tablas la dividió en dos compartimientos, de los cuales el posterior estaba destinado a los víveres y equipajes y a la cocina portátil de *Monsieur Olbinett*, y el anterior pertenecía enteramente a las viajeras. La mano del carpintero hizo de este compartimiento un cuarto bastante cómodo, cubierto con un grueso

tapiz, provisto de un tocador y de dos camas reservadas a *Lady* Elena y Mary Grant. En caso necesario lo cerraban dos fuertes cortinas de cuero para resguardarlo del frío de la noche. Los hombres podían en rigor hallar en él un refugio para ponerse a salvo de los recios aguaceros, pero debían habitualmente acampar debajo de una tienda. John Mangles se ingenió de modo que en un estrecho espacio reunió todos los objetos necesarios a dos mujeres, de suerte que *Lady* Elena y Mary Grant no pudieron echar muy de menos en aquel cuarto ambulante los cómodos camarotes del *Duncan*.

Se aprontaron para los viajeros siete vigorosos caballos destinados a *Lord* Glenarvan, Paganel, Roberto Grant, Mac Nabbs, John Mangles y los dos marineros Wilson y Mulrady que acompañaban a su amo en esta nueva expedición. Ayrton tenía su asiento delante del carro, y *Monsieur* Olbinett, que no era muy aficionado a la equitación, se arreglaría como Dios le diese a entender en el compartimiento de los equipajes.

Caballos y bueyes pastaban en las praderas de la granja, y podían reunirse fácilmente al llegar la hora de marcha.

Después de haber tomado sus disposiciones y dado al maestro carpintero las órdenes convenientes, John Mangles pasó a bordo con la familia irlandesa, que quiso devolver la visita a *Lord* Glenarvan. Ayrton tuvo por conveniente reunirse a ella, y a cosa de las cuatro, John y sus compañeros pisaban la cubierta del *Duncan*.

Fueron recibidos con los brazos abiertos. Glenarvan les invitó a comer a bordo, no queriendo ser menos galante que sus huéspedes, y éstos aceptaron con gusto la respuesta a su hospitalidad australiana en la cámara del yate. Paddy O'Moore quedó maravillado. Los muebles de todos los departamentos, los techos, los tapices, toda la obra de arte y palo santo excitó su admiración. Ayrton no dio gran importancia a estas costosas superfluidades.

Pero en cambio, el contraмаestre de la *Britannia* examinó el yate desde el punto de vista de un marino; visitó hasta su sentina, bajó a la cámara de la hélice, a las carboneras, la despensa, la santabárbara, interesándole particularmente el almacén de armas y el cañón giratorio del cual preguntó el alcance. En las preguntas de Ayrton vio al momento Glenarvan que hablaba con un hombre que era del oficio. Después el contraмаestre de la *Britannia* inspeccionó

cuidadosamente la jarcia y la arboladura.

—Tenéis, Milord, un hermoso buque —dijo.

—Y sobre todo, un buen buque —respondió Glenarvan.

—¿Cuántas toneladas?

—Doscientas diez.

—¿Me engañaré mucho —añadió Ayrton— si digo que el *Duncan* a todo vapor anda quince nudos?

—Podéis poner diecisiete —replicó John Mangles— y os quedaréis corto.

—¡Diecisiete! —exclamó el contraмаestre—. Entonces no hay buque de guerra, por rápido que sea, que pueda darle caza.

—¡Ninguno! —respondió John Mangles—. El *Duncan* es un verdadero yate de carreras, que se las apuesta con el más pintado.

—¿También a la vela? —preguntó Ayrton.

—También a la vela.

—Pues bien, Milord, y vos, capitán —respondió Ayrton—, recibid la enhorabuena de un marino que sabe lo que vale un buque.

—Bien, Ayrton —respondió Glenarvan—; quedaos a bordo, y de vos depende que este buque llegue a ser vuestro.

—Pensaré en ello, Milord —respondió sencillamente el contraмаestre.

En aquel momento *Monsieur* Olbinett avisó a Su Honor que la comida estaba en la mesa. Glenarvan y sus huéspedes pasaron a la sala común.

—Ese Ayrton —dijo Paganel al Mayor— es un hombre inteligente.

—¡Demasiado inteligente! —murmuró Mac Nabbs, a quien, sin apariencia de razón, fuerza es decirlo, la cara y las maneras del contraмаestre empezaban a fastidiarle.

Durante la comida, Ayrton dio interesantes pormenores acerca del continente australiano, que conocía perfectamente. Se informó del número de marineros que acompañaban a *Lord* Glenarvan en su expedición. Cuando supo que sólo le acompañaban dos de ellos, Mulrady y Wilson, pareció sorprendido. Aconsejó a Glenarvan que formase su comitiva con los mejores marineros del *Duncan*, insistiendo mucho sobre el particular, y esta insistencia debía borrar del ánimo del Mayor todas las sospechas.

—Pero —preguntó Glenarvan—, ¿ofrece algún peligro nuestro viaje por Australia meridional?

—Ninguno —respondió Ayrton.

—Pues entonces dejemos a bordo el mayor número posible de tripulantes. Para manejar el *Duncan* a la vela se necesita gente. Lo que ante todo importa, es que se encuentre con puntualidad en el lugar de cita que le será ulteriormente designado. No mermemos, pues, su tripulación.

Ayrton comprendió sin duda la observación de *Lord Glenarvan* y no insistió.

A la caída de la tarde, escoceses e irlandeses se separaron. Ayrton y la familia de Paddy O'Moore regresaron a la alquería, donde el carro y los caballos estaban prontos para el día siguiente. Se resolvió partir a las ocho de la mañana.

Entonces *Lady Elena* y *Mary Grant* hicieron sus últimos preparativos. Fueron cortos, y sobre todo menos minuciosos que los de Santiago Paganel. El sabio pasó parte de la noche en desarmar, limpiar, revisar y volver a armar los lentes de su catalejo, de lo que resultó que al rayar el alba dormía aún como un tronco, y tuvo que despertarle la retumbante voz del Mayor.

Ya los equipajes habían sido transportados a la alquería por los marineros de John Mangles. Una lancha aguardaba a los viajeros, que se embarcaron en ella inmediatamente. El joven capitán dio sus últimas instrucciones a Tom Austin, recomendándole principalmente que esperase las órdenes de *Lord Glenarvan* en Melbourne, y que las ejecutase escrupulosamente cualesquiera que fuesen.

El viejo marino respondió a John Mangles que podía contar con él en todo y para todo, y en nombre de la tripulación presentó a Su Honor sus votos por el buen éxito de la expedición. La lancha se separó del yate en medio de sonoros hurras.

En diez minutos la embarcación alcanzó la playa. Un cuarto de hora después, los viajeros llegaban a la alquería irlandesa.

Todo estaba dispuesto. Gustó mucho a *Lady Elena* su compartimiento en la carreta, y ésta, con sus ruedas primitivas y macizos ejes, le entusiasmó sobremanera. Los seis bueyes, uncidos de dos en dos, ofrecían un aspecto patriarcal. Ayrton, con el aguijón en la mano, esperaba las órdenes de su nuevo amo.

—¡Pardiez! —dijo Paganel—. He aquí un admirable vehículo que vale más que todas las carretelas del mundo. No conozco mejor medio de viajar que el de los saltimbanquis. ¿Qué más se puede desear que una casa que anda y se para donde uno quiere? Bien lo comprendían los sármatas, que no viajaban nunca de otro modo.

—Señor Paganel —dijo *Lady Elena*—, espero tener el placer de recibiros en mis salones.

—Señora, el placer y el honor serán míos —replicó el sabio—. ¿Tenéis días marcados de recepción?

—Todos lo son para mis amigos —respondió riendo *Lady Elena* —, y vos sois...

—El más adicto de todos, señora —replicó alegremente Paganel.

Estos recíprocos cumplidos fueron interrumpidos por la llegada de siete caballos ensillados que conducía uno de los hijos de Paddy. *Lord Glenarvan* arregló con el irlandés el precio de todas las adquisiciones que allí hizo, añadiendo un millón de gracias que el buen colono apreciaba tanto al menos como las guineas.

Se dio la señal de marcha. *Lady Elena* y *Miss Grant* se instalaron en su compartimiento. *Ayrton* en su asiento, *Olbinett* en la trasera del carro, y *Glenarvan*, el Mayor, Paganel, Roberto, John Mangles y los dos marineros, armados todos de carabinas y revólveres, montaron a caballo. ¡*Dios os acompañe!*, dijo Paddy O'Moore, y toda la familia repitió: ¡*Dios os acompañe!* *Ayrton* lanzó un grito particular, y aguijoneó los bueyes.



La carreta arrancó, crujieron los ejes, y no tardó en desaparecer tras una revuelta del camino la hospitalaria alquería del honrado irlandés.

Capítulo IX

La provincia de Victoria

Era el 23 de diciembre de 1864. El mes de diciembre, tan lúgubre, tan nebuloso en el hemisferio boreal, debería llamarse junio en aquel continente. Astronómicamente, el verano contaba ya dos días de existencia, porque el 21 el sol había entrado en Capricornio, y su presencia sobre el horizonte menguaba ya algunos minutos.

Así, pues, el nuevo viaje de *Lord Glenarvan* se verificaba en la estación más calurosa del año y bajo los rayos de un sol casi tropical.

En aquella parte del océano Pacífico el conjunto de las posesiones inglesas se llama Australasia. Comprende Nueva Holanda, Tasmania, Nueva Zelanda y algunas islas circunvecinas. En cuanto al continente australiano, se divide en vastas colonias de extensión y riquezas muy desiguales. Basta examinar los mapas modernos levantados por los señores Petermann o Precheron para convencerse de la simetría de estas divisiones. Los ingleses han tirado a cordel las líneas convencionales que separan aquellas grandes provincias, sin tener en cuenta ni vertientes geográficas, ni cursos de ríos, ni variedades de climas, ni diferencias de razas. Aquellas colonias confinan rectangularmente unas con otras y se tocan como las piezas de un tablero de damas. Aquella disposición de líneas y ángulos rectos constituye la obra de un geómetra, no la obra de un geógrafo, únicamente las costas, con sus crestas, sus bahías, sus cabos, sus ensenadas, protestan en nombre de la Naturaleza con su irregularidad encantadora. Aquel aspecto de tablero de ajedrez excitaba, y muy justamente, la verbosidad de Paganel. Es seguro que si Australia hubiese sido francesa, los geógrafos galos no hubiesen llevado a tan alto grado su pasión por la escuadra y el tiralíneas.

Las colonias de la gran isla oceánica son actualmente seis: Nueva Gales del Sur, capital Sydney; Queenslandia, capital Brisbane; la provincia de Victoria, capital Melbourne; Australia meridional, capital Adelaida; Australia occidental, capital Perth, y por último, Australia septentrional, sin capital aún. Sólo las costas tienen colonos, y apenas se encuentra una que otra ciudad importante a 20 millas del interior, y éste, cuya superficie es igual a dos terceras partes de Europa, permanece casi inexplorado.

Pero afortunadamente, el paralelo 37 no atraviesa aquellas inmensas soledades, aquellas inaccesibles comarcas, que han costado ya a la Ciencia numerosas víctimas. Glenarvan no hubiera podido atravesarlas. No tenía que cruzar más que la parte meridional de Australia, que se compone de una angosta tira de la provincia de Adelaida, de la provincia de Victoria en todo su ancho, y por último, del vértice del triángulo invertido que forma Nueva Gales del Sur.

Sesenta y dos millas escasas separan el cabo Bernouille de la frontera de Victoria. Sesenta y dos millas representan, poco más o menos, dos días de marcha, y Ayrton creía poder al día siguiente pernoctar en Aspley, que es la ciudad más occidental de la provincia de Victoria.

El principio de un viaje se distingue siempre por el brío de los jinetes y de los caballos. Nada tenemos que decir acerca de la animación de los primeros, pero es conveniente moderar el paso de los segundos. El que quiere ir lejos, debe guardar consideraciones a su cabalgadura. Así, pues, se decidió que por término medio no se andaría diariamente más que de 25 a 30 millas.

Además, el paso de los caballos debía subordinarse al más lento de los bueyes, verdaderos aparatos mecánicos que pierden en tiempo lo que ganan en fuerza. La carreta, con sus pasajeros y sus provisiones, era el núcleo de la caravana, la fortaleza ambulante. Los jinetes podían recorrer las inmediaciones, pero sin alejarse nunca de ella.

Así, pues, no habiéndose prescrito ninguna orden especial de marcha, cada cual era libre en sus acciones hasta cierto límite, y los cazadores recorrían la llanura, los amables conversaban con los moradores de la carreta y los filósofos filosofaban juntos. Paganel, que poseía todas estas cualidades, debía estar y estaba a la vez en

todos los puntos.

Nada interesante ofreció la travesía de Adelaida. Una costa de lomas poco elevadas, pero de mucho polvo, una larga extensión de terrenos baldíos, cuyo conjunto constituye lo que se llama el *bush* en el país, algunas praderas cubiertas de unos arbustos de hojas angulosas que codician mucho las ovejas, se sucedieron durante algunas millas. Se veían a trechos algunos *pig faces* (carneros con cabeza de cerdo de una especie particular de Nueva Zelanda), que pacían entre los postes de la línea telegráfica recientemente establecida desde Adelaida a la costa.

Hasta entonces aquellas llanuras recordaban singularmente las monótonas extensiones de terreno de la Pampa argentina. El mismo suelo herbáceo y compacto, el mismo horizonte enteramente despejado. Mac Nabbs sostenía que no había variado de país; pero Paganel afirmó que la comarca no tardaría en modificarse. Con su garantía, todos se prometían espectáculos maravillosos.

Alrededor de las tres, la carreta atravesó un ancho espacio desprovisto de árboles, conocido con el nombre de *llanuras de los mosquitos*. El sabio tuvo la satisfacción geográfica de comprobar que merecía su nombre.



Mucho dieron que sentir a los viajeros y a sus cabalgaduras las reiteradas picaduras de aquellos importunos dípteros, de los que no era posible librarse, y sí solamente se podía calmar el dolor que ocasionaban, con sendos frascos de amoniaco del botiquín portátil; Paganel no pudo reprimirse, y cubrió de maldiciones a aquellos mosquitos encarnizados, que mecharon su prolongada personalidad con sus agujijones sedientos de sangre.

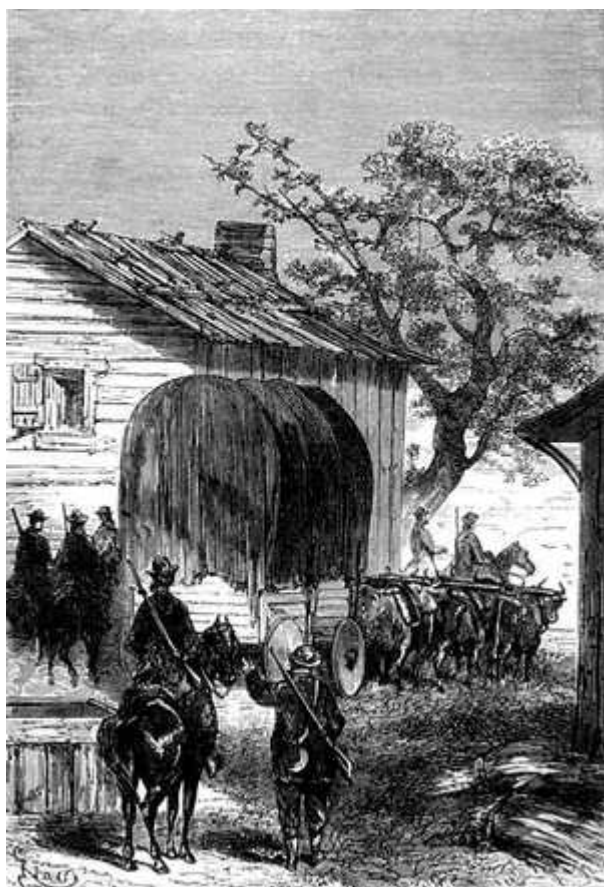
A la caída de la tarde, algunos setos vivos de acacias amenizaron la llanura. De cuando en cuando se veían bosquecillos de gomeros blancos; más adelante, una senda recientemente trazada, y luego árboles de procedencia europea, olivos, limoneros y verdes hayas, y al fin una empalizada bien conservada. A las ocho, los bueyes, a quienes el agujijón de Ayrton obligó a acelerar la marcha, llegaron a

la Estación de Red Gum.

Esta palabra *estación* se aplica a los establecimientos del interior en que se cría ganado, que es la principal riqueza de Australia. Los ganaderos se conocen con el nombre de *squatters*, es decir, gentes que se sientan en el suelo.^[11]

En efecto, es la primera posición que toma todo colono fatigado después de atravesar aquellas comarcas inmensas.

Red Gum Station era un establecimiento de poca importancia. Pero Glenarvan halló en él la más franca hospitalidad. La mesa estaba siempre puesta para el viajero bajo el techo de aquellas habitaciones solitarias, y en un colono australiano se encuentra siempre un huésped obsequioso.



Al día siguiente, Ayrton unció sus bueyes al rayar el alba. Quería llegar aquella misma tarde a la frontera de Victoria. El terreno se fue poco a poco presentando más accidentado. Una sucesión de colinas poco elevadas, y salpicadas de arenas de color escarlata, ondeaba hasta perderse de vista. Hubiérase dicho que era una inmensa bandera roja, cuyos pliegues hinchaba el viento con su soplo. Algunos malleya, especie de abetos manchados de blanco, cuyo tronco es recto y liso, extendían sus ramas y sus hojas de un color verde oscuro sobre fértiles praderas en que hervían inmensas manadas de gerbos. Más adelante aparecieron espaciosos campos llenos de maleza y de tiernos gomeros, y luego se fueron separando los grupos; los arbustos aislados se convirtieron en árboles, y presentaron la primera muestra de los bosques de Australia.

El aspecto del país, en las inmediaciones de la frontera de Victoria, se modificaba sensiblemente. Los viajeros hallaban una tierra nueva. La línea recta era su imperturbable dirección, sin que ningún obstáculo, lago o montaña les obligase a desviarse. Ponían invariablemente en práctica el primer postulado de la geometría, y seguían el camino más corto que se conoce para ir de un punto a otro. Hacían caso omiso de todas las dificultades y fatigas. Su marcha se subordinaba al lento paso de los bueyes, los cuales, si bien no iban de prisa, al menos caminaban sin detenerse.

Así fue que después de andar en dos días 60 millas, la caravana, el 23 por la tarde, llegó a la parroquia de Aspley, primera ciudad de la provincia de Victoria, situada a los 141° de longitud, en el distrito de Wimmera.

Cuidó Ayrton de llevar la carreta a Crown's Inn, una venta que, a falta de otro nombre mejor, se llamaba «Fonda de la Corona». La cena, compuesta únicamente de carnero guisado de diferentes maneras, humeaba sobre la mesa.

Se comió mucho, y no se habló menos. Todos deseaban conocer las particularidades del continente australiano, y preguntaban incesantemente al geógrafo. Paganel no se hizo rogar, y empezó su narración diciendo que en otro tiempo la provincia australiana se llamaba Australia feliz.

—¡Acertada calificación! —dijo—. Más propio hubiera sido llamarla Australia rica, porque la riqueza no hace la felicidad de los países como hace la de los individuos. Australia, gracias a sus minas

de oro, ha sido invadida por devastadoras bandas de aventureros. Ya lo veréis cuando atravesemos los terrenos auríferos.

—¿No es de origen muy reciente la colonia de Victoria? —preguntó *Lady Glenarvan*.

—Sí, señora, no cuenta más que treinta años de existencia. Un martes, 6 de junio de 1835...

—A las siete y cuarto de la tarde —añadió el Mayor, que se complacía en lanzar pullas a Paganel sobre la precisión de las fechas.

—No a las siete y cuarto, sino a las siete y diez minutos —replicó gravemente el geógrafo—. Betman y Falckmer fundaron un establecimiento en Puerto Felipe, en la bahía en que se extiende actualmente la gran ciudad de Melbourne. Por espacio de quince años, la colonia formó parte de Nueva Gales del Sur, y dependió de Sydney, su capital. Pero en el año 1851, fue declarada independiente y tomó el nombre de Victoria.

—¿Y desde entonces ha prosperado mucho? —preguntó *Glenarvan*.

—Vos mismo podréis juzgarlo, mi noble amigo —respondió Paganel—. Tengo las cifras suministradas por la última estadística, y diga Mac Nabbs lo que quiera, no hay nada tan elocuente como las cifras.

—Adelante —dijo el Mayor.

—Adelante voy. En 1836, la colonia de Puerto Felipe tenía 244 habitantes. Actualmente, la provincia de Victoria cuenta 550.000. 7.000.000 de cepas le dan anualmente 121.000 galones de vino. 103.000 caballos atraviesan galopando sus llanuras, y 675.272 bueyes pacen en sus praderas.

—¿No tiene también cierto número de cerdos? —preguntó Mac Nabbs con sorna.

—Sí, Mayor, setenta y nueve mil seiscientos veinticinco, si mal no recuerdo.

—¿Y cuántos carneros, Paganel?

—Siete millones ciento quince mil novecientos cuarenta y tres, Mac Nabbs.

—¿Incluyendo el que nos comemos, Paganel?

—No, sin incluirlo, porque le faltan ya tres cuartas partes que hemos devorado.

—¡Bravo, *Monsieur* Paganel! —exclamó *Lady* Elena riendo estrepitosamente—. Fuerza es convenir que sois muy fuerte en cuestiones geográficas, y mi primo Mac Nabbs, haga lo que quiera, no os cogerá en un renuncio.

—Es mi oficio, señora, saber estas cosas y otras muchas más, y enseñároslas en caso necesario. Así, pues, podéis creerme cuando os digo que este extraño país nos reserva maravillas...

—Hasta ahora, sin embargo... —respondió Mac Nabbs, que encontraba gusto en contradecir al geógrafo para excitar su facundia.

—Pero aguardad, impaciente Mayor —exclamó Paganel—. Apenas habéis puesto un pie en la frontera y ya estáis murmurando. Pues bien, yo os digo y repito y sostengo que esta comarca es la más curiosa de toda la Tierra. Su formación, su naturaleza, sus productos, su clima, y hasta su desaparición futura, han asombrado, asombran y asombrarán a todos los sabios del mundo. Figuraos, amigos, un continente cuya periferia, no el centro, se elevó primitivamente sobre las olas como un anillo gigantesco, que en su parte central encierra tal vez un mar interior medio evaporado; cuyos ríos se secan de día en día; en que no hay humedad ni en el aire ni en la tierra; en que los árboles pierden anualmente su corteza en lugar de perder sus hojas; en que éstas se presentan al sol de perfil y no de cara, y no dan sombra; en que la madera es con frecuencia incombustible; en que los árboles son bajos y las hierbas gigantescas; en que los animales son extraños; en que los cuadrúpedos, como el equidna y el ornitorrinco, pertenecen a la familia de los edentados monotremas, tienen pico a la manera de los patos, y han obligado a los naturalistas a crear especialmente para ellos un nuevo género; en que el canguro anda a saltos con sus patas desproporcionadas y desiguales; en que el *bowerd bird* abre sus salones para recibir las visitas de sus amigos alados; en que los carneros tienen la cabeza de cerdo; en que las zorras vuelan como ardillas de un árbol a otro; en que los cisnes son negros; en que hacen nidos las ratas; en que los pájaros asombran la imaginación con la diversidad de sus cantos y de sus aptitudes; en que uno sirve de reloj, otro chasca con un látigo de postillón, otro imita al afilador; otro marca los segundos como un péndulo; en que tal ave ríe por la mañana al salir el sol, y tal otra llora por la tarde cuando

el sol se pone. ¡Oh! ¡Comarca extraña, ilógica, si las hay! ¡Tierra paradójica formada contra la Naturaleza! Con razón dijo de ti el sabio botánico Crimard que eres una especie de parodia de las leyes universales, o por mejor decir, un guante de desafío arrojado a la cara del resto del mundo.

El tren de frases de Paganel, lanzado a todo vapor, no había al parecer de detenerse nunca. El elocuente secretario de la Sociedad Geográfica estaba como disparado y no era ya dueño de sí mismo. Hablaba sin parar, gesticulaba como si quisiera romperlo todo, y blandía su tenedor con gran peligro de los que comían a su lado. Pero al fin ahogaron su voz un estrépito de bravos, y pudo callar.

—¿Y eso es todo, Paganel?

—¡No! ¡No es todo! —respondió el sabio con nueva vehemencia.

—¿Cómo? —preguntó *Lady Elena*, cuya curiosidad era insaciable

—. ¿Hay algo aún más asombroso en Australia?

—Sí, señora; su clima. Su clima, por su extrañeza, excede a sus productos.

—¡Es imposible!

—No hablo de las cualidades higiénicas del continente australiano, tan rico en oxígeno y tan pobre en ázoe. No tiene vientos húmedos porque los alisios soplan paralelamente a sus costas, y en él se desconocen la mayor parte de las enfermedades, el tifus y el sarampión y muchas afecciones crónicas.

—Lo que no deja de ser una ventaja —dijo *Glenarvan*.

—Sin duda, pero no me refiero a ella —respondió Paganel—. Aquí el clima posee una cualidad inverosímil.

—¿Cuál? —preguntó *John Mangles*.

—No me creeréis.

—Sí, os creemos —exclamaron todos con impaciencia.

—Pues bien, es...

—¿Qué?

—Moralizador.

—¿Moralizador?

—Sí —respondió el sabio con convicción—. ¡Sí, moralizador! Aquí los metales expuestos al aire no se oxidan, ni los hombres tampoco. Aquí la atmósfera pura y seca lo blanquea todo rápidamente, el lienzo y las almas. Bien habían notado en Inglaterra las virtudes de este clima, cuando se resolvió enviar a este país las

gentes que tenían necesidad de moralizarse.

—¿De veras se experimenta esa influencia? —preguntó *Lady Glenarvan*.

—Sí, señora; en los animales y en los hombres.

—¿No os chanceáis, *Monsieur* Paganel?

—No me chanco. Los caballos y demás animales son aquí de una docilidad notable. Ya tendréis ocasión de verlo.

—No es posible.

—Pues es muy cierto. Aquí los malhechores, transportados por este aire vivificador y salubre, se regeneran en pocos años. Este efecto es conocido de los filántropos. En Australia todas las naturalezas se vuelven mejores.

—Pero entonces, vos, *Monsieur* Paganel, vos que sois tan bueno —dijo *Lady Elena*—, ¿qué llegaréis a ser en esta tierra privilegiada?

—Inmejorable, señora —respondió Paganel—, inmejorable.

Capítulo X

Wimerra river

Al día siguiente, 24 de diciembre, se emprendía la marcha al rayar el alba. El calor era ya fuerte, pero soportable, y el camino llano y compacto se acomodaba bien al paso de los caballos. La comitiva entró en un bosque bastante claro, y al anochecer, después de haber caminado todo el día, acampó en las márgenes del lago Blanco, cuyas aguas son salobres e impotables.

Allí Santiago Paganel tuvo que convenir en que aquel lago no tenía más de blanco que lo que tiene de negro el mar Negro, de rojo el mar Rojo, de amarillo el río Amarillo y de azul las Montañas Azules. Sin embargo, incitado por su amor propio de geógrafo, se enzarzó en prolijas discusiones; pero no prevalecieron sus especiosos argumentos.

Monsieur Olbinett preparó la cena con su puntualidad acostumbrada, y luego los viajeros, los unos en el carro, los otros bajo la tienda, no tardaron en dormirse, a pesar de los quejumbrosos chillidos de los dingos, que son los chacales de Australia.

Más allá del lago Blanco se extendía una llanura admirable, esmaltada de crisantemos. Al día siguiente, Glenarvan y sus compañeros aplaudieron al despertarse la magnífica decoración que a sus miradas se ofrecía. Partieron. El suelo no ofrecía más relieves que algunas lejanas gibas. Todo, hasta el lejano horizonte, era una pradera alfombrada de flores de primaveral magnificencia. Los reflejos azules del lino de pequeñas hojas casaban bien con el color escarlata de un acanto particular de aquellas comarcas. Numerosas variedades de *eristias* amenizaban el verde paisaje, y los terrenos, impregnados de sal, desaparecían bajo las ansermas, salgadas, acelgas, verdegayas y rojizas, y otras plantas pertenecientes a la

invasora familia de las salcoláceas, de cuya incineración saca partido la industria, pues sus cenizas, debidamente lavadas, producen excelente sosa. Paganel, que en medio de las flores se volvía botánico, llamaba con sus nombres propios aquellas variadas plantas, y con su manía de enumerarlo todo, no pudo abstenerse de decir que hasta el día se contaban 4.200 especies en la flora australiana, repartidas en 120 familias.

Más adelante, después de haber andado rápidamente unas doce millas, la carreta rodó entre elevados bosques de acacias, mimosas y gomeros blancos, de variada inflorescencia. El reino vegetal, en aquella comarca de *spring plains*^[12], no era ingrato con el astro del día, devolviendo en perfumes y colores lo que el sol le daba en rayos.

El reino animal no era tan pródigo en sus productos. Algunos casuarios saltaban en la llanura, sin que fuese posible acercarse a ellos. El Mayor fue, no obstante, lo bastante diestro para herir de un balazo en un costado a un animal bastante raro que tiende a desaparecer, un jabirú, ave zancuda, la gigantesca grulla de los colonos ingleses.



Tenía cinco pies de altura, y su pico negro, ancho y cónico, terminado en punta aguda, medía una longitud de dieciocho pulgadas. Los reflejos violáceos y purpúreos de su cabeza contrastaban singularmente con el verde metálico de su cuello, la deslumbradora blancura de su garganta y el color rojo muy subido de sus largas patas. Parecía que la Naturaleza había agotado en su plumaje los brillantes colores de su paleta.

Mucha admiración causó ave tan singular, y del Mayor hubiera sido la gloria de la jornada, si el joven Roberto, algunas millas más adelante, no hubiese encontrado y cobrado denodadamente una bestia informe, mitad erizo, mitad oso hormiguero, que parecía ser un esbozo como los animales de las primeras edades de la Creación. Una lengua extensa, larga y pegajosa, salía de su desdentada boca, y cazaba las hormigas que forman el principal alimento de dicho

animal.

—¡Es un equidna! —dijo Paganel, dando a aquel monotrema su verdadero nombre—. ¿Habíais visto nunca un bicho semejante?

—Es horrible —respondió Glenarvan.

—Horrible, pero curioso —respondió Paganel—, y además particular de Australia, de suerte que no se encuentra un solo ejemplar en ninguna otra parte del mundo.

Paganel, como era natural, quería guardar el repugnante equidna, y meterlo en el compartimiento de los equipajes. Pero *Monsieur* Olbinett protestó con una indignación tal, que el sabio renunció a conservar aquella muestra de monotrema.

Aquel día adelantaron sobre los 141" de longitud, 30 minutos. Hasta entonces se habían ofrecido a su vista pocos colonos y pocos *squatters*. El país parecía desierto. No había ni sombra de aborígenes, porque las tribus salvajes están más al norte, en las inmensas soledades regadas por los afluentes del Darling y del Murray.

Interesó mucho a la comitiva de Glenarvan un curioso espectáculo. Tuvo ocasión de ver uno de los inmensos rebaños que audaces especuladores conducen desde las montañas del este a las provincias de Victoria y Australia meridional.

A las cuatro de la tarde, John Mangles indicó a tres millas de distancia una enorme columna de polvo que se levantaba en el horizonte. Paganel creía que era un meteoro cualquiera, y su viva imaginación buscaba ya la causa natural que lo producía, cuando Ayrton le detuvo en la senda de sus conjeturas, afirmando que aquel inmenso torbellino de polvo procedía de la marcha de un rebaño.

No se engañaba el contraamaestre. Se acercó la densa nube, saliendo de ella un concierto de balidos, berridos y relinchos, y la voz humana, bajo la forma de gritos, silbidos y vociferaciones, se mezclaba a aquella sinfonía pastoril.

De la estrepitosa nube surgió un hombre, que era el general en jefe de aquel ejército de cuatro patas. Glenarvan le salió al encuentro, y sin más ceremonia quedaron las relaciones entabladas. El mayoral, o para darle su verdadero título, el *stock-keeper*, era propietario de una parte del rebaño. Se llamaba Sam Machell, y efectivamente venía de las provincias del este, dirigiéndose a la bahía de Portland.

Su rebaño constaba de 12.075 cabezas, es decir, 1.000 bueyes, 11.000 carneros y 75 caballos. Todos fueron comprados flacos en las llanuras de las Montañas Azules, e iban a criarse y cebarse en medio de los saludables pastos de Australia meridional, donde su reventa deja grandes beneficios. Sam Machell, ganando dos libras por cada buey y media libra por cada carnero, debía realizar un beneficio de 150.000 francos. Era un gran negocio. ¡Pero cuánta paciencia, cuánta energía para conducir a su destino aquel rebaño acostumbrado a la soledad! ¡Cuántas fatigas había que arrostrar al efecto! La ganancia que produce tan rudo oficio se obtiene a fuerza de sacrificios.

Sam Machell contó en pocas palabras su historia, mientras el rebaño seguía marchando entre los bosques de mimosas. *Lady Elena* y *Mary Grant* salieron de la carreta, los caballeros se apearon también, y sentados a la sombra de un corpulento gomero, escuchaban la narración del *stock-keeper*.

Hacia siete meses que Sam Machell había partido. Andaba diez millas al día, y su interminable viaje debía durar aún otros tres meses. Para ayudarlo en su laboriosa empresa tenía veinte perros y treinta hombres, entre ellos cinco negros muy hábiles para encontrar las huellas de los animales que se extraviaban. Seis carros iban en pos del ejército. Los conductores, armados de *stock-whips*, látigos cuyo mango tiene dieciocho pulgadas de longitud y la tralla nueve pies, circulaban entre las filas restableciendo el orden en los puntos en que se alteraba, en tanto que recorría las alas la caballería ligera, que eran los perros.

Los viajeros admiraron la disciplina establecida en el rebaño. Cada raza marchaba separadamente, porque los bueyes y carneros salvajes no están nunca a partir un piñón, y los primeros no se resignan jamás a pastar donde han pastado los otros. Es, por lo tanto, necesario colocar los bueyes en vanguardia, y así marchaban divididos en dos batallones. A éstos seguían cinco regimientos de carneros mandados por veinte conductores, formando la retaguardia el pelotón de caballos.

Sam Machell hizo observar a los viajeros que los guías del ejército no eran perros ni hombres, sino bueyes *leaders*, inteligentes cabestros cuya superioridad reconocían sus congéneres. Marchaban en primera fila, con mucha gravedad, tomando por instinto el buen

camino, y muy convencidos de que tenían derecho a las mayores consideraciones. Se les respetaba mucho, y todo el rebaño les obedecía ciegamente. Si se les antojaba detenerse, fuerza era doblegarse a su capricho, y hubiera sido inútil después de un alto quererse poner en marcha antes de dar ellos la señal. No había más iniciativa que la suya.

Algunos pormenores añadidos por el *stock-keeper* completaron la historia de la expedición, digna de ser escrita, ya que no mandada, por el mismo Jenofonte.

Mientras el ejército marchaba por el llano iba todo perfectamente. Las fatigas y los inconvenientes eran pocos. Los animales pacían en el campo, bebían en los numerosos *creeks* de las praderas, dormían de noche, viajaban de día y se reunían dócilmente a la voz de mando de los perros. Pero en los grandes bosques del continente, al atravesar las selvas de eucaliptos y mimosas, se multiplicaban las dificultades. Pelotones, batallones y regimientos se mezclaban o se separaban y se necesitaba para reunirlos mucho tiempo. Y como por desgracia se extraviase un *leader*, preciso era encontrarlo a toda costa so pena de una desbandada general, empleando con frecuencia los negros muchos días en tan difíciles pesquisas. Y si sobrevenían grandes chubascos, las reses perezosas se negaban a avanzar, y si los chubascos se convertían en violentas tempestades, se apoderaba de todas un terror insuperable.

Sin embargo, a fuerza de actividad y de energía, el *stock-keeper* triunfaba de aquellas dificultades que renacían incesantemente. Andaba millas y más millas, y poco a poco iba dejando atrás llanos, bosques y montañas. Pero donde tenía necesidad de una paciencia a toda prueba, de una paciencia que no se apurase ni en horas, ni en días, ni en semanas, era delante de un río que fuese preciso atravesar. Allí el *stock-keeper* se veía detenido y estaba condenado a permanecer en las orillas por un tiempo indefinido. El obstáculo procedía únicamente de la obstinación del ganado, que se negaba resueltamente a pasar al otro lado. Los bueyes husmeaban el agua y retrocedían. Los carneros preferían huir en todas direcciones a arrostrar el líquido elemento. En vano se aguardaba la noche para llevar el ganado a la margen. El ganado no pasaba. Se arrojaba a viva fuerza los carneros, y las ovejas no les seguían. Se trataba de

obligar al ganado por medio de la sed, y se le tenía sin beber días y días, y el rebaño prescindía del agua y no se aventuraba a entrar en ella. Se llevaban los corderos a la otra orilla, con la esperanza de que sus madres acudiesen a ellos al oír sus balidos, y los corderos balaban y las madres no se movían. Esto duraba algunas veces todo un mes, y el *stock-keeper* no sabía qué hacer con su ejército para llevarlo adelante hasta que sin más ni más, sin razón alguna, por un capricho, sin saber por qué ni cómo, un destacamento entraba en el agua, y el ejército entero le seguía. Entonces sobreveníá otra dificultad, cual era la de impedir que el rebaño se echase al agua desordenadamente. Se introducía la confusión en las filas y muchas reses se ahogaban.

Tales fueron los pormenores dados por Sam Machell. Durante su narración, una gran parte del rebaño había desfilado en buen orden. Ya era tiempo de que el ganadero volviese a colocarse a la cabeza de su ejército a escoger los mejores pastos. Se despidió por tanto de *Lord Glenarvan*, se montó en un excelente caballo indígena, que uno de sus criados tenía de la brida, y todos le dijeron adiós, apretándole cordialmente la mano. Poco después había desaparecido en un torbellino de polvo.

La carreta siguió en sentido inverso su marcha, momentáneamente interrumpida, y se detuvo a la caída de la tarde al pie del monte Talbot.

Entonces Paganel hizo observar juiciosamente que estaban a 25 de diciembre, día de Navidad, el *Christmas* tan celebrado por las familias inglesas. Pero el *stewart* no lo había olvidado, y una suculenta cena, servida bajo la tienda, le valió los sinceros cumplidos de todos los que fueron partícipes de ella. Fuerza es decir que *Monsieur Olbinett* se había excedido a sí mismo. Su despensa había suministrado un contingente de manjares europeos que rara vez se encuentran en los desiertos de Australia. Figuraban en tan asombrosa cena un jamón de reno, solomillo de buey en fiambre, salmón curado al humo, un pastel de centeno y avena, té a discreción, whisky en abundancia, y algunas botellas de exquisito oporto. Motivos había para creerse los convidados transportados al magnífico comedor de Malcolm Castle, en medio de los Highlands, en plena Escocia.

Nada en realidad faltaba en aquel banquete, ni la copa de

jengibre, ni los más variados postres. Sin embargo, Paganel creyó deber añadir a la obra de *Monsieur* Olbinett, por vía de suplemento, los frutos de un naranjo silvestre que crecía al pie de las colinas. Dicho árbol es el *mocaly* de los indígenas. Sus naranjas son bastante insípidas, pero sus pipas o huesecillos abrasan la boca como la pimienta de Cayena. El geógrafo se obstinó en comerlos concienzudamente por amor a la Ciencia, y tal estrago hicieron en su paladar, que no pudo responder a las preguntas que le dirigió el Mayor, relativas a las particularidades de los postres australianos.

El día siguiente, 26 de diciembre, no ofreció ningún incidente que merezca referirse. Se encontraron las fuentes del Norton Creek, y más adelante el río Mackenzie medio seco.

El tiempo se mantenía bueno, con un calor muy soportable; el viento soplaba del sur, y refrescaba la atmósfera como la hubiera refrescado el norte en el hemisferio boreal, sobre lo que Paganel llamó la atención de su amigo Roberto Grant.

—Es circunstancia muy feliz —añadió—, porque el calor es por término medio más fuerte en el hemisferio austral que en el boreal.

—¿Por qué? —preguntó Roberto.

—¿Por qué, Roberto? —respondió Paganel—. ¿No has oído decir que la Tierra en invierno está más cerca del Sol?

—Sí, *Monsieur* Paganel.

—¿Y que el frío del invierno no se debe más que a la oblicuidad de los rayos solares?

—Perfectamente.

—Pues bien, muchacho, por la misma razón hace más calor en el hemisferio austral.

—No lo comprendo —respondió Roberto abriendo desmesuradamente los ojos.

—Reflexiona, pues —repuso Paganel—. Cuando allá en Europa es invierno, ¿cuál es la estación que reina aquí en Australia en los antípodas?

—El verano —dijo Roberto.

—Y bien, puesto que precisamente en esta época se encuentra la Tierra más cerca del Sol. ¿Comprendes?

—Ya entiendo.

—A consecuencia de esta proximidad, el verano de las regiones australes es más cálido que el de las regiones boreales.

—En efecto, *Monsieur* Paganel.

—Así, pues, cuando se dice que el Sol está más cerca de la Tierra en invierno, no se dice la verdad sino respecto a la parte boreal del Globo.

—Nunca había pensado en semejante cosa —respondió Roberto.

—Pues no la olvides.

Roberto recibió con gusto la leccioncilla de cosmografía, y acabó por saber que la temperatura media de las provincias de Victoria alcanzaba 74° Fahrenheit (+ 23° centígrados).

Al oscurecer acampó la comitiva a cinco millas más allá del lago Lonadale, entre el monte Drummond que se levanta al norte, y el monte de Dryden, cuya cima de regular elevación destaca sobre el horizonte sur.

A las nueve de la mañana siguiente, la carreta llegó a las márgenes del Wimmera, al meridiano 143.

El río, que tiene de ancho media milla, corría entre dos altas filas de gomeros y de acacias. Algunas mirtáceas magníficas, entre otras el *metrosideros especiosa*, levantaban a quince pies de altura sus ramas largas y llorosas, esmaltadas de flores rojas. Mil pájaros, oropéndolas, pinzones, palomas de doradas alas, alborotadores papagayos, revoloteaban entre el verde ramaje. Debajo, en la superficie de las aguas, nadaban majestuosamente dos cisnes negros, recelosos y ariscos. Estas *rarae* aves de los ríos australianos, desaparecen muy pronto en las sinuosidades del Wimmera, que riega caprichosamente aquella deliciosa campiña.

Sin embargo, la carreta se había detenido en un tapiz de musgo que alimentaba las aguas rápidas. No había allí barcas ni puentes, y no obstante era preciso pasar. Ayrton buscó un vado practicable. A un cuarto de milla más arriba le pareció que el río era menos profundo y resolvió pasarlo en aquel punto. Las sondas sólo anunciaron tres pies de agua, y de consiguiente la carreta podía cruzar por allí sin correr grandes peligros.

—¿No hay ningún otro medio de pasar el río? —preguntó Glenarvan al contraamaestre.

—No, Milord —respondió Ayrton—, pero este vado no me parece peligroso. Saldremos bien de él.

—¿*Lady* Glenarvan y *Miss* Grant tendrán que bajar de la carreta?

—De ninguna manera. Mis bueyes son seguros, y me encargo de

guiarles por el buen camino.

—Adelante, pues, Ayrton —respondió Glenarvan—, en vos confío.

Los jinetes rodearon la pesada carreta, y entraron resueltamente en el agua. Ordinariamente los carros, cuando tienen que vadear un río, se rodean de una sarta de toneles vacíos que les sostienen a flor de agua. Pero careciendo los viajeros de dicho aparato flotante, tuvieron que confiarse a la sagacidad de los bueyes conducidos por el prudente Ayrton. Éste, desde su asiento, dirigía el atalaje, mientras que el Mayor y los dos marineros colocados delante, a algunas toesas de distancia, rompían la corriente. Glenarvan y John Mangles marchaban al lado de la carreta prontos a socorrer a las viajeras en caso necesario, y Paganel y Roberto cerraban la línea.

Hasta llegar a la mitad del Wimerra todo fue perfectamente. Pero allí el río era más hondo, y el agua subía hasta los ejes. Los bueyes, arrojados fuera del vado, podían perder tierra y arrastrar consigo la oscilante máquina. Ayrton se condujo valerosamente: se echó al agua, y agarrándose a los cuernos de los bueyes, logró volverlos a poner en camino.

Hubo en aquel momento un choque imposible de prever; se oyó un chasquido; la carreta se inclinó de una manera alarmante; el agua llegó a los pies de las viajeras, y el vehículo empezó a seguir la corriente, no obstante los esfuerzos de Glenarvan y John Mangles, que se agarraron a los adrales. Hubo un momento de ansiedad.



Afortunadamente un vigoroso empuje acercó la carreta a la orilla opuesta. El río ofreció al pie de los bueyes y de los caballos una subida, y muy pronto hombres y animales se hallaron unos y otros en la margen opuesta, muy satisfechos aunque completamente mojados.

Pero en el choque se había roto el juego delantero de la carreta, y el caballo de Glenarvan había perdido las dos herraduras anteriores.

Este doble accidente requería una reparación pronta. Se miraron unos a otros bastante compungidos, cuando Ayrton propuso ir a la estación de Black Point, situada a veinte millas al norte, y traer un herrador.

—Id, id, buen Ayrton —le dijo Glenarvan—. ¿Cuánto tiempo

necesitaréis para ir y volver?

—Quince horas todo lo más —respondió Ayrton.

—Partid, pues, y entretanto acamparemos a orillas del Wimerra.

Algunos minutos después, el contraamaestre, montado en el caballo de Wilson, desaparecía detrás de una espesa cortina de mimosas.

Capítulo XI

Burke y Stuart

El resto de la jornada se invirtió en conversaciones y paseos. Los viajeros, hablando y admirando, recorrieron las márgenes del Wimerra. Las grullas de color de ceniza y los ibis, lanzando roncós gritos, huían al acercárseles. El pájaro raso se escondía en las altas ramas de la higuera silvestre, las oropéndolas, las collalbas y los epímacos, revoloteaban entre los soberbios tallos de las lilas, los martín pescadores abandonaban su pesca habitual, en tanto que toda la familia más civilizada de los loros, el *blue mountain*, brillando con los siete colores del prisma, el *roschil*, de cabeza de color escarlata y cuello amarillo, y el cardenal, de plumaje azul y rojo, continuaban su interminable algarabía en la copa de los gómeros cargados de flores.

Ya echados en la hierba a orillas de las aguas arrulladoras, ya errando al azar entre los bosquecillos de mimosas, los viajeros admiraron, hasta que se puso el sol, aquella espléndida Naturaleza.



La noche, precedida de un rápido crepúsculo, les sorprendió a media milla del campamento, al cual volvieron guiándose no por la estrella Polar, que es invisible en el hemisferio austral, sino por la Cruz del Sur, que brillaba en el cenit, en la mitad de la línea del horizonte.

Monsieur Olbinett había dispuesto la comida bajo la tienda. Se sentaron todos a la mesa. Los honores de la cena fueron para un salmorejo de papagayos, cazados por Wilson y hábilmente condimentados por el *stewart*.

Terminada la cena, cada cual buscaba su pretexto para no entregar al sueño las primeras horas de aquella noche tan deliciosa. *Lady* Elena puso a todos de acuerdo, suplicando a Paganel que contase la historia de los grandes viajeros australianos que les tenía

ofrecida desde hacía mucho tiempo.

No deseaba Paganel otra cosa. Se sentaron todos al pie de un magnífico *banksie*. El humo de los cigarros no tardó en perderse en el sombrío follaje, y el geógrafo, confiado en su memoria inagotable, tomó inmediatamente la palabra.

—Recordaréis, amigos míos, y el Mayor no puede haber olvidado, la enumeración de los viajeros con que os entretuve a bordo del *Duncan*. De todos los que intentaron penetrar en el interior del continente, sólo cuatro consiguieron atravesarlo de norte a sur o de sur a norte, y fueron: Burke, en 1860 y 1861; Mac Kinlay, en 1861 y 1862; Landsborough, en 1862, y Stuart, también en el mismo año. Poca cosa os diré de Mac Kinlay y de Landsborough. El primero fue desde Adelaida al golfo de Carpentaria, y el segundo, desde el golfo de Carpentaria a Melbourne, enviados ambos por sociedades australianas al descubrimiento del paradero de Burke, que no reapareció entonces, ni es de creer que reaparezca jamás.

Burke y Stuart son los dos audaces exploradores de que hoy voy a hacer mención, y empiezo sin más preámbulos.

El 20 de agosto de 1860, partía, bajo los auspicios de la sociedad real de Melbourne, un antiguo inspector de Policía en Castlemaine, llamado Roberto O'Hore Burke, exoficial irlandés, acompañado de once hombres: William John Willis, joven y distinguido astrónomo; el doctor Beckler, botánico; Gray King, joven militar del Ejército de Indias; Landells, Brake y varios cipayos.

Veinticinco caballos y otros tantos camellos llevaban a los viajeros con sus equipajes y provisiones para dieciocho meses.

La expedición debía pasar el golfo de Carpentaria en la costa septentrional, siguiendo luego el río Cooper. Salvó sin dificultad las líneas del Murray y del Darling y llegó a la estación de Menindíé, en el límite de las colinas.

Allí se reconoció que los numerosos bagajes servían de mucho estorbo. Esta circunstancia y cierta dureza de carácter de Burke, introdujeron disidencias en la comitiva. Landells, director de los camellos, se separó de la expedición seguido de algunos criados indios, y se volvió a las orillas del Darling. Burke siguió adelante su camino, y desapareció hasta el Cooper's Creek, ya siguiendo magníficas praderas pródigamente regadas, ya caminos pedregosos

y enteramente desprovistos de agua. El 20 de noviembre, tres meses después de su partida, estableció en la margen del río un primer depósito de provisiones.

Los viajeros se vieron detenidos por algún tiempo sin hallar un camino practicable hacia el norte, una senda en la que no les faltase agua. Después de las mayores dificultades, llegaron a un campamento al que dieron el nombre de Fuerte Willis, rodeándolo de empalizadas para hacer de él un lugar de refugio. Estaba situado a la mitad del camino de Melbourne al golfo de Carpentaria. Allí Burke dividió a los expedicionarios en dos grupos. Uno de ellos, a las órdenes de Brake, debía permanecer durante tres meses por lo menos en el Fuerte Willis, como no le faltasen provisiones, y aguardar la vuelta del otro, que estaba compuesto únicamente de Burke, King, Gray y Willis, los cuales llevaron consigo seis camellos y víveres para tres meses, es decir, tres quintales de harina, cincuenta libras de arroz, otras tantas de avena, un quintal de tasajo hecho de carne de caballo, cien libras de cerdo salado y manteca y treinta libras de galleta, todo para un viaje de ida y vuelta de 600 leguas.

Partieron aquellos cuatro hombres, y después de atravesar penosamente un desierto pedregoso, llegaron al río Eyre, en el punto extremo alcanzado por Stuart en 1845, y remontando el meridiano 140 con toda la exactitud posible, avanzaron hacia el norte.

El 7 de enero pasaron el trópico bajo un sol de fuego, engañados por mil efectos de espejismo, privados frecuentemente de agua sin más consuelo que el de algunos grandes chubascos, encontrando de cuando en cuando algunos indígenas errantes que no les dieron motivo de queja, y poco contrariados por los obstáculos de un camino que no interrumpían lagos, ríos ni montañas.

El 12 de enero, aparecieron hacia el norte algunas colinas de asperón, entre otras el monte de Forbes y una sucesión de cordilleras graníticas que se llaman *hileras*. Allí las fatigas fueron muchas. Se adelantaba poquísimo terreno. Los animales no querían andar. «¡Siempre en las hileras —escribió Burke en su diario de viaje—, los camellos sudan de miedo!». Sin embargo, a fuerza de energía, llegan los exploradores a las márgenes del río Tumer, y luego al curso superior del río Flinders visto por Stokes en 1841, el

cual desagua en el golfo de Carpentaria, entre grupos de palmeras y eucaliptos.

Una sucesión de terrenos pantanosos preludió la proximidad del océano. Allí sucumbió uno de los camellos, y los demás se negaron a dar un paso. King y Gray tuvieron que quedarse con ellos. Burke y Willis siguieron avanzando hacia el norte, y después de grandes dificultades, muy oscuramente consignadas en sus notas, llegaron a un punto en que la marea ascendente cubría los pantanos, pero no vieron el océano. Era el 11 de febrero de 1861.

—Así, pues —dijo *Lady* Glenarvan—, aquellos hombres valerosos, ¿no pudieron pasar más allá?

—No pudieron, señora —respondió Paganel—. El terreno de los pantanos huía bajo sus pies, y tuvieron que resolverse a ir de nuevo en busca de sus compañeros del Fuerte Willis. ¡Triste contramarcha! Débiles, extenuados, arrastrándose, Burke y su camarada hallaron a Gray y a King. Después, la expedición, bajando al sur por el mismo camino anteriormente seguido, se dirigió al Cooper's Creek.

Faltan apuntes en el libro de memorias de los exploradores, para conocer exactamente las peripecias, peligros y padecimientos de su viaje, pero debieron de ser terribles.

En efecto, al llegar en abril al valle de Cooper, ya no eran más que tres. Gray acababa de sucumbir bajo el peso de sus fatigas. Habían también perecido cuatro camellos. Sin embargo, si Burke puede llegar al Fuerte Willis, donde le aguarda Brake con su depósito de provisiones, sus compañeros y él se habrán salvado. Redoblan su energía; se arrastran algunos días más, y el 21 de abril perciben las empalizadas del fuerte, y llegan a ellas. Aquel mismo día, después de cinco meses de estar aguardando inútilmente, Brake se había marchado.

—¡Se había marchado! —exclamó Roberto.

—Sí, se había marchado aquel mismo día, por una deplorable fatalidad. No tenía más que siete horas de fecha la nota que había dejado Brake. No podía Burke pensar en alcanzarle. Los infelices abandonados se rehicieron algo con las provisiones del depósito. Pero carecían de medios de transporte y les separaban aún del Darling 150 leguas.

Entonces Burke, contra la opinión de Willis, intentó dirigirse a los establecimientos australianos, situados junto al monte de

Hopeless, a 60 leguas del Fuerte Willis. Pusiéronse en marcha. De los dos camellos que quedaban, murió uno en un afluente cenagoso del Cooper's Creek, y fue preciso matar al otro, que no podía dar un paso, para alimentarse con su carne. No tardaron los víveres en ser consumidos. Los tres desventurados quedaron reducidos a alimentarse con nardou, planta acuática cuyas espórulas son comestibles. Careciendo de agua y de medios de transporte, no podían alejarse de las orillas del Cooper. Un incendio redujo a ceniza su cabaña y sus efectos de campamento. ¡Estaban perdidos, irremisiblemente perdidos! ¡Fuerza era morir!

Burke llamó a King, y al acercárseles éste, le dijo: «No me quedan más que algunas horas de vida; tomad mi reloj y mis notas. Cuando haya muerto, deseo que coloquéis una pistola en mi mano derecha, y que me dejéis tal cual esté, sin enterrarme». No dijo más, expiró a las ocho de la mañana siguiente.



King, azorado, loco, fue en busca de una tribu australiana. Cuando volvió, Willis acababa también de sucumbir. King fue recogido por algunos indígenas, y la expedición de *Monsieur* Howit, que le encontró en setiembre, le envió en busca de los restos de Burke, al mismo tiempo que Mac Kinlay y Landsborough. Así, pues, uno solo de los cuatro exploradores sobrevivió a aquella travesía del continente australiano.

La narración de Paganel dejó una impresión dolorosa en el ánimo de su auditorio. Todos se representaron al capitán Grant, errante tal vez, como Burke y sus compañeros, en medio de aquel funesto continente. ¿Habían podido los náufragos de la *Britannia* no sucumbir a los horrores que diezman a los atrevidos exploradores? Era tan natural que el recuerdo de los unos trajese a la memoria los

otros, que los ojos de Mary Grant se llenaron de lágrimas.

—¡Padre mío! ¡Pobre padre mío! —murmuró la joven.

—¡Miss Mary! ¡Miss Mary! —exclamó John Mangles—. Para correr los riesgos de los exploradores es preciso penetrar en las comarcas del interior. El capitán Grant se halla en poder de los indígenas, como King, y como King se salvará. No se ha hallado nunca en las malas condiciones de los que han sucumbido.

—Jamás —añadió Paganel—. Y, os lo repito, querida *Miss*, los australianos son hospitalarios.

—¡Dios lo quiera! —respondió la joven.

—¿Y Dougal Stuart? —preguntó Glenarvan, para que los pensamientos tomasen un giro menos triste.

—¿Dougal Stuart? —respondió Paganel—. ¡Oh! Éste fue más afortunado, y su nombre es célebre en los anales australianos. John Mac Dougal Stuart, vuestro compatriota, preludió, amigos míos, sus viajes en 1848, acompañando a Stuart en los desiertos del norte de Adelaida. En 1860, seguido únicamente de dos hombres, intentó, aunque en vano, penetrar en el interior de Australia. No era hombre que se descorazonara nunca. El día 1 de enero de 1861, salió de Chabers Creek al frente de once compañeros resueltos, y no se detuvo hasta que llegó a 60 leguas del golfo de Carpentaria, pero, escaseando las provisiones, tuvo que volver a Adelaida sin haber atravesado el temible continente. Con todo probó de nuevo fortuna, y organizando una tercera expedición, alcanzó el objetivo tan ardientemente apetecido.

El Parlamento de Australia meridional patrocinó con empeño aquella nueva exploración y votó un subsidio de 2.000 libras esterlinas. Dougal Stuart tomó todas las precauciones que le sugirió su experiencia. Se le reunieron diez de sus amigos, entre otros el naturalista Waterbeuse, sus antiguos compañeros Thring y Kekwich, Woodfordo y Auld. Llevó veinte odres de cuero de América, pudiendo contener cada uno de ellos siete galones, y el 5 de abril de 1862 se hallaba la expedición reunida en Newarstel Water, más allá de los 18° de latitud, en el punto mismo que no permitió a Stuart pasar más adelante. La línea de su itinerario seguía poco más o menos el meridiano 131, y, por consiguiente, se desviaba siete grados al oeste de Burke.

Newarstel Water debía ser la base de las nuevas exploraciones.

Dougal Stuart, rodeado de espesos bosques, trató en vano de pasar al norte y al nordeste. Tampoco le permitió la maleza, que cerraba todas las salidas, ganar al oeste el río de Victoria.

Entonces Dougal Stuart resolvió establecer en otro punto su campamento, y pudo trasladarse un poco más al norte, en los pantanos de Hower. Luego, inclinándose hacia el este, encontró en medio de llanuras tapizadas de hierba el arroyo Daily, y lo siguió en una extensión de 30 millas.

La comarca era magnífica. Sus pastos hubieran labrado la fortuna de un *squatter*. Los eucaliptos adquirirían allí una altura prodigiosa. Dougal Stuart, embelesado, siguió adelante, y alcanzó las márgenes del río Strangwy y de Cooper's Creek, que fue descubierto por Leichhardt, y cuyas aguas corrían entre palmeras dignas de aquella región tropical. Allí vivían tribus indígenas que dispensaron a los exploradores muy buena acogida.

Desde aquel punto, la expedición se inclinó hacia el Nornoroeste, buscando por un terreno cubierto de asperón y de rocas ferruginosas las fuentes del río Adelaida, que desagua en el golfo de Van Diemen. Atravesaba entonces la tierra de Arnhem, entre guanos, bambúes, pinos y pendanos. En Adelaida se ensanchaba, y su orillas se hacían pantanosas. El mar estaba cerca.

El martes, 22 de julio, acampó Dougal Stuart en los pantanos de Fresh Water, muy contrariado por los innumerables arroyos que le interceptaban el paso. Envío a tres de sus compañeros a buscar caminos practicables, y al día siguiente, ya rodeando intransitables cortaduras, ya entrando por terrenos cenagosos, alcanzó algunas llanuras elevadas y revestidas de césped en que crecían grupos de gomeros y de árboles de corteza fibrosa. Allí volaban grandes bandadas de gansos, ibis y otras aves acuáticas, sumamente ariscas. Había pocos indígenas o ninguno, si bien se distinguían algunas humaredas de rancherías lejanas.

El 24 de julio, nueve meses después de su salida de Adelaida, Dougal Stuart partió a las ocho y veinte minutos de la mañana con dirección al norte. Quería llegar al mar aquel mismo día. El país, ligeramente elevado, estaba sembrado de mineral de hierro y de rocas volcánicas. Los árboles eran pequeños, y tomaban cierto carácter marítimo. Se presentó un valle de tierra de aluvión, que terminaba en una cerca de arbustos. Dougal Stuart oyó

distintamente el rumor de las olas que se estrellaban en la playa, pero nada dijo a sus compañeros. Éstos penetraron con él en una espesura obstruida por sarmientos de viña silvestre.

Dougal Stuart dio algunos pasos más, y se halló en las playas del océano Indico. ¡El mar! ¡El mar!, exclamó Thring lleno de asombro. Los demás acudieron corriendo, y tres prolongados hurras saludaron al océano Índico.

¡Por cuarta vez acababa de ser atravesado el continente!

Cumpliendo la promesa hecha al gobernador, *Sir* Richard Macdonnell, Stuart se bañó los pies y se lavó la cara y las manos en las olas del mar. Después volvió al valle y grabó en un árbol sus iniciales J. M. D. S., organizando un campamento junto a un arroyuelo de arrulladoras aguas.

Al día siguiente, Thring fue a reconocer el terreno para ver si podía ganar al Sudoeste la desembocadura del río Adelaida, pero la tierra era demasiado pantanosa para los caballos, y fue preciso renunciar al reconocimiento.

Entonces Dougal Stuart escogió en un raso un *árbol* elevado, cuyas ramas bajas cortó, e hizo enarbolar en la copa el pabellón australiano.



En la corteza del árbol se grabaron estas palabras: *Debes escarbar la tierra a un pie de distancia al sur.*

Y si algún día un viajero cava en el lugar indicado, encontrará una caja de hojalata, que contiene el siguiente documento, cuyas palabras están grabadas en mi memoria:

GRAN EXPLORACIÓN Y TRAVESÍA DEL SUR AL NORTE DE AUSTRALIA

Los exploradores, a las órdenes de John Mac Dougal Stuart, llegaron aquí el 25 de julio de 1862, después de haber atravesado toda Australia, desde el mar del sur hasta las costas del océano Indico, pasando por el centro del continente. Partieron de Adelaida el 26 de octubre de 1861, y el 21 de enero de 1862 salieron de la última estación de la colonia, en dirección

norte. En memoria de tan feliz acontecimiento, han enarbolado aquí la bandera australiana con el nombre del jefe de la expedición. Todo va bien. Dios proteja a la reina.

Siguen las firmas de Dougal Stuart y de sus compañeros.

Así quedó consignado este gran acontecimiento que metió mucho ruido en todo el mundo.

—¿Y todos aquellos valientes volvieron a ver a sus amigos del sur? —preguntó *Lady Elena*.

—Todos, señora —respondió Paganel—, todos, pero experimentando acerbos dolores. Dougal Stuart fue quien más sufrió, pues su salud quedó gravemente comprometida por el escorbuto, cuando volvió a emprender la marcha hacia Adelaida. A principios de setiembre su enfermedad se había agravado de tal modo, que él mismo no creía poder llegar a los distritos habitados. No podía sostenerse en la silla, y viajaba tendido en un palanquín suspendido entre dos caballos. A últimos de octubre, arrojó esputos de sangre y se hallaba en el último extremo. Se mató un caballo para hacerle caldo, y el 28 de octubre, estando ya moribundo, sobrevino una crisis saludable que le salvó, una crisis que le permitió llegar el 10 de diciembre con toda su comitiva a los primeros establecimientos.

El 17 de diciembre entró Dougal Stuart en Adelaida, vitoreado por una población entusiasmada. Pero su salud estaba muy quebrantada, y después de haber obtenido la gran medalla de oro de la Sociedad de Geografía, se embarcó en el *Indus* para su patria, para su querida Escocia, donde a nuestro regreso le veremos^[13].

—Era un hombre que poseía hasta el más alto grado la energía moral —dijo Glenarvan—, que, más que la fuerza física, conduce al cumplimiento de los grandes hechos. Escocia se gloria con razón de contarle en el número de sus hijos.

—¿Y después de Stuart —preguntó *Lady Elena*—, ningún otro viajero ha intentado nuevos descubrimientos?

—Sí, señora —respondió Paganel—. Os he hablado con frecuencia del viajero Leichhardt, que ya en 1844 había llevado a cabo una exploración muy notable en Australia septentrional; en 1848, emprendía una segunda expedición hacia el Nordeste, y no ha reaparecido en diecisiete años que han transcurrido desde entonces.

El año último, el doctor Muller, de Melbourne, célebre botánico, ha abierto una suscripción pública para sufragar los gastos de una expedición. Se recaudaron muy pronto fondos suficientes, y un gran número de animosos *squatters*, a las órdenes del inteligente y audaz Mac Intyre, salió el 21 de junio de 1864 de las praderas del río de Parvo. En este momento debe haberse internado profundamente en busca de Leichhardt en el continente. ¡Ojalá la expedición logre su propósito, y quiera Dios que nosotros también podamos encontrar a los amigos que buscamos!

Así puso fin a su narración el geógrafo. Era ya tarde. Dieron todos a Paganel las gracias, y poco después dormían tranquilamente, mientras que el pájaro reloj, oculto en el follaje de los gómeros blancos, marcaba con regularidad los segundos de aquella apacible noche.

Capítulo XII

El *railway* de Melbourne a Sandhurst

No dejó de infundir al Mayor cierto recelo la salida de Ayrton del campamento de Wimerra para ir a la estación de Black Point a buscar un herrador. Pero no dejó a nadie entrever sus desconfianzas personales, y se contentó con vigilar las inmediaciones del río. Nada turbó la tranquilidad de aquella pacífica campiña, y después de algunas horas de noche, reapareció el sol en el horizonte.

Glenarvan temía únicamente que Ayrton volviese solo. Sin un artesano que reparase la carreta, era imposible ponerse en marcha, y el viaje podía retardarse algunos días, lo que ponía de mal humor a Glenarvan, cuya impaciencia para alcanzar pronto su objetivo no admitía ninguna demora.

Afortunadamente, Ayrton no había perdido el tiempo. Reapareció al rayar el alba, acompañado de un hombre que se decía albéitar, herrador de la estación de Black Point. Era un mozo vigoroso, alto, pero de una fisonomía baja y bestial que no predisponía en su favor. Pero esto importaba poco, si sabía bien su oficio. Hablaba poco y no pronunciaba ninguna palabra inútil.

—¿Es un oficial hábil? —preguntó John Mangles al contraemaestre.

—Le conozco lo mismo que vos, capitán —respondió Ayrton—. Ya lo veremos.

El herrador puso manos a la obra. Por la manera con que recompuso el juego delantero de la carreta se vio que era hombre de oficio. Trabajaba diestramente y con un vigor poco común. El Mayor observó que una de sus muñecas estaba como desollada y presentaba un círculo amoratado, como una extravasación de sangre. Era aquello el indicio de una herida reciente que ocultaban bastante mal las mangas de una mala camisa. Mac Nabbs interrogó

al herrador sobre aquellas desolladuras, que debían ser muy dolorosas. Pero el albéitar no respondió y prosiguió su trabajo. Dos horas después estaban reparadas las averías de la carreta. El caballo de Glenarvan dio muy poco que hacer. El herrador tenía en su poder herraduras ya preparadas, que ofrecían una particularidad que llamó la atención al Mayor... Tenían en su parte anterior un trébol groseramente grabado. Mac Nabbs se lo hizo observar a Ayrton.

—Es la marca de Black Point —respondió el contraamaestre—. Sirve para reconocer las huellas de los caballos que se separan de la estación, para no confundirlos con otros.

Herrado el caballo, el herrador reclamó el precio de su trabajo, y se fue sin pronunciar cuatro palabras.

Media hora después, los viajeros se habían puesto en marcha. Más allá de la línea de mimosas se extendía un espacio muy despejado que merecía bien su nombre de *Open plain*. Algunos fragmentos de cuarzo y de rocas ferruginosas yacían entre los matorrales, altas hierbas y cercados en que pastaban rebaños numerosos. Algunas millas más adelante, las ruedas de la carreta surcaron profundamente terrenos cenagosos en que murmuraban *creeks* irregulares, medio ocultos por gigantescos cañares. Se sortearon después grandes lagunas saladas, en plena evaporación. Debemos añadir que el viaje se hizo sin molestias y fue bastante distraído.

Lady Elena invitaba a los expedicionarios a visitarla uno tras otro, pues su exiguo salón no permitía recibirlos a todos juntos. De este modo descansaban de las fatigas que les ocasionaba el estar tanto tiempo montados a caballo, y se recreaban con la conversación de aquella mujer adorable. *Lady* Elena, secundada por *Miss Mary*, hacía con mucha gracia los honores de su casa ambulante. John Mangles no era olvidado en aquellas invitaciones diarias, y no desagradaba su conversación, bastante seria. Todo lo contrario.

Se cortó diagonalmente el *mail road* de Crowland a Horsham, camino lleno de polvo que no se suele andar a pie. Algunos grupos de colinas poco elevadas se dejaron a un lado al pasar a la extremidad del condado de Talbot, y al anochecer llegó la comitiva a tres millas de Maryborough. Lloviznaba en aquel momento lo

suficiente para formar baches en cualquier otro país, pero en Australia el aire absorbe tan maravillosamente el agua, que el campamento no se resintió en lo más mínimo de la lluvia.

A la mañana siguiente, 29 de diciembre, atrasaron un poco la marcha varios montecillos que forman una Suiza en miniatura. Todo eran subidas y bajadas y un traqueteo y vaivenes bastante desagradables. Los viajeros anduvieron a pie con mucho gusto una parte del camino.

A las once llegaron a Carlsbroock, municipalidad de bastante importancia. Ayrton opinó que se diese vuelta a la ciudad sin penetrar en ella, con objeto de ganar tiempo, según él decía. Glenarvan se adhirió a su opinión, pero Paganel, hambriento siempre de curiosidades, deseaba visitar Carlsbroock. Se le dejó hacer lo que quisiera, y la carreta continuó lentamente su viaje.

Como tenía por costumbre, Paganel llevó consigo a Roberto. Su visita a la municipalidad fue rápida, pero bastó para darle una idea exacta de las ciudades australianas. Había allí un Banco mercantil, un tribunal de justicia, un mercado, una escuela, una iglesia y un centenar de casas de ladrillo, perfectamente uniformes. El todo formaba un cuadrilátero regular, surcado de calles paralelas, según el método inglés. Nada más sencillo, pero nada menos agradable. Cuando aumenta la población se prolongan sus calles, como los calzones de un niño que crece, y no se altera la simetría primitiva.

Reinaba en Carlsbroock una gran actividad, síntoma notable en ciudades que nacieron ayer. En Australia parece que las ciudades brotan al calor del sol, como los árboles. Agentes de negocios recorrían las calles; los expendedores de oro se aglomeraban en las dependencias en que se deposita al llegar, y el precioso metal, escoltado por la policía indígena, venía de las fundiciones de Bendigo y del monte Alejandro. Todo aquel gentío aguijoneado por el interés, no pensaba más que en sus negocios, y los extranjeros pasaron inadvertidos en medio de aquella población laboriosa.

Paganel y Roberto invirtieron una hora en recorrer Carlsbroock, y luego fueron en pos de sus compañeros, a quienes alcanzaron al atravesar una campiña esmeradamente cultivada. Extensas praderas conocidas con el nombre de *Low Lovel plains*, vinieron después de innumerables rebaños de carneros y cabañas de pastores. Luego se presentó el desierto, sin transición, con esa brusquedad

característica de la naturaleza australiana.

Las colinas de Simpson y el monte Tarrangouwer marcaban la punta que forma al sur el distrito de Loddó, a los 144° de longitud.

Sin embargo, no se había encontrado hasta entonces ninguna de las tribus de aborígenes que viven en estado salvaje. Glenarvan se preguntaba si habían desaparecido de Australia los australianos, como los indios de las Pampas argentinas. Pero Paganel le advirtió que en aquella latitud, los salvajes frecuentan principalmente las llanuras de Murray, situadas a 100 millas al este.

—Nos acercamos —dijo— al país del oro. Antes de dos días atravesaremos la opulenta región del monte Alejandro, donde en 1852 descargó la nube de mineros. Los naturales han tenido que internarse en el desierto. Nos hallamos en país civilizado sin que lo parezca, y antes de concluir la jornada, nuestro camino habrá cortado el *railway* que pone en comunicación el Murray con el mar. ¡Un camino de hierro en Australia! ¿Puede darse un fenómeno más sorprendente?

—¿Por qué, Paganel? —preguntó Glenarvan.

—¿Por qué? Porque la antítesis es casi repugnante. ¡Oh! Ya sé yo que vosotros, acostumbrados a colonizar posesiones lejanas, vosotros, que tenéis telégrafos eléctricos y exposiciones universales en Nueva Zelanda, lo encontraréis todo muy llano y muy sencillo. Pero lo que a vosotros os parece regular y lógico, confunde la imaginación de un francés como yo, y desbarajusta todas sus ideas sobre Australia.

—Porque vos miráis el pasado y no el presente —respondió John Mangles.

—Convenido —replicó Paganel—; pero locomotoras mugiendo en los desiertos, espirales de humo enroscándose alrededor de las ramas de las mimosas y de los eucaliptos, equidnas, ornitorrincos y casuarios que huyen ante los trenes lanzados a todo vapor; salvajes que toman el exprés de las tres y treinta minutos para ir de Melbourne a Kyneton, a Castlemaine, a Sandhurst o a Echua, son maravillas que asombran a cualquiera que no sea inglés o americano. Vuestros *railways* han proscrito la poesía del desierto.

—¿Qué importa, si penetra en él el progreso? —respondió el Mayor.

Un vigoroso silbido interrumpió la discusión. Los viajeros se

hallaban a menos de una milla del camino de hierro. Una locomotora, procedente del sur, que marchaba a poca velocidad, se detuvo precisamente en el punto de intersección de la vía férrea y del camino seguido por la carreta.

Como había dicho Paganel, aquel camino de hierro ponía en comunicación la capital de Victoria con el Murray, que es el mayor río de Australia. El inmenso río, descubiertó por Stuart en 1828, salido de los Alpes australianos, engrosado por el Lachlan y el Darling, cubre toda la frontera septentrional de la provincia de Victoria, y desagua en la bahía de Emounter, cerca del Adelaida. Cruza países ricos y fértiles, y en todo su curso se multiplican las estaciones de los *squatters*, gracias a las fáciles comunicaciones que establece el *railway* con Melbourne.

Se explotaba entonces dicha vía férrea en una extensión de 500 millas entre Melbourne y Sandhurst, enlazando con Kynebon y Castlemaine. El camino seguía en construcción en el trayecto de otras 70 millas hasta Echua, capital de la colonia de Biberisia, fundada en aquel mismo año en las márgenes del Murray.

Hacia aquel punto cortaba la línea férrea a algunas millas más arriba de Castlemaine, y precisamente en Camden Bridge, puente echado sobre el Lutton, que es uno de los numerosos afluentes del Murray.

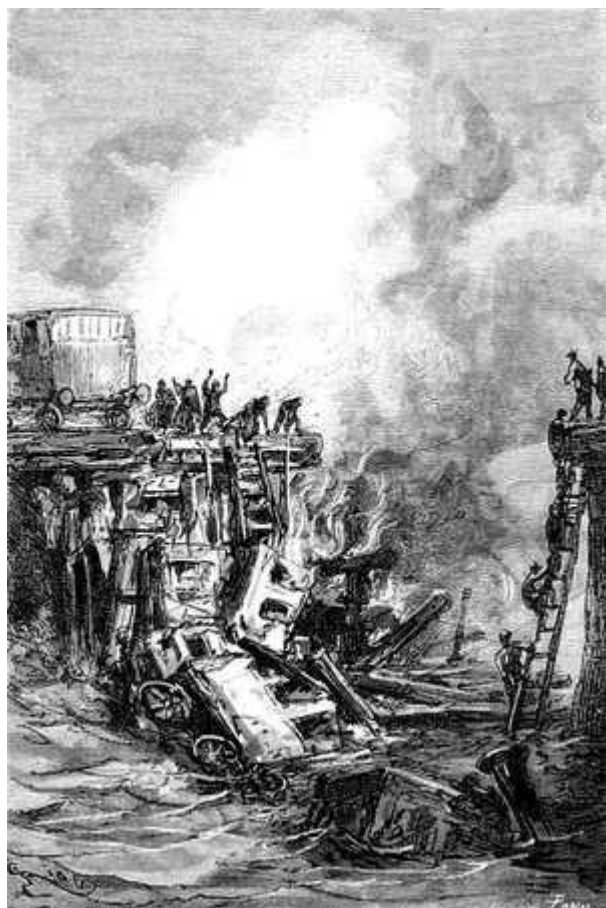
En efecto, un gentío considerable se dirigía al puente del camino de hierro. Los habitantes de las estaciones vecinas abandonaban sus casas, los pastores dejaban sus rebaños, y todos se precipitaban hacia la vía. Se oían con frecuencia gritos:

—¡Al *railway*! ¡Al *railway*!

Algún acontecimiento grave debía causar aquella agitación. Quizás había sobrevenido una terrible catástrofe.

Glenarvan, seguido de sus compañeros, metió la espuela a su caballo, y en pocos minutos llegó a Camden Bridge. Allí supo la causa de tan extraordinaria afluencia de gente.

Había ocurrido un accidente espantoso, no un choque de trenes, sino un descarrilamiento y una caída que traían a la memoria los mayores desastres de los *railways* americanos.



El río que atravesaba la vía férrea, estaba atestado de restos de vagones y de la locomotora. Ya fuese que el puente había cedido bajo el peso del tren, ya fuese que éste hubiera salido de los raíles, cinco coches se habían despeñado arrastrados por la locomotora y se les veía en el lecho del Lutton totalmente destrozados. El último vagón fue el único que milagrosamente preservado por haberse roto la cadena, permanecía en la vía a media toesa del abismo. Debajo no había más que un hacinamiento siniestro de ejes ennegrecidos por el humo, cajas rotas, raíles retorcidos, traviesas calcinadas. La caldera, que reventó al choque, había arrojado a enorme distancia pedazos de las planchas de que se componían sus paredes. De aquella aglomeración de objetos informes salían aún algunas llamas y espirales de vapor mezcladas con un humo negro. ¡Después de la

terrible caída, el incendio era aún más terrible! Anchos regueros de sangre, miembros dispersos, troncos de cadáveres carbonizados, aparecían por todas partes, y nadie se atrevía a calcular el número de víctimas que yacían bajo aquel montón de escombros.

Glenarvan, Paganel, el Mayor y Mangles, mezclados con la multitud, oían los comentarios que se hacían. Todos, mientras se ocupaban del salvamento, querían explicar la catástrofe.

—El puente se ha roto —decía uno.

—¡Roto! —respondían otros—. Está intacto. Lo que ha pasado es que se han olvidado de bajarlo al pasar el tren. Ni más ni menos.

Era, en efecto, un puente levadizo que se levantaba para no impedir el tránsito de los barcos. El guarda, por una lamentable negligencia, se había olvidado de bajarlo, y el tren, lanzado a todo vapor, faltándole súbitamente la vía, se había precipitado en el lecho del Lutton. Esta versión o hipótesis parecía muy aceptable, porque si bien una mitad del puente yacía confundida con los restos de los vagones, en la orilla opuesta, la otra mitad pendía aún de sus cadenas intactas. No cabía la menor duda. La incuria del guarda había causado la catástrofe.

El accidente había ocurrido de noche al tren número 37, que había salido de Melbourne a las once y cuarenta y cinco minutos. Serían las tres y quince minutos de la madrugada cuando el tren, veinticinco minutos después de haber salido de la estación de Castlemaine, llegó al paso de Camden Bridge y sobrevino la catástrofe. Los viajeros y empleados del último vagón pidieron inmediatamente socorro; pero el telégrafo, cuyos postes estaban caídos, no funcionaba.

Eran las seis de la mañana cuando se organizó el salvamento bajo la dirección de *Monsieur* Mitchell, inspector general de la colonia, por una partida de agentes de Policía mandados por un oficial. Tres horas necesitaron las autoridades de Castlemaine para llegar al lugar de la catástrofe. Los *squatters* y sus dependientes se condujeron como auxiliares celosos, y contribuyeron activamente a apagar el incendio que devoraba aquellos tristes despojos. En la escarpa había algunos cadáveres mutilados que no era posible reconocer. No se podía pensar en encontrar un solo ser viviente bajo aquellos restos convertidos en hoguera. El fuego había concluido rápidamente la obra de destrucción. De los viajeros del

tren, cuyo número se ignoraba, no sobrevivieron más que diez, los del último coche. La administración del ferrocarril acababa de enviar una locomotora para volverles a Castlemaine.

Sin embargo, *Lord Glenarvan*, habiéndose dado a conocer al inspector general, entró en conversación con él y con el oficial de Policía. Era este último un hombre alto y enjuto de carnes, de una imperturbable sangre fría, el cual, si alguna sensibilidad tenía en el corazón, no la dejaba traslucir en sus impasibles facciones. Estaba delante de todo aquel desastre como un matemático delante de un problema, procurando despejar la incógnita para resolverlo. Oyendo exclamar a *Glenarvan*:

—¡Qué catástrofe!

Respondió tranquilamente:

—Algo más que catástrofe, Milord.

—¡Algo más que catástrofe! —dijo *Glenarvan*, a quien le chocó la frase—. ¿Qué hay que sea algo más que una catástrofe?

—Un crimen —respondió sin inmutarse el oficial de Policía.

Glenarvan se volvió hacia *Monsieur Mitchell*, interrogándole con la mirada.

—Sí, Milord —respondió el inspector general—, nuestras averiguaciones nos inclinan a creer que la catástrofe es el resultado de un crimen. El último vagón de equipajes ha sido saqueado. Los viajeros que han sobrevivido se han visto atacados por una cuadrilla de cinco o seis malhechores. El puente no ha permanecido levantado por negligencia, sino que lo ha sido intencionadamente, y si se añade a lo dicho que ha desaparecido el guarda, debemos creer que el miserable ha sido cómplice de los criminales. Al oír esta deducción del inspector general, el oficial de Policía movió suavemente la cabeza.

—¿No participáis de mi opinión? —le preguntó *Monsieur Mitchell*.

—Respecto a la complicidad del guarda, no.

—Sin embargo, esta complicidad —replicó el inspector general— permite atribuir el crimen a los salvajes que viven en los campos de Murray. Sin el guarda no podían los indígenas levantar el puente levadizo, o, por mejor decir, abrir el puente giratorio, cuyo mecanismo les es desconocido.

—Justamente —respondió el oficial de Policía.

—Y es indudable —añadió *Monsieur* Mitchell—, según consta por la declaración de un batelero, cuya barca ha pasado por el Camden Bridge a las diez y cuarenta minutos de la noche, que el puente, después de haberlo pasado, quedó reglamentariamente cerrado.

—Perfectamente.

—Así, pues, la complicidad del guarda me parece probada de una manera concluyente.

El oficial de Policía no dejó un instante de menear la cabeza de un lado a otro.

—Pero entonces —le preguntó Glenarvan—, ¿vos no atribuíis el crimen a los salvajes?

—De ninguna manera.

—¿A quién, pues?

En aquel momento se oyó un gran bullicio a media milla río arriba. Se había formado un corrillo que aumentó rápidamente, y no tardó en llegar a la estación.

En el centro del grupo había dos hombres que llevaban un cadáver.



Era el cadáver del guarda, ya frío. Un puñal le había atravesado el corazón. Los asesinos, arrastrando su cuerpo lejos de Camden Bridge, habían querido sin duda desorientar y hacer perder la pista a la Policía durante sus primeras investigaciones.

Aquel descubrimiento justificaba plenamente las dudas del oficial. Los salvajes nada tenían que ver con el crimen.

—Los que han dado el golpe son hombres familiarizados ya con el uso de este pequeño instrumento. Y hablando así, mostraba un par de *derbis*, especie de esposas que consistían en una doble argolla de hierro provista de un candado.

—Dentro de poco —añadió—, tendré el gusto de ofrecerles este brazalete como regalo de año nuevo.

—¿Sospecháis, pues, que son...?

—Que son gentes que han viajado gratis en los buques de Su Majestad.

—¡Cómo! ¡Fugados de presidio! —exclamó Paganel, que conocía aquella metáfora muy usada en las colonias australianas.

—Creía —hizo observar Glenarvan— que los deportados no tenían derecho de residir en la provincia de Victoria.

—¡Toma! —replicó el oficial de Policía—. No tienen ese derecho, pero se lo toman. Los deportados se evaden algunas veces, y apostarí la cabeza a que éstos vienen en línea recta de Perth. Pues bien, allí volverán, creedme.

Monsieur Mitchell aprobó con un gesto las palabras del oficial de Policía. En aquel momento llegaba la carreta al paso a nivel de la vía férrea. Glenarvan quiso evitar que las viajeras presenciasen el horrible espectáculo de Camden Bridge, por lo que se despidió del inspector e hizo señal a sus amigos de que le siguieran.

—No hay razón —dijo— para interrumpir nuestro viaje.

Al llegar a la carreta, Glenarvan habló sencillamente a *Lady* Elena de un grave accidente en el ferrocarril, sin decir una palabra sobre la parte que el crimen había tomado en la catástrofe, ni hacer mención de la presencia en el país de un grupo de malhechores escapados de presidio, reservándose informar a Ayrton a solas de todo lo ocurrido. Después, los pasajeros atravesaron el *railway* a algunos centenares de toesas río arriba del puente, reemprendiendo su marcha hacia el este.

Capítulo XIII

Un primer premio de geografía

Algunas colinas destacaban en el horizonte su prolongado perfil y terminaban la llanura a dos millas del *railway*. No tardó la carretera en internarse por gargantas angostas y caprichosas revueltas. Todas ellas iban a parar a una encantadora comarca, donde magníficos árboles, que no llegaban a formar bosques, sino grupos aislados, brotaban con una exuberancia enteramente tropical. Se distinguían entre los más admirables las *camarinas*, que al parecer han tomado de la encina la robusta estructura del tronco, de la acacia las olorosas flores y del pino la rudeza de las hojas. Mezclábanse con sus ramas los graciosos conos del *banksie latifolia*, cuya delgadez le hace tan elegante. Arbustos de tallos caídos causaban en las colinas el efecto de un agua verde que rebosa de estanques demasiado llenos. La mirada vacilaba entre todas aquellas maravillas naturales y no sabía dónde fijarse definitivamente.

La comitiva se detuvo un instante. Ayrton, a una orden de *Lady Elena*, hizo parar la carreta, cuyas ruedas dejaron de chirriar en el arenoso cuarzo. Dilatados tapices de verdor se extendían bajo los grupos de árboles, y solamente algunas protuberancias del terreno, dispuestas con regularidad, los dividían en casillas como un tablero de damas.

Paganel no se engañó a la vista de aquellas soledades, tan patéticamente dispuestas para dormir el eterno sueño. Reconoció aquellos cuadros funerarios, cuyos últimos vestigios desaparecen bajo la hierba, y que tan pocas veces encuentra el viajero en la tierra australiana.

—Las florestas de la muerte —dijo.

En efecto, se hallaba en presencia de un cementerio indígena, pero tan fresco, tan sombrío, tan lleno de misteriosos atractivos, tan

amenizado por el revoloteo de alegres pajaritos, que no despertaba ninguna idea triste. Hubiérase dicho que era uno de los jardines del Edén, cuando la muerte estaba aún proscrita de la Tierra. Parecía hecho para los vivos. Pero aquellas tumbas, que el salvaje conservaba con piadosa solicitud, iban desapareciendo bajo una marea ascendente de verdor. La conquista había arrojado al australiano lejos de la tierra en que reposan sus antepasados, y la colonización entregará muy pronto aquellos campos de la muerte a los dientes de los rebaños. Ya en la actualidad aquellas florestas son muy escasas, y muchas de ellas, que cubren una generación reciente, son pisadas con indiferencia por los viajeros.

Sin embargo, Paganel y Roberto, que habían dejado a sus compañeros muy rezagados, seguían andando entre los *tumuli* de las sombrías arboledas. Hablaban y se instruían mutuamente, pues el geógrafo pretendía que ganaba mucho con la conversación del joven Grant. Pero no habían andado aún un cuarto de milla cuando Glenarvan notó que se detenían, se apeaban y se inclinaban al suelo. Sus gestos expresivos daban a entender que examinaban un objeto muy curioso.

Ayrton aguijoneó los bueyes, y no tardó la carreta en alcanzar a los dos amigos. Se reconoció inmediatamente la causa de su detención y asombro. Un niño indígena, de ocho años de edad, vestido a la europea, dormía pacíficamente a la sombra de un magnífico *banksie*.



Era difícil engañarse respecto a los rasgos característicos de su raza. Sus crespos cabellos, su tez casi negra, su nariz aplastada, sus labios gruesos, sus brazos extraordinariamente largos, le clasificaban sin vacilar entre los naturales del interior. Pero se distinguía en él una fisonomía inteligente, y sin duda alguna la educación había levantado a aquel joven salvaje de su bajo origen.

Lady Elena, a quien interesó mucho su presencia, bajó de la carreta, y luego toda la comitiva rodeó al pequeño indígena, que dormía profundamente.

—¡Pobre niño! —dijo *Mary Grant*—. ¿Estará perdido en este desierto?

—Supongo —respondió *Lady Elena*— que ha venido de muy lejos para visitar estas florestas de la muerte. ¡Aquí reposan sin

duda los que él ama!

—Pero no le debemos abandonar —dijo Roberto—. Está solo, y...

La caritativa frase de Roberto fue interrumpida por un movimiento del joven indígena, que se volvió sin despertar; pero entonces llegó a su colmo la sorpresa de todos viendo en su espalda un escrito que decía lo siguiente:

TOLINÉ TO BE CONDUCTED TO ECHUCA CARE OF JEFFRIES SMITH
RAILWAY PORTER PREPAID. [14]

—¡Lo que son los ingleses! —exclamó Paganel—. Remiten un niño lo mismo que una mercancía, y lo registran como un fardo. Me lo habían dicho, pero no quería creerlo.

—¡Pobrecito! —dijo *Lady Elena*—. ¿Estaría en el tren que ha descarrilado en Camden Bridge? ¡Tal vez en el descarrilamiento han muerto sus padres y ha quedado solo en el mundo!

—No es de creer, señora —respondió John Mangles—; ese escrito, por el contrario, indica que viajaba solo. Ahora lo sabremos.

En efecto, el niño se despertaba. Poco a poco abrió los ojos y los volvió a cerrar inmediatamente, no pudiendo resistir la luz del día. Pero *Lady Elena* le cogió una mano, y entonces él se levantó y dirigió una mirada atónita al grupo de los viajeros. Un sentimiento de miedo alteró sus facciones, pero le tranquilizó la presencia de *Lady Elena*.

—¿Comprendes el inglés, amigo? —le dijo la joven *Lady*.

—Lo comprendo y lo hablo —respondió el niño en el idioma de los viajeros, pero con un acento muy marcado.

Su pronunciación recordaba la de los franceses que se expresan en la lengua del Reino Unido.

—¿Cómo te llamas? —preguntó *Lady Elena*.

—Toliné —respondió el indígena.

—¡Ah! ¡Toliné! —exclamó Paganel—. Si no me engaño, esta palabra australiana significa *corteza de árbol*.

Toliné hizo una señal afirmativa y volvió a mirar a los viajeros.

—¿De dónde vienes, amigo? —le preguntó *Lady Elena*.

—De Melbourne, por el *railway* de Sandhurst.

—¿Estabas en el tren que ha descarrilado en el puente de

Camden? —preguntó Glenarvan.

—Sí, señor —respondió Toliné—; pero el Dios de la Biblia me ha protegido.

—¿Viajabas solo?

—Solo. El reverendo Paxton me había confiado a los cuidados de Jeffries Smith. Desgraciadamente, el pobre factor ha sido muerto.

—¿Y en el tren no conocías a nadie?

—A nadie, señor, pero Dios protege a los niños y no los abandona.

La voz de Toliné era tan dulce que llegaba al alma. Cuando hablaba de Dios, su palabra era más grave, sus ojos resplandecían, y en ellos se reflejaba todo el fervor que contenía su alma inmaculada.

Este entusiasmo religioso en una edad tan tierna se explica fácilmente. Aquel niño era uno de esos jóvenes indígenas bautizados por los misioneros ingleses y educados por ellos en las austeras prácticas de la religión metodista.

Sus respuestas tranquilas, su grave continente, su traje oscuro, le daban ya la apariencia de un pequeño reverendo.

¿Pero a dónde iba por aquellas regiones desiertas? ¿Por qué había salido de Camden Bridge? *Lady Elena* le interrogó sobre el particular.

—Volvía a mi tribu, que está en el Lachlan —respondió—. Quiero volver a mi familia.

—¿Australiana? —preguntó John Mangles.

—Australiana del Lachlan —respondió Toliné.

—¿Y tienes padre? ¿Tienes madre? —dijo Roberto Grant.

—Sí, hermano mío —respondió Toliné ofreciendo su mano al joven Grant, a quien este nombre de hermano afectó sensiblemente. Abrazó Roberto al pequeño indígena y no hubo necesidad de más para hacer de ellos dos amigos.

Los viajeros, a quienes interesaban vivamente las respuestas del joven salvaje, se fueron poco a poco sentando a su alrededor, y le escuchaban atentamente. Ya el sol se ocultaba detrás de los grandes árboles. Y como el punto parecía propicio para hacer un alto e importaba poco andar o no algunas millas más antes de cerrar la noche, Glenarvan dio orden de prepararlo todo para acampar allí mismo. Ayrton desunció los bueyes, y con ayuda de Mulrady y de

Wilson los trabó y les dejó pacer a sus anchas. Se levantó la tienda. Olbinett preparó la cena. Toliné, aunque tenía hambre, aceptó su parte con algunas ceremonias. Se sentaron todos, estando los dos niños al lado uno de otro. Roberto escogía los mejores bocados para su nuevo camarada, y Toliné los aceptaba con una timidez graciosa y encantadora.

La conversación no languidecía. Aquel niño interesaba a todos, y todos le interrogaban. Todos deseaban conocer su historia, que era muy sencilla. Su pasado fue el de los pobres indígenas confiados desde su más tierna edad a los cuidados de las sociedades caritativas por las tribus vecindadas en la colonia. Los australianos tienen amables costumbres. No profesan a sus invasores el odio feroz que caracteriza a los de Nueva Zelanda y también tal vez a algunas tribus de Australia septentrional. Se les ve frecuentar las grandes ciudades, Adelaida, Sydney, Melbourne, y pasearse por ellas con su traje bastante primitivo. Trafican con pequeños productos de su industria, instrumentos de caza y pesca y armas, y algunos jefes de tribu, sin duda por economía, dejan a sus hijos aprovecharse de los innumerables beneficios de la educación inglesa.

Esto hicieron los padres de Toliné, verdaderos salvajes de Lachlan, vasta región situada más allá del Murray. Desde la edad de cinco años el niño había permanecido en Melbourne, y no había vuelto a ver a ninguno de los suyos. Y sin embargo, el imperecedero sentimiento de la familia vivía en su corazón, y sólo para volver a ver a su tribu, tal vez dispersa, a su familia, sin duda diezmada, había tomado el penoso camino del desierto.

—¿Y después de haber abrazado a tus padres volverás a Melbourne? —le preguntó *Lady Glenarvan*.

—Sí, señora —respondió Toliné, mirando a la hermosa *Lady* con una sincera expresión de ternura.

—¿Y qué quieres hacer con el tiempo?

—¡Quiero arrancar a mis hermanos de la miseria y la ignorancia! ¡Quiero instruirles, quiero que aprendan a conocer y amar a Dios! ¡Quiero ser misionero!

Estas palabras, pronunciadas con animación por un niño de ocho años, podían ser motivo de risa para ciertos caracteres ligeros y burlones; pero fueron comprendidos y respetados por aquellos

graves escoceses, y todos ellos admiraron el religioso denuedo del joven discípulo, aprestado ya al combate. Paganel se sintió conmovido en el fondo de su corazón, y el niño indígena le inspiró una verdadera simpatía.

¿Por qué no hemos de decirlo? Hasta entonces le había hecho poquísima gracia aquel salvaje vestido a la europea. No había hecho un viaje a Australia para ver australianos con gabán. Quería verles cubiertos nada más que de pinturas. El traje europeo trastornaba todas las ideas. Pero desde el momento en que Toliné hubo hablado con tanto ardor, se declaró su admirador entusiasta.

El final de la conversación debía, además, convertir al buen geógrafo en el mejor amigo del pequeño australiano.

A una pregunta de *Lady Elena*, Toliné respondió que estudiaba en la *escuela normal* de Melbourne, dirigida por el reverendo padre Paxton.

—¿Y qué te enseñan en la escuela? —preguntó *Lady Glenarvan*.

—Me enseñan la Biblia, Matemáticas, Geografía...

—¡Ah! ¡Geografía! —exclamó Paganel, herido en su fibra más sensible.

—Sí, señor —respondió Toliné—. Obtuve un primer premio de Geografía antes de las vacaciones de enero.

—¿Has obtenido un premio de Geografía, muchacho?

—Vedlo, señor —dijo Toliné, sacando un libro del bolsillo.

Era una Biblia bien encuadernada, en cuya primera página se leía esta mención honorífica: *Escuela Normal de Melbourne, primer premio de Geografía, Toliné de Lachlan*.

Paganel no pudo contenerse. Un australiano fuerte en Geografía era la mayor de las maravillas, y besó en las dos mejillas a Toliné, ni más ni menos que si hubiera sido el mismo reverendo Paxton, en el día de la distribución de premios. Paganel, sin embargo, debería haber sabido que este hecho no era raro en las escuelas australianas. Los jóvenes salvajes son muy aptos para las ciencias geográficas, que estudian con placer, al paso que se manifiestan rebeldes a los cálculos.

Toliné no había comprendido lo que significaban las súbitas caricias del sabio. *Lady Elena* le tuvo que explicar que Paganel era un célebre geógrafo, y en caso necesario, un profesor distinguido.

—¡Un profesor de Geografía! —respondió Toliné—. ¡Cuánto me

alegro! ¡Examinadme, señor, examinadme!

—¡Examinarte, muchacho —dijo Paganel—, no deseaba otra cosa! Lo hubiera hecho sin tu permiso. No sentiré saber cómo enseñan Geografía en la escuela normal de Melbourne.

—¿Y si Toliné os diera lecciones, Paganel? —dijo Mac Nabbs.

—¡Lecciones a mí! —exclamó el geógrafo—. ¡Lecciones al secretario de la Sociedad de Geografía de Francia!

Afianzó sus gafas en su nariz, irguió su elevada estatura, y tomando el tono grave, como conviene a un profesor, empezó sus preguntas.

—Discípulo Toliné —dijo—; levantaos.



Toliné, que estaba de pie, no podía levantarse más. Aguardó, pues, en actitud modesta las preguntas del geógrafo.

—Discípulo Toliné —prosiguió Paganel—, ¿cuáles son las cinco partes del mundo?

—Oceanía, Asia, África, América y Europa —respondió Toliné.

—Muy bien. Hablemos primero de Oceanía, ya que nos hallamos en ella en este momento. ¿Cuáles son sus principales divisiones?

—Se divide en Polinesia, Malasia, Micronesia y Melanesia. Sus principales islas son: Australia, que pertenece a los ingleses, Nueva Zelanda, que pertenece también a los ingleses, Tasmania, que pertenece a los ingleses, las islas Chatham, Auckland, Macaríá Kermadec, Mackin, Maraki, etcétera, que pertenecen a los ingleses.

—Bien —respondió Paganel—; pero, ¿y Nueva Caledonia, las Sandwich, las Mentana y las Pomodou?

—Son islas colocadas bajo el protectorado de la Gran Bretaña.

—¡Cómo! ¡Bajo el protectorado de la Gran Bretaña! —exclamó Paganel—. Pero me parece que Francia...

—¡Francia! —dijo el niño con extrañeza.

—¡Toma! ¡Toma! —dijo Paganel—. ¿Es eso lo que os enseñan en la Escuela Normal de Melbourne?

—Sí, señor profesor; ¿acaso no nos enseñan bien?

—¡Sí! ¡Sí! Perfectamente —respondió Paganel—. Toda la Oceanía es de los ingleses. Por supuesto. Continuemos.

Paganel estaba tan sorprendido como despechado, lo que hacía la delicia del Mayor.

Siguieron las preguntas.

—Pasemos a Asia —dijo el geógrafo.

—Asia —respondió Toliné— es un país inmenso. Capital: Calcuta. Ciudades principales: Bombay, Madrás, Calicut, Adén, Malaca, Singapur, Pegou, Colombo. Islas: Laquedivas, Maldivas, Chagos, etcétera. Pertenece a los ingleses.

—¡Bueno! ¡Bueno, discípulo Toliné! ¿Y África?

—África contiene dos colonias principales: Al sur la de El Cabo, con Cape-Town por capital, y al oeste los establecimientos ingleses. Ciudad principal: Sierra Leona.

—¡Bien contestado! —dijo Paganel, que empezaba a comprender aquella geografía anglo-fantástica, perfectamente enseñada—. En cuanto a Argel, Marruecos, Egipto..., están borrados de los atlas británicos. Quisiera ahora hablar un poco de América.

—Se divide —respondió Toliné— en América septentrional y

América meridional. La primera pertenece a los ingleses por el Canadá, el Nuevo Brunswick, la Nueva Escocia y los Estados Unidos bajo la administración del gobernador Johnson.

—¡El gobernador Johnson! —exclamó Paganel—. ¡El sucesor del gran Lincoln, asesinado por un fanático partidario de la esclavitud! ¡Perfectamente! ¡No se puede decir más! Y en cuanto a la América del Sur con su Guayana, sus Malvinas, su archipiélago de las Shetland del Sur, su Georgia, su Jamaica, su Trinidad, etcétera, pertenece también a los ingleses. No disputaré acerca del particular. Pero quisiera, Toliné, conocer tu opinión, o mejor dicho, la de tus profesores sobre Europa.

—¿Europa? —preguntó Toliné, que no comprendía la animación del geógrafo.

—¡Sí! ¡Europa! ¿A quién pertenece Europa?

—Pues Europa pertenece a los ingleses —respondió el niño con un tono de profunda convicción.

—Lo sospechaba —replicó Paganel—. Pero, ¿cómo? Esto es lo que quisiera saber.

—Europa pertenece a Inglaterra por Escocia, Irlanda, Malta, las islas Jersey y Guernesey, las islas Jónicas, las Hébridas, las Shetland, las Orcadas...

—¡Bien! ¡Bien, Toliné! Pero hay otros Estados, hijo mío, de que no haces mención.

—¿Cuáles, señor? —respondió el niño sin desconcertarse.

—España, Rusia, Austria, Prusia, Francia...

—Son provincias y no Estados —dijo Toliné.

—¡Cáspita! —exclamó el secretario de la Sociedad de Geografía, quitándose los anteojos.

—Sin duda, España, capital Gibraltar.

—¡Admirable! ¡Perfecto! ¡Sublime! ¿Y Francia? Como soy francés me alegraría saber a quién pertenezco.

—Francia —respondió tranquilamente Toliné— es una provincia inglesa, cuya capital se llama Calais.

—¡Calais! —exclamó Paganel—. ¡Cómo! ¿Crees que Calais pertenece aún a Inglaterra?

—Sin duda.

—¿Y que es la capital de Francia?

—Sí, señor, allí reside el gobernador, *Lord* Napoleón...

Al oír estas últimas palabras, Paganel rompió a reír con toda su fuerza. Toliné no sabía qué pensar. Le habían preguntado, y había respondido lo mejor posible. Pero él no tenía la culpa de la singularidad de sus respuestas; ni siquiera la sospechaba. Sin embargo, no parecía desconcertado, y aguardaba con aplomo la terminación de aquellos arrebatos.

—¿No os lo decía yo? —dijo riendo el Mayor a Paganel—. ¿No tenía razón cuando os anunciaba que el discípulo os daría lecciones?

—Es verdad, amigo Mayor —replicó el geógrafo—. ¡Vaya una manera que tienen en Melbourne de enseñar Geografía! Ya saben lo que se hacen los profesores de la Escuela Normal. ¡Pardiez! Con una educación tan ingeniosa se comprende que los indígenas se sometan. Dime, hijo mío, ¿y la Luna también es inglesa?

—Lo será —respondió gravemente el joven salvaje.

Paganel se levantó. Le era imposible estarse quieto. Necesitaba reír a carcajada tendida, y se fue a desahogarse a un cuarto de milla del campamento.

Glenarvan había ido a buscar un libro que tenía en su pequeña biblioteca de viaje. Era el *Manual de Geografía* de Samuel Richardson, obra muy en boga en Inglaterra, y más al corriente de la Ciencia que los profesores de Melbourne.

—Toma, hijo mío —dijo a Toliné—, toma este libro y guárdalo. Tienes en Geografía algunas ideas falsas que te conviene reformar. Te lo doy como un recuerdo de nuestro encuentro.

Toliné tomó el libro sin responder, y lo hojeó con alguna atención, moviendo la cabeza con incredulidad, y sin decidirse a meterlo en el bolsillo.

La noche había cerrado enteramente. Eran las diez. Había que pensar en echarse un rato para poder madrugar. Roberto ofreció a su amigo Toliné la mitad de su cama. El joven indígena aceptó.

Lady Elena y Mary Grant volvieron a la carreta, y los viajeros se acostaron bajo la tienda, en tanto que las carcajadas de Paganel se mezclaban con el suave canto de las urracas silvestres.

Pero a las seis de la mañana siguiente, cuando un rayo de sol despertó a los viajeros, buscaron inútilmente al niño australiano. Toliné había desaparecido. ¿Quería llegar cuanto antes a las comarcas del Lachlan? ¿Habían herido su amor propio las risas de

Paganel? No se sabe.

Pero cuando *Lady* Elena se despertó, encontró sobre su pecho un fresco ramillete de sensitivas de hojas sencillas, y Paganel, en uno de sus numerosos e interminables bolsillos, la *geografía* de Samuel Richardson.

Capítulo XIV

Las minas del monte Alejandro

En 1814, *Sir Roderick Impervy Murchison*, en la actualidad presidente de la Real Sociedad Geográfica de Londres, encontró, por medio del estudio de su conformación, relaciones de identidad notabilísimas entre la cordillera del Ural y la que de norte a sur se extiende no lejos de la costa meridional de Australia.

Siendo los Urales una cordillera aurífera, el sabio geógrafo se preguntó si se encontraría también el precioso metal en la cordillera australiana.

Dos años después, le enviaron algunas muestras de oro de Nueva Gales del Sur, y este hecho provocó la emigración de un gran número de trabajadores de Cornualles a las regiones auríferas de Nueva Holanda.

Monsieur Francis Dutton fue quien encontró las primeras pepitas de Australia del Sur, y *Messieurs* Forbes y Smyt los que descubrieron los primeros yacimientos de Nueva Gales.

Dado el primer impulso, afluyeron trabajadores de todos los puntos del Globo, ingleses, americanos, italianos, franceses, alemanes, chinos. Pero hasta el 3 de abril de 1851, no reconoció *Monsieur* Hargraves riquísimos yacimientos de oro, y propuso al gobernador de la colonia de Sydney, *Sir* Ch. Fitz Roy, le cediera la propiedad del terreno por la módica cantidad de quinientas libras esterlinas.

Su proposición no fue aceptada, pero se propagó el rumor del descubrimiento. Los buscadores de oro se dirigieron hacia Summerhill y el Lenei's Pound. Se fundó la ciudad de Ofir, que, por la riqueza de sus explotaciones, se hizo muy pronto digna de su nombre bíblico.

Hasta entonces no se había pensado en la provincia de Victoria,

que debía, sin embargo, sobresalir por la opulencia de sus yacimientos.

Algunos meses después, en agosto de 1851, se extrajeron las primeras pepitas de la provincia, y muy pronto se explotaron en gran escala cuatro distritos: el de Ballarat, el de Owens, el de Bendigo y el del monte Alejandro. Todos eran muy ricos, pero en el río Owens la abundancia de las aguas volvía el trabajo penoso, en Ballarat una repartición desigual del oro burlaba con frecuencia los cálculos de los exploradores, y en Bendigo no se prestaba el suelo a las exigencias de los trabajadores. En el monte Alejandro se encontraron reunidas en un extremo regular todas las condiciones de buen éxito, y el precioso metal, alcanzando cada libra el valor de 1.441 francos, llegó a tener el precio más elevado en todos los mercados del mundo.

A este sitio tan fecundo en ruinas funestas y en fortunas inesperadas, conducía precisamente a los amigos del capitán Grant el camino del paralelo 37.

Después de haber andado durante toda la jornada del 31 de diciembre por un terreno accidentado que rindió a los caballos y bueyes, distinguieron los viajeros las redondeadas cimas del monte Alejandro. Se estableció el campamento en una estrecha garganta de esta pequeña cordillera, y los animales, debidamente trabados, fueron a buscar su pasto entre los pedazos de cuarzo de que estaba sembrado el suelo. Aquélla no era aún la región de los yacimientos explotables, y hasta el día siguiente, primero del año 1866, no abrieron su surco las ruedas de la carreta en los caminos de aquella opulenta comarca.

Santiago Paganel y sus compañeros se alegraron mucho de ver de paso aquel monte célebre llamado Geboor en idioma australiano. Allí es donde se precipitó toda la balumba de aventureros, ladrones y gentes honradas, los que hacen ahorcar y los que se hacen ahorcar. A los primeros rumores del gran descubrimiento en el año dorado de 1851, ciudades, campos, bosques fueron abandonados por los comerciantes, los labradores y los marineros. La fiebre del oro tomó un carácter epidémico, se hizo contagiosa como la peste, y de ella murieron muchos que creían tener ya asegurada su fortuna. Se decía que la Naturaleza pródiga había sembrado millones en la maravillosa tierra de Australia en más de 25° de latitud. Había

llegado la hora de la recolección, y aquellos nuevos segadores corrían a la siega. El oficio del *digger*, del cavador, era preferido a todos, y si bien muchos sucumbían, rendidos de fatiga, a tan rudo trabajo, algunos se enriquecieron al primer azadonazo. No se hacía mención de las ruinas, y se hacía mucho ruido con las fortunas. Los golpes de suerte retumbaban en las cinco partes del mundo. Oleadas de ambiciosos de toda calaña refluyeron en las playas de Australia, y durante los cuatro últimos meses del año 1852, sólo Melbourne recibió 54.000 emigrados, todo un ejército, pero un ejército sin jefe, sin disciplina, un ejército al día siguiente de una victoria que no se había alcanzado aún, en una palabra 54.000 pillos de la peor especie.

Durante los primeros años de loca embriaguez reinó el mayor desorden, pero los ingleses con su acostumbrada energía dominaron la situación poniendo a los agentes de policía y la gendarmería indígena a disposición de las gentes honradas. Todo varió de tal suerte, que Glenarvan no fue testigo de ninguna escena violenta como las que eran tan frecuentes en 1852. Trece años habían transcurrido desde entonces. La exploración de los terrenos auríferos se hacía con método, y estaba sometida a las reglas de una organización severa.

Además, los criaderos se agotaban. A fuerza de escarbar, se llegaba al fondo. ¿Y cómo no habían de agotarse los tesoros acumulados por la Naturaleza, si desde 1852 hasta 1858 entregaron los mineros del suelo de Victoria 63.107.478 libras esterlinas? Los emigrados han disminuido por lo tanto considerablemente, trasladándose a otras comarcas vírgenes. Así es que los *gold fields*, campos de oro, nuevamente descubiertos en Otago y en Marlborough en Nueva Zelanda, son horadados en la actualidad por miles y miles de hormigas de dos pies.^[15]

A las once aproximadamente, llegaron los viajeros al centro de las explotaciones. Se veía allí una verdadera ciudad con fábricas, casas de Banca, iglesia, cuartel y periódicos. No faltaban fondas, granjas y alquerías.



Hasta había un teatro, a diez chelines la entrada, que era muy concurrido. En él se representaba con mucho éxito una pieza de circunstancias titulada *Francisco Obadich* o *El minero feliz*. El héroe, en el desenlace, daba el último azadonazo de la desesperación, y encontraba una pepita de un peso inverosímil.

Glenarvan, deseando visitar la vasta explotación del monte Alejandro, dejó que la carreta siguiese su camino bajo la dirección de Ayrton y de Mulrady, debiendo el alcanzarla algunas horas después. Esta determinación agradó mucho a Paganel, el cual, como tenía por costumbre, se hizo espontáneamente guía y cicerone de la comitiva.

Ésta, siguiendo su consejo, se dirigió a la casa de la Banca. Las calles eran anchas, y estaban empedradas y cuidadosamente regadas. Gigantescos carteles de los *Golden Company (limited)* de los

Digger's General Office, de los *Nugget's Union* solicitaban las miradas públicas. La asociación de brazos y capitales había sustituido al trabajo aislado del minero. Por todas partes se oía el ruido de las máquinas que lavaban las arenas y trituraban el precioso cuarzo.

Más allá de las casas se extendían los yacimientos entregados a la explotación, en los cuales trabajaban por cuenta de las Compañías mineros que ganaban un crecidísimo salario. No hubiera sido posible contar las excavaciones que acribillaban el terreno. Los azadones brillaban al sol y despedían incesantes destellos. Entre los trabajadores había tipos de todas las naciones. Ninguno se quejaba, y todos cumplían silenciosamente su tarea como gentes asalariadas.

—No se crea, sin embargo —dijo Paganel—, que no queda ya en el suelo australiano ninguno de esos febriles buscadores que piden su fortuna al azaroso juego de las minas. Ya sé que la mayor parte alquilan sus brazos a las Compañías, y no puede ser de otro modo ya que los terrenos auríferos están todos vendidos o arrendados por el Gobierno. Pero al que nada tiene, al que no puede alquilar ni comprar, le queda aún una probabilidad de enriquecerse.

—¿Cuál? —preguntó *Lady Elena*.

—La de ejercer el *jumping* —respondió Paganel—. Así es que nosotros, que ningún derecho tenemos sobre estos yacimientos, podríamos, sin embargo, si nos favoreciese mucho la suerte, hacer fortuna.

—Pero, ¿cómo? —preguntó el Mayor.

—Por el *jumping*, como he tenido la honra de deciros.

—Pero, ¿qué es el *jumping*? —replicó el Mayor.

—Es un convenio admitido entre los mineros que ocasiona con frecuencia violencias y desórdenes, pero que nunca lo han podido abolir las autoridades.

—Vamos, Paganel —dijo Mac Nabbs—, nos ponéis la miel en la boca.

—Pues bien, está admitido que todo terreno del centro de explotación en el cual, sin ser día festivo, se ha dejado de trabajar por espacio de veinticuatro horas, pase al dominio público. El que de él se apodera puede explotarlo y enriquecerse si le ayuda el cielo. Así, pues, Roberto, amigo mío, procura descubrir uno de esos terrenos y es tuyo.

—*Monsieur* Paganel —dijo Mary Grant—, no deis a mi hermano

esos consejos.

—Ya sabe Roberto que me chanco, querida *Miss*. ¡Él, minero! ¡Jamás! Labrar la tierra, cultivarla, sembrarla y después pedirle sus mieses en recompensa del trabajo, me parece muy bien. Pero escarbarla a la manera de los topos, ciegamente como ellos, para sacar de sus entrañas un poco de oro, es un triste oficio a que sólo puede dedicarse el que está dejado de la mano de Dios y de los hombres.

Después de haber visitado los principales yacimientos y recorrido un terreno de acarreo, compuesto principalmente de cuarzo, esquisto arcilloso y arenas procedentes de la disgregación de las rocas, llegaron los viajeros a la Banca.

Era ésta un espacioso edificio en cuyo remate ondeaba el pabellón nacional. *Lord* Glenarvan fue recibido por el inspector general, el cual le hizo los honores de su establecimiento.

Allí las Compañías depositan, mediante recibo, el oro arrancado de las entrañas de la tierra. Estaba ya lejos el tiempo en que el minero era explotado por los mercaderes de la colonia. Éstos les daban en los yacimientos cincuenta y tres chelines por cada onza de oro, de la que luego sacaban en Melbourne sesenta y cinco. Verdad es que el negociante corría los riesgos del acarreo; y como los caminos estaban infestados de bandoleros, no siempre la escolta llegaba a su destino.

El inspector presentó a los viajeros curiosas muestras de oro, y les dio interesantes pormenores acerca de los diferentes modos de explotación del codiciado metal.

Éste se encuentra generalmente bajo la forma de oro rodeado o de oro desagregado. En el estado de mineral está mezclado con tierra de aluvión, o encerrado en una ganga de cuarzo. Para extraerlo se procede atacando primero las capas superficiales o las más profundas, según la naturaleza de la superficie.

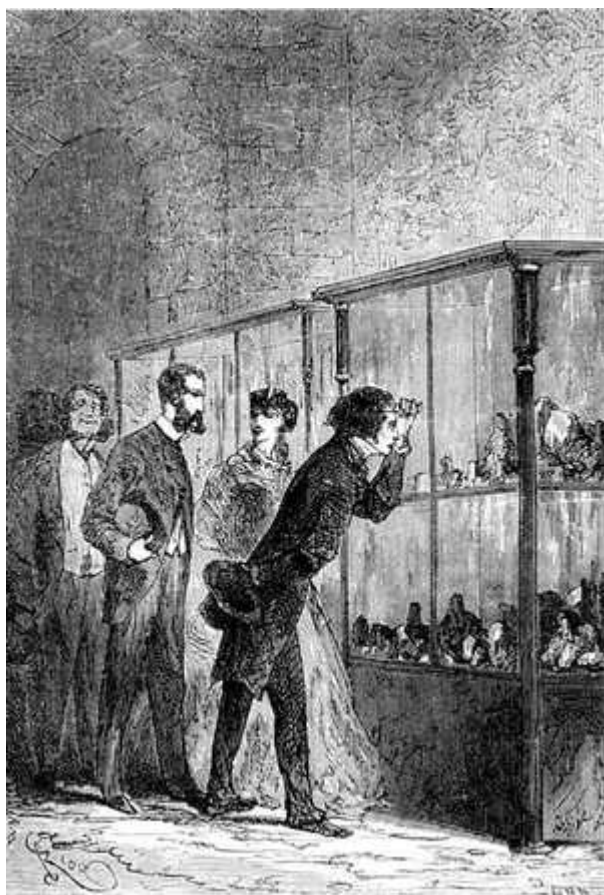
El oro rodeado se halla en el fondo de los torrentes, de los valles y de las quebradas, escalonado según su magnitud, primero los granos, después las hojas y últimamente las pajillas.

Pero el oro desagregado, cuya ganga ha sido descompuesta por la acción del aire, se encuentra en montoncillos, y forma lo que los mineros llaman *bolsadas*. Hay *bolsadas* que encierran una fortuna.

En el monte Alejandro se recoge el oro más especialmente en las

capas arcillosas y en los intersticios de las rocas pizarrosas, donde hay nidos de pepitas que en un momento pueden enriquecer a un minero. Allí está con frecuencia el premio grande de aquella especie de lotería.

Los viajeros, después de haber examinado las distintas muestras de oro, recorrieron el museo mineralógico del Banco. Vieron rotulados y clasificados todos los productos obtenidos del suelo australiano. No es el oro su única riqueza. Australia puede considerarse como un cofre de joyas en el que la Naturaleza guarda las más preciosas.



Brillaban en los escaparates el topacio blanco, digno rival de los

topacios brasileños, el granate y la almandina, la epidota, especie de silicato de un hermoso color verde, el rubí balaje, representado por espirales de color de escarlata, y por una bellísima variedad de color de rosa, zafiros de un color azul claro y de un color azul oscuro, tales como el corindón o espato adamantino, tan preciados como los de Malabar y los del Tíbet, y por último, un pequeño diamante que se encontró en las márgenes del Turón. Muy completa era aquella resplandeciente colección de piedras finas, y no había que ir muy lejos a buscar el oro para engastarlas. No queriendo las joyas ya montadas, no se podía pedir más.

Glenarvan se despidió del inspector del Banco, después de darle las gracias por su complacencia de que habían hecho amplio uso. En seguida se dirigieron otra vez a los yacimientos.

Paganel, por poco adherido que estuviese a los bienes de este mundo, no daba un paso sin registrar con la mirada aquel suelo tan opulento. Se despertó en él un sentimiento de codicia más fuerte que su filosofía, contra el cual eran impotentes las bromas de sus compañeros. A cada paso se bajaba, cogía un guijarro, un pedazo de ganga, un fragmento de cuarzo; lo examinaba con atención y lo arrojaba luego con desprecio. Se comportó así durante todo el paseo.



—¿Ésas tenemos, Paganel? —le preguntó el Mayor—. ¿Habéis perdido algo?

—Sin duda —respondió Paganel— en este país de oro y piedras preciosas, lo que no se encuentra se pierde. No sé por qué he de desear tanto poderme llevar una pepita que pese algunas onzas, aunque no sean más que veinte libras.

—¿Para qué la queréis, mi digno amigo? —dijo Glenarvan.

—No me serviría de estorbo —respondió Paganel—. Haría un regalo a mi país depositándola en el Banco de Francia.

—¿Que la aceptaría?

—Sin duda, bajo la forma de obligaciones de ferrocarriles.

Se felicitó a Paganel por la manera patriótica y desprendida con que quería ofrecer su pepita a *su país*, y *Lady Elena* deseaba que

encontrase la mayor del mundo.

Los viajeros recorrieron hablando la mayor parte de los terrenos explotados. En todos los puntos se trabajaba maquinalmente, sin apenas animación.

Después de dos horas de paseo, Paganel descubrió una posada muy decente, en la que propuso descansar un rato mientras llegaba la hora de reunirse a la carreta. *Lady* Elena consintió en ello, y como en una posada es preciso tomar algo, Paganel pidió al posadero que les sirviera una bebida del país. Inmediatamente trajeron un *nobler* para cada uno.

El *nobler* no es más que el *grog*, pero *grog* al revés. En lugar de echar una copa de aguardiente en un vaso de agua, se echa una copita de agua en un gran vaso de aguardiente, se le azucara y se bebe. Como esta pócima era demasiado australiana se añadió al *nobler* una botella de agua, con no poca extrañeza del posadero, y quedó convertido en el *grog* británico.

Se habló en seguida de minas y mineros. La ocasión no podía ser más oportuna. Paganel, muy satisfecho de lo que acababa de ver, confesó, sin embargo, que el espectáculo debía ser más curioso en otro tiempo durante los primeros años de explotación del monte Alejandro.

—La tierra —dijo— estaba entonces materialmente acribillada de agujeros por legiones de hormigas trabajadoras. ¡Y qué hormigas! El mismo ardor, pero no la misma previsión de las hormigas tenían todos los emigrados. El oro se disipaba en locuras. Se bebía, se jugaba, y esta posada en que nos hallamos era un infierno, como se decía entonces. Los dados traían puñaladas. La Policía era impotente, y más de una vez el gobernador de la colonia se vio obligado a intervenir con un ejército regular contra los mineros amotinados. Llegó, sin embargo, a hacerles entrar en razón; impuso a cada explotador un derecho de patente, les hizo pagar, aunque no dejó de costarle algún trabajo, y en una palabra, los desórdenes fueron aquí menores que en California.

—¿Es decir —preguntó *Lady* Elena—, que el oficio de minero puede ejercerlo cualquier individuo?

—Sí, señora. No se necesita para serlo haber tomado el grado de bachiller. Basta tener buenos brazos. La mayor parte de los aventureros, arrojados por la miseria, llegaban a las minas sin

dinero. Los que más, tenían un azadón, otros no tenían más que un mal cuchillo, y trabajaban todos con un afán que seguramente no lo hubieran empleado en un oficio de hombres honrados. ¡Qué aspecto tan singular el de estos terrenos auríferos! La tierra estaba cubierta de tiendas, bohíos, barracas, chozas, algunas hechas de fango, otras de tablas, otras de hojas. En el centro se levantaba dominante la casa del Gobierno, que tenía izado el pabellón británico, y descollaban entre las humildes viviendas las tiendas de terliz azul de los agentes de la autoridad, y los establecimientos de los cambistas, de los mercaderes de oro, de los traficantes, que especulaban con aquel conjunto de riqueza y pobreza. Éstos se enriquecieron con toda seguridad. Eran de ver aquellos mineros de larga barba y camisa roja que vivían en el agua y el fango. El aire estaba lleno del continuo ruido de los azadones, y de las fétidas miasmas procedentes de las carroñas de animales que se pudrían en todas partes. Un polvo sofocante envolvía como una nube a los desgraciados que suministraban a la mortalidad un contingente excesivo, y en otro país menos sano, menos dotado de buenas condiciones higiénicas, se hubiera desarrollado el tifus y hubiera diezariado la población. ¡Y si al menos todos aquellos aventureros hubieran conseguido sus deseos! Pero no, no tenía compensación tanta miseria, y se puede asegurar que, por cada minero que se ha enriquecido, ciento, doscientos, tal vez mil, han muerto pobres y desesperados.

—¿Podríais decirnos, Paganel —repreguntó Glenarvan—, cuáles eran los procedimientos adoptados para la extracción del oro?

—No podían ser más sencillos —respondió Paganel—. Los primeros mineros no eran más que lavadores, no hacían más que sacar los granitos de oro de entre las arenas, procediendo como se procede aún en algunas comarcas de Cevennes, en Francia. Actualmente, las Compañías proceden de otro modo. Suben a la misma fuente, al filón que produce las hojas, las pajillas y las pepitas. Pero los lavadores se contentaban con lavar las arenas auríferas, y no hacían otra cosa. Lavaban, recogían las capas de tierra que les parecían productivas y las echaban al agua para separar el precioso mineral. El lavado se efectuaba por medio de un instrumento inventado en América, llamado *creadle* o cuna, que consistía en una caja de cinco o seis pies de longitud, dividida en

dos compartimientos, de los cuales el uno estaba provisto de una criba grosera, puesta encima de otras de agujeros más pequeños, y el otro se angostaba en su parte inferior. Se echaba la arena sobre la criba más grosera y se vertía agua encima, y luego se agitaba o mecía el instrumento. Las piedras quedaban en la primera criba, el mineral y la arena fina pasaban a las otras, según su tamaño, y la tierra desleída salía con el agua por la extremidad inferior. Tal era la máquina generalmente usada.

—Y no obstante su sencillez, no todos la tendrían —dijo John Mangles.

—La compraban los recién llegados a los mineros enriquecidos o arruinados, según el caso —respondió Paganel—, o se pasaban sin ella.

—¿Y cómo la remplazaban? —preguntó Mary Grant.

—Con un plato, querida Mary, con un sencillo plato de hierro, abaleando la tierra como se abalea el trigo, sólo que en lugar de granos de trigo se recogían algunas veces granos de oro. En el primer año, sin más aparatos, más de un minero labró su fortuna. Aquél, amigos míos, era el buen tiempo, aunque un par de botas costasen cincuenta francos, y se dieseen diez chelines por un vaso de limón. Los primeros que llegan son siempre los más afortunados, que a quien madruga Dios le ayuda. El oro abundaba en todas partes, hasta en la superficie de la tierra; los arroyos corrían por un lecho de metal y éste se encontraba hasta en las mismas calles de Melbourne. Se empedraba con oro. Así es que desde el 26 de enero hasta el 24 de febrero de 1852, el precioso metal transportado desde el monte Alejandro a Melbourne, bajo la escolta del Gobierno, ascendió a 8.238.650 francos, lo que da por término medio 164.725 francos diarios.

—La dotación, poco más o menos, del emperador de Rusia —dijo Glenarvan.

—¡Pobrecito! —replicó el Mayor.

—¿Se citan muchos casos de fortuna repentina? —preguntó *Lady Elena*.

—Algunos, señora.

—¿Los conocéis? —dijo Glenarvan.

—¡Pardiez! —respondió Paganel—. En 1852, en el distrito de Ballarat, se encontró una pepita que pesaba 573 onzas, otra en el

Gippslando de 782 onzas, y en 1861 un lingote de 834 onzas. En el mismo Ballarat, un minero descubrió una pepita que pesaba 69 kilogramos, lo que, a 1.772 francos la libra, hace 223.850 francos. Un azadonazo que da 11.000 francos de renta, es un buen azadonazo.

—¿En qué proporción ha aumentado la producción del oro desde el descubrimiento de estas minas? —preguntó John Mangles.

—En una proporción enorme, amigo John. Era de 47.000.000 anuales al principio del siglo, y actualmente, incluyendo el producto de las minas de Europa, Asia y América, se valora en 900.000.000.

—Así, pues, *Monsieur* Paganel —dijo Roberto—, en el punto mismo en que nos hallamos, tenemos quizá bajo los pies mucho oro.

—Sí, muchacho, millones. Andamos sobre ellos. Pero andamos sobre ellos porque los despreciamos.

—¿Es por consiguiente Australia un país privilegiado?

—No, Roberto —respondió el geógrafo—. Los países auríferos no son privilegiados. No engendran más que poblaciones haraganas, y nunca razas fuertes y laboriosas. Mira lo que es el Brasil, lo que es México, lo que es California, lo que es Chile, lo que es el Perú, lo que es Australia. ¿A qué altura están en pleno siglo XIX? El país por excelencia, hijo mío, no es el país del oro, sino el país del hierro.

Capítulo XV

Australian and New Zealand Gazette

El día 2 de enero, al salir el sol, los viajeros traspasaron el límite de las regiones auríferas y las fronteras del condado de Talbot. Los cascotes de los caballos imprimían entonces sus herraduras en los senderos llenos de polvo del condado de Dalhousie. Algunas horas después vadeaban el Coiban y el Campaspe Rivers, a los 34° 35' de latitud y 144° 45' de longitud. Se había llegado a la mitad del viaje. Con quince días más de una travesía próspera, la comitiva alcanzaría las playas de la bahía Twofold.

Todos los viajeros gozaban de buena salud, realizándose, respecto a las condiciones higiénicas del clima, las promesas optimistas de Paganel. Había muy poca o ninguna humedad, y el calor era muy soportable. No se resentían de él los caballos ni los bueyes. Los hombres tampoco se quejaban.

Desde Camden Bridge no se registró el menor incidente digno de mención. La criminal catástrofe del *railway* obligó a Ayrton, cuando tuvo conocimiento de ella, a tomar algunas precauciones. Durante las horas de campamento quedó siempre uno de centinela, y por la tarde se renovaba la carga de las armas. Era incontestable que recorría el país una patrulla de malhechores, y aunque no había motivos para experimentar temores inmediatos, bueno era estar prevenido para lo que pudiera suceder.

Inútil es decir que se tomaron estas precauciones sin dar de ellas conocimiento a *Lady Elena* y *Mary Grant* para no asustarlas.

Glenarvan procedía debidamente. Una imprudencia o un descuido podían costar caros. No era además Glenarvan el único que se preocupaba de aquel estado de cosas. En las alquerías aisladas y en las estaciones, los labradores y los ganaderos tomaban precauciones contra todo ataque o sorpresa. Las casas se cerraban

apenas anochecía. Los perros, sueltos en los cercados, ladraban al menor ruido, y no se veía un solo pastor, que al reunir las reses para el encierro de la noche, no llevase colgada del arzón su carabina. La noticia del crimen cometido en el puente de Camden motivaba aquel exceso de precauciones, y más de un colono, que solía dormir con todas las ventanas y puertas abiertas de par en par, echaba al anochecer los cerrojos.

La misma Administración de la provincia, dio pruebas de celo y vigilancia. Recorrían los campos destacamentos de gendarmería indígena. Se dio escolta a los correos, que hasta entonces habían andado sin ella. Precisamente aquel mismo día, en el acto mismo de atravesar los viajeros el camino de Kilmore a Heatcote, pasó el correo a todo escape levantando un torbellino de polvo. Mas por pronto que desapareció, Glenarvan vio relucir las armas de los soldados que galopaban a su lado. Hubiérase dicho que se había vuelto a aquella funesta época en que el descubrimiento de los primeros yacimientos, arrojaba al continente australiano la escoria de las poblaciones europeas.

Una milla después de haber atravesado el camino de Kilmore, se internó la carreta en un bosque de árboles gigantescos, siendo aquélla la primera vez desde el cabo Bernouille en que los viajeros penetraron en uno de aquellos bosques que cubren una superficie de muchos grados.



Se escapó de todos los pechos un grito de admiración al ver eucaliptos de 200 pies de altura, cuya corteza fungosa tenía un grueso de 5 pulgadas. Los troncos, de 20 pies de diámetro, surcados por la corriente de una resina olorosa se elevaban a 150 pies del suelo, sin una rama, sin un tallo caprichoso, sin nudo alguno que alterase su superficie. No hubieran salido más redondos de la mano del tornero. Era un bosque formado de millares de columnas del mismo calibre, que al llegar a una gran altura se ensanchaban formando capiteles con sus ramas provistas en sus extremidades de hojas alternas, de las cuales colgaban flores solitarias en cuyo cáliz figuraba una corona vuelta al revés.

Bajo aquella bóveda siempre verde, el aire circulaba libremente. Una ventilación incesante absorbía la humedad del suelo. Los caballos, los bueyes y las carretas podían pasar holgadamente por el

espacio que dejaban los árboles entre sí, perfectamente medido como por un hábil jardinero. No se encontraban grupos de árboles apretados y obstruidos por la maleza, ni era aquel bosque una de esas selvas vírgenes en que impiden el tránsito troncos caídos y bejucos inextricables que obligan al hombre a abrirse paso con el hierro y el fuego. Una alfombra de hierba al pie de los árboles, un pabellón de verdor en su cima, extensa perspectiva de atrevidos pilares, poca sombra, regular frescura, una claridad especial parecida a los resplandores filtrados por una delicadísima tela de seda, reflejos regulares, las sombras en el suelo perfectamente delineadas, todo este conjunto formaba un espectáculo extraño y de maravilloso efecto.

El bosque del continente oceánico es absolutamente distinto de los bosques del Nuevo Mundo, y el eucalipto, el *tara* de los aborígenes, más o menos arbitrariamente colocado en la familia de mirtos cuyas diferentes especies son casi innumerables, es el árbol por excelencia de la flora australiana.

Si bajo aquellas cúpulas de verdor no se espesa la sombra ni reina la oscuridad, se debe a que los árboles presentan en la disposición de sus hojas una anomalía curiosa. En vez de presentar su cara al sol, le presentan únicamente su acerado borde. La vista en aquel singular follaje no percibe más que perfiles, y por eso los rayos del sol se deslizan hasta el suelo, como si pasasen entre las tablas u hojas levantadas en una persiana.

Todos hicieron muy sorprendidos la misma observación, y a todos se les ocurrió naturalmente preguntar a Paganel cuál era el motivo de aquella disposición singularísima. Ya se sabe que el geógrafo tenía respuesta para todo.

—Lo que me pasma —dijo— no es la extravagancia de la Naturaleza, pues la Naturaleza sabe siempre lo que hace, pero los botánicos no saben siempre lo que se dicen. La Naturaleza no se ha engañado al dar a sus árboles el follaje especial que tienen, pero los hombres han desbarrado al llamarles *eucaliptos*.

—¿Qué quiere decir esta palabra? —preguntó Mary Grant.

—Procede de un vocablo griego que significa *cubro bien*. Bien cuidado se ha tenido en cometer el error en griego para que fuese menos perceptible, pues es evidente que el eucalipto *cubre mal*.

—Estamos de acuerdo, querido Paganel —respondió Glenarvan

—, y ahora decidnos por qué las hojas están dispuestas de este modo.

—Por una razón puramente física, amigos míos —respondió Paganel—, y que comprenderéis muy fácilmente. En esta comarca, en que el aire es seco, en que las lluvias son raras, en que el terreno está enjuto, los árboles no tienen necesidad de viento ni de sol. Faltando la humedad, falta también la savia, y por lo mismo esas hojas procuran defenderse por sí mismas contra la luz del día y se preservan de una evaporación excesiva, por cuya razón presentan su perfil y no su superficie a la acción de los rayos solares. No hay nada más inteligente que una hoja.

—¡Ni más egoísta tampoco! —replicó el Mayor—. Las que hay aquí no se han cuidado más que de sí mismas, sin tener para nada en cuenta a los viajeros.

No había nadie que no estuviese hasta cierto punto de acuerdo con Mac Nabbs, exceptuando Paganel, el cual, al mismo tiempo que empapaba su pañuelo con el sudor de su frente, sentía la mayor satisfacción al considerar que caminaba sin sombra bajo árboles frondosísimos. Sin embargo, aquella disposición del follaje era capaz de desazonar a cualquiera. La travesía de aquellos bosques se prolonga frecuentemente mucho, y es por consiguiente penosa, porque nada pone al viajero a cubierto de los ardores del sol.

Durante toda la jornada fue la carreta avanzando lentamente por entre aquellas interminables líneas de eucaliptos. No se encontró ni un cuadrúpedo, ni un indígena. Algunas cacatúas habitaban las cimas de los árboles; pero tan altos eran éstos, que apenas se las distinguía, y su eterna charla se convertía en un casi imperceptible murmullo. A veces, una bandada de cotorras, papagayos y periquitos cruzaban algunos de los ramos, y los animaba con un rápido rayo de varios colores. Pero en general, reinaba un profundo silencio en aquel vasto templo de verdor, y las pisadas de los caballos, una que otra palabra de los jinetes, el chirrido de las ruedas de la carreta, y de cuando en cuando un grito de Ayrton excitando a los indolentes bueyes, turbaban únicamente aquellas inmensas soledades.

Al anoecer, acampó la comitiva al pie de unos eucaliptos que ostentaban el sello de un incendio bastante reciente. Ahuecados interiormente por las llamas en toda su longitud, parecían elevadas

chimeneas de fábricas. No les quedaba más que la corteza, y ésta les bastaba para vivir lozanos. Con todo, esta mala costumbre de los *squatters* o de los indígenas destruirá con el tiempo tan magníficos árboles, y desaparecerán como esos cedros seculares del Líbano que aniquila la torpe mano de los peregrinos.



Olbinett, siguiendo el consejo de Paganel, encendió fuego para la cena en uno de aquellos troncos tubulares, y así obtuvo muy pronto una llama considerable y el humo fue a perderse en el sombrío follaje.

Se tomaron por la noche las precauciones requeridas, y Ayrton, Mulrady, Wilson y John Mangles, relevándose sucesivamente, velaron hasta la salida del sol.

Durante toda la jornada del 3 de enero, el interminable bosque

multiplicó sus largas avenidas simétricas. Parecía que no había de concluir nunca. Sin embargo, a la caída de la tarde, las hileras de árboles se aclararon, y a algunas millas de distancia, en un pequeño llano, apareció una aglomeración de casas.

—¡Seymour! —exclamó Paganel—. Seymour es la última ciudad que debemos encontrar antes de salir de la provincia de Victoria.

—¿Es importante? —preguntó *Lady Elena*.

—Señora —respondió Paganel—, se trata de una simple parroquia que aspira a convertirse en municipalidad.

—¿Hallaremos en ella una regular posada? —dijo Glenarvan.

—Lo espero —respondió el geógrafo.

—Entremos, pues, en la ciudad, porque se me figura que no vendrá mal a nuestras distinguidas viajeras una noche de descanso.

—Mi querido Edward —contestó *Lady Elena*—, Mary y yo aceptamos; pero a condición de no causar ninguna molestia ni retraso.

—Ningún retraso ni molestia —respondió *Lord Glenarvan*—. Los bueyes están cansados y partiremos mañana al rayar el alba.

Eran entonces las nueve. La Luna se aproximaba al horizonte, y no despedía más que rayos oblicuos, anegados en la bruma. La oscuridad aumentaba poco a poco. Toda la comitiva penetró en las anchas calles de Seymour bajo la dirección de Paganel, el cual al parecer conocía siempre perfectamente lo que no había visto nunca. Pero su instinto le guiaba, y llegó derecho a *Chambell's North British*.

Se condujeron a la cuadra caballos y bueyes, se metió la carreta en la cochera, y los viajeros se trasladaron a habitaciones bastante cómodas. A las diez se sentaron a la mesa, en que se les sirvió una cena que, sin ser obra de *Olbinett*, había sido por éste debidamente inspeccionada. Se veía en ella algo del genio del maestro. Paganel acababa de recorrer la ciudad en compañía de Roberto, y dio cuenta de sus impresiones nocturnas en los términos más lacónicos. No había visto absolutamente nada.

Sin embargo, otro menos distraído hubiera notado cierta agitación en las calles de Seymour. En ellas se habían formado corrillos que iban en progresivo aumento; se hablaba en la puerta de las casas; se interrogaban los habitantes con verdadera curiosidad, y algunos periódicos eran leídos en voz alta,

comentados y discutidos. Estos síntomas no podían escapar al observador menos atento, y sin embargo, para Paganel pasaron inadvertidos.

El Mayor, sin ir tan lejos, sin moverse de la posada, se dio cuenta de las zozobras que tan justamente experimentaba la pequeña ciudad. Diez minutos de conversación con Dickson, que tal era el nombre del locuaz posadero, le pusieron al corriente de todo. Pero no dijo una palabra.

Sólo cuando, después de cenar, *Lady Glenarvan*, Mary y Roberto Grant pasaron a sus habitaciones, el Mayor detuvo a sus compañeros y les dijo:

—Ya se ha averiguado quienes son los autores del crimen cometido en el camino de hierro de Sandhurst.

—¿Y han sido presos? —preguntó Ayrton precipitadamente.

—No —respondió Mac Nabbs, sin que al parecer notase la ansiedad del contramaestre, muy natural en aquellas circunstancias.

—Tanto peor —añadió Ayrton.

—Y bien —preguntó Glenarvan—, ¿a quién se atribuye el crimen?

—Leed —respondió el Mayor presentando a Glenarvan un número del *Australian and New Zealand Gazette*—, y veréis que el inspector de Policía no se engañaba.

Glenarvan leyó en voz alta el siguiente párrafo:

Sydney, 2 de enero de 1866.

Nuestros lectores recordarán que en la noche del 29 al 30 de diciembre último sobrevino un accidente en Camden Bridge, a 5 millas de distancia de la estación de Castlemaine, railway de Melbourne a Sandhurst. El tren directo que salió a las 11 y 45 minutos, lanzado a todo vapor, se precipitó en el río Lutton.

El puente de Camden había quedado abierto al pasar el tren.

Numerosos robos cometidos después del accidente, y el cadáver del guarda, que apareció a media milla de Camden Bridge, probaron que la catástrofe era el resultado de un crimen.

En efecto, resulta de las investigaciones de la Policía que el crimen se debe atribuir al grupo de malhechores que seis meses atrás se evadieron del presidio de Perth, Australia occidental, en el momento de irles a trasladar a la isla de Norfolk. [16]

Los evadidos son veintinueve, y están mandados por uno que se llama Ben Joyce, malhechor de la más peligrosa especie, que meses atrás llegó a Australia no se sabe en qué buque, y a quien la justicia no ha podido hasta ahora echar el guante.

Se avisa a los habitantes de las poblaciones, a los colonos y squatters de las estaciones, para que estén prevenidos y den a los agentes de Policía todas las noticias que puedan favorecer sus pesquisas.

J. P. Mitchell, S. G.

Cuando Lord Glenarvan terminó la lectura del precedente aviso, Mac Nabbs se volvió hacia el geógrafo y le dijo:

—Ya veis, Paganel, cómo puede haber en Australia desertores de presidio.

—Evadidos es evidente —respondió Paganel—, pero transportados con regularidad y admitidos, no. Esas gentes no tienen derecho alguno legal a permanecer aquí.

—Pero aquí están —repuso Glenarvan—, aunque supongo que su presencia no modificará nuestros proyectos ni detendrá nuestro viaje. ¿Qué os parece, John?

John Mangles no respondió inmediatamente. Vacilaba entre el dolor que causaría a los dos hijos del capitán Grant el abandono de las investigaciones empezadas, y el miedo de comprometer la expedición.

—Si Lady Glenarvan y Miss Grant no estuviesen con nosotros —dijo—, maldito el caso que haría yo de esa cuadrilla de miserables.

Glenarvan le comprendió y añadió:

—No es necesario decir que no se trata de renunciar al cumplimiento de la misión que nos hemos impuesto; pero tal vez en vista de las personas que nos acompañan, sería prudente volver a Melbourne para tomar el *Duncan* y continuar por el este nuestras pesquisas relativas al paradero del capitán Grant. ¿No opináis lo mismo, Mac Nabbs?

—Antes de decidirme —respondió el Mayor— quisiera conocer la opinión de Ayrton.

El contraamaestre, directamente interpelado, miró a Glenarvan.

—Opino —dijo— que hallándonos como nos hallamos a doscientas millas de Melbourne, el peligro, si existe, es tan grande

en el camino del sur como en el del este. Los dos son poco frecuentados. Además, no creo que treinta malhechores puedan meter miedo a ocho hombres bien armados y resueltos. Salvo, pues, mejor parecer, opino que debemos seguir adelante.

—Muy bien dicho, Ayrton —respondió Paganel—. Siguiendo adelante, podemos tropezar con las huellas del capitán Grant, de las cuales nos separamos retrocediendo hacia el sur. Pienso, por consiguiente, como vos, y me importan un bledo esos fugados de Perth, que no merecen llamar la atención de ningún hombre de corazón.

Se puso a votación la proposición de no modificar en lo más mínimo el programa del viaje, y fue aprobada por unanimidad.

—Una sola observación, Milord —dijo Ayrton en el acto de ir a separarse.

—Decid, Ayrton.

—¿No sería conveniente enviar al *Duncan* la orden de acercarse a la costa?

—¿Para qué? —respondió John Mangles—. Tiempo tendremos de enviar esa orden cuando hayamos llegado a la bahía de Twofold. Si algún acontecimiento imprevisto nos obligase a volver a Melbourne, podríamos arrepentimos de haber hecho salir de allí el *Duncan*. Además, sus averías no deben estar aún reparadas. Por todos estos motivos opino que vale más esperar.

—Bien está —respondió Ayrton, y no insistió.

Al día siguiente, la comitiva, armada y dispuesta para lo que pudiera ocurrir, salió de Seymour. Media hora después, volvía a entrar en el bosque de eucaliptos que reaparecían de nuevo hacia el este. Glenarvan hubiera preferido viajar por campo raso, porque una llanura favorece menos que un bosque las emboscadas y las celadas. Pero no había elección, y la carreta rodó todo el día por entre árboles gigantescos. Por la noche, después de haber seguido la frontera septentrional de Anglesey, pasó el meridiano 146, y acampó en el límite del distrito de Murray.

Capítulo XVI

En el que el mayor sostiene que son monos

Al amanecer del día siguiente, 5 de enero, los viajeros llegaron al vasto territorio del Murray, distrito despoblado y baldío que se extiende hasta la elevada barrera de los Alpes australianos. La civilización no le ha dividido aún en condados distintos, siendo la porción menos frecuentada y menos conocida de la provincia. Sus bosques caerán un día bajo el hacha del *bushman*, y sus praderas serán entregadas al rebaño del *squatter*; pero entretanto, el suelo permanece virgen, tal como brotó del océano Indico; es el desierto.

El conjunto de aquellos terrenos recibe en los mapas ingleses el significativo nombre de *Reserve for the blacks*, la reserva para los negros. Allí los indígenas han sido brutalmente acorralados por los colonos. Se les ha dejado en aquellas lejanas llanuras, en aquellos inaccesibles bosques, algunos sitios determinados, en que la raza aborigen acabará poco a poco por extinguirse. Cualquier blanco, colono, emigrado, *squatter*, *bushman*, puede traspasar sus límites. Únicamente el negro no puede salir de ellos.

Paganel, sin dejar de andar, se ocupaba de la grave cuestión de las razas indígenas. Acerca del particular todas las opiniones están conformes en que el sistema británico tiende al anonadamiento de las tribus conquistadas, haciéndolas desaparecer de las regiones en que vivían sus antepasados. Esta funesta tendencia se observa en todas partes, y más aún en Australia. En los primeros tiempos de la colonia, los deportados y hasta los mismos colonos consideraban a los negros como animales salvajes, y les cazaban y mataban a tiros. Se les degollaba, invocando la autoridad de los jurisconsultos para probar que los australianos estaban fuera de la ley natural, y que el asesinato de cualquiera de ellos no constituía ningún crimen. Los periódicos de Sydney hasta propusieron un medio eficaz para

desembarazarse de las tribus del lago Humter, el cual consistía en envenenarles en masa.

Los ingleses, como se ve, al principio de su conquista, hicieron de la muerte el más poderoso auxiliar de la civilización. Sus crueldades fueron atroces.

Se condujeron en Australia como en las Indias, de donde han desaparecido ya cinco millones de indios, y como en El Cabo, donde una población de 1.000.000 de hotentotes ha quedado reducida a 100.000. Así es que la población aborígen, diezmada por los malos tratos y la embriaguez, tiende a desaparecer del continente ante una civilización homicida. Verdad es que ciertos gobernadores han dictado decretos contra los sanguinarios *bushmen*, conminando con unos cuantos latigazos al blanco que cortase la nariz o las orejas de un negro, o le privase del dedo meñique para hacerse con él un limpia-pipas. ¡Vanas amenazas! Los asesinatos se organizaron en vasta escala, y tribus enteras desaparecieron. Sólo en la isla de Van Diemen, que al principio del siglo contaba 500.000 indígenas, sus habitantes en 1863 habían quedado reducidos a 7. Y *Le Mercure* ha podido en fecha aún reciente publicar la noticia de la llegada a Hobart Town del último tasmaniano.

Ni Glenarvan, ni el Mayor, ni John Mangles contradijeron a Paganel. Aunque hubieran sido ingleses, no hubieran defendido a sus compatriotas. Los hechos eran patentes, incontestables.

—Cincuenta años atrás —añadió Paganel— habríamos ya encontrado en nuestro camino muchas tribus de naturales, y hasta ahora no ha aparecido ni un indígena. Dentro de un siglo no habrá ya en este continente un solo individuo de la raza negra.

En efecto, la reserva parecía absolutamente abandonada, sin hallarse en ella ni vestigio de campamento ni de chozas. Las llanuras y los grandes bosques se sucedían, y poco a poco fue tomando la comarca un aspecto salvaje. Parecía que ningún ser viviente frecuentaba aquellas lejanas regiones, cuando Roberto, deteniéndose delante de una selva de eucaliptos, exclamó:

—¡Un mono! ¡Un mono!

Y señalaba un cuerpo negro que saltando de rama en rama con sorprendente agilidad, pasaba de una rama a otra como si le sostuviese en el aire algún aparato membranoso.

¿Vuelan acaso los monos en aquel extraño país, como algunas

zorras dotadas por la Naturaleza de alas de murciélago?

La carreta se paró, y todos siguieron con la vista las evoluciones del animal, que se perdió poco a poco en las alturas del eucalipto. Luego se le vio bajar con la rapidez del relámpago, correr al llegar a tierra haciendo mil contorsiones y piruetas, y extender sus largos brazos alrededor del liso tronco de un enorme gomero. Todos se preguntaron cómo treparía por aquel árbol que no podía abrazar, cuando el mono, hiriendo el tronco en varios puntos con una especie de hacha, hizo pequeñas muescas a guisa de escalones, y se encaramó por ellas hasta llegar a la cruz del árbol, entre cuyo follaje desapareció en algunos segundos.

—¡Vaya con el animal ese! —exclamó el Mayor—. ¿Qué clase de mono será?

—Ese mono —respondió Paganel— es un australiano de pura raza.

No habían tenido aún tiempo los compañeros del geógrafo de encogerse de hombros, cuando resonaron a poca distancia algunos gritos que se podían ortografiar con estas palabras: *jcoo-eeh!*, *jcooe-eeh!* Ayrton azuzó los bueyes, y cien pasos más adelante, los viajeros llegaron a un campamento de indígenas.

¡Qué triste espectáculo! Se levantaban del desnudo suelo diez o doce tiendas, llamadas *gunyos* en el país, hechas de tiras de corteza escalonadas como las tejas de un tejado, que no protegían más que por un lado a sus miserables habitantes. Aquellos seres degradados por la miseria causaban repugnancia. Entre hombres, mujeres y niños, eran unos treinta, vestidos de pieles de canguro sucias y destrozadas. Lo primero que hicieron al acercarse la carreta, fue echar a correr; pero les tranquilizaron algunas palabras de Ayrton pertenecientes a un dialecto inteligible. Entonces volvieron no del todo recelosos, pero tampoco del todo confiados, como los animales ariscos cuando se les ofrece un bocado que es de su gusto.

Dichos indígenas, cuya estatura era de 5 pies y 4 pulgadas a 5 pies y 7 pulgadas, tenían el color oscuro, aunque no precisamente negro, un color casi de hollín, los cabellos vedijosos, los brazos largos, el abdomen abultado, el cuerpo velludo, con costurones que no eran más que las cicatrices de las heridas o de las incisiones practicadas en las ceremonias fúnebres. Nada tan horrible como su monstruoso rostro, su boca enorme, su nariz aplastada y casi al

nivel de las mejillas, su mandíbula inferior prominente, armada de dientes blancos, pero salientes. Ninguna criatura humana presenta el tipo de la bestialidad tan profundamente marcado.

—No se engañaba Roberto —dijo el Mayor—, son monos, monos de pura sangre, si se quiere, pero monos.

—Mac Nabbs —respondió con afable acento *Lady Elena*—, ¿seréis capaz de decir que no cometen un acto de barbarie los que les cazan como bestias salvajes? Esos desgraciados seres son hombres.

—¡Hombres! —exclamó Mac Nabbs—. Todo lo más son seres intermedios entre el hombre y el orangután. Y si midiéramos su ángulo facial, veríamos que es tan cerrado como el de un mono.

Acerca del particular Mac Nabbs tenía razón. El ángulo facial del indígena australiano es muy agudo y sensiblemente igual al del orangután, que es de sesenta a setenta y dos grados. No sin falta absoluta de razón propuso *Monsieur* de Rienzi incluir a los salvajes australianos en una raza particular a que en su clasificación da el nombre de *pithecomorfos*, es decir, hombres con formas de mono.

Pero *Lady Elena* tenía más razón aún que Mac Nabbs, considerando como seres dotados de alma a aquellos indígenas colocados en el último peldaño de la escala humana. Entre el bruto y el australiano media el insondable abismo que separa los géneros. Pascal ha dicho muy justamente que el hombre no es bestia en ninguna parte. Verdad es que muy justamente añade también que tampoco en parte alguna es ángel.

Sin embargo, respecto de la segunda parte de la proposición del gran pensador, *Lady Elena* y Mary Grant la combatían con su conducta victoriosamente. Aquellas dos mujeres caritativas bajaron de la carreta, tendieron una mano cariñosa a tan miserables criaturas, y les ofrecieron alimentos que los salvajes engullían con repugnante avidez. Y con tanto más motivo debían los indígenas tomar a *Lady Elena* por una divinidad, cuanto que, según su religión, los blancos son antiguos negros que han sido blanqueados después de su muerte.



Las mujeres principalmente excitaron la piedad de las viajeras. No hay nada comparable a la condición de la australiana, a la cual una naturaleza madrastra ha rehusado todos los encantos. La australiana es una esclava, arrebatada por la fuerza brutal, que no tiene más regalo de boda que los golpes de *waddie*, especie de bastón que nunca se cae de las manos de su amo. Acometida por una ancianidad precoz y fulminante, tiene que soportar los más penosos trabajos de una existencia vagabunda, llevando con sus hijos, envueltos entre juncos, los instrumentos de pesca y caza, y las provisiones de *phormium tenax*, con que fabrica redes. Tiene que procurar víveres a su familia, y al efecto caza lagartos, *opossums* y serpientes hasta en la cima de los árboles; corta la leña del hogar, arranca las cortezas de la tienda; es, en una palabra, una pobre bestia de carga, que ignora lo que es reposo, y no come más que los

repugnantes restos que buenamente le quiere arrojar su amo.

En aquel momento, algunas de aquellas desgraciadas, privadas tal vez del alimento desde muchos días, procuraban atraer los pájaros presentándoles algunos granos.

Se las veía tendidas en aquel suelo abrasador, inmóviles, como muertas, aguardando horas enteras que un inocente pájaro se pusiese al alcance de su mano. No llega a más su industria en materia de lazos, y para dejarse coger de una manera tan torpe, se necesita ser un volátil australiano.

Sin embargo, los indígenas, haciéndose cada vez más confiados, rodearon a los viajeros, y hubo entonces necesidad de ponerse muy alerta contra sus instintos de rapiña. Hablaban, o por mejor decir, silbaban un idioma, chascando la lengua, que más que lenguaje humano parecía un grito de animales. Con todo, su voz tenía inflexiones afectuosas sumamente dulces, repitiendo a menudo la palabra, *noki, noki*, cuyo significado daban a comprender suficientemente sus gestos. Esta palabra significa «¡dadme, dadme!» y se aplica a todos los objetos, hasta a los más insignificantes. Mucho tuvo que bregar con ellos *Monsieur Olbinett* para defender los equipajes, y sobre todo los víveres de la expedición. Aquellos pobres hambrientos devoraban con los ojos la carreta y exhibían agudos dientes que se habían tal vez ejercitado en pedazos de carne humana; porque si bien en tiempo de paz la mayor parte de las tribus australianas no son antropófagas, hay pocos salvajes que no saboreen la carne de un enemigo vencido.

A petición de Elena, Glenarvan dio orden de distribuir algunos alimentos. Los naturales comprendieron su intención y se entregaron a demostraciones que hubieran conmovido el corazón más insensible. Lanzaron rugidos parecidos a los de las fieras enjauladas cuando el guarda les lleva la ración diaria. Podía el Mayor no tener razón, pero era incontestable que aquella raza se aproximaba mucho a los animales.

Monsieur Olbinett, con su galantería habitual, creyó deber servir antes a las mujeres, pero estas desventuradas criaturas no se atrevían a comer antes que sus temibles amos. Éstos se arrojaron sobre la galleta y la carne seca como sobre una presa.

Mary Grant, al pensar que su padre era cautivo de tan groseros indígenas, sintió acudir las lágrimas a sus ojos. Se hacía cargo de

cuánto debía sufrir un hombre como Harry Grant, esclavo de aquellas tribus vagabundas, sujeto a la miseria, al hambre y a los malos tratos. John Mangles, que la observaba con inquietud, adivinó los pensamientos que rebosaban de su mente y se adelantó a sus deseos, interrogando al contraamaestre de la *Britannia*.

—Ayrton —le dijo—, ¿eran como los que tenemos ahora delante los salvajes de cuyas manos pudisteis evadirlos?

—Sí, capitán —respondió Ayrton—. Todas las tribus del interior se parecen, sólo que ahora no veis más que un puñado de estos pobres diablos, al paso que en las márgenes del Darling hay tribus numerosas mandadas por jefes cuya autoridad es temible.

—Pero —preguntó John Mangles—. ¿Qué puede hacer un europeo en poder de semejantes hordas?

—Lo que hacía yo —respondió Ayrton—; cazar, pescar con ellos, tomar parte en sus combates. Como os he dicho ya, es tratado según los servicios que presta, y siendo hombre inteligente y valeroso, se labra en la tribu una posición distinguidísima.

—¿Pero está cautivo? —dijo Mary Grant.

—Y vigilado de manera —añadió Ayrton— que no puede dar un paso ni de noche ni de día.

—Sin embargo, vos, Ayrton —dijo el Mayor tomando parte en la conversación—, conseguisteis escapar.

—Sí, *Monsieur* Mac Nabbs, gracias a un combate entre mi tribu y otra vecina. Me aproveché de la ocasión, y conseguí evadirme. No me arrepiento. Pero creo que si tuviese que volver a hacer lo que hice, preferiría una eterna esclavitud a los tormentos que tuve que arrostrar para atravesar los desiertos del interior. ¡No quiera Dios que el capitán Grant intente semejante medio de salvación!

—Es verdad —respondió John Mangles—. Debemos desear, *Miss* Mary, que vuestro padre se halle en poder de una tribu indígena. Así encontraremos más fácilmente sus huellas que si estuviese errante por los bosques del continente.

—¿Tenéis aún esperanza? —preguntó la joven.

—Espero siempre, *Miss* Mary, veros feliz un día, con la ayuda de Dios.

Los húmedos ojos de Mary Grant pudieron únicamente dar las gracias al joven capitán.

Durante esta conversación, se produjo entre los salvajes un

movimiento insólito, lanzaron todos terribles aullidos, echaron a correr en distintas direcciones, y cogieron sus armas como si de ellos se hubiese apoderado un furor repentino.

No sabía Glenarvan a dónde querían ir a parar con sus aspavientos, cuando el Mayor preguntó a Ayrton:

—Habiendo vivido tanto tiempo entre los australianos, comprenderéis sin duda el lenguaje de éstos.

—No del todo —respondió el contraamaestre—; porque cada tribu tiene un idioma particular. Creo, sin embargo, adivinar que estos salvajes, para probar su reconocimiento a Su Honor, quieren representar en su presencia el simulacro de un combate.

Tal era, en efecto, la causa de aquella agitación. Los indígenas, sin más preámbulos, se atacaron con un furor muy bien fingido, de suerte que cualquiera, no estando prevenido de antemano, hubiera tomado su lucha por lo serio. Los australianos son excelentes cómicos, según dicen los viajeros, y en aquella ocasión acreditaron su gran talento para la escena.

Sus instrumentos de ataque y defensa consistían en un rompecabezas, especie de maza de madera a que no hay ningún cráneo que resista, y un *tomahawk*, piedra afilada muy dura, sujeta entre dos palos por una especie de goma. Esta hacha tiene un mango de diecisiete pies de largo, y es un instrumento tan temible en la guerra como en la paz, porque lo mismo sirve para derribar ramas que para derribar cabezas, y según los casos corta árboles o corta cuerpos.



Tales eran las armas que agitaban manos frenéticas al compás de espantosas vociferaciones. Los combatientes se arrojaban unos contra otros, y los unos caían como muertos, y los otros daban gritos de victoria. Las mujeres, principalmente las viejas, poseídas del demonio de la guerra, les excitaban al combate, se precipitaban sobre los fingidos cadáveres, y los mutilaban en apariencia con una ferocidad que, siendo real, no hubiera sido más horrible. A cada instante *Lady Elena* temía que degenerase la farsa en verdadera batalla. Los chiquillos, que habían también tomado parte en el combate, luchaban resueltamente. Los niños, y sobre todo las niñas, que parecían aún más frenéticas, se administraban soberbios puñetazos con feroz empuje.

Diez minutos hacía ya que duraba aquel simulacro de combate, cuando de repente los combatientes se detuvieron. Se les cayeron

las armas de las manos. Al estrepitoso tumulto sucedió un profundo silencio. Los indígenas permanecieron inmóviles en su última actitud, como personajes de cuadros vivos. Hubiérase dicho que se habían petrificado.

¿Cuál era la causa de semejante peripecia? ¿Por qué aquella repentina inmovilidad marmórea? No se tardó en saberlo.

Una bandada de cacatúas desplegaba en aquel momento su vuelo a la altura de los gomereros, poblando el aire con su charla, y con los vigorosos matices de sus plumas que parecían un arco iris que volaba. El combate fue interrumpido por la aparición de aquella deslumbradora nube de pájaros, y a la guerra sucedió la caza, que es más útil.

Uno de los indígenas, cogiendo un instrumento de una estructura particular, pintado de rojo, se separó de sus compañeros, que permanecieron inmóviles, y oculto entre los árboles y la maleza, se dirigió hacia el grupo de cacatúas. Se deslizaba sin ningún ruido, sin rozar con una hoja, sin mover la más pequeña piedra. Era una sombra que avanzaba.

Al llegar a una distancia conveniente, lanzó su instrumento, que siguió una línea horizontal a 2 pies del suelo. Así recorrió el arma un espacio de unos 50 pies, y luego levantándose súbitamente en ángulo recto sin tocar el suelo, subió a la altura de 5 pies, hirió mortalmente una docena de pájaros y, describiendo una parábola, retrocedió hasta volver a los pies del cazador.

Glenarvan y sus compañeros quedaron asombrados, sin atreverse a dar crédito a sus ojos.

—¡El bumerán! —dijo Ayrton.

—¡El bumerán! —exclamó Paganel—. ¡El bumerán australiano!

Y fue, como un niño, a recoger el maravilloso instrumento, *para ver lo que tenía dentro*.

No tenía nada; pero, en efecto, era de presumir que modificaba su curso un mecanismo interior, un resorte súbitamente distendido.

El bumerán consistía simplemente en un pedazo de palo duro y encorvado, cuya longitud era de 30 a 40 pulgadas. En su parte media su diámetro era de 3 pulgadas, y sus dos extremidades terminaban en aguda punta. Su parte cóncava entraba 6 líneas, y su parte convexa presentaba dos cortes muy afilados. Era el instrumento tan sencillo como incomprensibles sus evoluciones.

—¡He aquí a lo que se reduce el famoso bumerán! —dijo Paganel después de examinar atentamente el extraño instrumento—. Un pedazo de palo, y nada más. ¿Por qué en determinado momento de su curso horizontal se remonta y vuelve luego a la mano que lo ha arrojado? Los sabios y viajeros no han encontrado hasta ahora la explicación de tan singular fenómeno.

—¿No será —dijo John Mangles— un efecto análogo al del aro, que lanzado de cierta manera vuelve a su punto de partida?

—O mejor —añadió Glenarvan— ¿un efecto retrógrado análogo al de la bola de billar picada en un punto determinado?

—No —respondió Paganel—; en ambos casos hay un punto de apoyo que determina la reacción; el aro tiene el suelo y la bola el tablero. Pero aquí no hay ningún punto de apoyo, y el instrumento sin tocar a tierra sube a una altura considerable.

—¿Cómo explicáis, pues, el hecho, *Monsieur* Paganel? —preguntó *Lady* Elena.

—No lo explico, señora, no hago más que cerciorarme de él, y sólo me parece evidente que el efecto depende de la conformación particular del bumerán y de la manera de lanzarlo. Pero esta manera es aún el secreto de los australianos.

—Pero no deja de ser ingenioso... para monos —añadió *Lady* Elena mirando al Mayor, el cual meneó la cabeza muy poco convencido.

Corría el tiempo y Glenarvan creyó que no debía retardar más su marcha hacia el este, y al efecto iba a suplicar a los viajeros que entrasen en la carreta, cuando llegó corriendo un salvaje y pronunció algunas palabras con mucha animación.

—¡Han visto casuarios! —dijo Ayrton.

—¡Cómo! ¿Se trata de una caza? —dijo Glenarvan.

—Es preciso verla —exclamó Paganel—. ¡Debe de ser curiosa! Tal vez el bumerán va a funcionar de nuevo.

—¿Qué opináis, Ayrton?

—La función no será larga, Milord —respondió el contraamaestre.

Los indígenas no habían perdido un instante. La muerte de unos cuantos casuarios es para ellos un golpe de fortuna, porque asegura víveres a la tribu para algunos días. Así es que los cazadores recurren a toda su habilidad para apoderarse de una presa semejante. ¿Pero cómo sin perro y sin armas de fuego alcanzan a un

animal tan ágil? Ésta era la interesantísima parte del espectáculo reclamado por Paganel.

El emú o casuario sin casco, llamado *mourenk* por los naturales, es una gran ave perteneciente a la familia de las zancudas rabipennes, que tiene seis pies y medio de altura, y empieza a hacerse rara en las llanuras de Australia. Su carne es blanca y muy parecida a la del pavo. Tiene en la cabeza una lámina córnea; sus ojos son pardos y su pico negro y encorvado hacia abajo; sus pies constan de tres dedos armados de poderosas uñas, sus alas son verdaderos muñones inhábiles para el vuelo, y su plumaje, por no decir su pelaje, es más oscuro en el cuello que en el pecho. No vuela, pero corre más que el más rápido caballo, y no le alcanzaría ningún perro. Sólo se le puede coger a fuerza de ardides, y aun así es necesario ser muy astuto.

He aquí por qué, al aviso del indígena, diez australianos se desplegaron en guerrilla en una admirable llanura, en que el índigo crecía espontáneamente y alfombraba de azul el suelo con sus hermosas flores. Los viajeros se detuvieron a la entrada de un bosque de mimosas.

A la aproximación de los naturales se levantaron seis emús, echaron a correr y se detuvieron a la distancia de una milla. Luego que el cazador de la tribu hubo reconocido su posición, hizo una señal a sus camaradas para que se detuviesen. Éstos se echaron al suelo de bruces, y él, sacando de un cajoncillo dos pieles de casuario debidamente cosidas, se disfrazó con ellas. Pasó su brazo derecho por encima de su cabeza, y moviéndolo, imitaba a un casuario que busca comida.

Se dirigió el indígena hacia donde estaban las aves, deteniéndose de cuando en cuando, para fingir que picoteaba algunos granos, y de cuando en cuando también envolviéndose en un torbellino de polvo que levantaba con los pies. Desempeñaba su papel a las mil maravillas. No era posible reproducir más fielmente las maneras del emú. Lanzaba graznidos sordos, capaces de engañar a las mismas aves, como sucedió en efecto. No tardó el salvaje en colocarse en medio del descuidado grupo, y de repente su brazo blandió la maza, y los seis emús cayeron muertos.

El cazador había conseguido su objetivo; la caza había terminado.

Entonces Glenarvan y todos los expedicionarios se despidieron de los indígenas. Éstos no manifestaron gran sentimiento por su separación. Tal vez el buen éxito de la caza de los casuarios les hacía olvidar su hambre satisfecha. No tenían siquiera el reconocimiento del estómago, más vivo que el del corazón en las naturalezas incultas y en los brutos.

—Eso no obstante, no se podía dejar de admirar en algunas ocasiones su inteligencia y destreza.

—Ahora, querido Mac Nabbs —dijo *Lady Elena*—, convendréis conmigo en que los australianos no son monos.

—¿Por qué? ¿Porque imitan fielmente las maneras de un animal? —replicó el Mayor—. Esto precisamente justifica mi doctrina.

—Chancearse no es responder —dijo *Lady Elena*—. Quiero, Mayor, que modifiquéis vuestra opinión.

—Pues bien, sí, prima mía, o mejor dicho, no. Los australianos no son monos, pero los monos son australianos.

—¿Por qué?

—¿No sabéis la opinión que a los negros merece la interesante raza de los orangutanes?

—No.

—Los negros dicen —replicó el Mayor— que los monos son negros como ellos, pero más taimados. *Él no habla po no trabaja*, decía un negro envidioso de un orangután domesticado, a quien su amo alimentaba perfectamente sin mandarle hacer nada en todo el día.

Capítulo XVII

Los colonos millonarios

A las siete de la mañana del día 6 de enero, después de una noche pasada tranquilamente a los 146° 15' de longitud, los viajeros siguieron atravesando el vasto distrito. Avanzaban siempre hacia delante y las huellas de sus pasos trazaban en la llanura una línea rigurosamente recta. Dos veces encontraron pisadas de *squatters* que se dirigían hacia el norte, y entonces las diversas señales se hubieran confundido si el caballo de Glenarvan no hubiese dejado en el polvo la marca de Black Pain, fácil de reconocer por los dos tréboles.

Surcaban de cuando en cuando la llanura caprichosos *creeks*, rodeados de bojes. Las aguas de aquellos arroyos debían ser temporales y no permanentes, y procedían de las vertientes de los *Buffalos Rangers*, cordilleras de montañas de mediana altura, cuya línea pintoresca ondulaba en el horizonte.

Se resolvió pasar allí la noche. Ayrton hizo andar mucho los bueyes, los cuales llegaron algo fatigados, después de una jornada de 35 millas. Levantóse la tienda debajo de gigantescos árboles, y, cerrada ya la noche, se cenó rápidamente. Después de una marcha semejante, había más sueño que apetito.

Paganel, que era el primero a quien tocaba estar de centinela, no se acostó, y, con la carabina al hombro, vigiló el campamento, paseándose continuamente para que no le venciera el sueño.

Aunque no había luna, el resplandor de las constelaciones australes volvían la noche casi luminosa. Complacíase el sabio en la lectura del gran libro del firmamento, siempre abierto y siempre interesante para el que sabe comprenderlo. El profundo silencio de la Naturaleza dormida era únicamente interrumpido por el ruido de los caballos trabados que pacían a saltos en la llanura.

Paganel estaba absorbido completamente por sus meditaciones astronómicas, y se ocupaba más de las cosas del cielo que de las de la tierra, cuando le sacó de su éxtasis una música lejana.

Escuchó con atención, y, no sin asombro, creyó reconocer los sonidos de un piano. No era ilusión, no había engaño posible.

—¡Un piano en el desierto! —dijo para sí—. Nunca lo hubiera creído.

Era en efecto muy sorprendente, y Paganel prefirió creer que algún extraño pájaro de Australia imitaba los sonidos de un «Pleyel» o de un «Erard», como otros imitan las palpitaciones del reloj o el ruido de la hoja metálica pasada por la piedra del afilador.

Pero en aquel momento se oyó una voz de timbre muy puro. El piano acompañaba un canto. Paganel escuchó, sin querer rendirse a la evidencia. Algunos instantes después se vio obligado a reconocer la pieza sublime que alguien tocaba.

Era Il mio tesoro in tanto, del Don Juan.

¡Pardiez! —pensó el geógrafo—. Por raros que sean los pájaros australianos y aunque se les suponga los más filarmónicos de todos los pájaros habidos y por haber, no pueden cantar música de Mozart.

Escuchó hasta el final la sublime inspiración del inmortal maestro. El efecto de aquella suave melodía en medio de una noche silenciosa y clara, era indescriptible. Paganel permaneció largo tiempo dominado por un encanto imposible de expresar, y luego que cesó el canto, volvió a quedar todo en el más profundo silencio.



Cuando Wilson relevó a Paganel, le encontró profundamente meditabundo.

Nada dijo Paganel al marinero, reservándose dar a Glenarvan al día siguiente cuenta de todo, y se acurrucó bajo la tienda.

Al día siguiente despertaron a la comitiva aullidos inesperados. Glenarvan se levantó inmediatamente. Dos magníficos *pointers*, admirables modelos del pachón inglés, corrían por el lindero del bosque. Al acercárseles los viajeros se internaron en la arboleda redoblando sus ladridos.

—Por lo visto —dijo Glenarvan— hay en este desierto una hacienda y cazadores, puesto que hay perros de caza.

Paganel abrió ya la boca para contar sus impresiones de la noche pasada, cuando aparecieron dos jóvenes cabalgando en dos verdaderos *hunters*, en dos caballos de pura raza.

Los dos jinetes, vestidos con elegantes trajes de caza, se detuvieron al ver a los viajeros acampados como gitanos. Se preguntaban al parecer lo que significaba la presencia de gente armada en aquel sitio, cuando repararon en las viajeras que bajaban de la carreta.

Inmediatamente se apearon y se adelantaron hacia ellas sombrero en mano.

Lord Glenarvan les salió al encuentro, y en su calidad de extranjero les dio a conocer su nombre y título. Los jóvenes se inclinaron, y el de más edad dijo:

—¿Queréis, Milord, hacernos el obsequio de descansar en nuestra casa con estas señoras y con vuestros compañeros?

—¿Señores? —preguntó Glenarvan.

—Michel y Sandy Patterson, propietarios de «Hottam Station». Estáis ya en las tierras del establecimiento, y no tendréis que andar ni un cuarto de milla.

—Señores —dijo Glenarvan—, no quisiera abusar de vuestra atenta hospitalidad...

Milord —replicó Michel Patterson—, aceptando hacéis un favor a unos pobres desterrados que tendrán mucho placer en ofreceros lo que ofrecer se pueda en el desierto.

Glenarvan hizo una inclinación de cabeza en señal de asentimiento.

—Caballero —dijo entonces Paganel, dirigiéndose a Michel Patterson—, ¿sería indiscreción en mí preguntaros si sois vos quien cantaba ayer un trozo del divino Mozart?

—Precisamente —respondió el interrogado—, y mi primo Sandy me acompañaba.

—Pues recibid —dijo Paganel— las felicitaciones de este francés, apasionado admirador de tan inspirada música.

Paganel tendió la mano al joven, el cual la estrechó con mucho afecto. Después Michel Patterson indicó hacia la derecha el camino que había que seguir. Los caballos quedaron al cuidado de Ayrton y los marineros, y por consiguiente los viajeros, hablando y admirando, se trasladaron a pie, guiados por los dos jóvenes a la casa de «Hottam Station».

El establecimiento era verdaderamente magnífico y estaba dispuesto con la rigurosa severidad de los parques ingleses.

Inmensas praderas cercadas de vallas cenicientas, se extendían hasta perderse de vista. Pastaban en ellas millares de bueyes y millones de carneros. Gran número de pastores y un número mayor aún de perros guardaban aquel tumultuoso ejército. Se mezclaban con los mugidos y los balidos los ladridos de los mastines y el chasquido estridente de los *stock-whips*.

Hacia el este, la mirada se detenía en un lindero de mangustanes y gomeros que dominaba la imponente cima del monte Hottam, cuya altura es de 7.500 pies. Prolongadas y verdes arboledas de hojas perennes se descubrían en todas direcciones. Se agrupaban a trechos, formando bosquecillos, muchos *grasstrees*, arbustos de diez pies de altura, parecidos a las palmeras barrigonas, cuyo tronco desaparece bajo su cabellera de largas y estrechas hojas. Embalsamaba el ambiente el perfume de los *laureles-menta*, cuyas flores blancas despedían suavísimos aromas. Estaban entonces en plena florescencia.

Las especies trasplantadas de los climas europeos se hermanaban simpáticamente con los encantadores grupos de árboles indígenas. El melocotonero, el peral, el manzano, la higuera, el naranjo y hasta la misma haya fueron saludados con entusiasmo por los viajeros, los cuales, andando bajo la sombra de los árboles de su país, se maravillaron al ver los preciosos pájaros que revoloteaban entre las ramas, los *satin-birds*, de sedoso plumaje, y las serículas, vestidas de oro y terciopelo negro.

Por primera vez pudieron admirar, entre otras aves espléndidas, al *menuro* o pájaro lira, cuyo apéndice caudal figura el gracioso instrumento de Orfeo.



Se deslizaban entre arborescentes helechos, y parecía imposible, cuando su cola rozaba las ramas, que no se oyesen los armoniosos acordes con que el inspirado Alción levantó de nuevo los derribados muros de Tebas. A Paganel le entraban deseos de cantar.

Sin embargo, *Lord* Glenarvan no se contentaba con admirar las encantadoras maravillas de aquel oasis improvisado en el desierto australiano. Oía atentamente la narración de sus jóvenes propietarios. En Inglaterra, en medio de sus civilizadas campiñas, el recién llegado hubiera inmediatamente dicho a su huésped de dónde venía y a dónde iba. Pero allí, por un sentimiento de delicadeza escrupulosamente observado, Michel y Sandy Patterson se creyeron en el deber de darse a conocer a los viajeros a quienes ofrecieron hospitalidad, y les contaron su historia.

Era la de todos los jóvenes ingleses, inteligentes e industriosos,

que no creen que la riqueza exima del trabajo. Michel y Sandy Patterson eran hijos de un banquero de Londres. A la edad de veinte años, el jefe de su familia les dijo: «Aquí tenéis millones, jóvenes. Id a alguna colonia lejana, fundad en ella un establecimiento útil, y aprended trabajando a conocer la vida. Si conseguís buen éxito tanto mejor y si fracasáis importa poco. No sentiré los millones que os hayan servido para aprender a ser hombres». Los dos jóvenes obedecieron. Escogieron en Australia la colonia de Victoria para sembrar en ella los billetes de Banco paternos, y no tuvieron motivos de arrepentimiento. A los tres años el establecimiento prosperaba.

En las provincias de Victoria, de Nueva Gales del Sur y de Australia meridional, se cuentan más de tres mil haciendas dirigidas muchas de ellas por los *squatters* que crían ganado, y las demás por los *settlers*, cuya principal industria es el cultivo de la tierra.

El establecimiento más importante de este género, antes de llegar los dos jóvenes ingleses, era el de *Monsieur* Jamieson, que ocupaba una superficie de cien kilómetros, con veinticinco kilómetros más de ribera en el Paroo, que es uno de los afluentes del Darling.

La hacienda de «Hottam» no tardó en superar a la de Jamieson en extensión y en negocios. Los dos jóvenes eran a la vez *squatters* y *settlers*, es decir, ganaderos y labradores. Administraban con extraordinaria habilidad, y lo que es aún más difícil, con una energía poco común su propiedad inmensa.

Como se ve, la hacienda de «Hottam» estaba situada a gran distancia de las principales ciudades, en medio de los desiertos poco frecuentados del Murray. Ocupaba el espacio comprendido entre los 146° 48' y 147°, es decir, un terreno que de largo y de ancho tenía cinco leguas, entre los Buffalos Rangers y el monte Hottam. En los dos ángulos, al norte de aquel vasto cuadrilátero se levantaba a la izquierda el monte Aberdeen, y a la derecha descollaban las crestas del High Barben. No faltaban transparentes aguas serpenteando en tortuosos arroyos, gracias a los afluentes del Even's River, que desaguaba al norte en el lecho del Murray. Por lo mismo, la cría de ganado y el cultivo de la tierra prosperaban igualmente. Diez mil áreas de tierra, admirablemente amegdadas y abonadas, mezclaban con las producciones exóticas las producciones indígenas, y al

mismo tiempo millares de reses pacían en las verdes praderas. Los productos de «Hottam» eran, por las mismas circunstancias, pagados a precios muy altos en los mercados de Castlemaine y de Melbourne.

Acababan de dar Michel y Sandy Patterson estas noticias circunstanciadas de su industriosa existencia, cuando apareció la morada al final de un paseo bordeado de *camariñas*.



Se hallaron ante una casa encantadora de madera y ladrillo, medio oculta en un bosque de emerófilis. Tenía la elegante forma del chalet suizo, y una balaustrada rodeaba las paredes como un antiguo impluvio, colgando de ellas lámparas chinescas. Delante de las ventanas había, para amortiguar la luz, transparentes

multicolores que parecían un entretejido de flores naturales. Nada podía darse más elegante, ni que más alegrase la vista, y nada tampoco más cómodo que aquellos aposentos. Del verde musgo y de los bosquecillos agrupados alrededor de la casa salían candelabros de bronce que sostenían elegantes faroles. Al cerrar la noche, todo el parque se iluminaba con la blanca luz del gas, procedente de un pequeño gasómetro oculto en un bosquecillo de *mialls* y helechos arborescentes.

No se veían cuadras, establos, cobertizos, ni nada de lo que indica una explotación rural. Todas estas dependencias formaban una verdadera aldea compuesta de más de veinte chozas y viviendas, y estaban situadas a la distancia de un cuarto de milla, en el fondo de un ameno valle. Alambres eléctricos ponían en comunicación instantánea la aldea y la casa de los amos. Ésta, alejada de todo bullicio, parecía perdida en un bosque de árboles exóticos.

Al llegar al extremo de una alameda, se presentó a los viajeros un puentecito colgado, de una gran elegancia, que echado sobre un *creek* murmurador, permitía la traslación al parque reservado. Los viajeros pasaron el puente, y un conserje de buen aspecto les salió al encuentro, abriéndoles inmediatamente de par en par las puertas de la casa. Los huéspedes de «Hottam» penetraron en las suntuosas habitaciones que contenían aquel exterior de flores y ladrillos.

Se ofreció a sus ojos todo el lujo de la vida artística y elegante. Pasada la antecámara, adornada con pertrechos de caza, se abría un gran salón con cinco ventanas, en el que el amor a las artes, a la estética y a la comodidad estaba demostrado por un piano cubierto de partituras antiguas y modernas, caballetes con lienzos a medio pintar, zócalos y pedestales con estatuas de mármol, algunos cuadros de la escuela flamenca colgados de las paredes, ricos tapices en que se hundían los pies como en un espeso césped, tapices recamados de graciosos episodios mitológicos, una antigua araña colgada del techo, preciosas porcelanas y mil variadas chucherías de mucho gusto, mil bagatelas costosas y delicadas que parecía imposible se encontrasen en una habitación australiana. Todo lo que era capaz de agradar, todo lo que podía disipar el tedio de una expatriación involuntaria, todo lo que parecía a propósito para despertar los recuerdos de la manera de vivir en Europa,

amueblaba aquel salón de hadas. Cualquiera hubiera dicho que era aquélla la residencia de un acaudalado magnate de Francia o Inglaterra.

Al trasluz del delicado tejido de los transparentes, las cinco ventanas permitían el paso a una luz ya suavizada por las penumbras de la balaustrada. *Lady Elena* experimentó un verdadero éxtasis. La habitación dominaba por aquel lado un dilatado valle que se extendía hasta la falda de las montañas del este. La sucesión de praderas y bosques que interrumpían a trechos espaciosos rasos, el conjunto de las colinas graciosamente redondeadas y los relieves del terreno accidentado ofrecían una perspectiva indescriptible, con la cual no se podía comparar la de ninguna otra comarca del mundo, ni la misma del Valle del Paraíso, tan célebre en las fronteras noruegas del Telemark. Aquel vasto panorama, sembrado a trechos de luz y de sombra, variaba a cada hora, siguiendo los caprichos del sol a que parecía subordinado. La imaginación no podía soñar nada más admirable, satisfaciendo aquel cuadro encantador todos los apetitos de la mirada.

Por orden de Sandy Patterson, el cocinero de la morada acababa de improvisar un almuerzo, y los viajeros, un cuarto de hora después de su llegada, estaban sentados a una mesa suntuosamente servida. La buena calidad de los manjares y de los vinos era indiscutible; pero en medio de aquellos refinamientos de la opulencia, lo que más agradaba era la alegría de los dos jóvenes *squatters*, que se sentían verdaderamente dichosos al poder ofrecer bajo su techo tan espléndida hospitalidad.

Por otra parte, no tardaron en conocer el objeto de la expedición, y tomaron un vivo interés en las investigaciones de Glenarvan, dando a los hijos del capitán las mayores esperanzas.

—Harry Grant —dijo Michel— ha caído evidentemente en manos de los indígenas, puesto que no ha reaparecido en los establecimientos de la costa. El documento prueba que conocía exactamente su posición, y preciso fue, para que no ganase alguna colonia inglesa, que en el instante de llegar a la costa le cogiesen los salvajes.

—Como sucedió precisamente a su contramaestre Ayrton —respondió John Mangles.

—¿Pero aquí —preguntó *Lady Elena*—, nadie ha oído hablar

jamás de la catástrofe de la *Britannia*?

—Jamás, señora —respondió Michel.

—¿Y qué trato, en vuestro concepto, habrá sufrido el capitán Grant, cautivo de los australianos?

—Los australianos no son crueles, señora —respondió el joven *squatter*—, y acerca del particular *Miss Grant* puede estar tranquila. Hay muchos ejemplos que acreditan la dulzura de su carácter, y algunos europeos han vivido entre ellos mucho tiempo sin que hayan tenido motivos de quejarse de ningún acto brutal.

—Entre otros, King —dijo Paganel—, el único que sobrevivió a la expedición de Burke.

—No solamente ese atrevido explorador —contestó Sandy—, sino que también un soldado inglés, llamado Beckley, el cual, en 1803, habiéndose escapado en la costa de Fort Philippe, fue recogido por los indígenas y vivió con ellos treinta años.

—Y muy posteriormente —añadió Michel Patterson—, uno de los últimos misioneros del Australasian nos dice que un tal Morril acaba de ser devuelto a sus compatriotas después de dieciséis años de cautiverio. La historia del capitán debe ser análoga a la suya, pues en 1846 le hicieron prisionero los naturales y le internaron en el continente, habiéndole puesto en sus manos el naufragio de la *Peruana*. Debéis, pues tener esperanza.

Estas palabras causaron mucha alegría a cuantos les oyeron, pues corroboraron las opiniones ya emitidas por Paganel y Ayrton.

Luego, cuando las viajeras se levantaron de la mesa, se habló de los desertores de presidio. Los *squatters* conocían la catástrofe de Camden Bridge, pero la presencia de una cuadrilla de malhechores no les inspiraba el menor cuidado. No se habían de atrever unos cuantos fugados a atacar una hacienda, cuyo personal ascendía a más de cien hombres. No era de creer, además, que se aventurasen a penetrar en los desiertos de Murray, donde nada podían hacer, ni en las colonias de Nueva Gales, cuyos caminos están muy vigilados. Tal era también la opinión que había Ayrton manifestado.

Lord Glenarvan no pudo negarse a pasar el resto del día en la estación de «Hottam», con sus amables anfitriones. Verdad es que se retrasaban doce horas, pero bien necesitaban este descanso los caballos y los bueyes, que se rehicieron ventajosamente en los cómodos establos de la hacienda.

Convinieron Glenarvan en detenerse un día, los dos jóvenes sometieron a sus huéspedes un programa que fue aceptado sin discusión.

Al mediodía, siete vigorosos caballos piafaban en la puerta de la casa, destinándose a las señoras un elegante *breack*, que permitía a su cobero hacer ostentación de su habilidad para el manejo del *four in hand*.^[17]

Los jinetes, precedidos de batidores y armados de excelentes escopetas de último modelo, se colocaron galopando al estribo del coche, mientras la trailla o jauría de perros de caza recorría alegremente la maleza.

Durante cuatro horas, la cabalgata se internó por todas las vueltas y revueltas de aquel parque que no era menor que un pequeño Estado de Alemania. Dentro de él hubiera cabido holgadamente el Reuss Schleitz o el Saxe Coburgo Gotta. No había tantos habitantes, pero había en cambio más carneros. La caza abundaba en tales términos, que no hubiera podido levantar mayor número de reses todo un ejército de ojeadores. Se sucedían sin interrupción los disparos, poniendo en alarma a los huéspedes pacíficos de los bosques y las llanuras. El joven Roberto, al lado del Mayor Mac Nabbs, hizo maravillas. A pesar de las recomendaciones de su hermana, el valiente niño iba siempre a la cabeza del grupo de cazadores y era el que más tiraba. Pero John Mangles le tomó a su cargo, y Mary Grant se tranquilizó.

Durante la batida se mataron ciertos animales particulares del país, de los cuales hasta entonces Paganel no había conocido más que el nombre, entre otros el *wombat* y el *bandicot*.

El *wombat* es un herbívoro que vive mucho tiempo bajo tierra, siendo sus instintos parecidos a los del tejón, pero es grande como un carnero y de muy buen paladar su carne.

El *bandicot* es una especie de marsupial, que podría dar *quince y raya* a la zorra de Europa como ladrón de los corrales. Tiene pie y medio de longitud y su aspecto es repugnante, pero a Paganel, que fue quien lo mató, se lo hizo parecer muy hermoso su amor propio de cazador.

—Es una bestia adorable —decía.

Roberto, a más de otras piezas importantes, mató muy diestramente un *danjure viverium*, especie de zorra pequeña, cuyo

pelo negro moteado de blanco vale tanto como el de marta, y dos *opossums* que se ocultaban bajo el follaje de los grandes árboles.

Pero el más importante de tan altos hechos fue sin contradicción la caza del canguro. A las cuatro, poco más o menos, levantaron los perros una manada de estos marsupiales. Los pequeñuelos se metieron precipitadamente en la bolsa maternal, y toda la manada huyó en fila. No hay nada tan sorprendente como los enormes saltos del canguro, cuyas extremidades posteriores, mucho más largas que las anteriores, se distienden con la elasticidad de un resorte.



Al frente de la fugitiva manada iba un macho de cinco pies de altura, magnífico ejemplar del *marsopas gigantesus* u *hombre viejo*, como dicen los *bushmen*.

Se anduvieron cuatro o cinco millas cazando con ardor y con

afición decidida. Los canguros no se rendían, y los perros, que no sin razón les tienen cierto respeto, pues temen sus vigorosas pezuñas, terminadas en aguda punta, necesitan pensarlo mucho antes de acercarse a ellos. Pero al cabo, extenuados por su prolongada carrera, los animales acosados se detuvieron, y el *hombre viejo* se apoyó en el tronco de un árbol en actitud de defensa. Uno de los *pointers*, que corría ciegamente y no pudo contener su impulso, llegó junto a él y de un solo golpe fue despanzurrado.

Buena cuenta hubieran dado de toda la jauría aquellos vigorosos marsupiales. No se les podía acometer más que a tiros, y era evidente que se necesitaba una bala bien dirigida para derribar al gigantesco *hombre viejo*.

En aquel momento estuvo Roberto a punto de ser víctima de su imprudencia. Para asegurar más el tiro, se acercó demasiado al canguro y éste se lanzó a él de un salto y le derribó. Resonó un grito de angustia. Mary Grant, muda, casi ciega, desde lo alto del *breack* tendía las manos hacia su hermano tan querido. Ningún cazador se atrevía a disparar contra el animal, temiendo herir al joven.

Pero de repente, John Mangles, abriendo su cuchillo de monte, acometió resueltamente al canguro con peligro de su vida y sepultó en su corazón la afilada hoja. Cayó el animal, y Roberto se levantó completamente ileso. Un momento después estaba entre los brazos de su hermana.

—¡Gracias, *Monsieur* John! —dijo Mary, tendiendo la mano al joven capitán.

—Respondía de él —dijo John Mangles, estrechando la temblorosa mano de la joven.

Con este incidente terminó la cacería. Muerto el jefe de los marsupiales, se dispersó toda la manada, y fueron conducidos a la casa los ensangrentados despojos de la magnífica res. Eran entonces las seis de la tarde. Esperaba a los cazadores una soberbia comida, en que una sopa de cola de canguro, preparada a la usanza indígena, fue el plato predilecto.

Después de los helados y sorbetes que acompañaron a los muy variados postres de todas clases, los convidados pasaron al salón. La noche se dedicó a la música. *Lady* Elena, excelente pianista, puso sus talentos a disposición de los *squatters*. Michel y Sandy Patterson

cantaron con el mejor gusto trozos escogidos de las últimas partituras de Gounod, de Víctor Marsé, de Feliciano David y hasta de ese genio no comprendido que se llama Ricardo Wagner.

A las once se sirvió el té, preparado con la perfección inglesa, que no ha podido igualar ningún otro pueblo. Pero habiendo Paganel manifestado deseos de probar el té australiano, le presentaron una pócima negra como tinta, compuesta de un litro de agua en que durante cuatro horas había hervido media libra de té, y el geógrafo la tomó haciendo mil gestos, pero declaró que era una bebida excelente.

A las doce de la noche, los huéspedes, conducidos a dormitorios frescos y cómodos, prolongaron en sus sueños las delicias de aquel día.

Al amanecer del día siguiente se despidieron de los jóvenes *squatters*, a quienes agradecieron sus atenciones y les hicieron prometer formalmente devolver la visita en Europa en el castillo de Malcolm. Se puso luego la carreta en marcha, rodeó la falda del monte Hottam, y pronto desapareció la casita a las miradas de los viajeros. Durante cinco millas más, aún pisaron los cascos de los caballos el terreno de la hacienda. A las nueve se dejó atrás la última valla, adelantándose los expedicionarios por las casi ignoradas comarcas de la provincia de Victoria.

Capítulo XVIII

Los Alpes australianos

Cortaba el camino al Sudeste una barrera inmensa, la cordillera de los Alpes australianos, gigantesca fortificación cuyos caprichosos parapetos tienen una extensión de 1.500 millas y detiene las nubes a 1.400 pies de altura.

El encapotado cielo no permitía llegar a la tierra más que un calor pasado por el denso tamiz de los vapores. La temperatura era por consiguiente soportable, pero se andaba difícilmente por lo accidentado del terreno. Se acentuaban más y más las desigualdades de la llanura. Algunas lomas pobladas de verdes gómeros se levantaban a trechos, y más adelante formaban los primeros estribos de los erguidos Alpes. Era necesario subir incesantemente, y bien lo daban a entender los esfuerzos de los bueyes, cuyo yugo crujía al arrastrar la pesada carreta. Los pobres animales lanzaban fuertes y estrepitosos resoplidos de fatiga y su poderosa musculatura se contraía violentamente. Choques imprevistos, que Ayrton con toda su habilidad no podía evitar, hacían rechinar los ejes del carruaje, y los viajeros se conformaban alegremente, no pudiendo hacer otra cosa.

John Mangles y los dos marineros precedían de unos cien pasos al resto de la expedición, explorando el camino.

Escogían los pasos más practicables como si estuviesen navegando cerca de una costa peligrosa, pues todos los accidentes del terreno figuraban otros tantos escollos, entre los cuales tenía que pasar la carreta.

La marcha por aquel terreno desigual era comparable a una verdadera navegación.

La tarea era difícil y frecuentemente peligrosa. Más de una vez tuvo Wilson que recurrir al hacha para abrir un paso entre la

maleza. Se hundía bajo los pies el terreno húmedo y arcilloso. Obstáculos insuperables, colosales moles de granito, profundos barrancos, insidiosas lagunas, prolongaban el camino obligando a los viajeros a dar mil vueltas y revueltas. Anocheció sin haber ganado en todo el día más allá de medio grado. Acamparon al pie de los Alpes, a orillas del *creek* de Cabongre, en el linde de una reducida llanura cubierta de pequeños arbustos, cuyas hojas de color rosa alegraban la vista.

—Hemos de sudar la gota gorda para pasar —dijo Glenarvan mirando la cordillera de montañas, cuya silueta se perdía ya en la oscuridad de la noche—. ¡Los Alpes! Solo el nombre me hace reflexionar.

—No tanto, querido Glenarvan —le respondió Paganel—. No exageremos. No creáis que vamos a atravesar toda Suiza. Hay en Australia Grampianos, Pirineos, Alpes, Montañas Azules, como en Europa y América, pero en miniatura, lo que prueba pura y simplemente que la imaginación de los geógrafos no es infinita, o que el vocabulario de los nombres propios es muy pobre.

—¿De modo que los Alpes australianos...? —preguntó *Lady Elena*.

—Son montañas de bolsillo —respondió Paganel—. Las traspasaremos sin percatarnos de ello.

—Hablad por vos —dijo el Mayor—. Únicamente un distraído puede traspasar sin notarlo una cordillera de montañas.

—¡Distraído! —exclamó Paganel—. No lo soy ya. Apelo al buen juicio de *Lady Elena* y *Miss Mary Grant*. Desde que he puesto los pies en el continente, ¿no he cumplido acaso mi promesa? ¿He cometido un solo acto de distracción? ¿Se me puede echar en cara algún disparate?

—Ninguno, *Monsieur Paganel* —dijo *Mary Grant*—. Sois en la actualidad el más perfecto de los hombres.

—¡Demasiado perfecto! —añadió riendo *Lady Elena*—. Vuestras distracciones os sentaban muy bien y me hacían mucha gracia.

—¿No es verdad, señora? —respondió Paganel—. Si no tengo ningún defecto me volveré un hombre como otro cualquiera. Espero, pues, cometer pronto algún disparate que os haga reír mucho. Creedme: cuando no cometo ninguno, me parece que mi naturaleza deja de cumplir su ley.

A la mañana del siguiente día, 9 de enero, no obstante las seguridades del confiado geógrafo, costó no poco a los viajeros penetrar en los Alpes. Preciso fue caminar a la ventura entrando por gargantas estrechas y profundas que podían muy bien ser callejones sin salida.

En grave aprieto se hubiese visto Ayrton, si después de una hora de marcha no se hubiese presentado inopinadamente en uno de los senderos de la montaña un miserable *tap*, una especie de ventorrillo.

—¡Pardiez! —exclamó Paganel—. El dueño de este figón no debe hacer aquí gran negocio. ¿De qué diablos sirve un bodegón en este sitio?

—Sirve para darnos las noticias que necesitamos respecto de nuestro camino —respondió Glenarvan—. Entremos.

Glenarvan entró en el ventorro seguido de Ayrton. El figonero del *Bush Inn* (así decía la muestra) era un hombre adusto, de cara repulsiva, y que debía considerarse a sí mismo como su principal cliente o parroquiano, pues es seguro que él era quien principalmente consumía el gin, el brandy y el whisky de su establecimiento. Por lo común, no veía pasar más que algunos *squatters* viajeros, o algunos pastores trashumantes.

Respondió con grosería y displicencia a las preguntas que le dirigieron. Pero sus respuestas fueron suficientes para orientar a Ayrton. Glenarvan le dio algunas coronas para pagarle la molestia que se había tomado, e iba a salir de la venta, cuando le llamó la atención un anuncio pegado a la pared.

Era este anuncio un parte de la Policía colonial, en que daba cuenta de la evasión de los presidiarios de Perth y ponía a precio la cabeza de Ben Joyce, prometiendo 100 libras esterlinas al que lo entregara vivo o muerto.

—Decididamente —dijo Glenarvan al contraмаestre—, ese miserable sólo es bueno para que le ahorquen.

—¡Y mejor aún para que le prendan! —respondió Ayrton—. ¡Cien libras! ¡Pues es una friolera! No vale tanto.

—A pesar del anuncio —añadió Glenarvan— no me fiaría yo del ventero.

—Ni yo —respondió Ayrton.

Glenarvan y el contraмаestre se reunieron a los demás viajeros,

con los cuales se dirigieron al punto en que termina el camino de Lucknow, donde serpenteaba una estrecha senda que cortaba al sesgo la cordillera. Empezaron a subir.

La cuesta era penosa. Más de una vez los jinetes tuvieron que apearse de sus caballos. Había necesidad de prestar auxilio a la carreta, empujar las ruedas, sostenerla en peligrosas pendientes, desuncir los bueyes, que no podían revolverse por falta de espacio en algunos recodos violentos, calzar el pesado vehículo que amenazaba volcar y retroceder, y con frecuencia Ayrton tuvo que enganchar con los bueyes los caballos, que estaban ya rendidos de fatiga.

A consecuencia de esta prolongada fatiga, o por otra causa cualquiera, uno de los caballos sucumbió aquel día de una manera fulminante, sin que ningún síntoma precursor hiciese presentir el accidente. El caballo era el que montaba Mulrady, y cuando éste quiso obligarle a levantarse, vio que había muerto.

Ayrton examinó al animal tendido en tierra y manifestó que no sabía cómo explicarse su muerte repentina.

—Sin duda —dijo Glenarvan— se ha roto algún vaso.

—Evidentemente —respondió Ayrton.

—Toma mi caballo, Mulrady —añadió Glenarvan—, yo iré con *Lady Elena* en la carreta.

Mulrady obedeció y la comitiva continuó su penosa ascensión, dejando abandonados a los cuervos los despojos del animal.

La cordillera de los Alpes australianos no es muy ancha, pues su base no llega a 8 millas. Así, pues, si el paso escogido por Ayrton conducía a la vertiente oriental, cuarenta y ocho horas después se podía haber traspasado aquella elevada barrera, y hasta llegar al mar el camino no sería difícil, ni se presentaría erizado de obstáculos insuperables.

En la jornada del 18, alcanzaron los viajeros el punto más alto del paso, a 2.000 pies de altura, aproximadamente. Se hallaban en una meseta despejada que permitía dirigir la mirada muy lejos. Hacia el norte reverberaban las tranquilas aguas del lago Omeo, moteadas de aves acuáticas, y, más allá, las espaciosas llanuras del Murray. Al sur, se entreveían las verdes praderas del Gippsland, sus terrenos auríferos y sus frondosos bosques que les dan toda la apariencia de un país primitivo. Allí la Naturaleza era aún dueña

exclusiva y señora absoluta de todo, del curso de los ríos, de sus grandes árboles libres del hacha del leñador, y los *squatters* se atreven muy rara vez a luchar contra ella. Parecía que la cordillera de los Alpes australianos separaba dos comarcas distintas, de las cuales había una que conservaba su original carácter agreste. El sol llegaba entonces a su ocaso, y algunos de sus rayos, filtrándose por las enrojecidas nubes, avivaban las tintas del distrito de Murray. El Gippsland, al contrario, abrigado por la montuosa mole, se perdía en una vaga oscuridad, como si la sombra sumergiese en una noche precoz y anticipada toda aquella región transalpina. Los espectadores, colocados entre dos panoramas tan antitéticos, sintieron vivamente el contraste y se apoderó de ellos cierta conmoción a la vista de aquella comarca casi desconocida que iban a atravesar hasta las fronteras victorianas.

Acamparon en la misma meseta, y al día siguiente empezó el descenso, que fue bastante rápido. Una violenta granizada asaltó a los viajeros y les obligó a buscar un abrigo en las concavidades de las rocas.



No era pedrisco lo que caía, sino verdaderos témpanos, carámbanos de hielo, anchos como la mano, que se precipitaban de las nubes tempestuosas. Una honda no los hubiera lanzado con más fuerza, y algunas buenas contusiones advirtieron a Paganel y a Roberto que era preciso guarecerse de sus golpes. La carreta quedó acribillada en varios puntos, y pocos tejados hubieran contrarrestado victoriosamente aquellos proyectiles afilados que se clavaban en el tronco de los árboles. So pena de ser bárbaramente lapidados, los viajeros tuvieron que dejar pasar sin moverse aquel prodigioso chubasco, que duró aproximadamente una hora, y entonces emprendieron de nuevo su marcha por las rocas inclinadas, que los arroyos de granizo volvieron resbaladizas en extremo.

A la caída de la tarde, la carreta, muy asendereada, se

desvencijó y abrió en su armadura, pero manteniéndose aún firme sobre sus ruedas bajo las últimas laderas de los Alpes, entre grandes abetos aislados. El paso llevaba derecho a las llanuras del Gippsland. Se había pasado felizmente la cordillera, y se tomaron para acampar aquella noche las disposiciones convenientes.

El día 12, al rayar el alba, se emprendió de nuevo el viaje con renovado ardor. Todos deseaban llegar pronto a su término, es decir al océano Pacífico, al punto mismo en que se estrelló la *Britannia*. Sólo allí podían encontrar las huellas de los naufragos, y no en las desiertas comarcas del Gippsland. Así es que Ayrton apremió mucho a Lord Glenarvan para que cuanto antes enviase al *Duncan* la orden de trasladarse a la costa, con el fin de tener a su disposición todos los medios que requerían las pesquisas. Era necesario, en su concepto, aprovecharse del camino de Lucknow que va a Melbourne. Más adelante sería difícil, porque las comunicaciones directas con la capital faltarían absolutamente.

Las observaciones del contraamaestre parecían muy atendibles, y Paganel aconsejaba que se tomasen en consideración y se tuviesen muy en cuenta. Era también de opinión que en las circunstancias en que se encontraban la presencia del yate sería muy útil, y añadió que después de haber pasado el camino de Lucknow, sería imposible ponerse en comunicación con Melbourne.

Glenarvan estaba perplejo; hubiera tal vez expedido las órdenes que tan perentoriamente reclamaba Ayrton, si el Mayor no hubiera combatido esta medida con toda la energía de que era capaz. Demostró que la presencia de Ayrton resultaba necesaria a la expedición, que sólo él conocería el país al aproximarse a las costas, que si la casualidad hacía tropezar a la expedición con las huellas de Harry Grant, el contraamaestre se hallaría más que ningún otro en disposición de seguirlas, y, por último, que únicamente él podía indicar el lugar preciso en que se había perdido la *Britannia*.

Mac Nabbs opinó, pues, que continuase el viaje sin alterar en lo más mínimo el plan establecido. Halló un auxiliar en John Mangles, que era de su misma opinión. El joven capitán hizo observar también que las órdenes de Su Honor llegarían más fácilmente al *Duncan* expidiéndolas desde Twofold Bay, que valiéndose de un mensajero obligado a recorrer 200 millas por un país salvaje.

Esta opinión prevaleció, y quedó resuelto que se aguardaría para

obrar haber llegado a Twofold Bay. El Mayor observaba a Ayrton, que le pareció muy contrariado. Pero como tenía por costumbre, no dijo nada y guardó sus observaciones para sí mismo.

Las llanuras que se extienden al pie de los Alpes australianos estaban unidas, con una suave inclinación, hacia el este. Grandes grupos de mimosas y eucaliptos y gomeras de variadas esencias, rompían a trechos la uniformidad monótona. El suelo estaba erizado de arbustos de deslumbradoras flores, que eran el *Gastrolobium grandiflorum* de los botánicos. Algunos *creeks* de poca importancia, simples arroyuelos cubiertos de juncos y espadaña e invadidos por multitud de orquidos, interceptaban de cuando en cuando el camino, y era preciso rodearlos. A lo lejos, a la aproximación de los viajeros, echaban a correr bandadas de avutardas y casuarios. Por encima de los arbolillos saltaban numerosos canguros como una procesión de figuras elásticas. Pero los cazadores de la expedición no se cuidaban de cazar, y sus caballos no tenían necesidad de multiplicar sus fatigas para hallarse rendidos.

Además, hacía un calor insoportable, y estaba saturada la atmósfera de una electricidad violenta. Los hombres y las bestias experimentaban su influencia. Andaban, andaban, sin pensar en otra cosa. Los gritos de Ayrton excitando a los despeados bueyes, eran el único ruido que interrumpía el sepulcral silencio.

Desde las doce a las dos, atravesaron los expedicionarios un curioso bosque de helechos, que hubiera excitado mucho su admiración de no hallarse tan preocupados. Aquellas plantas arborescentes, en plena florecencia, medían hasta treinta pies de altura.



Caballos y jinetes pasaban holgadamente por debajo de sus largas ramas, y algunas veces sonaba la rueda de una espuela enganchándose en su leñoso tejido. Debajo de aquellos parasoles inmóviles se notaba un frescor delicioso que a nadie desagradaba. Santiago Paganel, siempre demostrativo, siempre cómico y exagerado, lanzó algunos suspiros de satisfacción. Se levantaron bandadas de cotorras y cacatúas. Hubo un concierto de charlas atronadoras.

El geógrafo continuaba haciendo mil aspavientos, cuando sus compañeros le vieron de pronto vacilar en su caballo y caer como un cuerpo inerte. ¿Le había dado algún vahído, o le había sofocado la elevada temperatura?

Todos corrieron hacia él.

—¡Paganel! ¡Paganel! ¿Qué tenéis? —exclamó Glenarvan.

—Lo que pasa, querido amigo, es que ya no tengo caballo —respondió Paganel sacando los pies de los estribos.

—¡Cómo! ¿Vuestro caballo...?

—Muerto, como herido por un rayo, lo mismo que el de Mulrady.

Glenarvan, John Mangles y Wilson examinaron el caballo. No se engañaba Paganel: su caballo acababa de morir repentinamente.

—Es cosa singular —dijo John Mangles.

—Muy singular, en efecto —murmuró el Mayor.

Este nuevo accidente no dejó de preocupar a Glenarvan, pues no le era posible encontrar en el desierto nuevas cabalgaduras, y si una epidemia acababa con los caballos de la expedición, muy apurado se vería para continuar la marcha.

La palabra «epidemia» debía quedar justificada antes de terminar el día. El caballo de Wilson cayó también muerto, y lo que era más grave aún, uno de los bueyes sufrió la misma suerte. Los medios de transporte y de tracción quedaban reducidos a tres bueyes y cuatro caballos.

La situación se agravaba. Al fin y al cabo, los jinetes desmontados podían tomar el partido de andar a pie. A pie habían atravesado muchos *squatters* aquellas regiones desiertas. Pero si había precisión de abandonar la carreta, ¿qué sería de las viajeras? ¿Podrían salvar las 120 millas que separaban a los expedicionarios de la bahía de Twofold?

John Mangles y Glenarvan examinaron con mucha atención los caballos que sobrevivían. Tal vez sería posible prevenir nuevos accidentes. Examinados escrupulosamente, no se notó en ellos ningún síntoma de enfermedad, ni siquiera de desfallecimiento. Estaban perfectamente sanos y soportaban muy bien las fatigas del viaje. Glenarvan concibió esperanzas de que aquella singular epidemia no haría nuevas víctimas.

Del mismo parecer fue Ayrton, el cual confesaba ingenuamente que no sabía a qué atribuir aquellas muertes fulminantes.

Pusiéronse de nuevo en marcha. Los jinetes que habían quedado desmontados se metían uno tras otro sucesivamente en la carreta para descansar. Al oscurecer, después de una marcha en que apenas se ganaron diez millas, se dio la señal de alto, se organizó el

campamento, y se pasó la noche sin novedad debajo de helechos arborescentes, entre los cuales volaban enormes murciélagos, llamados, no con mucha propiedad, zorras volantes.

La jornada del día siguiente, 13 de enero, fue buena. No se renovaron los accidentes de la víspera. El estado sanitario de la expedición era satisfactorio. Caballos y bueyes se portaron a las mil maravillas. El salón de *Lady Elena*, gracias a la gran afluencia de visitas que recibió, estuvo muy animado. *Monsieur* Olbinett se ocupó muy activamente en hacer circular los refrescos, que 30° de calor reclamaban imperiosamente. Se vació enteramente medio barril de cerveza. Se declaró a «Barclay y Cía.» el hombre más eminente de la Gran Bretaña, sin exceptuar a Wellington, el cual, ni aun en la época de sus mayores glorias, fabricó nunca tan buena cerveza. ¡Amor propio de escoceses! Santiago Paganel bebió mucho, y discurrió aún más *de omni re scibili*.

No parecía que debiese concluir mal una jornada que tan bien había empezado. Se habían adelantado 15 millas muy completas, y traspasado sin novedad un país bastante montuoso y de un suelo rojizo. Todos se prometían acampar aquella misma noche en las márgenes del Snowy, río importante que desagua en el Pacífico, al sur de Victoria. No tardaron las ruedas de la carreta en profundizar sus surcos en anchas llanuras formadas de un aluvión negruzco, entre tallos de hierba exuberante y nuevos campos de *gastrolobium*. Llegó la noche, y una niebla recortada con precisión marcó en el horizonte el curso del Snowy. Debiéronse al vigor de los bueyes algunas millas más que adelantó la carreta. Un bosque de corpulentos árboles se adelantó a muy poca distancia del camino, detrás de una modesta eminencia del terreno. Ayrton dirigió los bueyes por entre los grandes troncos perdidos en la sombra, y traspasaba ya el límite del bosque, a media milla de distancia del río, cuando la carreta se atascó de pronto hasta la mitad de las ruedas.

—¡Atención! —gritó a los jinetes que le seguían.

—¿Qué ocurre? —preguntó Glenarvan.

—Nos hemos atascado —respondió Ayrton.

Y a gritos y con el aguijón excitó a los bueyes, que hundidos en el lodo hasta media pata, no pudieron moverse.

—Acampemos aquí —dijo John Mangles.

—Es lo mejor que podemos hacer —respondió Ayrton—. Mañana, de día, veremos cómo salimos del atolladero.

—¡Alto! —gritó Glenarvan.

La noche cerró rápidamente después de un brevísimo crepúsculo, pero con la desaparición de la luz no coincidió la del calor. La atmósfera estaba saturada de sofocantes vapores, e inflamaban el horizonte algunos relámpagos, deslumbradoras reverberaciones de una tempestad lejana.



Se organizó el campamento. Bien o mal, se habilitó para dormir la atascada carreta. La cúpula sombría de los grandes árboles abrigó la tienda de los viajeros, los cuales se daban por muy satisfechos con tal que no lloviese.

No sin grandes dificultades, consiguió Ayrton sacar los tres bueyes del atolladero, cubiertos de fango hasta los lomos. El contraмаestre les trabó lo mismo que a los cuatro caballos, y no consintió que nadie más que él les buscase el forraje. Hacía esto generalmente en persona y con todo interés, y aquella noche Glenarvan notó que multiplicaba sus cuidados, por lo que le dio las más expresivas gracias, pues la conservación de los animales era entonces una cuestión capital.

Entretanto, los viajeros cenaron, aunque muy poco. La fatiga y el calor les habían quitado el apetito y tenían más necesidad de descanso que de alimento. *Lady Elena* y *Miss Grant*, después de dar las buenas noches a sus compañeros, retirándose a sus acostumbrados lechos. Algunos viajeros se metieron en la tienda, pero otros prefirieron echarse sobre la hierba, al pie de los árboles, lo que no ofrece ningún inconveniente en aquellos países salubres.

Poco a poco se fueron todos durmiendo profundamente. Aumentaba la oscuridad de la noche un tupido toldo de grandes nubes que invadían el cielo. Ni un soplo de aire agitaba la atmósfera, y el silencio nocturno era únicamente interrumpido por los graznidos del *morepork*, especie de autillo australiano que da la tercera menor con tanta precisión como los lúgubres cucos de la vieja Europa.

Alrededor de las once, después de un sueño muy pesado, el Mayor se despertó. Una luz vaga que circulaba bajo los árboles hirió sus ojos medio cerrados. Parecía aquella claridad un manto blanco que rielaba como el agua de un lago en una noche de luna, y de pronto creyó Mac Nabbs que empezaban a propagarse las primeras llamas de un incendio. Se levantó y se dirigió hacia el bosque. Su sorpresa fue grande, cuando se vio en presencia de un fenómeno puramente natural. Se extendía ante sus ojos un inmenso campo de hongos que despedían fosforescencias. Las luminosas esporas de aquellas plantas criptógamas brillaban en las tinieblas con cierta intensidad.

El Mayor, que no era egoísta, iba a despertar a Paganel para que, a fuer de sabio, comprobase el fenómeno con sus propios ojos, cuando le detuvo un incidente.

La luz fosforescente iluminaba el bosque en un espacio de media milla, y Mac Nabbs creyó ver rápidamente algunas sombras por el

iluminado lindero.

¿Le engañaban sus miradas? ¿Era juguete de una ilusión óptica?

Se arrojó al suelo, y después de observar con la mayor atención, distinguió perfectamente las siluetas de varios hombres que, bajándose y levantándose sucesivamente, buscaban al parecer en el suelo algunas huellas recientes.

Preciso era saber lo que buscaban aquellos hombres.

El Mayor no vaciló, y no queriendo alarmar a sus compañeros, se fue arrastrando por el suelo como un salvaje de las llanuras, y desapareció bajo las altas hierbas.



Capítulo XIX

Golpe teatral

Aquella noche fue espantosa. A las dos de la madrugada empezó a caer una lluvia tempestuosa que duró hasta que apuntó el día. La tienda era un abrigo insuficiente. Glenarvan y sus compañeros se refugiaron en la carreta. Nadie cerró los ojos. Se habló, como suele decirse, de todas las cosas y otras muchas más. Únicamente el Mayor, en cuya breve ausencia nadie había reparado, se contentó con escuchar sin decir esta boca es mía. El terrible chaparrón no cesaba. Era de temer que provocase un desbordamiento del Snowy, que hubiera sido fatal para la carreta, atascada como se hallaba en un terreno blando. Con este motivo, Mulrady, Ayrton y John Mangles, pasaron a examinar el nivel de las aguas, y volvieron calados hasta los huesos.

Al amanecer cesó la lluvia, pero no pudieron los rayos del sol atravesar la densa capa de nubes que oscurecía el horizonte. Se formaron muchos baches de agua amarillenta y charcas muy cenagosas y turbias. Salía, al parecer, de la tienda mojada un vapor tibio y estaba la atmósfera saturada de una humedad perniciosa.

Glenarvan se ocupó ante todo de la carreta, que era lo más esencial en su concepto. Se hallaba atascada en una hondonada del terreno que estaba compuesto de una arcilla muy tenaz. El juego delantero permanecía enteramente hundido en el barro y el posterior hasta el eje de las ruedas.

Difícil era el desatascar una máquina tan pesada, aunque al efecto juntasen sus esfuerzos hombres, bueyes y caballos.

—Sobre todo, démonos prisa —dijo John Mangles—. Si la arcilla llega a secarse, la operación será mucho más difícil.

—A la obra, pues —respondió Ayrton.

Después de una hora invertida en inútiles pesquisas, Glenarvan,

se volvía hacia la carreta, que estaba a más de una milla de distancia, cuando hirió sus oídos un agudo relincho, al que sucedió casi inmediatamente un mugido.

Glenarvan, sus dos marineros, John Mangles y Ayrton, penetraron en el bosque en que los animales habían pasado la noche.

El bosque se componía de erguidos gomeros de siniestro aspecto. No tenía más que árboles muertos, muy claros, descortezados desde muchos siglos, que parecían alcornoques en la época de la cosecha del corcho. Elevaban a 200 pies de altura la inextricable red de sus secas y deshojadas ramas. Ningún pájaro anidaba en aquellos esqueletos del reino vegetal, ni una hoja se agitaba en aquel ramaje escuálido y quebradizo que chascaba como si fuese un hueso. ¿A qué cataclismo se podía atribuir aquel fenómeno tan frecuente en Australia, donde se levantan bosques enteros en que ha reinado al parecer una epidemia devastadora? Se ignora absolutamente. Ni los indígenas más ancianos ni sus predecesores, enterrados desde mucho tiempo, los vieron nunca verdes.

Glenarvan andaba mirando el ceniciento cielo en el que se perfilaban con toda limpieza hasta las más pequeñas ramificaciones de los gomeros como finísimos recortes. Se admiraba Ayrton de no encontrar los caballos y los bueyes en el mismo lugar en que los había dejado. Pero como estaban bien trabados no podían haber ido muy lejos.

Se les buscó en el bosque, sin resultado alguno. Ayrton, sorprendido, volvió entonces por el lado del Snowy, cuyas márgenes están cubiertas de magníficas mimosas.

Dio en vano repetidas veces un grito particular muy conocido del ganado. Éste no aparecía. El contraamaestre estaba muy alarmado, y sus compañeros se miraban unos a otros con la mayor zozobra.

—¡Allí están! —exclamó John Mangles, deslizándose entre las matas de *gastrolobium*, que eran bastante altas para ocultar un rebaño.

Glenarvan, Mulrady y Ayrton, le siguieron y participaron de su asombro.

Dos bueyes y tres caballos yacían en tierra, muertos, como los otros, de una manera fulminante. Sus restos estaban ya fríos, y una

bandada de famélicos cuervos, graznando entre las mimosas, acechaba aquel festín inesperado.

Glenarvan y los suyos se miraron recíprocamente, y Wilson no pudo reprimir un juramento que le subió a la garganta.

—¿Qué le vamos a hacer, Wilson? —dijo *Lord* Glenarvan, pudiendo apenas contenerse—. Hemos de tener paciencia. Ayrton, llévase el buey y el caballo que nos quedan. Fuerza será que ellos nos saquen de apuros.

Si la carreta no estuviese atascada —respondió John Mangles—, el buey y el caballo que nos quedan, haciendo cortas jornadas, bastarían para llevarnos a la costa. Es, pues, preciso a todo trance desatascar ese armatoste maldito.

—Haremos lo que se pueda, John —respondió Glenarvan—. Volvamos al campamento, donde deben estar alarmados por nuestra prolongada ausencia.

Ayrton quitó las trabas al buey y Mulrady al caballo, regresando todos por la tortuosa orilla del río.

Media hora después Paganel y Mac Nabbs, *Lady* Elena y *Miss* Grant sabían a qué atenerse.

—A fe mía —dijo el Mayor—, es muy sensible, Ayrton, que no hayáis hecho herrar todos nuestros animales en el paso del Wimerra.

—¿Por qué? —preguntó Ayrton.

—Porque de todos nuestros caballos el único que se ha librado de la muerte es el que pusisteis en manos de vuestro herrador.

—Es verdad —dijo John Mangles—. ¡Vaya una casualidad!

—Una casualidad y nada más —respondió el contraamaestre mirando fijamente al Mayor.

Mac Nabbs apretó los labios, como queriendo contener palabras prontas a escaparse. Glenarvan, Mangles y *Lady* Elena esperaban que completase su pensamiento, pero el Mayor permaneció silencioso, y se dirigió a la carreta que Ayrton examinaba.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Glenarvan a John Mangles.

—No lo sé —respondió el joven capitán—. Sin embargo, el Mayor no es ligero de cascos, ni habla nunca al buen tuntún. Algo huele.

—Sí, John —dijo *Lady* Elena—. Mac Nabbs debe haber

concebido sospechas de Ayrton.

—¿Sospechas? —dijo Paganel encogiéndose de hombros.

—¿Por qué? —respondió Glenarvan—. ¿Le supone capaz de haber matado nuestros caballos y bueyes? ¿Con qué objeto? ¿No es acaso el interés de Ayrton idéntico al nuestro?

—Tenéis razón, mi querido Edward —dijo *Lady Elena*—. Y debo añadir que el contraamaestre, desde el principio del viaje, nos ha dado pruebas de adhesión incontestables.

—No digo lo contrario —respondió John Mangles—. ¿Pero entonces a qué viene la observación del Mayor? Sepámoslo.

—¿Creerá Mac Nabbs que Ayrton está de acuerdo con los desertores de presidio? —exclamó imprudentemente Paganel.

—¿Qué desertores? —preguntó *Miss Grant*.

—*Monsieur* Paganel se ha equivocado —respondió al momento John Mangles—. Demasiado sabe nuestro buen amigo, que no hay desertores de presidio en la provincia de Victoria.

—¡Verdad es, pardiez! —replicó Paganel, que hubiera querido retirar sus palabras—. ¿Dónde diablo tenía la cabeza? ¿Desertores de presidio? ¿Quién ha oído hablar nunca de desertores de presidio en Australia? Además, apenas desembarcan se vuelven todos hombres de bien a carta cabal. ¡El clima! Ya lo sabéis, *Miss Mary*, el clima civilizador...

El pobre sabio, queriendo reparar su torpeza, se atascaba más y más, como la carreta. *Lady Elena* le miraba, lo que le quitaba toda su serenidad y sangre fría. Pero no queriendo que se aturdiera más, se fue con *Miss Mary* a un lado de la tienda, donde *Monsieur Olbinett* se ocupaba en preparar el almuerzo según todas las reglas del arte.

—Yo soy quien debería estar en presidio —dijo Paganel, avergonzado de sí mismo.

—Tal creo —respondió Glenarvan.

Y esta respuesta, dada secamente, acabó de desconcertar al digno geógrafo. Glenarvan y John Mangles se dirigieron hacia la carreta.

En aquel momento Ayrton y los dos marineros se esforzaban en sacar el pesado armatoste del atolladero. El buey y el caballo enganchados juntos, tiraban con toda la fuerza de sus poderosos músculos, poniendo a un punto de romperse los tirantes y las

colleras. Wilson y Mulrady empujaban las ruedas, en tanto que el contraмаestre, con sus gritos y el aguijón, excitaba a los animales. La pesada máquina no se movía. La arcilla, seca ya, la sujetaba como si estuviese empotrada en un cemento hidráulico.



John Mangles hizo regar la tierra para disminuir su tenacidad insuperable. Fue inútil. La carreta permanecía inmóvil. Después de nuevos y vigorosos esfuerzos, hombres y animales desistieron dándose por vencidos.

No desmontando el armatoste pieza tras pieza, era forzoso renunciar a sacarlo del atolladero. Y semejante trabajo no podía emprenderse sin herramientas de las que los viajeros carecían.

Sin embargo, Ayrton, que quería a toda costa vencer el obstáculo, iba a intentar nuevos esfuerzos, cuando *Lord Glenarvan*

le detuvo.

—Basta, Ayrton, basta —le dijo—. Es preciso economizar las fuerzas del buey y del caballo que nos quedan. Si tenemos que continuar a pie nuestro viaje, el uno llevará a las dos viajeras y el otro las provisiones. Aún pueden prestarnos importantes servicios.

—Bien, Milord —respondió el contramaestre, desenganchando los animales, que estaban extenuados de fatiga.

—Ahora, amigos míos —añadió Glenarvan—, volvamos al campamento, donde deliberaremos y examinaremos fríamente la situación, para tomar el mejor partido que nos sea posible.

Pocos momentos después, los viajeros con un regular almuerzo se reponían de su mala noche, y se abrió la discusión. A todos fue permitido emitir sus opiniones.

Se trató ante todo de determinar de una manera precisa la posición del campamento, de lo que quedó encargado Paganel, y lo hizo con toda la exactitud apetecible. Según sus cálculos, la expedición se hallaba detenida en el paralelo 37, a los 147° 53' de longitud en las márgenes del Snowy.

—¿Cuál es, respecto a la bahía de Twofold —preguntó Glenarvan— su posición exacta en la costa?

—Ciento cincuenta grados —respondió Paganel.

—¿Y estos 2° 7' de diferencia, cuántas millas son?

—Setenta y cinco.^[18]

—¿Y Melbourne está...?

—A 200 millas por lo menos.

—De acuerdo. Determinada como está nuestra posición —dijo Glenarvan—, ¿qué debemos hacer?

La respuesta fue unánime: ir a la costa sin pérdida de tiempo. *Lady Elena* y *Mary Grant* se comprometieron a andar diariamente 5 millas. Las valerosas mujeres no retrocedían ante la idea de salvar a pie, en caso necesario, la distancia que separaba Snowy River de Twofold Bay.

—Sois la denodada compañera del viajero, mi querida Elena —dijo *Lord Glenarvan*—. ¿Pero podemos estar seguros de encontrar en la bahía los recursos de que tendremos necesidad al llegar a ella?

—Sin que quepa la menor duda —respondió Paganel—. Edén es una municipalidad que cuenta ya años de existencia. Su puerto no puede dejar de tener frecuentes relaciones con Melbourne, y hasta

se me figura que en la parroquia de Delegete, en la frontera victoriana, a 35 millas de aquí, podremos renovar los víveres y hallar medios de transporte.

—¿Y el *Duncan*? —preguntó Ayrton—. ¿No juzgáis oportuno, Milord, mandarlo a la bahía?

—¿Cuál es vuestra opinión, John? —preguntó Glenarvan.

—No creo que Vuestro Honor deba apresurarse —respondió el joven capitán, después de haber reflexionado—. Siempre habrá tiempo de dar órdenes a Tom Austin llamándole a la costa.

—Es evidente —añadió Paganel.

—Observad —continuó John Mangles— que dentro de cuatro o cinco días estaremos en Edén.

—¡Cuatro o cinco días! —repitió Ayrton meneando la cabeza—. Decid quince o veinte, capitán, si no queréis tener que arrepentiros demasiado tarde de vuestro error.

—¡Quince o veinte días para andar 75 millas! —exclamó Glenarvan.

—Lo menos, Milord. Vais a atravesar el terreno más dificultoso de Victoria, un desierto en que, según dicen los *squatters*, se carece de todo, llanuras sin ninguna senda trazada, cubiertas de maleza, en que no se han podido establecer colonos. Será necesario abrirse paso con el hacha o con la tea, y creedme, no iréis de prisa.

Ayrton había hablado con firmeza. Paganel, a quien interrogaron todas las miradas, aprobó con un movimiento de cabeza el dictamen del contramaestre.

—Admito esas dificultades —replicó entonces John Mangles—. Pues bien, Vuestro Honor expedirá sus órdenes al *Duncan* dentro de quince días.

—Añadiré —repuso entonces Ayrton— que los principales obstáculos no procederán de las dificultades del camino. Pero téngase en cuenta que se tiene que pasar el Snowy, y probablemente habrá que aguardar a que bajen las aguas.

—¡Aguardar! —exclamó el capitán—. ¿No encontraremos un vado?

—No lo creo —respondió Ayrton—. Esta mañana he buscado en vano un paso practicable. Posiblemente sea raro encontrar en esta época avenidas, pero contra ellas nada se puede.

—¿Es, pues, ancho el Snowy? —preguntó *Lady* Glenarvan.

—Ancho y profundo, señora —respondió Ayrton—. Tiene de ancho una milla y su corriente es impetuosa. Un buen nadador no lo atravesaría sin peligro.

—Pues bien, construyamos una canoa o una almadía —exclamó Roberto, a quien todo le parecía fácil—. Derribamos un árbol, lo ahuecamos, nos embarcamos en él y ya estamos al otro lado.

—¡Dice bien el hijo del capitán Grant! —respondió Paganel con entusiasmo.

—Y tiene muchísima razón —añadió John Mangles—. Al fin y al cabo, tendremos que venir a parar a eso, y estamos perdiendo el tiempo en discusiones inútiles.

—¿Qué opináis, Ayrton? —preguntó Glenarvan.

—Opino, Milord, que dentro de un mes, si no llega algún auxilio, estaremos aún detenidos en las márgenes del Snowy.

—¿Pero tenéis vos algún plan mejor? —preguntó John Mangles con cierta impaciencia.

—Lo tengo, si el *Duncan* deja las aguas de Melbourne y pasa a la costa del este.

—¡Ah! ¡Siempre el *Duncan*! ¿Acaso su presencia en la bahía nos facilitará los medios de llegar a ella?

Ayrton, antes de responder, reflexionó algunos instantes, y dijo en términos evasivos:

—No trato de imponer mis opiniones. Lo que propongo es por interés de todos, y estoy dispuesto a partir luego que dé Su Honor la señal de marcha.

Después se cruzó de brazos.

—Eso no es responder, Ayrton —dijo Glenarvan—. Dadnos a conocer vuestro plan, y lo discutiremos. ¿Qué proponéis?

Ayrton, con voz tranquila y segura, se expresó en estos términos:

—Propongo que en el estado de abandono en que nos hallamos, no nos aventuremos al otro lado del Snowy. Aquí mismo debemos esperar socorro, y ninguno nos puede llegar como no sea del *Duncan*. Acampemos en este sitio, en que no carecemos de víveres, y que cualquiera de nosotros lleve a Tom Austin la orden de trasladarse a la bahía de Twofold.

Fue acogida con cierto asombro esta proposición inesperada, contra la cual no pudo John Mangles disimular su antipatía.

—Entretanto —repuso Ayrton—, o las aguas del Snowy bajarán,

lo que permitiría hallar un vado practicable, o tendremos que recurrir a la canoa, y habrá tiempo de construirla. Tal es, Milord, el plan que someto a vuestra aprobación.

—Bien, Ayrton —respondió Glenarvan—. Vuestra idea merece tomarse en consideración. No tiene más inconveniente que el de causar un retraso, pero evita grandes fatigas y tal vez verdaderos peligros. ¿No os parece, amigos míos?

—Hablad, amigo Mac Nabbs —dijo entonces *Lady Elena*—. Desde que ha empezado la discusión, os habéis contentado con escuchar, y quisiéramos que no fueseis tan avaro de palabras.

—Puesto que se me pide parecer —respondió el Mayor—, lo daré con toda franqueza. Me parece que Ayrton ha hablado con sentido y prudencia, y me adhiero a su proposición.

Nadie esperaba semejante respuesta, porque hasta entonces Mac Nabbs había combatido siempre a ese respecto las ideas de Ayrton. Éste, sorprendido, lanzó al Mayor una mirada rápida. Sin embargo, Paganel, *Lady Elena* y los marineros estaban muy inclinados en favor del proyecto del contraamaestre. Después de las palabras pronunciadas por Mac Nabbs cesaron todas las vacilaciones.

Glenarvan, por consiguiente, declaró el plan de Ayrton adoptado en principio.

—¿Y ahora, John —añadió—, no opináis que la prudencia aconseja obrar así y acampar en las márgenes del río, mientras no nos lleguen medios de transporte?

—Sí —respondió John Mangles—, con tal que el mensajero pueda pasar el Snowy, que no podemos pasar nosotros.

Todos miraron al contraamaestre, que se sonrió, muy seguro de sí mismo.

—El mensajero —dijo— no pasará el río.

—¡No pasará el río! —exclamó John Mangles.

—Irá sencillamente a buscar el camino de Lucknow, que le llevará directamente a Melbourne.

—¡Doscientas cincuenta millas a pie! —exclamó el joven capitán.

—A caballo —replicó Ayrton—. Aún queda un caballo enteramente sano. Es cuestión de cuatro días. Añadid otros dos días para el traslado del *Duncan* a la bahía, con veinticuatro horas para volver al campamento, y dentro de una semana el mensajero estará

de vuelta con los tripulantes que se traiga.

El Mayor aprobaba con movimientos de cabeza las palabras de Ayrton, lo que no dejaba de causar mucha extrañeza a John Mangles. Pero la proposición del contraamaestre había obtenido todos los votos, y no se trataba más que de poner en ejecución su plan verdaderamente bien concebido.

—Ahora, amigos míos —dijo Glenarvan—, sólo falta escoger nuestro mensajero. Su misión será penosa y no carece de peligros, no debo ocultarlo. ¿Quién se sacrificará por sus compañeros e irá a llevar nuestras instrucciones a Melbourne?

Wilson, Mulrady, John Mangles y hasta el mismo Roberto, se ofrecieron inmediatamente. John insistía con mucho empeño, para que se le confiase el encargo. Pero Ayrton, que no se había aún brindado a desempeñarlo, tomó la palabra y dijo:

—Si place a Vuestro Honor, yo seré quien parta, Milord. Me son conocidas estas comarcas, y más de una vez he recorrido regiones más difíciles. Puedo salir adelante donde otro sucumbiría. El interés de todos me obliga, por lo tanto, a reclamar el derecho de ir a Melbourne. Una palabra escrita me acreditará cerca de vuestro segundo, y dentro de seis días estará el *Duncan* en la bahía Twofold.



—Muy bien dicho —respondió Glenarvan—. Tenéis valor e inteligencia, Ayrton, y saldréis airoso de vuestro empeño.

El contraamaestre era evidentemente el más apto de todos para llevar a cabo aquella difícil misión. Así lo comprendieron todos, y nadie se atrevió a disputarle una preferencia tan merecida. John Mangles hizo una última objeción, diciendo que la presencia de Ayrton era necesaria para encontrar las huellas de la *Britannia* o de Harry Grant. Pero el Mayor hizo observar que la expedición permanecería acampada en las márgenes del Snowy hasta el regreso de Ayrton, pues no se trataba de proseguir sin él las importantes pesquisas a que se dirigían sus esfuerzos, y por consiguiente, su ausencia no perjudicaría en lo más mínimo los intereses del capitán.

—Partid, pues, Ayrton —dijo Glenarvan—. Sed diligente, y volved por Edén a nuestro campamento del Snowy.

Brilló un destello de satisfacción en los ojos del contraмаestre, y aunque volvió la cabeza con prontitud, Mangles tuvo tiempo de sorprender aquel relámpago. John desconfiaba instintivamente, no de otra manera, de Ayrton, y su desconfianza iba en aumento.

El contraмаestre hizo, pues, sus preparativos de marcha, con la ayuda de los dos marineros, de los cuales el uno se ocupó de su caballo y el otro de sus provisiones. Mientras tanto Glenarvan escribía la carta que se debía entregar a Tom Austin.

Ordenaba en dicha carta al segundo del *Duncan* que se trasladase a la mayor brevedad posible a la bahía Twofold, recomendándole el contraмаestre como hombre en quien podía tener confianza absoluta. Tom Austin, al llegar a la costa, debía poner bajo las órdenes de Ayrton un destacamento de marineros del yate.

Aquí llegaba en su carta Glenarvan, cuando Mac Nabbs, que no perdía de vista las letras que iba trazando, le preguntó con un tono muy singular cómo escribía el nombre de Ayrton.

—Del mismo modo que se pronuncia —respondió Glenarvan.

—Pues estáis equivocado —replicó tranquilamente el Mayor—. ¡Se pronuncia Ayrton, pero se escribe Ben Joyce!

Capítulo XX

Aland Zealand

La revelación del nombre de Joyce produjo el efecto de una descarga eléctrica. Ayrton se levantó bruscamente, como impelido por un resorte. Tenía en la mano un revólver, y lo disparó contra Glenarvan. Éste cayó herido de un balazo. Partieron otros tiros del bosque.



John Mangles y los marineros, sobrecogidos de pronto, se lanzaron contra Ben Joyce, pero este audaz presidiario desapareció como una exhalación y se incorporó a su cuadrilla de salteadores diseminados por el último límite del bosque de gomeros.

La tienda era insuficiente para resguardarse de las balas. Era preciso batirse en retirada hasta llegar a la carreta. Glenarvan, cuya herida era leve, ya se había levantado.

—¡A la carreta! ¡A la carreta! —gritó John Mangles, y arrastró a ella a *Lady Elena* y *Mary Grant*, que no tardaron en hallarse perfectamente parapetadas dentro del carruaje, escudadas por los adrales que eran un enrejado de estacas y varas con esteras intermedias.

Allí, John, el Mayor, Paganel y los marineros, cogieron sus

carabinas y se aprestaron a rechazar a los forajidos. Glenarvan y Roberto se habían unido a los viajeros, y Olbinett, debidamente armado, acudía a la defensa común.

Todo esto había pasado con la rapidez de un rayo. John Mangles observaba atentamente el lindero del bosque. Los tiros cesaron súbitamente a la llegada de Ben Joyce. Al ruido de la fusilería sucedió un profundo silencio. Algunas volutas de vapor blanco se enroscaban alrededor de las ramas de los gomeros. Los elevados tallos de *gastrolobium* permanecían inmóviles. Habían desaparecido todos los individuos atacantes.

El Mayor y John Mangles practicaron un reconocimiento hasta los grandes árboles. Los bandidos habían abandonado el campo. Se veían numerosas pisadas y humeaban en tierra algunos tacos medio consumidos. El Mayor, como hombre prudente, los apagó, pues una chispa hubiera bastado para producir un espantoso incendio en aquel bosque de árboles secos.

—Los bandoleros han desaparecido —dijo John Mangles.

—Sí —respondió el Mayor—, y su desaparición me inspira cierta zozobra. Preferiría que nos viésemos las caras. Más vale un tigre en un campo que una serpiente en la espesura. Registremos la maleza alrededor de la carreta.

El Mayor y John recorrieron la campiña circundante. Desde los linderos del bosque hasta las orillas del Snowy no encontraron absolutamente a nadie. La cuadrilla de Ben Joyce había, al parecer, volado como una bandada de aves de rapiña. Esta desaparición era demasiado anómala y extraordinaria para inspirar completa seguridad.

Se resolvió, pues, estar muy alerta. La carreta, verdadera fortaleza, se convirtió en centro de operaciones, y dos centinelas que se relevaban de hora en hora, vigilaban las cercanías.

El primer cuidado de *Lady Elena* y *Mary Grant* había sido curar la herida de Glenarvan. En el momento en que cayó éste herido por Ben Joyce, *Lady Elena* se precipitó hacia él pálida de espanto. Después, dominando su angustia, condujo a su esposo a la carreta. Puesto al descubierto el hombro del herido, el Mayor reconoció que la bala había lacerado el tegumento sin interesar el hueso ni ningún vaso importante. Brotaba de la herida mucha sangre, pero Glenarvan, moviendo los dedos de la mano y el antebrazo,

tranquilizó él mismo a sus amigos respecto a la gravedad de la lesión sufrida. Aplicado a ésta el apósito correspondiente, no permitió el noble *Lord* que se ocupasen más de él, y empezaron las explicaciones.

Exceptuando Mulrady y Wilson que estaban de centinela, todos los viajeros se acomodaron bien o mal en la carreta. El Mayor fue invitado a hablar.

Antes de empezar su relato, puso a *Lady* Elena al corriente de los preliminares que ignoraba, tales como la evasión de una cuadrilla de presidiarios de Perth, su aparición en las comarcas de Victoria y su complicidad en la catástrofe del ferrocarril. Le entregó el número del *Australian and New Zealand Gazette*, comprado en Seymour, y añadió que la Policía había puesto precio a la cabeza de Ben Joyce, temible capitán de bandoleros, a quien dieciocho meses de crímenes habían creado una celebridad funesta.

¿Pero cómo Mac Nabbs había reconocido a Ben Joyce en el contraamaestre Ayrton? Éste era el misterio que todos deseaban ver aclarado, y el Mayor se explicó.

Mac Nabbs, por instinto, desconfiaba de Ayrton desde el primer día. Dos o tres hechos casi insignificantes, miradas de mutua inteligencia que se dirigieron, sin hablar una palabra, el contraamaestre y el herrador en Wimerra River; la repugnancia de Ayrton en atravesar las poblaciones y caseríos; su insistencia en que el *Duncan* se trasladase a la costa; la extraña muerte de los animales confiados a su cuidado, y, por último, cierta falta de franqueza en sus maneras, el conjunto de todos estos pormenores hablan despertado las sospechas del Mayor.

Sin embargo, no habría podido formular una acusación directa, sin los sucesos que sobrevinieron la noche anterior.

Mac Nabbs, deslizándose entre la maleza, llegó cerca de las sombras sospechosas que acababan de llamar su atención a media milla del campamento. Las plantas fosforescentes despedían en la oscuridad pálidos resplandores.

Tres hombres examinaban en el suelo pisadas recientes, y Mac Nabbs reconoció entre ellos al herrador de Black Point.

—Ellos son —decía uno.

—Sí, ellos —respondió el otro—; bien lo dice el trébol de las herraduras.

—Desde Wimerra nos están guiando.

—Todos los caballos han muerto.

—El veneno no está lejos.

—Hay aquí el suficiente para dejar desmontada toda la caballería del mundo. ¡Qué planta tan útil es el *gastrolobium*!

—Después se callaron —añadió Mac Nabbs—, y se alejaron. Quería saber aún más pormenores y les seguí. No tardó la conversación en empezar de nuevo. «¡Qué hombre tan listo es Ben Joyce! —dijo el herrador—. ¡Bien se la ha pegado el famoso contraмаestre con su fábula del naufragio! Si le sale bien la treta, hemos hecho nuestra fortuna. ¡Celebérrimo Ayrton! ¡Llámale Ben Joyce, que bien ganado tiene este nombre!». Abandonaron los pícaros el bosque de gomeros. Yo sabía ya cuanto deseaba y regresé al campamento con la seguridad de que, mal que pese a Paganel, no todos los criminales se moralizan en Australia. El Mayor no dijo más, y sus silenciosos compañeros se quedaron reflexionando.

—¡Por lo visto —dijo Glenarvan pálido de cólera—, Ayrton nos ha arrastrado hasta aquí para robarnos y asesinarlos!

—Sí —respondió el Mayor.

—¿Ese miserable no es, pues, un marinero de la *Britannia*? ¿Es robado hasta el nombre de Ayrton que lleva, es robado el documento de su enganche a bordo?

Todas las miradas se dirigieron a Mac Nabbs, que ya sin duda se había dirigido a sí mismo estas preguntas.

—Vais a ver —respondió con su siempre tranquilo acento— lo que saco en limpio de esta oscura situación. En mi concepto, ese malvado se llama realmente Ayrton, y Ben Joyce es su nombre de guerra. Es indudable que conoce a Harry Grant y que ha sido contraмаestre a bordo de la *Britannia*. Esto, que estaba ya probado por los muy circunstanciados pormenores que nos dio Ayrton, se halla además corroborado por las palabras de los bandidos que he citado. No nos extraviemos, pues, en vanas hipótesis e inútiles conjeturas, y tengamos por cierto que Ben Joyce es Ayrton como Ayrton es Ben Joyce, es decir, un marinero de la *Britannia* transformado actualmente en capitán de bandoleros.

Las explicaciones de Mac Nabbs fueron aceptadas sin discusión.

—Ahora —respondió Glenarvan—, ¿queréis decirme cómo y por qué el contraмаestre de Harry Grant se encuentra en Australia?

—¿Cómo? Lo ignoro —respondió Mac Nabbs—. Y la Policía declara que sobre el particular sabe lo mismo que yo. ¿Por qué? Me es imposible decirlo. Hay un misterio que el tiempo explicará.

—La Policía no conoce siquiera la identidad de Ayrton y de Ben Joyce —dijo John Mangles.

—Tenéis razón, John —respondió el Mayor—, y semejante particularidad contribuiría mucho a facilitar sus pesquisas.

—Así, pues —dijo *Lady Elena*—, ¿ese desdichado se había introducido en la alquería de Paddy O'Moore con una intención criminal?

—No es dudoso —respondió Mac Nabbs—. Preparaba algún golpe de mano contra el irlandés, cuando se le presentó ocasión de dar otro de mayor importancia. La casualidad nos puso en su presencia. Oyó el relato de Glenarvan, la historia del naufragio, y, audaz y astuto como es, resolvió sacar partido de las noticias adquiridas. Resuelta la expedición, comunicó en Wimerra con uno de su calaña, con el herrador de Black Point, dejando desde entonces indicios de nuestro paso que no podían confundirse con otros. Su cuadrilla ha seguido nuestras huellas. Una planta venenosa le ha permitido ir matando nuestros bueyes y caballos. Después, llegado el momento crítico, ha atascado la carreta en los pantanos del Snowy y nos ha entregado a los desertores de presidio que capitanea.

Nada más había que decir de Ben Joyce. El miserable cuyo pasado acababa de reconstruir el Mayor aparecía tal como era, un criminal muy audaz y muy temible. Sus intenciones, claramente demostradas, obligaban a Glenarvan a ejercer una vigilancia suma. Afortunadamente, un bandido desenmascarado es siempre menos temible que un traidor.

Pero de la situación ya despejada resultaba una consecuencia grave, en que nadie se había fijado aún. Únicamente Mary Grant, mientras se discutía el pasado, pensaba en el porvenir.

John Mangles la vio pálida y desesperada, y comprendió lo que pasaba en su alma.

—¡Miss Mary! ¡Miss Mary! —exclamó—. ¡Lloráis!

—¿Lloras, hija mía? —dijo *Lady Elena*.

—¡Mi padre, señora! ¡Pobre padre mío! —respondió la joven.

No pudo decir más. Pero en la mente de todos se hizo una

revelación repentina. Se comprendió el dolor de *Miss Mary*, porque estaban sus ojos inundados de lágrimas, porque el nombre de su padre subía de su corazón a su boca.

El descubrimiento de la traición de Ayrton destruía todas las esperanzas. El malvado, para arrastrar a Glenarvan, había supuesto un naufragio. Claramente lo habían dicho los bandidos en su conversación sorprendida por Mac Nabbs. ¡La *Britannia* no se había estrellado en los escollos de Twofold-Bay! Nunca Harry Grant había puesto los pies en el continente australiano.

La errónea interpretación del documento había por segunda vez extraviado a los viajeros haciéndoles seguir una falsa pista.

Ante aquella situación, ante aquel dolor de los dos huérfanos, quedaron todos en triste silencio. ¿Quién había de encontrar ya palabras de esperanza? Roberto lloraba en los brazos de su hermana, Paganel murmuraba por lo bajo con el mayor despecho:

—¡Ah, malhadado documento! ¡Bien puedes vanagloriarte de haber sometido a una dura prueba el cerebro de una docena de hombres honrados!

Y el digno geógrafo, verdaderamente furioso contra sí mismo, se daba golpes en la frente con las manos crispadas.

Glenarvan se reunió a Mulrady y a Wilson, que estaban fuera de centinela. Reinaba un profundo silencio en la llanura comprendida entre el bosque y el río. Densas nubes inmóviles ennegrecían la bóveda celeste. En medio de aquella atmósfera hondamente silenciosa, se hubiera transmitido distintamente el más leve ruido, y no se oía nada. Ben Joyce y su partida se habían sin duda replegado a una distancia bastante considerable, pues numerosos pájaros que revoloteaban entre las ramas bajas de los árboles, algunos canguros que despuntaban los tallos tiernos, y una pareja de emues cuya cabeza sobrepasaba de los pequeños arbustos y no revelaban el menor recelo, eran una prueba de que la presencia del hombre no turbaba aquellas tranquilas soledades.



—¿Nada habéis visto ni oído? —preguntó Glenarvan a los marineros.

—Nada, Milord —respondió Wilson—. Los bandidos deben estar a muchas millas de aquí.

—No se habrán considerado bastante fuertes para atacarnos —añadió Mulrady—, y Ben Joyce habrá querido reclutar a más gente de su calaña entre los *bushrangers* que andan errantes por las cercanías de los Alpes.

—Es probable, Mulrady —respondió Glenarvan—. Esos miserables son cobardes, y saben que estamos bien armados. Acaso aguarden la noche para volver a atacarnos. A la caída de la tarde será preciso redoblar nuestra vigilancia. ¡Ah! ¡Si pudiéramos salir de esta llanura pantanosa y seguir nuestro camino hacia la costa! Pero las aguas del río están crecidas y nos cierran el paso. A peso de

oro pagaría una almadía que nos transportase a la otra orilla.

—¿Por qué —dijo Wilson— no nos da Vuestro Honor la orden de construirla? Me parece que madera hay aquí de sobra.

—No, Wilson —respondió Glenarvan—; el Snowy no es un río, aunque así se le llame, sino un impetuoso torrente.

En aquel momento John Mangles, el Mayor y Paganel se reunieron a Glenarvan. Venían precisamente de reconocer el Snowy. Las últimas lluvias habían producido una crecida, y las aguas se habían elevado sobre el nivel normal. Formaban un torrente sólo comparable a los de América. Era imposible intentar sobreponerse al ímpetu de su mugidora corriente, que se deshacía en mil remolinos y formaba abismos espantosos.

John Mangles declaró que el paso era impracticable.

—Pero —añadió— no debemos permanecer aquí sin intentar algo. Lo que se quería hacer antes de la traición de Ayrton se debe hacer ahora con mucho más motivo.

—¿Qué dices, John? —preguntó Glenarvan.

—Digo que urgen mucho los socorros, y puesto que no se puede ir a Twofold-Bay, se debe ir a Melbourne. Nos queda un caballo. Démelo Vuestro Honor y a Melbourne iré.

—La tentativa es peligrosa, John —dijo Glenarvan—. Sin hablar de los azares de un viaje de 200 millas por un país desconocido, en el camino y en todos los atajos están sin duda apostados los cómplices de Ben Joyce.

—Lo sé, Milord, pero sé también que la situación no puede prolongarse. Ayrton no pedía más que ocho días para estar aquí de vuelta con una parte de la tripulación del *Duncan*. Yo dentro de seis habré vuelto a las márgenes del Snowy. ¿Qué ordena Vuestro Honor?

—Antes que Glenarvan resuelva —dijo Paganel—, debo hacer una observación. Que se vaya a Melbourne, pero que no sea John Mangles quien corra los peligros de esta empresa. Él es el capitán del *Duncan* y no puede exponerse. En su lugar iré yo.

—Bien dicho —respondió el Mayor—. ¿Pero por qué habéis de ser vos, Paganel?

—¿No estamos aquí nosotros? —exclamaron Mulrady y Wilson.

—¿Y creéis —respondió Mac Nabbs— que a mí me asusta una tirada a caballo de 200 millas?

—Amigos —dijo Glenarvan—, si uno de nosotros ha de ir a Melbourne, que la suerte lo designe. Paganel, escribid nuestros nombres...

—El vuestro no, Milord —dijo John Mangles.

—¿Por qué? —preguntó Glenarvan.

—¡Separaros de *Lady* Elena, no estando aún cicatrizada ni siquiera cerrada la herida...!

—Glenarvan —dijo Paganel—, vos no podéis separaros de la expedición.

—No podéis —añadió el Mayor—. Vuestro puesto está aquí, Edward, y no debéis partir.

—Hay peligros que correr —respondió Glenarvan— y no consentiré que cargue otro con la parte de ellos que a mí me toca. Escribid, Paganel. ¡Que mi nombre conste al lado del de mis camaradas y quiera el cielo que sea el primero que salga!

Preciso fue ceder. El nombre de Glenarvan se mezcló con los demás, y se procedió al sorteo. El nombre de Mulrady fue el favorecido.

El honrado marinero lanzó un grito de satisfacción y entusiasmo.

—Milord, estoy pronto —dijo.

Glenarvan estrechó la mano de Mulrady y en seguida volvió a la carreta, dejando al Mayor y a John Mangles la vigilancia del campamento.

Se dio cuenta a *Lady* Elena del partido que se había tomado de enviar un mensajero a Melbourne y de la decisión de la suerte. La buena señora dirigió a Mulrady palabras que le llegaron al alma. Mulrady era muy valiente, inteligente, fuerte, superior a todas las fatigas, tanto que la suerte, que entre aquellos hombres resueltos no podía escoger mal, escogió lo mejor posible.

La partida de Mulrady quedó fijada para las ocho, después del breve crepúsculo vespertino. Wilson se encargó de preparar el caballo, teniendo la feliz ocurrencia de remplazar las herraduras que le denunciaban, con las de uno de los caballos muertos aquella noche. Así los bandidos no podrían reconocer las huellas de Mulrady, ni les sería dado seguir la pista no estando montados.

Mientras Wilson se ocupaba de estos pormenores, Glenarvan se puso a escribir la carta destinada a Tom Austin; pero como la herida le molestaba, suplicó a Paganel que tomase la pluma. El sabio,

embebido en una idea fija, parecía enteramente ajeno a cuanto pasaba en torno suyo. Fuerza es decirlo, en medio de aquella larga cadena de sucesos imprevistos, Paganel, herido en su amor propio, no pensaba más que en la falsa interpretación que había dado al documento. Daba tormento a las palabras para arrancarles un nuevo sentido, y permanecía sumergido en los abismos de la interpretación.

No oyó lo que le decía Glenarvan, y éste se vio obligado a repetir su petición.

—¡Ah!, muy bien —respondió Paganel—, estoy dispuesto.

Y al mismo tiempo sacaba maquinalmente un libro de memorias, del cual arrancó una hoja blanca. En seguida cogió el lapicero, y se puso en actitud de escribir. Glenarvan empezó a dictar las instrucciones siguientes:

«Orden a Tom Austin de hacerse a la mar sin tardanza y conducir el *Duncan*...».

Acababa Paganel de escribir esta última palabra, cuando sus miradas tropezaron casualmente con el número del *Australian and New Zealand Gazette* que estaba en el suelo. Por la manera de estar doblado, el periódico no dejaba ver más que las dos últimas sílabas de *Zealand*. Paganel se detuvo, olvidando al parecer completamente a Glenarvan y su carta.

—Y bien, Paganel —dijo Glenarvan.

—¡Ah! —exclamó el geógrafo dando un grito.

—¿Qué tenéis? —le preguntó el Mayor.

—¡Nada! ¡Nada! —respondió Paganel.

Y después, bajando la voz, repitió: *¡aland! ¡aland! ¡aland!*

Se levantó, y cogió el periódico que estaba tirado. Se lo guardó, procurando contener las palabras que se le escapaban de los labios.

Lady Elena, Mary, Roberto y Glenarvan le miraban sin comprender su agitación inexplicable.

Paganel parecía acometido de una repentina enajenación mental. Pero su estado de sobreexcitación nerviosa no fue duradero. Poco a poco se fue calmando: se extinguió la alegría que brillaba en sus ojos; se volvió a sentar y dijo tranquilamente:

—Cuando gustéis, Milord, estoy a vuestras órdenes.

Glenarvan siguió dictando su carta, que quedó definitivamente redactada como sigue:

«Orden a Tom Austin de hacerse a la mar sin tardanza y conducir el *Duncan* por los treinta y siete grados de latitud a la costa oriental de Australia...».

—¿De Australia? —dijo Paganel—. ¡Ah! ¡Sí! ¡De Australia!

Terminada la carta, la presentó a Glenarvan para que la firmase. Glenarvan, molestad por su reciente herida, cumplió esta formalidad como pudo, y cerrada y sellada que fue la carta, Paganel, con una mano aún temblorosa, escribió lo siguiente en el sobre:

TOM AUSTIN

Segundo a bordo del *Duncan*
Melbourne.

Y salió en seguida de la carreta gesticulando y repitiendo estas incomprensibles palabras:

—¡Aland! ¡Aland! ¡Zealand!

Capítulo XXI

Cuatro días de angustia

EL resto del día transcurrió sin novedad particular, terminando los preparativos para la marcha de Mulrady. El buen marino se alegraba de poder dar a Su Honor una prueba de su adhesión inalterable.

Paganel había recobrado su sangre fría y sus habituales maneras. Su mirada indicaba aún una viva preocupación, pero parecía decidido a guardarla secreta. Poderosas razones tenía sin duda para obrar así, pues el Mayor le oyó repetir con frecuencia estas palabras pronunciadas con el tono del que sostiene una lucha interior.

—¡No! ¡No! ¡No me creerían! ¡Y, además, para qué! ¡Es demasiado tarde!

Tomada esta resolución, se ocupó en dar a Mulrady las indicaciones necesarias para llegar a Melbourne, y con el mapa delante le trazó su itinerario. Todos los *tracks*, es decir, todos los senderos de la pradera terminaban en el camino de Lucknow. Este camino, después de bajar hacia el sur en línea recta hasta la costa, forma un recodo y tuerce en dirección a Melbourne. Era menester seguirle incesantemente, y no buscar atajos atravesando un país poco conocido. Haciéndolo así, Mulrady no podía extraviarse.

A algunas millas más allá del campamento en que Ben Joyce y sus bandidos debían hallarse emboscados, no había ya ningún peligro. Más adelante, Mulrady podía fácilmente ensanchar la distancia que le separaba de los malhechores, y llevar a cabo su importante misión.

A las seis comieron todos juntos. Llovía a torrentes. No ofreciendo la tienda suficiente abrigo, se refugiaron todos en la carreta, que era un parapeto seguro. Incrustada en la orilla parecía tener los sólidos cimientos de una ciudadela. Se componía el arsenal

de siete carabinas y otros tantos revólveres, con víveres y municiones abundantes que permitían sostener un sitio bastante largo. Y como antes de seis días, el *Duncan* debía estar fondeado en la bahía Twofold, era lo más probable que veinticuatro horas después una parte de su tripulación se encontrase en la otra margen del Snowy. Si el paso del río no era aún practicable, los forajidos se verían obligados a retirarse delante de fuerzas superiores. Pero lo principal era que Mulrady saliese airoso de su arriesgada empresa.

A las ocho, que era el momento de partir, estaba la noche negra como boca de lobo. Trajeron el caballo, cuyos cascos, envueltos en trapos para apagar su ruido, no producían ninguno al tocar la tierra. El animal parecía fatigado, y sin embargo, de la seguridad y vigor de sus patas dependía la salvación de todos. El Mayor aconsejó a Mulrady que le llevara despacio luego que estuviese fuera del alcance de los bandidos. Lo principal era llegar con seguridad, aunque fuese con medio día de retraso.

John Mangles entregó a su marinero un revólver que acababa de cargar escrupulosamente con su propia mano. Un revólver es un arma terrible en manos de un hombre que no tiembla, porque seis tiros, disparados en algunos segundos, barren un camino obstruido por malhechores.

Mulrady montó a caballo.

—Toma la carta que has de entregar a Tom Austin —le dijo Glenarvan—. Que pase a la bahía de Twofold sin pérdida de tiempo, y si no nos encuentra allí por no haber podido salvar el Snowy, que se nos agregue inmediatamente. Ahora vete, mi bravo marinero, y que Dios te guarde.

Glenarvan, *Lady* Elena, Mary Grant, todos estrecharon la mano de Mulrady, cuya partida, en una noche oscura y lluviosa, por un camino erizado de peligros, atravesando las desconocidas inmensidades del desierto, hubiera impresionado a cualquier otro corazón menos intrépido y firme que el del valiente marinero.

—¡Adiós, Milord! —dijo con voz tranquila, y desapareció por una senda que seguía a lo largo del bosque.



En aquel momento redoblaba la tempestad su fuerza. Las erguidas ramas de los eucaliptos crujían en las tinieblas con un ruido opaco. Se oía la caída en el suelo húmedo del azotado ramaje. Más de un árbol gigantesco que, aunque falto de savia, se había hasta entonces mantenido en pie, cayó durante la borrasca. El viento mezclaba con los chasquidos de los árboles y los rugidos del Snowy sus gemidos siniestros. Las nubes, impelidas por él hacia el este, se arrastraban por el suelo como jirones de vapor, aumentando el horror de la noche una oscuridad lúgubre.

Después que partió Mulrady, los viajeros se agazaparon en la carreta. *Lady Elena* y *Mary Grant*, *Glenarvan* y *Paganel* ocupaban el primer compartimiento que estaba herméticamente cerrado. En el segundo habían encontrado suficiente espacio *Olbinett*, *Wilson* y

Roberto. El Mayor y John velaban fuera, pues era fácil, y por consiguiente posible, un ataque de los malhechores.

Los dos fieles vigilantes recibían filosóficamente las ráfagas que la noche les escupía en la cara. Procuraban atravesar con la mirada aquellas tinieblas tan propias para una celada, pues el oído nada podía percibir en medio del estrépito de la tempestad, los silbidos del viento, los chasquidos de las ramas, el derrumbamiento de los troncos y los mugidos de las aguas desencadenadas.

Algunos momentos de calma suspendían, sin embargo, de cuando en cuando la borrasca. El viento callaba como para tomar aliento, y únicamente se oía el Snowy que gemía al atravesar las inmóviles espadañas y el negro toldo de los gomeros. Durante estas treguas momentáneas, el silencio parecía más profundo. El Mayor y John Mangles escuchaban entonces con atención.

Durante una de aquellas suspensiones de hostilidades de la atmósfera, llegó hasta ellos un silbido agudo.

John Mangles se acercó rápidamente al Mayor.

—¿Habéis oído? —le dijo.

—Si —respondió Mac Nabbs—. ¿Es un hombre o un animal?

—Un hombre —contestó John Mangles.

Los dos escucharon nuevamente. El inexplicable silbido se repitió con frecuencia, y le sucedió una detonación casi imperceptible, porque la tempestad rugía con nueva violencia.

John Mangles y Mac Nabbs no podían oírse, y se colocaron a sotavento de la carreta.

En aquel momento se levantaron las cortinas de cuero de la carreta y salió de ella Glenarvan, que se reunió a sus compañeros. Había oído también el silbido siniestro, y el eco de la detonación que había llegado moribundo a la toldadura.

—¿En qué dirección ha sido? —preguntó.

—En aquélla —respondió John, indicando el sombrío *track* que había tomado Mulrady.

—¿A qué distancia?

—A tres millas por lo menos, teniendo en cuenta el viento —respondió John Mangles.

—Vamos —dijo Glenarvan, echándose la carabina al hombro.

—No —respondió el Mayor—. Puede ser todo un ardid para alejarnos de la carreta.

—¡Y si Mulrady ha caído herido por esos miserables! —replicó Glenarvan, cogiendo la mano de Mac Nabbs.

—Mañana lo sabremos —respondió fríamente el Mayor, resuelto a impedir que Glenarvan cometiese una imprudencia inútil.

—Vos no podéis separaros del campamento, Milord —dijo John —, iré yo solo.

—¡Tampoco! —dijo Mac Nabbs con energía—. ¿Queréis que nos vayan matando a todos uno tras otro, disminuir nuestras fuerzas, condenarnos a la impotencia para contrarrestar a los malhechores? Si Mulrady ha sido víctima, ¿qué podemos hacer? No se conjura una desgracia con otra. Mulrady ha partido designado por la suerte. Si hubiese sido yo el designado por ella, hubiera partido como él pero no hubiera pedido ni esperado ningún socorro.

Bajo todos los puntos de vista, el Mayor obraba debidamente conteniendo a Glenarvan y a John Mangles. Tratar de alcanzar al marinero, salir al encuentro de los bandidos emboscados detrás de algunas matas, en medio de la oscuridad de la noche, era una insensatez, y, además, una hazaña completamente inútil. La comitiva de Glenarvan no estaba tan sobrada de hombres que pudiese sacrificar ninguno de ellos.

No parecía, sin embargo, que Glenarvan estuviese dispuesto a ceder a las reflexiones que se le hacían. Su mano asía con fuerza la carabina. Daba vueltas y revueltas alrededor de la carreta. Prestaba atento oído a todos los rumores. Se esforzaba en penetrar con la mirada la oscuridad siniestra. La idea de que uno de los suyos estaba herido tal vez mortalmente, abandonado y sin auxilios, llamando en vano a aquéllos por quienes se había inmolado, torturaba su cerebro. Mac Nabbs no sabía qué hacer para impedir que Glenarvan, tomando únicamente consejos de su generoso y lacerado corazón, se hiciese víctima de los golpes de Ben Joyce.

—Edward —le dijo—, serenaos. Escuchad a un amigo. ¡Pensad en *Lady Elena*, en *Mary Grant*, en todos los que quedan! Además, ¿a dónde queréis ir? ¿Dónde pensáis encontrar a Mulrady? ¡Ha sido atacado a dos millas de aquí! ¿En qué camino? ¿Qué senda tomaréis?

En aquel momento, como respondiendo al Mayor, se oyó un grito de angustia.

—¡Escuchad! —dijo Glenarvan.

El grito venía del mismo lado de que había partido la detonación, a la distancia de menos de un cuarto de milla.

Glenarvan, rechazando a Mac Nabbs, se adelantaba ya por el sendero, cuando a 300 pasos de la carreta se oyeron estas palabras:

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

Al oír aquella voz angustiosa y desesperada, John Mangles y el Mayor corrieron hacia ella.

Pocos instantes después, distinguieron a lo largo del bosque una forma humana que se arrastraba lanzando lúgubres gemidos.

Allí estaba Mulrady, herido, moribundo, y cuando sus compañeros lo levantaron, vieron sus manos ensangrentadas.

Arreciaba entonces la lluvia, y el viento desencadenado azotaba el ramaje de los *dead trees*. En medio de la violenta ráfaga, Glenarvan, el Mayor y John Mangles transportaron el cuerpo de Mulrady.



Al llegar, todos se levantaron. Paganel, Roberto, Wilson y Olbinett salieron de la carreta, y *Lady Elena* cedió su puesto al pobre marinero. El Mayor quitó a éste las ropas empapadas de agua y sangre, y descubrió su herida. Era una puñalada en el costado derecho.

Mac Nabbs le curó diestramente, pero aún no podía decir si el arma había interesado órganos esenciales. La sangre brotaba a sacudidas y borbotones, lo que, unido al desfallecimiento y a la palidez del herido, probaba que la herida era grave. Ésta fue lavada por el Mayor con agua fría, y con un tapón de yesca y un apósito de hilas sujetas con una compresa y un vendaje, pudo al fin conseguirse contener la hemorragia.

Restañada la sangre, Mulrady fue colocado en posición supina,

con la cabeza y el pecho levantados, y *Lady Elena* le hizo beber algunos sorbos de agua.

Pasado un cuarto de hora, el herido, inmóvil hasta entonces, hizo un movimiento y entreabrió los ojos. Sus labios murmuraron palabras incoherentes, y el Mayor, acercando el oído le oyó repetir:

—Milord... la carta... Ben Joyce...

El Mayor repitió estas palabras y miró a sus compañeros. ¿Qué quería decir Mulrady? Ben Joyce había acometido al marinero, pero ¿por qué? ¿Era solamente para detenerle, para impedirle que llegase al *Duncan*? La carta...

Glenarvan registró los bolsillos de Mulrady. No encontró en ellos la carta dirigida a Tom Austin.

Pasaron una noche de inquietudes y angustias. El estado del herido inspiraba serios temores. Le devoraba la calentura. *Lady Elena* y Mary Grant, dos hermanas de caridad como no es posible que haya otras, no se apartaron un instante de su lado. Nunca enfermo alguno ha sido cuidado con mayor solicitud ni por manos más competentes.

Amaneció y cesó la lluvia. Densas nubes circulaban aún en las profundidades del cielo. La tierra estaba sembrada de ramas desgarradas. La arcilla, reblandecida por los torrentes de agua que habían caído, había formado nuevos baches.

John Mangles, Paganel y Glenarvan pasaron al rayar el alba a reconocer las inmediaciones del campamento. Tomaron la senda manchada aún de sangre. No encontraron vestigio alguno de Ben Joyce ni de su partida. Llegaron hasta el punto en que había ocurrido el ataque. Había en tierra dos bandidos muertos por las balas de Mulrady. Uno de ellos era el cadáver del herrador de Black Point. Su semblante, descompuesto por la muerte, inspiraba horror.

Glenarvan no llevó más adelante sus investigaciones. La prudencia le prohibía alejarse, y volvió a la carreta, muy preocupado por la gravedad de la situación.

—No podemos pensar en enviar a Melbourne otro mensajero —dijo.

—Sin embargo, es indispensable, Milord —respondió John Mangles—, y yo haré lo posible por pasar por donde no pudo hacerlo mi marinero.

—No, John. ¡Ni siquiera tienes un caballo para recorrer

doscientas millas!

En efecto, el caballo de Mulrady, único que quedaba, no había reaparecido. ¿Había sido muerto por los bandoleros? ¿O andaba extraviado por el desierto? ¿No se habían apoderado de él los malhechores?

—Sobrevena lo que quiera, no nos separaremos —dijo Glenarvan—. Aguardaremos ocho días, quince días, hasta que las aguas del Snowy recobren su nivel normal. Entonces a cortas jornadas nos iremos acercando a la bahía de Twofold, desde la cual remitiremos al *Duncan* por una vía más segura la orden de trasladarse a la costa.

—No se puede tomar otro partido —respondió Paganel.

—Así, pues, amigos míos —repuso Glenarvan—, no más separaciones. Un hombre arriesga demasiado aventurándose solo en el desierto infestado de bandidos. ¡Y ahora, que Dios salve a nuestro pobre marinero, y nos proteja a todos!

Glenarvan tenía razón en condenar toda tentativa aislada, como la tenía también en esperar en las márgenes del Snowy que hubiese un paso practicable. Treinta y cinco millas escasas le separaban de Delegete, que es la primera ciudad fronteriza de Nueva Gales del Sur, donde encontraría medios de transporte para ganar la bahía de Twofold. De allí podría mandar por telégrafo las órdenes relativas al *Duncan*.

Estas medidas eran acertadas, pero tardías. Si Glenarvan no hubiese enviado a Mulrady por el camino de Lucknow, ¡cuántas desgracias se hubieran evitado, sin contar el asesinato del marinero!

Al volver al campamento halló a sus compañeros menos afectados. Parecía que habían recobrado alguna esperanza.

—¡Está mejor! ¡Está mejor! —exclamó Roberto saliendo al encuentro de *Lord* Glenarvan.

—¿Mulrady?

—¡Sí, Edward! —respondió *Lady* Elena—. Ha sobrevenido una reacción. El Mayor está más tranquilo. Nuestro marino vivirá.

—¿Dónde está Mac Nabbs? —preguntó Glenarvan.

—Junto a él. Mulrady ha querido tener con él un rato de conversación. Conviene no interrumpirles.

Efectivamente, haría una hora que el herido había salido de su letargo, y que su calentura había bajado mucho.

Pero el primer cuidado de Mulrady, al recobrar la memoria y el uso de la palabra, fue llamar a *Lord Glenarvan*, y a falta de éste, al Mayor Mac Nabbs, que, viéndole tan débil, quiso prohibirle que hablara, pero Mulrady insistió con tanto empeño que fue preciso ceder a su exigencia.

Hacía ya algunos minutos que había empezado la conversación, cuando llegó Glenarvan, que quedó esperando las revelaciones de Mac Nabbs.

No tardaron en levantarse las cortinas de la carreta, y el Mayor apareció, reuniéndose en seguida a sus amigos al pie de un gomero, donde se había levantado la tienda. Una grave preocupación se leía en su semblante, ordinariamente tan frío, expresando sus miradas una dolorosa tristeza cuando se fijaron en *Lady Elena* y en *Mary Grant*.

Glenarvan le interrogó y el Mayor le dijo en sustancia y con muy pocas palabras lo que acababa de saber, que era lo siguiente:

«Mulrady, al salir del campamento, siguió una de las sendas que Paganel había indicado, caminando con toda la celeridad que permitía la oscuridad de la noche. En su concepto, había aproximadamente recorrido una distancia de dos millas, cuando algunos hombres —le pareció que eran cinco— atacaron de frente al caballo, el cual se encabritó».



Mulrady echó mano del revólver e hizo fuego. Le pareció ver caer a dos de sus agresores. Al resplandor de los disparos, reconoció a Ben Joyce. Pero nada más. Ni siquiera tuvo tiempo de disparar todos los tiros de su revólver. Cayó derribado por un golpe violento que recibió en el costado derecho.

Con todo, no había perdido aún el conocimiento. Los asesinos le creían muerto, y él sintió cómo le registraban. Oyó también después pronunciar estas palabras: «Tengo la carta», dijo uno de los bandidos. «Dámela —respondió Ben Joyce—, y ahora el *Duncan* es nuestro».

Al llegar Mac Nabbs a este punto de la narración, Glenarvan no pudo reprimir un grito.

Mac Nabbs continuó:

—«Ahora —añadió Ben Joyce—, alcanza el caballo y tráemelo.

Dentro de dos días estaré a bordo del *Duncan*, dentro de seis, en la bahía de Twofold, que es el punto de cita. La comitiva de Milord se hallará aún atascada en los pantanos de Snowy. Pasad el río por el puente de Kemple-pier, ganad la costa, y aguardadme. No me faltarán medios de introducirlos a bordo. En cuanto arrojemos al mar la tripulación, con un buen buque como el *Duncan* seremos los amos del océano Índico». «¡Hurra por Ben Joyce!», exclamaron los bandidos. En seguida trajeron el caballo de Mulrady a Ben Joyce, y éste desapareció a galope por el camino de Lucknow, en tanto que su gente se dirigía por el Sudeste al Snowy River. Mulrady, aunque gravemente herido, tuvo bastante fuerza para llegar arrastrándose a trescientos pasos del campamento, donde le recogimos desangrado y casi moribundo. Tal es —dijo Mac Nabbs— la historia de Mulrady. ¿Comprendéis ahora por qué el denodado marinero ponía tanto empeño en hablar?

La revelación aterró a Glenarvan y a sus compañeros.

—¡Piratas! ¡Piratas! —exclamó Glenarvan—. ¡Mi tripulación degollada! ¡El *Duncan* en poder de forajidos!

—¡Sí! Ben Joyce sorprenderá el buque —respondió el Mayor—, y entonces...

—¡Pues bien, es necesario, es indispensable que lleguemos a la costa antes que esos miserables! —dijo Paganel.

—Pero, ¿cómo pasamos el Snowy? —preguntó Wilson.

—Como ellos —respondió Glenarvan—. Ellos van a pasarlo por el puente de Kemple-pier, nosotros pasaremos también por él.

—Pero, ¿qué será de Mulrady? —preguntó Lady Elena.

—Le llevaremos relevándonos. ¿Puedo entregar mi indefensa tripulación a los bandidos de Ben Joyce?

La idea de pasar el Snowy por el puente de Kemple-pier era practicable, pero arriesgada. Los bandidos podían hacerse fuertes en el puente y defenderlo. Serían por lo menos treinta contra siete. Pero hay momentos en que no se cuenta el número y se prescinde de todo.

—Milord —dijo entonces John Mangles—, antes de jugarnos el todo por el todo, antes de intentar pasar el puente, debemos reconocerlo, y del reconocimiento me encargo yo.

—Os acompañaré, John —respondió Paganel.

Aceptada la proposición, John Mangles y Paganel se dispusieron

a partir inmediatamente. Tenían que seguir río abajo las orillas del Snowy, hasta encontrar el puente indicado por Ben Joyce, procurando no ser vistos de los bandidos, que aún no debían hallarse lejos.

Partieron los dos animosos compañeros, provistos de víveres y bien armados, y muy pronto desaparecieron entre los grandes árboles.

Se les estuvo aguardando todo el día y anocheció antes que estuvieran de vuelta. La ansiedad fue grande.

Al fin, a las once aproximadamente, Wilson anunció su llegada.

Paganel y John Mangles, que habían andado diez millas, estaban rendidos de fatiga.

—¡Sí! Un puente de mimbres —dijo John Mangles—. Los bandidos han pasado efectivamente por él, pero...

—¿Pero qué? —preguntó Glenarvan temiendo una nueva desgracia.

—¡Lo han quemado! —respondió Paganel.

Capítulo XXII

Edén

No era aquél el momento de desesperarse, sino de obrar. Destruído el puente de Kemple-pier, fuerza era pasar a toda costa el Snowy, y tomar la delantera a la cuadrilla de Ben Joyce para llegar antes que ella a las costas de Twofold Bay. No perdieron, pues, tiempo en inútiles palabras los expedicionarios, y al día siguiente, 16 de enero, John Mangles y Glenarvan observaron el río con el fin de organizar el paso.

Las aguas tumultuosas, que habían aumentado con las últimas lluvias, se arremolinaban con un furor indescriptible, y no era posible cruzar el río sin correr a una muerte inevitable. Glenarvan, con los brazos cruzados y la cabeza baja, permanecía inmóvil.

—¿Queréis que pruebe pasar a nado? —dijo John Mangles.

—¡No, John! —respondió Glenarvan, sujetando con la mano al denodado marino—. ¡Aguardemos!

Y volvieron los dos al campamento. Se pasó un día angustioso. Diez veces volvió Glenarvan a examinar el Snowy. Se devanaba los sesos buscando inútilmente un medio cualquiera para atravesarlo. Pero era imposible, absolutamente imposible, tan imposible como si en vez de agua hubiesen corrido por su cauce torrentes de lava abrasadora.

Durante aquellas largas horas perdidas, *Lady Elena*, aconsejada por el Mayor, prodigaba a Mulrady los cuidados más solícitos. El marinero iba recobrando la vida y permitió muy pronto a Mac Nabbs afirmar que el hierro homicida no había interesado ningún órgano esencial, siendo la pérdida de sangre la única causa de la debilidad del enfermo. Así, pues, cerrada la herida y contenida la hemorragia, el tiempo y el reposo debían completar su curación. *Lady Elena* le obligó a ocupar el primer compartimiento de la

carreta, de lo que Mulrady estaba muy avergonzado. Lo que le afligía era la idea de que su estado podía retrasar a Glenarvan, y para tranquilizarlo un poco hubo necesidad de prometerle que, en el caso de poder pasar el Snowy, se le dejaría en el campamento al cuidado de Wilson.

Desgraciadamente, el paso no fue practicable aquel día ni el siguiente, 17 de enero. Tan cruel detención desesperaba a Glenarvan, tratando en vano de tranquilizarle *Lady Elena* y el Mayor, que le exhortaban a la paciencia. ¡Paciencia, cuando tal vez en aquel momento Ben Joyce llegaba a bordo del yate! ¡Paciencia, cuando el *Duncan* largando las amarras, forzaba el vapor para alcanzar aquella costa funesta a la cual se acercaba de hora en hora!

Las mismas angustias experimentaba John Mangles, el cual, queriendo a toda costa vencer el obstáculo, con anchas tiras de corteza de gomero construyó una canoa a la manera australiana. Aquellas tiras, sumamente ligeras, aunque reforzadas con tablas de madera, formaban una embarcación demasiado frágil.

El 18, el capitán y el marinero ensayaron la endeble canoa, e hicieron los más desesperados esfuerzos de habilidad, destreza y arrojo. Pero apenas lanzaron la embarcación a la corriente, zozobraron y estuvieron a punto de pagar con la vida su temerario experimento. La canoa, arrastrada por los remolinos, desapareció en un instante, cuando John Mangles y Wilson habían apenas avanzado diez brazas. Y el río, engrosado por las lluvias y el deshielo, medía entonces una milla de una a otra margen.

El 19 y el 20 de enero fueron también días perdidos. El Mayor y Glenarvan anduvieron cinco millas remontando el Snowy sin encontrar un punto vadeable. Dondequiera, la misma impetuosidad de las aguas que era la de un torrente. Toda la vertiente meridional de los Alpes australianos vertía sus aguas en aquel lecho único.

Fuerza era renunciar a la esperanza de salvar al *Duncan*. Cinco días habían ya transcurrido desde la partida de Ben Joyce, y por consiguiente el yate a la sazón debía de hallarse en la costa en poder de los bandidos.

Pero aquel estado de cosas no podía prolongarse. Las avenidas o crecidas temporales pasan pronto, por lo mismo que son tan violentas. Paganel, al amanecer del 21, observó que empezaban a bajar las aguas, y dio cuenta a Glenarvan del resultado de sus

observaciones.

—¿Qué importa ya? —dijo Glenarvan—. Es demasiado tarde.

—Ésa no es razón para prolongar nuestra permanencia en el campamento —replicó el Mayor.

—En efecto —respondió John Mangles—. Tal vez mañana sea el paso practicable.

—¿Y salvaremos, practicándolo mañana, a mi desgraciada tripulación? —exclamó Glenarvan.

—Óigame Vuestro Honor —replicó John Mangles—. Conozco a Tom Austin y ha debido ejecutar vuestras órdenes y partir en el momento que le haya sido posible. ¿Pero quién nos asegura que el *Duncan*, al llegar Ben Joyce a Melbourne, estuviera ya en disposición de hacerse a la mar y tuviera reparadas sus averías? ¿Y si no ha podido zarpar en el acto y ha experimentado uno, dos o más días de retraso?

—¡Todo es posible, John! —respondió Glenarvan—. Tienes razón; debemos ganar la bahía de Twofold. No nos hallamos más que a treinta y cinco millas de distancia de Delegete.

—Sí —dijo Paganel—, y en Delegete encontraremos medios de transporte rápidos. ¿Quién sabe si llegaremos a tiempo de prevenir una catástrofe?

—¡Partamos! —exclamó Glenarvan.

John Mangles y Wilson empezaron inmediatamente a construir una embarcación de grandes dimensiones. La experiencia les había enseñado que pedazos de corteza no podían contrarrestar la violencia del torrente. John derribó troncos de gomeros con los que hizo una almadía tosca, pero sólida. El trabajo fue largo, y no se pudo concluir el aparato en todo el día. Hasta el siguiente no estuvo terminado.

Entonces las aguas del Snowy habían bajado sensiblemente. El torrente no era ya más que un río de corriente rápida, y en concepto de John Mangles, ésta se podía sortear con maniobras hábiles y alcanzar la orilla opuesta.

A las doce y media se embarcaron los víveres que requería una marcha de dos días, dejando abandonado el resto de ellos con la carreta y la tienda. Mulrady, que avanzaba rápidamente en su convalecencia, estaba bastante bien para ser transportado.

A la una se colocaron todos en la almadía, sujeta con una

amarra a la orilla. John Mangles, para sostener el aparato contra la corriente y disminuir su deriva o abatimiento de rumbo, puso un remo a estribor que tomó Wilson a su cargo, y él, colocándose en la popa, debía dirigir la almadía por medio de un gobernalle grosero. *Lady Elena* y *Mary Grant* ocupaban el centro de la embarcación junto a *Mulrady*, rodeándolas, para prestarles pronto socorro en caso necesario, *Glenarvan*, el Mayor, *Paganel* y *Roberto*.

—¿Estamos, Wilson? —preguntó John Mangles al marinero.

—Sí, capitán —respondió Wilson, asiendo fuertemente el remo.

—Atención, y aguanta contra la corriente.

John Mangles soltó la amarra y empujó vigorosamente la almadía en medio de las aguas del *Snowy*. Todo fue perfectamente durante quince toesas. Wilson contrarrestaba victoriosamente la corriente.



Pero luego el aparato, apoderándose de él los remolinos, empezó a dar vueltas alrededor de sí mismo, sin que pudiesen dominar su vértigo y mantenerlo en línea recta el gobernalle ni el remo. A pesar de sus esfuerzos, Wilson y John Mangles se hallaron colocados muy pronto en una posición inversa, que imposibilitaba la acción de los escasos medios de avance con que contaban.

Fue preciso resignarse. No había ningún medio para sobreponerse al movimiento giratorio de la almadía, que era llevada por la corriente y daba vueltas con una rapidez vertiginosa. John Mangles, en pie, pálido, apretando los dientes, miraba el agua arremolinada.

Llegó la almadía al centro del Snowy, encontrándose entonces a media milla río abajo de su punto de partida. Allí tenía la corriente una fuerza extremada, y como rompía los remolinos, adquirió el aparato alguna estabilidad.

John y Wilson cogieron de nuevo los remos y pudieron colocar la almadía en una dirección oblicua. Su maniobra dio por resultado aproximarla a la orilla izquierda. No se hallaban ya más que a cincuenta toesas, cuando el remo de Wilson se rompió y la almadía, careciendo de todo sostén, fue arrastrada. John quiso resistir solo, a riesgo de romper el timón como se había roto el remo, y Wilson, con las manos ensangrentadas, le ayudó en esta vigorosa maniobra.

Al cabo triunfaron y la almadía, después de una travesía que duró más de media hora, atracó contra la escarpa perpendicular de la orilla. El choque fue tan violento que se descoyuntaron las tablas, se rompieron las cuerdas, y entró el agua por todas partes. Los viajeros no tuvieron más que el tiempo necesario para asirse a la maleza de la margen, sosteniendo a Mulrady, a *Lady Elena* y a *Mary Grant* que se encontraron a salvo con los vestidos empapados de agua. Todos se salvaron, pero la mayor parte de las provisiones embarcadas y las armas, exceptuando la carabina del Mayor, se fueron con los restos de la almadía.

Se había pasado el río. Los expedicionarios se hallaban casi sin recursos, a treinta y cinco millas de Delegete, en medio de los desconocidos desiertos de la frontera victoriana. No se encuentran allí colonos ni pastores, siendo una región habitada únicamente por algunos *bushrangers*, feroces y ladrones.

Se resolvió partir inmediatamente. Mulrady comprendió que no

servía más que de estorbo, y pidió que le dejaran allí solo hasta que de Delegete le mandasen socorros.

Glenarvan rechazó su proposición. No podía llegar a Delegete antes de tres días, ni a la costa antes de cinco, es decir, hasta el 26 de enero, y el *Duncan* debió haber salido el 16 de Melbourne. ¿Qué le importaban ya algunas horas de retraso?

—No, amigo mío —le dijo—, no quiero abandonar a nadie. Haremos unas angarillas y te llevaremos relevándonos.

Se hicieron las angarillas con ramas de eucaliptos cubiertas de hojas, y, de grado o por fuerza, tuvo Mulrady que colocarse en ellas. Glenarvan quiso ser el primero en llevar al buen marinero; cogió un extremo de las angarillas, Wilson el otro, y los expedicionarios se pusieron en marcha.

¡Qué triste espectáculo! ¡Cuán mal concluía un viaje que tan bien había empezado! No se iba ya en busca de Harry Grant. Aquel continente, en que él no estaba, en que no había estado nunca, prometía ser funesto a los que buscaban sus huellas. ¡Y cuando sus denodados compatriotas llegasen a la costa australiana, no encontrarían siquiera el *Duncan* para volver a su patria!

Fue triste y silenciosa la primera jornada. Los viajeros se relevaban de diez en diez minutos para llevar las angarillas. Un calor intensísimo aumentaba la fatiga de los camaradas del marinero, que sin murmurar se habían impuesto la obligación de llevarle.

A la caída de la tarde, sin haber avanzado más que cinco millas, los viajeros acamparon en un bosque de gomeros.

Se cenó el resto de las provisiones que pudieron salvarse del naufragio. No se podía en lo sucesivo contar más que con lo que diese de sí la carabina del Mayor.

La noche fue mala y lluviosa. Parecía eterna. No bien amaneció, la expedición volvió a emprender su caminata. No se presentó al Mayor una sola ocasión de disparar su carabina. Aquella funesta región era más desierta que el desierto, pues ni siquiera la frecuentaban los animales.

Por fortuna, Roberto descubrió un nido de avutardas, en el que encontró una docena de voluminosos huevos que Olbinett coció enterrándolos en ceniza caliente. Con esto y algunas verdolagas que crecían en el fondo de una barranca, se almorzó el día 22.

La marcha se hizo entonces sumamente penosa. Las llanuras eran arenosas y estaban erizadas de *spinifex*, hierba espinosa llamada en Melbourne *porc-épic* (puerco espín). Los *spinifex* desgarraban los vestidos y la carne. Sin embargo, las valerosas viajeras no se quejaban; iban delante para dar ejemplo, y animaban a unos y otros con una palabra o una mirada.

Al anochecer se detuvieron los expedicionarios al pie del monte Bulla-Bulla, en las márgenes del *creek* de Jungalla. La cena habría sido nula, es decir que no habría habido cena si no hubiera dado la casualidad de que Mac Nabbs matara una rata de una especie enorme, el *Mus conditor*, que goza de excelente reputación bajo el punto de vista gastronómico. Olbinett la asó, y hubiera parecido superior a su fama si su tamaño hubiese sido igual al de un carnero. Pero fue menester contentarse con lo poco que daba de sí el animalito, que tuvo la honra de ser roído hasta los huesos.

El 23, los viajeros, fatigados, pero siempre enérgicos, emprendieron de nuevo la marcha. Después de rodear la falda de la montaña atravesaron largas praderas, cuya hierba parecía formada de barbas de ballena. Era aquello una trabazón inextricable de dardos, lanzas y bayonetas, que obligaban a recurrir al hierro y al fuego para abrirse paso.

Aquella mañana se suprimió el almuerzo por economía. Nada hay tan árido como aquella región sembrada de fragmentos de cuarzo. Se dejaron sentir cruelmente el hambre y la sed. Redoblaban las angustias de los viajeros una atmósfera de fuego. No se andaba en una hora media milla. Si aquella privación de agua y alimentos se hubiera prolongado hasta la noche, los asendereados viajeros se habrían quedado muertos en el camino.

Pero cuando todo falta, cuando el hombre se ve completamente privado de recursos, cuando ve llegada la hora en que ha de sucumbir irremisiblemente, se manifiesta algunas veces la intervención de la Providencia.

Ofrecieron agua a los viajeros los *cefalotes*, especie de vasos llenos de líquido refrigerante que pendían de las ramas de algunos arbustos coraliformes. Todos bebieron de aquella agua, que les dio la vida.

El alimento se redujo al que sostiene a los indígenas cuando carecen de caza, de insectos y serpientes. En el seco lecho de un

creek encontró Paganel una planta cuyas excelentes propiedades le había con frecuencia descrito uno de sus colegas de la Sociedad de Geografía.

Dicha planta, llamada *nardou*, era una criptógama de la familia de las marcilacias, la misma que prolongó la vida de Burke y de King en los desiertos del interior. Debajo de sus hojas, parecidas a las del trébol, brotan espórulas del tamaño de una lenteja que se machacaron con piedras y se redujeron a una especie de harina de la que se hizo un pan que mitigó los tormentos del hambre. Olbinett hizo un gran repuesto de *nardou*, que abundaba mucho en aquellos sitios, y quedó asegurada la manutención para algunos días.



El día 24 Mulrady anduvo a pie una parte del camino. Su herida

estaba enteramente cicatrizada. No faltaban ya más de diez millas para llegar a la ciudad de Delegete, y al anochecer acamparon los peregrinos a los 149° de longitud sur en la frontera misma de Nueva Gales del Sur.

Hacía algunas horas que caía una lluvia fina y penetrante, y no hubiera habido donde guarecerse, si John Mangles no hubiese descubierto casualmente una choza de serradores abandonada y medio demolida. Preciso fue contentarse con aquel miserable albergue de ramas y bálago. Wilson quiso encender fuego para preparar el pan de *nardou*, y fue a buscar ramas secas que encontró en el suelo. Pero cuando trató de encender aquella leña, no pudo conseguirlo, porque se oponía a su combustión la considerable cantidad de sustancia albuminosa que contenía. Dicha leña era la madera incombustible citada por Paganel en su extraña nomenclatura de los productos australianos.

Hubo, pues, que prescindir del fuego, y por consiguiente del pan, y echarse con los vestidos mojados, mientras que los pájaros burlones, ocultos en las altas ramas, se mofaban al parecer de los desventurados viajeros.

Ya era hora de que tantos padecimientos llegasen a su término. Las dos animosas viajeras sacaban, como suele decirse, fuerzas de flaqueza, pero no podían ya más, y ya no andaban, sino que se arrastraban.

Se partió al día siguiente, al rayar el alba. A las once se distinguió Delegete, en el condado de Wellesley, a 50 millas de la bahía de Twofold.

Los medios de transporte se organizaron allí rápidamente. Hallándose tan cerca de la costa, renació la esperanza en el corazón de Glenarvan. Tal vez, si había habido algún retraso, llegaría antes que el *Duncan*. En veinticuatro horas podía estar en la costa.

A mediodía, después de una buena comida, todos los viajeros, metidos en un *mail-coach*, salieron de Delegete al galope de cinco vigorosos caballos.

Los postillones, estimulados por el ofrecimiento de una buena propina, hacían volar el carruaje por un camino bien conservado. En menos de diez minutos hacían los relevos, que se sucedían de 10 en 10 millas. Parecía que Glenarvan les había comunicado la impaciencia que le devoraba.

Durante aquel día y toda la noche se corrió a razón de 10 millas por hora.

A la salida del sol del día siguiente, un sordo murmullo anunció la aproximación del océano Índico. Fue preciso rodear la bahía para alcanzar la playa en el paralelo 37, que era precisamente el punto en que Tom Austin debía esperar la llegada de los viajeros.

Cuando apareció el mar, todas las miradas se dirigieron a él, interrogando el horizonte. ¿Se hallaría allí el *Duncan* por un milagro de la Providencia, navegando de vuelta y vuelta, como un mes antes en el cabo Corrientes, en las costas argentinas?

Nada se vio. El cielo y el agua se confundían en una misma línea. Ni una sola vela animaba la vasta extensión del océano.

Quedaba aún una esperanza. Tal vez Tom Austin había juzgado conveniente anclar en la bahía de Twofold, porque la mar era gruesa, y un buque peligraba en la proximidad de semejantes costas.

—¡A Edén! —dijo Glenarvan.

El *mail-coach* tomó inmediatamente a la derecha el camino circular que sigue las costas de la bahía y se dirigió a la aldea de Edén, que sólo distaba de allí unas cinco millas.

Los postillones se detuvieron cerca del faro fijo que señalaba la entrada del puerto. Había algunos buques fondeados en la rada, pero ninguno tenía izado en el mástil el pabellón de Malcolm.

Glenarvan, John Mangles y Paganel, bajaron del carruaje, corrieron a la Aduana, interrogaron a los empleados y se enteraron del movimiento de buques de los últimos días.

Hacía una semana que ninguno había anclado en la bahía.

—¡Tal vez no haya partido! —exclamó Glenarvan, el cual, por una condición inherente al corazón humano, no quería desesperar enteramente—. ¡Quizás hayamos llegado antes que él!

John Mangles movió la cabeza. Conocía a Tom Austin y sabía que su segundo no era capaz de retardar diez días la ejecución de una orden.

—Quiero saber a qué atenerme —dijo Glenarvan—. Es preferible la certeza a la duda.

Un cuarto de hora después había enviado un telegrama urgente al síndico de los *ships-brokers* de Melbourne.

En seguida, los viajeros se hicieron conducir a la fonda

«Victoria».

A las dos recibió *Lord Glenarvan* un parte telegráfico concebido en los siguientes términos.

Lord Glenarvan, Edén.

Twofold Bay. Duncan partido 18 corriente, destino desconocido.

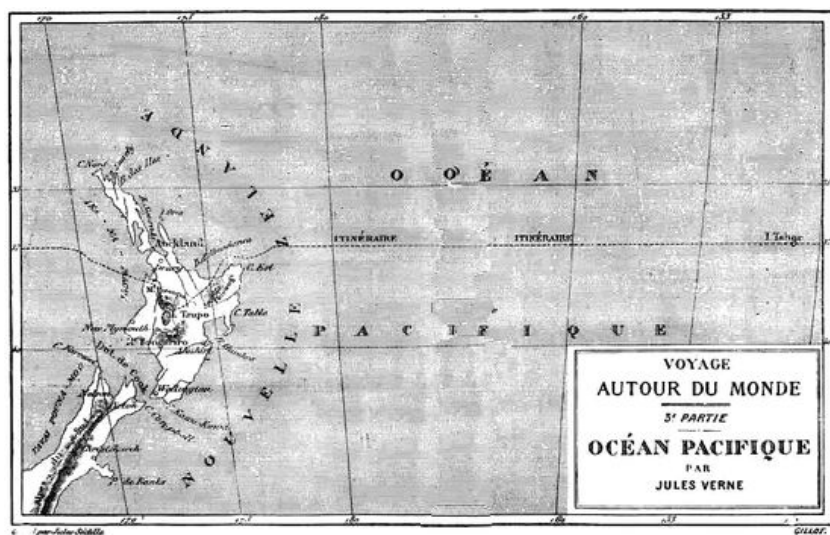
J. ANDREW, S. B.

Glenarvan dejó caer al suelo el telegrama.

¡Ya no cabía duda! ¡El honrado yate escocés se hallaba en manos de Ben Joyce, convertido en buque pirata!

Así terminaba aquella travesía de Australia, empezada bajo tan favorables auspicios. Las huellas del capitán Grant y de los náufragos parecían irrevocablemente perdidas. El fracaso costaba la vida a toda una tripulación; *Lord Glenarvan* sucumbía en la lucha, y el denodado explorador, a quien no habían podido detener en las Pampas todos los elementos conjurados contra él, acababa de ser vencido en el continente australiano por la perversidad de los hombres.

Los hijos del capitán Grant en el océano Pacífico



Capítulo I

El Macquarie

Si los que buscaban al capitán Grant debían desesperar alguna vez de descubrir su paradero, ¿no era acaso en aquel momento en que todo absolutamente les faltaba? ¿A qué punto del Globo habían de dirigir una nueva expedición? ¿Cómo habían de explorar nuevos países? El *Duncan* no existía para ellos, y hasta se hallaban imposibilitados para volver inmediatamente a su patria. La empresa de aquellos generosos escoceses había, por consiguiente, fracasado. ¡Fracasado! ¡Triste palabra que no encuentra eco en las almas valerosas, y, sin embargo, bajo los repetidos golpes de la fatalidad, fuerza era que Glenarvan reconociese su impotencia para proseguir su obra de abnegación y desprendimiento!

Mary Grant, haciéndose cargo de la situación, tuvo la prudencia y el valor de no pronunciar el nombre de su padre. Contuvo su congoja pensando en la desventurada tripulación que acababa de perecer. La hija se borró, si así puede decirse, delante de la amiga, y prodigó sus consuelos a *Lady Glenarvan*, de quien tanto había recibido. Fue quien primero habló de regresar a Escocia. John Mangles la admiró al verla tan animosa y resignada. Quiso pronunciar la última palabra en favor del capitán, pero Mary lo detuvo con una mirada, y más adelante le dijo:

—No, Mr. John, pensemos en los que se han sacrificado. Es preciso que *Lord Glenarvan* regrese a Europa.

—Tenéis razón, *Miss Mary* —respondió John Mangles—, es preciso. También lo es informar a las autoridades inglesas de la suerte del *Duncan*. Pero no renunciéis a toda esperanza. Antes de abandonar las investigaciones que hemos empezado, me comprometo a proseguirlas yo solo. Encontraré al capitán Grant o sucumbiré en la empresa.

El compromiso que contraía John Mangles era formal. Mary lo aceptó y tendió la mano al joven capitán, como para ratificar el tratado. John Mangles ofrecía el sacrificio de toda su vida, y Mary un reconocimiento inalterable.

En aquel mismo día se decidió definitivamente la partida. Se resolvió trasladarse a Melbourne sin tardanza. Al día siguiente, fue John a averiguar qué buques estaban próximos a zarpar del puerto. Creía hallar comunicaciones frecuentes entre Edén y la capital de Victoria.

Se frustraron sus esperanzas. Los buques eran escasos. Tres o cuatro embarcaciones, ancladas en la bahía de Twofold, componían toda la flota mercante, sin que hubiese ninguna que se hiciese a la vela para Melbourne, Sydney ni Pomte de Gall, únicos puertos de Australia en que Glenarvan hubiera encontrado buques de carga para Inglaterra. En efecto, la «Peninsular Oriental Steam Navigation Company» tiene una línea regular de vapores entre dichos puertos y la metrópoli.

¿Qué podían hacer en las circunstancias que les rodeaban? ¿Esperar un buque? Se exponían a tener que estar esperando mucho tiempo, porque la bahía de Twofold es poco frecuentada. ¡Cuántos buques pasan de largo sin arribar a ella!

Después de mucho reflexionar y discutir, Glenarvan estaba resuelto a dirigirse a Sydney por los caminos de la costa, cuando Paganel hizo una proposición inesperada.

El geógrafo había ido, sin decir una palabra a nadie, a visitar la bahía de Twofold. Sabía que para Sydney y Melbourne faltaban medios de transporte. Pero de los tres buques anclados en la rada había uno que estaba próximo a aparejar para Auckland, la capital de Ika Na Maoui, la isla norte de Nueva Zelanda. Paganel propuso fletar dicho buque e ir a Auckland, desde donde sería fácil regresar a Europa en un paquebote de la «Compañía Peninsular».

La proposición de Paganel fue tomada en consideración sin que el geógrafo recurriese a la serie de argumentos de que era ordinariamente tan pródigo. Se limitó a exponer el hecho, añadiendo que la travesía no duraría más allá de cinco o seis días, no siendo más que de 1.000 millas la distancia que separa Australia de Nueva Zelanda.^[1]

Por una singular coincidencia, Auckland se halla situado

precisamente en la línea del paralelo 37, que tan obstinadamente seguían los expedicionarios desde las costas de Araucanía. Indudablemente el geógrafo, sin que se le tachase de parcial, habría podido sacar de esta particularidad un argumento en pro de su proposición, que ofrecía naturalmente la ocasión de inspeccionar las costas de Nueva Zelanda.

Pero no quiso aprovecharse de semejante ventaja. Habiéndose engañado ya dos veces, no quiso aventurar una tercera interpretación del documento. Además, ¿qué nueva interpretación podía ser la suya? En el documento se expresaba terminantemente que el capitán Grant se había refugiado en un continente, y Nueva Zelanda es una isla. Por esta razón, Paganel no asoció ninguna idea de nuevas exploraciones a la proposición de dirigirse a Auckland. Únicamente hizo observar que, entre este puerto y la Gran Bretaña, hay establecidas comunicaciones periódicas, de que sería fácil aprovecharse.

John Mangles apoyó la proposición de Paganel, y fue del parecer de que debía adoptarse, sin aguardar la llegada problemática de un buque a la bahía de Twofold. Pero antes de pasar más adelante, juzgó conveniente visitar el buque indicado por el geógrafo. Participaron todos de su opinión, y Glenarvan, el Mayor, Paganel, Roberto y el joven capitán, tomaron una lancha, y en un santiamén estuvieron en el buque, fondeado a dos cables escasos del muelle.



Era el tal buque, que se llamaba *Macquarie*, un bergantín de doscientas toneladas, que hacía tráfico de cabotaje entre los diferentes puertos de Australia y de Nueva Zelanda. El capitán, o por mejor decir, el *master* o patrón, recibió muy groseramente a los recién llegados, los cuales vieron en seguida que tenían que habérselas con un hombre sin pizca de educación ni de buena crianza, que por sus modales no se diferenciaba esencialmente de los cinco marineros que llevaba a bordo. Una cara ancha muy colorada, manos gruesas, nariz aplastada, ojos saltones y unos labios ennegrecidos por la pipa, daban a Will Halley un aspecto brutal y hacían de él un triste personaje. Pero no había dónde escoger, y, además, se trataba sólo de un viaje de unos cuantos días.

—¿Qué queréis? —preguntó Will Halley a los desconocidos, apenas pusieron el pie en la cubierta del buque.

—¿El capitán? —preguntó John Mangles.

—Yo soy —dijo Halley—. ¿Qué más?

—¿El *Macquarie* está aparejando para Auckland?

—Sí. ¿Qué más?

—¿Qué lleva?

—Todo lo que se vende y todo lo que se compra. ¿Qué más?

—¿Cuándo parte?

—Mañana, con la marea del mediodía. ¿Qué más?

—¿Toma pasajeros?

—Según sean, y si se contentan con el rancho de a bordo.

—Traerán sus provisiones.

—¿Qué más?

—¿Qué más?

—Sí, ¿cuántos son?

—Nueve; entre ellos dos señoras.

—No tengo camarotes.

—Nos pasaremos sin ellos, y nos arreglaremos como podamos, dejando a nuestra disposición la cámara de popa.

—¿Qué más?

—¿Aceptáis? —preguntó John Mangles, que no hacía ningún caso de los modales del patrón.

—Lo pensaré —respondió éste.

Y dio dos o tres vueltas por la cubierta, en que resonaban sus grandes botas claveteadas. Después, se volvió bruscamente hacia John Mangles.

—¿Cuánto van a dar? —dijo.

—¿Cuánto pedís? —respondió John.

—Cincuenta libras.

Glenarvan hizo un ademán de asentimiento.

—De acuerdo. Cincuenta libras —respondió John Mangles.

—Pero nada más que el pasaje —añadió Will Halley.

—Nada más.

—Comida aparte.

—Aparte.

—Convenido. ¿Qué más? —dijo Will tendiendo la mano.

—¿Cómo?

—¿No dais señal?

—Tomad veinticinco libras, la mitad del pasaje —dijo John

Mangles, contando la suma al *master*, que se la metió en el bolsillo sin dar las gracias.

—Mañana a bordo antes del mediodía —dijo—. Estén o no, me largo.

—Estaremos.

Sin más respuesta, Glenarvan, el Mayor, Roberto, Paganel y John Mangles salieron del buque, sin que Will Halley tocara siquiera con un dedo el *curouet*^[2] que llevaba encasquetado.

—¡Qué buitre! —dijo John.

—Pues me hace gracia —respondió Paganel—. Es un verdadero lobo de mar.

—¡Un verdadero oso! —replicó el Mayor.

—¿Qué importa —respondió Glenarvan—, puesto que manda el *Macquarie*, y el *Macquarie* va a Nueva Zelanda? Desde Twofold Bay a Auckland le veremos poco, y al llegar a Auckland, ya no le volveremos a ver.

Lady Elena y Mary Grant se alegraron mucho cuando supieron que estaba fijada la partida para el día siguiente. Glenarvan les hizo observar que el *Macquarie* no ofrecía las mismas comodidades que el *Duncan*, pero después de tantos percances como habían experimentado, las animosas viajeras se habían acostumbrado ya a todo. Mr. Olbinett recibió orden de comprar provisiones. Desde la pérdida del *Duncan*, el pobre hombre había llorado mucho a la desgraciada Mrs. Olbinett, que iba a bordo, y fue por consiguiente víctima, con toda la tripulación, de la ferocidad de los bandidos. Sin embargo, desempeñó sus funciones de *stewart* con su acostumbrado celo, y la *comida aparte* consistió en víveres escogidos que nunca figuraron en el rancho del bergantín. En pocas horas se adquirieron las provisiones.

Entretanto, el Mayor cobraba en casa de un cambista las letras que había girado Glenarvan contra el «Union Bank», de Melbourne, pues no quería carecer de oro. Rehízo también su arsenal de armas y municiones. Paganel se procuró un excelente mapa de Nueva Zelanda, publicado por Johnson, en Edimburgo.

Mulrady estaba casi curado, resintiéndose apenas de la herida que puso su vida en peligro. Algunos días de mar debían completar su curación. Él contaba con que la mejor medicina serían las brisas del Pacífico.

Wilson se encargó de preparar a bordo del *Macquarie* el alojamiento de los pasajeros. A fuerza de echar baldes de agua, hizo tomar a la cámara otro aspecto. Will Halley, encogiéndose de hombros, le dejó despacharse a su gusto, haciendo tan poco caso de él como de Glenarvan y sus compañeros, de quienes ni siquiera pensó en preguntar el nombre. Les consideraba como una sobrecarga que le valía 50 libras, y le merecían menos atenciones que las doscientas toneladas de cueros curtidos que atestaban su sentina. Primero los cueros y después las personas. Era un negociante. Respecto a sus cualidades de marino, pasaba por un buen práctico de aquellos mares, que los arrecifes de coral hacían muy peligrosos.

Dos motivos diferentes inducían a Glenarvan, en las últimas horas de aquella singladura, a doblar la punta de la costa cortada por el paralelo 37.

Deseaba visitar una vez más aquel presunto lugar del naufragio. Era indudable que Ayrton había sido el contraamaestre de la *Britannia*, y ésta podía en realidad haberse perdido en aquella parte de la costa australiana, en la costa del este, ya que no en la del oeste. Ligereza e insensatez hubiera sido abandonar sin examen un punto que nunca más debía volver a ver.

Y, además, el *Duncan*, y no sólo la *Britannia*, había caído allí en manos de los desertores de presidio. ¿No pudo haber habido combate? ¿Tan difícil era que encontrase en la playa vestigios de una lucha desesperada, de una resistencia suprema? Si la tripulación había perecido en las olas, ¿no debían éstas arrojar a la costa algún cadáver?

Glenarvan procedió al reconocimiento, acompañándole su fiel John. El dueño de la fonda «Victoria» puso a su disposición dos caballos, y tomaron el camino del norte que rodea la bahía de Twofold.



La exploración fue triste. Glenarvan y el capitán John cabalgaban sin decir una palabra. Pero los dos se comprendían. Los mismos pensamientos y angustias atormentaban su mente. Contemplaban las rocas roídas por el mar. No tenían necesidad de interrogarse.

Basta conocer el celo e inteligencia de John para asegurar que todos los puntos de la costa fueron escrupulosamente explorados, lo mismo las más insignificantes aberturas que las playas, declives y las mesetas de arena a que las marejadas del Pacífico, por poco violentas que fuesen, podían haber arrojado algún despojo. Pero no se tropezó con el menor indicio que inspirase aliento para nuevas investigaciones. No había huella alguna de naufragio.

Nada tampoco del *Duncan*. Toda aquella parte de Australia,

ribereña del océano, estaba desierta.

No obstante, John Mangles descubrió en la playa evidentes señales de una ranhería, y cenizas aún tibias bajo algunos *magalls* aislados. ¿Hacía pocos días que había pasado por allí alguna tribu nómada de naturales? No, pues encontró Glenarvan un indicio que le permitía asegurar que aquella parte de la costa había sido visitada por desertores de presidio.

Vio abandonada al pie de un árbol una chaqueta parda y amarilla, muy vieja y muy remendada, un verdadero harapo, sucio y siniestro. Llevaba el número de matrícula del presidio de Perth. No se hallaba allí el presidiario a quien perteneció, pero denunciaba su reciente presencia aquel sórdido despojo, aquella librea del crimen que, después de haber cubierto las carnes de un miserable, se acababa de pudrir en la desierta playa.

—¡Mira, John! —dijo Glenarvan—. ¡Aquí han llegado los desertores de presidio! ¿Y nuestros pobres camaradas del *Duncan*...?

—¡Sí! —respondió John con voz sorda—. Parece indudable que no han sido desembarcados, que han perecido...

—¡Miserables! —exclamó Glenarvan—. ¡Si caen algún día en mis manos, no vacilaré en vengar a mi tripulación...!

El dolor había endurecido las facciones de Glenarvan. Estuvo contemplando durante algunos minutos la inmensidad de las olas, buscando quizás algún buque perdido en el espacio. Después se nublaron sus ojos, recobró su serenidad, y sin añadir una palabra más ni hacer el menor ademán, volvió a tomar al galope el camino de Edén.

Sólo faltaba llenar una formalidad, que consistía en dar parte a la autoridad de los acontecimientos ocurridos. Aquella misma tarde informó de todo al magistrado Thomas Banks, el cual no podía ocultar su satisfacción al extender el sumario. No cabía de gozo en su pellejo al tener conocimiento de la desaparición de Ben Joyce y su partida. Toda la ciudad participó de su alegría. Los desertores habían salido de Australia. Verdad es que habían cometido un nuevo crimen, pero al fin habían salido. Tan importante noticia fue inmediatamente comunicada por telégrafo a las autoridades de Melbourne y de Sydney.

Concluida su declaración, Glenarvan regresó a la fonda «Victoria», donde los viajeros pasaron tristemente aquella última

noche. Recorrían todos con el pensamiento aquella tierra fecunda en desventuras. Recordaban sus esperanzas tan legítimamente concebidas en el cabo Bernouille, y tan cruelmente burladas en la bahía de Twofold.

Se había apoderado de Paganel una agitación febril. John Mangles, que le observaba sin cesar desde el incidente del Snowy River, comprendió que el geógrafo quería y no quería hablar. Le apremió varias veces con preguntas que no obtuvieron respuesta.

Sin embargo, aquella noche, John, al acompañarle a su cuarto, le preguntó por qué estaba tan nervioso.

—Estoy como siempre, amigo John —respondió evasivamente Paganel.

—Amigo mío —replicó John—, un secreto os ahoga.

—¡Y bien! ¿Qué le vamos a hacer? —exclamó el geógrafo gesticulando—. Tengo algo que es más fuerte que yo.

—¿Qué algo es ése más fuerte que vos?

—La alegría, por una parte, y la desesperación, por otra.

—¿Estáis alegre y desesperado a un mismo tiempo?

—Sí, la idea de que voy a visitar Nueva Zelanda, me alegra y me desespera.

—¿Tenéis acaso algún indicio? —preguntó John Mangles—. ¿Habéis vuelto a hallar la pista perdida?

—¡No, amigo John! ¡No se vuelve de Nueva Zelanda! Pero, sin embargo..., en fin, ¡ya sabéis lo que es la naturaleza humana! ¡Basta respirar para esperar! Y mi divisa es *spiro, spero*, que vale tanto como todas las divisas del mundo.

Capítulo II

El pasado del país a donde van

El día siguiente, 27 de enero, todos los pasajeros del *Macquarie* se hallaban a bordo antes de la hora preñada, encerrados en la estrecha cámara del bergantín en que apenas podían moverse. Will Halley ni siquiera tuvo la atención de ofrecer su camarote a las señoras, con lo que no perdieron éstas gran cosa, pues la cueva era digna del oso.

A las doce y media se aparejó con la marea ascendente. Se levó el ancla, no sin que costase algún trabajo arrancarla del fondo. Se levantó un viento del Sudoeste bastante moderado. Se largaron las velas poco a poco, porque los cinco marineros que componían toda la tripulación no pecaban de listos. Wilson quiso ayudarles, pero Halley le dijo que se estuviese quieto y no se metiese en camisa de once varas, pues él estaba acostumbrado a salir solo de apuros y no pedía a nadie ayuda ni consejo.

Esto lo decía aludiendo principalmente a John Mangles, que no podía dejar de sonreírse al ver la torpeza de algunas maniobras. John dio la callada por respuesta, pero se reservó su intervención de hecho, ya que no de derecho, en el caso de que la torpeza de la tripulación comprometiese la seguridad del buque.

Sin embargo, a fuerza de tiempo, los cinco marineros, estimulados por los juramentos del *master*, llegaron a izar las velas. El *Macquarie* navegó a un largo, con mayores, gaviás, juanetes, cangreja y foques, izando más adelante los sobres y hasta los perigallos. Pero no obstante este refuerzo de trapo, el bergantín avanzaba muy poco. Su abultada proa, la anchura de su sentina y la pesadez de su proa, le hacían un mal andador y el más perfecto tipo del *zapato*.

Paciencia. Afortunadamente, por mal que navegase el *Macquarie*,

en cinco o seis días había de llegar a la rada de Auckland.

A las siete de la tarde se perdieron de vista las costas de Australia y el faro fijo del puerto de Edén. El mar, bastante picado, fatigaba al buque, que caía pesadamente en el hueco de las olas. Los violentos balanceos molestaban a algunos de los viajeros que se hallaban en la cámara, pero no podían subir a cubierta porque llovía a mares, y quedaron todos condenados a un riguroso encarcelamiento.

Cada uno se dejó entonces llevar de la corriente de sus pensamientos. Apenas hablaban, y solamente *Lady Elena* y *Mary Grant* se dirigían alguna vez la palabra. *Glenarvan* no podía estar quieto en ninguna parte. Iba y venía incesantemente, al paso que el Mayor permanecía inmóvil. *John Mangles* y *Roberto* subían de cuando en cuando a cubierta para observar el mar. *Paganel* murmuraba en un rincón palabras vagas e incoherentes.

¿En qué pensaba el digno geógrafo? En aquella Nueva Zelanda a donde le llevaba la fatalidad. Rehacía en su mente toda la historia, y reaparecía ante sus ojos todo el pasado de aquel país funesto.

¿Pero había en aquella historia algún hecho, algún incidente que hubiese autorizado alguna vez a los descubridores de aquellas islas a considerarlas como un continente? ¿Podía un geógrafo moderno o un marino aplicarles semejante calificación? Como se ve, *Paganel* volvía siempre a las andadas, siempre a la interpretación del documento. Esto era ya una obsesión, una idea fija. Después de la Patagonia y de Australia, su imaginación, solicitada por una palabra, se fijaba tenazmente en Nueva Zelanda. Pero un punto, un solo punto, era irreconciliable con sus nuevos cálculos.

—*Contin...*, *ontin...* —repetía—. ¡Esto quiere decir continente!

Y dio en seguir mentalmente las huellas de los navegantes que habían reconocido aquellas dos grandes islas de los mares australes.

El 13 de diciembre de 1642, el holandés *Tasman*, después de haber descubierto la tierra de *Van Diemen*, arribó a las desconocidas costas de Nueva Zelanda. Las siguió a lo largo durante algunos días, y el 17 penetraron sus buques en una espaciosa bahía, que terminaba en un estrecho canal abierto entre dos islas.

La isla del norte era *Ika Na Maoui*, palabras zelandesas que significan el *pez de Maoui*. La isla del sur era *Twai Pouna Mon*, es decir, *la ballena que produce el jade verde*.^[3]

Abel Tasman envió a tierra sus botes y éstos volvieron acompañados de dos piraguas que tripulaban algunos bulliciosos indígenas. Eran los salvajes de mediana estatura, de tez morena y amarillenta, y tenían los pómulos salientes, la voz ruda y los cabellos negros, llevándolos como los japoneses, atados en el sincipucio o coronilla y adornados con una gran pluma blanca.

La primera entrevista de los europeos con los naturales parecía ser preludio de relaciones amistosas y muy duraderas. Pero al día siguiente, en el acto de ir uno de los botes de Tasman a reconocer un fondeadero más cerca de tierra, le asaltaron con violencia siete piraguas tripuladas por un gran número de indígenas.



El bote zozobró y se llenó de agua. El contramaestre que lo

dirigía fue herido en la garganta por una pica groseramente aguzada y cayó al mar, siendo degollados cuatro de sus seis compañeros, pero él y los dos restantes pudieron llegar al buque a nado.

Después de la catástrofe, Tasman aparejó, limitando su venganza a algunos mosquetazos que disparó contra los indígenas, sin alcanzarles. Zarpó de la bahía, a la cual dio el nombre de bahía de la Matanza; remontó la costa occidental, y fondeó el 3 de enero cerca de la punta del norte, donde la violenta resaca y las malas disposiciones de los naturales le impidieron proveerse de agua. Dejó entonces definitivamente aquellas tierras inhospitalarias, a las que en honor de los Estados Generales, dio el nombre de Tierras de los Estados.

Se figuraba el navegante holandés que aquel territorio confinaba con las islas del mismo nombre descubiertas al este de la Tierra del Fuego, en la punta meridional de América. Creía haber encontrado el *gran continente del sur*.

—Pero —se decía Paganel— no puede un marino del siglo XIX incurrir en el error en que cayó un marino del siglo XVII. Aquí hay algo que no alcanzo a comprender.

Por espacio de más de un siglo, el descubrimiento de Tasman quedó como olvidado, y nadie se acordaba de Nueva Zelanda, cuando Surville, navegante francés arribó a ella a los 35° 37' de latitud. Al principio, no le dieron los indígenas ningún motivo de queja, pero sobrevinieron vientos terribles, y se desencadenó una tempestad que arrojó una lancha en que estaban embarcados los enfermos de la expedición a la playa de la bahía del Refugio. Allí un jefe llamado Maoui Noui recibió amistosamente a los franceses y les acogió bajo su propio techo. Todo iba a pedir de boca, hasta que los salvajes robaron un bote de Surville que éste reclamó inútilmente, y se vengó quemando una aldea entera. Esta venganza, tan terrible como injusta, dio origen a represalias sangrientas de que Nueva Zelanda fue teatro.

El 6 de octubre de 1769 apareció en aquellas costas el ilustre Cook, cuyo buque *Endeavour* fondeó en la bahía de Taoué Roa.



El inmortal marino procuró captarse con buenos tratos las simpatías de los naturales. Pero para que éstos le conociesen, tuvo necesidad de apoderarse de algunos de ellos, a quienes impuso a la fuerza sus beneficios. Después les soltó y envió de nuevo a tierra, colmados de dádivas y atenciones, y ellos entonces con sus relatos sedujeron a otros muchos indígenas, que voluntariamente pasaron a bordo e hicieron negocios con los europeos. Algunos días después, Cook se dirigió a la bahía Hawkes, que es una inmensa escotadura en la costa del este de la isla septentrional, y allí se halló en presencia de indígenas belicosos y provocativos que le obligaron con sus desmanes a dispararles un metrallazo.

El 20 de octubre, el *Endeavour* fondeó en la bahía de Tiko Malou, donde residía una población pacífica compuesta de

doscientas almas. Los botánicos que había a bordo hicieron en el país fructuosas exploraciones, y los naturales les trasladaron a la playa en sus propias piraguas. Cook visitó dos aldeas defendidas con empalizadas, parapetos y dobles fosos, que revelaban amplios conocimientos sobre campamentos militares. El fuerte más importante estaba situado en una roca que las grandes mareas convertían en una verdadera isla, y más aún que en una isla, pues no sólo la rodeaba el agua, sino que ésta atravesaba mugiendo una arcada que tenía 60 pies de altura y en ella se apoyaba aquel *pah* inaccesible.

El 31 de marzo, Cook, después de cinco meses de estar recogiendo objetos curiosos, plantas indígenas y documentos etnográficos y etnológicos, dio su nombre al estrecho que separa las dos islas, y dejó Nueva Zelanda, que debía volver a encontrar en sus viajes ulteriores.

En efecto, en 1773, el gran marino reapareció en la bahía de Hawkes, y fue testigo de escenas de canibalismo, de las que fueron responsables sus compañeros que las provocaron. Algunos oficiales, que hallaron en tierra los mutilados miembros de un joven salvaje, los llevaron a bordo, y después de cocidos los ofrecieron a los naturales, que los devoraron con ansia. ¡Tuvieron el triste capricho de ser cocineros de una comida de antropófagos!

Cook, en su tercer viaje, visitó de nuevo aquellas tierras que le merecían una predilección singular y de las cuales quería determinar la situación hidrográfica. Se separó de ellas por última vez el 25 de febrero de 1777.

En 1791, Vancouver hizo escala en la bahía Sombra, donde permaneció veinte días, sin ningún fruto para las ciencias naturales o geográficas. En 1793, D. Entrecasteaux reconoció 25 millas de costa en la parte septentrional de Ika Na Maoui, donde aparecieron un momento los capitanes de la marina mercante Haussen y Delrympe, y después Badén, Richardson y Moody. El doctor Savage, que permaneció cinco semanas en la isla, recogió importantes datos sobre las costumbres de los zelandeses.

En aquel mismo año, 1805, el inteligente Doua Tara, sobrino del jefe de Rangui Hou, se embarcó en el buque *Argo*, fondeado en la bahía de las Islas y mandado por el capitán Badén.

Acaso algún día las aventuras de Doua Tara inspiren un canto

épico a algún Homero maorí, por lo fecundas que fueron en desastres, injusticias y malos tratos. Traiciones, secuestros, golpes y heridas, he aquí lo que el pobre salvaje recibió en recompensa de sus buenos servicios. ¡Qué idea debió formarse de gentes que se llaman civilizadas! Le condujeron a Londres, donde hicieron de él un marinero de última clase, juguete de toda la tripulación, y sin el reverendo Marsden, que le tomó afecto, porque reconoció en él un juicio seguro, un buen carácter y maravillosas cualidades de corazón e inteligencia, hubiera muerto de dolor. Marsden facilitó a su protegido algunos sacos de trigo e instrumentos de cultivo para su país y le robaron esta pequeña dádiva. La desgracia pesó de nuevo sobre el pobre Doua Tara hasta 1814, en que se le encuentra restablecido en el país de sus antepasados. Iba entonces a recoger el fruto de tantas vicisitudes, cuando la muerte le sorprendió a la edad de veintiocho años, en el momento de ir a regenerar la sanguinaria Zelanda. ¡Desgracia irreparable, que sin duda ha hecho sufrir a la civilización en aquellos países un retraso de muchos años, porque es irreemplazable un hombre inteligente y bueno, que reúna en su corazón el deseo del bien y el amor de su patria!

Hasta 1816 Nueva Zelanda quedó abandonada. En dicho año, Thompson; en 1817, Lidiard Nicholas, y en 1819, Marsden, recorrieron varias comarcas de las dos islas, y en 1820, Richard Cruise, capitán en el 84.º Regimiento de Infantería, permaneció en el país diez meses que valieron a la Ciencia estudios muy concienzudos de las costumbres indígenas.

En 1824, Dupersey, comandante de la *Coquille*, estuvo quince días en la bahía de las Islas, sin que le dieran los naturales más que motivos de elogio.

En 1827, el ballenero inglés *Mercury* tuvo que defenderse del pillaje y del asesinato; en aquel mismo año, el capitán Dillon fue dos veces acogido de la manera más hospitalaria.

En marzo de 1827, el ilustre Dumont d'Urville, comandante del *Astrolabe*, pudo impunemente y sin armas pasar en tierra algunas noches en medio de los indígenas, dormir en sus chozas y proseguir, sin que nadie le molestase, sus importantes trabajos geodésicos, que tan excelentes mapas han valido al depósito de la marina.

No le fue tan bien al año siguiente a John James, que mandaba el bergantín inglés *Haves*, pues después de tocar en la bahía de las

Islas, se dirigió al cabo del este, y le causó muchas dificultades un jefe pérfido llamado Escararo. Algunos de sus compañeros sufrieron una muerte horrible.

De estos acontecimientos contradictorios, de estas alternativas de apacibilidad y de barbarie, debemos deducir que con harta frecuencia las crueldades de los zelandeses no han sido más que represalias. Los buenos o malos tratos han dependido de la buena o mala conducta de los capitanes. Los indígenas han sido más de una vez agresores, pero ordinariamente les ha guiado un espíritu de venganza contra los europeos, no siempre provocado por los que de él han sido víctimas.

Después de Urville, completó la etnografía de Nueva Zelanda un audaz explorador que veinte veces ha recorrido el mundo entero, un nómada, un bohemio de la Ciencia, un inglés, Earle, el cual visitó las comarcas desconocidas de las dos islas, sin tener que quejarse personalmente de los indígenas, si bien fue con frecuencia testigo de escenas de antropofagia. Los zelandeses se devoraban unos a otros con una sensualidad repugnante.

Lo mismo observó en 1831 el capitán Laplace, durante su permanencia en la bahía de las Islas. Ya entonces los combates eran mucho más terribles que en la época del descubrimiento, porque los salvajes tenían armas de fuego y las manejaban con una precisión asombrosa. Las comarcas, en otro tiempo florecientes y pobladas, de Ika Na Maoui, se convirtieron en profundas soledades. Tribus enteras habían desaparecido como desaparecen rebaños de carneros: asadas y comidas.

Los misioneros se han esforzado inútilmente en proscribir estos sanguinarios instintos. Desde 1808 *Church Missionary Society* estuvo muchos años enviando sus más hábiles agentes a los principales núcleos de la isla septentrional. Pero la barbarie de los indígenas le obligó al cabo a suspender el establecimiento de misiones, si bien en 1844 *Monsieur* Marsden, el protector de Doua Tara, Hall y King, desembarcaron en la bahía de las Islas, y compraron por doce hachas de hierro a los jefes de tribu un terreno de doscientos acres, en que se estableció la Sociedad anglicana.

Hubo de arrostrar en un principio grandes privaciones y peligros, pero al cabo los naturales respetaron la vida de los misioneros y aceptaron sus cuidados y sus doctrinas. Se suavizaron

algunos indígenas feroces, y de tal manera se despertaron en aquellos corazones inhumanos sentimientos de gratitud, que en 1854 los zelandeses protegieron a sus *aríkis*, es decir, a los reverendos, contra algunos marineros soeces que les insultaban y maltrataban.

Así, pues, las misiones con el tiempo llegaron a prosperar, no obstante la presencia de presidiarios evadidos de Port Jackson, que desmoralizaban la población indígena. En 1831, el *Journal des Missions évangéliques* daba cuenta de dos establecimientos considerables, uno de ellos en Kidi Kidi, en las márgenes de un canal que desagua en la bahía de las Islas, y el otro en Pai Hia, junto al río Kawa Kawa. Los indígenas convertidos al cristianismo abrieron caminos bajo la dirección de los *aríkis*, establecieron comunicaciones atravesando bosques inmensos y echaron puentes sobre los torrentes impetuosos. Los misioneros iban uno tras otro a predicar a las remotas tribus la religión civilizadora, levantando capillas de juncos o cortezas y escuelas para los jóvenes indígenas, tremolando en el techo de tan modestas construcciones el pabellón de la misión con la cruz de Cristo y estas palabras: *Rongo pai*, que en lengua zelandesa significan Evangelio.

Desgraciadamente, la influencia de los misioneros no se extiende más allá de sus establecimientos, escapándose a su acción toda la parte nómada de las poblaciones. El canibalismo no se ha destruido más que entre los cristianos, y aun así es preciso no someter a los recién convertidos a tentaciones demasiado fuertes, porque el instinto de sangre les domina y les ciega.

Además, en aquellas comarcas salvajes la guerra ha tomado un carácter crónico y rebelde. Los zelandeses no son como los embrutecidos australianos, que huyen delante de la invasión europea. Los zelandeses se resisten, se defienden, odian a sus invasores, y este odio, que es implacable, les impulsa contra los emigrados ingleses. El porvenir de estas grandes islas depende de un azar. Según sea la suerte de las armas, se civilizarán inmediatamente, o permanecerán largos siglos en un profundo estado de barbarie.

De este modo, Paganel, cuyo cerebro impaciente hervía, había rehecho en su mente la historia de Nueva Zelanda. Pero nada encontró en esta historia que le permitiese dar el nombre de

continente a aquella comarca compuesta de dos islas, y si bien algunas palabras del documento habían exaltado su imaginación, las dos sílabas *contin* le detenían obstinadamente en el camino de una nueva interpretación.

Capítulo III

Las matanzas de Nueva Zelanda

El 31 de enero, cuatro días después de su partida, el *Macquarie* no había aún andado las dos terceras partes del océano que separaba Australia de Nueva Zelanda. Will Halley se ocupaba mucho o nada de la maniobra de su rontero buque, y lo dejaba abandonado a sí mismo. Se le veía muy raras veces, de lo que no se quejaba nadie, y los pasajeros le hubieran dejado en paz en su camarote, si se hubiese limitado a pillar todos los días una borrachera de gin o de brandy. Sus marineros seguían su ejemplo y el buque navegaba a la gracia de Dios, como no ha navegado nunca ningún otro.

Esta imperdonable incuria obligaba a John Mangles a ejercer una vigilancia incesante. Más de una vez Mulrady y Wilson cogieron el timón en el momento de ir el bergantín a zozobrar, interviniendo frecuentemente Will Halley, de cuya boca salían sapos y culebras, y ponía a los dos marineros como *chupas de dómine*. A éstos se les subía el humo a las narices y como tenían malas pulgas, deseaban dar una buena lección a aquel borracho y después de molerle a palos dejarle encerrado en la sentina para que durmiese en ella la mona, hasta la conclusión del viaje. Pero John Mangles les contenía y consiguió no sin trabajo calmar su justa indignación.

Sin embargo, le preocupaba la situación del buque, acerca de la cual nada dijo a *Lord Glenarvan* para no alarmarle, y no habló más que al Mayor y a Paganel. Aunque en diferentes términos, Mac Nabbs le aconsejó que aplicase al grosero *master* el remedio heroico preconizado por Wilson y Mulrady.

—Si os parece conveniente esta medida, John —le dijo—, no debéis andaros en chiquitas; tomad el mando y la dirección del buque. Después que hayamos desembarcado en Auckland, volverá ese borracho a ser dueño a bordo, y podrá irse a pique si tales son

su voluntad y su gusto.

—Sin duda, *Monsieur* Mac Nabbs —respondió John Mangles—; y no dejaré de hacer lo que me decís sino cuando no haya otro remedio. Mientras nos hallemos en alta mar, basta un poco de vigilancia, y mis marineros y yo estamos siempre sobre cubierta. Pero confieso que al aproximarnos a la costa, si Will Halley no recobra su razón, voy a pasar la pena negra y me veré en un apuro.

—¿No podéis trazar vos el rumbo? —preguntó Paganel.

—Difícil será —respondió John—. ¿Creeréis que no hay a bordo una carta de marear?

—¿De veras?

—De veras. El *Macquarie* no hace más que el cabotaje entre Edén y Auckland, y Will ha contraído con la práctica un conocimiento tal de estos sitios, que no toma ninguna altura.

—Se figura, sin duda —respondió Paganel—, que su buque conoce el camino y se dirige solo.

—Pero como no hay buques que se dirijan solos —respondió John Mangles—, si Will Halley, al acercarnos a la costa, está, como suele, hecho una cuba, nos va a poner en un brete.

—Es de esperar —dijo Paganel— que para entonces se haya serenado algo.

—Es decir —preguntó Mac Nabbs—, que en caso necesario, ¿no podría conducir al *Macquarie* a Auckland?

—Sin tener el mapa de esta parte de la costa, me sería imposible. Los cantiles y escarpas de la playa son fatales. Todo el fondo está plagado de bajos irregulares y caprichosos como los de Noruega. Se necesita mucha práctica para evitar los arrecifes. Un buque, por sólido que sea, está perdido si choca su quilla con una de esas rocas sumergidas a algunos pies bajo el agua.

—¿En cuyo caso —dijo el Mayor—, la tripulación no tiene más recursos que refugiarse en la playa?

—No hay otro, *Monsieur* Mac Nabbs, si el tiempo lo permite.

—¡Triste recurso! —respondió Paganel—. Las costas de Nueva Zelanda no son hospitalarias, y están erizadas de peligros.

—¿Aludís a los maoríes, *Monsieur* Paganel? —preguntó John Mangles.

—Sí, amigo mío. Su reputación en el océano Índico es bien conocida. No se trata ahora de australianos tímidos o embrutecidos,

sino de una raza inteligente y sanguinaria, de caníbales ávidos de carne humana, de antropófagos, de quienes no se puede esperar misericordia.

—¿Así, pues —dijo el Mayor—, si el capitán Grant hubiese naufragado en las costas de Nueva Zelanda, no aconsejaríais que siguiésemos sus huellas?

—En las costas, sí —respondió el geógrafo—, porque en ellas podríamos hallar vestigios de la *Britannia*, pero en el interior no, porque sería inútil. Todo europeo que se aventure en esas funestas comarcas cae prisionero de los maoríes, y el que cae prisionero de éstos está irremisiblemente perdido. He inducido a mis amigos a atravesar las Pampas y la Australia, pero jamás les llevaría por los senderos de Nueva Zelanda. ¡Protéjanos el cielo, y quiera Dios que no caigamos en manos de esos feroces indígenas!

Los temores de Paganel estaban demasiado justificados. Nueva Zelanda goza de una fama terrible, y corresponde una sangrienta fecha a cada uno de los incidentes de su descubrimiento.

Larga es la lista de las víctimas inscritas en el martirologio de los navegantes. Los sangrientos anales del canibalismo empiezan en los cinco marineros de Abel Tasman, muertos y devorados. La misma suerte sufrieron después el capitán Tukney y todos los que se embarcaron en la chalupa de su buque. En la parte oriental del estrecho de Foveax, cinco pescadores de Sydney Cove fueron igualmente triturados por los dientes de los naturales. Se pueden citar, además, cuatro hombres de la goleta *Brothers*, asesinados en el abra de Molineaux; varios soldados del general Gates y tres desertores de la *Mathilda*, hasta llegar al nombre tan dolorosamente célebre del capitán Marión du Frene.

El 11 de mayo de 1772, después del primer viaje de Cook, el capitán francés Marión fondeó en la bahía de las Islas. Él mandaba el *Mascarin*, y el capitán Crozet mandaba el *Castries*. Los zelandeses, hipócritas, acogieron muy bien a los recién llegados, y hasta afectaron una timidez excesiva, de suerte que para familiarizarles a bordo se necesitaron muchos regalos y servicios, una fraternización constante y un prolongado trato amistoso.

Si es cierto lo que dice Dumont d'Urville, su jefe, el inteligente Takouri, pertenecía a la tribu de los Wangaroa, y era pariente del indígena arrebatado traidoramente, dos años antes de la llegada del

capitán Marión, por Surville.

En un país en que el honor impone a todos los maoríes el deber de obtener con sangre satisfacción de los ultrajes recibidos, Takouri no podía olvidar la injuria hecha a su tribu. Aguardó con paciencia la llegada de un buque europeo, meditó su venganza y la llevó a cabo con la más atroz sangre fría.

Después de fingir que tenía miedo a los franceses, Takouri hizo todo lo posible para adormecerles en la más engañosa confianza. Él y sus camaradas pasaron muchas noches a bordo de los buques. Regalaban a la tripulación pescados escogidos, y les solían acompañar sus hijas y sus mujeres. No tardaron en conocer los nombres de los oficiales, y les invitaron a visitar sus aldeas.

Seducidos por tantas muestras de afecto, Marión y Crozet recorrieron toda aquella costa, cuya población ascendía a 4.000 habitantes. Los naturales les salían al encuentro sin armas y procuraban inspirarles una confianza absoluta.

El capitán Marión había hecho escala en la bahía de las Islas con intención de renovar la arboladura del *Castries*, muy afectada por las últimas tempestades. Exploró con este motivo el interior de las tierras, y el 23 de mayo descubrió a dos leguas de la costa y al alcance de una bahía situada a una legua del surgidero de los buques, un bosque de cedros magníficos.

Formó allí una especie de astillero en que las dos terceras partes de los tripulantes, armados de hachas y otras herramientas, se ocuparon en derribar árboles y en recomponer los caminos que conducían a la bahía. Se escogieron otros dos puestos, a que fueron trasladados los enfermos de la expedición, y se establecieron los herreros y toneleros de los buques, y otro en la orilla misma del océano, a legua y media del surgidero. Este último puesto comunicaba con el campamento de los calafates, y los salvajes, vigorosos y adiestrados, ayudaban a los marinos trabajando como ellos.

Sin embargo, hasta entonces el capitán Marión había tomado algunas medidas de prudencia. Los salvajes no subían jamás a bordo con armas, las lanchas no se acercaban nunca a tierra sino con armas. Pero Marión y los oficiales más suspicaces fueron fascinados por los buenos modales de los indígenas, y el capitán mandó desarmar las lanchas, sin que pudiese Crozet disuadirle de dar una

orden semejante.

Entonces multiplicaron los zelandeses sus atenciones y demostraciones de afecto. Sus jefes y los oficiales estaban, como suele decirse, a partir un piñón, y vivían en una intimidad perfecta. Más de una vez Takouri condujo a su hijo a bordo, y le dejó acostarse en los camarotes. El 8 de junio, Marión, en una visita solemne que hizo a tierra, fue reconocido *jefe superior* de todo el país, y como distintivo de su alta jerarquía, adornaron sus cabellos con cuatro plumas blancas.

Treinta y tres días transcurrieron desde la llegada de los buques a la bahía de las Islas. Avanzaban los trabajos de arboladura y se hacía tranquilamente la aguada en Motou Aro. El capitán Crozet dirigía en persona el taller de carpintería, y nunca se habían concebido esperanzas, al parecer, más fundadas y legítimas de llevar una empresa a buen término.

El 12 de junio a las dos se preparó la lancha del comandante para una pesquería proyectada al pie de la aldea de Takouri. Marión se embarcó en ella con los dos jóvenes oficiales, Vendricourt y Lehox, un voluntario, el maestro de armas y doce marineros. Acompañábanle Takouri y otros cinco jefes. Nada hacía prever la espantosa catástrofe que esperaba a dieciséis de los diecisiete europeos.

Avanzó la lancha hacia tierra y muy pronto desde los buques se perdió de vista.

Aquella noche el capitán Marión no volvió a bordo, a lo que nadie dio importancia, porque se supuso que habría querido visitar el astillero y pernoctar en él.

A las cinco de la mañana siguiente, la chalupa del *Castries* fue, como de costumbre, a proveerse de agua en el islote de Motou Aro. Volvió a bordo sin incidente.

A las nueve, un marinero del *Mascarin*, que estaba de cuarto, vio agitándose en las olas un hombre casi moribundo que procuraba ganar el buque a nado. Una lancha le salió al encuentro para auxiliarle, y le volvió a bordo.

Aquel hombre era Turner, uno de los remeros de la lancha del capitán Marión. Tenía en el costado dos lanzadas, y era el único que regresaba de los diecisiete hombres que el día antes habían salido del buque.

Se le interrogó, y él dio a conocer todos los pormenores del horrible drama.

La lancha del desventurado Marión había llegado junto a la aldea a las siete de la mañana. Los salvajes salieron alegremente a recibir a los visitantes. Llevaron a hombros a los oficiales y marineros que no querían mojarse al saltar a tierra, y luego los franceses se separaron unos de otros.

Inmediatamente, los salvajes, armados de lanzas, mazos y rompecabezas, se arrojaron contra ellos de improviso, y siendo diez contra uno, les degollaron. El marinero Turner, con dos heridas de lanza, pudo escaparse y se ocultó en la maleza. Desde su escondrijo fue testigo de abominables escenas. Los salvajes desnudaron enteramente los cadáveres, les abrieron el vientre, y los hicieron pedazos...

En aquel momento, Turner, sin ser visto, se echó al mar, y fue recogido casi exánime por la lancha del *Mascarin*.

Este acontecimiento consternó a las dos tripulaciones, que prorrumpieron en gritos de venganza. Pero antes de vengar a los muertos, era preciso salvar a los vivos. Había en tierra tres destacamentos, que estaban rodeados de millares de salvajes sedientos de sangre, de caníbales hambrientos de carne humana.

No estando presente el capitán Crozet, que había pasado la noche en el astillero, Duclesmeur, que era el oficial de más graduación que había a bordo, tomó las disposiciones más urgentes. La chalupa del *Mascarin* se dirigió a la costa con un oficial y un destacamento de soldados, siendo su principal objeto auxiliar a los calafates. Al llegar a la playa la chalupa, sus tripulantes vieron la lancha del comandante Marión, y desembarcaron.

El capitán Crozet no tenía la menor noticia de la matanza, cuando a las dos de la tarde, aproximadamente, vio aparecer el destacamento. Presintió una desgracia. Salió al encuentro del oficial, y supo la verdad. Prohibió a los soldados decir una palabra de lo ocurrido a sus compañeros, temiendo que se desmoralizasen.

Los salvajes amotinados ocupaban todas las alturas. El capitán Crozet mandó llevarse las principales herramientas, enterrar las otras, prender fuego a los cobertizos, y empezó su retirada con setenta hombres.

Los naturales le seguían, gritando: *Takouri maté Marión!*^[4]

Creían asustar a los marineros divulgando la muerte de sus jefes, y lo que consiguieron fue exasperarles de tal manera, que quisieron precipitarse contra aquellos miserables, pudiendo el capitán Crozet contenerlos a duras penas.

Anduvieron dos leguas de este modo. El destacamento llegó a la costa y se embarcó en las chalupas con los hombres del segundo puesto. Mientras se embarcaron, un millar de salvajes permanecían sentados en el suelo sin moverse. Pero cuando las chalupas empezaron a separarse de la playa, fueron apedreadas. Entonces cuatro marineros, buenos tiradores, derribaron sucesivamente a todos los jefes, sembrando un indecible espanto entre los naturales, que no conocían el efecto de las armas de fuego.



El capitán Crozet, al llegar al *Mascarin*, envió la chalupa al islote Motou Aro, donde se quedó toda la noche un destacamento de soldados, y los enfermos fueron trasladados a bordo.

A la mañana siguiente, se reforzó el puesto con otro destacamento. Era necesario limpiar el islote de los salvajes que lo infestaban y seguir haciendo la aguada. La aldea de Motou Aro contenía trescientos habitantes. Seis jefes fueron ejecutados, pasados a cuchillo los naturales y reducida a cenizas la aldea.

Pero el *Castries* no podía hacerse a la mar sin arboladura, y Crozet, obligado a renunciar a los árboles del bosque de cedros, tuvo que construir mástiles de ensambladura. Continuó la aguada.

Transcurrió un mes. Los salvajes hicieron algunas tentativas para recobrar la isla de Motou Aro, pero fueron infructuosas. Cuando sus piraguas pasaban cerca de los buques, eran echadas a pique a cañonazos. Al fin terminaron los trabajos. Sólo faltaba saber si alguna de las dieciséis víctimas había sobrevivido a la matanza, y vengar a las otras. La chalupa, con un destacamento de oficiales y soldados, se dirigió a la aldea de Takouri. Este jefe, pérfido y cobarde, al acercarse la tropa huyó, llevando en los hombros la capa del comandante Marión. Se registraron escrupulosamente todas las chozas de la aldea. En la casa del infame jefe, se encontró un cráneo humano recién cocido, en el cual se distinguían aún las impresiones de los dientes del caníbal. Un muslo humano estaba atravesado en un asador de palo. Se reconocieron la camisa de Marión, con el cuello manchado de sangre, la ropa y las pistolas del joven Vandricourt, las armas de la lancha y los vestidos hechos jirones. Más adelante, en otra aldea, se vieron despojos humanos limpios y cocidos.

Los marineros recogieron tan irrefutables pruebas de ferocidad y antropofagia, y enterraron respetuosamente aquellos restos humanos, incendiando en seguida las aldeas de Takouri y de su cómplice Piki Oro. El 14 de julio de 1772, abandonaron los dos buques aquellos funestos parajes.

Tal fue aquella catástrofe cuyo recuerdo debe estar presente en la memoria de todos los viajeros que ponen el pie en las costas de Nueva Zelanda. Imprudente sería el capitán que no se aprovechara de estos ejemplos. Los zelandeses son siempre pérfidos y antropófagos. Cook lo reconoció así en su segundo viaje de 1773.

La chalupa de uno de esos buques, el *Aventure*, mandado por el capitán Furneaux, había marchado a tierra el 17 de diciembre para proveerse de plantas silvestres, y no reapareció. Se habían embarcado en ella un *midshipan* y nueve marineros. Alarmado el capitán Furneaux mandó al teniente Burney a averiguar su paradero. Burney, según él mismo dice, al llegar al punto del desembarco, encontró un cuadro de carnicería del que no es posible hacer mención sin que se ericen los cabellos. Las cabezas, los pulmones y otras entrañas de los marineros, estaban esparcidas por la arena, y allí cerca algunos perros devoraban otros restos del mismo género.

Para terminar este sangriento catálogo, se debe consignar el nombre del buque *Brothers*, atacado en 1815 por los zelandeses; y el de *Boyd*, mandado por Thompson, cuya tripulación fue degollada en 1820. Por último, en Walkitca, el 1 de marzo de 1829, el jefe Enarraco saqueó el bergantín inglés *Hawes*, de Sydney, la horda de caníbales degolló a varios marineros, hizo cocer los cadáveres y se dio un festín de carne humana.

Tal era aquella Nueva Zelanda hacia la cual corría el *Macquarie*, tripulado por cinco marineros estúpidos a las órdenes de un capitán borracho.

Capítulo IV

Las rompientes

Aquella penosa travesía se prolongaba demasiado. El 2 de febrero, seis días después de haber zarpado, el *Macquarie* no había aún avistado las costas de Auckland. Aunque las corrientes eran contrarias, el viento, que se mantenía del Sudoeste, era propicio, y, sin embargo, el bergantín avanzaba poco o nada. El oleaje, bastante duro, fatigaba a su arboladura; su casco crujía, y cuando las olas le bajaban, le costaba trabajo levantarse. Sus obenques, brandales y estayes poco tirantes, dejaban a los mástiles sin sujeción suficiente, por lo que éstos en cada balanceo sufrían una violenta sacudida.

Afortunadamente, Will Halley, que no tenía prisa, no forzaba las velas, pues de otra suerte se hubiera irremisiblemente venido abajo toda la arboladura. John Mangles esperaba por lo mismo que aquel desvencijado casco llegaría a tomar puerto aunque tarde, pero sufría de ver a sus compañeros a bordo de un buque tan incómodo y en tan malas condiciones.

Lady Elena y Mary Grant no se quejaban, a pesar de que una lluvia continua no les permitía salir de su cuchitril, en donde les molestaban mucho los balanceos del buque y la falta de aire. Así es que con alguna frecuencia subían a cubierta desafiando las inclemencias del tiempo, hasta que las obligaban a volverse abajo algunas ráfagas insostenibles. Entonces se embutían de nuevo en aquel reducido espacio, más propio para mercancías que para pasajeros y sobre todo pasajeras.

Entretanto, sus amigos hacían todo lo posible para distraerlas. Paganel procuraba matar el tiempo con anécdotas, pero no con mucho éxito. Estaban los ánimos demasiado preocupados. Sus reflexiones sobre Nueva Zelanda eran acogidas con una indiferencia y frialdad que contrastaban singularmente con el interés que habían

inspirado sus disertaciones sobre las Pampas y Australia. Su auditorio, según él, se había desmoralizado. Además, los viajeros se dirigían a él sin entusiasmo, sin convicción, arrastrados por la fatalidad y no voluntariamente.

El más digno de lástima de todos los pasajeros del *Macquarie* era Lord Glenarvan, a quien rara vez se veía en la cámara. No podía estarse quieto. Su constitución nerviosa no podía acomodarse, en el estado de sobreexcitación nerviosa en que se hallaba, a un encarcelamiento entre cuatro tabiques. De día y hasta de noche, sin hacer ningún caso de la lluvia ni de las olas que barrían la cubierta, permanecía en ésta, tan pronto apoyado de codos en el sobrepuesto, como dando largos pasos con agitación febril.



Sus ojos miraban incesantemente el espacio y en los breves momentos en que cesaba la lluvia, lo recorrían obstinadamente con el catalejo. Parecía que quería entrar en conversación con las olas, y hubiera querido con un gesto desvanecer los vapores acumulados y rasgar la bruma que velaba el horizonte. No podía resignarse, y toda su fisonomía reflejaba un agudo dolor.

Era el hombre enérgico, hasta entonces feliz y poderoso, a quien faltaban súbitamente a la vez el poder y la felicidad.

John Mangles no se separaba de su lado y arrostraba con él las inclemencias del tiempo. Aquel día Glenarvan, con una obstinación más tenaz aún que la acostumbrada, escudriñaba el horizonte dondequiera que aparecía la menor claridad. John se acercó a él.

—¿Vuestro Honor busca la tierra? —preguntó.

Glenarvan hizo un ademán negativo.

—Sin embargo —continuó el joven capitán—, debéis estar en ascuas deseando salir pronto de este bergantín. Hace ya treinta y seis horas que deberíamos haber distinguido los faros de Auckland.

Glenarvan no respondía. Seguía mirando, y tuvo durante un minuto asestado el anteojo a barlovento del buque.

—No está la tierra por este lado —dijo John Mangles—. Mire Vuestro Honor a estribor.

—¿Por qué, John? —respondió Glenarvan—. No es la tierra lo que busco.

—¿Qué queréis ver, pues, Milord?

—¡Mi yate! ¡Mi *Duncan*! —respondió Glenarvan con cólera—. ¡Debe estar por aquí, en estos parajes, surcando estos mares, ejerciendo el siniestro oficio de pirata! ¡Está por aquí, John, yo te lo digo, cruzando el derrotero que siguen los buques entre Australia y Nueva Zelanda! ¡Presiento que le hemos de encontrar!

—¡Dios nos libre de ello, Milord!

—¿Por qué, John?

—¿Olvida Vuestro Honor nuestra situación? ¿Qué haríamos en este bergantín, si el *Duncan* nos diese caza? ¡Ni siquiera huir podríamos!

—¡Huir, John!

—Sí, Milord. ¡Lo intentaríamos en vano! ¡Seríamos apresados, entregados a discreción de esos miserables, y Ben Joyce ha demostrado que no retrocede delante de un crimen! ¡Nos

jugaríamos la vida, la venderíamos cara, nos defenderíamos hasta exhalar el último aliento! ¿Quién lo duda? Pero, ¿y después? ¡Pensad en *Lady Glenarvan*, Milord, pensad en Mary Grant!

—¡Pobres mujeres! —murmuró Glenarvan—. John, tengo el corazón hecho pedazos, y a veces se apodera de mí la desesperación. ¡Me parece que se nos preparan nuevas catástrofes, que el cielo se ha declarado contra nosotros! ¡Tengo miedo!

—¿Vos, Milord?

—¡No por mí, John, pero por los que amo, por los que tú también amas!

—Tranquilizaos, Milord —respondió el joven capitán—. No hay nada que temer. El *Macquarie* anda mal, pero anda. Will Halley es un ente embrutecido, pero aquí estoy yo, y si las proximidades de la costa me parecen peligrosas echaré el buque mar adentro. Por ese lado no hay peligro. Pero en cuanto a encontrar el *Duncan*, líbreme Dios de semejante encuentro, y si Vuestro Honor trata de descubrirlo, que sea para huir de él a toda costa.

John Mangles tenía razón. El encuentro del *Duncan* hubiera sido funesto para el *Macquarie*, y este encuentro era muy de temer en aquellos mares cerrados que podían los piratas surcar sin peligro. Sin embargo, aquel día no apareció el yate y llegó la sexta noche desde la salida de Twofold Bay, sin que se realizasen los temores de John Mangles.

Pero se preparaba una noche terrible. A las siete de la tarde, la oscuridad era ya casi completa. El cielo estaba amenazador. El instinto del marino, haciéndose superior al embrutecimiento de la embriaguez, sacó de su estupor a Will Halley, el cual salió de su camarote restregándose los ojos y agitando su enorme cabeza roja. Al llegar sobre cubierta, aspiró una gran bocanada de aire, como otro cualquiera para serenarse hubiera bebido un vaso de agua, y examinó la arboladura.

El viento arreciaba, y cayendo un cuarto al oeste, impelía al buque hacia la costa zelandesa.

Will Halley, vomitando imprecaciones, consiguió que la tripulación aferrase los juanetes y disminuyese el velamen. John Mangles aprobó la maniobra sin decir una palabra, porque no quería conversación con el soez marino. Pero ni él ni Glenarvan abandonaron la cubierta. Dos horas después se levantó un viento

huracanado, y Will Halley mandó rizar gavias. La operación hubiera sido difícil para cinco hombres, si el *Macquarie* no hubiese estado provisto de una doble verga del sistema americano, con cuyo mecanismo bastaba arriar la verga superior para que la vela quedase reducida a sus menores dimensiones.

Transcurrieron dos horas, y la mar iba siendo cada vez más gruesa. El *Macquarie* sufría en sus fondos sacudidas, como si su quilla rozase las rocas. Pero no las rozaba, sino que su pesado casco se levantaba difícilmente sobre las olas cuando se encrespaban, de lo que resultaba que éstas pasaban por encima del buque e inundaban la cubierta. Un golpe de mar se llevó la lancha que colgaba de los pescantes de babor.

John Mangles empezaba a alarmarse. Otro buque cualquiera se hubiera burlado de aquel oleaje. Pero con aquel pesado casco era de temer el irse a pique, porque en todas las arfadas la cubierta se llenaba de agua, y ésta, no encontrando en los imbornales bastante expedita la salida, podía sumergir al buque. Para evitar este riesgo, la prudencia aconsejaba derribar a hachazos parte de la obra muerta, pero Will Halley no quiso tomar esta medida.

Amenazaba, además, al *Macquarie* un peligro mucho mayor que no había ya tiempo de conjurar.

A las once y media, John Mangles y Wilson, que se hallaban en el combés a sotavento, percibieron un sonido insólito, cuya causa les hicieron conocer sus instintos y su experiencia de hombres de mar. John cogió la mano del marinero.

—¡La resaca! —le dijo.

—Sí —respondió Wilson—. Hay bancos cerca en que se estrellan las olas.

—¿Todo lo más a la distancia de dos cables?

—¡Todo lo más! Allí está la tierra.

Se asomó John por la borda sacando casi todo el cuerpo fuera, miró las oscuras olas y exclamó:

—¡La sonda, Wilson! ¡La sonda!

El *master*, inmóvil en la proa, no se había al parecer hecho debido cargo de su posición. Cogió Wilson la sonda, y desde la popa la echó al agua. Corrió la cuerda entre sus dedos, y se detuvo el escandallo al tercer nudo.

—¡Tres brazas! —exclamó Wilson luego que hubo medido el

braceaje.

—Capitán —dijo John corriendo hacia Will Halley—, estamos en los rompientes.

Halley se encogió de hombros, pero John, sin hacerle ningún caso, se precipitó hacia el gobernalle, forzó el timón todo lo posible, y entretanto Wilson, que había ya soltado la sonda, tiró de las brazas de la gavia mayor hasta situar las vergas en el plano que la orzada requería. El marinero que estaba en el timón fue vigorosamente rechazado antes de haber comprendido la gravedad e inminencia del peligro.



—¡Vira! ¡Vira! —gritaba el joven capitán, empujando el timón para virar en redondo y evitar los arrecifes.

Por espacio de medio minuto la borda de estribor pasó casi

rozando los escollos, y, a pesar de la oscuridad de la noche, John distinguió una línea de mugidora espuma a cuatro brazas del buque.

Entonces Will Halley, teniendo ya la conciencia del peligro, perdió completamente la cabeza. Sus marineros, medio ebrios, aún no podían comprender sus órdenes. Además, la incoherencia de sus palabras y la contradicción de sus voces de mando demostraban que aquel estúpido borracho carecía de serenidad y sangre fría. Le había sorprendido la proximidad de la tierra, que creía tener a 30 ó 50 millas de distancia cuando la tenía a 8. Las corrientes le habían echado de su derrotero habitual y cogido de improviso al miserable rutinario.

Acababa de alejar al *Macquarie* de las rompientes la pronta maniobra de John Mangles, pero éste ignoraba su posición. Podía muy bien hallarse rodeado de bajíos. El viento llevaba al este, y en una arfada cualquiera era fácil que el bergantín encallase.

En efecto, el ruido de la resaca se oyó más perceptible por el costado de estribor. Era preciso orzar, ir al viento, ciñendo todo lo posible, y John dio vuelta al timón y braceó de nuevo las vergas. Los rompientes se multiplicaban bajo el branque del bergantín. Preciso era virar en redondo y poner la proa contra el viento, lo que ofrecía grandes dificultades, siendo un buque de poco velamen y mal equilibrado. Pero preciso era intentarlo.

—¡Fuerza el timón! —gritó John Mangles a Wilson.

El *Macquarie* se volvió a cerrar a la nueva línea de arrecifes, estrellándose el espumoso mar en las rocas sumergidas.

Hubo un momento de angustia que no puede expresarse. La espuma volvió las olas luminosas, como si las hubiese iluminado súbitamente un fenómeno de fosforescencia. El mar bramaba como si poseyese la voz de los escollos antiguos animados por la mitología pagana. Wilson y Mulrady se cargaban con todo su peso a la caña del gobernalle. El timón no podía girar más.

Hubo de pronto un choque. El *Macquarie* acababa de tocar en un bajo, y la jarcia muerta del bauprés se rompió, comprometiendo la estabilidad del trinquete. ¿Terminaría la virada en redondo sin que se produjesen otras averías?

Hubo un momento de calma, y el buque se volvió hacia el viento, pero de golpe se detuvo en su evolución. Una encrespada ola le cogió por debajo y le acercó más y más a los arrecifes. El pesado

casco cayó con una violencia tal, que se vino abajo el trinquete con todo su aparejo.



Hubo otros dos choques; y el bergantín quedó inmóvil e inclinado en un ángulo de 30°.

Saltaron a pedazos los cristales de la cámara de popa. Los pasajeros subieron precipitadamente sobre cubierta, siendo ésta en toda su extensión barrida incesantemente por las olas, por lo que era peligroso permanecer en ella.

John Mangles, que sabía que el buque se hallaba firmemente embarrancado en un banco de arena, suplicó a los viajeros que volviesen a la cámara.

—¿La verdad, John? —preguntó fríamente Glenarvan.

—La verdad es, Milord —respondió John Mangles— que no nos iremos a pique. No aseguraré que el buque no se haga pedazos, pero nos dará tiempo de salvarnos.

—¿Qué hora es? ¿Las doce?

—Sí, Milord, y hemos de aguardar que sea de día.

—¿No se puede echar la lancha al agua?

—Con tanta marejada y tanta oscuridad, es imposible. Además, ¿a qué punto de la costa atracaríamos?

—Pues bien, John, permanezcamos aquí hasta que asome el alba.

Will Halley corría como un loco de un lado a otro del bergantín. No sabía lo que pasaba. Sus marineros, vueltos en sí de su estupor, desfondaron un barril de aguardiente y se pusieron a beber. John previó que su embriaguez iba a ocasionar muy pronto terribles escenas.

No se podía contar con el patrón para refrenarlos. El miserable se arrancaba los cabellos y se retorció los brazos. No pensaba más que en su cargamento, que no estaba asegurado.

—¡Estoy arruinado! ¡Estoy perdido! —exclamaba corriendo de un lado para otro.

John Mangles no se cuidó de consolarle. Hizo que sus compañeros se armasen y pusiesen en disposición de contrarrestar a los marineros que se llenaban de brandy hasta el gañote, profiriendo espantosas blasfemias.

—Al primero de esos miserables —dijo el Mayor tranquilamente — que se acerque a nosotros, le mato como a un perro.

Los soeces marineros vieron sin duda que los pasajeros estaban dispuestos a hacerse respetar, pues, después de algunas tentativas de saqueo, desaparecieron todos.

John Mangles no se volvió a ocupar de aquellos borrachos, y aguardó con impaciencia que amaneciese.

El bergantín se hallaba entonces absolutamente inmóvil. El mar se calmaba poco a poco, y el viento caía. El casco podía, pues, resistir aún algunas horas. Al amanecer, John examinaría la costa, y si presentaba un buen atracadero, se transportarían el equipaje y los pasajeros en el *you-you* o bote, que era la única embarcación que quedaba a bordo, pues ya hemos dicho que un golpe de mar se

había llevado la lancha. Con el bote se necesitarían para trasladarse a la playa tres viajes por lo menos, porque no cabían en él más que cuatro personas.

Mientras, apoyado en la borda, John Mangles reflexionaba sobre los peligros de la situación, escuchaba el rumor de la resaca. Procuraba atravesar con sus miradas la profunda oscuridad, y se preguntaba a sí mismo cuál era la distancia que le separaba de aquella tierra tan deseada y al mismo tiempo tan temida. Los rompientes distan algunas veces muchas leguas de una costa, y no podría el frágil bote resistir una travesía algo larga.

Mientras John, abismado en sus meditaciones, pedía un poco de luz al tenebroso cielo, los pasajeros, depositando en él toda su confianza, descansaban en sus camarotes. La inmovilidad del bergantín les aseguraba algunas horas de tranquilidad. Glenarvan, John y sus compañeros, no oyendo ya los gritos de la marinería ebria, pudieron conciliar un rato de sueño reparador, y a la una de la mañana reinaba un profundo silencio a bordo del bergantín, que estaba también dormido en su lecho de arena.

A las cuatro empezaron a sumergirse los objetos en la luz crepuscular. La pálida luz del alba enrojeció ligeramente las nubes. John salió a cubierta. Colgaba del horizonte un cortinaje de bruma. Algunos contornos indecisos flotaban en los vapores matutinos, pero sólo a cierta altura. Agitaba aún el mar un débil oleaje, que se perdía a lo lejos en medio de espesas nubes sin movimiento alguno.

John aguardó. La claridad fue poco a poco aumentando, iluminando el horizonte algunas pinceladas rojas. El telón de nubes se levantó lentamente para descubrir la vasta decoración del fondo. Negros arrecifes sacaban su punta fuera del agua. Después se presentó una línea que una ancha faja de espuma blanqueaba, y en medio, como un faro, un punto luminoso en la cresta de una loma proyectaba sobre el disco un invisible sol naciente. La tierra estaba allí a menos de nueve millas.

—¡Tierra! —exclamó John Mangles.

Sus compañeros, a quienes su voz despertó, subieron sobre cubierta, y miraron silenciosamente la costa que se destacaba en el horizonte. Hospitalaria o funesta, debía ser su refugio.

—¿Dónde está Will Halley? —preguntó Glenarvan.

—No lo sé, Milord —respondió John Mangles.

—¿Y sus marineros?

—Tampoco han aparecido por aquí.

—Estarán por algún rincón durmiendo la mona —añadió Mac Nabbs.

—Que se les busque —dijo Glenarvan—, no se les puede dejar abandonados a bordo.

Mulrady y Wilson bajaron al sollado y a la cámara de proa, y dos minutos después volvieron diciendo que no se les encontraba en parte alguna.

Registraron entonces todo el entrepuente y hasta la sentina, y no vieron ni a Will Halley ni a ninguno de sus marineros.

—¡Cómo! ¿No hay nadie? —dijo Glenarvan.

—¿Habrán caído todos al mar? —preguntó Paganel.

—Bien puede ser —respondió John Mangles, a quien puso en alerta aquella desaparición.

Dirigiéndose luego hacia la proa dijo:

—Al bote.

Wilson y Mulrady le siguieron para echar el *you-you* al agua.

El *you-you* había desaparecido.

Capítulo V

Los marineros improvisados

Will Halley y su tripulación, aprovechándose de las tinieblas de la noche y del sueño de los pasajeros, habían huido en el único bote que el bergantín tenía. Ya era indudable que el mal llamado capitán, cuyo deber le obligaba a no abandonar el buque hasta que hubiesen salido todos, fue quien salió primero.

—Esos tunantes han huido —dijo John Mangles—. Tanto mejor, Milord. Así no tendremos que presenciar ciertas escenas repugnantes.

—Lo mismo digo —respondió Glenarvan—. Además, tenemos un capitán a bordo, John, y marineros animosos aunque no diestros. Aludo a todos tus compañeros. Dispuestos estamos a obedecerte; puedes mandar lo que quieras.

El Mayor, Paganel, Roberto, Wilson, Mulrady y hasta Olbinett aplaudieron las palabras de Glenarvan, y colocados en fila sobre cubierta, se pusieron a disposición de John Mangles.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Glenarvan.

El joven capitán paseó por el mar una mirada investigadora, examinó la arboladura incompleta del bergantín, y después de un breve rato de reflexión dijo:

—Dos medios tenemos, Milord, para salir de esta situación que no puede prolongarse. Podemos probar a desencallar el buque y hacernos a la mar, o ganar la costa en una almadía que construiremos fácilmente.

—Si se puede desencallar el buque, desencállese —respondió Glenarvan—. ¿No os parece, que es el mejor partido que se puede tomar?

—Sí, Milord, porque no sé lo que haríamos en tierra sin medios de transporte.

—Evitemos la costa —añadió Paganel—. Desconfiemos de Nueva Zelanda.

—Tanto más, cuanto que hemos derivado mucho —añadió John—. Es evidente que por incuria de Halley hemos sido arrojados al sur. A mediodía tomaré la altura, y si, como presumo, nos hallamos debajo de Auckland, procuraré remontarme con el *Macquarie* costearlo.

—Pero, ¿y las averías del bergantín? —preguntó *Lady Elena*.

—Me parece que no han de ser graves, señora —respondió John Mangles—. Remplazaré provisionalmente con una bandola el trinquete, y aunque despacio, iremos donde bien nos parezca. Si por desgracia el casco del bergantín ha sufrido en sus fondos o no se puede arrancar del arrecife, tendremos que resignarnos a ganar la costa y a tomar por tierra el camino de Auckland.

—Veamos, pues, el estado del buque, que es lo que más importa —dijo el Mayor.

Glenarvan, John y Mulrady abrieron la escotilla y bajaron a la sentina, en que hallaron pésimamente estibadas 200 toneladas de cueros curtidos. Sin gran trabajo se pudieron sacar por medio de una cabria sujeta al estay encima de la escotilla. John hizo inmediatamente echar al mar, para aligerar el casco, una gran parte del cargamento.

Después de tres horas de rudo trabajo, se pudieron examinar los fondos del bergantín. Se habían levantado a babor, a la altura de las cintas, dos tablas de la borda; pero como el *Macquarie* estaba echado sobre estribor, su costado derecho se hallaba sumergido.



Las averías eran muy visibles y el agua no podía penetrar por ellas. Además, Wilson se dio prisa en volver a juntar las tablas, y después de calafatearlas con estopa, clavó en ellas cuidadosamente y a mayor abundamiento una plancha de cobre.

La sonda no indicó en la sentina más que dos pies de agua, de que las bombas debían librarla fácilmente y aliviar el buque de su peso.

Examinando el casco, John reconoció que había sufrido poco en el choque. Era probable que quedase enclavada en el banco una parte de la falsa quilla, de la cual se podía prescindir.

Después de haber registrado el interior del buque, Wilson buceó para determinar su posición en el escollo.

El *Macquarie*, con la proa vuelta al Noroeste se había

embarrancado en un banco de arena cenagosa cuyo cantil es muy brusco. Se hallaban profundamente embutidas en él la extremidad inferior de la roda y dos terceras partes de su quilla, flotando el resto de ella hasta el codaste en cinco brazas de agua. El gobernalle, por consiguiente, no estaba comprometido y podía funcionar libremente, lo que no dejaba de ser una ventaja para servirse de él en caso necesario.

John juzgó conveniente dejarlo tal como estaba.

Las mareas no son fuertes en el Pacífico. Sin embargo, John Mangles esperaba hallar en el flujo un auxiliar poderoso para poner el *Macquarie* a flote. El bergantín había quedado varado una hora antes de la marea alta, y desde el momento del reflujo o bajamar, su inclinación hacia estribor fue en progresivo aumento. A las seis de la mañana, en el menguante de la marea, había alcanzado su máximo de inclinación, y pareció inútil apuntalarlo, pudiéndose conservar a bordo las vergas y masteleros que John se reservaba para construir una bandola que remplazase el palo de proa.

Se iban a tomar disposiciones para poner el bergantín a flote. El trabajo era largo y penoso, y había absoluta imposibilidad de haber terminado los preparativos que la operación requería para la pleamar de las doce y cuarto. Aquel día no se podía hacer más que observar cómo se conduciría el bergantín, ya en parte descargado, bajo la acción del flujo, y reservar para la marea del día siguiente la maniobra definitiva.

—¡Manos a la obra! —dijo John Mangles.

Sus marineros improvisados no esperaban más que sus órdenes.

John les mandó aferrar las velas que estaban ya cargadas. El Mayor, Roberto y Paganel subieron a la cofa del palo mayor dirigidos por Wilson. La gavia, hinchada por el viento, hubiera perjudicado la operación de poner el buque a flote, y fue preciso aferrarla, lo que bien o mal se llevó a cabo. Después de un trabajo muy penoso y duro para manos no encallecidas ni acostumbradas a él, era menester desembarazar el palo mayor del mastelero de juanete, y el joven Roberto, con su agilidad de mono y su atrevimiento de grumete, prestó durante esta difícil operación grandes servicios.

Se necesitaba entonces echar una o tal vez dos anclas por la popa del buque en dirección a la quilla. Los esfuerzos de tracción

debían ejercerse sobre ellas para halar el *Macquarie* al llegar la marea, y esta operación no ofrece ninguna dificultad cuando se dispone de una lancha o bote, en cuyo caso no se hace más que echar el áncora en un punto conveniente que se ha reconocido de antemano; pero en el *Macquarie* no había ningún bote, y había que suplirlo con algo.

Glenarvan, aunque no era marino de profesión, había visto mucho, y tenía suficiente práctica para comprender la necesidad de aquellas operaciones. Debía echar un áncora para arrancar al buque del escollo.

—¿Pero cómo nos arreglaremos sin bote? —preguntó a John.

—Echaremos mano —respondió el joven capitán— de los restos del trinquete y de toneles vacíos. La operación, aunque difícil, no será imposible, porque las áncoras del *Macquarie* no son de gran tamaño. Una vez echadas, si no ceden tengo confianza.

—No perdamos tiempo, pues, John.

Todos, lo mismo los marineros que los pasajeros, fueron llamados sobre cubierta para tomar parte en la maniobra. Se rompió a hachazos la cabuyería que sujetaba aún el trinquete, el cual al caer se había roto al nivel del calce, de suerte que la cofa se pudo sacar fácilmente. La cofa era una excelente plataforma, una buena explanada de tablones para formar una almadía en toda regla. Se la sostuvo por medio de toneles vacíos para que pudiese soportar el peso de las anclas, y se le puso para gobernarla un remo a manera de timón. Además, la marea creciente debía precisamente hacerla derivar hacia la popa del bergantín, y luego de echadas las anclas, no había de ser difícil volver a bordo tirando del calabrote largado desde el buque.

Este trabajo estaba medio concluido cuando se acercó el sol al meridiano. John Mangles dejó a cargo de Glenarvan la dirección de las operaciones empezadas y se ocupó en determinar la posición, que era cosa muy importante. Afortunadamente John había encontrado en la cámara de Will Halley, junto con un anuario del observatorio de Greenwich, un sextante muy sucio, pero suficiente para tomar la altura. Lo limpió y volvió con él sobre cubierta.

El sextante, por medio de una serie de espejos movibles, trae el sol al horizonte en el momento en que se halla en el cenit, es decir, cuando el astro del día ha llegado al punto más alto de su carrera.

Se comprende, pues, que para la operación es preciso dirigir el anteojo del sextante a un horizonte verdadero, el que forman el cielo y el agua confundiéndose. Pero precisamente la tierra, prolongándose hacia el norte en un vasto promontorio, e interponiéndose entre el observador y el horizonte verdadero, hacía imposible la observación.

En los casos en que falta el horizonte natural se le remplacea con otro artificial, que consiste ordinariamente en una cubeta chata llena de mercurio, sobre la cual se opera. El mercurio por sí solo forma un espejo perfectamente horizontal. No habiendo mercurio a bordo, John zanjó la dificultad sirviéndose de una tina llena de alquitrán líquido, cuya superficie reflejaba suficientemente la imagen del sol.

Conocía ya la longitud, hallándose en la costa oeste de Nueva Zelanda, y fue una fortuna, porque sin cronómetro no habría podido calcularla. No le faltaba más que la latitud, y trató de obtenerla.

Tomó por medio del sextante la altura media del sol sobre el horizonte, y vio que esta altura era de $68^{\circ} 30'$. La distancia del sol al cenit, era, pues, $21^{\circ} 30'$ puesto que, sumadas estas cifras, dan 90° , y siendo aquel día, 3 de febrero, la declinación del sol de $16^{\circ} 30'$ según el Anuario, añadiendo a esta distancia cenital $21^{\circ} 30'$, se tenía una latitud de 38° .

La situación del *Macquarie* se determinaba, pues, de la manera siguiente: longitud $171^{\circ} 13'$, latitud 38° , salvo algún error insignificante, que no debía tomarse en cuenta, debido a la imperfección de los instrumentos.

Consultado el mapa de Johnson comprado por Paganel en Edén, John Mangles vio que el naufragio había ocurrido en la boca de la bahía de Aotea, encima de la punta Caluca, cerca de las costas de la provincia de Auckland. Hallándose la ciudad de Auckland situada en el paralelo 37, el *Macquarie* había sido arrojado un grado al sur, y debía, por consiguiente, remontar un grado para alcanzar la capital de Nueva Zelanda.

—Todo lo más un trayecto de 25 millas —dijo Glenarvan—. Poca cosa es.

—Lo que es poco en el mar será largo y penoso en tierra —respondió Paganel.

—Por lo mismo —respondió John Mangles— haremos todo lo

posible para poner a flote el *Macquarie*.

Tomada la altura, volvieron a empezar los trabajos. A las doce y cuarto, la marea había llegado a su mayor altura, pero como no se habían echado aún las anclas, no pudo John aprovecharse de ella. No por eso dejó de observar el *Macquarie* con cierta ansiedad. ¿La acción de la pleamar podría ponerle a flote? La cuestión se iba a resolver dentro de cinco minutos.

Esperó, pues. Oyéronse algunos chasquidos, que si no los producía un movimiento ascensional del buque eran por lo menos efecto de un estremecimiento de la carena, que hacía concebir a John buenas esperanzas para la marea siguiente. Pero por de pronto el buque permaneció inmóvil.

Prosiguieron los trabajos. A las dos estaba concluida la almadía y se embarcó en ella el ancla. John y Wilson la acompañaron, después de amarrar un calabrote a la popa del bergantín. El reflujo les hizo derivar, y echaron el ancla a la distancia de medio cable habiendo diez brazas de fondo. Las uñas del áncora agarraron bien y la almadía volvió a bordo.



Se destrincó el ánchora mayor y se la dejó pendiente del capón y puesta a la pendura, pero, no sin alguna dificultad, se bajó de la serviola. La almadía repitió su operación; y muy pronto quedó echada la segunda ánchora detrás de la primera en un fondo de quince brazas. En seguida John y Wilson, tirando del calabrote, volvieron a bordo del *Macquarie*.

Se ataron al molinete los cables de las áncoras, y se aguardó la próxima marea que debía dejarse sentir a la una de la mañana. Eran entonces las seis de la tarde.

John Mangles felicitó a sus marineros y dio a entender a Paganel que con el tiempo, si tenía una buena conducta, podría ser un regular contramaestre.

Monsieur Olbinett, después de haber ayudado en todas las

maniobras, había vuelto a la cocina, donde preparó una comida succulenta que venía muy al caso, pues la tripulación estaba hambrienta. Bien satisfecho su apetito, se halló perfectamente repuesta para los trabajos sucesivos.

Después de comer, tomó John Mangles las últimas precauciones para asegurar el buen éxito de la operación, pues tratándose de poner a flote un buque, no se puede tener el menor descuido. Basta a veces para frustrar la empresa un aligeramiento de algunas líneas y la quilla no se desprende de su lecho de arena.

John Mangles había hecho arrojar al mar la mayor parte de las mercancías para aliviar al buque de su peso, y el resto de ellas, las vergas de repuesto y algunas toneladas de piedras que servían de lastre se trasladaron a popa para facilitar con su peso el desprendimiento del estrave. Wilson y Mulrady llevaron también a popa algunos toneles que llenaron de agua, con objeto de levantar la proa.

Se concluyeron estos últimos trabajos a las doce de la noche, y era de esperar que en aquellos momentos en que todas las fuerzas eran pocas para dar vueltas al cilindro del cabrestante, la tripulación se hallase de tal manera quebrantada, que obligó a John a tomar una nueva resolución.

Reinaba entonces en la mar una calma que no hacía más que rizar caprichosamente la superficie de las olas. John, que observaba el horizonte, notó que el viento tendía a saltar del Sudoeste al Noroeste. La disposición particular y el color de las nubes no permiten a un marinero equivocarse fácilmente. Wilson y Mulrady participaban de la opinión de su capitán.

John Mangles dio cuenta a Glenarvan de sus observaciones, y le propusieron aplazar para el día siguiente la operación de poner a flote el buque.

—Voy a exponer mis razones, Milord —dijo—. En primer lugar estamos rendidos, y tenemos necesidad de todas nuestras fuerzas para desembarancar el bergantín. Además, en medio de estas rompientes peligrosas y siendo la oscuridad tan profunda, ¿cómo le conduciremos luego que le hayamos arrancado del escollo? Más vale aguardar el día. Otra razón me aconseja el aplazamiento. El viento promete venir a ayudarnos, y quisiera aprovecharme de su ofrecimiento; quiero que empuje hacia afuera este estropeado casco,

mientras el mar lo levanta. Mañana, si no mienten las señales, tendremos viento del Noroeste. Orientaremos al revés las velas del palo mayor, y ello nos ayudará a levantar el buque.

Todas las razones aducidas por Mangles eran decisivas, y doblegándose a ellas Glenarvan y Paganel, que eran los más impacientes que había a bordo, se aplazó la operación hasta el día siguiente.

La noche fue buena. Hubo siempre sobre cubierta alguno de cuarto para vigilar principalmente las anclas.

Amaneció y se realizaron las previsiones de John Mangles. Soplabla una ligera brisa del Noroeste con tendencia a refrescar, lo que era un considerable aumento de fuerza a favor de la maniobra. Los marineros se distribuyeron la faena. Roberto, Wilson y Mulrady en los altos, y Glenarvan y Paganel sobre cubierta prepararon los aparejos para lanzar las velas en el momento preciso. Se izó la mayor y se dejó cargada la gavia.

Eran las nueve de la mañana, y por consiguiente habían de pasar aún cuatro horas antes que subiese la marea. No fueron tiempo perdido. John las invirtió en colocar en la proa la bandola para remplazar el trinquete y hallarse en disposición de alejarse de aquellos parajes peligrosos apenas estuviese el buque puesto a flote. Los trabajadores hicieron nuevos esfuerzos y antes de mediodía la verga de trinquete estaba sólidamente sujeta a guisa de mástil. *Lady Elena* y *Mary Grant* sirvieron también de mucho, pues envergaron una vela de repuesto en una antena de sobrejuanete. No deseaban otra cosa más que contribuir a la salvación común. Terminadas estas operaciones, si bien es verdad que bajo el punto de vista de la elegancia y de la estética el *Macquarie* dejaba mucho que desear, podía navegar muy bien no separándose demasiado de la costa.

La marea subía. Empezaba a manifestarse en la superficie del mar un pequeño oleaje. Las crestas de los arrecifes desaparecían poco a poco como animales marinos que se sumergen en el líquido elemento. Se acercaba la hora de intentar la operación capital de que todas las otras no fueron más que preliminares. Una irrefrenable impaciencia mantenía sobreexcitados los ánimos. Nadie hablaba, y todos, mirando a John, aguardaban una orden suya.

Inclinado sobre la popa, John Mangles observaba la marea, examinando con inquietud el cable y el cabrestante sumamente

tirantes.

A la una, llegó la marea a su mayor altura. Estaba tendida, es decir, se hallaba en aquel corto instante en que ya no sube, pero aún no baja. Fuerza era obrar sin tardanza. Largáronse la mayor y la gavia, y las hinchó el viento.

El cabrestante estaba dotado de guimbaletes como las bombas de incendio, y Glenarvan, Mulrady y Roberto por un lado, Paganel, el Mayor y Olbinett por otro, se cargaron sobre ellos con todo su peso para comunicar el movimiento al aparato. Al mismo tiempo John y Wilson, armados de espeques que apoyaban en las muescas del cilindro del cabrestante, contribuían poderosamente a activar la función del aparato.

—¡Firme! ¡Firme! —gritaba el joven capitán—. ¡Firme todos a la vez! ¡A una!

Los cables se pusieron más y más tirantes bajo la poderosa acción del cabrestante. El ancla había hincado bien sus lengüetas, y el bergantín no garreaba.

Preciso era salir del paso cuanto antes, porque la pleamar no dura más que algunos minutos, y no podía tardar en bajar el nivel del agua.

Todos redoblaron sus esfuerzos. El viento soplaba con violencia y henchía las dos velas. El casco se estremeció, pero el escollo le tenía muy agarrado. Tal vez un brazo más hubiera bastado para arrancar su presa al arrecife.

—¡Elena! ¡Mary! —gritó Glenarvan.

Las dos jóvenes unieron sus esfuerzos a los de sus compañeros, y se oyó el último rechino de la lengüeta del cabrestante.

Pero nada más; el bergantín no se movió. La operación fracasó completamente. Empezaba ya el reflujo, y era evidente que, ni aun teniendo el viento y el mar por auxiliares, podía aquella reducida tripulación poner su buque a flote.

Capítulo VI

En que se trata teóricamente del canibalismo

El primer medio de salvación intentado por John Mangles no había producido ningún resultado, y era forzoso por consiguiente recurrir al segundo sin demora. Era evidente que el *Macquarie* no podía ponerse a flote, y evidente también que había que abandonarlo, no pudiéndose tomar otro partido. Imprudencia y hasta insensatez hubiera sido aguardar a bordo socorros problemáticos. Antes de la llegada providencial de un buque al teatro del naufragio, el *Macquarie* se habría hecho pedazos. Una próxima tempestad, o aunque no fuese más que una marejada fuerte levantada por viento de fuera, bastaba para destrozarle y lanzar en la no lejana costa sus miserables despojos. Antes de la destrucción inevitable, John quería haber tomado tierra.

Propuso en vista de esto construir una almadía, o una *jangada*, como dicen los marinos, bastante sólida para transportar a la costa zelandesa a los pasajeros y una cantidad de víveres suficiente.

No había necesidad de discutir, sino de obrar. Empezaron inmediatamente los trabajos, y estaba ya la obra muy adelantada, cuando la interrumpió la noche.



A las ocho, después de cenar, mientras *Lady Elena* y Mary Grant descansaban en sus respectivos camarotes, Paganel y sus amigos se paseaban sobre cubierta y comentaban algunas graves cuestiones. Roberto no había querido separarse de ellos. El muchacho escuchaba con la mayor atención, pronto siempre a prestar un servicio y a sacrificarse en una empresa peligrosa.

Paganel preguntó a John Mangles si podría la *jangada* seguir la costa hasta Auckland, en lugar de dejar en tierra a los pasajeros.

John respondió que era imposible una navegación tan larga con un medio tan defectuoso.

—¿Y lo que no podemos intentar en una *jangada* —dijo Paganel— se hubiera podido llevar a cabo con la lancha del bergantín o con el bote?

—En rigor, sí —respondió John Mangles—, no navegando más que de día y permaneciendo de noche fondeados.

—Así, pues, los miserables que nos han abandonado...

—¡Oh! Ésos, como se dice vulgarmente, en el pecado llevan la penitencia —respondió John Mangles—. Estaban borrachos, y lo más probable es que, siendo como era tan profunda la oscuridad, hayan pagado con la vida su cobarde abandono.

—Tanto peor para ellos —replicó Paganel—, y tanto peor también para nosotros, porque el bote nos hubiera sido muy útil.

—¿Qué hemos de hacer, Paganel? —dijo Glenarvan—. La *jangada* nos llevará a tierra.

—Es precisamente lo que hubiera querido evitar —respondió el geógrafo.

—¡Cómo! ¿Un viaje de veinte millas puede intimidar a hombres curtidos, avezados a la fatiga, que han atravesado las Pampas y Australia?

—Amigos míos —respondió Paganel—, no pongo en duda nuestro valor y el de nuestras compañeras. ¡Veinte millas! ¿Qué nos importarían veinte millas en otro país cualquiera que no fuese Nueva Zelanda? No supondréis que tengo miedo. Yo fui el primero que os hizo atravesar América, que os hizo atravesar Australia. Pero aquí, os lo repito, todo es preferible a aventurarse en este país pérfido.

—Todo es preferible —respondió John Mangles— a perderse irremisiblemente en un buque varado.

—¿Pero a quién tenemos que temer tanto en Nueva Zelanda? —preguntó Glenarvan.

—A los salvajes —respondió Paganel.

—¡A los salvajes! —replicó Glenarvan—. ¿No podemos librarnos de ellos siguiendo la costa? Además, un ataque de unos cuantos miserables no puede preocupar a europeos bien armados y resueltos a defenderse a todo trance.

—No se trata de miserables —respondió Paganel, moviendo la cabeza—. Los neozelandeses forman tribus terribles que luchan contra la dominación inglesa, y se batan contra los invasores, a quienes vencen con frecuencia y se los comen siempre.

—¡Caníbales! —exclamó Roberto—. ¡Caníbales!

Y luego se le oyó pronunciar estos dos nombres:

—¡Mary! ¡Lady Elena!

—No tengas miedo, muchacho —le respondió Glenarvan para tranquilizarle—. Nuestro amigo Paganel exagera.

—No exagero nada —replicó Paganel—. Roberto ha demostrado que es un hombre, y como a tal le trato no ocultándole la verdad. Los neozelandeses son los más crueles, por no decir los más voraces, de todos los antropófagos. Devoran cuanto cae bajo sus uñas. La guerra para ellos no es más que una cacería de hombres, y fuerza es confesar que no hay otra guerra tan lógica. Los europeos matan a sus enemigos y los entierran. Los salvajes matan a sus enemigos y se los comen, y, como ha dicho muy bien mi compatriota Tomsseneel, no es tan malo asar a un enemigo muerto, como matarlo, cuando no quiere morir.

—Paganel —respondió el Mayor—, lo que decís es muy discutible, pero no estamos ahora para discusiones. Sea lógico o no el ser comido, nosotros no queremos que nos coman. ¿Pero cómo el cristianismo no ha destruido ya la antropofagia?

—¿Creéis que todos los neozelandeses son cristianos? —replicó Paganel—. Los cristianos constituyen una insignificante minoría, y los misioneros son aún con mucha frecuencia víctimas de esos brutos. El año pasado el reverendo Walkner fue martirizado con una crueldad horrible.



Los maoríes le ahorcaron, y las mujeres de sus verdugos le arrancaron los ojos. Los salvajes bebieron su sangre y devoraron sus sesos. El suplicio ocurrió en 1864, en Opotiki, a algunas leguas de Auckland, casi a la vista de las autoridades inglesas. Amigos míos, se necesitan siglos para variar la naturaleza de una raza de hombres. Los maoríes serán aún largo tiempo lo que han sido. Toda su historia está escrita con sangre. ¡Cuántas tripulaciones han degollado y devorado, desde la del *Tasman* hasta la del *Hawes*! Y no es precisamente la carne de los blancos la que excita su apetito. Antes de la llegada de los europeos, los zelandeses recurrieron al asesinato para saciar su glotonería. Muchos viajeros han vivido entre ellos y asistido a los festines de los caníbales, en que los convidados sólo tomaban los platos delicados, como carne de mujer o de niño.

—Eso son cuentos —dijo el Mayor— debidos a la inventiva de los viajeros, que hacen gala de haber vuelto sanos y salvos de países peligrosos y del estómago de los antropófagos.

—Algo resto de las exageraciones —respondió Paganel—. Pero han hablado hombres dignos de fe, los misioneros Kendall, Madren, los capitanes Dillon, d'Urville, Laplace, y otros, cuyas narraciones creo a *pies juntillas*. Los zelandeses son crueles por naturaleza. Cuando muere uno de sus jefes inmolan víctimas humanas con que pretenden aplacar la cólera del difunto que podría ser fatal a los vivos, y al mismo tiempo los inmolados son servidores que le ofrecen para la otra vida. Pero como se comen sus criados póstumos, después de degollarlos, hay motivos para creer que el estómago les impulsa a la matanza más que la superstición.

—Sin embargo —dijo John Mangles—, se me figura que la superstición representa un gran papel en las escenas de canibalismo, y que, por consiguiente, dando a los caníbales otra religión, se les darían otras costumbres.

—Decís bien, amigo John —respondió Paganel—. Os remontáis a la grave cuestión del origen de la antropofagia. ¿Es la religión o es el hambre quien ha inducido a los hombres a comerse unos a otros? En estos momentos la discusión sería por lo menos ociosa. Las causas del canibalismo son una cuestión aún no resuelta; pero el hecho existe, y es un hecho grave que debe preocuparnos mucho.

Paganel estaba en lo cierto. La antropofagia en Nueva Zelanda ha pasado al estado crónico, como en las islas Fidji y en el estrecho de Torres. No cabe duda de que la superstición interviene en tan odiosas costumbres, pero hay caníbales, porque hay momentos en que falta la caza y el hambre apremia. Los salvajes empezaron a comer carne humana para satisfacer las exigencias de un apetito muy rara vez satisfecho, y luego los sacerdotes reglamentaron y santificaron tan monstruosas costumbres. Las comidas y las cenas han formado una liturgia, se han convertido en sagrada ceremonia, y he aquí todo.

Por otra parte, en concepto de los maoríes, no hay en el mundo nada tan natural como comerse unos a otros. Con frecuencia, los misioneros les han interrogado acerca del canibalismo. Les han preguntado por qué devoraban a sus hermanos. Los jefes de tribu les han contestado que los peces se comen a los peces, que los

perros se comen a los hombres, que los hombres se comen a los perros, que éstos se comen entre sí. En su misma teogonía, la leyenda refiere que un dios se comió a otro dios. ¿Cómo es posible con tales precedentes resistir al placer de comer cada cual a su semejante?

Además, los zelandeses están persuadidos de que devorando a un enemigo muerto, se destruye su parte espiritual, y de este modo heredan su fuerza y su valor, que están particularmente encerrados en el cerebro, por cuya razón el cerebro figura en los festines como el plato de honor y predilecto.

Sin embargo, Paganel sostuvo, no sin fundamento, que la sensualidad, y sobre todo la necesidad, excitaban a los zelandeses a la antropofagia, y no sólo a los salvajes de Oceanía, sino que también a los salvajes de Europa.

—Sí —añadió—, el canibalismo ha reinado durante mucho tiempo entre nuestros antepasados de los pueblos actualmente más civilizados, y no lo toméis por una alusión personal, entre los escoceses particularmente.

—¿De veras? —dijo Mac Nabbs.

—Sí, Mayor —respondió Paganel—. Si leéis ciertos pasajes de san Jerónimo, que se refieren a los atticoli de Escocia, veréis el concepto que deben merecernos vuestros abuelos. Y sin remontarnos más allá de los tiempos históricos, bajo el reinado de Isabel, en la época misma en que Shakespeare creaba su Shylock, ¿no fue acaso ejecutado por crimen de canibalismo el bandido escocés Sawney Been? ¿Y qué sentimiento le había arrastrado a comer carne humana? ¿La religión? No; el hambre.

—¿El hambre? —preguntó John Mangles.

—El hambre —respondió Paganel—, pero sobre todo la necesidad que tiene el carnívoro de rehacer su carne y su sangre con el ázoe contenido en las sustancias animales. Bastan sin duda para que los pulmones funcionen normalmente las plantas tuberculosas y feculentas. Pero el que quiere ser fuerte y activo tiene que absorber alimentos plásticos para reparar su musculatura. Mientras los maoríes no sean miembros de la sociedad de los vegetarianos, comerán carne, y la carne que coman será humana.

—¿Y por qué humana? —dijo Glenarvan.

—Porque no tienen otra —respondió Paganel—, y es menester

decirlo, no para excusar sus hábitos de canibalismo, sino para explicarlos. En este inhospitalario país son raros los cuadrúpedos y hasta las aves. Así es que los maoríes en todos los tiempos se han nutrido de carne humana. Hasta hay *estaciones para comer hombres*, como en las comarcas civilizadas para comer cerdo y para la caza. Entonces empiezan las grandes batidas, es decir, las grandes guerras, y tribus enteras son devoradas en la mesa de los vencedores.

—Siendo así, Paganel —dijo Glenarvan—, la antropofagia no desaparecerá hasta que los carneros, los bueyes y los cerdos abunden en las praderas de Nueva Zelanda.

—Es evidente, querido *Lord*, y aun entonces pasarán años antes que los maoríes pierdan su afición a la carne neozelandesa, que prefieren a todas las otras, porque los hijos gustarán por mucho tiempo de lo que gustaban sus padres. De creer lo que ellos dicen, la carne humana se parece bastante a la de cerdo, aunque tiene un poco más de humillo. La carne de los blancos les gusta menos, porque como los blancos echan sal a las sustancias de que se nutren, su carne adquiere un sabor particular que no agrada tanto a los gastrónomos antropófagos.

—¡Cuán melindrosos son! —dijo el Mayor—. ¿Pero la carne, sea de blanco o de negro, la comen cruda o cocida?

—¿Y eso qué más da, *Monsieur Mac Nabbs*? —exclamó Roberto.

—¿Cómo qué más da? —respondió con seriedad el Mayor—. Si me ha de comer un antropófago, quiero que se me coma cocido.

—¿Por qué?

—Para estar seguro de que no me comen vivo.

—Está bien, Mayor —replicó Paganel—. ¿Pero y si os cuecen vivo?

—Lo mejor será —respondió el Mayor— que no me coman cocido ni crudo.

—Pues bien, Mac Nabbs —dijo Paganel—, por lo que pueda convenirnos os diré que los neozelandeses comen siempre la carne cruda, o curada al humo. Son personas que han adelantado mucho en el arte culinario, y tienen un paladar bien educado. Pero respetando el gusto de los demás, pues de gustos no hay nada escrito, os aseguro que la idea de ser comido, por bien que me condimenten, no me hace gracia. ¡Qué asco, terminar la existencia

en el estómago de un salvaje!

—En fin —dijo John Mangles—, resulta de todo lo dicho que debemos evitar caer en sus manos esperando que el cristianismo proscriba tan horribles costumbres.

—Debemos esperarlo —respondió Paganel—, pero creedme, un salvaje que se ha aficionado a la carne humana, renunciará a ella difícilmente. Juzgad por estos dos hechos.

—Veamos los hechos, Paganel —dijo Glenarvan.

—El primero está consignado en las Crónicas de la Sociedad de Jesuitas del Brasil. Un misionero portugués encontró un día a una vieja brasileña muy enferma, de suerte que le quedaban pocos días de vida. El jesuita le inculcó las verdades del cristianismo, que fueron aceptadas sin discusión por la moribunda. Después de nutrir su alma, pensó en nutrir su cuerpo, y ofreció a la penitente algunas golosinas europeas. «¡Ay! —respondió la vieja—, mi estómago no puede tolerar ningún alimento. Sólo hay uno que creo me comería con gusto, pero desgraciadamente no hay aquí nadie que pueda proporcionármelo». «¿Qué es?», le preguntó el jesuita. «¡Ay, padre! ¡Una mano de niño! ¡Con qué gusto roería los huesecillos!».

—¡Cáspita! ¿Pero eso es bueno? —preguntó Roberto.

—La segunda historia te lo va a decir —respondió Paganel—. Un día un misionero reconvenía a un caníbal por la horrible costumbre, contraria a las leyes divinas, de comer carne humana. «¡Y además —añadió— debe de ser carne mala!».

«¡Ah! ¡Padre mío! —respondió el salvaje mirando con avidez al misionero, en el cual de buena gana hubiera hincado el diente—. Decid que Dios prohíbe comerla. ¡Pero no digáis que es mala! ¡Si alguna vez la hubieseis probado...!».

Capítulo VII

En que se llega al fin a la tierra de la que convenía huir

Los hechos referidos por Paganel eran indiscutibles, y nadie ponía ya en duda la crueldad de los neozelandeses. Había, pues, peligro, en saltar a tierra. Pero había necesidad de arrostrarlo, aunque hubiera sido cien veces mayor. John comprendía que no era posible permanecer en un buque cuya próxima destrucción no era evitable, no siendo lícito vacilar entre dos peligros, de los cuales el uno es seguro y el otro no es más que muy probable.

Nadie se hubiera atrevido a contar con la eventualidad de ser recogido por un buque. El *Macquarie* no se hallaba en el derrotero de las embarcaciones que recorren los surgideros de Nueva Zelanda. Todas ellas se dirigen a Auckland, que está más arriba, o a New Plymouth que está más abajo, y el zaboro había ocurrido precisamente entre los dos puntos, en la parte desierta de las orillas de Ika Na Maoui, que es muy mala y peligrosa. Los buques la evitan todos, y si a ella les lleva el viento, procuran abandonarla cuanto antes.

—¿Cuándo podremos partir? —preguntó Glenarvan.

—Mañana por la mañana a las diez —respondió John Mangles.

—La marea que empezará a subir nos llevará a tierra.

A las ocho de la mañana siguiente, 5 de febrero, estaba construida la *jangada*, en la cual tenía puestos John los cinco sentidos. La cofa del trinquete, que sirvió para echar las anclas, era suficiente para transportar a los pasajeros y los víveres. Se necesitaba un aparato sólido, susceptible de ser dirigido y capaz de resistir el oleaje durante una navegación de nueve millas. Sólo la arboladura prestaba para su construcción los materiales necesarios.

Wilson y Mulrady habían puesto manos a la obra. Se puso el aparato a la altura de las vigotas, y el palo mayor, derribado a

hachazos, pasó por encima de la borda de estribor. El *Macquarie* quedó entonces raso como un pontón.

El mastelero mayor y los de gavia y juanete fueron aserrados y separados. Flotaban entonces las principales piezas de la *jangada*, que se reunieron a los pedazos de trinquete a que no se había dado aún otro uso, y se trabaron sólidamente. Para elevar el aparato sobre la superficie del agua, John colocó en los intersticios media docena de toneles vacíos.

Sobre esta primera armazón muy resistente, John puso una especie de enrejado hecho de cuarteles que formaba celosía, y así las olas podían entrar en la *jangada* sin permanecer en ella, y los pasajeros se libraban de la humedad. Formóse además con tablas una especie de pavés circular, que protegía el puente contra las olas gruesas.

Aquella mañana, siendo el viento favorable, John hizo colocar a manera de mástil, con su correspondiente vela, en el centro de la improvisada embarcación, la verga del sobrejuanete, que sujetó con obenques. Un gran remo de pala ancha puesto detrás de la *jangada* debía servir para gobernarla, en caso de andar suficientemente a impulsos del viento.

La *jangada* estaba dotada de las mejores condiciones para contrarrestar el ímpetu de las olas. ¿Pero podría gobernarla y podría llegar a la costa en caso de variar el viento? Ésta era la cuestión.

A las nueve empezó el cargamento.

Se embarcó una cantidad de víveres suficiente para llegar a Auckland, pues no se podía contar con los productos de aquella tierra ingrata.

La despensa de Olbinett suministró alguna carne salada, resto de las provisiones compradas para la travesía del *Macquarie*, lo que era muy poco, y fue preciso por lo tanto aprovechar los víveres ordinarios de la marinería, galleta de mediana calidad y dos barriles de bacalao. Al *stewart* se le caía la cara de vergüenza.

Las provisiones se metieron en cajas que se cerraron herméticamente para librarlas del agua del mar, y se estibarón y ataron debidamente al pie del mástil. Las armas y municiones se colocaron en sitio seguro y seco. Por fortuna los viajeros estaban bien armados de carabinas y revólveres.

Se embarcó también un ancla para el caso en que hubiese necesidad de fondear por no poder llegar a tierra en una sola marea.

Ésta a las diez empezó a subir, y soplabla una leve brisa del Noroeste, que producía un ligero oleaje.

—¿Estamos? —preguntó John Mangles.

—Estamos, capitán —respondió Wilson.

—¡En marcha! —gritó John.

Lady Elena y Mary Grant bajaron por una escala de cuerda bastante tosca, y se sentaron junto al mástil en las cajas de víveres. A su alrededor se colocaron sus compañeros. Wilson tomó a su cargo el timón, John los apagapenoles, y Mulrady picó el cable que tenía amarrada la *jangada* a un costado del bergantín. Se izó la vela, y el aparato se dirigió a la costa bajo la doble acción de la marea y del viento.

Estaba la tierra a 9 millas de distancia, que una lancha provista de buenos remos hubiera salvado en tres horas. Pero la *jangada* necesitaba más tiempo. Si el viento no cedía, en una sola marea podría tal vez alcanzar la playa, pero de otra suerte el flujo la haría retroceder y sería preciso anclar para esperar la marea siguiente, lo que no dejaba de preocupar a John Mangles.

Sin embargo, esperaba salir bien del paso. El viento refrescaba. Habiendo a las diez empezado la marea, era preciso haber tomado tierra a las tres, so pena de echar el ancla o perder, a consecuencia del reflujo, el camino ganado.

La travesía empezó bien. Poco a poco las negras cabezas de los arrecifes y el amarillento tapiz de los bancos desaparecieron bajo el agua que subía, requiriéndose entonces mucho cuidado y mucha habilidad para sortear los rompientes sumergidos y dirigir entre ellos un aparato poco sensible al timón y propicio a las derivaciones.

Al mediodía, distaba aún la *jangada* 5 millas de la costa. El cielo se presentaba bastante despejado y permitía distinguir los principales accidentes del terreno. Hacia el Nordeste se elevaba un cerro de unos 2.500 pies de altura. Se destacaba en el horizonte de una manera extraña, y su silueta reproducía el gesticulador perfil de una cabeza de mono boca arriba. Aquel monte era el Pirongia, exactamente situado, según el mapa, en el paralelo 38.

A las doce y media, Paganel hizo notar que bajo la marea ascendente habían desaparecido todos los escollos.

—Todos menos uno —respondió *Lady Elena*.

—¿Cuál, señora? —preguntó Paganel.

—Aquél —contestó *Lady Elena*, señalando un punto negro a la distancia de una milla delante de la proa.

—Es verdad —dijo el geógrafo—. Procuremos determinar su posición para no chocar con él, pues no tardará en cubrirle la marea como a todos los otros.

—Precisamente está frente por frente de la ladera norte de la montaña, y vamos derechos a él. Wilson, procura dejarlo a un lado.

—Bien, capitán —respondió el marinero cargando con todo su peso contra el indócil remo que hacía las veces de timón.

Se adelantó media milla en media hora. Pero lo extraño era que el punto negro, que se había tomado por un escollo, sobresalía siempre del agua.

John lo miraba atentamente, y para observarlo mejor, tomó el catalejo de Paganel.

—No es un arrecife —dijo después de un breve examen—, es un objeto flotante que sigue el movimiento de las olas.

—¿No es un pedazo de arboladura del *Macquarie*? —preguntó *Lady Elena*.

—No —respondió Glenarvan—, ninguno de los restos del bergantín ha podido derivar tanto.

—¡Toma! —exclamó John Mangles—. Ya sé lo que es, es el bote del *Macquarie*.

—¡El bote! —dijo Glenarvan.

—Sí, Milord, el bote del bergantín, que se ha puesto la quilla por montera, el bote que ha zozobrado.

—¡Desgraciadamente! —exclamó *Lady Elena*—. ¡Habrán perecido!

—Sí —respondió John Mangles—, no podía ser otra cosa. En medio de estos rompientes, de noche y con la fuerte marejada, corrían a una muerte cierta.

—¡Que el cielo se haya apiadado de ellos! —murmuró Mary Grant.

Los pasajeros permanecieron largo rato silenciosos. Miraban aquella frágil embarcación acercándose a ella. Había evidentemente

zozobrado a 4 millas de tierra, sin salvarse ninguno de sus tripulantes.

—Pero este bote puede sernos útil —dijo Glenarvan.

—Naturalmente —respondió John Mangles—. A él, Wilson.

Se modificó un poco la dirección de la *jangada*, pero fue cayendo el viento, y transcurrieron dos horas antes de alcanzar la embarcación.

Mulrady, que se hallaba en la proa, paró el choque, y el *you-you* zozobrado se colocó a lo largo de uno de los costados de la balsa.



—¿Está vacío? —preguntó John Mangles.

—Sí, capitán —respondió el marinero—, y tiene abiertos los bordajes. No sirve para nada.

—¿No se puede sacar de él ningún partido? —preguntó Mac

Nabbs.

—Absolutamente ninguno —respondió John Mangles—. No sirve más que para quemarlo.

—Lo siento —dijo Paganel— porque nos habría podido llevar a Auckland.

—Paciencia, *Monsieur* Paganel —respondió John Mangles—. Además, en un mar tan tormentoso como éste, prefiero nuestra *jangada* a un frágil bote, que habrá bastado cualquier choque para hacerlo pedazos. Así, pues, Milord, nada tenemos que hacer aquí.

—Cuando quieras, John —dijo Glenarvan.

—En marcha, Wilson —dijo el joven capitán—, y derecho a la costa.

La marea creciente debía durar aún una hora, en la cual se pudo salvar una distancia de dos millas. Pero de pronto, el viento cesó casi enteramente, y manifestó cierta tendencia a soplar de tierra. La *jangada* quedó inmóvil, y luego empezó a derivar mar adentro a impulsos del reflujo.

John vaciló un instante.

—¡Ancla! —gritó.

Mulrady, ya preparado de antemano para el caso, dejó caer el ancla en un fondo de cinco brazas. El calabrote que amarraba el rezón se quedó tan tirante que hizo retroceder la *jangada* 2 toesas. Cargada la vela, se tomaron las disposiciones que exigía una detención bastante prolongada.

En efecto, el flujo no debía volver a empezar antes de las nueve de la noche, y como John Mangles no quería navegar más que de día, tenía que permanecer anclado hasta las cinco de la mañana. Se veía la tierra a menos de 3 millas.

Una marejada bastante fuerte parecía que con su continuo movimiento se dirigía a la costa, por lo que Glenarvan, al saber que se trataba de pasar a bordo toda la noche, preguntó a John por qué no aprovechaba aquel oleaje para acercarse a la playa.

—Vuestro Honor —respondió el joven capitán— está engañado por una ilusión óptica. El agua, aunque parece andar, no anda. Todo su movimiento se reduce a una segregación de las moléculas líquidas. Arrojad un palitroque cualquiera en medio de las olas, y veréis que mientras no vuelva la marea ascendente, se queda estacionado. No nos queda, pues, más recurso que tener paciencia.

—Y comer —añadió el Mayor.

Olbinett sacó de una de las cajas de provisiones un pedazo de carne salada y una docena de galletas, muy avergonzado al presentar a sus señores semejantes vulgaridades. Pero fueron muy bien acogidas hasta por las viajeras, porque en tiempo de hambre no hay pan duro, a pesar de que no eran muy propios para excitar su apetito los bruscos movimientos de las olas.

Efectivamente, los choques de la *jangada* contra las olas que la azotaban eran verdaderamente penosos. El aparato, incesantemente balanceado por un oleaje caprichoso, no hubiera chocado con más violencia contra una roca submarina. Parecía algunas veces que tocaba. El calabrote trabajaba tanto, que cada media hora John lo sumergía una braza más para disminuir su tirantez y aliviarlo, pues sin esta precaución se hubiera roto inevitablemente, y la *jangada*, abandonada a merced de las olas, se hubiera engolfado y perdido mar adentro.

Se comprenden, pues, perfectamente las precauciones de John Mangles. Se podía romper el calabrote o podía el ancla quitar el fondo, y en ambos casos estaba perdida la *jangada*.

Se acercaba la noche. El disco de sol, rojo como sangre, prolongado por la refracción, iba a desaparecer detrás del horizonte. Las últimas líneas de agua, resplandecían al oeste y centelleaban como plata líquida. No se veía por aquel lado más que cielo y agua, exceptuando el casco del *Macquarie*, que, clavado en el bajío, se presentaba como un punto negro.



El rápido crepúsculo retardó algunos breves minutos la formación de las tinieblas, en que luego quedó envuelta la tierra que limitaba los horizontes del este y del norte.

No podía darse situación más angustiosa que la de aquellos náufragos, en una estrecha almadía invadida por las sombras de la noche. Algunos de ellos conciliaron un sueño lleno de ansiedad y muy a propósito para convertirse en pesadilla, y otros ni siquiera pudieron cerrar los ojos. Al rayar el alba todos estaban quebrantados de fatiga.

Al subir la marea volvió el viento del mar. Eran las seis de la mañana. El tiempo apremiaba mucho, y John se dispuso a aparejar. Dio orden de levar el ancla, cuyas uñas, con los sacudimientos del cable, se habían incrustado profundamente en la arena. Sin

cabrestante, fue imposible arrancarla no obstante una especie de cabria que improvisó Wilson con mucho ingenio.

Se invirtió una hora en vanas tentativas. John, que estaba muy impaciente, hizo picar el calabrote, abandonando el ancla, con lo que se privó de toda posibilidad de fondear en un caso urgente, si no era bastante la marea para ganar la costa. Pero no quiso perder más tiempo, y un hachazo puso la *jangada* a disposición del viento que tenía por auxiliar una corriente de dos nudos.

Se largó la vela y el aparato fue derivando lentamente hacia la tierra, proyectada en moles cenicientas sobre un fondo de cielo iluminado por el sol naciente. Se evitaron y doblaron diestramente todos los arrecifes. Pero con el viento del mar, no parecía que la *jangada* se acercase a la playa.

Sin embargo, a las nueve la tierra estaba a menos de una milla. Se presentaba erizada de rompientes, y era muy escarpada. Preciso fue descubrir un surgidero practicable. El viento se fue calmando poco a poco hasta que cayó enteramente. La vela inerte golpeaba el mástil y le abrumaba, por lo que John mandó cargarla. Únicamente quedó la marea para llevar la *jangada* a la costa, pero había sido necesario renunciar a dirigirla, y enormes olas contribuían a volver más y más perezosa su marcha.

A las diez, estaba sólo a tres cables de la playa. Y no había ancla para fondear. ¿Iban, pues, los viajeros a ser empujados mar adentro por el reflujo? John, con las manos crispadas, contemplaba aquella tierra inabordable.

Hubo un choque. La *jangada* se detuvo. Acababa de encallar en un banco de arena a 25 brazas de la costa.

Glenarvan, Roberto, Wilson y Mulrady se echaron al agua, y sujetaron la *jangada* por medio de amarras a los escollos próximos. Las viajeras, llevadas en brazos, alcanzaron la tierra sin haberse mojado ni un solo pliegue del vestido, y luego todos, con armas y víveres, pusieron los pies definitivamente en las terribles playas de Nueva Zelanda.



Capítulo VIII

El presente del país en donde están

Glenaryan hubiera querido seguir a lo largo de la costa, hasta llegar a Auckland sin perder una hora. Pero al amanecer, el cielo se había cargado de densas nubes, y a cosa de las once, después de desembarcar, los vapores se condensaron y resolvieron en una lluvia violenta que puso a los viajeros en la imposibilidad de emprender la marcha y les obligó a buscar un abrigo.

Wilson descubrió muy oportunamente una gruta abierta por el mar en las rocas basálticas de la playa, y en ella se refugiaron los viajeros con armas y provisiones. La gruta tenía dentro un montón de ova seca almacenada por las olas, y fue para los viajeros una excelente cama, a falta de otra. Amontonaron en la entrada de la gruta algunos palitroques con que formaron una hoguera, en la que cada cual secó su ropa lo mejor que pudo.



John esperaba que la duración de la lluvia sería en razón inversa de su violencia, pero no fue así, pues pasaron horas y horas sin que se modificase el estado de la atmósfera. A mediodía, arreció el viento y con él también la borrasca. Aquel contratiempo hubiera impacientado al mismo Job. Pero, ¿qué hacer? Locura hubiera sido arrostrar a pie una tempestad semejante. Además, algunos días debían bastar para llegar a Auckland, y un retraso de doce horas, si no encontraban indígenas, no podía influir en el éxito de la expedición.

Durante aquella detención forzosa, la conversación versó sobre los incidentes de la guerra de que era entonces teatro Nueva Zelanda. Pero para comprender y apreciar debidamente la gravedad de las circunstancias que rodeaban a los naufragos del *Macquarie*, es menester conocer la historia de la lucha que ensangrentaba

entonces la isla de Ika Na Maoui.

Desde la llegada de Abel Tasman al estrecho de Cook, el 16 de diciembre de 1642, los neozelandeses, frecuentemente visitados por buques europeos, habían permanecido libres en sus islas independientes. Ninguna potencia europea había pensado en apoderarse de aquel archipiélago, que es la llave de los mares del Pacífico, Únicamente los misioneros, establecidos en distintos puntos, llevaban a aquellas nuevas comarcas los beneficios de la civilización cristiana. Sin embargo, algunos de ellos, especialmente anglicanos, preparaban a los jefes neozelandeses a doblegarse bajo el yugo de Inglaterra, y les indujeron a firmar una carta dirigida a la reina Victoria solicitando su protección. Pero los más duchos presentían la torpeza que había en practicar una gestión semejante, y uno de ellos, después de trazar en la carta una copia de las pinturas que tenía en su cuerpo, pronunció estas fatídicas palabras: «Hemos labrado la perdición de nuestro país, que en lo sucesivo ya no será nuestro. Vendrá el extranjero a apoderarse de él, y seremos sus esclavos».

En efecto, el 29 de enero de 1840, la corbeta *Herald* llegaba a la bahía de las Islas, al norte de Ika Na Maoui. Hobson, que mandaba el buque, desembarcó en la aldea de Korora-Reka, cuyos habitantes fueron invitados a reunirse en asamblea general en la iglesia protestante, donde el capitán leyó los poderes que le había conferido la reina de Inglaterra.

El 5 de enero del año siguiente fueron llamados los principales jefes zelandeses a la aldea de Paia, donde residía el agente inglés, el cual trató de obtener su sumisión, diciéndoles al efecto que la reina había enviado tropas y buques para protegerles, que sus derechos quedarían garantizados y su libertad no sufriría menoscabo, pero que sus propiedades debían pertenecer a la reina Victoria, y que tenían obligación de vendérselas.

Pareciéndoles demasiado cara la protección, los jefes en su mayor parte la rechazaron. Pero lo que no recabaron de aquellas naturalezas salvajes las frases pomposas del capitán Hobson, se obtuvo a fuerza de promesas y presentes, y quedó confirmada la toma de posesión.

Desde 1840 hasta el día que salió el *Duncan* del golfo de la Clyde, ¿qué había sucedido? Nada que no supiese Santiago Paganel,

y que no se hallase el geógrafo en aptitud de referir a sus compañeros.

—Señora —respondió a las preguntas de *Lady Elena*—, os repetiré lo que he tenido ya ocasión de deciros, y es que los neozelandeses constituyen una población valiente, que después de haberse doblado momentáneamente al yugo, disputa palmo a palmo el terreno a la invasora Inglaterra. Las tribus de maoríes están organizados como los antiguos clanes de Escocia, formando grandes familias que reconocen un jefe celoso de la autoridad que ejerce. Los hombres de esta raza son orgullosos y de ánimo esforzado, y ofrecen dos variedades, de las cuales una está compuesta de hombres altos y de cabellos lacios, parecidos a los malteses o a los judíos de Bagdad de raza superior, y la otra la constituyen hombres de menor talla que los de la anterior, rechonchos y que parecen mulatos; pero unos y otros son robustos, altivos y guerreros. Han tenido un jefe célebre, llamado Hibi, que era un verdadero Vercingetorix. No es, pues, extraño que la guerra con los ingleses se eternice en el territorio de Ika Na Maoui, donde se encuentra la famosa tribu de los waikatos, que William Thompson capitaneaba para la defensa del país.

—Pero ¿acaso los ingleses —preguntó John Mangles— no son dueños de los principales puntos de Nueva Zelanda?

—Sin duda, querido John —respondió Paganel—. Desde 1840 hasta 1862, después de la toma de posesión del capitán Hobson, nombrado luego gobernador de la isla, se han fundado en las posesiones más ventajosas nueve colonias, que son hoy otras tantas provincias, cuatro en la isla del norte, a saber: las provincias de Auckland, de Taranaki, de Wellington y de Hawkes Day, y cinco en la isla del sur, cuales son las provincias de Nelson, de Marlborough, de Canterbury, de Otago y de Southland, que en 30 de junio de 1864 formaban una población de 180.346 habitantes. Se han levantado en todas partes ciudades comerciales de mucha importancia. Al llegar a Auckland, os veréis obligados a admitir sin reserva la situación de esa Corinto del sur, que domina su estrecho istmo echado como un puente sobre el océano Pacífico, y que cuenta ya doce mil habitantes. Al oeste New Plymouth, al este Aluhiri, al sur Wellington son ya ciudades florecientes y concurridas. En la isla de Tawai Pounamou, os veríais perplejos

para escoger entre Nelson, el Montpellier de los antípodas, el jardín de Nueva Zelanda, Picton en el estrecho de Cook. Christchurch, Invercargil y Dunedin, en la opulenta provincia de Otago, donde afluyen los buscadores de oro del mundo entero. Y no se trata de una reunión de chozas, de una aglomeración de familias salvajes, sino de verdaderas ciudades, con puertos, catedrales, bancos, muelles, jardines botánicos, museos de historia natural, sociedades de aclimatación, periódicos, hospitales, establecimientos de beneficencia, institutos filosóficos, logias de francmasones, clubes, sociedades corales, teatros y palacios de exposición universal; ni más ni menos que en París o en Londres. Y si no me es infiel la memoria, en el mismo año de 1865, tal vez en este mismo momento en que os estoy hablando, los productos industriales del Globo entero se hallan expuestos en un país de antropófagos.

—¡Cómo! ¿A pesar de la guerra con los indígenas? —preguntó Lady Elena.

—Los ingleses, señora, hacen poco caso de una guerra —respondió Paganel—. Se baten y al mismo tiempo abren exposiciones. Todo lo concilian. Construyen ferrocarriles bajo la fusilería de los neozelandeses. En la provincia de Auckland, el *railway* de Drury y el *railway* de Mere-mere cortan los principales puntos estratégicos ocupados por los insurgentes, y es seguro que los operarios hacen fuego desde lo alto de las locomotoras.

—Pero ¿a qué altura se halla esa interminable guerra? —preguntó John Mangles.

—Seis meses largos han transcurrido desde que salimos de Europa —respondió Paganel—, y no puedo por consiguiente saber lo que ha pasado desde nuestra partida, a excepción de algunos hechos que he leído en los periódicos de Australia. Pero en dicha época se batían de firme en la isla de Ika Na Maoui.

—¿Y en qué época empezó esa guerra? —preguntó Mary Grant.

—Querréis decir, mi querida Miss —respondió Paganel—, en qué época volvió a empezar, pues la primera insurrección fue en 1845. La actual estalló a últimos de 1863; pero mucho tiempo antes se preparaban ya los maoríes para sacudirse el yugo inglés. El partido nacional de los indígenas hacía una propaganda activa para conseguir la elección de un jefe maorí. Quería elevar al trono al viejo Potatau, y hacer de su aldea, situada entre los ríos Waikato y

Waipa, la capital del nuevo reino. Potatau era un viejo más astuto que valiente, pero tenía un primer ministro inteligente y enérgico, un descendiente de la tribu de los figatihahuas que habitaba el istmo de Auckland antes de la ocupación extranjera. Este ministro llamado William Thompson fue el alma de la guerra de la independencia. Organizó hábilmente las tropas maoríes. Bajo su inspiración, un jefe de Taranaki, reunió en un mismo pensamiento las tribus dispersas; otro jefe del Waikato formó la asociación del *land league*, verdadera liga del bien público, destinada a impedir a los indígenas que vendiesen sus tierras al Gobierno inglés, y se celebraron banquetes, como en los países civilizados cuando preludian una revolución. Los periódicos británicos empezaron a denunciar tan alarmantes síntomas precursores, y los manejos y gestiones de la *land league* llamaron seriamente la atención del Gobierno. En una palabra, los ánimos estaban exaltados y cargada la mina. No faltaba más para producir la explosión terrible que la aplicación de la mecha, o la más liviana chispa desprendida del choque de dos intereses opuestos.

—¿Y ese choque? —preguntó Glenarvan.

—Ocurrió en 1860 —respondió Paganel—, en la provincia de Taranaki, en la costa sudoeste de Ika Na Maoui. Un indígena poseía seiscientos acres de tierra en las inmediaciones de New Plymouth, y los vendió al Gobierno. Pero cuando los agrimensores se presentaron para medir el terreno vendido, el jefe Kingi protestó, y en marzo construyó en los seiscientos acres en litigio un campo atrincherado, defendido por altas empalizadas. Algunos días después, el coronel Godl a la cabeza de sus tropas tomó el campo a viva fuerza, y puede decirse que entonces se disparó el primer tiro de la guerra nacional.

—¿Son muy numerosos los maoríes? —preguntó John Mangles.

—Mucho ha disminuido en el transcurso de un siglo la población maorí —respondió el geógrafo—. Cook, en 1769, la hacía subir a cuatrocientos mil habitantes. En 1843 el censo del *Protectorado indígena* la redujo a ciento nueve mil y luego las matanzas civilizadoras, las enfermedades y las bebidas alcohólicas la han diezmando; pero aún quedarán en las dos islas noventa mil naturales, entre ellos treinta mil guerreros, que durante mucho tiempo tendrán en jaque a las tropas europeas.

—¿La insurrección ha triunfado hasta hoy? —dijo *Lady Elena*.

—Sí, señora, y los mismos ingleses han admirado el valor de sus enemigos. Los neozelandeses hacen una guerra de guerrillas y de escaramuzas, sorprendiendo los pequeños destacamentos y saqueando las propiedades de los colonos. El general Cameron se veía muy apurado en un país que le obligaba a registrar todos los matorrales. En 1863, después de una lucha larga y mortífera, los maoríes ocupaban una gran posición fortificada en el alto Waikato, en el extremo de una cordillera de escarpadas colinas, que tenían tres líneas de defensa. Los profetas llamaban a toda la población maorí a las armas en defensa del territorio y prometían el exterminio de los *pakekas*, es decir, de los blancos. Tres mil hombres se aprestaban al combate a las órdenes del general Cameron, y no daban cuartel a los maoríes, desde el bárbaro asesinato del capitán Sprent. Se libraron batallas muy sangrientas, durando algunas de ellas doce horas, sin que los maoríes cediesen a la artillería europea. El núcleo del ejército independiente estaba formado por la tribu feroz de los waikatos, capitaneados por William Thompson, general indígena que mandaba en un principio dos mil quinientos hombres, y luego ocho mil. Se le reunieron los súbditos de Shongi y de Heki, dos jefes temibles. En esta guerra santa las mujeres tomaron a su cargo las tareas más duras. Pero el mejor derecho no tiene siempre las mejores armas. Después de obstinados combates, el general Cameron llegó a someter el distrito del Waikato, pero lo encontró despoblado y vacío, pues habían huido todos los maoríes. Hubo hechos de armas admirables. Cuatrocientos maoríes, encerrados en la fortaleza de Orakau, a quien pusieron sitio mil ingleses a las órdenes del brigadier general Carey, no obstante hallarse sin víveres y sin agua, se negaron a rendirse, y después, en pleno día, se abrieron paso por entre las filas del 40.º Regimiento, que diezmaron, y se salvaron en los pantanos.

—¿Pero la sumisión del distrito del Waikato —preguntó John Mangles— no puso fin a la guerra?

—No, amigo —respondió Paganel—. Los ingleses han resuelto dirigirse a la provincia de Taranaki, y sitiar Mataitawa, la fortaleza de William Thompson. Pero no se apoderarán de ella sin sufrir pérdidas considerables. En el momento de salir de París, supe que el gobernador y el general acababan de aceptar la sumisión de las

tribus de Tarenga, a quienes dejaban tres cuartas partes de sus tierras. Se decía también que acababa de rendirse el jefe de la rebelión William Thompson; pero los periódicos australianos no han confirmado la noticia, y es probable que en este momento se organice con nuevo vigor la resistencia.

—¿Y según vuestra opinión, Paganel —dijo Glenarvan—, las provincias de Taranaki y de Auckland son el teatro de la lucha?

—Tal creo.

—¿Esta misma provincia a que nos ha arrojado el naufragio?

—Precisamente. Hemos tomado tierra a algunas millas más arriba de la ensenada Kawlin donde debe ondear el pabellón nacional de los maoríes.

—Entonces —dijo Glenarvan— procederíamos con prudencia remontando hacia el norte.

—Sería, en efecto, lo más prudente —respondió Paganel—. Los neozelandeses están furiosos contra los europeos, y en particular contra los ingleses. Evitemos caer en sus manos.

—Acaso encontraremos algún destacamento de tropas europeas —dijo *Lady Elena*—. Sería una gran fortuna.

—Tal vez, señora —respondió el geógrafo—, pero no lo espero. Los destacamentos aislados se abstienen en lo posible de recorrer un país en que en cada maleza se halla acechando un tirador hábil y sereno. No cuento, pues, con una escolta de soldados del 40.º Regimiento. Pero hay establecidas algunas misiones en la costa oeste que vamos a seguir, y nos será fácil, hasta llegar a Auckland, hacer jornadas de una a otra. Pienso también en seguir el camino que siguió *Monsieur* de Hochstetter a lo largo del Waikato.

—¿Era algún viajero, *Monsieur* Paganel? —preguntó Roberto.

—Sí, amigo mío; era un individuo de la comisión científica que se embarcó en la fragata austriaca *Navara*, en el viaje de circunnavegación que hizo en 1858.

—*Monsieur* Paganel —añadió Roberto, cuyos ojos llenaba de fuego la idea de las grandes expediciones geográficas—, ¿tiene Nueva Zelanda viajeros célebres como tiene Australia a Burke y Stuart?

—Algunos, tales como el doctor Hooker, el profesor Drizart y los naturalistas Dieffenbach y Julius Haast; pero no obstante haber algunos de ellos pagado con la vida su pasión aventurera, son

menos célebres que los viajeros australianos o africanos...

—¿Y conocéis su historia? —preguntó el joven Grant.

—¡Pardiez, muchacho! Voy a referírtela, porque veo que ardes en deseos de saber tanto como yo.

—Gracias, *Monsieur* Paganel, os escucho.

—Y nosotros también os escuchamos —dijo *Lady* Elena—. No será ésta la primera vez que el mal tiempo nos haya obligado a instruirnos. Hablad para todos, *Monsieur* Paganel.

—Estoy a vuestras órdenes, señora; pero mi narración no será larga. No se trata aquí de atrevidos descubridores que luchan mano a mano con el minotauro australiano. Nueva Zelanda es un país demasiado pequeño para oponerse a las investigaciones del hombre. Así, pues, mis héroes no han sido, propiamente hablando, viajeros, sino simples aficionados, como los bañistas, víctimas de los más prosaicos accidentes.

—¿Cómo se llamaban? —preguntó Mary Grant.

—El geómetra Witcombe y Charlton Howitt, el mismo que encontró los restos de Burke en la memorable expedición de que os hablé en el alto que hicimos en las márgenes del Wimerra; Witcombe y Howitt se pusieron al frente de dos exploraciones en la isla de Tawai Pounamou. Los dos partieron de Christchurch en los primeros meses de 1863, para descubrir diferentes pasos entre las montañas del norte de la provincia de Canterbury. Howitt, franqueando la cordillera en su límite septentrional de la provincia, estableció su cuartel general en el lago Brunner. Witcombe, al contrario, halló en el valle de Rakaia un paso que conducía al este del monte Tyudall. Witcombe tenía un compañero de viaje, Jacob Louper, que ha publicado en el *Tyttelon Times* la narración del viaje y de la catástrofe. El 22 de abril de 1863, los dos exploradores se hallaban al pie de un ventisquero en que toma su origen el Rakaia. Subieron a la cima del monte y buscaron nuevos pasos. Al día siguiente, Witcombe y Louper, rendidos de fatiga y ateridos de frío, acamparon envueltos en una densa niebla a 4.000 pies sobre el nivel del mar. Estuvieron siete días errando por las montañas; descendieron a valles cuyas escarpas cortadas a pico no ofrecían salida alguna; a veces sin fuego, a veces sin alimento, con el azúcar que se había vuelto jarabe, con la galleta que se había convertido en una pasta húmeda, con la ropa y las mantas chorreando agua,

devorados por insectos, haciendo grandes jornadas de tres millas y pequeñas jornadas en que apenas avanzaban 200 yardas. Por último, el 29 de abril, hallaron una choza de maoríes, y en un huerto unas cuantas patatas, que constituyeron la última comida que hicieron juntos los dos amigos. Por la tarde llegaron a la orilla del mar, junto a la desembocadura del Taramakau, y quisieron pasar a la margen derecha para dirigirse al norte, hacia el río Grey. El Taramakau era profundo y ancho. Louper, después de buscar durante una hora, encontró dos canoas averiadas que reparó lo mejor que pudo, y unió las dos como si fuesen una sola. Al anochecer, se embarcaron en ellas los dos amigos, pero al llegar en medio de la corriente, las dos frágiles embarcaciones se llenaron de agua. Witcombe se echó al agua, y volvió a ganar a nado la orilla izquierda. Jacob Louper, que no sabía nadar, quedó agarrado a la canoa, y así se salvó, pero no sin peripecias.



El desgraciado fue impelido a los rompientes, donde una ola le sumergió en el fondo del mar y otra le volvió a la superficie. Chocó contra las rocas, y llegó la noche, que era muy oscura. Llovía a torrentes. Con el cuerpo ensangrentado e hinchado por el agua del mar, Jacob permaneció durante algunas horas en situación tan desesperada, hasta que por fin la canoa fue arrojada a tierra firme, y el naufrago quedó sin sentido en la playa. Al anochecer del día siguiente, se arrastró hacia un manantial, y reconoció que la corriente le había echado a una milla de distancia del punto en que había intentado pasar el río. Se levantó, siguió la costa y no tardó en encontrar al desventurado Witcombe con el cuerpo y la cabeza hundidos en el cieno. Estaba muerto. Louper, con sus propias manos, hizo un hoyo en la arena y enterró el cadáver de su compañero. Dos días después, muriéndose de hambre, fue recogido

por maorías hospitalarios, pues los hay dignos de esta calificación, aunque excepcionalmente, y el 4 de mayo llegó al lago Brunner, donde estaba el campamento de Charlton Howitt, el cual, seis semanas después, pereció del mismo modo que el desventurado Witcombe.

—Parece —dijo John Mangles— que las catástrofes se encadenan, que un lazo fatal une entre sí a los viajeros, y que cuando este lazo se rompe, sucumben todos.

—Así es la verdad, amigo John —respondió Paganel—, y muchas veces he hecho la misma observación. ¿Por qué ley de solidaridad Howitt murió de idéntica manera que Witcombe? No se puede saber. Charlton Howitt había sido contratado por *Monsieur* Wyde, director de las obras públicas del Gobierno, para trazar un camino de herradura desde las llanuras de Huranni hasta la desembocadura del Taramakau. Partió, acompañado de cinco hombres, el 1 de enero de 1863, y llevó a cabo su cometido con singular inteligencia, abriendo un camino de cuarenta millas de largo hasta un punto impenetrable del Taramakau. Howitt regresó entonces a Christchurch, y no obstante la proximidad del invierno, rogó que le dejaran proseguir sus trabajos, a lo cual accedió *Monsieur* Wyde. Howitt volvió a salir para abastecer de víveres su campamento con el fin de pasar en él la mala estación, y entonces fue cuando recogió a Jacob Louper. El 27 de junio, acompañado de Roberto Little y Henry Mullís, salió del campamento. Los tres atravesaron el lago Brunner, y no han vuelto a aparecer, habiendo únicamente encontrado varada en la playa su frágil canoa. Se les buscó inútilmente durante nueve semanas, y es evidente que los desgraciados, que no sabían nadar, se ahogaron en el lago.

—¿Por qué no han de estar sanos y salvos en alguna tribu neozelandesa? —dijo *Lady* Elena—. Su muerte es, por lo menos, dudosa.

—¡Ay! No, señora —respondió Paganel—, pues en agosto de 1865, un año después de la catástrofe, no habían aún reaparecido, y cuando se tarda un año en reaparecer en Nueva Zelanda —murmuró en voz baja—, la perdición es irrevocable.

Capítulo IX

Treinta millas al norte

A las seis de la mañana del 7 de febrero, Glenarvan dio la señal de marcha. Durante la noche había cesado la lluvia, y el cielo, matizado de cenicientas nubes, no permitía a los rayos del sol llegar a la tierra. La temperatura era bastante moderada para arrostrar las fatigas de un viaje diurno.

Paganel había medido en el mapa 80 millas de distancia entre la punta Cahuc y Auckland, y por consiguiente, andando diariamente 10 millas, el viaje debía durar ocho días. Pero en lugar de seguir las tortuosas playas del mar, pareció conveniente ganar la confluencia del Waikato y del Waipa, en la aldea de Ngarnauchia, distante 30 millas. Por allí pasa el *overland track*, camino o, por mejor decir, sendero que permite el tránsito de carruajes, y atraviesa una gran parte de la isla desde Napier, en la bahía Hawkes, hasta Auckland, siendo fácil desde aquel punto llegar a Drury y descansar en una excelente fonda que corre principalmente a cargo del naturalista Hochstetter.

Los viajeros, cargando cada cual con su parte de víveres, empezaron a seguir las costas de la bahía Aotea. La prudencia les obligaba a no separarse del camino, y como instintivamente, llevaban amartilladas las carabinas, vigilando incesantemente las onduladas llanuras del este. Paganel, con su excelente mapa en la mano, experimentaba un entusiasmo de artista, comprobando la exactitud de sus más insignificantes accidentes.

Durante una parte de la jornada, la comitiva pisó una arena compuesta de restos de conchas bivalvas y huesos de jibia mezclados con una gran cantidad de peróxido de hierro. Un imán se hubiera instantáneamente cubierto de brillantes cristales, si se le hubiera acercado al suelo.

En la playa, acariciada por la marea ascendente, se refocilaban algunos animales marinos, sin moverse de su sitio a la aproximación de los viajeros. Las focas, con su redonda cabeza, su frente ancha y encorvada y sus ojos expresivos, presentaban una fisonomía apacible y casi afectuosa, que daba razón a la fábula que, poetizando a su manera a aquellos curiosos habitantes de las olas, hizo de ellos encantadoras sirenas, no obstante ser su voz un gruñido muy poco armonioso. Las focas, muy numerosas en las costas de Nueva Zelanda, son por su aceite y su piel objeto de un comercio muy activo.



Se distinguían entre ellas tres o cuatro elefantes marinos, de color ceniza, cuya longitud no bajaba de 25 a 30 pies.

Perezosamente tendidos en mullidos lechos de laminarias de la especie mayor, los enormes anfibios levantaban su trompa eréctil y fruncían las rudas cerdas de sus largos y retorcidos bigotes, verdaderos tirabuzones rizados como la barba de un petimetre. Complacíase Roberto en contemplarlos, cuando exclamó muy sorprendido:

—¡Qué veo! ¡Esas focas comen guijarros!

En efecto, algunos de aquellos animales engullían piedras y más piedras de las que había en la playa, con un afán que parecía insaciable.

—¡Pardiez! ¡Es verdad! —replicó Paganel—. Pero ¿qué zoólogo no sabe que esos animales pacen los chinarrros de la costa?

—Pues es una comida singular —dijo Roberto—, y que no debe ser muy nutritiva, ni muy fácil de digerir.

—No la digieren, ni se nutren con ella, muchacho; tragan piedras para lastrarse, y así aumentan su peso específico y descienden más fácilmente al fondo del agua. Cuando vuelvan a tierra, arrojarán el lastre sin más ceremonia. Ahora mismo vas a ver cómo bucean.

En efecto, media docena de focas, provistas de suficiente lastre, no tardaron en arrastrarse con trabajo a lo largo de la playa y desaparecieron en el líquido elemento.

Pero Glenarvan no podía perder un tiempo precioso en esperar su reaparición para observar la operación del deslastre, y con gran sentimiento de Paganel se volvió a emprender la marcha interrumpida.

A las diez se detuvo la expedición para almorzar al abrigo de grandes rocas basálticas, que afectaban la forma de dólmenes o monumentos célticos. Había un banco de ostras en que estos moluscos eran muy abundantes, pero pequeños y de sabor bastante desagradable. Pero Olbinett, siguiendo el consejo de Paganel, las puso sobre ascuas, y asadas de este modo, hicieron en el almuerzo un importante papel. Después de almorzar, continuaron los viajeros su peregrinación por las orillas de la bahía. Coronaban los acantilados numerosas aves acuáticas, pájaros bobos, fragatas, gaviotas y gigantescos albatros que permanecían inmóviles en los agudos picos. A las cuatro de la tarde se habían recorrido sin fatiga las diez millas de ordenanza, y las viajeras pidieron que se siguiese

andando hasta que anocheciese. En aquel momento, había que tomar otra dirección para rodear la falda de algunas montañas que aparecían al norte y entrar en el valle del Waipa.

El terreno presentaba en lontananza el aspecto de inmensas praderas que se prolongaban hasta perderse de vista, y prometían una caminata fácil. Pero al llegar al linde de aquellos campos de verdura, se desvanecían las ilusiones de los peregrinos. Habíanse apoderado de la tierra zarzales en que chispeaban algunas florecillas blancas y altos e innumerables helechos que son la planta que más abunda en Nueva Zelanda. Preciso fue abrirse paso por entre aquellos leñosos tallos, y las dificultades fueron muchas. Sin embargo, a las ocho de la tarde se habían rodeado las primeras laderas de los Hakarihoata Rauges, y se organizó el campamento.

Justo era descansar después de una jornada de 14 millas. Como no había carreta ni tienda, cada cual se dispuso a dormir al pie de magníficos pinos de Norfolk, y fácil fue con las mantas, de que afortunadamente no se carecía, improvisar muy regulares camas. Glenarvan tomó para la noche rigurosas precauciones. Sus compañeros y él, bien armados, debían por parejas ponerse de centinela hasta que amaneciese. No se encendió ningún fuego porque las hogueras, que son útiles para librarse de las fieras, no tenían ningún objeto en Nueva Zelanda, donde no hay tigres, leones ni osos, ni más animales feroces que los mismos neozelandeses, jaguares bípedos, a quienes la llama del vivac hubiera atraído en lugar de ahuyentarles.

Se pasó bien la noche, sin más incomodidades que las picaduras asaz desagradables de algunas moscas de arena, llamadas *engamu* en lengua indígena, y las correrías de una audaz familia de ratas que royeron los sacos de provisiones.

A la mañana siguiente, 8 de febrero, Paganel se despertó con más confianza y casi reconciliado con el país. Los maoríes, a quienes temía particularmente, no habían aparecido, y ningún caníbal se le presentó tampoco en sueños. Así es que manifestó a Glenarvan su satisfacción.

—Creo —le dijo— que llevaremos nuestra peregrinación a cabo sin ningún encuentro desagradable. Esta noche llegaremos a la confluencia del Waipa y del Waikato, y pasando este punto, es poco probable en el camino de Auckland una arremetida de indígenas.

—¿Cuánto distamos —preguntó Glenarvan— de la confluencia del Waipa y del Waikato?

—Quince millas, lo mismo que anduvimos ayer, poco más o menos.

—Pero nos retrasaremos mucho si siguen obstruyéndonos el paso estos interminables breñales.

—No —respondió Paganel—, porque seguiremos las orillas del Waipa, donde la senda es fácil y no ofrece obstáculos.

—Partamos, pues —respondió Glenarvan, que vio a las viajeras en disposición de ponerse en camino.

Los inextricables zarzales retardaron la marcha de los viajeros durante las primeras horas de la jornada. Pasaron por donde hubiera sido imposible hacerlo en carro o a caballo, por cuya razón se echó muy poco de menos la carreta australiana. Hasta que se abran carreteras que atraviesen aquellos breñales, Nueva Zelanda será únicamente practicable a los que vayan a pie. Los helechos, de los que hay allí especies innumerables, contribuyen con la misma obstinación que los maoríes a la defensa del suelo nacional.

La comitiva tropezó con mil dificultades para cruzar las llanuras en que se levantan las colinas de Hakarihoata. Pero antes de mediodía alcanzó las márgenes del Waipa y por ellas avanzó fácilmente hacia el norte.

Se encontraban entonces los viajeros en un valle encantador, surcado de arroyuelos o pequeños *creeks*, cuyas aguas frescas y cristalinas corrían plácidamente por debajo de los arbustos. Según el botánico Hooker, Nueva Zelanda ha presentado hasta hoy dos mil especies de vegetales, de los cuales quinientos pertenecen a ella especialmente. Las flores son pocas y poco matizadas, y hay carencia casi absoluta de plantas anuales, pero abundan las filicíneas, gramíneas y umbelíferas.

Se levantaban a trechos, fuera de los primeros planos de la sombría vegetación, algunos grandes árboles, metrosideros, cuyas flores son de color escarlata, pinos de Norfolk, cuyas ramas están comprimidas verticalmente, y una especie de ciprés, el *rimo* de los indígenas, *Supresieus arbor vitae* de los botánicos, no menos lúgubre y melancólico que sus congéneres europeos, disputando la tierra a sus raíces numerosas variedades de helechos.

Entre las ramas de los grandes árboles, en la superficie misma de

la maleza, revoloteaban y charlaban algunas cacatúas: el *kaha*, de plumaje ferruginoso y collar rojo; el *kakariki*, verde; el *taupo*, adornado con negras carrilleras, y un papagayo del tamaño de un ánade, de un color rojo metálico, deslumbrador, debajo de las alas, designado por los naturalistas con la denominación de *Nector meridional*.

El Mayor y Roberto, sin alejarse de sus compañeros, pudieron tirar a algunas chochas y perdices que se ocultaban bajo las hierbas, y Olbinett, para no perder tiempo, las fue desplumando por el camino.

Paganel, menos sensible a las propiedades culinarias de la caza, hubiera querido apoderarse de algún pájaro particular de Nueva Zelanda. La curiosidad del naturalista imponía en él silencio al apetito del viajero. Recordaba las extrañas maneras del *tui* de los indígenas, llamado *pájaro burlón* por sus gorjeos que parecen carcajadas, y *pájaro cura*, porque lleva un alzacuello blanco y es negro su plumaje como una sotana.

—El *tui* —decía Paganel al Mayor— se pone tan gordo en el invierno, que contrae una verdadera polisarcia. De puro gordo no puede volar, y entonces se destroza el pecho a picotazos para desprenderse de su gordura y hacerse más ligero. ¿No os parece singular esto, Mac Nabbs?

—Tan singular —respondió el Mayor— que no lo creo.

¡Cuánto sintió Paganel no poder apoderarse de un solo *tui* para hacer ver al incrédulo Mayor las sangrientas escaras de su pecho!

Pero tuvo la suerte de hacerse con un animal extraño, que acosado por hombres, gatos o perros, había huido hacia las comarcas deshabitadas y tiende a desaparecer de la fauna neozelandesa. Roberto, huroneando como un verdadero hurón, descubrió en un nido, formado de raíces entrelazadas, un par de pollas sin alas ni cola, con cuatro dedos en cada pie, un pico a manera del de la chocha y en todo el cuerpo una melena de plumas blancas. Tan extraño animal marca, al parecer, la transición de los ovíparos a los mamíferos.



Los zelandeses le llaman *kiwi*, y los naturalistas *Apterix australis*. Come indistintamente larvas, insectos, gusanos y semillas. Difícil ha sido introducirle en los jardines zoológicos de Europa, y es especial de aquel país. Sus formas medio esbozadas y sus movimientos cómicos, han llamado siempre la atención de los viajeros y Dumont d'Urville, en la gran exploración por Oceanía del *Astrolabe* y de la *Zelce*, se encargó por recomendación especial de la Academia de Ciencias de adquirir un ejemplar de tan singular ave. Pero a pesar de las recompensas que ofreció a los indígenas, no pudo procurarse ni un solo *kiwi* vivo.

Contento Paganel con su buena suerte, ató juntas las dos pollas y se propuso conservarlas para hacer un regalo al jardín botánico de París. Le parecía estar ya leyendo en la más hermosa jaula del

establecimiento la seductora inscripción siguiente: *Regalo de Monsieur Santiago Paganel.*

Los viajeros avanzaban sin cansarse por las márgenes del Waipa. La comarca estaba desierta, sin huella alguna de indígenas, ni sendero que indicase la presencia del hombre. Las aguas del río corrían entre la maleza y sobre un lecho de guijarros. Podía extenderse ampliamente la mirada sobre las pequeñas lomas que cerraban el valle por la parte del este. Los cerros, con sus extrañas formas y su perfil sumergido, en una bruma engañadora, parecían gigantescos animales, dignos de los tiempos antediluvianos. Hubiérase dicho que eran un rebaño de enormes cetáceos sobrecogidos por una petrificación súbita. Aquellas atormentadas moles revelaban un carácter esencialmente volcánico, y, en efecto, Nueva Zelanda no es más que el producto reciente de un trabajo plutónico. Su emersión encima del agua aumenta incesantemente, tanto que en veinte años algunos puntos han crecido una toesa. El fuego circula aún por sus entrañas, y las sacude y conmueve, escapándose por el cráter de los volcanes.

A las cuatro de la tarde, los viajeros habían adelantado 9 millas. Según el mapa que Paganel consultaba incesantemente, a menos de 5 millas debía encontrarse la confluencia del Waipa y del Waikato, y se había resuelto pasar allí la noche. Para andar las 50 millas que separaban dicha confluencia de la capital, bastarían dos o tres días, y todo lo más ocho horas si tenía Glenarvan la suerte de encontrar el correo que hace un servicio bimensual entre Auckland y la bahía Hawkes.

—Por lo visto —dijo Glenarvan—, tendremos que acampar aún esta noche.

—Sí —respondió Paganel—, pero nada más que esta noche. Así lo espero.

—Tanto mejor, porque para *Lady Elena* y *Mary Grant* la prueba es demasiado dura.

—La sobrellevan sin quejarse —añadió John Mangles—. Pero si no me engaño, *Monsieur Paganel*, hicisteis mención de una aldea situada en la confluencia de los dos ríos.

—Sí —respondió el geógrafo—, vedla indicada en el mapa de Johnson. Se llama Ugarnovahia, y se halla a cerca de dos millas de la confluencia.

—Pues bien, ¿no podríamos pernoctar hoy en ella? *Lady Elena* y *Miss Grant* andarían de muy buena gana dos millas más para descansar en una posada medio decente.

—¡Una posada! —exclamó *Paganel*—. ¡Una posada en una aldea menor! ¡Ni un figón, ni una taberna! La tal aldea no es más que un conjunto de chozas indígenas, y lejos de buscar en ella un asilo, soy del parecer que debemos evitarla prudentemente.

—¡Siempre con vuestros temores, *Paganel*! —dijo *Glenarvan*.

—Son muy justos, querido *Lord*. Con los maoríes vale más pecar por exceso de desconfianza. No sé en qué situación se encuentran con los ingleses, si la insurrección ha sido reprimida o ha triunfado, si sigue o no la lucha. Pero dicho sea sin que se nos tache de poco modestos, personas de nuestra categoría serían una buena presa, una verdadera caza mayor para los zelandeses, cuya hospitalidad no trato de experimentar. Repito, pues, que me parece muy cuerdo evitar la aldea de Ugarnovahia, aunque sea rodeando algo y huir como del diablo de un encuentro con los indígenas. Una vez lleguemos a *Drury*, la cosa variará de aspecto, y allí nuestras interesantes compañeras podrán rehacerse tranquilamente de las fatigas del viaje.

Prevaleció la opinión del geógrafo. *Lady Elena* prefirió pasar una última noche al aire libre, a exponerse y exponer a sus compañeros a una catástrofe. Ni *Mary Grant* ni ella quisieron hacer alto, y siguieron andando a lo largo del río.

Dos horas después empezaron a descender de las montañas las primeras sombras de la noche. El sol antes de sepultarse en su ocaso, se aprovechó de un espacio libre que dejaban las nubes para lanzar algunos rayos tardíos. Las lejanas cimas del este se teñían de púrpura a los últimos resplandores del día, que se despidió rápidamente de los viajeros.

Glenarvan y sus compañeros aceleraron el paso, pues conocían la brevedad del crepúsculo bajo aquella latitud ya elevada, y sabían cuán precipitada es la invasión de la noche. Tratábase de llegar a la confluencia de los dos ríos antes que la oscuridad fuese profunda. Pero se levantó de la tierra una niebla espesa que hizo muy difícil el reconocimiento del camino.

Afortunadamente, el oído remplazó a la vista, que las tinieblas volvían inútil. Muy pronto un murmullo más acentuado de las

aguas indicó la unión de los dos ríos en un mismo lecho. A las ocho, la comitiva llegó al punto en que el Waipa se pierde en el Waikato.

—¡Allí está el Waikato! —exclamó Paganel—. El camino que conduce a Auckland sigue a lo largo de su margen derecha.

—Mañana lo veremos —respondió el Mayor—. Ahora acampemos aquí. Me parece que esas sombras que vemos más pronunciadas, son debidas a un bosquecillo cuyos árboles nacieron expresamente, Dios sabe cuándo, para albergarnos esta noche. Cenemos y durmamos, mañana será otro día.

—Cenemos —dijo Paganel—, pero no más que galletas y carne seca, para no encender fuego. Conservemos el incógnito con que hemos llegado hasta aquí y demos gracias a la Providencia por esta niebla que nos vuelve invisibles.

Capítulo X

El río Nacional

Al amanecer del día siguiente, se arrastraba una niebla bastante densa. Los vapores que saturaban el aire se habían en parte condensado por el enfriamiento, y velaban la superficie de las aguas. Pero no tardaron los rayos del sol en romper aquellas masas vesiculares. Se despejaron las brumosas orillas, y apareció en toda su belleza matinal el caudaloso Waikato.

Una lengua de tierra estrecha y prolongada, erizada de arbustos, terminaba en punta con la confluencia de los dos ríos. Las rápidas aguas del Waipa rechazaban las menos impetuosas del Waikato; pero este último río, más poderoso aunque más tranquilo, vencía al cabo al otro, y lo arrastraba pacíficamente en su curso hasta sepultarse los dos en el Pacífico.

Cuando se desvanecieron los vapores, apareció una embarcación que remontaba la corriente del Waikato. Era una canoa de 70 pies de longitud, 5 de anchura y 3 de profundidad, con la proa levantada como una góndola veneciana, y formada de una sola pieza, con el tronco de un abeto *kahikatea*.



Su fondo estaba cubierto de musgo seco. Ocho remos en la proa la hacían deslizarse con la rapidez de un pájaro por la superficie de las aguas, dirigiéndola, por medio de una ancha pala, llamada *pagaya*, que hacía las veces de timón, un hombre sentado en la popa.

Imponía aquel indígena, cuya edad era aproximadamente de cuarenta y cinco años, con su elevada estatura, su pecho ancho, sus miembros musculosos y sus vigorosos pies y manos. Hacían de él un personaje temible su frente combada y surcada de arrugas, su ceño, su mirada feroz, su fisonomía siniestra.

Era el tal un jefe maorí de alta categoría, como lo daban a entender las delicadas y numerosas pinturas que cubrían su faz y toda su epidermis. De las alas de su nariz aguileña partían dos espirales negras que, formando un círculo alrededor de sus ojos

amarillos, se cruzaban en su frente y se perdían en su magnífica cabellera. Su boca ostentaba dientes de deslumbradora blancura, y desaparecía, lo mismo que la barba, bajo caprichosos dibujos a manera de volutas que descendían con cierta elegancia hasta su robusto pecho.

Las pinturas en el cuerpo, que los neozelandeses llaman *moko*, son una prueba de alta distinción, considerándose únicamente digno de ellas al que ha figurado denodadamente en algunos combates. No pueden aspirar a esas rúbricas honoríficas los esclavos y plebeyos. Los jefes célebres se reconocen por lo perfecto y significativo del dibujo, que reproduce con frecuencia en su cuerpo imágenes de animales. Algunos se someten cinco veces a la muy dolorosa operación de *moko*. En Nueva Zelanda, el más ilustre es el más *ilustrado*.

Dumont d'Urville ha dado, sobre esta costumbre, curiosos pormenores, haciendo observar que equivalen a los pergaminos y blasones que tanto y tan ridículamente envanecen a algunas familias en Europa. Pero señala una diferencia entre los dos signos de distinción. Los blasones de los europeos, aun siendo merecidos, cuando lo son, que es muy rara vez, sólo prueban el mérito individual del primero que los obtuvo y no el de sus descendientes, al paso que los distintivos honoríficos de los neozelandeses atestiguan de una manera auténtica el valor personal extraordinario del que los lleva, pues sin él no podría llevarlos.

Además, el *moko* de los maoríes, independientemente de la consideración de que goza, posee una utilidad incontestable. Da al cutis mayor tenacidad y dureza, curtiéndolo, si así puede decirse, lo que le permite resistir mejor la intemperie de las estaciones y las incesantes picaduras de los mosquitos.

Ninguna duda cabía acerca de la importancia del jefe que dirigía la canoa. El agudo hueso del albatros, que es el buril de que se sirven los grabadores maoríes, había surcado cinco veces su semblante en todas direcciones y muy profundamente. Estaba en la quinta edición, y bien lo decía la altanería de su rostro.

Su cuerpo, envuelto en un holgado manto de *phormium*, forrado de piel de perro, ostentaba un taparrabo ensangrentado en los últimos combates. Del prolongado lóbulo de sus orejas colgaban pendientes de jade verde, y ceñían su garganta collares de

pounamous, piedras sagradas a que atribuye la superstición zelandesa propiedades milagrosas. A su lado tenía un fusil inglés y un *patou patou*, especie de hacha de dos filos, de color de esmeralda y de 18 pulgadas de longitud.

Junto a él permanecían perfectamente inmóviles, envueltos también en un manto de *phormium*, nueve guerreros de menos categoría, pero armados y de feroz continente, habiendo entre ellos algunos cuyo cuerpo atormentaban heridas aún no cicatrizadas. Tres perros de salvaje aspecto estaban echados a sus pies. Los ocho remeros de la proa eran, al parecer, criados o esclavos del jefe, y bogaban vigorosamente. Así es que la embarcación avanzaba contra la corriente del Waikato, que no era muy rápida, con una velocidad prodigiosa.

En el centro de la larga canoa, con los pies atados pero las manos libres, estaban agrupados diez prisioneros: Glenarvan, *Lady Elena*, *Miss Grant*, Roberto, Paganel, el Mayor, John Mangles, el *stewart* y los dos marineros.

Toda la comitiva, engañada por la densa niebla, había acampado la noche anterior en medio de una numerosa partida de indígenas. A medianoche, los viajeros, sorprendidos mientras estaban durmiendo, fueron presos y trasladados a bordo de la embarcación. Hasta entonces no habían sido maltratados, pero toda resistencia hubiera sido inútil. Sus armas y municiones estaban en poder de los salvajes, y hubieran caído atravesados por sus propias balas.

Cogiendo al vuelo algunos vocablos ingleses de que se sirven los indígenas, no tardaron en saber que éstos, rechazados por las tropas británicas, destrozados y diezmados volvían a los distritos del alto Waikato. El jefe maorí, después de una obstinada resistencia y haber sido degollados sus principales guerreros por los soldados del 42.º Regimiento, volvía para hacer un nuevo llamamiento a las tribus del río, e incorporarse al indomable William Thompson, que luchaba sin tregua contra sus conquistadores. Llevaba el siniestro nombre de Kai Koumou, que en lengua indígena significa *comedor de los miembros de su enemigo*. Era tan cruel como audaz y valiente, y no había que esperar de él compasión. Su nombre es bien conocido de los soldados ingleses y el gobernador de Nueva Zelanda acababa de poner precio a su cabeza.

Aquel inmenso infortunio sorprendió a *Lord Glenarvan* en el

momento de ir a alcanzar el deseado puerto de Auckland para regresar a Europa. Sin embargo, su semblante, frío y tranquilo, no permitía adivinar sus dolorosas angustias, porque en las circunstancias más graves de la vida, Glenarvan se hallaba siempre a la altura de sus desdichas. Comprendía que él debía dar ejemplo a su esposa y a sus compañeros, porque él era el esposo y el jefe, y estaba dispuesto a morir por la salvación común, cuando las circunstancias lo exigiesen. Profundamente religioso, no quería desesperar de la justicia de Dios en presencia de la santidad de su empresa, y en medio de los peligros y obstáculos hacinados en el camino, ni un solo instante se arrepintió del generoso arranque que le había arrastrado a aquellas regiones salvajes.

Dignos eran de él sus compañeros. Participaban de sus nobles pensamientos, y al ver su fisonomía serena y altiva, nadie hubiera dicho que caminaban hacia una suprema catástrofe. Además, por un común acuerdo y por consejo de Glenarvan, habían resuelto afectar delante de los indígenas una indiferencia completa, pues no había otro medio de inspirar cierto respeto a aquellas naturalezas feroces. Los salvajes en general, y muy particularmente los maoríes, tienen cierto sentimiento de dignidad que no les abandona nunca. Estiman al que se hace estimar por su valor y sangre fría. Glenarvan sabía que procediendo como lo hacía, evitaba a sus compañeros y se evitaba a sí mismo inútiles malos tratos.

Desde que los viajeros salieron del campamento escoltados por los indígenas, éstos, poco locuaces como todos los salvajes, apenas se dirigieron la palabra. Sin embargo, por algunas frases sueltas, reconoció Glenarvan que estaban familiarizados con la lengua inglesa, por lo que resolvió interrogar al jefe zelandés acerca de la suerte que les estaba reservada. Con voz segura, que no revelaba ningún miedo, preguntó a Kai Koumou:

—¿A dónde nos llevas, jefe?

Kai Koumou le miró desdeñosamente, sin contestarle.

—¿Qué tratas de hacer con nosotros?

Un rápido relámpago brilló en los ojos de Kai Koumou, el cual con voz grave respondió:

—Canjearte, si los tuyos quieren el canje; matarte, si no quieren.

Glenarvan no preguntó más, pero en su corazón renació la esperanza. Era indudable que algunos jefes del ejército maorí

habían caído prisioneros de los ingleses, y los indígenas trataban de rescatarlos por medio de un canje. Había, pues, una probabilidad, aunque remota, de salvación, y la situación por consiguiente no era desesperada.

La canoa vencía con rapidez la tranquila corriente del río. Paganel, cuya volubilidad de carácter enteramente francesa le llevaba de un extremo a otro, había recobrado toda su esperanza, y decía para sí que los maoríes le habían ahorrado el trabajo de ir a buscar los destacamentos ingleses, lo que no dejaba de ser una ventaja. Completamente resignado con su suerte, seguía en su mapa el curso del Waikato por entre las llanuras y valles de la provincia. *Lady Elena* y *Mary Grant*, reprimiendo su legítimo terror, conversaban en voz baja con *Glenarvan*, sin que el más hábil fisionomista hubiera podido sorprender en su semblante las angustias de su corazón.

El Waikato es el río nacional de Nueva Zelanda. Los maoríes están orgullosos de él, como los alemanes con el Rin y los eslavos con el Danubio. En su curso de 200 millas, riega las más bellas comarcas de la isla septentrional, desde la provincia de Wellington hasta la de Auckland. Ha dado su nombre a todas las tribus ribereñas, no sometidas e indomables, que se levantaron en masa contra los invasores.

Apenas extranjero alguno ha surcado sus aguas vírgenes de todo contacto profano, que sólo se abren delante de la proa de las piraguas insulares. Sólo por milagro algún viajero audaz ha pisado sus sagradas playas. Parece que el acceso al alto Waikato está prohibido a los profanos europeos.

Paganel sabía cuánto veneraban los indígenas aquella gran arteria zelandesa. No ignoraba que los naturalistas ingleses y alemanes lo habían remontado muy poco más allá de su confluencia con el Waipa.

¿Hasta dónde el capricho de Kai Koumou iba a arrastrar a sus cautivos? No habría podido el geógrafo adivinarlo, si la palabra *Taupo*, pronunciada con frecuencia por el jefe y repetida por sus guerreros, no hubiese llamado su atención.

Consultó su carta, y vio que el nombre de Taupo se aplicaba a un lago célebre en los anales geográficos, que se halla abierto en la parte más montañosa de la isla, en el extremo meridional de la

provincia de Auckland. El Waikato sale de este lago después de atravesarlo en toda su longitud, y desde la confluencia del lago el río se desenvuelve en un trayecto de 120 millas aproximadamente.

Paganel rogó a John Mangles, en francés, para que no le comprendiesen los salvajes, que calculase la velocidad de la canoa. Era, en concepto de John, de tres millas por hora.

—Entonces —respondió el geógrafo—, si nos detenemos durante la noche, nuestro viaje hasta llegar al lago durará cerca de cuatro días.

—Pero ¿dónde están situadas las avanzadas inglesas? —preguntó Glenarvan.

—Difícil es saberlo —respondió Paganel—. El teatro de la guerra debe haberse trasladado a la provincia de Taranki, y lo más probable es que las tropas se hallen concentradas junto al lago, en las vertientes opuestas de las montañas, donde está el foco de la insurrección.

—¡Dios lo quiera! —dijo *Lady Elena*.

Glenarvan dirigió una triste mirada a su joven esposa y a Mary Grant, expuestas a los desmanes de aquellos feroces indígenas, y arrastradas a un país salvaje, lejos de toda intervención humana. Pero vio que le observaba Kai Koumou, y por prudencia, no queriendo dejar adivinar que una de las cautivas era su esposa, encerró sus pensamientos en el fondo de su corazón y contempló las orillas del río con completa indiferencia.

A cosa de media milla encima de la confluencia, pasó la piragua sin detenerse por delante de la antigua residencia del rey Potatou. No había ninguna otra embarcación que surcase las aguas del río. Algunas chozas en la orilla, muy separadas una de otra, atestiguaban con su ruina y abandono los horrores de una guerra reciente. La campiña ribereña parecía abandonada, y las márgenes del río estaban desiertas. Algunas aves acuáticas eran los únicos seres vivientes que animaban aquellas tristes soledades. El *toparanga*, zancudo de alas negras, vientre blanco y pico rojo, huía con sus largas patas. Garzas de tres especies, el *moluku* de color de ceniza, un esparaván de aspecto estúpido y el magnífico *kotuku*, de plumaje blanco, pico amarillo y pies negros, veían pacíficamente pasar la embarcación indígena. Donde el declive de la playa indicaba cierta profundidad, el martín pescador, el *katare* de los

maoríes, acechaba las pequeñas anguilas que hervían por millones en los ríos zelandeses; y donde crecía la maleza, elegantes chavillas, gálculos y pollas sultanas arreglaban su tocado matutino bajo los primeros rayos del sol. Todas las aves gozaban en paz de la soledad en que las habían dejado los hombres dispersados o diezmados por la guerra.

En aquella primera parte de su curso, el Waikato corría libremente en medio de inmensas llanuras. Pero río arriba, las colinas y después las montañas, volvían angosto el valle en que tenía su lecho.

A 10 millas más arriba de la confluencia, el mapa de Paganel indicaba en la orilla izquierda la aldea de Kirikiriroa, y allí se encontró en efecto. Kai Koumou no se detuvo.

Mandó dar a los prisioneros las mismas provisiones que les había arrebatado en el saqueo del campamento, y él y sus guerreros y sus esclavos, se contentaron con la alimentación indígena, compuesta de helechos comestibles, tales como las raíces asadas al fuego del *pteris*, la esculenta de los botánicos, y *kapanas*, patatas que se cultivan en gran escala en las dos islas. Ni figuraba en su comida ninguna sustancia animal, ni pareció que les inspirase el menor deseo la cecina que comían los cautivos.

A las tres vieron a la orilla derecha los Pokaraollanges, montañas que parecen una fortaleza desmantelada. En algunos cerros cortados a pico se distinguían *pachs* arruinados, antiguas fortificaciones levantadas por los maoríes en posiciones inexpugnables. Parecían nidos de gigantescas águilas.

Iba el sol a desaparecer en los últimos límites del horizonte, cuando la piragua tocó en una playa sembrada de piedra pómez, que el Waikato, saliendo de montañas volcánicas, arrastraba en su curso. Brotaban a trechos algunos árboles que parecían propios para abrigar un campamento. Kai Koumou hizo desembarcar a los prisioneros, atando las manos a los hombres y dejando libres a las mujeres; pero todos, sin distinción de sexos, fueron colocados en el centro del campamento, rodeado de inmensas hogueras que formaban una muralla infranqueable.

Antes que Kai Koumou hubiese dado a conocer a los cautivos su intención de canjearlos, Glenarvan y John Mangles habían discutido un plan de evasión, y esperaban intentarlo en tierra, aprovechando

los azares favorables de la noche para su ejecución, que era imposible realizar embarcados.

Pero después de la conversación de Glenarvan y el jefe zelandés, pareció más prudente aplazarlo y tomar paciencia. Era lo más prudente, en efecto. El canje ofrecía más probabilidades de salvación que un ataque a mano armada, o una fuga que obligaba a atravesar aquellas comarcas desconocidas. Verdad es que podían sobrevenir acontecimientos que retardasen y hasta impidiesen semejante negociación, pero aun así era el partido que debía tomarse con preferencia. ¿Qué podían intentar diez hombres inermes contra treinta salvajes perfectamente armados? Por otra parte, Glenarvan suponía que la tribu de Kai Koumou habría perdido algún jefe de alta consideración cuyo rescate le interesaba mucho, y no iba del todo descaminado.

Al otro día, la embarcación siguió remontando rápidamente el curso del río. A las diez se detuvo un instante en la confluencia del Pohaiwhenna, riachuelo que venía serpenteando por las llanuras de la orilla derecha.

Allí, una canoa, tripulada por diez indígenas, se agregó a la embarcación de Kai Koumou. Apenas se dieron los guerreros la bienvenida, el *airé mai rai*, que quiere decir *llega en buena salud*, las dos embarcaciones navegaron en conserva. Los recién llegados acababan de batirse contra los ingleses, y bien lo daban a entender sus vestidos destrozados, sus armas ensangrentadas y las heridas que manaban aún bajo sus harapos. Estaban sombríos y taciturnos, y miraron a los europeos con la indiferencia característica de todos los pueblos salvajes.

Al mediodía, se perfilaron al oeste las cimas del Maungatotari. Empezaba a circunscribirse el valle del Waikato. Allí, el río, profundamente encajonado, se desencadenaba con la violencia de un torrente. Pero el vigor de los indígenas, duplicado y regularizado por un canto cuyo compás seguían los remos, empujó la embarcación contra la espumosa corriente. Quedó atrás el remolino, y el Waikato recobró su curso lento, interrumpido de milla en milla por los recodos de las riberas.

Al anochecer, Kai Koumou atracó la piragua al pie de las montañas, cuyos primeros estribos caían perpendicularmente a una estrecha playa. Veinte indígenas saltaron a tierra y tomaron

disposiciones para acampar. Un jefe de la misma categoría que Kai Koumou, salió al encuentro de éste con paso grave, y frotándole la nariz con la suya, le hizo el cordial saludo del *congui*. Debajo de los árboles ardían hogueras. Los prisioneros fueron colocados en el centro del campamento y custodiados con suma vigilancia. A la mañana siguiente, se volvió a remontar el Waikato, por cuyos pequeños afluentes llegaron otras embarcaciones.

Se hallaban entonces reunidos y más o menos maltratados por las balas inglesas, unos sesenta guerreros, evidentemente derrotados en la última insurrección, que regresaban a los distritos de las montañas. De cuando en cuando se elevaba un canto de las canoas, que desfilaban una tras otra.

Un indígena entonaba la oda patriótica del misterioso *Pihé*:

Papa ra ti wati tidi Y dougo nei... himno nacional que arrastra a los maoríes a la guerra de la independencia. La voz del cantor, llena y sonora, despertaba los ecos de las montañas, y después de cada estrofa, los indígenas, golpeando su pecho, que resonaba como un tambor, lo repetían a coro. Entretanto, a fuerza de remos, las piraguas y canoas contrarrestaban la corriente y volaban sobre la superficie de las aguas.

Durante aquella jornada, la navegación del río ofreció un fenómeno curioso. A las cuatro la embarcación, sin vacilar ni retardar su carrera, guiada por la mano firme del jefe, se lanzó a un paso estrecho en que hervían furiosos muchos remolinos alrededor de numerosos islotes. No había ningún punto en el Waikato en que fuese más peligroso zozobrar, porque las orillas no ofrecían ningún asidero, y el que hubiese puesto el pie en su profundo cieno se hubiera perdido irremisiblemente.

El río corría entre termas o manantiales de aguas minerales calientes. El óxido de hierro teñía de rojo el légamo de las orillas, en que el pie no hubiera encontrado ni una toesa de piso firme. Un olor sulfuroso, muy penetrante, saturaba la atmósfera sin molestar a los indígenas; pero para los cautivos, que no estaban acostumbrados a él y cuyo organismo era más delicado que el de los salvajes, eran insoportables los miasmas que exhalaban las grietas de la tierra y las burbujas que se rompían por la distensión de los gases interiores. Pero si bien era difícil que se habituase el olfato a aquellas emanaciones, la vista no podía dejar de admirar un

espectáculo tan imponente.



Las embarcaciones penetraron resueltamente en lo más denso de una nube de vapores blancos, cuyas deslumbradoras volutas formaban encima del río una especie de cimborrio. Un centenar de géiseres, de los cuales había algunos que despedían torbellinos de vapor y otros que se desenvolvían en líquidas columnas, variaban en las orillas sus efectos como los surtidores y cascadas de los jardines dispuestos por la mano del hombre. Hubiérase dicho que un hábil maquinista dirigía a su arbitrio las intermitencias de aquellos manantiales.

El Waikato en aquel punto corría por un lecho movedizo

incesantemente renovado por la acción de los fuegos subterráneos. No lejos, hacia el este, por la parte del lago Rotoura, mugían los manantiales termales y las humeantes cascadas de Rotomahana y de Tatarata entrevistas por algunos animosos viajeros. Aquella región estaba acribillada, si así puede decirse, de géiseres, cráteres y solfataras, por donde se escapa el exceso de gases, para cuya salida son insuficientes las válvulas del Tangarri y del Wakari, únicos volcanes en actividad de Nueva Zelanda.

Durante dos millas, navegaron las piraguas y canoas indígenas bajo aquellas bóvedas de vapores incorporados a las cálidas volutas que circulaban en la superficie de las aguas, hasta que de pronto se disipó el humo sulfuroso y un aire puro, agitado por la rapidez de la corriente, refrescó los pechos jadeantes. Había pasado la región de los manantiales.

Antes de terminar el día, los vigorosos remos de los indígenas, tuvieron que luchar aún con otros dos remolinos, el de Hipapatua y el de Tamatec. Al anochecer, acampó Kai Koumou a la distancia de 100 millas de la confluencia del Waipa y del Waikato, donde el río, torciendo hacia el este y luego hacia el sur, desaguaba en el lago Taupo.

Al día siguiente, Santiago Paganel consultó el mapa y reconoció en la margen derecha el monte Maubara, que se eleva a 3.000 pies de altura.

Al mediodía, todas las embarcaciones entraron por una mayor expansión del río en el lago Taupo, y los indígenas saludaron con entusiastas aspavientos un pedazo de trapo que flotaba en lo alto de una choza. Era la bandera nacional.



Capítulo XI

El lago Taupo

Un día muy anterior a los tiempos históricos, por medio de un descubrimiento de las cavernas que había entre las lavas traquíticas del centro de la isla, se formó un abismo insondable de 25 millas de largo y 20 de ancho. El abismo se hizo largo, pero sin dejar de ser abismo, invadiéndolo y llenándolo las aguas precipitadas de los cerros circundantes. Hasta ahora, para medir su profundidad, han sido impotentes las sondas.

Tal es el imponente lago Taupo, que se eleva a 1.250 pies sobre el nivel del mar, y está dominado por un anfiteatro de montañas, cuya altura es de 400 toesas. Enormes rocas cortadas a pico se distinguen al oeste; al norte, algunas cimas lejanas y coronadas de árboles; al este, una dilatada playa, surcada por una senda y sembrada de fragmentos de piedra pómez que brillan entre las zarzas; al sur, conos volcánicos detrás de un primer término de bosques que sirven de marco a aquel inmenso cuadro de agua, cuyas estrepitosas tempestades pueden competir con los ciclones del océano.

Toda aquella región hierve como una caldera inmensa suspendida sobre las llamas subterráneas. Los terrenos se estremecen acariciados por el fuego central, y filtran en muchos puntos tibios vapores. La corteza exterior se hiende y resquebraja como una costra que se deja calcinar por un calor demasiado intenso, y sin duda toda la comarca se abismaría en un horno candente, si 12 millas más lejos no hallasen una salida por los cráteres del Tougariro los vapores encerrados.

Por el norte, aparece dicho volcán con un penacho de llamas y de humo descollando sobre montecillos ignígenos. El Tougariro debe formar parte de un sistema orográfico bastante complicado. El

monte Ruapahou, aislado en la llanura, levanta a 9.000 pies de altura, detrás del Tougariro, su cabeza que se pierde en las nubes. Ningún mortal ha puesto el pie en su inaccesible cono, ni mirada alguna de hombre ha sondeado las profundidades de su cráter, al paso que en veinte años han sido tres veces medidas, por *Monsieurs* Bidwill y Dyson, y recientemente por *Monsieur* De Hochstetter, las cimas más accesibles del Tougariro.

Los mencionados volcanes tienen sus leyendas, que no hubiera dejado Paganel en otra circunstancia cualquiera de referir a sus compañeros. Les hubiera contado el altercado que con motivo de una mujer se suscitó un día entre el Tougariro y el Taranaki, que eran entonces vecinos y amigos. El Tougariro, que tiene la cabeza caliente como todos los volcanes, se salió de sus casillas y abofeteó al Taranaki. Éste, humillado y lleno de miedo, huyó por el valle de Whanganni, dejó caer en la fuga dos pedazos de montaña, y llegó a la orilla del mar, donde se eleva solitario con el nombre de Mont Egmont.

Pero ni Paganel estaba de humor para contar cuentos, ni sus amigos en disposición de oírlos. Observaban todos silenciosamente la margen nordeste del Taupo, a donde acababa de llevarles la más cruel fatalidad. No existía ya en Pukawa, en los bordes occidentales del lago, la misión establecida por el reverendo Grace. El ministro había sido arrojado por la guerra lejos del foco principal de la insurrección. Los prisioneros estaban a discreción de maoríes ávidos de represalias, precisamente en la porción más salvaje de la isla en que nunca había penetrado el cristianismo.

Kai Koumou, al dejar las aguas del lago, atravesó una especie de ancón, a manera de embudo, que forma el río, dobló un agudo promontorio y se acercó a la playa oriental del lago, al pie de las primeras ondulaciones del monte Manga, tumescencia considerable que tiene 30 toesas de altura. Se extendían allí campos de *phormium*, precioso lino de Nueva Zelanda. El *phormium* de los naturalistas es el *karakeké* de los indígenas. Tan útil planta no tiene el menor desperdicio. Su flor suministra la miel, que es excelente; su tallo produce una sustancia gomosa que remplace la cera y el almidón; su hoja, más dócil, más condescendiente, más servicial aún, se presta a numerosas transformaciones, pues fresca sirve de papel y una vez seca es una yesca excelente; con ella, además,

rastrillándola, se hacen cuerdas, cables y redes; con sus fibras tejidas se forman mantas y cubrecamas, y teñida de rojo o negro, viste a los maoríes más elegantes.

El precioso *phormium*, cuya especie más notable es la *chlamydie tenacissima* o *lachenolia ramosa*, abunda en las dos islas, encontrándose lo mismo a orillas del mar que a lo largo de los ríos y en las márgenes de los lagos. En el sitio a que habían llegado los cautivos cubrían dilatados campos, formando verdaderos bosques. Sus flores, de color rojo oscuro, parecidas a las de la agave, se abrían en todas direcciones, saliendo del inextricable laberinto de sus largas hojas, que formaban un trofeo de cortantes cuchillas. Los graciosos necturianos, que constituyen una de las numerosas variedades del vicilin o pájaro mosca, libaban zumbando el meloso jugo de los cálices.

Se chapuzaban en las aguas del lago bandadas de ánades negros, salpicados de gris y verde, bastante domesticados.

A un cuarto de milla, en lo más escarpado de la montaña, se veía un *pah*, parapeto maorí colocado en una posición inexpugnable, al cual los cautivos, desembarcados uno tras otro, fueron conducidos por los guerreros, dejándoles las manos y los pies sueltos. Se llegaba a la fortaleza por una senda que atravesaba campos de *phormium*, y un bosque de hermosos árboles, *kaikateas*, de hojas persistentes y bayas rojas, *dracenes australis*, el *ti* de los indígenas, cuya copa compite ventajosamente con la del sagú, *huions*, que sirve para teñir de negro. Al acercarse los indígenas, echaron a volar bandadas de grandes palomas de metálicos reflejos, glaucopos cenicientos y un sin número de estorninos de curúnculas rojizas.

Después de un largo rodeo, Glenarvan, *Lady Elena*, Mary Grant y sus compañeros, entraron en el *pah*.



La fortaleza estaba defendida por un recinto exterior de fuertes empalizadas, de 15 pies de altura, al que seguía una estacada y después una barrera con arpilleras cerraba el segundo recinto, es decir, la plataforma del *pah*, que estaba cubierta de construcciones maoríes y de unas cuarenta chozas simétricamente alineadas.

Al llegar allí, impresionó horriblemente a los cautivos la presencia de muchas cabezas que adornaban la empalizada del segundo recinto. *Lady Elena* y *Mary Grant* volvieron la vista con más asco aún que espanto. Aquellas cabezas habían pertenecido a jefes enemigos muertos en los combates, y con cuyos cuerpos se habían nutrido los vencedores. Acerca del particular, sus órbitas vacías no dejaban al geógrafo la menor duda.

Los ojos habían sido, en efecto, devorados, y las cabezas,

preparadas según un procedimiento indígena, extraído el cerebro y despojadas de la epidermis, con las narices sostenidas por medio de tablillas, y rellenas de *phormium* sus ventanas, con la boca y los párpados cosidos, se habían metido en un horno y sometido a una fumigación de treinta horas. Las cabezas preparadas de este modo se conservan indefinidamente sin alteración ni arrugas, y constituyen trofeos de victorias.

Los maoríes conservan frecuentemente la cabeza de sus propios jefes; pero en estos casos, los ojos quedan en sus cuencas, como si estuviesen mirando. Los neozelandeses exhiben con orgullo estos restos, y los presentan a la admiración de los jóvenes guerreros, al mismo tiempo que con solemnes ceremoniales pagan un tributo de veneración.

Pero en el *pah* de Kai Koumou, no enriquecían más que cabezas de enemigos en el horrible museo, en que sin duda más de un inglés con las órbitas vacías aumentaba la colección del jefe maorí.

La casa de Kai Koumou se elevaba en el fondo del *pah*, entre varias chozas de menos importancia, delante de un espacioso terreno descubierto que los europeos hubieran llamado campo de operaciones. Consistía todo el edificio en un armazón de estacas que servía de asidero y punto de apoyo a una trabazón de ramas entrelazadas interiormente y tapizadas de tela de *phormium*. Veinte pies de longitud, quince de anchura y diez de elevación daban a Kai Koumou una habitación de tres mil pies cúbicos, que bastan y sobran para el palacio de un jefe zelandés.

Se entraba en la casa por una sola abertura, a que servía de parque un tejido vegetal muy tupido. Los aleros del tejado se prolongaban hacia el exterior a manera de impluvio. Adornaban el edificio algunas figuras esculpidas en los extremos de las asnas, y el *wharepuni* o portal ofrecía a la admiración de los viajeros, follajes, símbolos, monstruos curiosos, adornos debidos al cincel de los escultores indígenas.

El pavimento del interior de la casa era de tierra apisonada y se levantaba medio pie sobre el nivel del piso exterior. Las camas se reducían a algunos zarzos de caña y colchones rellenos de helechos secos, siendo su terliz un tejido formado con las largas y flexibles hojas del *tiphe*. Una piedra agujereada que había en el centro constituía el hogar, y otro agujero en el techo era la chimenea. El

humo, cuando se había condensado suficientemente, se decidía a aprovecharse de aquella salida, después de haber depositado en las paredes de la choza un barniz del más hermoso color negro.

Al lado de la casa del jefe estaban los almacenes de sus provisiones, su cosecha de *phormium*, patatas, *taros*, helechos comestibles, y los hornos en que se cuecen estos alimentos colocándolos sobre piedras calientes. Más lejos, en algunos pequeños cercados, había cerdos y cabras, escasos descendientes de los animales útiles aclimatados por el capitán Cook. Corrían por allí algunos perros acechando su escasa comida. Los pobres animales estaban bastante mal nutridos para alimentar ellos a los maoríes.

Glenarvan y sus compañeros habían, de una ojeada, abarcado el conjunto, y esperaban cerca de una choza deshabitada la determinación del jefe, sufriendo entretanto las injurias de un grupo de repugnantes viejas, furiosas arpías, que se acercaban a ellos, les amenazaban con el puño, y aullaban, y vociferaban. Algunas palabras inglesas que se escapaban de sus abultados labios, dejaban comprender que pedían una pronta venganza.

Lady Elena estaba tranquila en apariencia. En medio de la amenazadora gritería, afectaba una calma que no podía hallarse en su corazón. La valerosa mujer, temiendo que *Lord Glenarvan* perdiese su sangre fría, hacía para contenerse heroicos esfuerzos. La pobre *Mary Grant* se sentía desfallecer, y *John Mangles* la sostenía resuelto a hacerse matar para defenderla. Sus compañeros soportaban de diferente modo aquel diluvio de injurias, unos con indiferencia, como el Mayor y otros con una exasperación creciente, como *Paganel*.

Glenarvan, queriendo poner a *Lady Elena* a cubierto de los ultrajes de aquellas furias, se dirigió resueltamente a *Kai Koumou*, e indicándole el inmundo grupo, le dijo:

—Échalas.

El jefe maorí miró fijamente a su prisionero sin responderle, y después, con un gesto, impuso silencio a la horda aulladora. Glenarvan se inclinó en señal de reconocimiento y volvió lentamente a ocupar su puesto entre los suyos.

En aquel momento se juntaron en el *pah* unos cien neozelandeses, viejos, adultos, niños, tranquilos algunos de ellos, pero sombríos, aguardando las órdenes de *Kai Koumou*; los otros,

entregándose a todos los arrebatos de un dolor violento, por haber perecido sus parientes o amigos en los últimos combates.

De todos los jefes que se levantaron a la voz de William Thompson, Kai Koumou era el único que volvía a los distritos del lago, y el primero que comunicaba a su tribu la derrota de la insurrección nacional, batida en las llanuras del bajo Waikato. De los doscientos guerreros que mandados por él corrieron a la defensa del territorio, faltaban a su regreso ciento cincuenta. Algunos eran prisioneros de los invasores, pero la mayor parte habían quedado tendidos en el campo de batalla, y no debían volver nunca más al país de sus abuelos.

Así se explicaba el profundo desconsuelo que se apoderó de la tribu a la llegada de Kai Koumou. Nada habían traslucido aún de la última derrota, y la infausta nueva cayó entre ellos como una bomba.

En los salvajes, el dolor moral se manifiesta siempre con demostraciones físicas. Así es que los parientes y amigos de los guerreros muertos, especialmente las mujeres, se arañaban la cara y los hombros con agudas conchas, y la sangre se mezclaba con sus lágrimas. La profundidad de las incisiones indicaba los grados de desesperación. Las desgraciadas zelandesas, ensangrentadas, furiosas, estaban horribles.

Aumentaba su desesperación otro motivo, muy grave en concepto de los indígenas. No sólo el pariente y amigo que lloraban habían dejado de existir, sino que sus huesos no reposarían en la tumba familiar. La posesión de los restos mortales es sagrada en la religión maorí e indispensable a los destinos de la vida futura, no precisamente la carne, que es perecedera, sino los huesos, que son recogidos con el mayor cuidado, y los indígenas los limpian, los rascan, los pulimentan, los barnizan y los depositan definitivamente en el *Ooupa*, es decir, *la mansión de la gloria*. Adornan las tumbas estatuas de madera que reproducen fielmente los dibujos o pinturas del cuerpo del difunto. Pero las tumbas de los que han caído en la refriega quedarán vacías, no se podrán celebrar las ceremonias religiosas, y los huesos que no trituren los colmillos de los perros salvajes blanquearán insepultos en el campo de combate.

Ante esta idea se multiplicaron las muestras de dolor. Sucedió a las amenazas de las mujeres las imprecaciones de los

hombres contra los europeos. Las injurias tomaron mayor fuerza, y los gestos adquirieron más violencia. Los gritos debían ser preludio de brutales escenas.

Temiendo Kai Koumou ser desobedecido por los fanáticos de su tribu, hizo conducir a los cautivos a un lugar sagrado, situado al extremo opuesto del *pah*, en una escarpada meseta. Fueron todos los prisioneros trasladados a una choza que se apoyaba en un cerro que descollaba sobre ella 100 pies, y terminaba en una escarpa casi vertical aquel lado del fuerte. Aquella choza era una casa consagrada, *Wercaloua*, en que los sacerdotes o *arikis* enseñaban a los zelandeses que existe un dios en tres personas: padre, hijo y pájaro o espíritu. Espaciosa y bien cerrada, contenía los santos y escogidos alimentos que Maoui Ranga Panguí come por la boca de los sacerdotes.

Puestos momentáneamente a cubierto del furor de los indígenas, se tendieron en mantas de *phormium*. Lady Elena, agotadas sus fuerzas y vencida su energía moral, se arrojó en brazos de su esposo.

Glenarvan, estrechándola cariñosamente contra su corazón, le dijo:

—¡Valor, mi adorada Elena! ¡El cielo no nos abandonará!

Apenas los cautivos quedaron encerrados, Roberto se encaramó a los hombros de Wilson, y pudo atisbar por un intersticio abierto entre el techo y la pared, de la cual colgaban sartas de amuletos. Desde allí abarcaba su mirada toda la extensión del *pah* hasta la casa de Kai Koumou.



—Están todos agrupados alrededor del jefe —dijo en voz baja—. Mueven los brazos... Aúllan... Kai Koumou quiere hablar.

Roberto guardó algunos minutos de silencio, y luego añadió:

—Kai Koumou habla... Los salvajes se tranquilizan... Le escuchan...

—Es evidente —dijo el Mayor— que ese jefe está personalmente interesado en protegernos. Quiere canjear sus prisioneros por algunos jefes de su tribu. ¿Lo consentirán sus guerreros?

—¡Sí...! Le escuchan... —dijo Roberto—. Se dispersan... Algunos entran en sus chozas... Otros salen de la fortaleza...

—¿De veras? —exclamó el Mayor.

—Sí, *Monsieur* Mac Nabbs —respondió Roberto—. Kai Koumou se ha quedado solo con los guerreros de su piragua... ¡Ah! Uno de

ellos viene hacia aquí...

—Baja, Roberto —dijo Glenarvan. En aquel momento, *Lady Elena*, que se había levantado, cogió el brazo de su marido.

—Edward —dijo con voz firme—, ni Mary Grant ni yo debemos caer vivas en manos de los salvajes.

Y sin decir más, entregó a Glenarvan un revólver cargado.

—¡Un revólver! —exclamó Glenarvan, en cuyos ojos brilló un destello.

—¡Sí! ¡Los maoríes no registran a sus cautivos! Pero esta arma es para nosotros, Edward, no para ellos...

—Glenarvan —dijo rápidamente Mac Nabbs—, ¡ocultad ese revólver! No es tiempo aún.

Glenarvan ocultó el revólver, en el acto de levantarse la cortina que cerraba la entrada de la casa, apareciendo un indígena.

Hizo éste a los prisioneros señal de que le siguiesen. Glenarvan y sus compañeros atravesaron el *pah*, y se detuvieron delante de Kai Koumou.

Alrededor del jefe estaban reunidos los principales guerreros de su tribu. Se veía entre ellos al maorí cuya embarcación se agregó a la de Kai Koumou en la confluencia del Pohainhenna y el Waikato. Era un hombre de unos cuarenta años, de feroz y cruel fisonomía. Se llamaba Kara Teté, que en lengua zelandesa significa *irascible*. Kai Koumou le guardaba ciertas deferencias, y se conocía que Kara Teté gozaba de gran consideración en la tribu por las complicadas pinturas que ostentaba en su semblante. Sin embargo, un observador hubiera adivinado que había rivalidad entre los dos jefes. El Mayor observó que la influencia de Kara Teté hacía sombra a Kai Koumou. Los dos mandaban con un poder igual las importantes comarcas del Waikato. Así es que durante la conversación la boca de Kai Koumou se sonreía afablemente, pero sus ojos le hacían traición denunciando una enemistad profunda.

Kai Koumou interrogó a Glenarvan.

—¿Eres inglés? —le preguntó.

—Sí —respondió el *Lord* sin vacilar, porque esta cualidad debía facilitar el canje.

—¿Y tus compañeros? —dijo Kai Koumou.

—También. Somos viajeros, que hemos naufragado. Pero si os importa saberlo, os diré que no hemos tomado parte en la guerra.

—Poco importa —respondió brutalmente Kara Teté—. ¡Todos los ingleses sin excepción son enemigos nuestros! ¡Los tuyos han invadido nuestro país, han talado nuestros campos, han incendiado nuestras aldeas!

—Han hecho mal —respondió Glenarvan con voz grave—. Te lo digo porque así lo siento, no porque me hallo en tu poder.

—Escucha —dijo Kai Koumou—. El Tohonga, el gran sacerdote de Noui Atoua^[5], ha caído en poder de tus hermanos. Es prisionero de los *pakekas*.^[6]

Nuestro dios nos manda rescatar su vida. Hubiera querido arrancarte el corazón, hubiera querido que tu cabeza y la de tus compañeros quedasen suspendidas para siempre en las estacas de esta empalizada. Pero Noui Atoua ha hablado.

Al decir esto, Kai Koumou, dueño hasta entonces de sí mismo, temblaba de cólera, y una exaltación feroz contraía sus facciones.

Pasados algunos instantes, añadió más tranquilamente:

—¿Crees que los ingleses canjearán por ti a nuestro Tohonga?

Glenarvan vaciló antes de responder, y observó con detención al jefe maorí.

—Lo ignoro —dijo después de un momento de silencio.

—Habla —replicó Kai Koumou—. ¿Vale tu vida la de nuestro Tohonga?

—No —respondió Glenarvan—. No soy entre los míos un jefe, ni un sacerdote.

Paganel, que no esperaba semejante respuesta, quedó estupefacto, y miró a Glenarvan con el más profundo asombro.

Kai Koumou pareció no menos sorprendido que el digno geógrafo.

—¿Dudas, pues? —dijo.

—No sé nada —repitió Glenarvan.

—¿No te aceptarán los tuyos para canjear contigo a nuestro Tohonga?

—Conmigo solo, no —repitió Glenarvan—. Con todos nosotros, tal vez.

—Los maoríes —dijo Kai Koumou— damos cabeza por cabeza.

—Ofrece antes la devolución de las mujeres a trueque de la de tu sacerdote —dijo Glenarvan señalando a *Lady Elena* y *Mary Grant*.

Lady Elena quiso lanzarse hacia su esposo, pero el Mayor la

detuvo.

—Estas dos señoras —añadió Glenarvan inclinándose con respeto ante *Lady* Elena y Mary Grant— pertenecen en su país a la clase más elevada.

El jefe maorí miró con desdén a su prisionero. Asomó a sus labios una sonrisa maligna, pero la contuvo inmediatamente, y respondió con un furor que apenas podía reprimir:

—¿Te has figurado que has de engañar a Kai Koumou con falsas palabras, europeo maldito? ¿Crees que los ojos de Kai Koumou no saben leer en los corazones?

Y señalando a *Lady* Elena, añadió:

—¡Ésta es tu mujer!

—No. ¡La mía! —gritó Kara Teté.

Y rechazando a los prisioneros, puso su mano en el hombro de *Lady* Elena, que palideció al percibir aquel contacto impuro.

—¡Edward! —gritó la desgraciada, llena de terror.

Glenarvan, sin pronunciar una palabra, levantó el brazo. Sonó un tiro. Kara Teté cayó muerto.

Al oír el estampido del revólver, salieron de las chozas oleadas de indígenas. El *pah* se llenó en un instante. Cien brazos se levantaron contra los prisioneros, arrancando el revólver de la mano de Glenarvan.

Kai Koumou miró al *Lord* de un modo extraño, y luego, escudándole con una mano, contuvo con la otra a la horda, que iba a acometer a los europeos.

Su voz dominó el tumulto:

—¡Tabú! ¡Tabú! —gritó.



La multitud se detuvo ante Glenarvan y sus compañeros, momentáneamente preservados por el poder sobrenatural de la palabra tabú.

Algunos instantes después, eran conducidos al Waré Atoua, que les servía de cárcel. Pero Roberto Grant y Santiago Paganel habían desaparecido.

Capítulo XII

Los funerales de un jefe maorí

Kai Koumou unía el título de *ariki* al de jefe de tribu, lo que es bastante frecuente en Nueva Zelanda. La dignidad de sacerdote, de que estaba revestido, le permitía extender sobre las personas y sobre las cosas la supersticiosa protección del tabú.

El tabú, común a los pueblos de raza polinesia, tiene por efecto impedir toda relación con la persona o con la cosa *tabuada*. Según la religión maorí, el que pone una mano sacrílega en lo que está declarado tabú, será castigado con la muerte por el dios irritado. Si la divinidad tardase en vengar su propia injuria, no faltarían medios a los sacerdotes para acelerar la venganza.

Los jefes aplican el tabú o consagración con un fin político, a no ser que resulte de una situación ordinaria de la vida privada. Circunstancias hay en que un indígena queda consagrado durante algunos días. Queda consagrado, cuando se ha cortado el pelo, cuando acaba de sufrir la operación de la puntura, sin la cual no se puede pintar el cuerpo de una manera permanente, cuando construye una piragua, cuando edifica una casa, cuando padece una enfermedad mortal, cuando se muere. Si, por ejemplo, un inmoderado o imprevisor consumo disminuye excesivamente la pesca de los ríos o da lugar a que escaseen las patatas, se aplica a las plantaciones y a los ríos un tabú económico que los proteja. Un jefe que quiere alejar de su casa a los importunos, consagra su casa; si quiere monopolizar en su exclusivo provecho las relaciones con un buque extranjero, consagra el buque; si está descontento de un traficante europeo, consagra al traficante. El tabú se parece bastante al antiguo *veto* de los reyes.

Nadie puede tocar impunemente un objeto consagrado. Un indígena en estado de interdicción queda privado de ciertos

alimentos durante un período determinado. Si es rico, se libra de la severa abstinencia por la asistencia de sus esclavos, que le introducen en el gazon los manjares que sus manos no pueden tocar; pero si es pobre, queda condenado a coger del suelo los alimentos con la boca, como si fuese una bestia.

En una palabra, esta singular costumbre dirige y modifica las más insignificantes acciones de los neozelandeses. El tabú es la incesante intervención de la divinidad en la vida social. Tiene fuerza de ley, y pudiéramos decir que todo el código indígena, código no discutible ni discutido, se resume en la frecuente aplicación del tabú.

El que sustraía a los furores de la tribu a los prisioneros encerrados en el Waré Atoua era un tabú arbitrario.

Algunos indígenas, amigos y partidarios de Kai Koumou, se habían detenido súbitamente a la voz de su jefe y habían protegido a los cautivos.

No se crea, sin embargo, que Glenarvan se hiciera ilusiones acerca de la suerte que le estaba reservada. Había que pagar con la muerte la que había dado a un jefe, y la muerte en los pueblos salvajes no es más que el último término de un prolongado suplicio. Glenarvan esperaba, pues, expiar cruelmente la legítima indignación que había armado su brazo, pero abrigaba también la esperanza de que sobre él exclusivamente descargaría Kai Koumou su cólera.

¡Qué noche pasó y qué noche pasaron sus compañeros! ¿Quién sería capaz de pintar sus angustias y medir sus padecimientos? El pobre Roberto y el buen Paganel no habían reaparecido. Pero ¿cómo dudar de su suerte? ¿No eran acaso las primeras víctimas sacrificadas a la venganza de los indígenas? Toda esperanza había desaparecido, hasta del corazón de Mac Nabbs, que no desesperaba fácilmente. John Mangles se volvía loco en presencia de la sombría desesperación de Mary Grant, separada de su hermano. Glenarvan estaba pensando en la terrible demanda de *Lady Elena*, que para sustraerse al suplicio o a la esclavitud quería recibir la muerte de manos de su esposo. ¿Tendría él este valor horrible?

«¿Y con qué derecho mataré yo a Mary?», pensaba John, cuyo corazón se hacía pedazos.

Una evasión era evidentemente imposible. Diez guerreros,

armados hasta los dientes, estaban de centinela junto a la puerta del Waré Atoua.

Llegó la mañana del 13 de febrero. Ninguna comunicación hubo entre los indígenas y los prisioneros defendidos por el tabú. La casa contenía cierta cantidad de víveres que los desgraciados dejaron casi intactos. El apetito desaparecía delante del dolor. No sobrevino durante todo el día ningún accidente que pudiese inspirar la menor esperanza, ni que modificase la situación en lo más mínimo. Sin duda la hora de los funerales del jefe muerto y la del suplicio debían sonar al mismo tiempo.

Glenarvan se hallaba persuadido de que Kai Koumou había renunciado a toda idea de canje, pero el Mayor conservaba acerca del particular alguna débil esperanza.

—¿Quién sabe —decía, recordando a Glenarvan el efecto producido en el jefe por la muerte de Kara Teté—, quién sabe si Kai Koumou no está reconocido en el fondo de su alma?

No obstante las observaciones de Mac Nabbs, Glenarvan no quería concebir esperanzas. Pasó el día siguiente sin ningún preparativo de suplicio. He aquí la razón de esta tardanza.

Los maoríes creen que durante los tres primeros días que siguen a la muerte, el alma habita el cuerpo del difunto, y hasta extinguirse el término de tres veces veinticuatro horas, el cadáver permanece insepulto. Observaron con todo rigor esta costumbre. El *pah* siguió desierto hasta el 15 de febrero. John Mangles, subiéndose a los hombros de Wilson, observó con frecuencia los parapetos exteriores, en los cuales no se presentó ningún indígena. Únicamente había los centinelas, guardando la puerta del Waré Atoua.

Pero al tercer día se abrieron las chozas, y los salvajes, hombres, mujeres y niños, que sumaban algunos centenares de maoríes, se reunieron en el *pah* mudos y tranquilos.

Kai Koumou salió de su morada, y rodeado de los principales personajes de su tribu, se colocó en el centro del recinto, en un otero que tenía algunos pies de altura. Detrás, a algunas toesas de distancia, los indígenas formaban un semicírculo. Toda la asamblea guardaba profundo silencio.

A una señal de Kai Koumou, un guerrero se dirigió al Waré Atoua.

—Acuérdate —dijo *Lady* Elena a su marido.

Glenarvan la estrechó contra su corazón. En aquel mismo momento, Mary Grant se acercó a John Mangles.

—*Lord* y *Lady* Glenarvan —dijo— se harán cargo de que si una mujer puede morir a manos de su esposo para librarse de una existencia vergonzosa, una prometida, para salvarse del mismo peligro, puede morir también a manos de su prometido. John, en este instante supremo puedo decíroslo; ¿no soy yo acaso desde largo tiempo vuestra prometida en el secreto de vuestro corazón? ¿Puedo contar con vos, John, como *Lady* Elena con *Lord* Glenarvan?

—¡Mary! —exclamó el joven capitán fuera de sí—. ¡Ah! ¡Querida Mary...!

No pudo concluir. Se levantó la cortina y los cautivos fueron llevados a la presencia de Kai Koumou. Las mujeres se resignaban a su suerte, y los hombres disimulaban sus angustias bajo una calma que probaba una energía sobrehumana.

Llegaron ante el jefe zelandés. Éste no les hizo esperar la sentencia.

—¿Has matado a Kara Teté? —preguntó a Glenarvan.

—Lo he matado —respondió el *Lord*.

—Mañana morirás al salir el sol.

—¿Yo solo? —preguntó Glenarvan, cuyo corazón latía con violencia.

—¡Ah! ¡Si la vida de nuestro Tohonga no fuera más preciosa que la vuestra! —exclamó Kai Koumou expresando un feroz sentimiento.

En aquel momento se produjo alguna agitación entre los indígenas. Glenarvan dirigió alrededor una mirada rápida. Se entreabrió la multitud, y apareció un guerrero lleno de sudor y rendido de fatiga.

Kai Koumou, apenas lo vio, le dijo en inglés, con evidente intención de que le comprendiesen los cautivos:

—¿Vienes del campo de los *pakekas*?

—Sí —respondió el maorí.

—¿Has visto al prisionero, a nuestro Tohonga?

—Lo he visto.

—¿Vive?

—¡Ha muerto! ¡Los ingleses le han fusilado!

No había ya salvación para Glenarvan y sus compañeros.

—Todos —exclamó Kai Koumou— moriréis mañana al rayar el día.

Un castigo común esperaba, indistintamente, a aquellos desgraciados.

Lady Elena y Mary Grant dirigieron al cielo una mirada de reconocimiento sublime.

Los cautivos no fueron conducidos al Waré Atoua. Aquel día debían asistir a los funerales del jefe y a las sangrientas ceremonias que les acompañaban. Un tropel de indígenas les condujo a pocos pasos de un enorme *koudi*, donde quedaron con centinelas de vista. El resto de la tribu, sumida en su dolor oficial, les había, al parecer, olvidado.

Desde la muerte de Kara Teté habían transcurrido los tres días reglamentarios. El alma del difunto había, por tanto, abandonado definitivamente sus mortales despojos. Empezó la ceremonia.

El cuerpo fue transportado a una pequeña eminencia, en el centro del recinto. Llevaba un suntuoso traje y estaba envuelto en un magnífico manto de *phormium*. En la cabeza, adornada con plumas, ostentaba una corona de hojas verdes. Ni en su cara, ni en su pecho, ni en sus brazos, frotados con aceite, se notaba la menor señal de corrupción.

Los parientes y amigos llegaron al pie de la eminencia, y de repente, como si un director de orquesta hubiese levantado la batuta para que empezase la sinfonía, se oyó un inmenso concierto de llantos, gemidos y sollozos. Se lloraba al difunto, sometiéndose a un ritmo riguroso y a una pesadísima cadencia. Los parientes más próximos se golpeaban la cabeza, y algunos deudos íntimos se arañaban el semblante con las uñas, más pródigos de sangre que de lágrimas. Este deber salvaje era concienzudamente cumplido por las desventuradas mujeres. Pero como si tan horribles demostraciones no fuesen aún suficientes para aplacar el alma del difunto, cuyo enojo hubiera caído sin duda sobre la tribu entera, sus guerreros, no pudiendo volverle a la vida, quisieron que no tuviese que echar de menos en el otro mundo el bienestar y las comodidades y placeres de la existencia terrestre. La compañera de Kara Teté no debía abandonar a su esposo en la tumba, y ella misma se hubiera negado a sobrevivirle. Tal es la costumbre, conforme con el deber, y los

ejemplos de semejantes sacrificios son muy numerosos en la historia zelandesa.

Apareció la mujer de Kara Teté, que era aún bastante joven. Sus desgreñados cabellos flotaban sobre sus hombros. Sus sollozos y gemidos subieron al cielo. Palabras vagas, recuerdos, frases interrumpidas en que celebraba las virtudes del muerto, entrecortaban sus alaridos, y en un supremo paroxismo de su dolor, se arrojó al suelo, golpeándolo con la cabeza.

Kai Koumou se acercó a ella. La desgraciada víctima se levantó, pero el jefe descargó contra ella una poderosa lanza llamada *meré* y la infeliz cayó como herida por un rayo.

Resonó entonces un espantoso griterío. Cien brazos amenazaron a los cautivos, aterrados ante aquel horrible espectáculo. Pero nadie se movió, porque no había terminado aún la fúnebre ceremonia.

La mujer de Kara Teté se había reunido a éste en la tumba, y los dos cuerpos yacían juntos. Pero el difunto no tenía bastante para la eterna vida con su fiel compañera. ¿Quién les serviría cerca de Noui Atoua si sus esclavos de este mundo no les siguiesen al otro?

Seis infelices criados, a quienes habían reducido a la más dura servidumbre las implacables leyes de la guerra, fueron conducidos delante de los cadáveres de sus señores. Durante la vida del jefe habían estado sujetos a las más crueles privaciones, habían sufrido mil malos tratos, escasamente alimentados, condenados incesantemente a rudos trabajos propios de bestias de carga, y según la creencia maorí, iban al otro mundo a arrostrar eternamente una existencia tan angustiosa como la de la Tierra.

Parecía que los infelices estaban resignados con su suerte. No les causaba la menor impresión un sacrificio que tenían previsto desde hacía mucho tiempo. La circunstancia de no estar maniatados demostraba que no había ningún peligro de que al recibir la muerte trataran de defenderse.

Además, la muerte que sufrieron fue rápida, y no se les sujetó a prolongadas angustias. Éstas estaban reservadas a los autores del homicidio, los cuales, agrupados a veinte pasos de distancia, apartaban la vista de aquel espantoso espectáculo, cuyo horror debía ir en aumento.

Seis mazazos o golpes de *maté*, descargados por seis atléticos guerreros, derribaron a las víctimas y las dejaron tendidas en un

charco de sangre.

Así se preludiaron las más espantosas escenas de canibalismo.



El cuerpo de los esclavos no está protegido por el tabú como el cadáver de su amo. Pertenece a la tribu. Viene a ser como la moneda de cobre que se echaba a las plañideras de oficio en las antiguas exequias. Así es que, terminado el sacrificio, todos los indígenas de todas las condiciones, jefes, guerreros, viejos, mujeres, niños, se arrojaron sobre los inanimados restos de las víctimas, y en menos tiempo del que se necesita para describir tan repugnante escena, los cuerpos, aún calientes, fueron hechos menudos pedazos, pues entre doscientos maoríes que presenciaron el sacrificio, no hubo ni uno solo que renunciase a la parte de carne humana que le

correspondía.

Unos y otros se disputaban a puñetazos y zarpadas la más inmundicia piltrafa. Se veían en ellos el delirio y la furia de los tigres encarnizados en la presa. Poco después ardían en varios puntos del *pah* inmensas hogueras, infestando la atmósfera el olor de la carne que en ellas se asaba; y sin el tumulto del festín, sin los gritos de fruición frenética que salían de todas las bocas al mismo tiempo que mascaban, los cautivos habrían oído rechinar los huesos de las víctimas entre las quijadas de los caníbales.

Glenarvan y sus compañeros, anhelosos, jadeantes, procuraban ocultar a la vista de las dos pobres mujeres aquella escena abominable. Comprendían entonces cuál era el suplicio que les esperaba al rayar el alba del siguiente día, y los crueles tormentos que sin duda precederían a su muerte. El horror había ahogado la voz en su garganta.

Empezaron en seguida las danzas fúnebres. Fuertes licores espirituosos extraídos del *Piper excelsum*, verdadero espíritu de guindilla, activaron la embriaguez de los salvajes. No eran ya seres humanos. ¿No era posible que olvidando el tabú del jefe, cometieran los mayores desmanes contra los prisioneros?

Afortunadamente, Kai Koumou había conservado la razón en medio de la embriaguez general. Otorgó una hora más a aquella orgía de sangre para que, después de llegar a su más alto grado se fuese extinguendo, y después se representase el último acto de los funerales con el aparato de costumbre.

Fueron levantados los cadáveres de Kara Teté y de su mujer, y se les doblaron los muslos contra el vientre, en conformidad con lo que el rito zelandés prescribe. Tratábase ahora de inhumarlos, no de una manera definitiva, sino puramente provisional, hasta que la tierra hubiera consumido sus partes blandas y dejado sólo la osamenta.

Se había escogido el sitio del Oudoupa, es decir, de la tumba, fuera de la fortaleza, a dos millas de distancia de ésta, en la cúspide de un cerro llamado Maunganamu, situado en la margen derecha del lago.

Allí debían ser transportados los cadáveres. Se trajeron al pie de la prominencia dos féretros muy rudimentarios, o mejor dicho, dos angarillas, en que fueron colocados los inanimados cuerpos, muy

recogidos, muy doblados los miembros en todas sus articulaciones, obligándoles a sentarse más bien que a estar echados, y se les mantuvo en esta posición por medio de vendajes circulares.



Cuatro guerreros cargaron con los féretros, y toda la tribu, entonando de nuevo el himno fúnebre, les siguió procesionalmente hasta el lugar de la inhumación.

Los cautivos, siempre vigilados, vieron cómo el cortejo fúnebre salía del primer recinto del *pah*, y los cantos y los gritos fueron llegando a sus oídos cada vez más amortiguados.

El funerario convoy permaneció media hora aproximadamente fuera de su vista en las profundidades del valle. Después lo volvieron a ver avanzando como una inmensa serpiente por un

tortuoso sendero de la montaña.

La distancia daba una apariencia fantástica al movimiento ondulatorio de aquella larga columna.

Detúvose la tribu a una altura de 800 pies, en la cima del Maunganamu, en el punto escogido para enterrar a Kara Teté.

La tumba de un simple maorí se hubiera reducido a un hoyo y un montón de piedras. Pero a un jefe poderoso, temido, destinado sin duda a una apoteosis, una deificación próxima, su tribu le reservaba una tumba digna de sus hazañas.

El Oudoupa estaba cercado de empalizadas, y junto a la fosa en que debían reposar los cadáveres, se levantaban estacas adornadas con figuras pintadas de rojo. Los parientes no habían olvidado que el *Waídona*, el espíritu de los muertos, se alimenta de sustancias nutritivas, como hace el cuerpo durante esta perecedera vida, razón por la cual habían depositado en aquel lugar víveres abundantes y escogidos, y también las armas y trajes del difunto.

Nada faltaba para comodidad de éste en la tumba. Los dos esposos fueron metidos en ella, y cubiertos de tierra y de hierbas después de una nueva serie de lamentos.

El cortejo descendió silenciosamente de la montaña, y nadie en lo sucesivo podía volver a subir al Maunganamu sin cometer un crimen que se castigaría con la última pena, porque el Maunganamu era sagrado, tan sagrado como el Tougariro, donde reposan también los restos de un jefe que pereció víctima de un terremoto en 1846.

Capítulo XIII

Las últimas horas

Al desaparecer el sol al otro lado del lago Tauco, detrás de los cerros de Tuhalma y del Pukatapu, los cautivos fueron conducidos de nuevo a su encierro, del cual no debían ya salir hasta que los primeros resplandores del día doraran las cimas de los Wahiti Rangers.

Les quedaba una noche para prepararse a morir. A pesar del horror que les dominaba, cenaron todos juntos.

—Todas nuestras fuerzas —había dicho Glenarvan— no serán demasiadas para mirar la muerte cara a cara. Es preciso enseñar a esos bárbaros de qué modo saben morir los europeos.

Después de cenar, *Lady Elena* recitó en alta voz la oración de la tarde, que todos sus compañeros repitieron con la cabeza descubierta.

¿Quién no piensa en Dios teniendo la muerte delante?

Cumpliendo este deber, los prisioneros se abrazaron.

Mary Grant y Elena se echaron encima de una manta en un extremo de la choza. No tardó el sueño, que suspende todos los males, en cerrar sus párpados, y ambas, vencidas por la fatiga y los prolongados insomnios, se durmieron abrazadas.

Glenarvan llamó entonces aparte a sus amigos, y les dijo:

—Queridos compañeros, nuestra vida y la de esas pobres mujeres se hallan en manos de Dios. Si está escrito que hemos de morir mañana, no dudo que sabremos morir como hombres de corazón y como cristianos dispuestos a comparecer sin temor ante el Juez Supremo. Dios, que lee en el fondo de las almas, sabe que aspirábamos a un noble fin, y nuestra empresa no será a sus ojos grata, si en lugar del éxito encontramos la muerte. Él lo habrá querido. Por duro que sea su fallo no murmuraré contra Él. Pero la

muerte que nos espera no es solamente la muerte, es el suplicio, tal vez la infamia, y esas dos mujeres...

La voz de Glenarvan, firme hasta entonces, se alteró, y calló para dominar su emoción. Después de una breve pausa, dijo al joven capitán:

—John, tú has prometido a Mary lo que he prometido yo a *Lady Elena*. ¿Qué has resuelto?

—Creo —respondió John Mangles— tener delante de Dios el derecho de cumplir mi promesa...

—¡Sí, John! Pero no tenemos armas...

—He aquí una —dijo John, enseñando un puñal—. Lo arranqué de las manos de Kara Teté cuando el salvaje cayó a vuestros pies. Milord: el que de los dos sobreviva al otro, cumplirá el deseo de *Lady Elena* y *Mary Grant*.

Después de estas palabras, reinó en la choza un profundo silencio que interrumpió el Mayor diciendo:

—Amigos míos, reservad para los últimos minutos este medio extremo. Yo soy poco partidario de lo que es irremediable.

—No he hablado por nosotros —respondió Glenarvan—. Sabremos arrostrar la muerte, cualquiera que sea. ¡Ah! Si estuviésemos solos, veinte veces os hubiera ya dicho: ¡Amigos míos, intentemos una salida! ¡Ataquemos a esos miserables! ¡Pero ellas! ¡Ellas...!

En aquel momento John levantó un poco el tapiz, y contó veinticinco indígenas de centinela junto a la puerta del Waré Atoua. Habían encendido una inmensa hoguera que despedía siniestros resplandores. Algunos salvajes estaban tendidos alrededor del fuego, y otros, de pie e inmóviles, se destacaban vigorosamente en negro sobre un fondo de llamas. Pero todos dirigían con frecuencia la vista hacia la choza confiada a su vigilancia.

Dícese que entre un carcelero que vigila y un preso que quiere huir, es el preso quien lleva la ventaja. En efecto, el interés de éste es mayor que el de aquél. El que vigila puede olvidarse de vigilar, pero el vigilado no puede olvidar que es vigilado. Con más frecuencia piensa el preso en fugarse, que el carcelero en impedir su fuga. Así se explican tantas y tan maravillosas evasiones.

Pero nuestros cautivos estaban vigilados por el odio y la venganza y no por un carcelero indiferente. Los salvajes no ataron a

los presos porque comprendían que las ligaduras eran de todo punto innecesarias, habiendo veinticinco hombres que guardaban la única salida del Waré Atoua.

Apoyada la choza contra la roca en que terminaba la empalizada, sólo era accesible por una estrecha lengua de tierra que la unía por delante a la plataforma del *pah*. Sus otros dos lados se elevaban por encima de acantilados cortados a pico que formaban un abismo de cien pies de profundidad. Imposible era bajar por allí. Tampoco había medio de huir por el fondo a que un enorme peñasco servía de coraza. La única salida era la entrada misma del Waré Atoua, y los maoríes guardaban la lengua de tierra que la unía con el *pah* a la manera de puente levadizo. Era, pues, imposible toda evasión, y así tuvo que reconocerlo Glenarvan, después de haber sondeado veinte veces las paredes de su encierro.

Entretanto, iban deslizándose las horas de aquella noche de angustias. Densas tinieblas habían invadido la montaña, sin que turbasen la profunda oscuridad la Luna y las estrellas. Algunas ráfagas de viento azotaban los costados del *pah* y reanimaban la hoguera de los indígenas, y el reflejo de las llamas enviaba rápidos resplandores al interior del Waré Atoua, que iluminaban un instante a los presos abismados en sus últimos pensamientos. Un silencio sepulcral reinaba en la choza.

Serían las cuatro de la mañana, cuando llamó la atención del Mayor un ligero ruido que parecía venir de detrás de los pies derechos del fondo, en la pared de la choza recostada en la peña. Viendo Mac Nabbs que el ruido, al cual fue indiferente en un principio, continuaba, fijó la atención, y excitada su curiosidad por su persistencia, aplicó, para apreciarlo mejor, el oído contra el suelo. Le pareció que escarbaban, que ahuecaban por la parte de afuera.

El Mayor, cuando estuvo seguro del hecho, se acercó a Glenarvan y a John Mangles, les sustrajo a sus dolorosos pensamientos y les condujo hacia el fondo de la choza.

—Escuchad —les dijo en voz baja, indicándoles que se inclinaran hacia el suelo.

El ruido era cada vez más perceptible, pudiéndose oír hasta el rechinar de las piedras bajo la presión de un instrumento agudo.

—Algún animal que escarba en su madriguera —dijo John

Mangles.

Glenarvan se dio una palmada en la frente.

—¡Quién sabe! —dijo—. ¿Y si fuera un hombre?

—Hombre o animal —respondió el Mayor—, pronto saldremos de dudas.

Wilson y Olbinett se reunieron a sus compañeros, y todos se pusieron a horadar la pared, John con su puñal, y los otros con piedras arrancadas del suelo y con las uñas, mientras Mulrady, tendido en tierra, espiaba por debajo del tapiz el grupo de indígenas.

Los salvajes, inmóviles alrededor de la hoguera, no sospechaban nada de lo que sucedía a veinte pasos de ellos.

El suelo estaba formado de una tierra poco compacta, una especie de toba que cubría la roca silíceas, gracias a la cual el agujero se ensanchó y profundizó rápidamente. Muy pronto no cupo la menor duda de que uno o más hombres, pegados a la pared del *pah*, abrían en ella una galería.

¿Cuál podía ser su objeto? ¿Tenían noticia de que había allí presos, o todo aquel trabajo era el resultado de una tentativa personal desesperada?

Los cautivos redoblaron sus esfuerzos. Brotaba sangre de sus lastimados dedos, pero seguían escarbando. En media hora llegó a tener el agujero media toesa de profundidad, y por los ruidos más acentuados se podía conocer que únicamente impedía ya una comunicación inmediata una delgada capa de tierra. Transcurrieron algunos minutos más, y de repente el mayor sacó la mano del agujero herida por una hoja aguda. Pudo reprimir un grito de dolor que estuvo a punto de escapársele.

John Mangles, con la hoja de su puñal, separó el cuchillo que salía ya fuera de tierra, y cogió la mano que lo empuñaba.

La mano era de mujer o de niño, y era además de piel blanca.

Era evidente que lo mismo los que escarbaban de fuera adentro, que los que escarbaban de dentro afuera, tenían interés en callar, pues nadie dijo una sola palabra:

—¿Si será Roberto? —murmuró Glenarvan.

Aunque pronunció este nombre en voz muy baja, Mary Grant, a quien despertó la agitación de sus compañeros, corrió hacia Glenarvan, y cogiendo aquella mano manchada de tierra la cubrió

de besos.

—¡Tú! ¡Tú! —decía la joven, que no podía engañarse—. ¡Tú, mi Roberto!

—¡Sí, hermana de mi alma! —respondió Roberto—. ¡Aquí estoy para salvaros a todos! ¡Pero silencio!

—¡Heroico niño! —repetía Glenarvan.

—Vigilad a los salvajes de fuera —dijo Roberto.

Mulrady, momentáneamente distraído por la aparición del denodado niño, volvió en seguida a su puesto de observación.

—Todo va bien —dijo—. No hay más que cuatro guerreros velando, y los demás duermen.

—¡Valor! —respondió Wilson.

En un instante se ensanchó el agujero suficientemente, y Roberto pasó de los brazos de su hermana a los de *Lady* Elena. Llevaba arrollada alrededor de su cuerpo una larga cuerda de *phormium*.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —murmuró la joven *Lady*—. ¡No te han matado los salvajes!

—No, señora —respondió Roberto—. No sé cómo pude librarme de que no me vieran; durante el tumulto salí del recinto, y por espacio de dos días he permanecido oculto en los arrecifes, de los cuales salía de noche con el deseo de veros. Con mantas y ramas me he construido una mala escala a fuerza de paciencia; por casualidad he encontrado una especie de cueva abierta en la misma peña en que se apoyaba esta choza; no he tenido que hacer más que profundizar unos cuantos pies en una tierra blanda, y aquí estoy.

Veinte besos mudos fueron la única respuesta que obtuvo Roberto.

—¿Está abajo Paganel? —preguntó Glenarvan.

—¿*Monsieur* Paganel? —respondió el niño sorprendido por la pregunta.

—Sí. ¿Nos espera?

—No, Milord. ¿No está aquí *Monsieur* Paganel?

—No está, Roberto —respondió Mary Grant.

—¡Cómo! ¿No le has visto? —preguntó Glenarvan—. ¿No os habéis encontrado en el tumulto? ¿No os escabullisteis juntos?

—No, Milord —respondió Roberto, aterrado al saber la desaparición de su amigo Paganel.

—Partamos —dijo el Mayor—, no perdamos un minuto.

Dondequiera que se encuentre Paganel, no puede encontrarse peor que nosotros aquí. ¡Partamos!

En efecto, los momentos eran preciosos. Preciso era evadirse cuanto antes. La evasión no ofrecía más dificultad que una pared casi perpendicular de unos veinte pies, pues la escarpa se convertía en una cuesta bastante suave hasta llegar al pie de la montaña. Desde la cuesta podían los evadidos llegar en muy poco tiempo a los valles inferiores, al paso que los maoríes, si advertían la fuga, tendrían que dar un largo rodeo para alcanzarles, pues ignoraban la existencia de la galería abierta entre el Waré Atoua y el declive exterior.

Después de tomar todas las precauciones necesarias, los cautivos se enhebraron, si así puede decirse, uno tras otro, por la estrecha galería y se encontraron en la gruta. John Mangles, antes de abandonar la choza, hizo desaparecer todos los escombros y se deslizó a su vez por la abertura, que tapó cuidadosamente con los groseros tapices de la choza misma. La galería estaba completamente oculta.

Hallándose ya todos en la cueva, tenían que descender por la pared perpendicular hasta la escarpa, y este descenso hubiera sido impracticable si no se hubiese provisto Roberto de la cuerda de *phormium*.

Se echó mano de ella, y atándola por un extremo a un vuelo de la roca, la dejaron colgando.

John Mangles, antes que sus compañeros fiasen su salvación a aquellas hebras de *phormium* retorcidas, quiso probar su resistencia, y le pareció que ésta no era mucha, siendo por lo tanto preciso tomar precauciones, pues una caída podía ser fatal.

—La cuerda —dijo— no puede resistir más que el peso de dos cuerpos, y hemos de proceder teniendo en cuenta esta circunstancia. Que bajen primero *Lord* y *Lady* Glenarvan, y cuando hayan llegado a la escarpa sacudan tres veces la cuerda para indicar que podemos seguirles.

—Yo bajaré primero —dijo Roberto—. He descubierto en la parte baja de la escarpa una especie de excavación profunda, en que los primeros que bajen podrán esconderse y aguardar a los demás.

—Baja, hijo mío —dijo Glenarvan estrechándole la mano.

Roberto desapareció por la abertura de la gruta. Un minuto

después, la cuerda, tres veces sacudida, indicó que había llevado a cabo felizmente su descenso.

Tocó el turno a Glenarvan y *Lady* Elena. La oscuridad era aún profunda, pero algunas tintas cenicientas matizaban ya las cimas que se erguían al este.

El frío penetrante de la mañana reanimó a la joven *Lady*. Se sintió más fuerte y empezó su peligrosa evasión.

Glenarvan primero y en seguida *Lady* Elena se deslizaron a lo largo de la cuerda hasta el punto en que la pared perpendicular descansaba en la parte superior de la escarpa. Luego Glenarvan, precediendo a su esposa, inició el descenso.



Buscaba las matas de hierba y los arbustos que podían ofrecerle

un punto de apoyo, y después de probar su resistencia, colocaba en ellos el pie de *Lady Elena*. Algunos pájaros despertados de improviso volaban chillando, y los fugitivos se estremecían cuando una piedra desprendida de su alvéolo rodaba con estrépito hasta el pie de la montaña.

Habían llegado a la mitad de la escarpa, cuando John Mangles dijo desde la entrada de la gruta:

—¡Deteneos!

Glenarvan, asido con una mano de una mata de tetrágonos, y sosteniendo con la otra a su esposa, se detuvo casi sin respirar.

Wilson había dado la señal de alerta. Habiendo oído algún ruido en el exterior del Waré Atoua, entró de nuevo en la choza, levantó el tapiz de la puerta, y observó a los maoríes. A una señal suya, John detuvo a Glenarvan.

En efecto, uno de los salvajes que estaban de guardia, sorprendido por algún rumor insólito, se había levantado y acercado al Waré Atoua. En pie, a dos pasos de la choza, escuchaba con la cabeza inclinada. Permaneció en esta actitud un minuto largo como una hora, con el oído atento y la vista en acecho. Después meneando la cabeza como hombre que se ha engañado, volvió a unirse con sus compañeros, cogió un haz de leña y lo arrojó a la hoguera medio apagada, cuyas llamas se avivaron. Su rostro, vivamente iluminado, no revelaba ninguna preocupación, y después de observar los primeros resplandores del alba que blanqueaban el horizonte, se tendió cerca del fuego para calentar sus miembros ateridos.

—Todo va bien —dijo Wilson.

John hizo seña a Glenarvan para que siguiera bajando.

Glenarvan se deslizó suavemente por la escarpa, y *Lady Elena* y él pusieron el pie en el estrecho sendero en que les aguardaba Roberto.

La cuerda fue tres veces sacudida, y John Mangles a su vez, precediendo a Mary Grant, siguió el peligroso camino.

Llegado abajo sin novedad con Mary, ambos se reunieron a *Lord* y *Lady Glenarvan* en el escondrijo indicado por Roberto.

Cinco minutos después, todos los fugitivos, felizmente evadidos del Waré Atoua, salían de su retiro provisional, y evitando las márgenes habitadas del lago, se hundían por angostos senderos en

lo más profundo de las montañas.

Andaban rápidamente, procurando alejarse de todos los puntos desde donde pudieran ser vistos. No hablaban, y se deslizaban como sombras por entre la maleza. ¿Adónde iban? No lo sabían, pero estaban libres.

A las cinco aproximadamente empezó a apuntar el día. Azulado los matices jaspeaban elevadas fajas de nubes. Las brumosas cimas se desprendían de los vapores matutinos. No debía tardar en aparecer el astro, el cual, en lugar de señalar la hora del suplicio, iba a anunciar la fuga de los condenados a sufrirlo.



Era, pues, preciso antes que llegase el fatal momento, que los fugitivos estuviesen fuera del alcance de los salvajes, a fin de hacerles con la distancia perder la pista. Pero no podían andar muy

de prisa, porque las sendas eran escabrosas. *Lady* Elena subía las cuestas sostenida, o por mejor decir, llevada por Glenarvan, y Mary Grant se apoyaba en el brazo de John Mangles. Roberto, feliz y triunfante, con el corazón lleno de alegría por el éxito obtenido, abría la marcha, y los dos marineros la cerraban.

Media hora más y el sol aparecería en el horizonte.

Durante media hora los fugitivos anduvieron a ciegas y al azar. No estaba con ellos Paganel para dirigirles; Paganel, objeto de sus alarmas, cuya ausencia era una sombra negra que oscurecía su felicidad. Sin embargo, se dirigían hacia el este todo lo posible, y en esta dirección los guiaba una magnífica aurora. Llegaron a una altura de 500 pies sobre el nivel del lago Taupo, sintiendo vivamente el frío de la alborada. Formas indecisas de colinas y cerros se escalonaban progresivamente, y Glenarvan no deseaba más que perderse en las montañas.

Apareció, en fin, el sol delante de los fugitivos.

De pronto un aullido terrible, compuesto de cien gritos, resonó en el aire. Procedía del *pah*, cuya exacta situación ignoraba Glenarvan entonces. Además, un tupido velo de brumas, tendido bajo sus pies, le impedía distinguir los valles profundos.

Pero ninguna duda podía haber a los fugitivos de que su evasión había sido descubierta. ¿Escaparían a la persecución de los indígenas? ¿Habrían sido vistos? ¿No les harían traición sus propias huellas?

En aquel momento se elevó la niebla y distinguieron a trescientos pies debajo de ellos el frenético enjambre de indígenas.

Habían, pues, sido descubiertos. Resonaron nuevos aullidos, con los cuales se mezclaron ladridos de perros, y la tribu entera, después de haber intentado en vano escalar la roca del Waré Atoua, se precipitó fuera de la fortaleza, y se lanzó por los senderos más cortos, en persecución de los prisioneros que huían de su venganza.

Capítulo XIV

La montaña del tabú

A cien pasos de altura tenían que remontarse aún los fugitivos para llegar a la cumbre de la montaña, que a toda costa querían alcanzar para después, en la vertiente opuesta, ocultarse a la vista de los maoríes. Tenían esperanza de que entonces algún picacho practicable les permitiera ganar las crestas inmediatas, las cuales se confundían en un sistema orográfico, cuyas complicaciones hubiera desembrollado el pobre Paganel, si hubiera estado allí como todos deseaban.

La ascensión fue precipitada a consecuencia de las amenazadoras vociferaciones que se oían cada vez más cerca. La horda agresiva llegaba ya al pie de la montaña

—¡Valor! ¡Valor, amigos míos! —exclamaba Glenarvan, alentando a sus compañeros con la voz y con el gesto.

En menos de cinco minutos alcanzaron la cúspide del monte, y al llegar a ella se volvieron para hacerse cargo de la situación y tomar una dirección que pudiera desorientar a los maoríes y hacerles perder la partida.

Desde aquella altura sus miradas dominaban el lago Taupo, que se extiende hacia el oeste, limitado por su pintoresco marco de montañas. Se destacan al norte las cimas del Pirongia y al sur el encendido cráter del Tougariro. Pero hacia el este la mirada se detiene en la barrera de crestas y de lomas de que están erizados los Waihi Rangers, los cuales constituyen una gran cadena cuyos eslabones no interrumpidos cercan toda la isla septentrional desde el estrecho de Cook hasta el cabo oriental. Era, pues, preciso precipitarse por la vertiente opuesta y penetrar en estrechas gargantas que podían muy bien ser callejones sin salida.

Glenarvan paseó en torno una mirada ansiosa, que se introdujo

en todas las depresiones del terreno, pues ya los rayos del sol habían disipado la niebla. No se le podía escapar ningún movimiento de los maoríes.

Los indígenas distaban de él menos de 500 pies cuando llegaron a la meseta en que se levantaba el cono solitario.

Glenarvan no podía prolongar la detención un solo instante. Por quebrantados que estuviesen todos, era preciso huir, so pena de ser cercados.

—¡Bajemos! —exclamó—. ¡Bajemos antes que nos intercepten el camino!

Pero en el momento de levantarse las mujeres haciendo un supremo esfuerzo, Mac Nabbs las detuvo y dijo:

—Es inútil, Glenarvan. Mirad.

Y todos pudieron ver, en efecto, la inexplicable variación que acababa de experimentar la actitud de los maoríes.

Habían cesado en su persecución, y renunciaron a asaltar la montaña como si hubieran recibido una imperiosa contraorden. Toda la horda dominó sus ímpetus, y se detuvo como las olas del mar delante de un escollo inaccesible.

Aquellos salvajes, sedientos de una sangre que les parecía estar ya saboreando, quedaron alineados al pie de la montaña, sin hacer más que gritar y gesticular y blandir sus flechas y fusiles, pero sin ganar un palmo de terreno. Sus perros, inmóviles como ellos, ladraban furiosos.

¿Qué ocurría? ¿Qué poder invisible paralizaba a los indígenas? Los fugitivos miraban, pero nada comprendían y no dudaban que de un momento a otro iba a desaparecer el encanto que tenía como petrificada a la tribu de Kai Koumou.

John Mangles lanzó de pronto un grito, que hizo volverse hacia él a sus compañeros, a quienes indicó una pequeña fortaleza que se levantaba en el vértice del cono.

—¡La tumba del jefe Kara Teté! —exclamó Roberto.

—¿De veras? —preguntó Glenarvan.

—¡Sí, Milord, esta tumba! Me acuerdo de ella perfectamente.

No se equivocaba Roberto. A cincuenta pies más arriba del punto en que se hallaban los fugitivos, en el último pico de la montaña, estacas recién pintadas cerraban un área del terreno. Glenarvan a su vez reconoció la tumba del jefe zelandés. En los

azares de su fuga, llegó inconscientemente a la misma cima del monte Maunganamu.

El *Lord*, seguido de sus compañeros, trepó por las últimas escarpas del cono hasta llegar al pie de la tumba, en la cual se entraba por una ancha abertura cubierta con tapices. Glenarvan iba a penetrar en el interior del Oudoupa y retrocedió de pronto.

—¡Un salvaje! —dijo.

—¿Un salvaje en esa tumba? —preguntó el Mayor.

—Sí, Mac Nabbs.

—No importa, entremos.

Glenarvan, el Mayor, Roberto y John Mangles penetraron en el recinto cercado por la empalizada. Había allí un maorí vestido con un gran manto de *phormium*, sin que permitiese distinguir sus facciones la sombra del Oudoupa. Parecía estar muy tranquilo, y almorzaba con la más completa indiferencia.

Iba Glenarvan a dirigirle la palabra, cuando el indígena, ganándole por la mano, le dijo con tono amable y en buen inglés:

—Sentaos, querido *Lord*, y almorcemos juntos.



Era Paganel. Al oír su voz, todos se precipitaron hacia él y abrazaron al excelente geógrafo. Habían encontrado a Paganel, a quien creían perdido para siempre. Les pareció a todos que personificaba él solo la salvación común. Todos le interrogaron, todos deseaban saber cómo y por qué se encontraba en la cumbre del Maunganamu; pero Glenarvan con una palabra puso freno a las curiosidades inoportunas.

—¡Los salvajes! —dijo.

—¡Me importan a mí mucho los salvajes! —respondió Paganel encogiéndose de hombros—. ¡Los despreció soberanamente!

—¿Pero no pueden...?

—¿Ellos? ¡Son unos imbéciles! ¡Venid a verlos!

Todos siguieron a Paganel, que salió del Oudoupa.

Los zelandeses permanecían en el mismo sitio, rodeando el pie

del cono, sin hacer más que gritar de una manera desaforada.

—¡Chillad! ¡Aullad! ¡Desgañitaos, estúpidas criaturas! —dijo Paganel—. ¡Os desafío a que escaléis esta montaña!

—¿Por qué? —preguntó Glenarvan.

—Porque el jefe está enterrado en ella, porque esta tumba nos protege, porque la montaña es sagrada.

—¿Sagrada?

—Sí, amigos míos, razón por la cual me he refugiado aquí como en uno de aquellos lugares de asilo que en la Edad Media acogían a los perseguidos.

—¡Dios está con nosotros! —exclamó *Lady Elena* levantando las manos al cielo.

En efecto, la montaña era sagrada, y su consagración la ponía a cubierto de la invasión de los supersticiosos salvajes.

No se puede decir que la montaña fuese la salvación de los fugitivos, pero era una moratoria, una espera, una tregua, un plazo saludable del que procurarían sacar todo el partido posible.

Glenarvan, presa de una emoción que no se puede expresar, no profería una palabra, y el Mayor movía la cabeza verdaderamente satisfecho.

—Y ahora, amigos míos —dijo Paganel—, si esos majaderos se han figurado que vamos a poner a prueba su paciencia hasta la consumación de los siglos, se engañan miserablemente. Antes de dos días estaremos fuera del alcance de las garras de esos animales.

—¡Huiremos! —dijo Glenarvan—. ¿Pero cómo?

—No lo sé —respondió Paganel—, pero huiremos.

Entonces todos quisieron conocer las aventuras del geógrafo. Pero, ¡cosa extraña! Era tal la sobriedad de frases de aquel hombre, tan prolijo generalmente y tan minucioso en todo lo que refería, que costaba trabajo arrancarle las palabras de la boca. Paganel, tan amigo de contar propias y extrañas aventuras, no contestó más que con evasivas a las preguntas de sus amigos.

—Han echado a perder a mi Paganel —decía para sí Mac Nabbs.

Y, en realidad, había variado hasta la fisonomía del digno sabio. Se envolvía cuidadosamente en su manto de *phormium*, y procuraba evitar las miradas demasiado curiosas. A nadie se ocultó cierta falta de libertad en sus maneras cuando se hablaba de él, pero todos, por discreción, hicieron ver que les pasaba inadvertida. Por lo demás,

cuando no era él mismo el que se hallaba sobre el tapete, Paganel recobraba su buen humor habitual y resultaba tan hablador como de costumbre.

En cuanto a sus aventuras, he aquí lo único que juzgó conveniente referir a sus compañeros una vez se hubieron sentado a su alrededor, junto a la estacada de Oudoupa.

Cuando la muerte de Kara Teté, Paganel se aprovechó, lo mismo que Roberto, del tumulto de los indígenas y pudo evadirse del recinto del *pah*. Pero, menos afortunado que el joven Grant, fue a parar en derechura a un campamento de maoríes, cuyo jefe era de elevada estatura, de fisonomía inteligente, y superior sin duda alguna a todos los guerreros de su tribu. Hablaba el inglés correctamente, y saludó afectuosamente al geógrafo, con cuya nariz restregó la suya.

Paganel no sabía si debía o no considerarse como preso. Pero viendo que no podía dar un paso sin que le acompañase el jefe, supo muy pronto a qué atenerse acerca del particular.

El tal jefe, llamado Hihy, que quiere decir *rayo de sol*, no era un mal hombre. Los anteojos y el catalejo de Paganel le hicieron formarse una alta idea del geógrafo, a quien unió particularmente a su persona, no sólo a fuerza de beneficios, sino que también con buenas cuerdas de *phormium*, especialmente de noche.

¿Cómo fue tratado durante los días que duró su anómala situación al lado de Hihy? Bien y mal, dijo Paganel, sin dar otras explicaciones. En resumen, estaba preso, y exceptuando la perspectiva de un suplicio inmediato, su prisión no le parecía mucho más envidiable que la de sus desventurados amigos.

Afortunadamente, consiguió durante una noche romper sus ligaduras y escabullirse. Había asistido desde lejos al entierro del jefe, y sabía que le habían enterrado en la cima del Maunganamu, por cuyo solo hecho la montaña era sagrada. Resolvió por tanto refugiarse en ella, no queriendo abandonar el país en que estaban presos sus compañeros. Llevó a cabo con felicidad su peligrosa empresa, y llegó de noche a la tumba de Kara Teté, donde *al mismo tiempo que reparaba sus perdidas fuerzas*, esperó a que el cielo pusiera a salvo a sus desgraciados amigos. Tal fue en sustancia la narración de Paganel. ¿Omitió con intención cierta circunstancia de su residencia entre los indígenas? Su embarazo lo hacía creer algunas

veces. A pesar de sus reservas, recibió unánimes felicitaciones, y todos prescindieron del pasado para no ocuparse más que del presente.

La situación, aunque había mejorado mucho, seguía siendo a todas luces grave. Aunque los indígenas no se atrevían a subir a la cumbre del Maunganamu, contaban con el hambre y la sed para apoderarse de nuevo de sus presos. La cuestión era de tiempo, y la paciencia de los salvajes es inagotable.

Glenarvan no se hacía muchas ilusiones respecto de las dificultades de la situación; pero resolvió aguardar circunstancias favorables, o provocarlas en caso necesario.

Glenarvan quiso ante todo reconocer con cuidado el Maunganamu, es decir, su improvisada fortaleza, no para defenderla, pues no era de temer un asalto, sino para poder salir de ella. El Mayor, John, Roberto y Paganel examinaron la montaña como si quisieran trazar de ella el plano exacto. Observaron la dirección de sus sendas, sus pendientes, sus vericuetos, sus lindes y sus mesetas. La cresta, de una milla de longitud, que unía el Maunganamu a la cordillera de los Wahiti, iba en declive hasta la llanura. Su perfil, estrecho y caprichoso, era la única senda practicable, en el caso de ser posible la evasión. Si a favor de la noche podían los fugitivos pasar por ella inadvertidos, tal vez podrían internarse en los profundos valles de los Rangers y hacer perder la pista a los guerreros maoríes.

Pero aquel sendero ofrecía más de un peligro. En su parte baja pasaba al alcance de las balas. Los indígenas, apostados en las pendientes de la colina, podían cruzar sus fuegos y envolver a los fugitivos en una red de plomo de la que no sería posible librarse.

Glenarvan y sus amigos, que se adelantaron un poco por la parte peligrosa de la cresta, fueron saludados con una granizada de plomo de la que afortunadamente salieron ilesos. Llegaron hasta ellos algunos tacos de papel impreso, y por mera curiosidad recogió Paganel uno de ellos que descifró no sin trabajo.

—¡Bravísimo! —dijo—. ¿Sabéis, amigos míos, con qué atacan sus fusiles esos animalazos?

—No, Paganel —respondió Glenarvan.

—¡Con hojas de la Biblia! Si así emplean los versículos sagrados, compadezco a los misioneros. Trabajo les costará fundar bibliotecas

maoríes.

—¿Y qué pasajes de los libros santos nos han enviado esos salvajes? —preguntó Glenarvan.

—Una palabra del Dios omnipotente —respondió John Mangles, que acababa de leer a su vez el papel tiznado por la explosión—. Esta palabra nos dice que esperemos en él —añadió el joven capitán con la inquebrantable convicción de su fe escocesa.

—Lee, John —dijo Glenarvan.

Y John leyó este versículo respetado por la deflagración de la pólvora:

—Salmo 90. *Porque ha esperado en mí yo le salvaré.*

—Amigos míos —dijo Glenarvan—, debemos llevar esas palabras de esperanza a nuestras buenas y queridas compañeras. Su lectura reanimará su quebrantado corazón.

Glenarvan y sus compañeros volvieron a subir los escabrosos senderos del cono, y se dirigieron hacia la tumba que querían examinar.

Notaron, de paso, a breves intervalos, cierto estremecimiento de la tierra, que no era una verdadera oscilación, sino una vibración continua como la que experimentan las paredes de una caldera cuando el agua que contiene está hirviendo.

Este fenómeno no podía causar sorpresa ni maravillar a gentes que acababan de pasar entre los manantiales calientes de Waikato. Sabían que aquella región central de Ika Na Maoui es esencialmente volcánica, constituyendo un verdadero tamiz cuyo tejido deja colar los vapores de la tierra por los manantiales hirvientes y las solfataras.

Paganel, que había ya observado la naturaleza volcánica de la montaña, llamó sobre ella la atención de sus amigos. El Maunganamu no era más que uno de los numerosos conos que erizan la porción central de la isla, es decir, un futuro volcán. Una acción mecánica cualquiera podía determinar la formación de un cráter en sus paredes compuestas de sílice y de toba blanquecina.

—En efecto —dijo Glenarvan—, pero no corremos aquí más peligro que si estuviéramos cerca de la caldera del *Duncan*. La corteza de esta tierra es un palastro sólido.

—Estamos de acuerdo —respondió el Mayor—, pero una caldera, por sólida que sea, un día u otro salta a pedazos después de

servir mucho tiempo.

—Mac Nabbs —replicó Paganel—, no trato de permanecer en este cono. Muéstreme el cielo un camino practicable, y veréis lo que tardamos en marcharnos.

—¡Ah! ¿Por qué este Maunganamu no se nos lleva él mismo —respondió John Mangles—, ya que tiene en sus entrañas encerrada tanta fuerza mecánica? ¡Tal vez tenemos bajo las plantas la fuerza de muchos millones de caballos, estéril y perdida! ¡La milésima parte de ella bastaría a nuestro *Duncan* para llevarnos al fin del mundo!

Este recuerdo del *Duncan* evocado por John Mangles, hizo brotar los más tristes pensamientos en la mente de Glenarvan, pues no obstante lo muy desesperada que era su propia situación, la olvidaba frecuentemente al recordar la suerte de su tripulación.

En ella estaba aún pensando, cuando llegó a la cumbre del Maunganamu, donde encontró a sus compañeros de infortunio.

Lady Elena se dirigió a él apenas lo vio.

—¿Habéis —dijo—, mi querido Edward, reconocido nuestra posición? ¿Debemos esperar o temer que nos ataquen los salvajes?

—Esperar, mi adorada Elena —respondió Glenarvan—. Los indígenas no traspasarán jamás el límite de la montaña, y no nos faltará tiempo para idear un plan de evasión.

—Además, señora —dijo John Mangles—, Dios mismo nos manda esperar.

John Mangles entregó a *Lady Elena* la hoja de la Biblia en que se leía el versículo sagrado. La joven esposa y *Miss Mary*, con el alma llena de confianza, con el corazón abierto a todas las intervenciones del cielo, vieron en las palabras del libro santo un infalible presagio de salvación.

—Ahora a Oudoupa —exclamó jovialmente Paganel—. Oudoupa es nuestra fortaleza, nuestro castillo, nuestro comedor y nuestro gabinete. Nadie en él nos molestará. Señores, permitidme que os haga los honores de esta encantadora morada.

Todos siguieron al amable Paganel. Cuando los salvajes vieron a los fugitivos profanar de nuevo aquella sepultura sagrada, dispararon nuevos tiros, y prorrumpieron en aullidos espantosos con que metían tanto ruido como con los disparos. Afortunadamente las balas no llegaron tan lejos como el ruido de

los tiros, y se quedaron a la mitad del camino, mientras los gritos se perdían en el espacio.

Lady Elena, Mary Grant y sus compañeros, enteramente tranquilizados viendo que la superstición de los maoríes era aún más fuerte que su cólera, entraron en el monumento funerario.

El Oudoupa del jefe zelandés era una empalizada o estacada pintada de rojo. Figuras simbólicas bastante análogas a las que el difunto llevaba pintadas en su tegumento, relataban su nobleza y altos hechos. Sartas de amuletos, conchas y piedrecitas labradas estaban colgadas de cuerdas que pasaban de una estaca a otra. En el interior, la tierra desaparecía bajo un tapiz de hojas verdes. En el centro, una ligera prominencia indicaba la sepultura recién cavada.

Allí reposaban las armas del jefe, sus fusiles cargados, su lanza y balas suficientes para las cacerías de la eternidad.

—Tenemos aquí —dijo Paganel— todo un arsenal, del que haremos mejor uso que el difunto. ¡Bien hacen los salvajes en querer llevar sus armas al otro mundo!

—¡Y son fusiles ingleses! —dijo el Mayor.

—No cabe duda —respondió Glenarvan—, y me parece una costumbre bastante estúpida regalar a los salvajes armas de fuego de las cuales se sirven en seguida, y con razón, contra los invasores. Pero de todos modos esos fusiles podrán sernos útiles.

—No tanto —dijo Paganel— como los víveres y el agua destinados a Kara Teté.

En efecto, los parientes y amigos del muerto lo habían hecho todo en regla. Las provisiones demostraban el alto concepto que por sus virtudes les merecía el jefe. Había víveres suficientes para mantener a diez personas durante quince días, y al difunto para toda la eternidad. Los alimentos eran todos de naturaleza vegetal, consistiendo en helechos, batatas, el *Convolvulus batatas* indígena, y patatas importadas desde mucho tiempo en el país por los europeos. Grandes tinajas contenían el agua pura que tanta importancia tiene en las comidas zelandesas, y una docena de cestas, artísticamente labradas, contenían pastillas de una goma verde enteramente desconocida.

Los fugitivos se hallaban, pues, por algunos días, a cubierto del hambre y de la sed, y no se hicieron rogar para comer a expensas del jefe.

Glenarvan separó los alimentos necesarios para comer aquel día, y los entregó a *Monsieur* Olbinett, el cual tan formal y ceremonioso como lo era hasta en las más graves situaciones, puso muy mal gesto al ver los artículos que ponían a su disposición, de los cuales ningún *stewart* ni profesor en el arte culinario podía sacar un gran partido.

Además, para preparar aquellas raíces le faltaba uno de los grandes elementos de que no prescinde ningún cocinero, le faltaba fuego.

Pero Paganel le sacó de apuros, aconsejándole que enterrase los helechos y las patatas.

En efecto, la temperatura de las capas superiores era muy elevada, y un termómetro hundido en aquel terreno hubiera señalado de 60 a 65°. Olbinett estuvo casi a punto de abrasarse, porque en el momento de abrir un agujero para meter en él las raíces, se desprendió una columna de vapor que subió silbando a la altura de una toesa.



El *stewart*, asustado, cayó cuan largo era.

—¡Cerrad la llave! —exclamó el Mayor, y él y los marineros taparon el hoyo con pedazos de piedra pómez, mientras Paganel, contemplando pensativo el singular fenómeno, decía en voz baja:

—¡Toma! ¡Toma! ¡No es mala idea! ¿Por qué no?

—¿Os habéis lastimado? —preguntó Mac Nabbs a Olbinett.

—No, Mac Nabbs —respondió el *stewart*—, pero no podía figurarme...

—Que fuese el cielo tan pródigo en beneficios —exclamó Paganel entusiasmado—. ¡Después del agua y los víveres de Kara Teté, el fuego de la tierra! Está visto que esta montaña es la tierra de Jauja, es un paraíso. Propongo fundar en ella una colonia, y cultivarla, y establecernos aquí para el resto de nuestra vida.

Seremos los Robinsones del Maunganamu. No veo que nos falte ninguna comodidad en este cerro.

—Ninguna, si es sólido —respondió John Mangles.

—No está hecho de ayer, amigo John —dijo Paganel—. Hace ya mucho tiempo que resiste a la acción del fuego interior, y resistirá hasta que nos marchemos.

—El almuerzo está servido —anunció *Monsieur* Olbinett, con tanta gravedad como si se hubiese hallado en el ejercicio de sus funciones en el palacio de Malcolm.

Inmediatamente los fugitivos, sentados junto a la estacada, empezaron una de aquellas comidas que desde algún tiempo les enviaba tan oportunamente la providencia en los momentos más críticos.

No se hicieron dengues a los alimentos, pero se emitieron distintas opiniones respecto a la raíz del helecho comestible. Según unos, su sabor era dulce y agradable; según otros, tenía un gusto mucilaginoso, enteramente insípido, y comer helechos era lo mismo que comer paja, pues les pareció una sustancia sumamente correosa. Las batatas cocidas, o por mejor decir, asadas, sin más fuego que el que encierra la tierra en sus entrañas, eran excelentes y obtuvieron una aprobación unánime. El geógrafo hizo observar que Kara Teté no tenía motivo de queja.

Satisfecho el apetito, Glenarvan propuso discutir, sin pérdida de tiempo, un plan de evasión.

—¡Tan pronto! —dijo Paganel con un tono de verdadera aflicción—. ¿Pensáis ya abandonar este lugar de delicia?

—Pero *Monsieur* Paganel —respondió *Lady* Elena—, admitiendo que nos hallemos en Capua, sabéis bien que no se debe imitar a Aníbal.

—Señora —respondió Paganel—, no me permitiré contradeciros, y puesto que queréis discutir, discutamos.

—Lo primero que debo manifestar —dijo Glenarvan— es que, en mi concepto, debemos intentar evadirnos antes que a ello nos obligue el hambre. No careciendo de fuerzas, que pueden muy bien faltarnos más adelante, debemos aprovecharlas. Esta noche trataremos de llegar a los valles del este, atravesando favorecidos por las tinieblas la línea de salvajes.

—Perfectamente —respondió Paganel—, si los maoríes nos dejan

pasar.

—¿Y si no nos dejan? —hizo observar juiciosamente John Mangles.

—Entonces recurriremos a los grandes medios —respondió Paganel.

—¿Disponéis de grandes medios? —preguntó el Mayor.

—¡Dispongo de tantos! —replicó Paganel, sin dar más explicaciones.

No había que hacer más que esperar la noche para tratar de franquear la línea de los indígenas.

Éstos no se habían movido, y hasta parecía que habían engrosado sus filas los rezagados de la tribu. Hogueras levantadas a trechos formaban un cinturón de fuego alrededor de la base del cono. Cuando las tinieblas invadieron los valles circundantes, pareció que el Maunganamu brotaba de un inmenso brasero, al paso que su cima se perdía en una inmensa sombra.

A seiscientos pies debajo de él se oían los gritos y murmullos del vivac enemigo.

A las nueve Glenarvan y John Mangles, aprovechando la oscuridad de la noche, que era muy densa, resolvieron practicar un reconocimiento antes de llevar a sus compañeros por aquel peligroso camino. Estuvieron bajando, sin producir ruido, durante cinco minutos, y avanzaron por el estrecho sendero que, a cincuenta pies de altura sobre el campamento, atravesaba la línea de indígenas.

Hasta entonces iba perfectamente. Los maoríes, echados cerca de las hogueras, no vieron o afectaron no ver a los fugitivos, que dieron aún algunos pasos más. Pero de repente, a derecha e izquierda de la cresta, se rompió nutrido fuego de fusilería.

—¡Atrás —dijo Glenarvan—, esos bandidos tienen ojos de gato y fusiles de precisión!

John Mangles y él desanduvieron el camino que acababan de seguir y llegaron pronto al lado de sus amigos, a quienes los disparos habían alarmado. Dos balas habían atravesado el sombrero de Glenarvan. Era, pues, imposible pasar por aquella interminable cresta entre dos filas de buenos tiradores.

—Hasta mañana —dijo Paganel—, y ya que no podemos burlar la vigilancia de esos tunantes, me permitiréis serviros un plato de

mi cocina.

La temperatura era bastante fría. Afortunadamente Kara Teté había llevado a la tumba sus mejores mantas y sábanas de *phormium*, en las cuales se envolvieron los fugitivos sin ningún escrúpulo, y escudados por la superstición indígena durmieron tranquilamente al abrigo de las empalizadas tendidos en el tibio suelo, que estremecía incesantemente la reprimida efervescencia interior.

Capítulo XV

Los grandes medios de Paganel

Al amanecer del día siguiente, 17 de febrero, los primeros rayos del sol despertaron a los refugiados del Maunganamu. Desde mucho antes de rayar el alba, los maoríes iban y venían al pie del cono, sin separarse de su línea de observación. Furiosos gritos saludaron la aparición de los europeos al salir éstos del recinto.

Todos dirigieron sus primeras miradas a las montañas circundantes, a los profundos valles sumergidos aún en las tinieblas, y a la superficie del lago Taupo, ligeramente rizada por las auras matinales.

Deseosos de conocer los proyectos de Paganel, todos formaron un círculo alrededor del sabio geógrafo y le interrogaron con la mirada.

Paganel respondió sin vacilar a la impaciente curiosidad de sus compañeros.

—Amigos míos —dijo—, la gran ventaja de mi procedimiento está en que aun en el caso de no conseguir con él nuestro objetivo, no empeorará nuestra situación en lo más mínimo. Pero no debe fracasar, y no fracasará.

—Decid pronto en qué consiste —dijo Mac Nabbs.

—Vais a juzgarlo —respondió Paganel—. La misma superstición de los indígenas, que ha hecho de esta montaña un lugar de asilo, nos ha de ayudar a salir de ella. Si consigo persuadir a Kai Koumou de que hemos sido víctimas de nuestra profanación, de que el rayo de venganza del cielo nos ha anonadado, y hemos muerto de una manera terrible, ¿no os parece que abandonará este cerro del Maunganamu para volver a su aldea?

—Es indudable —dijo Glenarvan.

—¿Y con qué horrible muerte nos amenazáis? —preguntó *Lady*

Elena.

—Con la muerte de los sacrílegos, amigos míos —respondió Paganel—. Bajo nuestros pies están las llamas vengadoras. ¡Abrámosles paso!

—¡Cómo! ¿Queréis hacer un volcán? —exclamó John Mangles.

—Sí, un volcán artificial, un volcán improvisado, cuyos furores dirigiremos. Tenemos una provisión de vapores y fuegos subterráneos que no desean más que salir. Organicemos en provecho nuestro una erupción ficticia.

—¡Buena idea! —dijo el Mayor—. ¡Muy bien pensado, Paganel!

—Comprendéis —añadió el geógrafo— que fingiremos ser devorados por las llamas del Plutón zelandés, y desapareceremos espiritualmente en la tumba de Kara Teté...

—Donde permaneceremos tres o cuatro días, y hasta cinco, si es preciso, es decir, hasta que los salvajes, convencidos de nuestra muerte, desistan de sus hostilidades.

—Pero, ¿y si quieren cerciorarse de nuestro castigo —dijo Miss Grant— y suben a la montaña?

—No, mi querida Mary —respondió Paganel—, no subirán. La montaña es sagrada, y lo será aún más cuando haya devorado a sus profanadores.

—El proyecto está bien concebido —dijo Glenarvan—. No tiene en contra más que una contingencia: la de que los salvajes se obstinen en permanecer mucho tiempo aún al pie del Maunganamu y lleguemos a carecer de víveres. Pero esto no es probable, sobre todo si desempeñamos bien nuestro papel...

—¿Y cuándo empezará la función? —preguntó *Lady Elena*.

—Esta misma noche —respondió Paganel—, cuando reine la oscuridad más completa.

—De acuerdo —dijo Mac Nabbs—. Paganel, sois hombre ingenioso, y yo, que no me entusiasmo fácilmente, me atrevo a responder del éxito. ¡Ah! ¡Tunantes! ¡Vamos a ofrecerles un milagrillo que retrasará más de un siglo su conversión! ¡Perdónennos los misioneros!

El proyecto de Paganel quedó adoptado, y realmente, con las supersticiosas ideas de los maoríes podía y debía producir los resultados apetecidos. Faltaba su ejecución. La idea era buena, pero no era fácil ponerla en práctica. ¿No devorará el volcán a los

atrevidos que le hayan abierto un cráter? ¿Podrán dominar y dirigir la erupción cuando hayan desencadenado sus vapores, sus llamas y sus lavas? ¿No se hundirá el cono entero en un abismo de fuego? Un proyecto tan temerario era poner la mano en fenómenos cuyo monopolio absoluto se ha reservado la Naturaleza.

Paganel había previsto estas dificultades, pero contaba obrar con prudencia y no llevar las cosas al último extremo. Bastaba la apariencia para engañar a los maoríes, y no había necesidad de recurrir a la terrible realidad de una erupción.

¡Cuán largo pareció aquel día! ¡Todos contaron sus interminables horas! Todo estaba preparado para la evasión. Con los víveres del Oudoupa se habían formado ligeros paquetes. Algunas mantas y todas las armas de fuego que se encontraron en la tumba del jefe componían el bagaje. No es necesario decir que estos preparativos se hicieron dentro de la empalizada, ocultándose de los salvajes.

A las seis, el *stewart* sirvió una comida abundante, pues nadie podía prever dónde y cuándo volverían a probar bocado en los valles del distrito. Comieron, pues, todos por anticipación, si así puede decirse. El mejor plato se componía de media docena de ratas grandes, cogidas por Wilson y asadas en el suelo. *Lady Elena* y *Mary Grant* no quisieron en manera alguna probar de aquella carne tan estimada en Nueva Zelanda, pero los demás la saborearon como verdaderos maoríes. Era en realidad excelente y muy sabrosa, y de los seis roedores, roídos a su vez, no quedaron más que los huesos.

Llegó el crepúsculo de la tarde. El sol desapareció detrás de un parapeto de densas nubes de tempestuoso aspecto. Algunos relámpagos surcaban el horizonte, y un trueno lejano rodó por las profundidades del cielo.

Paganel saludó a la tempestad que favorecía sus designios, completando el aparato escénico. Los salvajes se sienten supersticiosamente conmovidos por los grandes fenómenos de la Naturaleza. Para los neozelandeses el trueno es la voz irritada de su *Noui Atoua*, y el relámpago es la fulguración de sus ojos enojados. Parecía, pues, que la divinidad venía en persona a castigar a los profanadores de la sagrada tumba, infractores del tabú.

A las ocho, la cumbre del Maunganamu desapareció envuelta en una oscuridad siniestra. El cielo preparaba un fondo negro al

torrente de llamas que iba a desencadenar la mano de Paganel.

Los maoríes no podían ya ver a los fugitivos. El momento de obrar había llegado.

Era preciso proceder rápidamente. Glenarvan, Paganel, Mac Nabbs, Roberto, el *stewart* y los dos marineros, pusieron simultáneamente manos a la obra.

El sitio para el cráter se eligió a la distancia de treinta pasos de la tumba de Kara Teté. Era, en efecto, importante que el Oudoupa fuese respetado por la erupción, pues desapareciendo él, había desaparecido el tabú o carácter sagrado de la montaña. Paganel había visto un enorme peñasco, en torno del cual brotaban vapores bastante intensos. El peñasco cubría un pequeño cráter natural abierto en el cono, y se oponía nada más que con su peso a la salida de las llamas subterráneas. Si se conseguía arrancarle de su alvéolo, los vapores y las lavas habían de escaparse inmediatamente por la abertura desobstruida.

Con estacas arrancadas de la empalizada del Oudoupa, los trabajadores se hicieron espeques, y atacaron vigorosamente la pesada mole, la cual no tardó en moverse bajo la acción de tantos esfuerzos mancomunados.



Le abrieron una especie de zanja en el mismo plano inclinado de la vertiente para que se deslizase por ella, y a medida que la levantaban, adquirían violencia las trepidaciones de la tierra.

Sordos rugidos de llamas y silbidos: de hornaza circulaban bajo la corteza adelgazada. Los audaces trabajadores manejaban el fuego de la tierra como verdaderos cíclopes, sin hablar una palabra.

De pronto, algunas grietas que vomitaban bocanadas de ardientes vapores le indicaron que aquel sitio era peligroso; pero haciendo un último esfuerzo, arrancaron el peñasco, que cayó rodando por la pendiente y desapareció en la llanura.

Cedió entonces la adelgazada capa, y una columna incandescente subió al cielo en medio de estrepitosas detonaciones, y arroyos de agua hirviendo y de lava se precipitaron hacia el

campamento de los indígenas y los valles interiores.



El cono entero se estremeció, y pudo creerse que se sumergía en un abismo sin fondo.

Glenarvan y sus compañeros tuvieron apenas el tiempo suficiente para sustraerse a los ataques de la erupción, y huyeron hacia el recinto del Oudoupa, no sin que les cayesen encima algunas gotas de agua elevadas a la temperatura de 94°. El agua que brotaba olía fuertemente a azufre.

Entonces el cono, las lavas y los detritos volcánicos, se confundieron en una sola hoguera, y torrentes de fuego surcaron las laderas del Maunganamu. El fuego de la erupción iluminó las montañas próximas, y una intensa reverberación daba un aspecto fantástico a los profundos valles.

Todos los salvajes se habían levantado, aullando, mordidos por las lavas que hervían en medio de su vivac. Aquéllos a quienes no alcanzó el río de fuego huyeron y subieron a las colinas circundantes, y luego se volvieron, aterrados, y contemplaron aquel espantoso fenómeno, aquel volcán con el que la cólera de su dios castigaba a los audaces profanadores de la montaña sagrada.

Y en los momentos en que disminuía algo el estrépito de la erupción, se les oía repetir un grito sacramental:

—¡Tabú! ¡Tabú! ¡Tabú!

Era enorme la cantidad de vapores, piedras hechas ascua y lavas, que se escapaban de aquel cráter del Maunganamu, que no era ya un simple géiser, como los que hay en Islandia cerca del monte Hecla, sino el monte Hecla mismo. Hasta entonces toda aquella supuración volcánica había estado contenida bajo la capa de tierra más superficial del cono, porque bastaban a su expansión las válvulas del Tougariri; pero cuando se le abrió una nueva salida, se precipitó con gran violencia, y aquella noche, por una ley de equilibrio, debieron perder las demás erupciones su intensidad acostumbrada.

Una hora después de la primera aparición de aquel volcán en la escena del mundo, anchos arroyos de lava corrían en todas direcciones por los flancos del cerro, y se vieron salir de sus agujeros, corriendo por la encendida tierra, legiones de ratas.

Durante toda la noche, al mismo tiempo que bramaba la tempestad en las alturas del cielo, la erupción del cono no dejó de alarmar a Glenarvan. La lava devoraba los bordes del mismo cráter y lo ensanchaba.

Los fugitivos, ocultos detrás de la estacada, seguían los espantosos progresos del fenómeno.

Llegó la mañana, sin que el furor volcánico se moderase. Se mezclaban con las llamas densos vapores amarillentos, y por todas partes serpenteaban torrentes de lava.

Glenarvan, con los ojos en acecho y el corazón palpitante, paseó sus miradas por todos los intersticios de la empalizada y observó el campamento de los indígenas.

Los maoríes habían huido a los cerros vecinos, lejos de alcance del volcán. Algunos cadáveres, tendidos al pie del cono, estaban carbonizados por el fuego. Más lejos, hacia el *pah*, las lavas habían

alcanzado unas veinte chozas que aún humeaban. Los zelandeses, formando corrillos, contemplaban con religioso temor la cumbre del Maunganamu, coronada de humo.

Kai Koumou apareció en medio de sus guerreros, y Glenarvan le reconoció al instante. El feroz caudillo avanzó hasta la base del cono por el lado que habían respetado las lavas, pero no dio un paso más.

Extendiendo los brazos como un brujo que exorciza, hizo unos cuantos ademanes, cuya significación comprendieron los fugitivos. Como Paganel había previsto, Kai Koumou consagraba de un modo más riguroso la vengadora montaña.

Poco después, los indígenas fueron desapareciendo por los tortuosos senderos que bajaban hasta el *pah*.

—¡Parten! —exclamó Glenarvan—. ¡Abandonan su puesto! ¡Loado sea Dios! ¡Nuestra estratagema ha tenido buen éxito! ¡Mi querida Elena, mis buenos compañeros, ahora estamos muertos, estamos enterrados! ¡Pero esta noche resucitaremos, saldremos de la tumba y huiremos de estas tribus bárbaras!

Nadie es capaz de figurarse la alegría que reinó en el Oudoupa. La esperanza había renacido en todos los corazones. Los animosos compañeros olvidaban el pasado, prescindían del porvenir y no pensaban más que en el presente. Y, sin embargo, no era cosa fácil llegar a algún establecimiento europeo en medio de aquellas comarcas desconocidas. Pero una vez burlado Kai Koumou, se creían libres de todos los salvajes de Nueva Zelanda.

El Mayor no pudo disimular el soberano desprecio que le inspiraban los maoríes, y no encontraba para calificarles expresiones bastante duras. Parecía que él y Paganel habían apostado a cuál de los dos vertía más impropiedades contra ellos. Les trataron de brutos, de estúpidos, de asnos; les llamaron idiotas del Pacífico, salvajes de Bedlam, cretinos de las antípodas, etcétera. Eran inagotables.

Un día entero debía transcurrir aún antes de la evasión definitiva, y este día se invirtió en discutir un plan de fuga. Por fortuna, Paganel había conservado su mapa de Nueva Zelanda, y pudo buscar en él los caminos más seguros.

Después de la discusión, los fugitivos resolvieron dirigirse al este, hacia la bahía Plantey. Tendrían que atravesar regiones

desconocidas, pero probablemente desiertas. Los viajeros, acostumbrados ya a superar los obstáculos de la Naturaleza, a triunfar de las dificultades físicas, lo único que temían era el encuentro de los maoríes. Querían, pues, evitarlo a toda costa y ganar la playa oriental, donde los misioneros habían fundado algunos establecimientos. Además, aquella porción de isla se había librado hasta entonces de los desastres de la guerra, y no estaban los campos recorridos por partidas de indígenas.

En cuanto a la distancia que separaba el lago Taupo de la bahía Plantey, se podía apreciar en 100 millas, que andando diez al día eran diez días de marcha. No se andarían seguramente sin fatigas, pero aquella denodada gente no contaba los pasos. Una vez alcanzadas las misiones, podrían los viajeros reponerse en ellas y aguardar alguna ocasión favorable para dirigirse a Auckland, que seguía siendo el término del proyectado viaje.

De acuerdo todos en estos varios puntos, siguieron vigilando a los indígenas hasta que llegó la noche. Ni uno solo quedaba ya al pie de la montaña, y cuando las sombras nocturnas invadieron los valles del Taupo, ninguna hoguera indicó tampoco la presencia de los maoríes en la base del cono. El camino estaba libre.

La noche era oscura, y a las nueve dio Glenarvan la señal de marcha. Sus compañeros y él, armados y equipados a expensas de Kara Teté, empezaron a bajar prudentemente las cuestas del Maunganamu. John Mangles y Wilson rompieron la marcha, con la vista y el oído muy atentos. Se detenían al menor ruido e interrogaban todas las sombras. Todos se deslizaban como arrastrándose por la escarpa del monte para confundirse mejor con él.

A 200 pies debajo de la cumbre, John Mangles y su marino llegaron al peligroso sendero tan obstinadamente defendido por los indígenas. Si desgraciadamente los maoríes, más astutos que los fugitivos, habían fingido retirarse para atraerlos, si no habían sido engañados por el fenómeno volcánico, en aquel mismo sitio debía revelarse su presencia. Glenarvan, a pesar de toda su confianza y a despecho de las chanzas de Paganel, no pudo dejar de estremecerse. Iba a decidirse su salvación y la de todos durante los diez minutos que se necesitaban para franquear la cresta. Sentía latir el corazón de *Lady Elena*, apoyada en su brazo.

No pensaba, sin embargo, en retroceder, ni John tampoco. El joven capitán, seguido de todos y protegido por una oscuridad completa, trepó por la escarpada cresta, deteniéndose siempre que alguna piedra se desprendía y rodaba hasta el fondo de la loma. Si los salvajes estaban aún emboscados, aquellos extraños ruidos debían provocar una doble descarga.

No iban los fugitivos muy de prisa, deslizándose como serpientes por aquella inclinada cresta. Cuando John Mangles hubo alcanzado el punto más bajo, apenas le separaban 25 pies de la meseta en que la noche antes acampaban los indígenas. Desde allí había de subir una cuesta bastante rápida, que tenía menos de media milla e iba a perderse en un bosque.

Después de haber bajado sin ningún accidente, empezaron los viajeros a subir silenciosos. El bosque no se veía, pero se sabía que estaba allí, y en él, con tal que no hubiese preparada una celada, Glenarvan esperaba hallar la seguridad apetecida. Sabía que desde aquel momento le faltaba la protección del tabú. La parte ascendente de la cresta no pertenecía ya al Maunganamu, sino al sistema orográfico que erizaba la parte oriental del lago Taupo.

Los viajeros estaban, pues, expuestos no sólo al fuego de los indígenas, sino que también a un combate cuerpo a cuerpo.

Durante diez minutos, los fugitivos se fueron elevando casi insensiblemente hacia las mesetas superiores. John no distinguía aún el bosque, pero no debía distar de él más allá de 200 pies.

Se paró de pronto y casi retrocedió. Se le había figurado sorprender algún ruido en la sombra. Su vacilación hizo detenerse también a sus compañeros.

John permaneció inmóvil bastante tiempo para alarmar a los que le seguían, cuyas angustias no pueden expresarse. ¿Se verían obligados a retroceder para ganar de nuevo la cumbre del Maunganamu?

Pero John, viendo que no se repetía ningún ruido, prosiguió su ascensión por el estrecho sendero de la loma.

No tardó el bosque en destacarse vagamente entre las sombras, y los fugitivos, al llegar a él, se ocultaron bajo el espeso follaje de los árboles.

Capítulo XVI

Entre dos fuegos

La noche favorecía la evasión, y era por tanto muy conveniente aprovecharse de ella para apartarse cuanto antes de las funestas cercanías del lago Taupo. Paganel tomó a su cargo la dirección de la pequeña comitiva, y su maravilloso instinto de viajero se reveló de nuevo durante aquella difícil peregrinación en las montañas. Evolucionaba en medio de las tinieblas con sorprendente habilidad, escogiendo sin vacilar los senderos casi invisibles, sin desviarse de la constante dirección que se había propuesto seguir. Verdad es que le servía de mucho su nictalopía, y que sus ojos de gato le permitían distinguir en la oscuridad más profunda los más pequeños objetos.

Durante tres horas, los viajeros avanzaron sin descansar un instante, por las muy prolongadas cuestas de la vertiente oriental, inclinándose un poco hacia el Sudeste, a fin de llegar a un estrecho paso abierto entre Kaimanawa y los Wahiti Rangers, por donde cruza el camino de Auckland a la bahía Haukes. Paganel, después de pasar aquella garganta, quería echarse fuera del camino, y, abrigado por las altas cordilleras, atravesar las inhabitadas regiones de la provincia.

A las nueve de la mañana, se habían andado doce millas en doce horas. No se podía pedir más a las animosas viajeras. Además, el lugar pareció inconveniente para establecer un campamento. Los fugitivos habían alcanzado el desfiladero que separa las dos cordilleras. La senda de Oberland quedaba a la derecha y corría hacia el sur.

Paganel, con el mapa delante, se desvió un poco hacia el Nordeste, y a las diez la comitiva llegó a una especie de cueva formada por una porción saliente de la montaña.

Sacaron los viajeros los víveres de los sacos, y comieron

alegremente. Mary Grant y el Mayor, que hasta entonces habían rechazado los helechos comestibles, los devoraron aquel día con verdadero entusiasmo.

El descenso duró hasta las dos de la tarde, y se tomó de nuevo el camino del este, pernoctando los viajeros a ocho millas de las montañas. No por acostarse a la intemperie dejaron todos de dormir profundamente.

Al día siguiente, presentó el camino dificultades bastante serias. Había que atravesar el curioso distrito de los lagos volcánicos, géiseros y solfataras, que desde Wahiti Rangers se extiende hacia el este. Los ojos quedaron más complacidos del país que las piernas. A cada cuarto de milla tenía que darse algún rodeo, que superarse algún obstáculo; pero ¡qué sorprendente espectáculo, qué infinita variedad da la Naturaleza a sus grandes escenarios!



En el vasto espacio de 20 millas cuadradas, la acción de las fuerzas subterráneas se ostentaba bajo mil distintas formas. Manantiales salinos de una transparencia extraña, poblados de miríadas de insectos, salían de entre los espesos bosques de planta de té, y despedían un penetrante olor muy parecido al de la pólvora quemada, dejando en el suelo un residuo blanco como la nieve. En algunos de dichos manantiales, las cristalinas aguas tenían una temperatura próxima a la ebullición, al paso que en otros muy cercanos estaban casi heladas. Gigantescos helechos se cruzaban de una a otra orilla en condiciones análogas a las de la vegetación siluriana.

Vistosos surtidores, envueltos en vaporosos torbellinos, brotaban del suelo en todas direcciones, como los líquidos canastillos de un parque, siendo algunos de ellos continuos y otros intermitentes, como si estuviesen sometidos a los antojos de un caprichoso Plutón. Se escalonaba a la manera de las gradas de un anfiteatro en sobrepuestas pendientes naturales, y sus aguas se confundían poco a poco bajo espirales de humo, royendo los peldaños medio diáfanos de sus gigantescas escaleras, y alimentando lagos enteros con sus cascadas hirvientes.

Más lejos, sucedían las solfataras a los manantiales calientes y a los géiseres tumultuosos. El terreno se presentó como si padeciese un exantema, cubierto enteramente de pústulas, que eran otros tantos cráteres medio apagados, surcados por numerosas grietas de las que se escapaban diferentes gases. La atmósfera estaba saturada del olor picante y desagradable de los ácidos sulfurosos, y el azufre precipitado, formando cortezas y concreciones cristalinas, tapizaba la tierra. Allí se acumulaban desde remotos siglos incalculables y estériles riquezas, siendo aquel distrito de Nueva Zelanda, aún poco conocido, el punto en que la industria se abastecería si se agotasen algún día los yacimientos de azufre de Sicilia.

Se comprende cuántas fatigas experimentarían los viajeros para atravesar aquellas regiones erizadas de obstáculos. Difícil era acampar en ellas, y las armas de los cazadores no encontraban un solo pájaro digno de ser desplumado por las manos de Mr. Olbinett. Por lo común, fue preciso contentarse con helechos y batatas, que eran alimentos muy poco nutritivos para restablecer las extenuadas fuerzas de los asendereados viajeros. Todos, por lo tanto,

procuraban dejar atrás cuanto antes aquellas comarcas áridas y desiertas.

Sin embargo, en menos de cuatro días no se podía atravesar aquel impracticable territorio. Hasta el 23 de febrero, en que llegaron los peregrinos a 50 millas de Maunganamu, Glenarvan no pudo acampar en ninguna parte, y entonces dio orden de hacerlo al pie de un monte anónimo, indicado en el mapa de Paganel. Se extendían bajo su vista plantaciones de arbustos, y dilatados bosques reaparecían en el horizonte.

La perspectiva era de buen agüero, con tal que la habitabilidad de aquellas regiones no las hiciese demasiado habitadas. Hasta entonces los viajeros no habían tropezado ni con la sombra de un indígena.

Aquel día Mac Nabbs y Roberto mataron tres *kiwis*, que figuraron dignamente en la mesa del campamento, aunque por muy poco tiempo, pues en un santiamén fueron devorados desde el pico hasta las patas.

Al llegar a los postres, entre las batatas y las patatas, Paganel presentó una proposición que fue adoptada con entusiasmo.

Propuso dar el nombre de Glenarvan a aquella montaña innominada que se elevaba a 3.000 pies de altura, y apuntó cuidadosamente en su mapa el nombre del *Lord* escocés.

Inútil es insistir en los monótonos y poco interesantes accidentes del resto del viaje. Desde la travesía de los lagos hasta el océano Pacífico, no ocurrieron más que dos o tres hechos de alguna importancia.

Caminaban todo el día los viajeros atravesando bosques y llanuras. John determinaba el rumbo consultando el sol y las estrellas. El cielo, bastante clemente, no prodigaba calores ni lluvias. Sin embargo, una fatiga creciente paralizaba a aquellos pobres viajeros tan cruelmente probados, y les parecía que no habían de llegar nunca a las misiones.

Si bien hablaban aún, la conversación no era general. La comitiva se dividía en grupos, formados, no por el mayor o menor grado de simpatía, sino por una comunidad de ideas más personales.

Por lo común, Glenarvan iba solo, pensando a medida que se acercaba a la costa en el *Duncan* y su tripulación. Olvidaba los

peligros que tenían aún que correr hasta llegar a Auckland, para pensar en sus marineros degollados, cuya horrible imagen no le abandonaba un solo instante.

No se hablaba ya de Harry Grant. ¿Para qué, si no se podía intentar nada para salvarle? El nombre del capitán se pronunciaba únicamente en las conversaciones de su hija y de John Mangles.

John no había recordado a Mary lo que esta hermosa joven le había dicho en la última noche del Waré Atoua. Su discreción no le permitía tomar acta de una palabra pronunciada en un instante de desesperación suprema.

Cuando hablaba de Harry Grant, John formaba aún proyectos de investigaciones ulteriores. Afirmaba a Mary que *Lord Glenarvan* volvería a acometer la abortada empresa, partiendo del principio de que no podía ponerse en duda la autenticidad del documento. Harry Grant existía en alguna parte, y era preciso encontrarle, aunque hubiese necesidad de registrar el mundo entero. Estas palabras embriagaban de placer a Mary, y ella y John, unidos por los mismos pensamientos, se confundían en la misma esperanza. *Lady Elena*, que con frecuencia tomaba parte en su conversación, no se abandonaba a tantas ilusiones, pero procuraba, para no desalentar a los dos jóvenes, no descorrer el velo que ocultaba la triste realidad.

Entretanto, Mac Nabbs, Roberto, Wilson y Mulrady, cazaban sin alejarse mucho del resto de la comitiva, y cada cual suministraba su contingente de caza.

Paganel, siempre envuelto en su manto de *phormium*, marchaba solo, silencioso y meditabundo.

Y, sin embargo, justo es decirlo, a pesar de la ley de la Naturaleza, que hace que las fatigas y privaciones echen a perder y agríen los mejores caracteres, todos aquellos compañeros de infortunio permanecieron unidos, afectuosos, dispuestos a morir los unos por los otros.

El 25 de febrero les cerró el paso un río que debía ser el Waikiri, según el mapa que tenía Paganel. Se pudo vadear.

Durante dos días se sucedieron sin interrupción las llanuras cubiertas de arbustos. Se había salvado con fatigas, pero sin malos encuentros, la mitad de la distancia que separa el lago Taupo de la costa.

Entonces aparecieron inmensos e interminables bosques que

recordaban los de Australia, sin más diferencia que estar poblados de *kauris* en lugar de eucaliptos. Glenarvan y sus compañeros, aunque cuatro meses de viaje habían gastado singularmente su admiración, quedaron maravillados en presencia de aquellos pinos gigantescos, dignos rivales de los cedros del Líbano y de los *mamouths* de California. Aquellos *kauris*, *Dummaroe australes* de los botánicos, medían 100 pies de altura antes de llegar a sus primeras bifurcaciones. Formaban grupos aislados, y de ellos, y no de árboles, se componía el bosque, formando a 200 pies de altura un inmenso dosel de verdes hojas.

Algunas de aquellas admirables coníferas, jóvenes aún, pues apenas tenían cien años de edad, se parecían bastante a los pinos rojos del Canadá, aclimatados en las regiones europeas. Llevaban una sombría corona que terminaba en un agudo cono. Los árboles viejos, los que contaban cinco o seis siglos, formaban inmensas bóvedas de verdor que se apoyaban en las inextricables bifurcaciones de sus ramas.

Aquellos patriarcas del bosque zelandés medían hasta cincuenta pies de circunferencia, no pudiendo rodear su gigantesco tronco los brazos reunidos de todos los viajeros.

Tres días estuvo andando la comitiva por debajo de aquellos inmensos arcos, pisando un suelo arcilloso en que nunca la planta humana había estampado sus huellas. En muchos puntos, al pie de los *kauris*, se veían montones de gomorresina.

Los cazadores encontraron numerosas bandadas de *kiwis* que tanto escasean en las comarcas frecuentadas por los maoríes. Estas aves se han refugiado en aquellos inaccesibles bosques, acosadas por los perros zelandeses, y suministraron a los viajeros una alimentación sana y abundante.

Paganel tuvo la suerte de ver a lo lejos, en una espesura, un par de volátiles gigantescos que despertaron su instinto de naturalista. Llamó a sus compañeros, y no obstante hallarse muy cansados, el Mayor, Roberto y él, se lanzaron en persecución de las aves.

Se comprende la ardiente curiosidad del geógrafo, pues en aquellas aves había reconocido o creído reconocer los llamados *moas*, que pertenecen a la especie de los *dinormis*, que varios sabios colocan entre las variedades que han desaparecido de la faz de la Tierra.

Era un verdadero hallazgo el que hacía *Monsieur* Paganel, que veía confirmada por sus propios ojos la opinión de *Monsieur* De Hochstetter y otros viajeros respecto de la existencia en Nueva Zelanda de aquellas gigantescas aves sin alas.

Los *moas* que perseguía Paganel, contemporáneos presuntos del megaterio tenían aproximadamente dieciocho pies de altura. Eran avestruces desmedidos y poco animosos, que huían velozmente. Pero ninguna bala les pudo detener en su fuga.

Después de algunos minutos de persecución, los invulnerables *moas* desaparecieron detrás de los grandes árboles, y los cazadores no hicieron más que perder tiempo y gastar pólvora en salvas.

El 1 de marzo por la tarde, Glenarvan y sus compañeros, abandonando al fin el inmenso bosque de *kauris*, acamparon al pie del monte Ykirangi, cuya cima se elevaba a una altura de 5.500 pies.

Se había andado entonces, desde Maunganamu, cerca de cien millas, y treinta más distaba aún la costa. John Mangles había creído que se haría la travesía en diez días, porque ignoraba las dificultades que aquella región presentaba.

Los rodeos, los obstáculos del camino y la imperfección de los cálculos, produjeron un error considerable, y desgraciadamente los viajeros, al llegar al monte Ykirangi, se hallaban completamente extenuados.

Se necesitaban aún dos largos días para alcanzar la costa, siendo necesarias en lo sucesivo una nueva actividad y una vigilancia suma, porque los expedicionarios entraban en una comarca frecuentemente visitada por los naturales.

Todos procuraban hacerse superiores a las fatigas, y al día siguiente, al rayar el alba, emprendieron de nuevo la marcha.

Entre el monte Ykirangi, que se quedó a la derecha, y el monte Hardy, cuya cima se elevaba a la izquierda a una altura de 3.700 pies, el viaje fue muy penoso. Había allí una llanura de diez millas de extensión enteramente plagada de *supple jacks*, especie de enredaderas flexibles llamadas con mucha propiedad *bejucos estranguladores*. A cada paso se enredaban los brazos y las piernas en aquellas cuerdas, que como serpientes rodeaban el cuerpo con sus tortuosas espirales. Preciso fue durante dos días echar mano del hacha y luchar contra aquella hidra de cien mil cabezas, contra

aquellas plantas correosas y tenaces que Paganel estuvo a punto de clasificar entre los zoofitos.

En aquellas llanuras la caza era imposible, y por consiguiente los cazadores no pudieron cobrar su acostumbrado tributo. Las provisiones tocaban a su fin, y no se podían renovar; el agua faltaba también, y no había medio de aplacar la sed, agudizada por tantas fatigas.

Los padecimientos de Glenarvan y los suyos fueron entonces horribles, y por vez primera empezó casi a abandonarles la energía moral.

Por último, ya no andando, sino arrastrándose, cuerpos sin alma, llevados únicamente por el instinto de conservación que sobrevivía a todos los demás sentimientos, alcanzaron la punta Lottin, en las playas del Pacífico.

Se veían en aquel punto algunas chozas desiertas, ruinas de una aldea recientemente devastada por la guerra, campos abandonados, y en todas partes evidentes señales de saqueo y de incendio. Allí la fatalidad reservaba a los desventurados viajeros una nueva y terrible prueba.

Caminaban como perdidos a lo largo de la costa, cuando a una milla de distancia apareció un destacamento de indígenas que se dirigía hacia ellos blandiendo las armas. Glenarvan, que tenía el mar a la espalda, no podía huir, y reuniendo sus últimas fuerzas, iba a tomar disposiciones de combate, cuando John Mangles exclamó:

—¡Una canoa, una canoa!

En efecto, había a veinte pasos fuera del agua una piragua con seis remos. Ponerla a flote, entrar en ella y huir de aquella peligrosa playa, fue obra de un instante. John Mangles, Mac Nabbs, Wilson y Mulrady, cogieron los remos. Glenarvan se puso en el timón, y se colocaron a su alrededor las dos mujeres, Olbinett y Roberto.

La piragua, en diez minutos, estuvo a un cuarto de milla de la playa. El mar estaba en calma y los fugitivos guardaban un profundo silencio.

Sin embargo, John, no queriendo separarse demasiado de la costa, iba a dar orden de avanzar costeano, cuando sus manos dejaron repentinamente de mover el remo.

Acababa de ver tres piraguas que salían de la punta Lottin, con la intención de darles caza.

—¡Lejos de la costa! ¡Lejos de la costa! —exclamó—. ¡Engolfémonos, aunque nos sepulten las olas!

La canoa volvió a hacerse a la mar, impelida por sus cuatro remeros. Durante media hora, pudieron éstos conservar la distancia que los separaba de sus perseguidores, pero los desgraciados, rendidos de cansancio, no tardaron en aflojar, y las tres piraguas se les iban acercando. Apenas les separaban dos millas. Era, pues, imposible evitar el ataque de los indígenas, los cuales, armados de largos fusiles, iban a romper el fuego.

¿Qué hacía entonces Glenarvan? En pie, en la popa de la canoa, buscaba en el horizonte algún socorro quimérico. ¿Qué esperaba? ¿Qué quería? ¿Tenía algún presentimiento?

De repente sus ojos se inflamaron, y se extendió su mano hacia un punto del espacio.

—¡Un buque! —exclamó—. ¡Un buque, amigos míos! ¡Remad! ¡Remad de firme!

Ninguno de los cuatro remeros volvió la cabeza para ver aquel buque inesperado, porque era preciso no perder un golpe de remo. Únicamente se levantó Paganel y dirigió su anteojo al punto indicado.

—Sí —dijo—. ¡Un buque! ¡Un *steamer*! ¡Marcha a todo vapor! ¡Se dirige hacia nosotros! ¡Animo, compañeros!

Los fugitivos desplegaron nueva energía, y durante media hora conservaron la distancia que les separaba de las piraguas que les daban caza. El *steamer* se hacía cada vez más visible. Se distinguían sus dos palos sin velas y los grandes torbellinos de negro humo que vomitaba su chimenea. Glenarvan, haciéndose relevar en el timón por Roberto, había cogido el anteojo del geógrafo y no perdía un solo movimiento del buque.

¿Pero qué debieron pensar John Mangles y sus compañeros, al ver que las facciones de Glenarvan se contraían, que palidecía su semblante y que caía el anteojo de sus manos?

Una sola palabra les explicó aquella desesperación súbita.

—¡El *Duncan*! —exclamó Glenarvan—. ¡El *Duncan* y los desertores de presidio!

—¡El *Duncan*! —exclamó John, que soltó el remo y se levantó inmediatamente.

—¡Sí, la muerte por los dos lados! —murmuró Glenarvan,

quebrantado por tantas angustias.

¡Era el yate, en efecto, no cabía la menor duda! ¡El yate con su tripulación de bandidos! El Mayor no pudo contener una maldición, una blasfemia. Aquello era ya demasiado.

La piragua quedó abandonada a sí misma. ¿A dónde habían de dirigirla? ¿Era acaso posible la fuga? ¿Era fácil la elección entre los salvajes y los bandidos?

Un tiro partió de la embarcación indígena más próxima, y la bala dio en el remo de Wilson. Algunos esfuerzos acercaron entonces la canoa al *Duncan*.

El yate navegaba a todo vapor y no se hallaba ya más que a media milla de la canoa. John Mangles, viéndose cortado, no sabía cómo evolucionar, ni en qué dirección huir. Las dos pobres mujeres oraban de rodillas.

Los salvajes hacían fuego graneado, y llovían balas alrededor de la piragua. Retumbó entonces una detonación estrepitosa, y una bala, disparada por el cañón del yate, pasó por encima de la cabeza de los fugitivos. Éstos, encerrados entre dos fuegos, permanecían inmóviles entre el *Duncan* y las piraguas.

John Mangles, desesperado, loco, cogió el hacha. Iba a echar a pique la piragua y a sumergirse con sus desventurados compañeros, cuando un grito de Roberto le detuvo.

—¡Tom Austin! ¡Tom Austin! —dijo el joven Grant—. ¡Está a bordo! ¡Lo veo! ¡Nos ha reconocido! ¡Agita su sombrero!

Quedó el hacha inmóvil en las manos de John.

Otra segunda bala de cañón zumbó por encima de los fugitivos y partió en dos pedazos la piragua más cercana, mientras que resonaba un hurra a bordo del *Duncan*.



Los salvajes, acobardados, huyeron hacia la costa.

—¡A nosotros! ¡A nosotros, Tom! —había gritado John Mangles con voz ronca.

Y poco después, los diez fugitivos, sin saber cómo, sin comprender nada, se encontraban en seguridad a bordo del *Duncan*.

Capítulo XVII

¿Por qué cruzaba el *Duncan* por la costa de levante de Nueva Zelanda?

Renunciamos a pintar los sentimientos de Glenaryan y de sus amigos cuando resonaron en su oído los cantos de la antigua Escocia. En el momento de poner el pie en la cubierta del *Duncan*, el *bugpiper*, hinchando su gaita, tocó el himno nacional del clan de Malcolm, y entusiastas hurras saludaron el regreso del *Lord* a bordo.



Glenarvan, John Mangles, Paganel, Roberto, todos, hasta el Mayor, lloraban y se abrazaban. La alegría llegó a ser delirio. El geógrafo estaba absolutamente loco, ocurriéndosele mil epigramas para poner en ridículo a los maoríes de las piraguas que volvían a la costa, contemplándolas con su inseparable antejo.

Pero al ver a Glenarvan y a sus compañeros con los vestidos hechos jirones, al ver en sus pálidos semblantes las huellas de horribles padecimientos, la tripulación del yate interrumpió sus demostraciones. Eran espectros los que volvían a bordo, y no aquellos audaces y enérgicos viajeros, quienes tres meses antes arrastraban la esperanza en pos de los náufragos. La casualidad y sólo la casualidad les volvía a aquel buque que no esperaban volver a ver. ¡Y en qué triste estado de debilidad y miseria!

Pero antes de pensar en reponerse de sus fatigas y en satisfacer

las exigencias del hambre y de la sed, Glenarvan interrogó a Tom Austin acerca de su presencia en aquellas aguas.

¿Por qué se hallaba el *Duncan* en la costa oriental de Nueva Zelanda? ¿Cómo no había caído en manos de Ben Joyce? ¿Por qué providencial fatalidad Dios le había colocado en el camino de los fugitivos?

¿Por qué? ¿Cómo? ¿Con qué objeto? Tales eran las preguntas que acribillaban a Tom Austin disparadas a bocajarro. El viejo marino no sabía a quién contestar, por lo que tomó el partido de no hacer caso más que de *Lord* Glenarvan y responderle a él únicamente.

—¿Pero los desertores de presidio? —preguntó Glenarvan—. ¿Qué habéis hecho de los desertores de presidio?

—¿Desertores de presidio...? —respondió Tom Austin, con un tono que daba a entender que no sabía de qué le hablaban.

—¡Sí! ¡Los miserables que han acometido el yate! ¡Los del abordaje!

—¿Qué abordaje? ¿Qué yate? —dijo Tom Austin—. ¿El yate de Vuestro Honor?

—¿Pues a cuál otro había de referirme, Tom? ¿A cuál otro más que al *Duncan* a cuyo bordo vino Ben Joyce?

—No conozco, ni he visto nunca a ningún Ben Joyce —respondió Tom Austin.

—¡Nunca! —exclamó Glenarvan, atónito al oír las respuestas del viejo marino—. Entonces decidme, Tom, ¿por qué el *Duncan* cruza en este momento las costas de Nueva Zelanda?

Glenarvan, *Lady* Elena, *Miss* Grant, Paganel, el Mayor, Roberto, John Mangles, Olbinett, Mulrady, Wilson, que no comprendían la admiración del viejo marino, quedaron asombrados cuando éste respondió con voz tranquila:

—El *Duncan* cruza estas costas por orden de Vuestro Honor.

—¡Por orden mía! —exclamó Glenarvan.

—Sí, Milord. Yo no he hecho más que sujetarme a las instrucciones contenidas en vuestra carta del catorce de enero.

—¡Mi carta! ¡Mi carta! —exclamó Glenarvan.

Los diez viajeros rodeaban a Tom Austin y le devoraban con sus miradas. ¿Es decir que había llegado al *Duncan* la carta fechada en Snowy River?

—Veamos —añadió Glenarvan—, expliquémonos, porque creo estar soñando. ¿Recibisteis una carta, Tom?

—Sí, una carta de Vuestro Honor.

—¿En Melbourne?

—En Melbourne, en el momento de acabar de reparar las averías.

—¿Y la carta?

—No estaba escrita de vuestro puño y letra, pero sí firmada por Vuestro Honor.

—Precisamente. Pero ¿os entregó la carta un desertor de presidio llamado Ben Joyce?

—No, un marinero llamado Ayrton, contraмаestre de la *Britannia*.

—¡Sí! Ayrton y Ben Joyce son una misma persona. ¡Pues bien! ¿Qué decía la carta?

—Me daba orden de salir inmediatamente de Melbourne y de venir a cruzar las costas orientales de...

—¡De Australia! —exclamó Glenarvan, con una vehemencia que desconcertó al viejo marino.

—¡De Australia! —repitió Tom abriendo desmesuradamente los ojos—. ¡No! ¡De Nueva Zelanda!

—¡De Australia, Tom! ¡De Australia! —respondieron a una los compañeros de Glenarvan.

Austin tuvo en aquel instante una especie de desvanecimiento. Le hablaba Glenarvan con tal seguridad que temía haberse engañado al leer la carta. ¿Cómo él, fiel y subordinado marino, había podido cometer un error semejante? Quedó como avergonzado y corrido.

—Tranquilizaos, Tom —dijo *Lady Elena*—. La Providencia ha querido...

—Pero no, señora, perdonadme —respondió el viejo Tom—. ¡No! ¡No es posible! ¡No puedo haberme engañado! Ayrton leyó también la carta, y era él precisamente quien quería que fuese a la costa australiana.

—¿Ayrton? —exclamó Glenarvan.

—¡El mismo! ¡Me sostuvo que lo de Nueva Zelanda era una equivocación, que el punto de cita que se me indicaba era la bahía Twofold!

—¿Tenéis la carta, Tom? —preguntó el Mayor, sumamente turbado.

—Sí, Mr. Mac Nabbs —respondió Austin—. Voy a buscarla.

Austin corrió a su camarote, y durante el minuto que estuvo fuera, todos se miraban, todos callaban, a excepción del Mayor que, con la mirada fija en Paganel, dijo cruzándose de brazos:

—¡Preciso es confesar, Paganel, que sería demasiado!

—¿Cómo? —dijo el geógrafo, el cual, con el torso doblado y las gafas subidas a la frente, parecía un gigantesco signo ortográfico de interrogación.

Volvió Austin con la carta escrita por Paganel y firmada por Glenarvan.

—Lea Vuestro Honor, Milord —dijo el viejo marino.

Glenarvan tomó la carta y leyó:

«¡Orden a Tom Austin de hacerse a la mar inmediatamente, y de conducir el *Duncan* a los 37° de latitud de la costa oriental de Nueva Zelanda...!».

—¡Nueva Zelanda! —exclamó Paganel dando un respingo.

Y cogió la carta de manos de Glenarvan; se restregó los ojos, bajó a la nariz las antiparras que tenía subidas a la frente y leyó a su vez:

—¡Nueva Zelanda! —exclamó con acento patético, y la carta se le cayó de las manos.

En aquel momento sintió que le tocaban en el hombro, se enderezó y se encontró frente a frente con el Mayor.

—Vamos, mi querido Paganel —dijo Mac Nabbs, con una gravedad imponente—. ¡Fortuna ha sido que no enviaseis el *Duncan* a Cochinchina!

Esta pulla fue para el pobre geógrafo el golpe de gracia. La tripulación del yate soltó una carcajada homérica. Paganel iba y venía como loco, cogiéndose la cabeza con las dos manos y tirándose del pelo. No sabía lo que se hacía, ni lo que quería hacer. Bajó maquinalmente por la escalera de la toldilla, empezó a andar de un lado para otro titubeando, y sin ningún objeto se dirigió al castillo de proa. Allí tropezó con un rollo de cuerdas, y para no caerse, se asió a una de ellas.

En aquel momento resonó un cañonazo. Se había disparado la pieza que había en la popa, acribillando las olas con un diluvio de

metralla.

El desventurado Paganel había cogido la cuerda del cañón todavía cargado, y cayendo el disparador, aplastó el pistón y salió el tiro. El geógrafo dio en el suelo con sus huesos y se enhebró por la escotilla de proa, sin parar hasta el sollado.

Un grito de espanto sucedió a la sorpresa producida por el estampido. Creyeron todos que había ocurrido una catástrofe. Diez marineros se precipitaron al sollado y subieron a cubierta a Paganel, que estaba muy cabizbajo sin decir una palabra.

Su interminable cuerpo fue transportado a la toldilla. Los compañeros del buen francés estaban desesperados.

El Mayor, que se hacía siempre médico en las grandes ocasiones y casos de apuro, iba a desnudar al desgraciado Paganel para curar sus heridas; pero apenas le tocó, el geógrafo, a quien todos creían poco menos que moribundo, se incorporó, se enderezó como si le hubiesen puesto en contacto con una corriente eléctrica.



—¡Jamás! ¡Jamás! —exclamó, y cubriendo su enjuto cuerpo con los harapos a que había quedado reducido su traje, se abotonó a toda prisa.

—¡Pero, Paganel! —dijo el Mayor—. Dejadme ver si...

—¡No, os digo!

—Es preciso que examine...

—¡No examinaréis nada!

—Acaso os hayáis roto...

—Lo que esté roto, el carpintero lo compondrá —respondió Paganel con desenfado.

—¿Habéis roto algo?

—Sí; se ha roto, al caerme, el pie de carnero que va a la sobrequilla.

Al oír esta contestación, se reprodujeron las carcajadas, pues era

una contestación que tranquilizaba a todos los amigos del digno Paganel, el cual salió sano y salvo de la última aventura producida por una de sus distracciones.

—¡Ello es —dijo para sí el Mayor—, que no tengo noticia de otro geógrafo tan pudibundo!

Repuesto Paganel de sus grandes conmociones, tuvo que contestar a una pregunta que no podía eludir.

—Ahora, Paganel —le dijo Glenarvan—, responded con franqueza. Reconozco que vuestra distracción ha sido providencial, y es seguro que sin ella el *Duncan* hubiera caído en manos de los desertores de presidio, y nosotros habríamos vuelto a caer en las de los maoríes. Pero por amor de Dios, decidme, ¿por qué extraña asociación de ideas, por qué sobrenatural aberración de vuestra mente, se os ocurrió escribir el nombre de Nueva Zelanda en lugar del de Australia? ¿Dónde teníais la cabeza?

—¡Pardiez! —exclamó Paganel—. Todo ha venido de que...

Pero en aquel mismo instante tropezaron sus miradas con Roberto y Mary Grant, y cortó la frase. En seguida respondió:

—¿Qué haremos, querido Glenarvan? Soy un insensato, un loco, un incorregible, y moriré con la piel del más famoso distraído...

—A no ser que antes de moriros os desuellen —añadió el Mayor.

—¡Desollarme! —exclamó el geógrafo poniéndose furioso—. ¿Hacéis acaso alusión...?

—¿Alusión a qué, Paganel? —preguntó Mac Nabbs con voz tranquila.

El incidente no tuvo consecuencias. El misterio de la presencia del *Duncan* en las aguas de Nueva Zelanda estaba aclarado, y los viajeros tan milagrosamente salvados no pensaron más que en volver a sus cómodos camarotes y almorzar sin sobresaltos.

Sin embargo, dejando a *Lady* Elena y Mary Grant, al Mayor, a Paganel y a Roberto instalados en la toldilla, Glenarvan y John Mangles se quedaron solos con Tom Austin, a quien deseaban dirigir algunas preguntas.

—Ahora, mi viejo Tom —dijo Glenarvan—, respondedme: ¿No os pareció extraña la orden de ir a cruzar con el *Duncan* delante de las costas de Nueva Zelanda?

—Sí, Milord —respondió Austin—, me sorprendió mucho, pero como no discuto nunca las órdenes que recibo, obedecí. ¿Podía

hacer otra cosa? Si por no haber seguido fielmente vuestras instrucciones, hubiera sobrevenido una catástrofe, ¿no habría sido culpable? ¿Hubierais vos obrado de otro modo, capitán?

—No, Tom —respondió John Mangles.

—Pero ¿qué pensasteis? —preguntó Glenarvan.

—Pensé, Milord, que en interés de Harry Grant era necesario ir adonde se me decía en la carta. Creí que a consecuencia de nuevas combinaciones, un buque debía transportaros a Nueva Zelanda, y que debía aguardaros en la costa este de la isla. Además, al salir de Melbourne, guardé el secreto de mi viaje, y la tripulación no lo conoció hasta que estuvimos en alta mar, cuando ya habían desaparecido de nuestra vista las costas de Australia. Además sobrevino a bordo un incidente que me tuvo muy perplejo.

—¿Qué queréis decir, Tom? —preguntó Glenarvan.

—Quiero decir —respondió Tom Austin—, que al día siguiente de aparejar, cuando el contramaestre Ayrton supo el destino del *Duncan*.

—¡Ayrton! —exclamó Glenarvan—. Es decir, ¿que está a bordo?

—Sí, Milord.

—¡Ayrton aquí! —repitió Glenarvan, mirando a John Mangles.

—¡Dios lo ha querido! —respondió el joven capitán.

En aquel instante aparecieron a la vista de aquellos dos hombres, con la rapidez de un relámpago, la páfida conducta de Ayrton, su traición muy premeditada, la herida de Glenarvan, el ataque a Mulrady, las miserias de la expedición detenida en los pantanos del Snowy, todo el pasado del jefe de bandidos. Y ahora, por una combinación de circunstancias, la más extraña que puede imaginarse, se encontraba el malvado en su poder.

—¿Dónde está? —preguntó Glenarvan con impaciencia.

—En una cámara de proa con centinela de vista —respondió Tom Austin.

—¿Por qué está preso?

—Porque cuando vio que el yate se hacía a la vela para Nueva Zelanda se puso furioso, y quiso obligarme a dar al buque otra dirección, y me amenazó, y quiso sobornar a los marineros, y trató de amotinarles. Comprendí que era un hombre muy peligroso, y tomé medidas de precaución contra él y le puse a buen recaudo.

—¿Y qué hace desde entonces?

—Desde entonces permanece en su encierro, sin intentar salir.

—Bien, Tom.

En aquel momento, Glenarvan y John Mangles fueron llamados a la toldilla. El almuerzo, del que tanta necesidad tenían estaba en la mesa, y se sentaron a ella sin decir de Ayrton una sola palabra.

Pero después del almuerzo, cuando todos estaban ya rehechos, Glenarvan les reunió sobre cubierta, y les manifestó que el contraмаestre se hallaba a bordo del yate. Al mismo tiempo anunció su intención de hacerle comparecer ante ellos.

—¿Puedes dispensarme de asistir a ese interrogatorio? —preguntó *Lady Elena*—. Os confieso, querido Edward, que me causará mucha pena ver a ese desgraciado.

—Una confrontación es necesaria, Elena —respondió *Lord Glenarvan*—. Os ruego que os quedéis. Es preciso que Ben Joyce se vea frente a frente con todas sus víctimas.

Esta observación convenció a *Lady Elena*, y ella y Mary Grant se sentaron cerca de *Lord Glenarvan*, a cuyo alrededor se colocaron el Mayor, Paganel, John Mangles, Roberto, Wilson, Mulrady y Olbinett, tan gravemente comprometidos todos por la felonía del bandido. La tripulación del yate, sin comprender aún la gravedad de aquella escena, guardaba profundo silencio.

—Haced venir a Ayrton —dijo Glenarvan.

Capítulo XVIII

¿Ayrton o Ben Joyce?

Ayrton se presentó. Atravesó la cubierta con paso seguro y subió la escalera de la toldilla. Sus ojos estaban sombríos, sus dientes apretados, sus puños cerrados convulsivamente. Su rostro no revelaba fanfarronería ni humildad.



Al llegar delante de *Lord Glenarvan* se cruzó de brazos silencioso y sereno, aguardando a que le interrogase.

—¡Ayrton —dijo Glenarvan—, al fin nos vemos vos y nosotros a bordo de aquel *Duncan* que queríais entregar a los bandidos acaudillados por Ben Joyce!

Los labios del contraмаestre temblaron ligeramente. Un rubor rápido se pintó en sus mejillas, pero no lo causó el remordimiento sino la vergüenza de la derrota. Se hallaba preso en aquel yate del que pensaba hacerse dueño, y su suerte iba a decidirse en muy pocos instantes.

Sin embargo, no respondió. Glenarvan aguardó con paciencia. Pero Ayrton se obstinó en guardar absoluto silencio.

—Hablad, Ayrton, ¿qué tenéis que decir? —añadió Glenarvan.

Ayrton vaciló; las arrugas de su frente se hicieron más profundas.

—No tengo nada que decir, Milord —expresó con voz tranquila—. He cometido la torpeza de dejarme prender. Haced de mí lo que os parezca.

Calló y dirigió la vista a la costa que se extendía al oeste, afectando la mayor indiferencia por lo que pasaba en torno suyo. Hubiérase dicho que nada tenía que ver con aquel grave asunto. Glenarvan había resuelto armarse de paciencia. Tenía un vivo interés en enterarse de ciertas circunstancias de la misteriosa existencia de Ayrton, especialmente de las que se referían a Harry Grant y a la *Britannia*. Siguió interrogando con extraordinaria dulzura y sin dejarse llevar de la violenta cólera que en su corazón ardía.

—Creo, Ayrton —añadió—, que no os negaréis a responder a ciertas preguntas que deseo haceros. Decidme, ante todo, si debo llamaros Ayrton o Ben Joyce. ¿Sois o no el contraмаestre de la *Britannia*?

Ayrton permaneció impasible y sordo.

Glenarvan, que empezaba a fruncir las cejas, continuó interrogando al contraмаestre.

—¿Queréis decirme cómo salisteis de la *Britannia* y por qué os hallabais en Australia?

La misma impasibilidad y el mismo silencio.

—Oídmе, Ayrton. Os interesa hablar. Se os podrá tener en cuenta una franqueza que es vuestro último recurso. Por última vez, ¿queréis contestar a mis preguntas?

Ayrton volvió la cabeza hacia Glenarvan y le miró fijamente:

—Milord —dijo—, nada tengo que responder. No sois vos, sino la justicia, quien debe aducir pruebas contra mí.

—Ninguna cosa más fácil que las pruebas —respondió Glenarvan.

—¿Fáciles, Milord? —replicó Ayrton con tono burlón—. Me parece que Vuestro Honor corre demasiado. Os aseguro que el mejor juez del Temple Bar se vería muy apurado conmigo. ¿Quién diría por qué he venido a Australia no estando el capitán Grant para manifestarlo? ¿Quién probará que yo soy el Ben Joyce señalado por la Policía, no habiéndome ésta tenido nunca en su poder y

hallándose en libertad mis compañeros? ¿Quién, a excepción de vos, podrá acusarme, no digo de un crimen, sino de una acción vituperable? ¿Quién puede afirmar que yo he querido apoderarme de un buque y entregarlo a los desertores de presidio? Nadie, ¿lo oís?, nadie. Tenéis sospechas, está bien; pero se necesitan pruebas para condenar a un hombre, y no las tenéis. Hasta que se pruebe lo contrario, no soy más que Ayrton, contramaestre de la *Britannia*.

Ayrton se había animado hablando y volvió luego a su primera indiferencia. Se figuraba sin duda que su declaración terminaría el interrogatorio, pero Glenarvan volvió a tomar la palabra, y dijo:

—Ayrton, no soy el juez encargado de proceder contra vos. Eso no es de mi incumbencia. Importa que se definan bien nuestras situaciones respectivas. Nada os pido que pueda comprometeros. Eso pertenece a la justicia. Pero sabéis cuál es la empresa que persigo, y podéis con una palabra hacernos encontrar el rastro que hemos perdido. ¿Queréis hablar?

Ayrton, con un movimiento de cabeza, manifestó su firme resolución de permanecer callado.

—¿Queréis decirme dónde está el capitán Grant? —preguntó Glenarvan.

—No, Milord —respondió Ayrton.

—Indicadme al menos dónde naufragó la *Britannia*.

—Tampoco.

—Ayrton —respondió Glenarvan con un tono casi suplicante—, si sabéis dónde está Harry Grant, ¿queréis decírselo a esas pobres criaturas que no esperan más que una palabra de vuestra boca?

Ayrton vaciló. Sus facciones se contrajeron. Pero murmuró en voz baja:

—No puedo, Milord.

Y añadió con violencia, como reconviniéndose por un instante de debilidad:

—¡No! ¡No hablaré! ¡Hacedme colgar de una verga si queréis!

—¡Colgar! —exclamó Glenarvan, dominado por un brusco movimiento de cólera.

Después, haciéndose dueño de sí mismo, respondió con voz grave:

—Ayrton, aquí no hay jueces ni verdugos. En el primer punto en que toquemos se os entregará a las autoridades inglesas.

—¡No deseo otra cosa! —replicó el contraamaestre. Se volvió con paso medurado y tranquilo a la cámara de proa, que le servía de cárcel, quedando dos marineros de vigilancia, con orden de espiar todos sus movimientos.

Los testigos de aquella escena se retiraron llenos de indignación y desesperados.

¿Qué podía ya hacer Glenarvan habiéndose estrellado contra la obstinación de Ayrton? Evidentemente, no podían hacer más que proseguir el proyecto formado en Edén de regresar a Europa, renunciando al propósito de acometer nuevamente la empresa que tan mal éxito había obtenido, porque las huellas de la *Britannia* parecían irrevocablemente perdidas, y el documento no se prestaba a ninguna interpretación nueva. No había ningún otro país en el derrotero del 37° paralelo, y, por consiguiente, lo único que podía hacer el *Duncan* era volver a Escocia.

Glenarvan, después de consultar a sus amigos, trató más especialmente con John Mangles la cuestión de la vuelta. John inspeccionó las carboneras, que todo lo más tenían combustible para quince días, y era por tanto preciso proveerse en el primer punto de escala.

John propuso a Glenarvan poner la proa hacia la bahía de Talcahuano, en que el *Duncan* había ya renovado sus víveres antes de emprender su viaje de circunnavegación. El trayecto era directo y se hallaba precisamente en la línea del 37° paralelo. Después, el yate, debidamente abastecido, podría dirigirse al sur, doblando el cabo de Hornos, y volver a Escocia por los derroteros del Atlántico.

Adoptado este plan, se dio al maquinista orden de forzar la presión. Media hora después estaba asestado el bauprés del *Duncan* hacia la bahía de Talcahuano. A las seis de la tarde, las últimas montañas de Nueva Zelanda se perdían en las tibias brumas del lejano horizonte.

Empezaba, pues, el viaje de regreso. ¡Cuán triste travesía para aquellos animosos investigadores que volvían al puerto sin el capitán Grant! Así es que la tripulación, tan contenta al salir de Escocia, tan llena de confianza en un principio, abatida ahora y desalentada, emprendía tristemente el camino de Europa. Ni a uno solo de aquellos bravos marineros halagaba la idea de volver a su país, y todos, durante mucho tiempo aún, hubieran de buena gana

arrostrado los peligros del mar en busca de Harry Grant.

A los hurras que acogieron a Glenarvan al volver a bordo, sucedió luego el desaliento. Nada de aquellas comunicaciones incesantes entre los pasajeros, nada de aquellas conversaciones que tanto ayudaban durante el camino a matar el tiempo. Cada cual iba por su lado, o se aislaba en su camarote, y muy rara vez aparecía alguno sobre cubierta.

El hombre en quien ordinariamente se exageraban los sentimientos de a bordo, alegres o tristes, Paganel, que en caso de necesidad hubiera inventado la esperanza, Paganel permanecía cariacontecido, cabizbajo y hasta huraño. Apenas se le veía. Su locuacidad natural, su viveza francesa, se habían convertido en mutismo y abatimiento. Hasta parecía el más desalentado de todos. Si Glenarvan hablaba de empezar nuevamente sus pesquisas, Paganel meneaba la cabeza como si no esperase ya nada y estuviese completamente convencido de la imposibilidad de conocer el paradero de los náufragos de la *Britannia*. Los daba por irrevocablemente perdidos.

Había, sin embargo, a bordo un hombre que podía decir algo acerca de la catástrofe, y su silencio se prolongaba. Era Ayrton. No era dudoso que aquel miserable conocía, ya que no la verdadera situación actual del capitán, al menos el lugar del naufragio. Pero era evidente que Grant, si se le encontraba, sería un testigo contra él, y por lo mismo el contraмаestre callaba con una obstinación invencible, que encolerizaba muy especialmente a los marineros, deseosos de jugarle una mala pasada.

Muchas veces, Glenarvan volvió a la carga para arrancar a Ayrton el secreto de que le creía depositario, pero promesas y amenazas fueron igualmente inútiles. Tan lejos llevaba Ayrton su terquedad y se explicaba ésta tan difícilmente, que el Mayor llegó a creer que no sabía absolutamente nada y el geógrafo participaba de su opinión, con tanto más motivo cuanto que la opinión de Mac Nabbs corroboraba las ideas particulares de Paganel respecto del paradero de Harry Grant.

Pero si Ayrton nada sabía, ¿por qué no confesaba su ignorancia? ¿En qué podía esta confesión perjudicarle? Su silencio aumentaba la dificultad de formar un nuevo plan. ¿Del encuentro del contraмаestre en Australia se debía deducir la presencia de Harry

Grant en aquel continente? Fuerza era obligar a toda costa a Ayrton a explicarse sobre el particular.

Lady Elena, en vista de la infructuosidad de las gestiones de su marido, le pidió permiso para luchar a su vez contra la obstinación del contramaestre. Donde un hombre había sido vencido, tal vez una mujer triunfaría por medio de su dulce influencia. ¡No es ésta la eterna historia del huracán de la fábula, que no pudo arrancar la capa de los hombros del viajero, y se la quitó inmediatamente el menor rayo del sol!

Glenarvan, conociendo la inteligencia de su esposa, la dejó en libertad de obrar.

Aquel día, 5 de marzo, Ayrton fue conducido a la habitación de *Lady Elena*. Se quiso que Mary Grant asistiese a la entrevista, porque la influencia de la joven podía ser grande, y *Lady Elena* no quería prescindir de ningún medio que pudiese contribuir al buen éxito.



Una hora permanecieron encerradas las dos mujeres con el contraamaestre de la *Britannia*, pero no se traslució nada de su conversación. Lo que ellas dijeron, los argumentos que emplearon para arrancar al bandido su secreto, todos los pormenores del interrogatorio permanecieron ignorados. Cuando se separaron de Ayrton, no pareció que hubiesen conseguido su objetivo, y en sus rostros se reflejaba un verdadero desaliento.

Así es que cuando el contraamaestre fue de nuevo conducido a su encierro, los marineros le acogieron al pasar con violentas amenazas. Él se contentó con encogerse de hombros, lo que aumentó el furor de la tripulación, habiendo necesidad, para contenerla, de la enérgica intervención de John Mangles y de *Lord Glenarvan*.



Pero *Lady Elena* no se dio por vencida. Quiso luchar hasta el último instante contra aquella alma sin piedad, y al día siguiente fue ella misma a la cámara de Ayrton, para evitar las escenas que provocaba su paso por la cubierta del yate.

Dos largas horas permaneció la amable y bondadosa escocesa con el jefe de los bandidos. Glenarvan, dominado por una agitación nerviosa, se paseaba por las inmediaciones de la cámara, tan pronto decidido a agotar hasta el último extremo todos los medios de éxito a su alcance como a arrancar a su esposa de aquella penosa entrevista.

Pero cuando *Lady Elena* reapareció, sus facciones respiraban confianza. ¿Había arrancado el secreto y tocado en el corazón del miserable alguna fibra de misericordia?

Mac Nabbs, que la vio salir, no pudo reprimir un movimiento de incredulidad, que era muy natural y lógico.

Sin embargo, circuló inmediatamente entre la tripulación el rumor de que el contraмаestre había al cabo cedido a las súplicas de *Lady Elena*. La noticia se propagó como una corriente eléctrica. Todos los marineros se reunieron sobre cubierta, con más prontitud que si el silbato de Tom Austin les hubiese llamado a la maniobra.

Glenarvan había corrido inmediatamente al encuentro de su esposa.

—¿Ha hablado? —preguntó.

—No —respondió *Lady Elena*—. Pero cediendo a mis súplicas, Ayrton desea veros.

—¡Ah! ¡Querida Elena, habéis triunfado!

—Lo espero, Edward.

—¿Habéis hecho alguna promesa que deba ratificar?

—Una. sola, querido; le he prometido que emplearíais toda vuestra influencia en dulcificar la suerte reservada al desgraciado.

—Bien, mi querida Elena. Que venga Ayrton ahora mismo.

Lady Elena se retiró a su camarote, acompañada de Mary Grant, y el contraмаestre fue conducido a la sala común, donde *Lord Glenarvan* le esperaba.

Capítulo XIX

Una transacción

Luego que el contramaestre estuvo en presencia de Lord Glenarvan, se retiraron los marineros que le custodiaban.

—¿Deseabais hablarme, Ayrton? —dijo Glenarvan.

—Sí, Milord —respondió el contramaestre.

—¿A solas?

—Sí, pero no sería malo que el Mayor Mac Nabbs y *Monsieur* Paganel asistiesen a la conferencia. Sería ventajoso.

—¿Para quién?

—Para mí.

Ayrton hablaba con calma. Glenarvan le miró fijamente, y mandó llamar a Mac Nabbs y a Paganel, que acudieron al momento.

—Os escuchamos —dijo Glenarvan, luego que sus dos amigos tomaron asiento.

Ayrton meditó breves instantes, y dijo:

—Milord, es costumbre que haya testigos en todo contrato o transacción que se celebra entre dos partes, por cuya razón he reclamado la presencia de *Messieurs* Paganel y Mac Nabbs, pues hablando sin tapujos, lo que voy a proponeros es un negocio.

Glenarvan, acostumbrado a las maneras de Ayrton, no pestañeó, por más que un negocio entre él y aquel hombre le pareciese una cosa absurda.

—¿Qué negocio es ése? —preguntó.

—Vais a verlo —respondió Ayrton—. Vos deseáis saber de mí ciertos pormenores que pueden seros útiles. Yo deseo obtener de vos ciertas ventajas que me serán preciosas. Lo uno por lo otro, Milord. ¿Os conviene? ¿Sí o no?

—¿Cuáles son esos pormenores? —preguntó al momento Paganel.

—No —respondió Glenarvan—. ¿Cuáles son esas ventajas?

Ayrton, con una inclinación de cabeza, indicó que comprendía la distinción de Glenarvan.

—Ved —dijo— las ventajas que deseo. Vos, Milord, habéis tenido siempre intención de entregarme a las autoridades inglesas.

—Sí, Ayrton, es muy justo.

—No digo lo contrario —respondió tranquilamente el contraamaestre—. Así, pues, ¿no queréis ponerme en libertad?

Glenarvan vaciló antes de responder a una pregunta tan terminante. De su respuesta dependía tal vez la suerte de Harry Grant.

Sin embargo, prevaleció el sentimiento del deber hacia la justicia humana, y dijo:

—No, Ayrton, no puedo ponerlos en libertad.

—Ni lo pido —respondió con altivez el contraamaestre.

—¿Qué queréis, pues?

—Un término medio, Milord, entre la horca que me espera y la libertad que no podéis concederme.

—¿Y cuál es ese término medio?

—Se reduce a dejarme abandonado en una isla desierta del Pacífico, con los objetos de primera necesidad. Saldré de apuros como Dios me dé a entender, y me arrepentiré, si aún es tiempo.

Glenarvan, que no esperaba semejante salida, miró a sus dos amigos, que permanecían silenciosos. Después de reflexionar algunos instantes, respondió:

—Ayrton, si accedo a lo que me pedís, ¿me diréis todo lo que me interesa saber?

—Sí, Milord, es decir, todo lo que sé acerca del capitán Grant y de la *Britannia*.

—La verdad entera.

—Entera.

—Pero ¿quién me responde de...?

—¡Oh! Sé lo que vais a decir, Milord. No habrá más recurso que fiaros de mi palabra, de la palabra de un malhechor. ¿Qué le vamos a hacer? La situación es tal cual es, y no hay más que tomar o dejar.

—Me fiaré de vos, Ayrton —dijo sencillamente Glenarvan.

—Y haréis bien, Milord. Además, si os engaño, siempre estaréis a tiempo de vengaros. Siempre os quedará un remedio.

—¿Cuál?

—Pasar a buscarme a la isla de la que no habré podido huir.

Ayrton tenía respuesta para todo. Salía al encuentro de todas las dificultades y suministraba en contra suya argumentos sin réplica. Como se ve, afectaba entrar en el negocio que proponía con indiscutible buena fe. Era imposible abandonarse con una confianza más completa. Y, sin embargo, aún fue más lejos en su desinterés.

—Señores —añadió—, deseo que os convenzáis de que juego a cartas vistas. No trato de engañaros, y voy a daros una nueva prueba de mi sinceridad en este negocio. Procedo con franqueza, porque cuento también con vuestra lealtad.

—Hablad, Ayrton —respondió Glenarvan.

—Milord, no habéis dicho aún que accedieseis a mi proposición, y, sin embargo, no vacilo en deciros que lo que sé de Harry Grant es muy poca cosa.

—¡Poca cosa! —exclamó Glenarvan.

—Sí, Milord; los pormenores que puedo comunicaros se refieren a mí, son absolutamente personales, y no contribuirán mucho a haceros encontrar el rastro que habéis perdido.

Un verdadero desencanto se pintó en las facciones de Glenarvan y del Mayor, que creían que el contraamaestre era depositario de un importante secreto, y él mismo confesaba que sus revelaciones serían poco menos que estériles. Paganel permanecía impassible.

Pero la franqueza de Ayrton, que se entregaba, si así puede decirse, sin garantía, impresionó a sus oyentes, sobre todo cuando el contraamaestre añadió para concluir:

—Estáis, por consiguiente, prevenido de antemano, Milord; el negocio será menos ventajoso para vos que para mí.

—No importa —respondió Glenarvan—. Acepto vuestra proposición, Ayrton, y os doy mi palabra de desembarcaros en una isla del océano Pacífico.

—Bien, Milord —respondió el contraamaestre.

¿Se alegró aquel hombre extraño de la decisión que acababa de tomar Glenarvan? No lo sabemos, pues su fisonomía impassible no reveló la menor conmoción. Parecía que negociaba intereses ajenos, y no los suyos propios.

—Estoy pronto a responderos —dijo.

—Nada tenemos que preguntaros —dijo Glenarvan—. Decidnos

lo que sepáis, Ayrton, empezando por declarar quién sois.



—Señores —respondió Ayrton—, soy realmente Tom Ayrton, contramaestre de la *Britannia*. Salí de Glasgow, en el buque de Harry Grant, el 12 de marzo de 1861. Catorce meses pasamos recorriendo juntos los mares del Pacífico, en busca de una posición ventajosa par a fundar en ella una colonia escocesa. Harry Grant era hombre capaz de llevar a cabo grandes empresas, pero él y yo congeniábamos poco, y se suscitaron entre nosotros graves y frecuentes altercados. No se avenía su carácter con el mío. Yo no sé ceder, Milord, y con Harry Grant, cuando toma una resolución, todas las resistencias son imposibles. Es un corazón de hierro para sí mismo y para los otros. Osé rebelarme y procuré sobornar a la

tripulación para insurreccionarse conmigo. Importa poco que tuviese o no razón para conducirme como me conduje. Harry Grant se dejó de chiquitas, y sin encomendarse a Dios ni al diablo, el 8 de abril de 1862 me desembarcó en la costa oeste de Australia.

—¿De Australia? —dijo el Mayor, interrumpiendo la narración de Ayrton—. ¿Habíais, pues, salido de la *Britannia* antes que hiciese escala en el Callao, donde están fechadas sus últimas noticias?

—Sí —respondió el contraamaestre—, pues la *Britannia* no tocó nunca el Callao mientras estuve yo a bordo. Os hablé del Callao en la granja de Paddy O'Moore, porque vuestro relato me dio a conocer semejante circunstancia.

—Continuad, Ayrton —dijo Glenarvan.

—Me hallé, pues, abandonado en una costa casi desierta, pero que sólo distaba veinte millas del presidio de Perth, capital de la Australia occidental. Errando por sus playas, encontré una partida de presidiarios que acababan de evadirse, y me reuní con ellos. Me permitiréis, Milord, que no os refiera las aventuras de mi vida durante los dos años y medio. Basta que os diga que me hice jefe de los desertores bajo el nombre de Ben Joyce. En septiembre de 1864 me presenté en la alquería irlandesa, donde se me admitió como mozo de labor bajo mi verdadero nombre de Ayrton. Allí aguardaba que se me presentase una ocasión propicia para apoderarme de un buque. Un buque era mi sueño dorado. Dos meses después llegó el *Duncan*. Durante vuestra permanencia en la granja, contasteis, Milord, toda la historia del capitán Grant. Entonces supe lo que ignoraba, la arribada de la *Britannia* al Callao, sus últimas noticias fechadas en junio de 1862, dos meses después de mi desembarque, el asunto del documento, la pérdida del buque en un punto del paralelo 37°, y por fin las poderosas razones que teníais para buscar al capitán Harry Grant en el continente australiano. No vacilé. Resolví apoderarme del *Duncan*, maravilloso buque que hubiera dejado atrás a todos los más rápidos de la Marina británica. Pero tenía graves averías y era preciso repararlas. Le dejé al efecto zarpar para Melbourne, y me presenté a vos en mi verdadera condición de contraamaestre, ofreciéndome a conduciros al teatro de un naufragio que yo coloqué con intención en la costa del este de Australia. Tan pronto seguido como precedido a cierta distancia por mi banda de malhechores, dirigí vuestra expedición por la provincia de Victoria.

Mis gentes cometieron en Camden Bridge un crimen inútil, puesto que el *Duncan*, una vez llegado a la costa, no se me podía escapar, y con él era yo el amo del océano. Os conduje sin que desconfiaseis de mí hasta el Snowy River. Los caballos y bueyes cayeron uno tras otro envenenados con *gastrolobium*. A instancias mías... Pero vos sabéis lo restante, Milord, y podéis estar bien seguro de que sin la distracción de *Monsieur* Paganel, yo mandaría a estas horas a bordo del *Duncan*. Tal es mi historia, señores. Desgraciadamente mis revelaciones no pueden haceros encontrar las huellas de Harry Grant, y ya veis que tratando conmigo habéis hecho un mal negocio.

El contraamaestre calló, se cruzó de brazos como tenía por costumbre, y esperó. Glenarvan y sus amigos guardaron silencio. Comprendían que el jefe de los bandidos acababa de decir la verdad de cuanto sabía. No se había apoderado del *Duncan* por una causa independiente de su voluntad. Los cómplices habían llegado a las playas de Twofold Bay, como lo probaba la camisa de presidiario que encontró Glenarvan. Allí, cumpliendo las órdenes de su jefe, habían acechado al yate, hasta que cansados de esperar, habían sin duda vuelto a su oficio de incendiarios y ladrones en la campaña de Nueva Gales del Sur.

El Mayor fue el primero en interrogar, para precisar las fechas relativas a la *Britannia*.

—Es decir —preguntó el Mayor—, ¿que el 8 de abril de 1862 fuisteis desembarcado en la costa oeste de Australia?

—Exactamente —respondió Ayrton.

—¿Y sabéis cuáles eran entonces los proyectos de Harry Grant?

—De una manera vaga.

—Explicaos, Ayrton —dijo Glenarvan—. El menor indicio puede ponernos sobre una pista.

—Lo único que puedo deciros, Milord —respondió el contraamaestre—, es que el capitán Grant tenía intención de visitar Nueva Zelanda, pero esta parte de su programa no se ejecutó durante mi permanencia a bordo. No es, pues, imposible que la *Britannia*, saliendo del Callao, viniese a tomar conocimiento de las tierras de Nueva Zelanda, lo que concordaría con la fecha de 27 de junio de 1862, que asigna el documento al naufragio de la fragata.

—Evidentemente —dijo Paganel.

—Pero —replicó Glenarvan— no hay en el documento una sola de sus palabras truncadas que pueda aplicarse a Nueva Zelanda.

—Nada puedo responder acerca del particular —dijo el contraмаestre.

—Bien, Ayrton —replicó Glenarvan—. Habéis cumplido vuestra palabra, y yo cumpliré la mía. Vamos a resolver en qué isla del océano Pacífico os dejaremos abandonado.

—Lo mismo me da una que otra, Milord —respondió Ayrton—. Todas me son indiferentes.

—Volved a vuestra cámara —dijo Glenarvan—, y esperad nuestra decisión.

El contraмаestre se retiró escoltado por dos marineros.

—Ese malvado pudiera haber sido hombre de provecho —dijo el Mayor.

—Sí —respondió Glenarvan—, está dotado de inteligencia y firmeza. ¿Por qué ha dedicado al mal sus facultades?

—Pero, ¿y Harry Grant?

—Temo que se haya perdido para siempre. ¡Pobres criaturas! ¿Quién podrá decir dónde está su padre?

—¡Yo! —respondió Paganel—. ¡Sí, yo!

Se habrá notado que el geógrafo, tan locuaz y habitualmente tan vivo de genio, apenas despegó los labios durante el interrogatorio de Ayrton. Escuchaba sin decir esta boca es mía. Pero la última palabra que pronunció valía más que cuantas otras hubiera podido proferir, y con ella hizo dar un salto a Glenarvan.

—¡Vos! —exclamó éste—. ¿Vos, Paganel, sabéis dónde está el capitán Grant?

—Sí; sé cuanto acerca del particular es posible saber —respondió el geógrafo.

—¿Y por quién lo sabéis?

—Por este eterno documento.

—¡Ah! —exclamó el Mayor, con un tono de incredulidad completa.

—Escuchad antes, Mac Nabbs —dijo Paganel—, y después podréis encogeros de hombros. No he hablado antes, porque no me hubierais creído. Además, era inútil. Pero ahora me decido, porque la opinión de Ayrton ha venido precisamente a apoyar la mía.

—¿Conque Nueva Zelanda...? —preguntó Glenarvan.

—Oídmeme y juzgaréis —respondió Paganel—. No sin ton ni son, o por mejor decir, no sin *una razón* cometí el error que nos ha salvado. Mientras escribía la carta que me dictaba Glenarvan, la palabra Zelanda me barrenaba los sesos. Voy a decir por qué. Recordaréis que nos hallábamos en la carreta. Mac Nabbs acababa de referir a *Lady* Elena la historia de los desertores de presidio, poniendo en sus manos el número del *Australian and Zealand Gazette*, que relataba la catástrofe de Camden Bridge. En el acto de estar yo escribiendo, el periódico estaba en el suelo, doblado de manera que sólo aparecían dos sílabas de su título. Estas dos sílabas eran *aland*. ¡Qué rayo de luz para mí! *Aland* era precisamente una palabra del documento inglés, una palabra que hasta entonces habíamos traducido por *a tierra*, y que debía ser la terminación del nombre propio *Zealand*.

—¡Toma! —exclamó Glenarvan.

—¡Sí! —prosiguió Paganel con profunda convicción—. Era una interpretación que no se me había ocurrido hasta entonces, ¿y sabéis por qué? Porque mis investigaciones tenían, naturalmente, por punto de partida el documento francés, más completo que los otros, y en él falta esta palabra importante.

—¡Oh! ¡Oh! —dijo el Mayor—. Eso es apurar demasiado. Abusáis de vuestra imaginación, Paganel, y olvidáis con demasiada facilidad vuestras deducciones precedentes.

—Hablad, Mayor, y os contestaré.

—Entonces —continuó Mac Nabbs—, ¿qué pito toca vuestra palabra *austral*?

—El que tocaba antes. Sirve sólo para designar las comarcas *australes*.

—Bueno. ¿Y la sílaba *indi*, que fue primero la radical de *indios*, y después fue la radical de *indígenas*?

—Conforme. La tercera y última vez —respondió Paganel—, será la primera sílaba de la palabra *indigencia*.

—¡Y *contin*! —exclamó Mac Nabbs—. ¿Sigue significando *continente*?

—¡No! No, puesto que Nueva Zelanda no es más que una isla.

—¿Entonces...? —preguntó Glenarvan.

—Querido *Lord* —respondió Paganel—, voy a traduciros el documento según mi tercera interpretación, y juzgaréis. No os haré

más que dos advertencias. Primera: haced lo posible para librar vuestro ánimo de toda preocupación anterior, olvidando o haciendo caso omiso de las interpretaciones precedentes. Segunda: algunas palabras os parecerán forzadas y traídas por los cabellos, pero no tienen ninguna importancia, entre otras la palabra *agonía*, que me choca, pero no acierto a remplazarla con otra. Además, el documento que sirve de base a mi interpretación es el francés, y no debéis olvidar que está escrito por un inglés que podía muy bien no estar familiarizado con los modismos de la lengua francesa. Voy ahora a leer.

Y Paganel, articulando cada sílaba con lentitud, recitó las siguientes frases:

El 27 de junio de 1862, la fragata «Britannia», de Glasgow, ha zozobrado después de una larga agonía en los mares australes, en las costas de Nueva Zelanda (en inglés Zealand). Dos marineros y el capitán Grant han podido abordar a ella, donde continuamente presa de cruel indigencia han arrojado este documento a los de longitud y 37° 11' de latitud. Socorredles, o están perdidos.

La interpretación de Paganel era admisible. Pero precisamente por lo mismo que parecía tan verosímil como las precedentes, podía ser también falsa. Glenarvan y el Mayor no la discutieron. Sin embargo, puesto que las huellas de la *Britannia* no se habían encontrado en las costas de la Patagonia ni en las de Australia, en el punto por donde pasa el paralelo 37°, las probabilidades estaban en favor de Nueva Zelanda.

Esta observación de Paganel llamó mucho la atención de sus amigos.

—¿Ahora —dijo Glenarvan—, querréis decirnos, Paganel, por qué razón durante dos meses no nos habéis dicho una palabra acerca de vuestra nueva interpretación?

—Porque no quería daros vanas esperanzas. Por otra parte, íbamos a Auckland, precisamente al punto de latitud indicado en el documento.

—Pero después, cuando tomamos otra dirección, ¿por qué no hablasteis?

—Porque por justa y fundada que sea mi última interpretación, de nada sirve para salvar al capitán.

—¿Por qué razón, Paganel?

—Porque en la hipótesis de que el capitán Harry Grant haya naufragado en Nueva Zelanda, por el mero hecho de haber transcurrido dos años sin que haya reaparecido, podemos estar seguros de que ha perecido en el naufragio o ha sido víctima de los zelandeses.

—¿De modo que vuestra opinión es...? —preguntó Glenarvan.

—¡Que podríamos encontrar tal vez algunos vestigios del naufragio, pero los náufragos de la *Britannia* están irrevocablemente perdidos!

—Guardad silencio sobre el particular, amigos míos —dijo Glenarvan—, y dejadme escoger una ocasión oportuna para comunicar la infausta noticia a los hijos del capitán Grant.

Capítulo XX

Un grito en la noche

No tardó la tripulación en saber que las revelaciones de Ayrton no habían derramado ninguna luz sobre la misteriosa situación del capitán Grant. El desaliento a bordo fue profundo, porque todos esperaban que el contraмаestre despejaría la incógnita, y el contraмаestre nada sabía que pudiese poner al *Duncan* en el rastro de la *Britannia*.

No se modificó el derrotero que tenía trazado el yate. Sólo faltaba escoger la isla en que Ayrton debía quedar abandonado.

Paganel y John Mangles consultaron los mapas de a bordo. Precisamente en el paralelo 37° había un islote aislado, conocido con el nombre de María Teresa, peñón perdido en medio del océano Pacífico, relegado a la distancia de 3.500 millas de la costa americana y 1.500 de Nueva Zelanda. Al norte, las tierras más cercanas formaban el archipiélago de las Pomotou, bajo el protectorado francés. Al sur, no había nada hasta llegar al banco perpetuamente helado del polo austral. Ningún buque tocaba en aquella isla solitaria, ni llegaba a ella el eco de ningún ruido del mundo. Únicamente los pamperos y petreles, las aves de las tempestades, descansaban en sus playas durante sus largas travesías, y muchos mapas ni siquiera indicaban aquella roca, azotada por las olas del Pacífico.

Si hay algún punto en la Tierra en que deba hallarse el aislamiento absoluto, es precisamente en aquella isla, situada al margen de todas las comunicaciones humanas. Se dio a conocer su situación a Ayrton, y éste se conformó con vivir y morir lejos de sus semejantes. Se dirigió, pues, la proa hacia María Teresa. En aquel momento una línea rigurosamente recta, tirada desde la isla a la bahía de Talcahuano, hubiera pasado por el eje del *Duncan*.

Dos días después, a las dos de la tarde, el vigía dio la voz de *tierra a la vista*. Era María Teresa, baja, prolongada, que apenas sobresalía de las olas, y aparecía como un enorme cetáceo. Distaba aún 30 millas del yate, cuyo tajamar hendía el líquido elemento a una velocidad de 16 nudos por hora.

Poco a poco el perfil del islote se dibujó en el horizonte. El sol, declinando hacia su ocaso iluminaba con toda su luz su caprichosa silueta. Se destacaban a trechos algunas cimas poco elevadas, bañadas por los rayos del astro diurno.

A las cinco, John Mangles creyó distinguir una humareda ligera que subía al cielo.

—¿Es un volcán? —preguntó a Paganel, el cual observaba con el catalejo aquella tierra nueva.

—No sé —respondió el geógrafo—, María Teresa es una isla poco conocida, y pudiera muy bien ser que debiese su origen a una erupción submarina, y tuviese un cráter volcánico.

—¿Pero si la isla procede de una erupción —dijo Glenarvan—, no es de temer que en otra erupción desaparezca?

—No me parece probable —respondió Paganel—. Cuenta ya muchos siglos de existencia, lo que es una garantía. Cuando la isla Julia brotó del Mediterráneo, permaneció poco tiempo fuera de las olas. Desapareció pocos meses después de haber surgido.

—Bien —dijo Glenarvan—. ¿Crees, John, que podemos arrimarnos a tierra antes que sea de noche?

—No, Milord. No debo arriesgar el *Duncan* en medio de las tinieblas en una costa que desconozco. Me mantendré a poco vapor, navegando de vuelta y vuelta, y mañana al rayar el día enviaremos una lancha a tierra.

A las ocho de la noche, María Teresa, aunque sólo estaba a cinco millas a sotavento, no se presentaba más que como una larga sombra, apenas perceptible. Seguía el *Duncan* acercándose a ella.

A las nueve brilló en la oscuridad una luz, un resplandor bastante vivo, inmóvil y permanente.

—Se va confirmando el volcán —dijo Paganel, que observaba con atención.

—Sin embargo —respondió John Mangles—, a esta distancia deberíamos oír el estruendo de la erupción y el viento del este no nos trae el menor ruido.

—En efecto —dijo Paganel—, es un volcán que brilla, pero no habla. Parece, además, que tiene intermitencias como un faro giratorio.

—Tenéis razón —respondió John Mangles—, y, sin embargo, no estamos en una costa alumbrada. ¡Ah —exclamó—, otra luz! ¡Y ésta en la playa! ¡Mirad! ¡Se mueve! ¡Va de un lugar a otro!

John no se engañaba. Apareció una nueva llama, que parecía apagarse de cuando en cuando y se reanimaba súbitamente.

—¿Estará habitada la isla? —dijo Glenarvan.

—Por salvajes, si acaso —respondió Paganel.

—En cuyo caso no podemos dejar en ella al contramaestre.

—No —respondió el Mayor—, sería mal regalo hasta para salvajes.

—Buscaremos alguna otra isla desierta —dijo Glenarvan, que no pudo menos de sonreírse ante los *escrúpulos* de Mac Nabbs—. He prometido a Ayrton salvar su vida, y quiero cumplir mi promesa.

—Por lo que pudiera ser, desconfiemos —añadió Paganel—. Los zelandeses tienen el bárbaro ardid de engañar a los navegantes con luces movedizas para atraerles, como en otro tiempo los habitantes de Cornualles. Bien puede ser que conozcan el engaño los indígenas de María Teresa.

—Arriba un cuarto a la banda —gritó John al timonel—. Mañana al amanecer sabremos a qué atenernos.

En aquel momento Mary Grant y Roberto subieron a la toldilla.

Los dos hijos del capitán, apoyados en la batayola, miraron con tristeza el mar fosforescente y la luminosa estela del *Duncan*. Mary pensaba en el porvenir de Roberto. Roberto pensaba en el porvenir de su hermana. Los dos pensaban en su padre. ¿Existía aún aquel padre adorado? ¿Había que renunciar a él? ¡No, no! ¿Qué sería sin él la vida? ¿Qué sería de ellos sin él? ¿Qué hubiera sido de ellos ya sin *Lord Glenarvan* y *Lady Elena*?

El niño, hecho hombre por el infortunio, adivinaba los pensamientos que atormentaban a su hermana.

Tomó entre las suyas la mano de Mary y le dijo:

—Mary, no se debe nunca desesperar enteramente. Acuérdate de las lecciones que nos daba nuestro padre. La perseverancia lo puede todo en la Tierra, decía. Tengamos, pues, la perseverancia inquebrantable que él tenía y que le hacía superior a todo. Hasta

ahora tú has trabajado para mí, hermana mía; ahora quiero trabajar yo para ti.

—¡Roberto mío! —respondió la joven.

—Quiero decirte una cosa —añadió Roberto—. ¿No te enfadarás si te la digo, Mary?

—¿Por qué me he de enfadar, hermano mío?

—¿Y me dejarás hacer...?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mary, súbitamente inquieta.

—¡Hermana mía! Seré marino...

—¡Me abandonarás! —exclamó la joven, estrechando la mano de Roberto.

—¡Sí, hermana mía, seré marino como mi padre, marino como el capitán John! ¡El capitán John! ¡Tú tendrás, como yo, confianza en el cariño que nos profesa! ¡Me ha prometido hacer de mí un buen marino, y practicaré con él buscando juntos a nuestro padre! ¿No quieres, hermana mía? ¡Es nuestro deber, o al menos el mío, hacer por nuestro padre lo que él hubiera hecho por nosotros! Mi vida se debe toda entera a un solo objeto: buscar, buscar hasta morir al que nunca nos hubiera abandonado. ¡Querida Mary, cuán bueno era nuestro padre!

—¡Y tan noble, tan generoso! —respondió Mary—. ¿Sabes, Roberto, que era ya una de las glorias de nuestro país, y que éste le hubiera contado entre sus grandes hombres, si la suerte no le hubiera detenido en su carrera?

—¡Sí, lo sé! —exclamó Roberto.

Mary Grant estrechó a Roberto contra su corazón. El tierno niño sintió que caían sobre su frente algunas lágrimas.

—¡Mary! ¡Mary! —exclamó—. ¡Digan nuestros amigos lo que quieran, yo espero aún y esperaré siempre! ¡Un hombre como mi padre no muere antes de haber cumplido su misión!

Mary Grant no pudo responder. La ahogaban los sollozos. La idea de que se practicarían nuevas tentativas para averiguar el paradero de Harry Grant, pues la abnegación del joven capitán no reconocía ningún límite, hacía entrecuchar en su alma los más vivos sentimientos.

—¿El capitán John espera aún? —preguntó.

—Sí —respondió Roberto—. Es un hermano que no nos abandonará jamás. Seré marino, ¿no es verdad, hermana? ¡Marino

para buscar a mi padre con él! ¿No quieres?

—Sí, quiero —respondió Mary—. ¡Pero separarnos! —murmuró.

—No te quedarás sola, Mary. Lo sé. Mi amigo John me lo ha dicho. *Lady* Elena no te permitirá separarte de ella. Tú eres mujer; puedes, debes aceptar sus beneficios. Sería ingratitud rehusarlos. ¡Pero un hombre, mi padre me lo ha dicho mil veces, un hombre debe labrar él mismo su suerte!

—¿Y qué será de nuestra querida casa de Dundee, tan llena de recuerdos?

—¡La conservaremos, hermanita! Todo eso está ya bien arreglado por nuestro amigo John y por *Lord* Glenarvan. El noble *Lord* te tendrá en su palacio de Malcolm como si fueses su hija. Así se lo ha dicho a mi amigo John, y John me lo ha repetido. Tú estarás allí como en tu casa teniendo con quién hablar de nuestro padre, hasta que John y yo te lo presentemos un día. ¡Ah! ¡Qué hermoso día será aquél! —exclamó Roberto radiante de entusiasmo.

—¡Hermano mío, hijo mío! —respondió Mary—. ¡Cuán feliz sería nuestro padre si pudiese oírte! ¡Cómo te pareces, Roberto mío, a nuestro padre tan adorado! Cuando seas hombre, serás como él, serás él mismo.

—¡Dios te oiga, Mary! —dijo Roberto con santo y filial orgullo.

—¿Pero cómo pagaremos a *Lord* y *Lady* Glenarvan lo mucho que les debemos? —añadió Mary Grant.

—¡Oh! ¡Muy fácilmente! —añadió Roberto con su confianza de niño—. ¡Se les ama, se les venera, se les bendice, se les abraza, y un día, a la primera ocasión que se presente, se hace uno matar por ellos!

—Al contrario, vive por ellos —exclamó la joven, cubriendo de besos la frente de su hermano—. Ellos lo preferirán..., y yo también.

Después, entregándose a la corriente de sus ensueños, los dos hijos del capitán se miraron silenciosos en la vaga oscuridad de la noche. Sin embargo, mentalmente, aún conversaban, y se interrogaban, y se respondían. El mar tranquilo se mecía en prolonga das ondulaciones, y con la hélice agitaba en la sombra luminosos remolinos.

Entonces se produjo un incidente extraño y verdaderamente sobrenatural. El hermano y la hermana, por una de esas

comunicaciones magnéticas que unen misteriosamente entre sí las almas simpáticas, experimentaron a la vez y en el mismo instante una alucinación idéntica.

De en medio de las olas, alternativamente oscuras y luminosas, Mary y Roberto creyeron que se desprendía una voz profunda y quejumbrosa que hizo vibrar todas las fibras de su corazón.

—¡A mí! ¡A mí! —gritaba la voz que los dos hermanos creyeron oír.

—Mary —dijo Roberto—, ¿has oído? ¿Has oído?

E inclinándose los dos hacia el mar, interrogaron las profundidades de la noche.

Pero nada vieron, no vieron más que la sombra sin fin que ante ellos se extendía.

—Roberto —dijo Mary, pálida de ansiedad—, he creído... Sí, he creído, como tú... ¡Estamos los dos calenturientos y delirantes, Roberto mío...!

Pero un nuevo grito llegó a sus oídos, y la ilusión fue entonces tan completa, que los dos hermanos prorrumpieron en la misma exclamación salida del fondo de su alma.



—¡Mi padre! ¡Mi padre...!

Aquello era demasiado para Mary Grant. Quebrantada por la conmoción, cayó desvanecida en brazos de su hermano.

—¡Socorro! —gritó éste—. ¡Mi hermana! ¡Mi padre! ¡Socorro!

El timonel corrió hacia la joven. Acudieron los marineros que estaban de guardia, y luego John Mangles, *Lady Elena* y Glenarvan, súbitamente despertados.

—¡Mi hermana se muere, y mi padre está allí! —gritaba Roberto señalando las olas.

Nadie comprendía sus palabras.

—Sí —repetía—. ¡Mi padre está allí! ¡He oído la voz de mi padre! ¡Mary la ha oído también!

Y en aquel momento, Mary Grant, vuelta en sí de su desmayo,

extraviada, loca, exclamaba igualmente:

—¡Mi padre! ¡Mi padre está allí!

La desgraciada joven, levantándose e inclinándose por la batayola, quería arrojarle al mar.

—¡Milord! ¡Lady Elena! —repetía juntando las manos—. ¡Os digo que mi padre está allí! ¡Os aseguro que he oído su voz que salía del seno de las olas como un lamento, como un último adiós!

Entonces nuevos espasmos y nuevas convulsiones atacaron a la pobre joven, que no tuvo fuerzas para sostenerse, y fue preciso llevarla a su camarote, donde *Lady Elena* la siguió par a cuidarla, en tanto que Roberto repetía:

—¡Mi padre! ¡Mi padre está allí! ¡Estoy de ello seguro, Milord!

Los testigos de aquella dolorosa escena comprendieron que los dos hijos del capitán habían sido juguete de una ilusión. ¿Pero cómo desimpresionar sus sentidos, tan violentamente engañados?

Glenarvan lo intentó. Cogió por la mima a Roberto, y le dijo:

—¿De veras has oído la voz de tu padre?

—Sí, Milord. ¡Allí, en medio de las olas! Gritaba: ¡A mí! ¡A mí!

—¿Y has reconocido su voz?

—Sí, he reconocido su voz! ¡Oh, sí! ¡Os lo juro! ¡Mi hermana la ha oído y reconocido como yo! ¿Cómo queréis que nos hayamos engañado los dos? ¡Milord, volemós al auxilio de mi padre! ¡Una lancha! ¡Una lancha!

Glenarvan se convenció de que era imposible desengañar al pobre niño. Con todo, hizo una última prueba y llamó al timonel.

—Hawkins —le preguntó—, ¿estabais en el timón cuando se desmayó *Miss Mary*?

—Sí, Milord —respondió Hawkins.

—¿Y no habéis visto ni oído nada?

—Nada.

—Ya lo ves, Roberto.

—Si hubiera sido el padre de Hawkins —respondió el joven con indomable energía—, Hawkins no diría que no ha oído nada. ¡Era mi padre, Milord! ¡Mi padre! ¡Mi padre...!

La voz de Roberto se extinguió en un sollozo. Pálido y mudo, perdió a su vez el conocimiento.

Glenarvan le hizo llevar a su cama, y la pobre criatura, rendida por la conmoción, cayó en un sopor profundo.

—¡Pobres huérfanos! —dijo John Mangles—. ¡Dios les somete a pruebas demasiado terribles!

—Sí —respondió Glenarvan—, el exceso de dolor habrá producido en los dos a un mismo tiempo una alucinación análoga.

—¡En los dos! —murmuró Paganel—. ¡No deja de ser raro! La ciencia pura no admitiría semejante coincidencia.

Y después, mirando a su vez el mar, Paganel hizo señal a todos que callasen, y escuchó atentamente.

El silencio era profundo. Paganel cogió la bocina y llamó con toda la fuerza de sus pulmones. Nadie le respondió.

—¡Es cosa rara! —repetía el geógrafo, volviendo a su camarote—. No basta para explicar el fenómeno una íntima simpatía de pensamientos y dolores.

A las cinco de la mañana del día siguiente, 8 de marzo, los pasajeros, entre ellos Roberto y Mary, pues fue de todo punto imposible impedirles salir de su camarote, estaban sobre cubierta en el *Duncan*. Todos querían examinar aquella tierra que la víspera no habían hecho más que entrever confusamente.

Los anteojos se pasearon ávidamente por los principales puntos de la isla, que el yate costeaba a una milla de distancia. La mirada podía distinguir los más insignificantes accidentes del terreno.

De repente, Roberto lanzó un grito. Pretendía estar viendo dos hombres que corrían y gesticulaban, en tanto que otro agitaba una bandera.

—¡El pabellón de Inglaterra! —exclamó John Mangles, que había cogido su antejo.

—¡Verdad es! —exclamó Paganel, volviéndose de pronto hacia Roberto.

—Milord —dijo éste muy agitado y tembloroso—. Milord, si no queréis que vaya a la isla a nado, mandad echar un bote al agua. ¡Ah! ¡Milord! ¡Os pido de rodillas que me dejéis llegar el primero a tierra!

Nadie a bordo se atrevía a hablar. ¡Cómo era posible que en aquel islote atravesado por el paralelo 37° hubiese tres hombres, tres naufragos, tres ingleses! ¡Y contrayéndose a los acontecimientos de la víspera, todos meditaron acerca de aquella voz oída por Roberto y Mary en el silencio de la noche...! Los dos hermanos no se habían tal vez engañado enteramente; podía muy bien haber

llegado a ellos un grito, ¿pero era su padre quien lo dio? ¡No! ¡Mil veces no! Y pensando en la horrible decepción que aguardaba a las pobres criaturas, no había quien no temiese que aquella prueba fuera superior a sus fuerzas. ¿Pero cómo oponerse a que se sometiesen a ella? Glenarvan no tuvo valor para tanto.

—¡La lancha! —exclamó.

En un minuto la lancha fue echada al agua, y los dos hijos del capitán, Glenarvan, John Mangles y Paganel, saltaron a ella, que se separó rápidamente del yate, impelida por los remos de seis vigorosos marineros.

Al llegar a diez toesas de la costa, Mary lanzó un grito desgarrador:

—¡Padre mío!



Había un hombre en la playa colocado entre otros dos. Su estatura era elevada, y su fisonomía, dulce y atrevida a un mismo tiempo, ofrecía una expresiva mezcla, una armoniosa combinación de las hermosas facciones de Mary y Roberto Grant. Era el hombre que con tanta frecuencia habían descrito los dos hermanos. Su corazón no les había engañado. ¡Era su padre! ¡Era el capitán Grant!

El capitán oyó el grito de Mary, abrió los brazos y cayó como herido por un rayo.

Capítulo XXI

La isla Tabor

Nadie se muere de alegría, puesto que el padre y los hijos volvieron a la vida antes de ser trasladados al yate. ¿Cómo se ha de pintar aquella escena? Las palabras son insuficientes. Toda la tripulación lloraba viendo aquellos tres seres confundidos en un silencioso abrazo.

Mary Grant, al llegar sobre cubierta, se puso de rodillas. El piadoso escocés, al pisar lo que él llamaba ya el suelo de la patria, quiso dar gracias a Dios por su salvación antes que a los demás que habían contribuido a ella.

Dirigiéndose luego a *Lady* Elena, a *Lord* Glenarvan y a sus compañeros, les manifestó su gratitud con conmovido acento. En el breve tiempo que duró la travesía de la isla al yate, sus hijos, en pocas palabras, le habían referido toda la historia del *Duncan*.

¡Qué inmensa deuda había contraído con aquella noble mujer y sus compañeros! ¿No habían todos, desde *Lord* Glenarvan hasta el último marinero, luchado y sufrido por él? Harry Grant expresó la gratitud que rebosaba de su corazón, con tanta sencillez y nobleza, eran tan puros y dulces los sentimientos que resplandecían en su varonil semblante, que toda la tripulación se sintió recompensada con creces por sus padecimientos. Hasta el impasible Mayor derramó una lágrima que no pudo contener. El digno Paganel lloraba como un niño que no trata de ocultar su llanto.

Harry Grant no se cansaba de mirar a su hija, la encontraba bella, encantadora, y lo decía y repetía en voz alta, tomando a *Lady* Elena por testigo, como para certificar que su amor paternal no le cegaba. Después, dirigiéndose a su hijo, exclamó con entusiasmo:

—¡Cuánto ha crecido! ¡Es un hombre!

Y prodigaba a aquellos dos seres tan queridos todo el acopio de

besos acumulados en su corazón durante dos años de ausencia.

Roberto le presentó sucesivamente todos sus amigos, halló medio de variar sus fórmulas, aunque de cada uno de ellos tenía que decir lo mismo. Porque todos, sin excepción alguna, se habían conducido perfectamente con los dos huérfanos. Cuando llegó el turno a John Mangles, el capitán se sonrojó como una virgen y su voz temblaba al contestar al padre de Mary.

Lady Elena refirió entonces al capitán Grant el viaje, y le llenó de orgullo con los merecidos elogios que hizo de su hijo y de su hija.

Harry Grant supo las hazañas del joven héroe, y que había ya, tan niño como era, pagado a *Lord* Glenarvan una parte de la deuda paterna. John Mangles, a su vez, habló de Mary en términos tales, que Harry Grant, informado por algunas palabras de *Lady* Elena, puso la mano de su hija en la del denodado capitán, y dirigiéndose a *Lord* y *Lady* Glenarvan, dijo:

—¡Milord, y vos, bondadosa *Lady*, bendigamos a nuestros hijos!

Cuando todo se hubo dicho y repetido mil veces, Glenarvan informó a Harry Grant de lo que a Ayrton concernía. Grant confirmó las aserciones del contraamaestre respecto de su desembarque en la costa australiana.

—Es —añadió— un hombre inteligente y audaz, a quien las pasiones han lanzado al mal camino. ¡Puedan la reflexión y el arrepentimiento inspirarle sentimientos mejores!

Pero antes que Ayrton fuese trasladado a la isla Tabor, Harry Grant quiso hacer a sus nuevos amigos los honores de su solitario peñasco, y les invitó a visitar su casa de madera y a sentarse a la mesa del Robinsón oceánico.

Glenarvan y sus huéspedes aceptaron con el mayor gusto; Roberto y Mary Grant ardían en deseos de visitar aquellas soledades en que el capitán les había llorado tanto.

Se echó al agua la lancha, y el padre con sus dos hijos, *Lord* y *Lady* Glenarvan, el Mayor, John Mangles y Paganel, desembarcaron en las playas de la isla.

Algunas horas bastaron para recorrer los dominios de Harry Grant. Aquella isla no era más que la cresta de una montaña submarina, una meseta en que abundaban entre restos volcánicos las rocas de basalto. En las épocas geológicas de la Tierra, aquel

monte se había levantado poco a poco de las profundidades del Pacífico por la acción de los fuegos subterráneos; pero hacía ya siglos que el volcán se había convertido en una montaña pacífica, y cegado su cráter, no era ya más que un islote, como otro cualquiera, que sobresalía de la líquida llanura. Después se formó el *humus* o tierra vegetal, y la vegetación se apoderó de ella. Algunos balleneros al pasar desembarcaron animales domésticos, cabras y cerdos, que se multiplicaron en estado salvaje; y la Naturaleza exhibió producciones de los tres reinos en aquella isla perdida en medio del océano.

Cuando en ella se refugiaron los náufragos de la *Britannia*, la mano del hombre regularizó los esfuerzos de la Naturaleza. En dos años y medio Harry Grant y sus marineros metamorfosearon su islote. Algunos acres de tierra, cultivados con esmero, producían legumbres de excelente calidad.

Los visitantes llegaron a la casa sombreada por verdes gomereros. Delante de sus ventanas se extendía el mar con toda su magnificencia, rielando en él los rayos del sol. Harry Grant hizo colocar la mesa a la sombra de los hermosos árboles, y todos se sentaron en torno a ella. Un jigote de cabra, pan de *nardou*, algunos tarros de leche, dos o tres achicorias silvestres y agua clara y fresca, constituyeron los elementos de aquella sencilla comida, digna de los pastores de la Arcadia.

Paganel estaba encantado. Se le subían a la cabeza todas sus antiguas ideas robinsonescas.

—No tendrá de qué quejarse ese tunante de Ayrton —exclamó en un arrebato de entusiasmo y casi de envidia—. Este islote es un paraíso.



—Sí —respondió Harry Grant—, un paraíso para tres pobres náufragos que el cielo les envió. Sólo siento que María Teresa no sea una isla vasta y fértil, con un río en lugar de un arroyo, y un puerto en lugar de una mala ensenada, azotada por las olas cuando soplan vientos de fuera.

—¿Por qué lo sentís, capitán? —dijo Glenarvan.

—Porque aquí hubiera echado los cimientos de la colonia en el Pacífico de que quiero dotar a Escocia.

—¡Ah, capitán Grant! —dijo Glenarvan—. ¿No habéis, pues, abandonado la idea que tan popular os ha hecho en nuestra vieja patria?

—No, Milord, y Dios no me ha salvado por medio de vuestras generosas manos sino para permitirme su realización. Es preciso que nuestros pobres hermanos de la antigua Caledonia, todos los

que sufren, encuentren un refugio contra la miseria en una tierra nueva. Es preciso que nuestra querida patria posea en estos mares una colonia suya, exclusivamente suya, en que encuentre un poco de la independencia y bienestar de que carece en Europa.

—¡Muy bien dicho, capitán Grant! —respondió *Lady Elena*—. Vuestro proyecto es magnífico y digno de un gran corazón. ¿Pero este islote?

—No, señora, es una roca que sirve todo lo más para alimentar a unos cuantos colonos, y nosotros necesitaremos una tierra vasta y fértil, que encierre todos los tesoros de las primeras edades.

—Pues bien, capitán —exclamó *Glenarvan*—, el porvenir es nuestro, y buscaremos juntos esa tierra de promisión.

Harry Grant y *Lord Glenarvan*, con un entusiasta apretón de manos, ratificaron esta promesa.

Después, en aquella misma tierra, en aquella humilde casa, quisieron conocer toda la historia de los naufragos de la *Britannia*, durante los dos largos años que pasaron en ella abandonados.

Harry Grant, sin hacerse de rogar, satisfizo al momento el deseo de sus nuevos amigos.

—Mi historia —dijo— es la de todos los Robinsones arrojados a una isla, los cuales, no pudiendo contar más que con Dios y consigo mismos, contraen el deber de disputar su vida a los elementos.

»En la noche del 26 al 27 de junio de 1862, la *Britannia*, desmantelada por seis días de desatado temporal, se estrelló contra las rocas de María Teresa. El mar estaba alborotado, el salvamento era imposible, pereció toda mi desventurada tripulación. Únicamente mis dos marineros, Bob Learce y Joe Bell, y yo, pudimos ganar la costa después de muchas tentativas infructuosas.

»La tierra que nos dio asilo no era más que un islote desierto de dos millas de ancho y cinco de largo, con pequeños bosques en el interior, algunas praderas y un manantial de agua fresca que afortunadamente no se ve nunca seco. Solo con mis dos marineros, en este rincón del mundo, no desesperaba. Puse mi confianza en Dios, y me apresté resueltamente a la lucha. Bob y Joe, mis buenos compañeros de infortunio, me ayudaron enérgicamente.

»Como nuestro modelo, el Robinson ideal de Daniel Defoe, empezamos por recoger los despojos del buque, herramientas, un poco de pólvora, armas y un saco de preciosos granos. Los primeros

días fueron penosos, pero luego la caza y la pesca nos suministraron una alimentación suficiente, pues en el interior de la isla abundan las cabras salvajes y en sus costas los animales marinos. Nuestra existencia se organizó poco a poco regularmente.

»Yo conocía exactamente la situación de la isla, gracias a mis instrumentos que pude salvar del naufragio. Vi que estábamos colocados fuera del derrotero de todos los buques, y que sólo podíamos ser recogidos por un azar providencial. Pensando en los que me eran queridos y que no esperaba volver a ver, acepté valerosamente esta prueba, y el nombre de mis dos hijos se mezcló todos los días a mis oraciones.

»Sin embargo, trabajamos con afán. Quedaron muy pronto sembrados algunos acres de tierra; patatas, achicorias y acederas amenizaron nuestra comida ordinaria, y además varias legumbres procedentes de las que había en la *Britannia*. Cogimos algunas cabras, que se domesticaron fácilmente. Tuvimos leche y manteca. El *nardou*, que creía en los *creeks* o arroyos secos, nos suministró una especie de pan bastante sustancioso, y la materialidad de la vida no nos inspiró ya ningún cuidado.

»Con los restos de la *Britannia* habíamos construido una casa de tablas, que cubrimos con velas bien embreadas, y en ella pasamos perfectamente la estación de las lluvias. Bajo su techo discutimos muchos planes, muchos ensueños, de los cuales el mejor acaba de realizarse.

»Tuve al principio la idea de lanzarme al mar en una lancha construida con los restos del buque, pero 1.500 millas nos separaban de la tierra más cercana, es decir, de las islas del archipiélago Pomotou. Ningún barquichuelo hubiera resistido tan larga travesía. Renuncié, pues, a mi idea, y no esperaba mi salvación sino de una intervención divina.

»¡Ah! ¡Pobres hijos míos! ¡Cuántas veces, desde lo alto de los acantilados de la costa, habíamos aguardado la aparición de un buque que pasase en lontananza! En todo el tiempo que ha durado nuestro destierro, no hemos distinguido en el horizonte más que dos o tres velas que desaparecieron inmediatamente. Así han transcurrido dos años y medio. No esperábamos ya, pero no desesperábamos aún.

»En fin, ayer subí al más alto acantilado de la isla desde el cual

percibí hacia el oeste una leve humareda, que poco a poco fue creciendo. No tardé en ver un buque, que parecía dirigirse hacia nosotros. ¿Pero no era natural que pasase de largo, no ofreciendo este islote ningún punto de escala?

»¡Ay! ¡Qué día de angustias! ¿Cómo no se hizo pedazos mi corazón en mi pecho? Mis compañeros levantaron una hoguera en uno de los picos de María Teresa. Vino la noche, sin que el yate hiciese señal alguna para darnos a entender que nos había comprendido. ¡Y, sin embargo, nuestra única salvación estaba en el yate! ¿Íbamos, pues, a verle desaparecer para siempre?

»No vacilé; el momento era decisivo. La oscuridad iba en aumento. Podía el buque doblar la isla durante la noche. Me arrojé al mar y me dirigí a él. La esperanza triplicaba mis fuerzas. Hendí las olas con un vigor sobrehumano. ¡Llegué cerca del yate, separándome apenas de él treinta brazas, cuando viró en redondo!

»Entonces lancé gritos desesperados, los gritos que únicamente oyeron mis hijos, y que no eran una ilusión.

»Después volví a la playa, extenuado por la emoción y rendido de cansancio. Mis dos marineros me recogieron medio muerto. Horrible noche ha sido la última que hemos pasado en la isla y nos creíamos abandonados para siempre cuando, al amanecer del día de hoy, he visto el yate que navegando de vuelta y vuelta se acercaba poco a poco. Echasteis la lancha al agua... Estábamos salvados, y ¡divina bondad del cielo! ¡Mis hijos, mis adorados hijos, estaban allí, tendiéndome los brazos!

Harry Grant terminó su relato entre los besos y caricias de Mary y de Roberto. Hasta entonces no supo el capitán que debía su salvación a aquel documento, que era casi un jeroglífico, encerrado por él, ocho días después de su naufragio, en una botella que confió a los caprichos de las olas.

Pero ¿en qué estaba pensando Santiago Paganel durante la narración del capitán Grant? El digno geógrafo daba vueltas y más vueltas en su cabeza a las palabras del documento. Repasaba las tres interpretaciones sucesivas, falsas las tres. ¿De qué manera estaba indicada la isla de María Teresa en aquellos papeles roídos por el mar?

Paganel no pudo contenerse por más tiempo, y, cogiendo la mano de Harry Grant, exclamó:

—Capitán, ¿queréis decirme el contenido de vuestro indescifrable documento?

Esta pregunta del geógrafo excitó la curiosidad general, porque después de nueve meses de investigaciones inútiles, iban a conocer la clave del enigma.

—Y bien, capitán —preguntó Paganel—, ¿os acordáis de los términos precisos del documento?

—¿No he de acordarme —respondió Harry Grant—, si no ha pasado un solo día sin que me hayan venido a la memoria los vocablos de un documento en que cifrábamos nuestra única esperanza?

—¿Y qué vocablos son, capitán? —preguntó Glenarvan—. Hablad pronto, porque nuestro amor propio está herido en lo más vivo.

—Estoy pronto a satisfacer vuestra curiosidad —respondió Harry Grant—. Pero ya sabéis que para multiplicar las probabilidades de salvación, había encerrado en la botella tres documentos escritos en tres lenguas diferentes. ¿Cuál deseáis conocer?

—¿No son acaso idénticos? —preguntó Paganel.

—Sí, a excepción de un nombre.

—Pues bien, citad el documento francés —repuso Glenarvan—, que es el que más han respetado las olas, y ha servido principalmente de base a nuestras interpretaciones.

—El documento, Milord, dice así textualmente —respondió Harry Grant.

«El 27 de junio de 1862, la fragata *Britannia*, de Glasgow, se ha perdido a quince leguas de la Patagonia, en el hemisferio austral. Arrojados a tierra, dos marineros y el capitán Grant han llegado a la isla Tabor...».

—¡Hola! —dijo Paganel.

«Allí —prosiguió Harry Grant—, continuamente víctimas de cruel indigencia, han echado este documento a los 150° de longitud y 37° 11' de latitud. Socorredlos o están perdidos».

Al nombre de Tabor, Paganel se había levantado como impelido por un resorte, y no pudiéndose contener, exclamó:

—¡Cómo! ¡La isla Tabor! ¡Pero ésta es la isla María Teresa!

—Sin duda, *Monsieur* Paganel —respondió Harry Grant—. María Teresa en los mapas ingleses y alemanes, pero Tabor en los mapas

franceses.

En aquel momento cayó sobre la espalda de Paganel un puñetazo que le hizo doblegarse. La verdad obliga a decir que se lo descargó el Mayor, faltando por primera vez a su gravedad y formalidad acostumbradas.

—¡Geógrafo! —dijo Mac Nabbs, con el tono del más profundo desprecio.

Pero Paganel no sintió el golpe. ¿Qué era aquel puñetazo comparado con la bofetada geográfica que le dejó atontado?

Paganel, como le dijo el capitán Grant, se había ido acercando poco a poco a la verdad. Había descifrado casi enteramente el indescifrable documento. Los nombres de Patagonia, Australia y Nueva Zelanda se le habían presentado sucesivamente con una certeza irrecusable. *Contin*, en un principio *continente*, había poco a poco adquirido su verdadera significación de *continuamente*. *Indi*, había significado sucesivamente *indios*, *indígenas* y, por último, *indigencia*, que era su verdadero sentido. Únicamente había burlado la sagacidad del geógrafo la palabra roída *abor*, de la cual Paganel había hecho obstinadamente la radical del verbo *abordar*, cuando era el nombre propio, el nombre francés de la isla de Tabor, de la isla que servía de refugio a los naufragos de la *Britannia*. El error era difícil de evitar, en atención a que los planisferios ingleses del *Duncan* daban a aquel islote el nombre de María Teresa.

—¡No importa! —exclamaba Paganel, arrancándose los cabellos—. ¡Yo no debí olvidar esta doble denominación! ¡He cometido una falta imperdonable, un error indigno de todo un secretario de la Sociedad de Geografía! ¡Estoy deshonrado!

—¡Pero *Monsieur* Paganel —dijo *Lady* Elena—, moderad vuestro dolor!

—¡No, señora, no! ¡No soy más que un asno!

—¡Y ni siquiera un asno sabio! —respondió el Mayor para su consuelo.

Terminada la comida, Harry Grant puso en orden todas las cosas de su casa, sin llevarse absolutamente nada, pues quería que el culpable heredase las riquezas del hombre honrado.

Volvieron todos a bordo. Glenarvan pensaba zarpar el mismo día, y dio las correspondientes órdenes para el desembarque del contra maestre. Ayrton fue conducido a la toldilla y se encontró en

presencia de Harry Grant.

—Soy yo, Ayrton —dijo Grant.

—Lo veo, capitán —respondió Ayrton, sin que el encuentro de Harry Grant le causase el menor asombro—. ¡Pues bien! No siento veros con buena salud.

—Parece, Ayrton, que cometí una falta al desembarcaros en una tierra habitada.

—Así parece, capitán.

—Vais a remplazarme en esa isla desierta. ¡Quiera el cielo inspiraros arrepentimiento!

—¡Así sea! —respondió Ayrton tranquilamente.

Después, Glenarvan se dirigió a él diciéndole:

—¿Persistís, Ayrton, en la resolución de quedar abandonado?

—Sí, Milord.

—¿La isla de Tabor os conviene?

—Perfectamente.

—Ahora, oíd mis últimas palabras, Ayrton. Vais a estar alejado de todo el mundo y sin comunicación posible con vuestros semejantes. Los milagros son raros, y no podréis huir de ese islote en que el *Duncan* os deja. Estaréis solo bajo la mirada de un Dios que lee en lo más profundo de los corazones, pero no quedaréis perdido ni ignorado, como ha estado el capitán Grant. Por indigno que seáis del recuerdo de los hombres, éstos se acordarán de vos. Sé dónde estaréis, Ayrton, sé dónde podré encontraros, y no lo olvidaré jamás.

—¡Dios conserve a Vuestro Honor! —respondió sencillamente Ayrton.

Tales fueron las últimas palabras que mediaron entre Glenarvan y el contraamaestre. La lancha estaba esperando. Ayrton bajó a ella.

John Mangles había hecho transportar de antemano a la isla algunas cajas de cecina y otros alimentos salados y en conserva, vestidos, herramientas, armas y una buena provisión de pólvora y balas. El contraamaestre podía pues, regenerarse por medio del trabajo. Nada le faltaba, ni siquiera libros, entre otros la Biblia, tan querida de los ingleses.

La hora de la separación había llegado. La tripulación y los pasajeros estaban sobre cubierta. Había más de uno que sentía oprimírsele el corazón. Mary Grant y *Lady* Elena estaban

profundamente conmovidas.

—¿Es preciso absolutamente? —preguntó la joven esposa a su marido—. ¿Es forzoso que quede abandonado ese infeliz?

—Es indispensable, Elena —respondió *Lord Glenarvan*—. Es necesaria la expiación.

En aquel momento, la lancha dirigida por John Mangles empezó a separarse del yate. Ayrton, en pie, siempre impasible, se quitó el sombrero y saludó gravemente.

Glenarvan se descubrió, y toda la tripulación lo mismo, como se hace delante de un hombre que va a morir, y la lancha se alejó más y más en medio de un profundo silencio.



Ayrton saltó a la playa, y la lancha volvió al yate. Eran entonces las cuatro de la tarde, y desde lo alto de la toldilla, los pasajeros pudieron ver al contramaestre que, con los brazos cruzados, inmóvil sobre un peñasco como una estatua sobre su pedestal, miraba fijamente al buque.

—¿Zarpamos, Milord? —preguntó John Mangles.

—Sí, John —respondió Glenarvan, más conmovido de lo que quería aparentar.

—*Goead!* —gritó John al maquinista.

El vapor silbó, la hélice azotó las olas, y a las ocho los últimos penachos de la isla Tabor desaparecieron en las sombras de la noche.

Capítulo XXII

La última distracción de Santiago Paganel

El 18 de marzo, once días después de haber zarpado de la isla, el *Duncan* avistó la costa americana, y al día siguiente fondeó en la bahía de Talcahuano.

Llegaba a ella después de un viaje de cinco meses, durante el cual, siguiendo rigurosamente la línea del 37° paralelo, había dado la vuelta al mundo. Los pasajeros de tan memorable expedición, sin precedentes en los anales del *Traveller's club*, acababan de atravesar Chile, las Pampas, la República Argentina, el Atlántico, las islas de Tristán da Cunha, el océano Índico, las islas de Amsterdam, Australia, Nueva Zelanda, la isla Tabor y el Pacífico. Sus esfuerzos no habían sido estériles, puesto que devolvían a su patria a los náufragos de la *Britannia*.

Ni uno solo de aquellos buenos escoceses, que partieron a la voz de su *laird*, faltaba al llamamiento; todos volvían a su vieja Escocia, y su expedición recordaba la batalla sin lágrimas de la historia antigua.

El *Duncan*, después de refrescar sus víveres, siguió a lo largo de las costas de la Patagonia, dobló el cabo de Hornos y cruzó el océano Atlántico.

No ha habido jamás un viaje menos accidentado. El yate llevaba en su seno un cargamento de felicidad. No había ya ningún secreto a bordo, ni siquiera el de los amores de John Mangles y Mary Grant.

Un misterio había, sin embargo, un misterio que daba mucho que hacer y cavilar a Mac Nabbs. ¿Por qué Paganel permanecía siempre herméticamente cerrado dentro de su traje y con un tapabocas encima de la corbata que le cubría hasta las orejas? El Mayor estaba en ascuas deseando profundizar el arcano de tan singular manía. Pero a pesar de las preguntas, alusiones y sospechas

de Mac Nabbs, Paganel no se desabrochaba.

No se desabrochó, ni cuando el *Duncan* pasó la línea y el alquitrán de las juntas de la cubierta se derretía bajo un calor de 50°.

—Tan distraído es, que se cree en San Petersburgo —decía el Mayor, viendo al geógrafo envuelto en una inmensa hopalanda, como si el mercurio estuviese helado en el termómetro.

En fin, el 9 de mayo, cincuenta y tres días después de haber salido de Talcahuano, John Mangles divisó Saint Georges, atravesó el mar de Irlanda, y el 19 de mayo penetró en el golfo del Clyde. A las once ancló en Dumbarton.

A las dos de la tarde, sus pasajeros llegaron a Malcolm Castle, en medio de los hurras de los *highlanders*.



Estaba, pues, escrito que Harry Grant y sus dos compañeros serían salvados, que John Mangles se casaría con Mary Grant en la antigua catedral de Saint Mungo, donde el reverendo Paxton, después de haber rogado nueve meses antes por la salvación del padre, bendijo el matrimonio de su hija y de su salvador. Estaba, pues, escrito que Roberto sería marino como Harry Grant, marino como John Mangles, y que con ellos acometería de nuevo la gran empresa del capitán, bajo la alta protección de *Lord Glenarvan*.

¿Pero estaba escrito que Santiago Paganel no moriría soltero? Probablemente.

En efecto, el sabio geógrafo, después de sus heroicas hazañas, no podía librarse de la celebridad. Sus distracciones metieron mucho ruido en la alta sociedad escocesa. Las gentes de alto copete se lo disputaban, y ni tiempo le dejaban para corresponder debidamente a todas las atenciones de que era objeto.

Entonces fue cuando una amable señorita de treinta años, nada menos que prima del Mayor Mac Nabbs, asaz extravagante, pero amable y encantadora aún, se prendó de las singularidades del geógrafo y le ofreció su mano. Había de por medio cuatro millones de dote, de los cuales no se hizo mención.

Lejos estaba Paganel de ser indiferente a los sentimientos de *Miss Arabella*, pero no se atrevía a tomar una resolución definitiva.

El Mayor intervino, queriendo unir aquellos dos corazones formados el uno para el otro, y dijo a Paganel que el matrimonio era ya la última distracción que podía permitirse.

Paganel estaba perplejo, por una singularidad extraña, y no se decidía a articular el sí fatal.

—¿Acaso Arabella no os agrada? —preguntaba sin cesar Mac Nabbs.

—¡Oh, Mayor! ¡Es encantadora! —exclamaba Paganel—. Mil veces demasiado encantadora, y, a decir verdad, me agradaría más si no fuese tan encantadora. Quisiera que tuviese algún defecto.

—Tranquilizaos —respondió el Mayor—, más de uno tiene. A la mujer más perfecta le sobran siempre defectos. ¿Así, pues, Paganel, es cosa hecha?

—No me atrevo —replicaba Paganel.

—Vamos a ver, ¿por qué vaciláis, mi sabio amigo?

—¡Soy indigno de *Miss Arabella*! —respondía invariablemente el

geógrafo.

Y seguía siempre en sus trece.

Pero, por fin, acorralado un día por el intratable Mayor, acabó por confiarle, bajo el sello del secreto, una particularidad que debía facilitar su reconocimiento, si era algún día objeto de las pesquisas de la Policía.

—¡Bah! —exclamó el Mayor.

—Como os lo digo —replicó Paganel.

—¿Qué importa, mi digno amigo?

—¿Creéis que no importa?

—Todo lo contrario, así sois más singular, y añadís un nuevo mérito a los muchos que ya teníais. ¡Sois el hombre sin igual soñado por Arabella!

Y el Mayor, conservando su imperturbable seriedad, dejó a Paganel entregado a las mayores inquietudes.

Hubo una breve conferencia entre Mac Nabbs y *Miss Arabella*.

Quince días después, se celebraba con gran pompa un matrimonio en la capilla de Malcolm Castle. Paganel estaba magnífico, pero herméticamente abotonado, y *Miss Arabella* estaba espléndida.



Y el secreto del geógrafo hubiera quedado sepultado en los abismos de lo desconocido, si el Mayor no hubiese hablado de él a Glenarvan, el cual no lo ocultó a *Lady Elena*, y ésta indicó algo a Mrs. Mangles. Llegó el secreto a oídos de Mrs. Olbinett, y pasó al común dominio.

Santiago Paganel, durante los tres días que le tuvieron cautivo los maoríes, fue pintado de pies a cabeza de una manera indeleble, según el procedimiento de los salvajes. Tenía en el pecho un *kiwi* heráldico, con las alas desplegadas, que le mordía el corazón.

Esta aventura fue la única, de las muchas que corrió Paganel en su gran viaje, de que no se consoló jamás y no perdonó nunca a Nueva Zelanda, y esta aventura fue también la que, a pesar de su amor patrio y de todos los ruegos de sus conciudadanos, le impidió

volver a Francia. Temió exponer a toda la Sociedad de Geografía, personificada en él, a los chistes y caricaturas de los periódicos jocosos.

La vuelta del capitán a Escocia fue saludada como un acontecimiento nacional, y Harry Grant llegó a ser el hombre más popular de la vieja Caledonia. Su hijo Roberto se hizo marino como él, marino como el capitán Grant, y bajo los auspicios de *Lord Glenarvan*, quiso llevar a cabo el proyecto de fundar una colonia escocesa en el Pacífico.

Fin



JULES VERNE, (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), fue el mayor de los cinco hijos que tuvo el matrimonio formado por Pierre Verne, que procedía de una familia vinculada a la jurisprudencia (su abuelo fue consejero notario de Luis XV y presidente del Colegio de Abogados de Nantes), y de Sophie Allotte de la Fuÿe, perteneciente a una familia de militares. En 1847 comenzó sus estudios de derecho en París y se recibió de abogado en 1849, razón por la cual su padre le permite permanecer en París. Mientras tanto seguiría escribiendo teatro. A pesar de los deseos de su padre que quiso que se dedicara a su carrera de abogacía y ante la amenaza de quitarle el financiamiento, Verne sigue sin estar interesado en seguir esa labor. Y ya sin el financiamiento de su padre, gasta todos sus ahorros en libros y se pasa largas horas en las bibliotecas de París queriendo saberlo todo: estudiando geología, ingeniería y astronomía, conocimientos con los que más adelante documentaría sus fantásticas aventuras y predijera con asombrosa exactitud muchos de los logros científicos del siglo xx. Hablaría de cohetes espaciales, submarinos, helicópteros, aire acondicionado, misiles dirigidos e imágenes en movimiento, mucho antes de que aparecieran estos inventos.

En 1863 publicaría su primera novela *Cinco semanas en Globo*, un

éxito fulminante, gracias al cual firmó un espléndido contrato con el editor P. J. Hetzel, que le garantizaría la cantidad anual de 20.000 francos durante los siguientes veinte años, a cambio de lo cual, se obligaría a escribir dos novelas de un nuevo estilo cada año. Luego le siguieron otras novelas a la gran producción del autor: *Viaje al centro de la tierra* (1864), *De la tierra a la luna* (1865), y *20.000 Leguas de viaje submarino* (1870). La última novela antes de su muerte fue *La invasión del mar*.

Célebre por sus relatos de aventuras fantásticas, narradas siempre con un tono de verosimilitud científica, en las que describe, con una visión casi profética, multitud de logros científicos, inventos y descubrimientos posteriores a su época.

Fue considerado el precursor de un género literario nuevo, la ciencia ficción.

Falleció en 1905 en la ciudad de Amiens.

Notas

[1] El *balance-fish* debe este nombre que le dan los marinos ingleses a la forma de su cabeza, parecida a una balanza doble o doble martillo. *Requin marteau* le llaman por esta razón en Francia. En España se le conoce con el nombre de tiburón martillo, y aunque se le encuentra en todos los mares con más frecuencia que los demás tiburones, es más común en el de las Antillas. < <

[2] Funcionario encargado del procedimiento sumarial en las causas criminales. < <

[3] Las palabras *sink*, *aland*, *that*, *and*, *lost*, significan en español *zozobrar*, *a tierra*, *esto*, *y*, *perdido*. *Skipper* es el nombre que se da en Inglaterra a los capitanes de la marina mercante. *Monition* quiere decir *aviso* y *assistance* significa *socorro*. < <

[4] Tierras altas de Escocia. < <

[5] Tribu en Escocia. < <

[6] Canto de guerra. < <

[7] Se suplica a los pasajeros que no hablen al que se halle en el timón. < <

[8] La cuarta expedición de Colón se componía de cuatro carabelas. Colón capitaneaba la mayor, cuyo porte no excedía de 70 toneladas. La menor era de 30. Eran embarcaciones costeras, como las que se emplean hoy para el comercio de cabotaje. < <

[9] El *patent-log* es un instrumento moderno que Inglaterra ha remplazado con mucha ventaja a la corredera para medir la velocidad de los buques. Consiste en un mecanismo de agujas que giran alrededor de un círculo graduado. < <

[10] 17 nudos. Constando la milla marina de 1.852 metros. < <

[11] El músico que toca una especie de gaita, que se usa todavía en los regimientos de highlanders. < <

[12] En lugar de un rebenque, como en la marina española, en la marina inglesa se castiga a los marineros con unas disciplinas compuestas de nueve correas. < <

[13] Barco pequeño y rápido. < <

[14] Montecillos de piedra que marcan el canal del Clyde. < <

[15] La nictalopía es una disposición particular del ojo que permite ver mejor los objetos en la oscuridad. < <

[16] Así en el original. < <

[17] Buque que capitaneaba Magallanes. < <

[18] Famoso boxeador londinense. < <

[19] Aguardiente de maíz fermentado. < <

[20] 1 toesa = 1,946 m. < <

[21] Personaje mitológico que volando con unas alas de cera y plumas, al acercarse al sol, se fundió la cera y cayendo al mar se mató. < <

[22] La ebullición del agua disminuye un grado por cada 324 metros de elevación. < <

[23] Un fenómeno casi idéntico se produjo en el Mont Blanc, en 1820, acarreado una catástrofe que costó la vida a tres guías de Chamonix. < <

[24] Bandidos o merodeadores de la llanura. < <

[25] Tierras impregnadas de sal. < <

[26] M. A. Guinard fue, en efecto, cautivo de los indios poyuches por espacio de tres años, desde 1856 hasta 1859. Logró, finalmente, evadirse atravesando los Andes. < <

[27] Heracles (Hércules) murió quemado al ponerse una camisa empapada con la sangre del centauro Neso. < <

Notas

[1] En la marina, estar de cuarto es lo mismo que estar de guardia.
Es una locución usada también, a veces, por las tropas de tierra.

< <

[2] El límite de estas brisas, contrarias a los alisios, parece determinado por el paralelo 50. < <

[3] El comandante Maury. < <

[4] 75° 4' al este del meridiano de París. < <

[5] El paso del planeta Venus ante el Sol debía tener lugar en 1769. Este fenómeno, bastante raro, ofreció un gran interés astronómico, pues había de permitir, en efecto, el cálculo exacto de la distancia que separa la Tierra del Sol. < <

[6] Vientos, de gran violencia, que reinan en el océano Indico. Su dirección no es constante, pues varía según las estaciones. Los monzones de verano son, en general, opuestos a los de invierno.

< <

[7] 73 centímetros. La altura normal de la columna barométrica es de 75 centímetros. < <

[8] Vidrios que contienen una mezcla química que varía de aspecto según la dirección del viento y la tensión eléctrica de la atmósfera.

< <

[9] Los reglamentos marinos prohíben a los capitanes el uso de este medio desesperado cuando un buque sigue de cerca a otro para entrar en el mismo paso. < <

[10] Río que separa a Escocia de Inglaterra. < <

[11] Del verbo inglés *to squat*, que significa: agacharse, ponerse en cuclillas. < <

[12] Llanuras regadas por numerosos manantiales. < <

[13] Santiago Paganel tuvo ocasión de volver a ver a Stuart al regresar a Escocia, pero no gozó mucho tiempo de la compañía de éste, que murió el 5 de junio de 1866. < <

[14] Toliné, para ser conducido a Echuca, al cuidado de Jeffries Smith, empleado de los ferrocarriles. Porte pagado. < <

[15] Los criaderos auríferos no están agotados, ni mucho menos. Según las últimas noticias de Australia, los criaderos de Victoria y Nueva Gales ocupan cinco millones de hectáreas. El peso del cuarzo aurífero viene a ser de veinte mil seiscientos cincuenta millares de millones de kilogramos, y con los actuales medios de explotación se necesitaría para agotar estos criaderos el trabajo de cien mil operarios por espacio de tres siglos. < <

[16] Situada al este de Australia. A esta isla confina el Gobierno a los penados reincidentes e incorregibles. < <

[17] Un tronco o doble tiro de caballos. < <

[18] 37 leguas. < <

Notas

[1] 400 leguas, aproximadamente. < <

[2] Especie de sombrero de hule. < <

[3] Después se supo que el nombre indígena de toda Nueva Zelanda era Teika-Maoui, sin que Twai-Pouna-Mon designe más que una localidad de la isla central. < <

[4] ¡Takouri ha muerto a Marión! < <

[5] Nombre del dios zelandés. < <

[6] Europeos. < <